



Álvaro Matute Aguirre

Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX

La desintegración del positivismo (1911-1935)

Álvaro Matute Aguirre

Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX

La desintegración del positivismo (1911-1935)

La tradición mexicana es rica en reflexiones, propuestas y teorías. Hay un pensamiento historiográfico que, si bien se basa en ideas generadas en otras latitudes, preferentemente en Europa, destaca por el esfuerzo de aclimatarlas a nuestro medio y cotejarlas con la realidad propia. El siglo XX *ha sido rico en planteamientos acerca de la historiografía y no es casual que el gran desarrollo de esta disciplina durante el* XIX *haya propiciado una fecunda reflexión filosófica sobre la historia. Antecedente de* La teoría de la historia en México, *también de Álvaro Matute, que a su vez fue alentado por* Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia *de Juan A. Ortega y Medina, el lector tiene en sus manos la primera entrega de un proyecto de investigación histórica ambicioso y revelador. En ella se analizan y presentan los principales materiales relativos a los años que abarcan desde el estallido de la Revolución hasta 1935, los cuales tienen como tema central la polémica relacionada directamente con el positivismo que, según el planteamiento del autor, sufrió un proceso de desagregación de los elementos que lo constituían originalmente.*

Se incluyen aquí textos de Alfonso Toro, Jesús Galindo y Villa, Emeterio Valverde Téllez, Antonio Caso y Manuel Brioso y Candiani, introductor en nuestro país de la obra del historiador rumano Alexandru Dimitriu Xénopol; asimismo de José de Jesús Núñez y Domínguez, Alberto Beteta, Gilberto Loyo, Rafael Ramos Pedrueza y Alfonso Teja Sabre.

Álvaro Matute (México, 1943). Realizó sus estudios de licenciatura, maestría y doctorado en historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. *Es investigador titular en el Instituto de Investigaciones Históricas y profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la* UNAM. *Miembro del Sistema Nacional de Investigadores, es autor, compilador y coordinador de más de una docena de libros, de los cuales pueden mencionarse* La Revolución mexicana. Actores, escenarios y acciones; Estado, Iglesia y Sociedad en México. Siglo XIX, *en colaboración con Evelia Trejo y Brian Connaughton;* Las dificultades del nuevo Estado, 1917-1920, *y* Estudios historiográficos. *Recibió el Premio Universidad Nacional de Investigación en Humanidades 1997. Es miembro de número de la Academia Mexicana de la Historia, correspondiente de la Real de Madrid.*

Diseño de la portada: Teresa Guzmán Romero



Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

Fondo de Cultura Económica

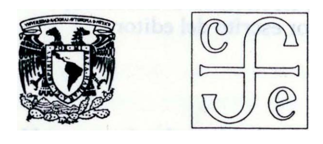
SECCIÓN DE OBRAS DE HISTORIA

PENSAMIENTO HISTORIOGRÁFICO MEXICANO DEL SIGLO XX

ÁLVARO MATUTE AGUIRRE

PENSAMIENTO HISTORIOGRÁFICO MEXICANO DEL SIGLO XX

La desintegración del positivismo (1911-1935)



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

Primera edición, 1999

ISBN 968-16-5584-2

Impreso en México

A la memoria del doctor
EDMUNDO O'GORMAN
(1906-1995)

PRÓLOGO

Desde que publiqué *La teoría de la historia en México* (1940-1973) tuve interés en proseguir la investigación de los textos en los que los historiadores mexicanos han expresado sus ideas sobre la historia como disciplina. Si bien el título de aquel primer libro consagrado a ese tema lleva el nombre de *La teoría de la historia...* he preferido sustituirlo por el más abarcador de *Pensamiento historiográfico...* ya que no todos los textos encontrados son lo suficientemente rigurosos como para adquirir la connotación de teóricos. Algunos, desde luego, sí merecen tal distinción; otros son más modestos, pero valiosos por cuanto que expresan ideas sobre la historia.

Se trata, y a la vez no, de una nueva edición de mi libro, publicado ya en dos ocasiones en la Colección SepSetentas (1974 y 1981). Sí lo es, porque conserva, en una de sus partes, los mismos trabajos que recopilé hace más de 20 años; no lo es, porque agrego, a los siete textos escogidos entonces, muchísimos más. No es, entonces, una segunda edición del todo corregida y copiosamente aumentada. Es, de hecho, un nuevo libro, cuyo antecedente está en aquél. Y el antecedente o la inspiración de *La teoría de la historia en México* no fue otro sino el de don Juan A. Ortega y Medina, *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia,* cuyo proyecto conocí en un curso de invierno, impartido por el maestro en 1967. Por fin en 1970 apareció la obra, que leí y reseñé en su oportunidad, y que he utilizado como material de apoyo para mi clase de Historiografía de México II, durante muchos años. Ese espléndido trabajo —quiero señalar para quien no lo conozca— recoge materiales sobre el pensamiento historiográfico mexicano de 1824 a 1936.

Mi intención consistió en dar continuidad al libro de Ortega con los textos más relevantes de los maestros que formaron a mi generación y a las anteriores a ella: Edmundo O´Gorman, Alfonso Caso, Ramón Iglesia, Wenceslao Roces, José Gaos, Jesús Reyes Heroles y Luis González. Cuando comencé a impartir mi curso,

Historiografía contemporánea de México, resultaba obvio que sería lectura fundamental para los alumnos. Era la continuación, en el siglo XX, de *Polémicas y ensayos…*, con la mayoría de sus autores vivos. En él predomina el historicismo vitalista de O´Gorman, Iglesia y Gaos; aparece el marxismo con Roces, y se ofrece la polémica antihistoricista de Reyes Heroles. Pero había que rastrear los antecedentes, más allá del libro de Ortega, y con el tiempo lo fui logrando. El propio maestro hacía referencia a algunos textos que a su vez mostraban, como eje de sus preocupaciones, una obra que tuvo en su momento una repercusión significativa: la *Teoría de la Historia,* del historiador rumano Alexandru Dimitriu Xénopol, pero no los incluyó en su libro, por lo que me di a la tarea de buscarlos. Por fortuna ya conocía algunos, por haber pasado a mi propia biblioteca de los restos de la que fue de mi abuelo materno. Me refiero al raro libro de Manuel Brioso y Candiani editado en Oaxaca en 1927, que tiene por objeto dar a conocer la teoría xenopoliana. Además, aparecieron otros textos de Alfonso Toro; del obispo de León y erudito bibliógrafo Emeterio Valverde Téllez; de don Jesús Galindo y Villa, aparte del que publica Ortega en referencia a Xénopol; de José de Jesús Núñez y Domínguez; del primer historiador marxista mexicano Rafael Ramos Pedrueza; del demógrafo Gilberto Loyo, sorprendentemente dedicado a pensar sobre la enseñanza de la historia, y uno de los muchos que dedicó Alfonso Teja Zabre al asunto. El otro xenopoliano al que se refiere Ortega y Medina es el estadígrafo Alberto Beteta. En fin, con ese material basta y sobra para formar un volumen muy representativo para el primer tercio del siglo XX, aunque tal volumen estaría incompleto sin Antonio Caso. Si bien Ortega, en *Polémicas y ensayos…,* había recogido el debate sostenido por don Antonio con el ingeniero Agustín Aragón en torno a Xénopol, en 1920, no resistí la tentación de incluir la primera versión (1923) del importantísimo libro *El concepto de la historia universal,* pese a que la segunda y más completa edición de ese libro (1932) forma parte de las *Obras completas* del maestro Caso y lleva un excelente prólogo de Margarita Vera. Es interesante observar lo que se conserva y lo que se agrega en la definitiva.

Durante muchos años la mayor parte de estos materiales reposaron en mis archivos, junto con otros que ya no cabrían en un solo volumen y que reclamaban que la obra se dividiera. Cuan-

do en 1994 me fue otorgada la cátedra patrimonial de excelencia nivel 1 del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, se me brindó la oportunidad esperada. Pude concentrar mi esfuerzo para desarrollar el proyecto y hacerlo crecer. El lector tiene ahora el primero de los volúmenes en que estoy trabajando, donde estudio y presento los principales materiales relativos a los años que abarcan desde el estallido de la Revolución hasta 1935, y que tienen como tema central la polémica en torno al positivismo. Éste, según mi planteamiento, sufrió un proceso de desagregación de los elementos que lo constituían originalmente. Más adelante aparecerá el segundo volumen con el tema "apogeo del historicismo", donde presentaré materiales producidos entre 1940 y 1968. Éste sí será una suerte de segunda edición aumentada de mi librito de 1974, aunque los estudios introductorios son totalmente diferentes. Y si las circunstancias me resultan propicias, en un tercero y final volumen daré cuenta de lo acontecido en los últimos 30 años del siglo. Para éste apenas he reunido algunos materiales.

La cátedra patrimonial de Conacyt fue determinante; gracias a ella este volumen y el que sigue han podido ser elaborados. Conté con el auxilio valioso de Ariel Ruiz Mondragón, mi ayudante de investigador nacional, para los aspectos biobibliográficos de los autores seleccionados, y el de Patricia Benítez, quien capturó los textos en Word 6.0 para Windows, con lo cual el proceso de análisis y el ulterior de edición se facilitaron mucho. Para que el proceso tuviera una conclusión exitosa, el concurso de Cristina Carbó en la revisión y corrección del texto fue muy valioso, así como en la elaboración del índice onomástico. A los tres expreso aquí mi profundo agradecimiento. Asimismo, la interlocución constante con mi esposa, discípula, colega, compañera, Evelia Trejo, quien por más de 10 años ha impartido Historiografía contemporánea de México en la Facultad de Filosofía y Letras, me ha ayudado a esclarecer ideas. Igualmente, sus observaciones a mis borradores han sido muy enriquecedoras. Mi gratitud a ella es enorme. Ponerle punto final a este tomo fue posible gracias al disfrute de un año sabático que si bien no me apartó del todo del mundanal ruido, sí lo hizo lo suficiente como para permitirme leer, releer, pensar y escribir lo que viene a continuación.

18 de enero de 1996

ESTUDIO INTRODUCTORIO

En 1959 Luis Villoro planteó a los historiadores el compromiso de reflexionar sobre su tarea:

> Creemos que los historiadores americanos necesitan plantearse con mayor gravedad el problema del objeto y métodos de su ciencia. Con ello no pedimos que hagan filosofía. Quien tal pensara sólo demostraría tener una pobre idea del historiador, al reducirlo al papel de simple técnico o ingenuo narrador. Al historiador compete reflexionar sobre los fundamentos y fines humanos de su ciencia. Sólo él puede formular nuevas hipótesis de trabajo y aplicarlas en procedimientos concretos; mientras no haga eso, todas las teorías filosóficas acerca de la historia serán vacías especulaciones. Por eso, las grandes reformas de la historiografía nunca fueron resultado de los filósofos de la historia en cuanto tales, sino de los mismos historiadores. Sólo si el historiador cobra cabal conciencia de la especificidad de su objeto y redescubre en él la vida creadora del hombre en toda su riqueza, sólo si se percata de la dignidad de su función humana, podrá recuperar el papel director en la sociedad que antaño le correspondiera.[1]

Este párrafo, que puede funcionar como epígrafe, es un combate por la historia. Expresa la necesidad que tiene el historiador de pensar sobre su disciplina, así como la obligación de hacerlo. Teoría de la historia o simple reflexión sobre ella, el historiador debe tener una idea de cómo hace las cosas, cómo conoce lo que conoce, y cómo debe comunicarlo a sus lectores. Y, de acuerdo con Villoro, no debe ser tarea del filósofo, porque el historiador tiene el conocimiento empírico de su materia y sus ideas sobre ella deben sustentarse en su propia experiencia.

La tradición mexicana es rica en reflexiones, propuestas y teorías. Hay un pensamiento historiográfico mexicano que, si bien se basa en ideas generadas en otras latitudes, preferentemente en Europa, destaca por el esfuerzo de aclimatarlas a nuestro me-

[1] Luis Villoro, "La tarea del historiador desde la perspectiva mexicana", *Historia Mexicana*, vol. XI, núm. 3, enero-marzo de 1960, p. 339.

dio, y al hacerlo, no se limita sólo a copiar, sino que, al adaptar, coteja con la realidad propia. Si su función es comunicar, dar a conocer, enseñar, en ello radica su originalidad. Todos los que se han ocupado en pensar sobre la historia han demostrado creatividad al establecer el diálogo crítico con los textos en que se fundamentan. Todos los que han reflexionado sobre la tarea historiográfica han hecho algo más que meras traducciones, con la única posible excepción de Lorenzo de Zavala.[2] Hay, pues, un pensamiento historiográfico desarrollado en México, el cual, si bien repite propuestas que se ofrecen como universales, no es unívoco, sino que refleja toda una compleja gama de ideas, a veces opuestas entre sí, a veces complementarias.

Los grandes libros de historia tienen consigo una teoría de la historia implícita. No son resultado del empirismo puro o de la narración sin más. Si algunos autores no explicitan las ideas en las que se alimentaron para llegar a sus resultados es porque consideran que no hace falta; otros, en cambio, sí lo hacen. Es en sus textos donde aparece el pensamiento historiográfico en forma de teoría o de reflexión.[3] Para resolver problemas de crítica de fuentes, de omisión de datos, de relación de unos con otros, de ordenamiento de materias, de explicación de situaciones, de composición, en fin, de todo lo que se presenta paso a paso, desde que se toma la decisión de emprender un trabajo hasta culminarlo, la reflexión hace acto de presencia en la mente del historiador. Quienes se han dado cuenta de que lo que han pensado puede resultar útil a los demás, lo han hecho explícito. Siguiendo la idea de Villoro, el historiador que se ha enfrentado a problemas concretos de su quehacer es quien puede elaborar con mayor autoridad un pensamiento teórico, señero, orientador.

El siglo XX ha sido rico en planteamientos acerca de la historiografía. No es casual que el gran desarrollo de esta disciplina

[2] Lorenzo de Zavala, "Programa, objeto, plan y distribución del estudio de la Historia", en Juan A. Ortega y Medina, *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la Historia*, 2ª ed., Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 1992, pp. 25-69. Como demostró Ortega, don Lorenzo tradujo las *Lecciones de Historia* de Volney sin mencionar al autor.

[3] Kant establece que "llamamos teoría a un conjunto de reglas, aun de las prácticas, cuando éstas —entendidas como principios— son pensadas con cierta universalidad y, además, cuando están abstraídas de la multitud de condiciones que influyen necesariamente en su aplicación". Immanuel Kant, *Filosofía de la historia*, traducción de Emilio Estiú, Nova, Buenos Aires, 1958, 198 pp., p. 130.

durante el XIX haya propiciado una fecunda reflexión filosófica sobre la historia.[4] Es posible aventurar que nuestro siglo haya sido más rico en sus propuestas teóricas y reflexivas que en las propiamente historiográficas, de manera opuesta a lo que sucedió en el siglo anterior, aunque algunas de las grandes teorías de la historia vigentes en este siglo XX se hayan generado en la centuria que lo precedió, como el positivismo, el marxismo y el historicismo. Lo que sí sucedió fue que las tres teorías resultaron objeto de recreaciones, de nuevos planteamientos, en suma, de enriquecimientos debidos a la necesidad de someterlas a cotejos con las realidades cambiantes. Así, tanto en Europa como en el mundo influido por la cultura occidental, el siglo XX recibe la gran herencia historiográfica del XIX.

Durante el siglo XIX se desarrolló una interesante tensión entre historiografía y filosofía de la historia para dar cabida, al final, a la teoría y metodología de la historia. El desarrollo historiográfico hizo que se desconfiara paulatinamente de la filosofía especulativa de la historia, que se la viera como el reino de las generalizaciones, frente a la fuerte base empírica que sustentaba a la historiografía. Se fue elaborando, paso a paso, un deslinde entre la historia moderna científica y las anteriores, simplemente narrativas o filosóficas. El cientificismo de la historiografía siguió dos vertientes: la del empirismo proporcionado por la nueva apreciación de las fuentes en las que podía basarse el texto histórico, y la del positivismo, es decir, los mecanismos inductivos y deductivos que permitían extraer leyes de la historia y, con base en ellas, interpretar los hechos. La historiografía comenzó a transitar por dos caminos principales; para ambos fue muy cara la apreciación de los hechos. Uno de ellos culminaría con lo que Croce denominó historia diplomática,[5] que tuvo a su mayor representante en Leopold von Ranke. El abuso que con frecuencia se hace del lenguaje ha entendido como positivista a la historiografía rankeiana, aunque tal caracterización no es exacta, pues la

[4] Una visión muy completa y profunda del desarrollo de la historiografía y de la filosofía de la historia en la Europa del siglo XIX la ofrece Hayden White, *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth Century Europe*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1973. [Hay traducción al español, realizada por Stella Mastrangelo, FCE, México, 1992.]

[5] Benedetto Croce, *Teoría e historia de la historiografía*, traducción de Eduardo J. Prieto, Editorial Escuela, Buenos Aires, 1955, 300 pp., pp. 233-247.

historiografía auténticamente positivista es la que, basada en hechos comprobados y ciertos, busca establecer leyes que permitan dar explicaciones científicas del acontecer. En historiografía propiamente dicha —no en sociología o filosofía de la historia— los mejores representantes del positivismo fueron el inglés Thomas Buckle y el francés Hipólito Taine, quienes le otorgaron un papel determinante al clima, el suelo y la raza, como factores exegéticos del momento histórico que sometían al análisis. No se trata de posiciones demasiado contrapuestas, ya que tanto la historia diplomática como la positivista aspiran a ser científicas. La diferencia entre una y otra estriba en que la positivista elabora leyes, mientras que la diplomática se basa en certidumbres.[6] Ambas parten de los hechos ciertos y comprobados: una se queda en ellos; la otra trata de elevarse a lo absoluto.

La historiografía diplomática propició el desarrollo de la metodología que trajo consigo la actualización de las llamadas ciencias auxiliares de la historia, una de las cuales era la propia diplomática, junto con la paleografía, la epigrafía, la numismática, la sigilografía, la geografía histórica, etcétera. Todas ellas permitían que la precisión del conocimiento histórico fuese cada vez mayor. Al aproximarse el relevo secular comenzaron a aparecer tratados de metodología y técnica de la investigación.

La filosofía de la historia, por una parte, superó las elaboraciones de la Ilustración; por otra, desarrolló elementos que podían poner en tela de juicio una historiografía que se quedara atrapada en los límites del empirismo. A lo largo del siglo aparecen cuatro grandes creadores de la filosofía de la historia: Hegel, Marx, Nietzsche y Croce. Si bien el primero sintetiza los avances del siglo XVIII, y el último trabaja a lo largo de la primera mitad del XX, todos llegan a, o parten del, XIX. Al lado de ellos nace y se desarrolla el positivismo y, con él, su gran creación: la sociología, que, según algunos, logró "superar" a la filosofía de la historia. Ésta había sido una creación del estadio metafísico; la sociología es una ciencia. Como bien dicen Adorno y Horkheimer, la socio-

[6] También es erróneo pensar que toda la historiografía de inspiración rankeiana se limita a recoger lo que dicen los documentos. Ranke mismo tenía una idea holista de la historia, a diferencia de los positivistas, que se caracterizan en general por dar explicaciones mecanicistas del acontecer. Un empobrecimiento posterior de esa historiografía es lo que la ha dejado limitada a las tijeras y el engrudo.

logía, "hija del positivismo, nace de la voluntad de liberar el saber de la fe religiosa y de la especulación metafísica. Mediante el apego riguroso a los hechos, se esperaba llegar a la objetividad de la cual eran un modelo las ciencias naturales, experimentales por un lado, matemáticas por el otro".[7] La historia *tenía* que ser una ciencia.[8] De ahí la gran elaboración de elementos teórico-metodológicos que se desarrolló en el tránsito de un siglo al otro.

Los positivistas insistieron en la unidad metodológica. No podía haber distinción entre ciencias de la naturaleza y ciencias de la sociedad y la historia. Éstas tenían que proceder con los métodos de aquéllas, porque el desarrollo que habían tenido desde el siglo XVII era la garantía de que ofrecían el camino adecuado. Conforme se fue avanzando en la aplicación de los métodos de las ciencias físico-matemáticas a la historia, la explicación de los hechos histórico-sociales se caracterizaba por ser causalista, mecanicista y determinista. Sólo con ello era posible establecer leyes de validez universal, con las cuales podían interpretarse, a su vez, los hechos particulares. En realidad, lo que sucedió fue que la explicación apeló a elementos naturales —clima, suelo, raza— como factores determinantes de la realidad histórico-social.

Por su parte, los historiadores que no adoptaron el positivismo como doctrina, y que siguieron los pasos que ofrecía la diplomática, alcanzaron otra vía de cientificidad, sustentada en la veracidad de los datos provenientes de fuentes fidedignas. Es la tradición humboldtiano-rankeiana. Dentro de ella, quien realizó la máxima contribución a la sistematización de la historiografía como disciplina fue Johan Gustav Droysen. Su obra *Histórica. Lecciones sobre la Enciclopedia y metodología de la historia* es la que de manera más ordenada establece el conjunto de operaciones que integran la obra histórica, sin dejar fuera el aspecto herme-

[7] Theodor W. Adorno y Max Horkheimer, *La sociedad. Lecciones de sociología*, traducción de Floreal Mazía e Irene Cusien, Proteo, Buenos Aires, 1969, 205 pp., p. 9.

[8] Conviene tener en cuenta el concepto de *ciencia* que señala Dilthey: "...un conjunto de proposiciones cuyos elementos son conceptos; es decir, perfectamente determinados, constantes en todo el complejo de pensamiento y universalmente válidos...". Wilhelm Dilthey, *Introducción a las ciencias del espíritu. Ensayo de una fundamentación del estudio de la sociedad y de la historia*, traducción de Julián Marías, prólogo de José Ortega y Gasset, Revista de Occidente, Madrid, 1966, 584 pp., p. 39.

néutico.[9] Droysen, quien a los veinte años asistió a las lecciones de Hegel, es el vínculo entre éste y la historiografía diplomática del siglo XIX.[10]

Insisto en la separación de las dos tradiciones decimonónicas, ya que la finalidad y originalidad de ambas pueden radicar en alcanzar la cientificidad de la historia. Pero mientras una procuró hacerlo dentro de un sistema —la filosofía positiva—, la otra sólo atendió a las necesidades internas de la disciplina. Sin embargo, hacia el cambio de siglo, la una fue permeando a la otra. De la tradición de la historiografía diplomática se derivó el establecimiento y desarrollo de las llamadas ciencias auxiliares de la historia, que comenzaron a aparecer en los tratados posdroysenianos de metodología, como los clásicos de Bernheim, de Langlois y de Seignobos. El autor alemán sigue fiel a los dictados de la tradición de su patria, mientras que los franceses, sin ser positivistas ortodoxos, a la manera de Comte y sus seguidores, sí asumen algunas de las características principales del conjunto de conceptos o pensamientos propio del positivismo, como la idea de la evolución histórica. Es decir, adoptan como creencia lo que antes se gestó como noción o concepto. No obstante, en el plano más consciente, rechazan la generalización. Concluyen diciendo que "no es la historia otra cosa que el aprovechamiento de los documentos".[11]

[9] La edición disponible en español del trabajo de Droysen es *Histórica. Lecciones sobre la Enciclopedia y metodología de la historia,* traducción de Ernesto Garzón Valdés y Rafael Gutiérrez Girardot, Alfa, Barcelona, 1983, 390 pp.

[10] El conocimiento y el reconocimiento de Droysen han sido tardíos. *Cf.* Hayden White, *The Content of the Form. Narrative Discourse and Historical Representation,* The Johns Hopkins University Press, Baltimore y Londres, 1987, 244 pp., pp. 83-103. [Hay traducción al español.] En estas páginas ofrece un estudio sobre la *Histórica* de Droysen. A su vez, Hans Georg Gadamer revalora la contribución de Droysen a la hermenéutica en su clásica *Verdad y método. Fundamentos de una hermenéutica filosófica,* traducción de Ana Agud Aparicio y Rafael de Agapito, Sígueme, Salamanca, 1991, 687 pp., pp. 270-276: "La relación entre hermenéutica e historiografía". Para un seguimiento de la tradición historiográfica alemana, véase Georg G. Iggers, *The German Conception of History,* edición revisada, Wesleyan University Press [Middletown], 1983, 388 pp. Un trabajo estimable, y que contiene la traducción de textos importantes de Guillermo de Humboldt y de Ranke, es el de Juan A. Ortega y Medina, *Teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana,* UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 1980, 269 pp.

[11] C. V. Langlois y C. Seignobos, *Introducción a los estudios históricos,* traducción de Domingo Vaca, La Pléyade, Buenos Aires, 1972, 237 pp., p. 233.

A finales del siglo XIX la teoría de la historia adquirió nuevas connotaciones cuyos primeros frutos, originados principalmente en Alemania, pronto tendieron a universalizarse. La distinción entre teoría y filosofía de la historia a veces es clara y precisa; otras, se confunde y da por sinónimas actividades cuya distinción semántica es importante. Ciertamente, una puede implicar a la otra. La teoría remplazó lo que del Renacimiento al siglo XVIII hacía la preceptiva histórica, como apéndice o prolongación de la preceptiva literaria, esto es, una actividad retórica. La cientifización operada en el siglo XIX tuvo que generar otra disciplina que, aunque conservó mucho de lo viejo, se renovó en contenidos y, sobre todo, en actitudes. La distinción entre teoría y filosofía de la historia radica en que la segunda, en su acepción original, fue una filosofía especulativa sobre el acontecer, mientras que la teoría puede ser equivalente a una filosofía crítica de la historia. Hegel es un ejemplo claro de la primera, mientras que Nietzsche lo es de la segunda. Las grandes filosofías especulativas de la historia llegaron a su culminación con Marx, aunque el siglo XX ha dado lugar a Spengler y —en cierta medida— a Toynbee, quienes, si bien en su tiempo influyeron mucho, han caído en el olvido en la segunda mitad del siglo que está por concluir.

La teoría de la historia se dedicó a los problemas inherentes a la naturaleza de la disciplina histórica: su objeto de conocimiento, su ubicación en el panorama de las ciencias, la relación entre el objeto y el sujeto, los procedimientos y métodos. En ese sentido, se puede distinguir —dado que tienden a confundirse— entre filosofía, teoría y metodología de la historia. La primera, en su sentido especulativo, parecía no ofrecer más novedades al finalizar el siglo XIX. En la acepción de filosofía crítica, o mejor, de teoría, se planteaban en cambio novedades radicales en franca oposición al positivismo. A la metodología ya hice referencia cuando mencioné el desarrollo alcanzado gracias a la sistematización de las ciencias auxiliares. Los historiadores mexicanos interesados en pensar la historia tenían una enorme tarea por delante.

EL POSITIVISMO EN LA HISTORIOGRAFÍA DE MÉXICO

Antes de que Gabino Barreda estableciera la Escuela Nacional Preparatoria en 1867, en México prevalecían, en historiografía, el empirismo propio de los eruditos, como Orozco y Berra, Ramírez y García Icazbalceta, quienes fincaban su labor en la erudición; el liberalismo, que anteponía el factor ideológico a lo que se investigaba y escribía, el romanticismo que, sin dejar a un lado las ideologías, intentaba grandes recreaciones históricas. Algunos de ellos, como Riva Palacio, participaron en más de una corriente y actitud, y hasta fueron atraídos por elementos evolucionistas que dieron a sus escritos un disfraz positivista y lograron incluso confundir a sus exegetas. Conforme las enseñanzas de Barreda se afianzaban en las generaciones de egresados de la preparatoria, el positivismo adquiría, paulatinamente, el carácter de doctrina oficial, aunque sin llegar a los extremos de Brasil, en cuya bandera nacional puede leerse la divisa *ordem e progreso.* Sin embargo, no fue la única corriente, pues aún permanecía vivo un liberalismo fiel a sus orígenes, que no aceptaba las transformaciones sufridas en la segunda mitad del siglo, y el catolicismo, opuesto a uno y otro, en sus versiones ultramontana y social.[12]

La historiografía y la teoría de la historia naturalmente se dejaron influir por el positivismo o, lo que es lo mismo, el positivismo también comprendió las tareas historiográficas. A partir de lo que puede considerarse el acta de nacimiento de la doctrina en nuestro país, la *Oración cívica* pronunciada por Gabino Barreda en Guanajuato, se realiza una interpretación comtiana de la historia de México. Pese a ello, la relación entre positivismo e historiografía tardó en madurar. En otro lugar he señalado que la primera historia de corte netamente positivista elaborada en México fue la enorme *Historia de la medicina en México,* del doctor Fran-

[12] El estudio más reciente sobre el tema es el de Charles A. Hale, *La transformación del liberalismo en la segunda mitad del siglo XIX,* traducción de Purificación Jiménez, Vuelta, México, 1991, 453 pp. La presencia de este texto no impide señalar el clásico de Leopoldo Zea, *El positivismo en México. Nacimiento, apogeo y decadencia,* 2ª ed., FCE, México, 1968, 481 pp., ni el texto de William D. Raat, *El positivismo durante el porfiriato (1876-1910),* traducción de Andrés Lira, Secretaría de Educación Pública, México, 1975, 175 pp. (SepSetentas, 228), ni la interesante aportación de Walter Beller *et al., El positivismo mexicano,* Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, México, 1985, 383 pp.

cisco de Asís Flores, acaso la obra historiográfica más cabalmente positivista.[13] Tanto en lo que respecta al gran marco interpretativo comtiano como al apego fiel a los datos, el voluminoso texto del doctor Flores es la más ortodoxa expresión del positivismo historiográfico mexicano. En pocos textos se amalgaman como en él, de manera tan bien lograda, el empirismo de los datos con la enseñanza comtiana. Tanto en el nivel macro como en el microhistoriográfico, este libro equilibra lo que otros no hicieron: los que se ocuparon más de la comprensión general del devenir fueron fieles a las principales ideas positivistas, como la evolución de la humanidad, el consenso que establece el orden social, o bien, las explicaciones inspiradas en Taine de los factores que sustentan el espíritu nacional: el medio, la raza y el momento histórico; quienes atendieron más a los hechos, perdieron de vista el aspecto interpretativo y, por lo tanto, se alejaron del auténtico positivismo, para quedar apenas en el empirismo. Así, Bulnes trataba de seguir a Taine, y Sierra era un evolucionista consumado, pero heterodoxo, como, en cierta medida, lo fue también Rabasa. Quienes alcanzaron de mejor manera el mencionado equilibrio fueron, sin duda, Porfirio Parra, Ricardo García Granados y Andrés Molina Enríquez, pero no emprendieron trabajos de la magnitud de la *Historia de la medicina* de Flores, ni deslindaron con claridad las fronteras entre la historia y la sociología.[14]

Los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX son, en México, más bien precarios en lo que se refiere a la producción de textos sobre teoría de la historia. En ocasiones se encuentra algún párrafo, algún artículo, algún prólogo con cierto contenido que remite al ámbito de esta nueva disciplina. Parece que en este renglón el año de 1910 es también un hito. Dentro de la exigua cosecha realizada, aparecen los textos que a continuación presento.

Para comenzar, un párrafo de Justo Sierra, en el que hace profesión de fe cientificista:

[13] Véase mi artículo "Notas sobre la historiografía positivista mexicana", *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales*, núm. 21, septiembre-diciembre de 1991, pp. 49-64. Necesariamente sigo lo expuesto en ese trabajo.

[14] Sobre las relaciones entre las dos disciplinas en México, es imprescindible el libro de Moisés González Navarro, *Sociología e historia en México*, El Colegio de México, México, 1970, 89 pp. (Jornadas, 67).

> Las ciencias naturales —y la de la sociedad es una de ellas, y con la de la sociedad las que hacia ella gravitan, como la historia, la economía política, etcétera— resultan cada vez más sobrias en generalizaciones. El periodo juvenil y brillante de las grandes teorías absolutas fundadas sobre un corto número de hechos insuficientemente observados ha desaparecido, y sólo de vez en cuando algún rezagado adorador de los procedimientos añejos publica su sistema histórico y social, especie de cosmos, sin más valor que el literario; obra de arte, que no de ciencia, en suma. A ese que llamaríamos el periodo romántico de las ciencias sociales, ha sucedido el realista, si vale decirlo así; el positivo, para darle su nombre legítimo.[15]

El párrafo es ilustrativo por cuanto establece que la historia es una ciencia natural y que, como tal, es —debe ser— positiva, realista. Dentro de él se inscribe su propia obra, que además estará caracterizada por su concepción evolucionista del devenir. Sierra no desarrolló un trabajo particular sobre teoría, pero en sus libros y artículos hay muchas ideas que revelan que poseía una conciencia muy clara de la disciplina histórica así como de la historia.

Más cerca de la teoría de la historia está un breve artículo de Porfirio Parra, publicado en 1891. El tema central es la enseñanza de la historia, y fue escrito para terciar en la polémica sostenida por Guillermo Prieto con Enrique Rébsamen, sólo que, mientras los polemistas expresaban sus divergencias sobre la interpretación que se debía dar a la enseñanza de la historia, Parra trataba de desprenderse de lo más inmediato para elevarse a un nivel teórico, cosa que logró gracias al sustento positivista que lo animaba. La breve reflexión de Parra puede ser un eco lejano —a la vez que actualizado— de ideas expresadas por el ilustrado Volney, a fines del siglo XVIII, en las que discutía acerca de la conveniencia e inconveniencia de enseñar historia a los niños y a los jóvenes.[16] Parra, con el apoyo teórico de Comte, sugiere que se enseñe la historia de acuerdo con las tres edades del individuo, para llegar a lo racional después de lo emotivo y lo imaginativo.

[15] Justo Sierra, "México social y político. Apuntes para un libro", en *Obras completas del maestro Justo Sierra.* IX. *Ensayos y textos elementales de historia,* Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1948, 517 pp., pp. 131-132.

[16] Los textos de Prieto, Rébsamen y Parra se encuentran en Ortega y Medina, *Polémicas..., op. cit.,* pp. 279-309; Volney, *Lecciones de Historia, pronunciadas en la Escuela Normal,* 2 vols. Imprenta de David, París, 1827, I, pp. 105-131.

El aspecto racional comprendería una historia beneficiada por la crítica histórica y la filosofía de la historia. Parra no desdeña utilizar el concepto, pese a su ortodoxia positivista. Esta filosofía de la historia consistiría en "la aplicación severa de la lógica inductiva a la elaboración de los hechos históricos para que de tal elaboración surgiese y se destacase la ley sociológica basada en ellos". La historia racional debía ser "una verdadera ciencia que pone en relieve la relación de causa a efecto, que comprueba la ley de causalidad que asciende de los hechos a la ley, al mismo tiempo que ilustrada por la ley interpreta los hechos".[17] Años después, el mismo Parra vuelve a ocuparse del tema. En 1906 declara:

> Relatar los sucesos a la luz de la historia, analizarlos conforme a las enseñanzas de la filosofía, llevando este análisis hasta la intimidad misma de los hechos, conforme a los datos y leyes de la ciencia: he aquí cuáles son, en nuestro concepto, los dos elementos inseparables de un estudio histórico-sociológico. Mas los hechos no son la ciencia, sino el material que la constituye; para que ella surja alada y potente, coordinando la masa confusa de los hechos, se requiere que el hombre elabore éstos por medio de las facultades de generalización características de la inteligencia, que los asocie en conceptos, que una los conceptos en leyes.[18]

La reflexión de Parra revela una clara toma de conciencia en torno a la relación entre lo fáctico y la elaboración final, revestida de cientificidad. Su aportación es interesante, como lo fue su propia realización historiográfica, en la que, de manera sistemática, expone los hechos de manera narrativa y, después, establece la interpretación conceptual. Es así la ilustración de cómo un profesor de lógica escribe historia, sin desentenderse de la materia prima que la constituye y, desde luego, sin quedarse en ella.

[17] Parra, en Ortega, *op. cit.*, p. 308.

[18] Porfirio Parra, *Estudio histórico-sociológico sobre la Reforma en México*, s. e., México, 1906, 163 pp. Hay reedición con el título de *Sociología de la Reforma*, Empresas Editoriales, México, 1948, 244 pp. (El liberalismo mexicano en pensamiento y acción, 8). En un opúsculo titulado *Plan de una historia general de Chihuahua o índice razonado de los capítulos que deben formarla*, Tipografía de la viuda de F. Díaz de León, México, 1911, 39 pp., Parra vuelve a desarrollar elementos de tipo teórico en función de cómo debe abordarse la historia de un estado. Pese a los años transcurridos, no deja de tener relevancia para quienes se dedican hoy a la historia regional. Su aportación teórica, sin embargo, no tiene la sistematización de otros textos.

Otra reflexión historiográfica digna de ser tomada en cuenta, aunque también puede ser calificada de prototeórica, es la que hizo Francisco Bulnes para defenderse de los ataques que recibió por su libro *El verdadero Juárez.* Para el controvertido autor, hay dos clases de historia: la analítica y la sintética. Esta última sólo está reservada para dos clases de autores: los genios y los imbéciles.

La historia analítica, en cambio, es la más adecuada para el común de los hombres. El análisis exige las cualidades que debe tener todo historiador. Al explicar tales cualidades, Bulnes compone un pequeño tratado de seducción histórica. Las cualidades son: fineza, sutileza, delicadeza, precisión, penetración y profundidad. La primera sirve para "apoderarse del hecho atómico, infinitesimal, celular, molecular"; la sutileza "es la suprema fineza"; la delicadeza, por su parte, afecta los procedimientos de observación, comparación, clasificación y método. La precisión consiste en extraer de una masa de hechos el que se necesita, aislado por completo e irreprochablemente verdadero, verificado con pureza de procedimiento; la penetración ayuda a comprender el hecho en todas sus relaciones, su influencia, su importancia para la síntesis, para la generalización. Por último, la profundidad hace avanzar la penetración hasta descubrir los detalles más ocultos.[19] En fin, sin llegar a un nivel teórico, las caracterizaciones de Bulnes constituyen una importante orientación metodológica, así como las reflexiones historiográficas que preceden a lo comentado, en torno a los distintos temperamentos de los historiadores de todos los tiempos.

La teoría de la historia de elaboración mexicana tiene su más acabada expresión en "El concepto científico de la historia", artículo publicado en 1910 por Ricardo García Granados. Se trata, en términos generales, de una revisión de las principales doctrinas deterministas, del providencialismo en adelante, pero con especial referencia a las contemporáneas, emanadas del positivismo, y del darwinismo social. Expone cada una de ellas y la somete a juicio. Se advierte en García Granados una aceptación

[19] Francisco Bulnes, *Juárez y las revoluciones de Ayutla y de Reforma,* Eusebio Gómez de la Puente, México, 1905, primera parte, capítulo II. Sigo mi propia glosa publicada en mi artículo citado "Notas sobre la historiografía positivista mexicana", p. 53.

básica del evolucionismo, ya que, por ejemplo, al referirse a las doctrinas del determinismo del clima en la historia, expuestas principalmente por Buckle, lo aprueba para los pueblos primitivos, pero da a entender que conforme avanza la humanidad se despega de aquellos elementos externos que la determinan, para alcanzar su libertad, su *telos.* No acepta, en cambio, los determinismos biológicos congénitos, como la supremacía racial, convirtiéndose en uno de los primeros críticos de Gobineau. Sorprende, asimismo, la actualización de que hace gala el autor, al citar, con buen conocimiento de sus obras, a Karl Lamprecht y a Lester F. Ward.[20] Con García Granados se asiste a una importante crítica al determinismo, pero sin abandonar el positivismo. No se encuentra muy lejos de hacerlo, al integrar elementos de psicología social y al expresar que la libertad es la meta de la humanidad. Sin embargo, todavía deja en pie aspectos fundamentales del positivismo, como la creencia en la evolución. Tal parece que la historia es una tensión entre los elementos que tratan de determinarla y la libertad.

Con esa importante contribución a la teoría de la historia, hecha en México, se cierra el capítulo correspondiente al siglo XIX, aunque ya a 10 años de transcurrido el XX. Es el corolario de la doctrina positivista, en la que se formó García Granados, a la que sintetiza y somete a examen crítico. Después de esta declaración teórica tendrían que venir, como consecuencia natural, otras alternativas.

LA HISTORIA, AUSENTE EN EL ATENEO

Si bien a la postre algunos miembros del Ateneo de la Juventud se convirtieron en historiadores, como Luis Castillo Ledón o Alfonso Teja Zabre, y uno de sus miembros más conspicuos, Antonio Caso, destacará en el campo de la filosofía de la historia, en los años en que estuvo vigente la asociación civil (1909-1914), los intereses de quienes la formaban eran principalmente artísticos y filosóficos. Clío no era musa que los inspirara.

[20] El artículo fue publicado en 1910 en la *Revista Positiva.* Es recogido en Ortega y Medina, *Polémicas..., op. cit.,* pp. 321-370. Un buen estudio reciente es el de Laura A. Moya López, "Historia y sociología en la obra de Ricardo García Granados", *Sociológica,* año 9, núm. 24, enero-abril de 1994, pp. 13-31.

No obstante lo anterior, hay que poner de relieve la crítica filosófica que emprenden, sobre todo Antonio Caso y José Vasconcelos contra el positivismo, tanto en las famosas "Conferencias del Ateneo de la Juventud", celebradas en 1910 bajo los auspicios del Centenario, como en otras pronunciadas por el primero en el "Generalito" de la Escuela Nacional Preparatoria, y en la polémica que este autor entabló con el ingeniero Agustín Aragón por las ideas contrarias que éste expresara hacia la recién inaugurada universidad nacional.[21] Los embates de Caso y de Vasconcelos contra el positivismo hicieron que esta doctrina se resintiera. El triunfo de la Revolución, además, la desterró como "filosofía" oficial. A partir de 1910 se inicia el proceso de desintegración del positivismo.[22]

El pensamiento historiográfico resiente este proceso a lo largo de los primeros 15 o 20 años transcurridos a partir del estallido de la Revolución. Salvo algunos libros importantes, aparecidos después de 1910, escritos por positivistas destacados, entre quienes señalo a Emilio Rabasa, Francisco Bulnes, Ricardo García Granados y Andrés Molina Enríquez, la historiografía que se elabora en México renuncia de manera clara a interpretar y explicar el pasado a partir de elementos tales como la teoría de la evolución, la supervivencia del más apto, el determinismo racial o climático, y a expresarse en un lenguaje rico en metáforas físico-quími-

[21] Sobre el Ateneo, véanse Juan Hernández Luna (ed.), *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1962, 215 pp. (Nueva Biblioteca Mexicana, 5); José Rojas Garcidueñas, *El Ateneo de la Juventud y la Revolución*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1979, 155 pp. La polémica Caso-Aragón, en Antonio Caso, *Obras completas*, I. *Polémicas*, prólogo de Juan Hernández Luna, compilación de Rosa Krauze de Kolteniuk, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1971, 687 pp. (Nueva Biblioteca Mexicana, 13), pp. 4-45.

[22] En otros órdenes, ajenos al pensamiento historiográfico, hay manifestaciones importantes tanto en favor como en contra del positivismo. Entre las contrarias, resalta la sustitución del plan de estudios de la Escuela Nacional Preparatoria llevada a cabo en 1914 por iniciativa del secretario de Instrucción Pública, Nemesio García Naranjo, socio del Ateneo. *Apud*. Javier Garciadiego, *Rudos contra científicos*, El Colegio de México, México, 1996. En favor, además del material publicado por Agustín Aragón, en los últimos años de la *Revista Positiva* (que dejó de publicarse en 1914), destaca la reacción expresamente dirigida contra Caso y Vasconcelos por el joven médico y filósofo michoacano José Torres Orozco, cuya muerte prematura impidió que se llevara a cabo una interesante polémica. Véase Juan Hernández Luna, *José Torres Orozco, el último positivista mexicano*, México, edición del autor, 1970, 151 pp.

co-biológicas. La historiografía de nuevo cuño oscilará entre dos extremos: una de ellas estará comprometida con la nueva realidad revolucionaria, y la otra procurará restaurar tradiciones de raigambre hispánica, amenazadas de extinción ante el choque de la nueva barbarie, cruzada de cananas o ataviada con calzón blanco.

En 1974 denominé esas manifestaciones historiográficas con los nombres de pragmatismo político y empirismo tradicionalista. Veintiún años después confirmo mi nomenclatura. La historiografía pragmático-política comprende toda la producción cuyo objeto de estudio era la revolución que se desarrollaba ante los ojos de quienes escribían sobre ella, y que se expresaban por medio de memorias, reunión de documentos o artículos periodísticos, crónicas de hechos políticos y militares; en fin, obras que se referían a un pasado tan inmediato que todavía no resultaba claro si ya había concluido. (No era la primera vez que esto sucedía en la historiografía mexicana; desde la Independencia se ha practicado una historiografía asociada al acontecer inmediato.)

En el otro extremo se ubicaban los devotos de la rememoración de un pasado lejano. Su campo preferido fue la Nueva España. Mucha de esta práctica historiográfica puede asociarse a la corriente literaria del colonialismo, que tuvo entre sus grandes cultivadores a don Luis González Obregón y a Artemio de Valle Arizpe. A los que se ubican en este extremo Genaro Estrada los satiriza en su magnífico *Pero Galín;* publican enormes cantidades de documentos inéditos y muy raros, y monografías acerca de temas tan particulares como los jardines o las fuentes de la Nueva España; lo que sorprende es el hecho de haber sido escritos o editados en medio de las convulsiones que trajo consigo la Revolución.[23]

Ni a unos ni a otros les hacía falta el positivismo; se amparaban en la referencia a los documentos probatorios. Los revolucionarios —en la mayoría de los casos— los tenían en sus archivos personales y en su memoria. Los tradicionalistas acudían a los repositorios públicos, como el Archivo General de la Nación, o conseguían papeles en parroquias y bibliotecas. En ambos casos

[23] Desarrollé esta idea en la introducción a *La teoría de la historia en México (1940-1973)*, Secretaría de Educación Pública, México, 1974, 202 pp. (SepSetentas, 126), y la he reiterado en otros escritos.

la experiencia era la fuente de autoridad en que sustentaban sus juicios y sus narraciones.

La práctica de la historia se fue imponiendo como una necesidad. Es interesante observar el contraste entre la falta de historiografía e historiadores en los años del Ateneo, frente a la proliferación de los trabajos históricos un decenio después, así como la incursión de algunos ateneístas en la historiografía o en la reconstrucción de hechos vividos.

Nuevos rumbos de la historia: el advenimiento de las ciencias auxiliares

La celebración del centenario de la Independencia trajo también nuevos aires para el cultivo de la historia. Entre los invitados más destacados —desde el ángulo académico— estuvo don Rafael Altamira y Crevea, catedrático de la Universidad de Oviedo, y ya para entonces reputado como uno de los más distinguidos historiadores españoles. Antes, a finales de 1909, había estado aquí, casi de tránsito, proveniente de El Callao y con rumbo a Nueva York. Poco tiempo después, en enero y febrero del año siguiente, estuvo por segunda vez en México, y desempeñó de manera exitosa una intensa embajada cultural. Impartió 17 conferencias e improvisó discursos, respuestas a la prensa, participaciones espontáneas. Entre las conferencias interesa particularmente una: "Principios de la ciencia histórica", que expuso en el Museo Nacional. Es indudable que ahí sembró ciertos conceptos e ideas, ya que algunos historiadores lo recuerdan por ello.

Ya para entonces Altamira se había ocupado en cuestiones de método, por lo cual dicha conferencia debe haberle resultado muy rica en contenidos. Puede decirse con bastante seguridad que este acto fue muy importante en la introducción de los nuevos rumbos metodológicos que habría de seguir el análisis histórico, los que alcanzarían su perfeccionamiento con los trabajos de Bernheim y Bauer, en Alemania, y los de Langlois y Seignobos en Francia. En España, Rafael Altamira y Crevea, junto con Zacarías García Villada, había divulgado y puesto en práctica las novedades implícitas en la metodología de la historia.[24]

[24] Pedro Henríquez Ureña, "Altamira en México", reproducido en Alfredo

Es posible aventurar que la recepción mexicana fue entusiasta, pero a la vez acrítica y pasiva. Es decir, los autores que se dedicaron a comentar y divulgar los nuevos hallazgos europeos de la metodología histórica se limitaron a expresar que, con el concurso de las ciencias auxiliares, la historia ofrecía mayores garantías de cientificidad, aunque sin reparar en la naturaleza de cada uno de los contenidos de dichas ciencias auxiliares, algunos de los cuales habían sido pensados para resolver problemas de la historia del Imperio romano o de la Edad Media. Tal vez en algunos casos fuera posible cierta aplicación a la historia precolombina pero, en la mayoría, lo reciente de la historia colonial hacía que no siempre se beneficiara de los auxilios que podrían proporcionarle algunas de las ciencias auxiliares; otras, como la arqueología, la paleografía y la diplomática, desde luego, ofrecían su indiscutible universalidad. El caso es que ni Alfonso Toro, ni Jesús Galindo y Villa, ni el obispo Valverde Téllez, ni José de Jesús Núñez y Domínguez se ocuparon en reflexionar sobre la manera de hacer de las tan traídas y llevadas ciencias auxiliares de la historia instrumentos verdaderamente útiles para la investigación histórica mexicana. Quienes quisieran hacerlo, tras leer sus interesantes noticias, deberían esforzarse en pensar cómo convertirlas en herramientas adecuadas para el trabajo del historiador en estas latitudes.

A pesar de todo, la función divulgadora que cumplieron es importante. Ciertamente, los grandes historiadores eruditos del siglo XIX utilizaron, pongamos por caso, la paleografía, aunque no hubieran leído ningún manual que les explicara en qué consistía. La práctica los hizo. Sin embargo, el problema se presentaba en el siglo XX de otra manera. Al aumentar el interés de más personas por la historia, comenzaba a hacerse necesaria su enseñanza en niveles superiores, como hacía ya tiempo que sucedía

A. Roggiano, *Pedro Henríquez Ureña en México*, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, México, 1989, pp. 124-127, y fragmento de las *Memorias* del mismo Henríquez Ureña en pp. 122-123. Javier Malagón, "Altamira en México", en Malagón y Silvio Zavala, *Rafael Altamira y Crevea. El historiador y el hombre*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 1971, 120 pp., p. 67. Sobre el contexto español de Altamira y García Villada, *cf.* el interesante trabajo de Gonzalo Pasamar e Ignacio Peiró, *Historiografía y práctica social en España*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 1987, XI-92 pp.

en Europa y los Estados Unidos. Aunque no se planteara aún una enseñanza profesional sistemática e institucionalizada, cada vez más se hacía presente la comunicación de conocimientos y métodos relativos al estudio del pasado, mediante conferencias, discursos y artículos.

Genaro García y Jesús Galindo y Villa fueron los primeros maestros de historia propiamente dichos. El Museo Nacional inició unos cursos para los conservadores de la institución. En 1911, Galindo y Villa relevó a don Genaro, y su programa del curso de historia de México comienza con una reflexión y caracterización de cada una de las ciencias auxiliares de la historia.[25] Más adelante impartió el curso Roberto Esteva Ruiz y Valverde, quien, al decir de Galindo, se ocupó con amplitud, por primera vez en México, de temas de metodología, si se exceptúa la conferencia previa que dio Altamira. Los cursos del Museo Nacional fueron trasladados a la Escuela de Altos Estudios de la Universidad Nacional de México, en 1914.[26] El destino de las ciencias auxiliares fue correlativo a las necesidades específicas de la historia mexicana. Hasta donde sabemos, el desarrollo de la numismática en nuestro medio no ha ido más allá del coleccionismo. La sigilografía brilla por su ausencia; lamentablemente, la geografía histórica no ha dado muchos frutos. En cambio, la arqueología dejó de ser concebida como auxiliar para adquirir su total autonomía, aunque cabe señalar que se desarrolló una saludable interdisciplina entre ella y la historia. La epigrafía, con necesidades muy

[25] "Apertura de las clases de Historia y Arqueología", *Boletín del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología,* t. I, núm. 2, agosto de 1911, pp. 22-28. El programa de Jesús Galindo y Villa incluía: bibliografía o bibliología, paleografía, epigrafía, heráldica, numismática, arquitectura, escultura, pintura, glíptica, sigilografía, indumentaria, mobiliario e iconología.

[26] Entre los materiales recogidos en esta compilación figura el mencionado de Jesús Galindo y Villa, así como los de Alfonso Toro, Emeterio Valverde Téllez y José de Jesús Núñez y Domínguez, que aluden a las ciencias auxiliares. Galindo hace referencia al curso de Esteva Ruiz y Valverde, y a su vez señala que él mismo impartió uno en la ciudad de León, Gto. Este autor fue quien más profundizó en el problema y conoció la bibliografía más actualizada del momento. El curso de Esteva Ruiz fue continuación de los impartidos por Genaro García y Galindo en el año mencionado. Anteriormente hubo otros, cuyo promotor fue don Nicolás León. *Cf.* Xavier Tavera Alfaro, "La carrera de historia en México", *Historia Mexicana,* vol. IV, núm. 4 (16), pp. 624-636, *apud* en Jesús Galindo y Villa, *Documentos relativos a la traslación de clases que actualmente se cursan en el Museo, a la Escuela Nacional de Altos Estudios…,* Imprenta del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, México, 1915.

distintas a las europeas, espera todavía mejores momentos. La heráldica, más que funcionar como ciencia auxiliar, ha servido para satisfacer las veleidades aristocratizantes de las familias de abolengo, pero se ha trabajado con rigor. Indudablemente, la bibliografía y la paleografía han corrido con mejor suerte y han hecho magníficas aportaciones al conocimiento histórico mexicano.

Es interesante hacer notar que los historiadores netamente positivistas no desarrollaron estos instrumentos de precisión histórica, ya que atendieron, de preferencia, los aspectos exegéticos por encima de los heurísticos. Ni Bulnes, ni Sierra, ni Rabasa se distinguieron por su ortodoxia instrumental; sí lo hicieron, en cambio, por sus cualidades interpretativas. De manera opuesta, los grandes eruditos renunciaron a la hermenéutica.

Para autores como Toro y Galindo y Villa la herencia positivista no era despreciable. Es evidente que el zacatecano era un devoto creyente en la idea del progreso. Para él la importancia del estudio de la historia radica, más que en la posibilidad de apreciar la diversidad de las culturas, en ilustrar cómo ha evolucionado la humanidad. Si bien el liberalismo que profesa claramente ha desterrado por completo la sujeción de la historia a etapas precisas, la marcha evolutiva está presente en su texto. Galindo, quien también participa de la idea del progreso, celebra además el desarrollo que ha tenido la sociología —no ciencia auxiliar, sino disciplina alterna— y cómo ésta ha desterrado a la especulativa filosofía de la historia.

EXPRESIONES ANTIPOSITIVISTAS

En cambio, la filosofía de la historia era algo que seguía desarrollándose en plenitud, en opinión del obispo Emeterio Valverde Téllez, quien, de manera sistemática e incluso obsesiva, había combatido con sus medios al positivismo.[27] Los católicos se ha-

[27] Además de los discursos insertos en esta compilación, destaca su importante *Bibliografía filosófica mexicana,* publicada en 1903 y 1913. En ella recoge una amplia bibliografía positivista y antipositivista, de manera que es un auxiliar todavía hoy valioso para el estudio de estas tendencias. *Cf.* la nueva edición facsimilar, con estudio introductorio de Herón Pérez Martínez, 2 vols. El Colegio de Michoacán, Zamora, 1989.

bían opuesto al pensamiento de Comte, de Spencer y de sus seguidores, como también lo habían hecho los liberales ortodoxos. Los sustentos agustinianos eran sólidos y ofrecían buenas perspectivas para defender la filosofía de la historia de la idea positivista esquemática de que correspondía al estadio metafísico, y la sociología, en cambio, al campo científico. El positivismo era condenado por su materialismo.

Pese a que la puesta en tela de juicio del positivismo por parte de los católicos fue muy severa, la que ofrecieron los ateneístas tuvo mayor trascendencia. El hecho de que la cultura católica fuese considerada algo relegado a un plano privado, familiar, religioso, le restaba la repercusión que tuvo, en cambio, un antipositivismo generado en medios laicos que podían ser calificados de académicos. (Uso con cierta reticencia esta palabra para aplicarla al México de los años de 1910 a 1935, porque lo académico apenas se iniciaba; tal vez sea más justo designarlo protoacadémico.) Y fue precisamente Antonio Caso, precursor junto con Pedro Henríquez Ureña de la figura del académico en México, quien inició el combate más efectivo contra el positivismo dominante.[28]

Resultó paradójico el hecho de que, cuanto más se afinaban los instrumentos auxiliares de la historia para fortalecer su cientificidad, aparecieran nuevas corrientes de pensamiento que, precisamente, pusieron en tela de juicio tal carácter científico. El cambio de siglo trajo consigo la distinción entre ciencias de la naturaleza y ciencias del espíritu, en la nomenclatura diltheyana, o ciencia natural frente a ciencia cultural, en la de Rickert. Por su parte, Benedetto Croce transitó caminos semejantes, al igual que Windelband. El nuevo historicismo y el neokantismo destruyeron la unidad metodológica del positivismo, que abarcaba por

[28] Una visión esquemática del desarrollo de las ideas en México indicaría que el positivismo desapareció en 1910 con la conjunción Ateneo/Revolución mexicana. Este texto intenta mostrar cómo, desde ese año hasta 1935, se dio la larga agonía del positivismo. Si bien pasa a ser una tendencia superada por las nuevas inquietudes filosóficas y por la realidad misma, hay fuertes resistencias a que sea abandonada. Sus defensores más entusiastas son el ortodoxo comtiano Agustín Aragón y León, editor de la *Revista Positiva* (1900-1914), fechada al modo del calendario comtiano; el hijo del introductor de la doctrina en México, Horacio Barreda, y el médico michoacano José Torres Orozco, muerto muy joven, de manera que su buscada polémica con Caso y Vasconcelos no tuvo lugar. *Cf.* Juan Hernández Luna, *José Torres Orozco*..., *op. cit.*

igual a todas las ciencias, sin importar su objeto. Ello, desde luego, afectó a la historia.[29]

La cientificidad de la historia se vio radicalmente modificada al replantearse la particularidad de su objeto, que le impide establecer leyes, ya que éstas sólo pueden inferirse cuando el objeto de la ciencia es general. Los autores mencionados en el párrafo anterior abundaron en argumentos sobre el asunto, mismos que son retomados por quienes los aceptan, así como por quienes los rechazan. Entre los más conspicuos de éstos se encuentra el historiador rumano Alexandru Dimitriu Xénopol, importante teórico de la historia, quien no rehúye el problema sino que, además de enfrentarlo, ofrece una salida para reconstituir la cientificidad positivista de la historia. Fue tal vez el último intento sólido por hacerlo. Su trascendencia no fue demasiado grande, aunque su obra tuvo la fortuna de ser traducida al francés y al español, y la edición castellana halló eco en algunos lectores mexicanos, que la comentaron y discutieron, dando lugar a lo que Juan A. Ortega y Medina llamó "el ciclo de Xénopol".[30]

El primer receptor y divulgador de las teorías antipositivistas fue Antonio Caso, a la vez que discutió y tomó en cuenta al historiador rumano. Don Antonio ya tenía algún tiempo trabajando en un libro sobre filosofía de la historia,[31] lo que indudablemente lo llevó a leer la obra xenopoliana. Caso conocía la obra de Bergson y, para mediados de la década de 1910, ya había tenido contacto con las obras de Croce, que cita en sus textos, en las que el napolitano reflexiona sobre la naturaleza de la historia. En la primera edición de su libro, Caso no hace referencia a los traba-

[29] *Cf.* Dilthey, *op. cit.;* Enrique Rickert, *Ciencia cultural y ciencia natural*, traducción de M. García Morente, prólogo de J. Ortega y Gasset y F. Romero, Madrid, Espasa Calpe, 1965, 211 pp. (Colección Austral, 347); *Introducción a los problemas de la filosofía de la historia*, traducción de Walter Liebling, Nova, Buenos Aires, 1961, 158 pp.; Wilhelm Windelband, *La filosofía de la historia*, traducción y prólogo de F. Larroyo, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, México, 1958, 65 pp.

[30] Ortega y Medina, *Polémicas...*, *op. cit.*, p. 11.

[31] En la revista *La Nave*, año 1, núm. 1, mayo de 1916, Caso publica "La historia y la filosofía de la historia", pp. 30-48, donde anuncia que se trata de un capítulo de *El concepto de la historia universal*, "que aparecerá en breve". El artículo está fechado el 15 de septiembre de 1915. No fue tan "en breve", ya que el libro apareció hasta 1923. El capítulo sobre Xénopol, "La historia como ciencia *sui generis*", vio la luz en la revista *Acción Estudiantil*, órgano de la Federación de Estudiantes de México, t. I, núm. 1, abril de 1920, pp. 8 y s. El texto de este artículo también fue integrado a la obra mencionada.

jos de Windelband, que sí menciona en la segunda, aparecida 10 años después. No obstante, cuenta con suficientes argumentos para establecer que la historia no es ni ciencia ni arte, sino una ciencia *sui generis*, una imitación creadora, ceñida a una realidad acontecida que se intenta reconstruir. Bajo el precepto aristotélico de que no hay ciencia de lo particular, Caso niega la cientificidad positivista de la historia, pero no lleva la disciplina al terreno de las artes, aunque el historiador participe de la creatividad, como otros artistas.

El ortodoxo comteano Aragón respondió violentamente al artículo de Caso, lo cual le mereció, a su vez, una extensa respuesta.[32] La argumentación de Aragón se centra en el concepto de ciencia y extiende su crítica no sólo a Croce, sino que juzga a Kant como un autor superado por toda la contribución positivista del siglo XIX. Le parece anacrónico utilizar la autoridad de Kant —filósofo metafísico del siglo XVIII— cuando se dispone de categorías y conceptos, según él, más avanzados. Una vez zanjada la discusión en torno a la ciencia, glosando a Xénopol, lo defiende de las observaciones críticas de Caso. Años después, Manuel Brioso y Candiani comentará que ni Caso ni Aragón leyeron bien la obra del rumano.

Más allá de la recepción crítica o entusiasta de la *Teoría de la Historia*, el trabajo de Antonio Caso vale por sí mismo, por lo que es su obra, ya que no se limita a reproducir los juicios de los filósofos de la historia contemporáneos, sino que a partir de algunos de sus argumentos propone sus propias reflexiones. Hasta donde puedo saber, es el primer teórico mexicano de la historia que introduce la discusión —que reaparecerá una y otra vez a lo largo del siglo XX en los medios internacionales— en torno a si la historia es ciencia o arte. Después del artículo de García Granados —cronológicamente—, la aportación de Caso es la más completa y rica de las que se habían elaborado en este país. Va más allá de las circunstancialidades con las que se habían acercado a la reflexión sobre la historia autores como Toro, Galindo y Villa y monseñor Valverde. Caso se ubica como precursor de lo que llegará

[32] La polémica Caso-Aragón sobre la obra de Xénopol aparece en Ortega y Medina, *op. cit.*, pp. 371-432 y en Antonio Caso, *Obras completas*. I, *Polémicas*, prólogo de Juan Hernández Luna, compilación de Rosa Krauze de Kolteniuk, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1971, 687 pp., pp. 47-79.

con más vigor a México a partir de 1940, ya que algunas de sus fuentes son comunes a las que traerán consigo los transterrados españoles.[33] Vale la pena recoger los dos últimos párrafos de su obra:

> La historia ha de escribirse platónicamente; filosofando con todo el espíritu. Sólo así se infunde una nueva vida en lo inerte; resurgen las instituciones y las creencias desaparecidas, y cobra nuevos bríos el abigarrado conjunto de hombres y cosas evocados sobre las ruinas ungidas con la veneración de los pueblos, en el vasto acervo de las reliquias seculares que deposita la humanidad sobre el planeta, al cumplir su destino constante; su muerte perpetua y su perpetua resurrección.
>
> La historia es una *imitación creadora;* no una invención como el arte, ni una síntesis abstracta como las ciencias, ni una intuición de principios universales como la filosofía.

EL CICLO DE XÉNOPOL

Al oaxaqueño Manuel Brioso y Candiani, profesor de lógica y hasta cierto punto historiador, corresponde ser un xenopoliano ortodoxo, aunque no incondicional. Su lectura de la *Teoría de la Historia* del rumano fue exhaustiva y meticulosa. Su contribución al pensamiento historiográfico mexicano consistió en hacer una suerte de resumen del enorme libro, para dejarlo en poco más de un centenar de páginas, donde le otorga a la exposición del rumano un orden, a su juicio, más lógico. En rigor, *Las nuevas*

[33] Es importante hacer notar las diferencias entre las dos ediciones del trabajo de Antonio Caso. La primera es *El concepto de la historia universal,* México Moderno, México, 1923, y la segunda, aparecida en 1933, modifica el título como sigue: *El concepto de la historia universal y la filosofía de los valores.* Puede verse en Antonio Caso, *Obras completas X,* prólogo de Margarita Vera Cuspinera, compilación de Rosa Krauze de Kolteniuk, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1985, 315 pp., pp. 1-93. Sobre Caso, además del excelente prólogo de M. Vera Cuspinera, véanse Rosa Krauze de Kolteniuk, *La filosofía de Antonio Caso,* México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1985, 286 pp., especialmente pp. 114-127; Enrique Florescano, "Antonio Caso y la historia", *Historia Mexicana,* vol. XII, núm. 3 (47), enero-marzo de 1963, pp. 358-378 y, más reciente, José Hernández Prado, "El replanteamiento de la sociología profunda de Antonio Caso", *Sociológica,* UAM/Azcapotzalco, año 9, núm. 34, enero-abril de 1994, pp. 33-50. González Navarro, *op. cit.,* estudió también la relación entre sociología e historia en Antonio Caso, pp. 67-86.

orientaciones para la constitución de la Historia funcionan de manera excelente como introducción al pensamiento de Xénopol, a quien critica sus proyecciones eurocentristas y en ocasiones racistas, pero a quien salva como reivindicador de la teoría científica de la historia.

Xénopol conoció las objeciones neokantianas e historicistas a la teoría positivista, en particular las que establecían la unicidad e irrepetibilidad del hecho histórico y cómo, por esta razón, resultaba imposible establecer leyes. Tras meditarlo, Xénopol acepta el postulado de la particularidad, pero señala que es posible elaborar series de hechos y, de ellas, inferir leyes. En especial, la gran contribución de Xénopol es ésta: la posibilidad de establecer series de hechos. Con ello reivindicaba la cientificidad de la historia.

Brioso y Candiani trató, él mismo, de aplicar a la historia mexicana la teoría de Xénopol. No tuvo mayor trascendencia. Pese a ello, en algunos opúsculos producidos en su momento, se le reconoce como lo que fue, el principal divulgador de Xénopol.[34] Una breve descripción de la monumental obra del rumano permitirá su cotejo con la síntesis del oaxaqueño. Comienza la *Teoría de la Historia* con el tema de la repetición y sucesión universales, para seguir con la "doble forma de la causalidad". Esto le permite entrar en el tema del "carácter científico de la historia", que precede a un capítulo en el que recopila lo que, a su juicio, son "opiniones erróneas acerca del objeto de la historia", entre las que incluye la historia patriótica y moralizadora y lo que llama la "historia-censura". Del capítulo quinto en adelante, Xénopol desarrolla los temas en los que analiza la morfología del acontecer: los factores constantes de la historia, la evolución histórica, los auxiliares de la evolución, lo inconsciente en la historia, concluyendo con las leyes de la evolución. Después prosigue con "el material de la historia", es decir, los hechos, que abren la puerta a "las series históricas", y concluye con su concepción de la historia y un último capítulo sobre el método. La obra evidentemente

[34] Es citado por Alberto Beteta y por Gilberto Loyo, cuyos trabajos se reproducen aquí. Al parecer, el último autor que lo cita es Jesús Galindo y Villa en un texto de 1936, "Lo previsible y lo imprevisible en el acontecer histórico", incluido en Ortega y Medina, *op. cit.*, pp. 427-432. Ortega en esa obra hace un estudio detallado del llamado por él "ciclo de Xénopol", pp. 382-389.

tiene su lógica, aunque Brioso y Candiani, quien la consideró perfectible, no pensó del mismo modo, y en su resumen se permite enviar al final el contenido del tercer capítulo de la obra original, el carácter científico de la historia, como penúltimo, antes de la "concepción de la historia".[35]

Pese a la modestia de la edición oaxaqueña de la obra de Brioso, ésta tuvo presencia en un grupo selecto de lectores, que la citan. La posible construcción de series de hechos provocó el interés y el entusiasmo del estadígrafo Alberto Beteta, quien es el primero en el medio mexicano en llamar la atención sobre la aplicación de la estadística a los estudios históricos. Si bien puede otorgársele inspiración xenopoliana (vía Brioso), en su escrito despliega su sólida formación en la estadística. De ahí la validez de su texto, por encima de lo que pueda tener de ancilar con respecto al rumano y al oaxaqueño.

Por su parte, el ingeniero Galindo y Villa, como ya señalé, fue el último defensor de Xénopol, en un artículo tardío de 1936. En él, Galindo defiende la concepción científica de la historia y hace un resumen muy apretado de la *Teoría de la Historia.* Se advierte una lectura cuidadosa, así como la obvia observación de que no lo había leído en 1916, cuando publicó el texto ya referido.

La escuela secundaria y la teoría de la historia

La institución, en 1925, de la escuela secundaria en México tiene una influencia interesante en el pensamiento historiográfico en la medida en que se requirió un número mayor de profesores de historia que el que laboraba en la Escuela Nacional Preparatoria y en los planteles particulares que seguían su plan de estudios. Hay testimonios de que hubo interés e inquietud en torno a la enseñanza de la historia y a la aplicación de métodos que la hicieran inteligible.

[35] A[lexandru] D[imitriu] Xénopol, *Teoría de la Historia. Segunda edición de Los principios fundamentales de la Historia*, traducción de Domingo Vaca, Daniel Jorro Editor, Madrid, 1911, xv-550 pp. La edición contiene un texto de Gabriel Monod, tomado de la *Revue Historique*, t. XCVIII, 1908. De él se deduce que al menos en Francia, el historiador rumano tuvo alguna influencia que, gracias a la traducción española, alcanzó a México. Indudablemente es un libro que ofrece riqueza y originalidad en sus planteamientos. Me atrevo a expresar que de ser Xénopol francés o alemán, su influencia hubiese sido mayor.

En otro ámbito, que pronto convergerá con el de la enseñanza, desde 1919 se nota en México la presencia de la Tercera Internacional Comunista, con lo que ésta implica de divulgación del materialismo histórico. Durante los primeros años sólo se tiene testimonio del interés de los comunistas por influir en la organización de los trabajadores. Más adelante comenzaron a realizarse algunos ensayos de interpretación de la realidad contemporánea a partir del marxismo-leninismo. Para 1930 ya hay muestras claras del interés de una parte del profesorado por tener como guía esta doctrina para enseñar historia universal y de México. Las respuestas no se hacen esperar y tienen dos vertientes, una de cuño ortodoxo y la otra, abierta, que sumaría las aportaciones marxistas a otras, fruto del siglo que corría.

En la línea ortodoxa, el primer protagonista de esos afanes fue Rafael Ramos Pedrueza, quien ya había visitado la Unión Soviética y publicado algunos folletos de divulgación histórica en los que procuraba encontrar próceres mexicanos precursores del socialismo. Su opúsculo, *Sugerencias revolucionarias para la enseñanza de la historia,* es la primera aplicación formal del materialismo a la historia hecha en México en cuanto a que reproduce el esquema cronológico de los modos de producción, esclavismo-feudalismo-capitalismo-socialismo, y trata de adaptarlos a la historia mexicana para que los profesores se beneficien con ello y den sustento a los conocimientos que imparten.

Para Ramos Pedrueza la historia es ciencia y arte. Ciencia, porque está construida con un conjunto de verdades coordinadas cuya finalidad es exponer el pasado. Gracias al concurso de las ciencias auxiliares adquiere la categoría de ciencia positiva. Es arte, porque toda exposición histórica "requiere diafanidad que transparente su perspectiva". "El artista es creador. El historiógrafo, reconstructor. La expresión histórica constituye uno de los aspectos más interesantes del arte literario." Reconoce Ramos Pedrueza que la imparcialidad absoluta es imposible en esta ciencia. Debe haber una adhesión a la tendencia revolucionaria o a la conservadora. En fin, su texto va más allá de la sistematización de las etapas del materialismo histórico, y llega a plantear y discutir asuntos vigentes y vitales en torno a la concepción de la disciplina histórica. Hace, desde luego, hincapié en el compromiso revolucionario que debe adoptarse para educar a los jóvenes.

El economicismo que campea, por los mismos años, en otras escuelas de pensamiento histórico además del marxismo, encuentra eco en Gilberto Loyo, en ese entonces profesor de historia y después afamado demógrafo que elabora una serie de textos en torno a la enseñanza de la historia en los que revisa diferentes doctrinas, cita y discute a los autores de mayor influencia en ese tiempo, como Oswald Spengler, el muy mencionado Xénopol y materialistas históricos como Antonio Labriola, y plantea fincar la enseñanza de la historia en la adecuación de los problemas económicos del presente como punto de partida para encontrar su génesis en el pasado y hacer los seguimientos necesarios para hacerlos inteligibles. En otro ámbito, haciendo gala de cierto vanguardismo, Loyo es el primer teórico que llama la atención sobre la utilización del cine como elemento auxiliar no sólo de la enseñanza sino también de la investigación histórica. Considera que el cinematógrafo es a la época actual lo que la epigrafía a la antigüedad.[36] En este aspecto, pese a la brevedad con que trata el tema, es un precursor innegable.

La enseñanza de la historia en la escuela secundaria fue un tema reiterado, por lo menos de 1930 a 1934. Núñez y Domínguez, en una ponencia presentada en el Congreso de Historia celebrado en Oaxaca en 1933, elogia a Gilberto Loyo y a Alfonso Teja Zabre por sus propuestas metodológicas en esta cuestión.[37] Con anterioridad, en su artículo publicado en *Estudios Históricos*, había hecho una reflexión importante acerca de la relación de la nueva metodología de la investigación histórica con la enseñanza de la materia. Se muestra muy actualizado en el asunto por el manejo que hace de los autores de diferentes nacionalidades que se habían ocupado de ello. Un año más tarde, en 1934, Luis Chávez Orozco, en el "prólogo para el profesor" de su *Historia de México*, agrega una breve "metodología" consistente en puntualizar los objetivos, los medios y las actividades de los alumnos. En tan sólo

[36] Sobre estos dos autores, *cf.* mi artículo "La Revolución y la enseñanza de la historia: dos actitudes", *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, vol. v, 1976, pp. 119-131.

[37] *Cit.* en Alfonso Teja Zabre, *Historia de México. Introducción y Sinopsis. La biografía de México*, 2ª ed., Universidad Nacional de México, México, 1933, 105 pp., pp. 3-4. Alaba sobre todo a Teja Zabre, quien comenzó como "recluta" y llegó al "mariscalato". Indica Núñez que Teja fue uno de los alumnos del Museo Nacional, donde recibió clases de Genaro García en 1914. *Vid. supra.*

tres páginas propone lo que muchos años después se esgrime como pedagogía de vanguardia.[38]

Por su parte, Teja Zabre, además de su contribución a la enseñanza de la historia, destaca como uno de los teóricos más completos de su tiempo. Su actitud ilustra la vertiente heterodoxa de adopción del marxismo. Durante más de 15 años meditó sobre las teorías conducentes a lograr la mejor explicación posible de la historia mexicana. Si bien la teoría marxista parece haber sido la que predominó en sus trabajos de esa época, se trata, en el mejor de los casos, de un marxismo heterodoxo, o de un eclecticismo inclinado al marxismo.[39] En su libro *Historia de México...* da cabida a Bergson, Spengler, Einstein, Marx-Lenin y Freud. Además de las teorías de los autores nombrados, se advierte con claridad su asimilación de ideas de la biología moderna y otras, de tiempos más lejanos, todo lo cual le permite enfrentarse y superar la herencia positivista.

> El positivismo había forjado un dilema para el conocimiento histórico: era éste una simple colección de datos sin sentido y narraciones estimables según su valor artístico solamente, o era una rama de la ciencia, y en tal caso debería estar sujeta a leyes universales. Se intentó en vano formular la ley histórica inmutable y total. El positivismo

[38] Luis Chávez Orozco, *Historia de México*, 2 vols. Patria, México, 1934, I, pp. 11-14. Reproduzco el primero de los objetivos: "Hacer inteligible al alumno el medio social en que vive, es decir, mostrarle la sociedad mexicana tal cual es y como ha sido, haciéndole visible la sucesión de plazos históricos hasta ponerlo en el umbral de la vida moderna". En suma, no pierde de vista, como tampoco Loyo, Ramos Pedrueza y Teja, la importancia de la relación entre el pasado y el presente, y su validez para motivar al alumno al aprendizaje de la historia. Es sorprendente la vigencia pedagógica de Chávez Orozco.

[39] La obra citada de Teja Zabre es la que inicia esa interesante búsqueda de elementos teóricos y que avanza hacia su *Teoría de la revolución*, Botas, México, 1936, 179 pp., y posteriormente su *Dinámica de la historia y frontera interamericana*, Botas, México, 1947, sin contar algunos prólogos a obras producidas en ese lapso. De Teja Zabre se han ocupado Andrea Sánchez Quintanar, "El pensamiento histórico de Alfonso Teja Zabre", *Anuario de Historia*, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, años VI y VII, 1966-1967, pp. 65-90, y Gloria Villegas, *Asedio a Teja Zabre*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, s. f., 54 pp. (Cuadernos de Becarios, Facultad de Filosofía y Letras, 4). La propia A. Sánchez Quintanar ha vuelto recientemente sobre Teja Zabre y Ramos Pedrueza en *Tres socialistas frente a la Revolución Mexicana. José Mancisidor, Rafael Ramos Pedrueza, Alfonso Teja Zabre*, estudio introductorio y selección de textos, Andrea Sánchez Quintanar, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1994, 480 pp.

> oscilaba en movimientos desesperados para reducir la vida entera a fórmulas y clasificaciones estrictas o dejar a la historia entre la novela y la fábula, y a la filosofía de la historia junto a la metafísica.[40]

En todo caso, lo más valioso de Teja Zabre fue no ser excluyente. Todo lo que pudiera contribuir al esclarecimiento del acontecer podía entrar en su teoría. Su búsqueda continuó más adelante.

El positivismo desagregado

Podría intentarse un ejercicio croceano que permitiera establecer lo vivo y lo muerto de la filosofía y la teoría de la historia positivistas, ya en México, ya en el mundo. Por lo pronto, no es posible eludir una mínima aproximación. No me atrevo a postular una muerte definitiva del positivismo mexicano, pero sí una disolución tal que, para mediados de los años treinta, ya no sería reconocido por sus cultivadores originarios. Desde luego, Agustín Aragón, hasta su muerte, nunca dejó de creer en la vigencia plena de Comte. Asimismo, Jorge Vera Estañol, quien lo mostró en la evolución de la estructura profunda de su obra sobre la Revolución mexicana, publicada en el muy tardío 1957 Mientras don Andrés Molina Enríquez ensayaba, hacia 1935, una nueva clasificación de las ciencias fundamentales, de manera semejante a como lo habían hecho Comte y Spencer en el siglo XIX, sin siquiera tomar en cuenta a Xénopol.

Hay ideas, como la del progreso, de arraigo profundo en la historiografía ya desprendida de los modelos positivistas. Si acaso, algunos historiadores trataron de elaborar explicaciones científicas, muy próximas a las quiméricas leyes del acontecer universal. Pero el clima, la raza y el suelo ya no ofrecían el valor explicativo que se les había otorgado. En lo que el positivismo siguió haciéndose presente fue en aquello que no había sido originalmente suyo: los procedimientos de investigación que proponen el apego a las fuentes. Como quedó dicho, ése fue el desarrollo de la historiografía diplomática, generada desde principios del siglo XIX en Alemania, y que benefició a esta corriente por la tendencia a utilizar datos positivos, pero que para el posi-

[40] Teja Zabre, *Historia de México...*, p. 14.

tivismo sólo era un aspecto instrumental, que le permitiría llegar a la explicación científica de la historia. En ese sentido sus días sí concluyeron. La estafeta fue retomada por el marxismo, que la detentó por muchos años, sin preocuparse mucho por el aspecto técnico-instrumental. Esto último fué lo que siguieron cultivando los mal llamados neopositivistas, reacios por completo a toda acción especulativa. Por su parte, el historicismo que observamos en Antonio Caso se ofrece como la doctrina más radicalmente antipositivista. Su desarrollo y enriquecimiento despegarán en el decenio siguiente, pues las bases, que habían sido puestas en Europa, todavía no llegaban a universalizarse. El proceso de disolución del positivismo se había consumado. Lo que quedaba de él no era lo suyo sino lo adoptado para consolidar las bases que podían permitirle elevarse al terreno de lo especulativo, a querer lograr su propia quimera de igualarse con las ciencias de la naturaleza.

APÉNDICE

Alfonso Toro Castro. Nació en Zacatecas, Zacatecas, el 29 de julio de 1873, y murió en la ciudad de México el 8 de junio de 1952. Estudió en el Instituto de Ciencias de su ciudad natal la carrera de abogado, profesión en la que se desempeñó como agente del Ministerio Público, tanto en Zacatecas como en el Distrito Federal, y como magistrado del Tribunal Superior de Justicia del Distrito y Territorios Federales. Representó a un distrito de su estado en la XXVIII Legislatura del Congreso de la Unión. Como historiador, fue autodidacto. En su bibliografía, es probable que su trabajo más temprano sea el que se reproduce aquí más adelante, *Importancia del estudio de la historia* y *Métodos de investigación histórica*, que fueron dos conferencias que impartió en Zacatecas en 1911. También es autor de un folleto sobre *El doctor Agustín Rivera y San Román.* En 1918 escribió la introducción al *Ensayo histórico* de don Lorenzo de Zavala, personaje a quien años más tarde consagraría otro estudio: *Dos constituyentes de 1824: Lorenzo de Zavala y Miguel Ramos Arizpe.* Colaboró en la monumental obra dirigida por Manuel Gamio, *La población del Valle de Teotihuacán*, uno de los hitos de la antropología mexicana y del trabajo interdisciplinario. La fama de Toro como historiador se debe a dos trabajos: *La Iglesia y el Estado en México* (1926), libro en el que se expresa el punto de vista del Estado en vísperas del inicio del conflicto religioso, que duraría hasta 1929; y su *Compendio de historia de México*, en tres

volúmenes, el primero de los cuales data de 1925. La presencia de ese libro como auxiliar en la segunda enseñanza ha sido impresionante. Coloca a Toro Castro como uno de los autores más leídos del país por un público cautivo. De alta erudición son la *Historia de la Suprema Corte de Justicia* (1934) y *Los judíos en la Nueva España. Selección de documentos correspondientes al ramo de Inquisición* (1932). Su obra lo caracteriza como autor liberal, anticlerical y exponente de la idea oficial de la Historia de México.

Sobre Alfonso Toro no hay propiamente ningún estudio historiográfico monográfico. El único ensayo comprensivo es la breve nota necrológica que escribió Ernesto de la Torre Villar en la *Revista de Historia de América*, núm. 35, junio de 1952, pp. 177-179, así como las referencias obligadas en los diccionarios y enciclopedias mexicanos.

Jesús Galindo y Villa. El 27 de octubre de 1867 tuvo lugar el nacimiento de Jesús Galindo y Villa, en el número 6 de la entonces llamada calle de las Ratas, después Bolívar, número 77, de la ciudad de México, a la que años después éste consagraría una breve historia. Un biógrafo anónimo destaca su vocación magisterial, que ejerció desde los 18 años hasta su muerte, acaecida el 13 de agosto de 1937. Se comprueba lo anterior con una mirada a su *curriculum vitae.* Además de haber enseñado historia y geografía en muchísimos planteles de diversos niveles de enseñanza a lo largo de su vida, destaca su labor en el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, institución que dirigió. En la Facultad de Altos Estudios de la Universidad Nacional impartió las materias de Metodología, Crítica y Construcción Histórica, lo cual le confiere la autoridad que se percibe en la lectura del texto aquí seleccionado, que se publicó en la revista *Gladios* en 1916. Perteneció a las principales academias y sociedades científicas del país y fue autor de una profusa obra dispersa en periódicos y revistas, tanto de carácter científico como de divulgación. Parte de esa producción fue recogida por él en *Polvo de historia* (1923). Al igual que en el caso de Toro, no hay estudios formales acerca de su vida y su obra. Sin embargo, al ocurrir su muerte, cuando presidía la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, esta institución le dedicó íntegros los números 11 y 12 del tomo 45, 1937, de su *Boletín*, en que puede leerse una semblanza biográfica, datos curriculares y su extensa bibliografía, así como discursos necrológicos. Hay algunas fotografías que rescatan su imagen en diversas edades.

Emeterio Valverde Téllez. Ampliamente conocido por haber edificado el monumento a Cristo Rey en el Cerro del Cubilete, cuando encabezaba la diócesis de León, no lo es tanto por sus valiosas aportaciones a las biblio-

grafías filosófica y eclesiástica mexicanas y a la filosofía misma. Nació en la Villa del Carbón, Estado de México, el 1º de marzo de 1864. Después de una larga y sólida formación eclesiástica, es ordenado sacerdote el 5 de marzo de 1887. Diez años más tarde, tras haber sido párroco en diversos lugares, es nombrado canónigo prebendado en el Cabildo Metropolitano. Con el paso del tiempo logró reunir una biblioteca notable que, hoy en día, forma parte del acervo de la biblioteca Alfonso Reyes de la Universidad de Nuevo León. De sólida formación escolástica, fue un crítico mordaz y adverso a toda filosofía opuesta a la fe. Así, con enjundia y solidez bibliográfica y documental refuta al positivismo, al liberalismo, al espiritismo y a todas las tendencias de corte materialista. Ello lo lleva a reunir la monumental *Bibliografía filosófica mexicana*, libro que constituye acaso su principal herencia al conocimiento mexicano. Buen lector de historia y de filosofía de la historia, dio muestras de sus ideas en torno a ambas disciplinas. El 7 de agosto de 1909 fue elegido obispo de León. Ocupó la sede hasta su muerte, ocurrida en 1948. Estuvo fuera del país entre los años de 1914 y 1916 y posteriormente durante la guerra cristera.

Al humanista Herón Pérez Martínez se debe una excelente semblanza biobibliográfica que forma el estudio introductorio de la edición facsimilar de la mencionada *Bibliografía filosófica mexicana* (2 vols.), hecha por El Colegio de Michoacán en 1989. Gracias a dicho estudio y a la bibliografía elaborada por don Juan B. Iguíniz fue posible localizar los discursos que se presentan en esta selección de obras.

Antonio Caso y Andrade. Nacido en la ciudad de México el 19 de diciembre de 1883 y fallecido en la misma capital el 6 de marzo de 1946. Puede resultar vano resumir en pocas líneas una vida tan rica como la de Caso, que estudió derecho como toda persona inclinada a las humanidades en su tiempo, sin llegar a ejercer la abogacía, sino que pudo dedicar su vida al trabajo académico e intelectual. Desde 1906 se identificó con quienes tres años más tarde formarían el Ateneo de la Juventud, del que fue el primer presidente. En 1909 destacó por sus conferencias de corte antipositivista, dadas en el salón "El Generalito" de la Escuela Nacional Preparatoria. Con Pedro Henríquez Ureña comparte el ser modelo de la figura del académico en México. Fue secretario de la Universidad Nacional de México al ser fundada en 1910. La defendió de los ataques de la ortodoxia comteana de Agustín Aragón y Horacio Barreda, en fuerte polémica con el primero. Mientras muchos de sus contemporáneos se dispersaron durante los años violentos de la Revolución, Caso permaneció en la capital enseñando y escribiendo. Se convirtió en el maestro fundamental de la generación de 1915, o de los Siete Sabios. Al insta-

larse José Vasconcelos en la Rectoría de la Universidad, tuvo en Caso a un cercano y valioso colaborador. En 1921, cuando Vasconcelos pasa a ser titular de la Secretaría de Educación Pública, Caso lo sustituye en la Rectoría hasta que, en 1923, tras los incidentes surgidos por la huelga de la Escuela Nacional Preparatoria, renuncia y la amistad entre ambos se rompe. La ética, la filosofía de la historia, la historia de la filosofía, la sociología, entre otras disciplinas y campos de estudio fueron lo que hoy se identificaría como sus "líneas de investigación". En realidad, fundió el magisterio con la pluma y escribió sobre mucho de lo que enseñaba en sus clases. Polemista de fuste, en 1933 defendió, ante su antiguo discípulo Vicente Lombardo Toledano, la universidad libre, plural y abierta, contra la concepción marxista. Caso abrió caminos en la filosofía mexicana, introdujo autores antes desconocidos y formó legiones de discípulos. Merecidamente fue fundador de El Colegio Nacional.

De su actividad en relación con la filosofía de la historia, que es lo que interesa en este libro, es menester hacer referencia a algunos estudios fundamentales: Rosa Krauze de Kolteniuk, *La filosofía de Antonio Caso*, México, UNAM/Facultad de Filosofía y Letras, 1985, 286 pp., especialmente pp. 114-127; Enrique Florescano, "Antonio Caso y la historia", *Historia Mexicana*, vol. XII, núm. 3 (47), enero-marzo de 1963, pp. 358-378 y, más reciente, José Hernández Prado, "El replanteamiento de la sociología profunda de Antonio Caso", en *Sociológica*, UAM/Azcapotzalco, año 9, núm. 34, enero-abril de 1994, pp. 33-50. También son importantes las obras de Moisés González Navarro, *Sociología e historia en México*, El Colegio de México, México, 1970, 86 pp., pp. 67-final, y el estudio introductorio de Margarita Vera Cuspinera al vol. X de las *Obras completas* de Antonio Caso.

Manuel Brioso y Candiani. Nació en Oaxaca el 30 de septiembre de 1859 y murió en México en 1945. Abogado de profesión, su variada producción le da el título de polígrafo. Escribió historia, filosofía, literatura, geografía, y la mayor parte de sus obras son de carácter didáctico. Vasconcelos —que era su sobrino— lo retrata de manera cruel en *Ulises criollo*, como un mero repetidor de textos ajenos. Sin embargo, su originalidad radicó en adaptar ideas de otros lares a la realidad mexicana —y oaxaqueña—, a la que se acercó con un legítimo interés por desentrañar sus problemas y explicar sus realidades. La teoría de la historia lo debe reconocer como el más acucioso lector mexicano —tal vez hispanoamericano— de Xénopol, cuando las ideas del rumano estaban en boga.

Hasta el momento sólo se ha ocupado de Brioso, como historiador y teórico de la historia, María Teresa Vidal Hernández, en su tesis de maestría, *El método histórico de Manuel Brioso y Candiani y su aplicación a la historiografía mexicana*, UNAM-Facultad de Filosofía y Letras, México, 1970.

José de Jesús Núñez y Domínguez. Oriundo de Papantla, Veracruz, vio la primera luz el 20 de abril de 1887. Fue a morir a Santiago de Chile en 1959. Inició estudios de leyes que jamás concluyó. Periodista, escritor e historiador. Autor de obra amplia y variada en la que sobresalen su erudición y buen estilo. Dirigió la *Revista de Revistas* durante 20 años. Secretario y director del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología. Académico de la Lengua y diplomático. No escribió un trabajo fundamental, pero sí muchos libros, artículos y folletos. En sus textos se advierten el rigor y la seriedad con que emprendía sus estudios, muy compenetrado de los problemas de la enseñanza de la historia y la metodología de la investigación.

Pocos han estudiado sus aportaciones como historiador. Su trabajo en archivos europeos llamó la atención de Alfonso García Ruiz, autor de "La misión del historiador José de J. Núñez y Domínguez en archivos de Europa (1937-1939)", sobretiro del tomo III de los *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, 1947, pp. 321-325; y de Manuel Carrera Stampa, *Misiones mexicanas en archivos europeos*, Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, 1950, pp. 81-89.

Alberto Beteta. Autoı poco conocido, activo en los años veinte y treinta. Presumiblemente perteneció a la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, aunque los números del *Boletín* dedicados a presentar semblanzas de los socios no lo incluyen, pese a haber colaborado en las páginas de dicho órgano oficial en repetidas ocasiones. Es autor de un libro titulado *El artículo 27 constitucional y el Sistema Sala*, Antigua Imprenta de Murguía, México, 1923, 127 pp. Un trabajo breve pero notable es *Cinco observaciones a propósito de la "Primera Reunión Nacional de Estadística"*, Imprenta "Labor" Melchor Ocampo, Mixcoac, 1927, 12 pp., además de otros títulos. Huelga decir que no se han ocupado de él ni siquiera los diccionarios enciclopédicos mexicanos.

Gilberto Loyo. Nació en Orizaba, Veracruz, en el año de 1901, y murió en la ciudad de México en 1973. Estudió derecho en la Universidad Nacional de México, y estadística en Roma, donde se graduó en 1932. Fue uno de los primeros demógrafos mexicanos. Fue director de la Escuela Nacional de Economía de la UNAM, director general de Estadística, secretario de Economía en el gobierno de Adolfo Ruiz Cortines (1952-1958) y presidente de la Comisión Nacional de los Salarios Mínimos, miembro de la Junta de Gobierno de la UNAM, además de otros cargos. El interés, los conocimientos y la experiencia demostrada evidencian que trabajó como profesor de historia en escuelas secundarias, acaso cuando estudiaba su carrera. Desde sus textos de 1930, recogidos en este libro, se

advierten interesantes planteamientos interdisciplinarios. Autor de muchos textos sobre demografía y economía.

Sobre su relación con la historia no se ha producido ningún estudio, aunque su figura pública ha llamado la atención y se le consagra amplia información en las obras de referencia más destacadas. Hay una edición de sus *Obras*, Dirección General de Estadística, México, 1974.

Rafael Ramos Pedrueza. Capitalino, todas las referencias indican que nació en el año de 1897; sin embargo, en el único estudio monográfico que hay sobre él, la tesis de licenciatura de Carmen Castañeda Argüelles, *Rafael Ramos Pedrueza, un hombre y un método en la historia de México,* México, Universidad Iberoamericana, 1974, en la cronobiografía que inserta en las páginas 19 a 22, señala el año de 1879, es decir, las mismas cifras pero invertidas las dos últimas. Ahora bien, en 1914 obtuvo el nombramiento de "profesor complementario número uno del curso de Historia Patria en sustitución del profesor Rafael Martínez"; de haber nacido en 1897, tendría sólo 17 años; si nació, en cambio, en 1879, su edad sería de 35 años. Ciertamente durante la Revolución hubo mucha precocidad intelectual, y Ramos pudo haber sido regla y no excepción. El interrogante es, en el segundo caso, ¿qué había hecho antes? Todo parece indicar que 1879 es errata. Las fuentes lo caracterizan como profesor autodidacto. El caso es que siguió adelante en su labor docente en la Escuela Nacional Preparatoria y en la Escuela Superior de Comercio y Administración. Miembro del Partido Liberal Constitucionalista, es diputado en la XXIX Legislatura. En 1922 viaja a la Unión Soviética, donde imparte conferencias en favor del gobierno del general Obregón. A su regreso es profesor de la Escuela de Verano de la Universidad Nacional y comienza a publicar trabajos breves en los que busca precursores del socialismo en la historia mexicana, y expone su experiencia en la entonces naciente URSS. Después se integra a la Facultad de Filosofía y Letras. De acuerdo con el estudio de Carmen Castañeda Argüelles, el folleto que aquí se reproduce fue un trabajo presentado para obtener el título de bachiller ante un jurado integrado por Enrique O. Aragón, Mario Souza, Vicente Lombardo Toledano, Ángel Carvajal y Antonio Díaz Soto y Gama. Antes había obtenido el de profesor normalista con un trabajo denominado *¿Qué principio debe presidir a la formación de un buen texto de historia de la Escuela Secundaria?* (1930). Su obra más conocida es *La lucha de clases a través de la historia de México,* cuya primera edición data de 1934 y que alcanzó dos más, siendo la última, corregida y aumentada, en 1941. Murió dos años más tarde, el 15 de enero de 1943.

Además de Castañeda Argüelles en la tesis citada, se ha ocupado de

él Andrea Sánchez Quintanar en su reciente antología *Tres socialistas frente a la Revolución mexicana. José Mancisidor, Rafael Ramos Pedrueza, Alfonso Teja Zabre*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1994, 480 pp.

Alfonso Teja Zabre. Su nacimiento ocurrió en San Luis de la Paz, Guanajuato, el 23 de diciembre de 1888. Estudió en Pachuca y en la ciudad de México —Escuela Nacional Preparatoria— y continuó en la de Jurisprudencia. A diferencia de otros colegas dedicados a la historia, él sí ejerció la abogacía; fue agente del Ministerio Público y magistrado del Tribunal Superior de Justicia del Distrito y Territorios Federales, además de miembro del Ateneo de México (es decir, del Ateneo de la Juventud cuando bajo la presidencia de Vasconcelos cambió de nombre en virtud de que sus integrantes abandonaban la condición de jóvenes). Por testimonio de Núñez y Domínguez se sabe que tomó las clases de historia del Museo Nacional, con don Genaro García. Desempeñó por tiempo corto una cátedra en la Facultad de Filosofía y Letras y, al final de su vida, fue investigador del Instituto de Historia (después de Investigaciones Históricas). Fue embajador en la República Dominicana, Honduras y Cuba. Escribió poesía y novela, pero sin duda su mejor expresión la encontró en la historia. Autor de un temprano y bien logrado estudio biográfico, *Vida de Morelos* (1917), destacó por haber escrito y reescrito la historia de México en diversos volúmenes de distintos tamaños, desde una obra en varios tomos, *La biografía de México*, hasta una brevísima *Guía de la historia de México*, pasando por su muy conocida *Historia de México. Una moderna interpretación* (1935), traducida al inglés y al francés por la Secretaría de Relaciones Exteriores para divulgación a través de las embajadas, y que se convertiría en libro de texto de segunda enseñanza. En muchas de sus obras hay una rica reflexión teórica, ya inclinada al marxismo heterodoxo, ya apartada de él, como en *Dinámica de la historia y frontera interamericana* (1946), donde sigue de cerca al estadunidense Henry Adams, cuya autobiografía tradujo. Murió en México el 28 de febrero de 1962.

Andrea Sánchez Quintanar y Gloria Villegas consagraron sus tesis de licenciatura a dilucidar aspectos de su pensamiento histórico con muy buenos resultados. Sus trabajos son citados en el estudio introductorio.

REFERENCIAS BIBLIO-HEMEROGRÁFICAS DE LAS EDICIONES ORIGINALES

Alfonso Toro, *Importancia del estudio de la historia y Métodos de investigación histórica,* Tipografía de Enrique García, Zacatecas, 1913, 33 pp.

Jesús Galindo y Villa, "Las nuevas directrices de los estudios históricos (fragmentos de introducción a unos 'apuntes de metodología y crítica históricas')", *Gladios,* año I, núm. 1, enero de 1916, pp. 84-93, y núm. 2, febrero de 1916, pp. 161-170. [Edición facsimilar, FCE, México, 1979.]

Discursos, alocuciones y algunos escritos del Ilmo. Sr. doctor don Emeterio Valverde Téllez, obispo de León, 2 vols., Tip. J. Rodríguez, León, 1925, vol. II, pp. 80-84, 212-224 y 293-306.

Antonio Caso, *El concepto de la historia universal,* prólogo de Ezequiel A. Chávez, México Moderno, México, 1923, 136 pp. (Biblioteca de Autores Mexicanos Modernos).

Manuel Brioso y Candiani, *Las nuevas orientaciones para la constitución de la Historia. Exposición compendiada de la Teoría de la Historia de A. D. Xénopol y comentarios por el lic...,* Talleres de Imprenta y Encuadernación del Gobierno del Estado, Oaxaca de Juárez, 1927, 109 pp. [En la portada, antes del pie de imprenta, aparece el dato "México, 1926". En la primera de forros, en cambio, se da el dato "México, D. F., 1929", y abajo, después de Oaxaca de Juárez, se repite el año de 1929 en romanos.]

José de Jesús Núñez y Domínguez, "Los métodos modernos en la enseñanza de la historia", *Revista Mexicana de Estudios Históricos,* pp. 229-235.

Alberto Beteta, "La teoría de la historia y la estadística, según Xénopol", *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística,* t. 42, vol. 1, abril de 1930, pp. 361-371.

Gilberto Loyo, *Sobre la enseñanza de la historia,* Talleres Gráficos de la Secretaría de Agricultura y Fomento, México, 1930, 61 pp.

Rafael Ramos Pedrueza, *Sugerencias revolucionarias para la enseñanza de la Historia,* Universidad Nacional de México Autónoma *[sic],* México, 1932, 36 pp.

Alfonso Teja Zabre, *Historia de México. Introducción y sinopsis. La biografía de México,* 2ª ed., Universidad Nacional de México, México, 1933, 105 pp.

ALFONSO TORO

IMPORTANCIA DEL ESTUDIO DE LA HISTORIA

SEÑORES:

Antiquísima costumbre ha sido el comenzar los oradores sus pláticas y discursos solicitando la benevolencia del auditorio, y si alguna vez esta costumbre pudiera justificarse plenamente, sería en verdad en esta ocasión, en que a público tan ilustrado tengo que hablar. Valga como excusa a mi atrevimiento cierta anécdota que voy a referir: Cuéntase que una vez el rey de Inglaterra mandó a la corte del rey Sol, como embajador, a cierto caballero que pasaba por modelo de cortesía y por profundo conocedor de las leyes de la etiqueta. En la aristocrática corte de Luis XIV, que llevaba entonces el cetro de la moda y la distinción, los palaciegos, al saber tal nombramiento, observaban cuidadosamente los menores gestos y actitudes del nuevo diplomático, deseosos de encontrar en ellos algo criticable; pero pasaban días y se confirmaba la opinión de que el embajador inglés era prototipo de elegancia y distinción. Por fin una tarde, el rey invitó al inglés a pasear en coche, y al dirigirse a tomar en él asiento, cedió el cortés anglo la preferencia a S. M. El rey entonces le dijo: "pasad vos antes" y el embajador, sin más insistir, tomó asiento antes que el rey. Excusado es decir que el platillo de la corte, al día siguiente, era la descortesía del embajador y que los nobles franceses juraban y perjuraban que no podía ser de otra suerte, ya que al fin un inglés era imposible que estuviera nunca en cortesía a la altura de los franceses. Las hablillas llegaron a oídos del embajador y entonces dijo: "no he hecho más que cumplir con las más estrictas reglas de la cortesía; he cedido el paso a S. M., pero cuando a su vez él me lo ha cedido obedecí; porque un honor ni se solicita ni se rehúsa".

De igual suerte puedo yo decir, y válgame esta excusa al ocupar esta tribuna, que a varones de más esclarecido ingenio y mayores fuerzas intelectuales está destinada.

Hurgaba yo en el laberinto de mi cerebro, buscando tema a propósito para dirigiros la palabra en esta noche y no hallaba uno que me conviniera: los unos estaban tan lejos de mi escaso saber, que temeridad fuera el intentar su desarrollo; los otros, aunque más accesibles, pudieran quizá causar tedio a mis oyentes; y los de más allá habían sido tan manoseados y tratados, que nada nuevo quedaba que decir sobre ellos; pero el tiempo apremiaba, y tuve por fin que decidirme, y como de años atrás me he dedicado a estudios históricos, resolvíme al fin a tratar de la importancia que tiene el estudio de la historia y de los métodos para hacer más provechoso ese estudio.

Ninguna novedad encierra ciertamente el tema; ya Cicerón, siglos ha, reconociendo la importancia de esta ciencia, decía que la historia era: "el mejor testigo de los tiempos pasados, la maestra de la vida, la mensajera de la antigüedad", y Bossuet, en tiempos más cercanos a los nuestros, exclamaba: "Si la historia no fuera útil a los demás hombres, sería preciso hacérsela leer a los príncipes. No hay medio mejor de descubrirles lo que pueden las pasiones, los intereses, los tiempos y las conjeturas, los buenos y los malos consejos". Sin embargo, de aquellos tiempos a los actuales, ha cambiado de tal suerte el concepto de lo que debe entenderse por historia, que precisa que nos detengamos un momento en este punto. No intento hacer definiciones: porque tengo la idea de que nunca se consigue hacerlas perfectas; pero, ¡qué enorme diferencia hay entre los fabulosos relatos de Heródoto, llenos de encantadoras, pero absurdas historietas; los cronicones de la Edad Media atestados de nombres y de fechas, y la historia tal como la escribieran los Taine y los Renan, los Macaulay, los Ferrero!

Era antaño la historia, o bien dorada leyenda fundada en la engañadora tradición, que se iba desfigurando de boca en boca, o bien árida lista semejante a un osario, donde se acumulaban nombres y fechas, secos relatos de pestes y batallas, mezclados con otros absurdos de milagros y fábulas.

Hoy la crónica y la leyenda se han unido, desechando lo superfluo; se han pasado los hechos por el tamiz de la crítica y ha resurgido en su espléndida belleza la verdadera historia, se siente en ella palpitar la vida enseñándonos lo que fueron nuestros antepasados y haciéndonos suponer lo que serán nuestros pósteros *[sic]*.

Hoy la ciencia histórica no es una ciencia de vana curiosidad, desligada de las demás, hoy concurren a su formación, desde la geología investigando las transformaciones del planeta; la geografía enseñándonos su forma y dimensiones y sus divisiones políticas; la antropología estudiando al hombre desde el punto de vista zoológico; la filología clasificando las lenguas y estableciendo sus relaciones de origen; la etnografía estudiando las razas humanas y separándolas en grupos; la arqueología deteniéndose a considerar los monumentos, muebles y utensilios de los pueblos desaparecidos; la prehistoria recogiendo los restos dejados por el hombre anterior a los anales escritos; la cronología fijando y discutiendo las fechas en que ocurrieron los sucesos; la sociología estableciendo las bases de las sociedades humanas, considerando su formación y desarrollo; pero, ¡qué digo!, ¡si apenas habrá ciencia alguna, que no tenga íntima y directa conexión con la ciencia de que tratamos! Y digo íntima y directa, porque indirectamente no hay ciencia alguna que no esté con la historia relacionada; ya que siendo la que trata del desarrollo de la humanidad desde que el hombre apareciera en el planeta, es como frontón y coronamiento de edificio espléndido de los conocimientos humanos; sin que en ellos dejen de comprenderse las artes mismas llamadas bellas que traducen el alma de las naciones.

Ésta es la razón por la cual no puede haber hombre culto que no considere indispensable su estudio; pues en todas las épocas, en todas las circunstancias de la vida de la humanidad, el pensador se ha hecho estas preguntas: ¿De dónde vengo y a dónde voy? Preguntas insolubles aun a los ojos de la filosofía y a cuya resolución sólo podemos acercarnos por el conocimiento de la historia. El velo eterno, el velo de la Isis egipcia, quizá nunca será levantado por completo; pero por lo menos la ciencia histórica nos deja algo entrever a su través. Y por eso desde el rey hasta el mendigo, todos encuentran sumo interés en conocer los acontecimientos pasados, ya que ellos son, permítaseme llamarlos así, los experimentos hechos con el ser llamado hombre, en el gran laboratorio del mundo social, y por los que alguna vez podemos prever lo porvenir, tanto de los imperios como de los individuos. He dicho que el conocimiento de la historia interesa al hombre en cualquiera circunstancia en que se encuentre colocado; y, en efecto, el político halla en ella la maestra de la ver-

dad; el jurisconsulto, la escuela de las costumbres; el artista, asunto de inspiración para sus obras; el filósofo, materia para discurrir sobre la naturaleza del hombre; el comerciante, sabias enseñanzas sobre su tráfico; el maestro, ejemplos que meditar; el hombre gastado por los placeres, descanso en su atrafagada vida, y el mísero y abandonado, consuelo en sus tribulaciones y trabajos; y todos, pobres y ricos, altos y bajos, sabios e ignorantes, encuentran en ella la satisfacción de esa aspiración inmensa, tan humana y tan profunda, de prolongar el instante que dura la vida sobre la tierra, conviviendo por el recuerdo con los antepasados y tratando de penetrar en lo venidero.

Y ¿qué espectáculo puede haber más interesante y maravilloso? ¿Cuál que eleve más el espíritu del hombre que asistir al desarrollo de la historia de la humanidad? Mirad al hombre, inerme y salvaje, cuando aún la tierra no tenía su forma actual; sin una chispa casi de inteligencia, rodeado de enemigos y de peligros por doquier; sin el más mísero trapo para cubrir su desnudez, sin un techo para defenderse de las inclemencias del cielo; sin más alimento para satisfacer su hambre voraz que los frutos silvestres, que no se le brindaban espontáneamente, como supone el inmortal Cervantes en su encantadora pintura de la edad de oro, sino que tenía que arrancar a la ferocidad de animales más fuertes que él, valiéndose como únicas armas de sus uñas y sus dientes, o de palos y piedras que encontrara en su camino. Y en esa lucha terrible por la existencia, su intelecto se desarrolla y perfecciona lentamente: la necesidad le descubre el uso del fuego, le hace tallar el sílex, construirse una lanza, disputar a las fieras una caverna para tener donde guarecerse, y aun inventar, para embellecer su vida, el arte rudimentario del dibujo y la escultura, como nos lo muestran los infantiles ensayos encontrados en las cavernas prehistóricas.

Después, el hombre domestica algunos animales para servirse de ellos y se convierte en pastor; y al fin llega a sembrar, a asegurarse el alimento por la agricultura. Las necesidades primarias están cubiertas, y su espíritu puede dedicarse a más altas empresas; entonces aparecen las antiguas civilizaciones: la India con sus grandiosos poemas no superados, ya que sus autores, al ponerse en contacto con una naturaleza virgen y lujuriosa, recibieron en sus almas ingenuas y sencillas, blancas aún, hondas impresio-

nes, que supieron traducir en un lenguaje rico, bajo ostentosas figuras de retórica. La Caldea elevando al cielo sus piramidales *Zigurats* para interrogarle acerca de sus misterios y seguir pacientemente los movimientos de los astros, hasta encontrar una base para medir los tiempos. Asiria y Babilonia, edificando templos y palacios enormes, cubiertos de innumerables bajorrelieves, donde se conserva su vida nacional con fisonomía propia, y guardando en sus manuscritos cuneiformes, sobre ladrillo, los ritos y las leyendas de los pueblos primitivos. Persia, tan notable por sus concepciones religiosas como por sus conquistas. El pueblo de Israel, pueblo pobre pero profundamente religioso, quizá por eso mismo, elevándose a la profunda concepción filosófica de un Dios único. Egipto, cuna de las ciencias en la antigüedad, con su desarrolladísimo culto de los muertos, elevando monumentos que nos pasman por su grandeza como las pirámides, templos y palacios imponentes y magníficos, estatuas llenas de vida, y discurriendo su maravillosa escritura jeroglífica en la que tanta parte del antiguo saber pudo conservarse. Y por fin, Grecia, la madre intelectual del mundo moderno, el país que ha comprendido y sentido mejor que ninguno otro la educación armónica del ser humano, resumiendo su método admirable en la forma aún no superada de *mens sana in corpore sano.* Grecia, cuna del arte y de las ciencias, que produjo hombres hermosos y sabios como dioses, sin monstruosidades ni excesos, y que justamente llamó bárbaros a todos los demás pueblos del mundo.

En efecto, ¿qué obra arquitectónica ha producido el hombre comparable por sus proporciones y su belleza con el Partenón? ¿De manos de qué estatuario, *[sic]* que no se llame discípulo de los griegos, han salido obras tan perfectas como las de Fidias y Praxíteles? ¿Dónde se halla el poema heroico con los de Homero comparable? ¿Cuál es el orador que pueda hombrearse con Demóstenes? Y son legión sus sabios, sus artistas, sus historiadores, sus guerreros, sus filósofos, que todo lo investigaron y todo lo supieron, arrancándole a la naturaleza sus secretos y sus bellezas. Espíritus preclaros y al parecer clarividentes, que si en arte no han podido ser superados aún, en ciencia echaron los cimientos de todo lo que conocemos, agotando todos los sistemas filosóficos, describiendo plantas y animales, fundando el cálculo y

la geometría, encerrando en breves aforismos la medicina, y sentando las bases de la legislación y el derecho.

Pueblo sin igual en el mundo, legó a la humanidad todo aquello por lo cual el hombre se aparta del bruto: el arte y la ciencia. Derivación y consecuencias de esta cultura fue la civilización romana. Roma, la ciudad de la fuerza y del derecho, fue griega por su espíritu; griegos fueron sus poetas y sus artistas, si no por el lugar de su nacimiento, sí por sus estudios e inclinaciones: griegas sus divinidades, ya que aun cuando tuvieron diverso origen se helenizaron, y griego en sus fundamentos primitivos aun el derecho, principal contribución del pueblo rey a la cultura del mundo.

Después, viene la barbarie al caer el Imperio, hollado por los corceles de los pueblos del norte; el mundo hasta allí alegre y sonriente, a pesar de todos sus vicios y degeneraciones, poblado por los dioses del Olimpo, por sátiros y ninfas, por hamadríadas y tritones; lleno con las hazañas de héroes que llegan a ser dioses y semidioses, y que atraviesan la tierra apartando de ella el mal, dando muerte a las hidras, desquijarando leones, salvando a los inocentes de las maquinaciones de los malvados, y aun enfrentándose con los dioses para robar el fuego celeste, a fin de hacer más deleitable la vida del hombre; el mundo, como digo, antes alegre y sonriente, se convierte en un valle de lágrimas. Ha muerto la amable Venus, ya no aparece en su dorado carro el rubicundo Apolo, dirigiendo la cuadriga al armonioso sonido de su encantada lira; las nueve hermanas han enmudecido, y el omnipotente Júpiter ya ni hace correrías en busca del amor ni dispara sus dardos fulminantes sobre los cíclopes.

Es que allá, en los confines del Imperio romano, en medio de un pueblo pobre, ha aparecido un nuevo profeta predicando una religión nueva, de renunciamiento de los placeres, de apartamiento del mundo, de amor al prójimo; y esa religión, fundada en una moral pura, pero deformada por sus secuaces y propagandistas, salidos de las últimas clases sociales de un pueblo abyecto como lo era el pueblo judío, va a entenebrecer el mundo, a hacer aun más dura la condición de los siervos al ser adoptada por los bárbaros vencedores de Roma.

Comprendo, señores, que me he alargado demasiado y por lo tanto trataré de abreviar, ya que a un auditorio tan ilustrado

como el que me escucha, me bastará indicarle con ligeras líneas el trazo del cuadro que él puede terminar dándole sombras y colorido. No os hablaré pues de la Edad Media, época de barbarie en que olvidadas las ciencias, las letras y las artes, apenas si algún viejo monje escribe cronicones indigestos, llenos de ornadas iniciales a la sombra de las enormes iglesias góticas o románicas; época en que el derecho se olvida y la fuerza lo es todo; época de crímenes horripilantes, de pasiones feroces, de guerras sin finalidad práctica, y en la que algunos modernos, contra mi manera de pensar, aseguran que se echaron los fundamentos de avanzadas instituciones y se produjeron obras de arte originalísimas y llenas de belleza. Creo que no hay tal y que lo que pasa es que los pueblos bárbaros, al civilizarse, han pretendido encontrar en sus antepasados conocimientos y sentido estético de que carecían, no de otra suerte que el *yankee* enriquecido en el comercio de cerdos, se forma una genealogía y compra un título y un escudo de armas para ennoblecer su prosapia. Y en efecto, ¿qué son, bien consideradas, esas montañas de piedra labrada y calada por un arte primitivo, confuso amontonamiento de motivos ornamentales, combinados con extravagantes estatuillas deformemente alargadas de santos y santas, sin músculos ni vida, al lado de las obras arquitectónicas de los griegos todas armonía y proporción? ¿Cómo comparar la salvaje y feroz literatura de los nibelungos con las obras clásicas de la literatura griega y latina? ¿Qué son las pinturas, mosaicos y vitrinas anteriores al Renacimiento, donde la figura humana ha perdido su belleza, sus proporciones y su expresión para no chocar con las prescripciones canónicas, comparadas con las estatuas de los griegos, o las pinturas de sus discípulos, los artistas italianos del siglo XVI?

Necesario es llegar al Renacimiento para volver a la verdad y a la belleza; y, ¿qué fue el Renacimiento, sino el despertar de una sociedad adormecida por cantos litúrgicos soñando en absurdas leyendas de santos, en fabulosos milagros apartados de la realidad? ¿Qué fue sino el despertar de nuevo a la vida, el abandono de la lúgubre creencia de que el mundo es un valle de lágrimas, el volver al goce de los placeres que nos brinda la naturaleza?; en una palabra, ¿qué fue sino el volver a la vida tal como la concebían los griegos y los romanos? Y es que Italia, a pesar de su degeneración y su decadencia durante la Edad Media, conservó su

alma helena, y por eso fue la primera en rechazar las ligaduras de una creencia religiosa absurda que renegaba de la vida y la belleza; y transformó la absurda creencia, substituyendo a los eremitas la poética concepción religiosa del beato de Asís, y al Cristo negro y feo, al hombre de los dolores de los padres de la Iglesia de Oriente, por el Cristo hermoso como Júpiter de los artistas del Renacimiento. Italia con su cielo azul, con sus enhiestas montañas cubiertas de nieves, con sus risueños valles y caudalosos ríos, creada para el placer y risueña para el hombre, no podía adaptarse a aquella antiestética creencia y por eso fue que llamándose católica, fue la Italia del Renacimiento netamente pagana en el fondo, como lo prueban las obras de sus artistas y escritores.

¡El Renacimiento! ¿Qué hombre amante de las ciencias y las bellas artes puede recordar, sin sentirse profundamente conmovido, esa época casi única en la vida de la humanidad? Dante encerrando en su *Comedia* como en gigantesco cinematógrafo toda la vida de la Edad Media; Petrarca, el más pagano de los eclesiásticos, enamorado de los clásicos, llevando una vida sibarítica consagrada a cantar las bellezas de su Laura; Bocaccio, verdadero epicúreo, pintor minucioso y exacto de la sociedad florentina, narrando en prosa inimitable las aventuras amorosas de príncipes y burgueses. Estos tres genios creadores de la lengua italiana, apóstoles del estudio de los clásicos, hacen nacer el culto a la belleza y el respeto a las ruinas romanas de que Italia está sembrada; y se produce un florecimiento intelectual sólo comparable al de la antigua Grecia. Hoy es Nicolás de Pisa que, al mirar un antiguo sarcófago, descubre y estudia las bellezas de la escultura antigua; mañana el genial Giotto, que libertará a la pintura de las ligaduras con que la atara la Edad Media, dando expresión y vida a sus figuras. Se ha abierto por fin al arte amplio camino por donde marchará ya sin vacilaciones ni temores; y brillarán, en medio de las sombras en que aún se encuentra envuelto el resto del mundo, como astros de primera magnitud: Leonardo de Vinci, a quien ningún arte ni conocimiento fueron extraños; el colosal Miguel Ángel, pintor, escultor, arquitecto y poeta, y Rafael Sanzio, que como amado de los dioses murió joven, legando al mundo en sus obras una riqueza que bastaría para la gloria de una serie de artistas.

¡Y en torno de estos colosos, cuántos otros artistas geniales! Pintores, escultores, arquitectos, prosistas y poetas, cinceladores y grabadores, ceramistas y lapidarios, mosaiquistas y orfebres. Todos los procedimientos y todos los materiales se emplearon por el arte y para el arte, y desde los grandes monumentos, como palacios, templos, plazas públicas, etcétera, hasta los más humildes objetos destinados al uso doméstico, como los *cassone*, que se acostumbraba regalar a las recién casadas, recibieron el sello de la eterna belleza, que los artistas supieron imprimirles.

El Renacimiento, del que Italia fue la cuna, dio origen a la civilización moderna, al embellecimiento de la vida, al esclarecimiento del mundo entenebrecido por el ideal místico de la Edad Media; el Renacimiento hizo que el mundo enfermo tornara a la salud y pudiera contemplar de nuevo la naturaleza, tomando de ella fuerza y energía para vivir alegre y satisfecho.

Temo haberos fatigado y por esto no pasaré revista de cuáles fueron las consecuencias grandiosas de esa época sin igual; haciéndoos gracia así mismo de las más importantes: la reforma religiosa; y los grandes descubrimientos geográficos, que completaron la tierra y trazaron la ruta para llevar al hombre en arte y ciencia a la altura que hoy se encuentra. Mejor que yo conocéis todo esto, y si lo he apuntado, siquiera sea brevemente, ha sido tan sólo para traeros a la memoria la inmensa escala por la que el hombre ha ascendido, en medio de luchas y trabajos sin cuento, hasta adquirir la cultura que hoy posee, y de cuánta importancia e interés tiene que ser el estudio de la ciencia que de esa lucha constante del hombre se ocupa.

Bien, quisiera ahora hablaros de los métodos más apropiados para el estudio, como en un principio me propusiera; pero demasiado he abusado ya de vuestra atención y por lo tanto me permitiréis cortar aquí esta plática, pero no sin dirigir antes unas cuantas palabras a los miembros de esta docta corporación.

Los momentos por los que atraviesa nuestra patria no pueden ser más lamentables y difíciles: muertes, incendios, guerra y desolación la despedazan, y en medio de tantos horrores navega como buque sin piloto en medio de la tempestad. Quien cree encontrar el remedio y la salvación en una nueva tiranía, quien en el aumento del ejército, quien en nuevas leyes económicas que arreglen de diverso modo la propiedad; sin que falte alguno

que habiendo perdido toda esperanza asegure que la sociedad naufragará en medio de la anarquía; pues bien, yo creo que no es a los políticos, no es a los financieros, no es a los militares, a quienes está encomendada la salvación de la patria, es a vosotros. Sí, a vosotros que conocéis nuestra historia, que sabéis de dónde venimos y cómo hemos constituido una nación, a vosotros que no ignoráis que somos un pueblo turbulento e indisciplinado y que, como educadores de la niñez, como formadores de almas, podéis imprimir fuertemente en ellas: la disciplina, la voluntad, el saber. El día en que el pueblo mexicano sea un pueblo que sepa obedecer; el día en que el pueblo mexicano sea de voluntad firme y viril, que no se doblegue ante el poderoso, sólo porque lo es, ni se desaliente ante el primer obstáculo que se presente en su camino; el día en que el pueblo mexicano sea un pueblo consciente, sabedor de sus deberes y derechos, y no vaya al matadero, ni se lance a la revolución, ignorante del ideal que persigue y de la clase de hombres que se ponen a su cabeza, ese día será grande y digno de codearse con las naciones más cultas y poderosas de la tierra. Ésa es vuestra tarea, maestros de mi patria, y ninguna más alta ni más noble; vosotros pasaréis, caeréis en la tierra como el fruto maduro, pero dejando una simiente que fructificará; caeréis héroes ignorados, sin que sobre vuestras tumbas se levanten los ostentosos monumentos que se erigen a los hombres que matan, pero vuestra obra quedará y tendréis en ella una inmortalidad más cierta que la gloria y la inmortalidad prometidas a los elegidos, porque las generaciones por vosotros educadas serán carne de vuestra carne, sangre de vuestra sangre, alma de vuestra alma.

Zacatecas, 12 de diciembre de 1912

MÉTODOS DE INVESTIGACIÓN HISTÓRICA

SEÑORES:

Dice el Príncipe de los Ingenios, en el prólogo a la segunda parte de su inmortal *Quijote:* "que la abundancia de las cosas, aunque sean buenas, hace que no se estimen, y la carestía aun de las malas se estima en algo". Profunda y sabia sentencia que debiera retraerme de ocupar esta tribuna, si consideraciones de otro género no me obligaran con mayor fuerza a hacerlo.

La circunstancia de no haber desarrollado por completo, la vez anterior que os dirigí la palabra, el tema que me propusiera, y la nueva invitación que me ha hecho la Liga Pedagógica, que de tan inmerecidas distinciones me ha colmado, para dar esta conferencia, me comprometen a obsequiar los deseos de mis invitantes, y a cumplirlos vengo, solicitando de nuevo vuestra benévola atención.

El asunto que me propuse desarrollar en mi anterior conferencia fue: la importancia del estudio de la historia y los métodos que deben emplearse para hacer más provechoso ese estudio. Tratado quedó ampliamente el primer punto, y sólo resta que nos ocupemos esta noche de los métodos que deben seguirse en las investigaciones históricas, para alcanzar más provechosos resultados.

Decíamos aquella vez: que la historia fue, en un principio, la narración de los sucesos pasados más notables, mezclados con mucho de artificial y fabuloso, y que a semejanza de la tragedia, que sólo admite en escena príncipes y semidioses, héroes y señores, en las páginas de los historiadores y cronistas primitivos sólo tenían cabida los nombres de los conductores de los pueblos, en cuya boca se ponían elocuentes discursos y profundas reflexiones, inventadas por el historiador, en tanto que permanecían obscurecidos en la sombra los usos y costumbres del común de los mortales.

Para comprender la causa de que así se entendiera la historia precisamos remontarnos a su nacimiento en el pueblo que echó

las bases de la cultura del mundo. Traslademonos a Grecia y contemplemos el cuadro en medio del cual Herodoto, llamado el padre de la historia, dio a conocer su obra inmortal.

> En las fiestas de Delfos y de Olimpia, dice un historiador, ante la más hermosa naturaleza, en un suelo que está como impregnado de divinidad y de poesía, bajo un cielo transparente que jamás ejerce presión sobre las almas, desarróllanse a lo largo de las rampas del Parnaso, o de las orillas del Alfeo, las *teorías* que rodean a las víctimas sagradas, o el numeroso cortejo que sigue al poeta, al músico o a los atletas vencedores. La multitud se detiene: ya porque Herodoto recita algunos pasajes de sus historias o ya porque los rápsodas, llamados por decreto público, cantan los versos de Homero, de Hesíodo y de Empédocles; o bien, en fin, porque se acaba de exponer por algún artista un cuadro o una nueva estatua, pues estas fiestas son la exhibición pública de todo cuanto se relaciona con la destreza, el valor y el talento. Si la fuerza y la agilidad, cualidades esenciales de un pueblo guerrero, se premian con coronas, también obtiene soberano imperio la belleza en todas sus manifestaciones, bien proceda del cuerpo o del alma, del trabajo de las manos o de los esfuerzos de la inteligencia...

En un medio como éste, entre un pueblo como el griego, acostumbrado por los poetas a la interesante unidad de la epopeya, a los maravillosos relatos mitológicos, natural era que Herodoto procurara ofrecer a sus oyentes una relación que, por su naturaleza, no se diferenciara mucho de las que le ofrecían los poetas. El pueblo griego era aún un pueblo niño, su civilización tenía todas las ansias y las inquietudes de la juventud, todos sus deseos ardientes, todas sus ensoñaciones, y aquel pueblo, como los niños, deseaba ser adormecido con cuentos y leyendas extraordinarias.

Y el relato de Herodoto fue la pauta, fue el canon, a que se sujetaron los historiadores que después de él vinieron: Tucídides, a quien una noble envidia hizo tomar el estilete para emular la gloria del maestro; Xenofonte, que si acaso muestra mayor originalidad, es tan sólo por haber sido actor de la mayor parte de los sucesos que refiere, y Polibio, que a pesar de haber vivido entre los romanos supo conservarse griego en su mentalidad. La senda trazada por los griegos fue seguida por sus imitadores, los romanos, que en historia, como en los demás géneros literarios, mostraron siempre escasa originalidad, y desde los primeros, como

Varrón y Tito Livio, hasta Diodoro de Sicilia y Dionisio de Halicarnaso, apenas si se apartaron de sus modelos, sobresaliendo únicamente por su novedad al referir y considerar los sucesos; Julio César, que hizo cosas grandes dignas de ser escritas, y escribió grandes cosas dignas de ser contadas, y el severo Tácito, escritor lacónico y sentencioso, azote de los tiranos.

Vienen luego las sombras de la Edad Media, época de barbarie, en que, olvidadas las artes y las ciencias, es tan raro encontrar quien sepa leer y escribir, que tiempo hubo en que esto bastara para que se concedieran las sagradas órdenes. Perdida toda tradición literaria, la historia se reduce a las crónicas, indigestas, faltas de estilo, pobres de hechos, ayunas de crítica, indescifrables en su cronología, que escriben los frailes en sus conventos o uno que otro político togado en las cortes, llenándolas en cambio, a falta de verdades, con los relatos absurdos de supuestos milagros y fantásticas apariciones, consignándose apenas los nombres de los reyes y las fechas de las batallas.

Y para que no se diga que exageramos, véase cómo se expresa un escritor, no sólo católico, sino ultramontano, cuya opinión no puede parecer sospechosa al tratar de los autores de tales escritos:

> Sinceros, sin duda, y muy distantes de querer inducir a engaño, caen ellos mismos en error a consecuencia de su sencillez. Crédulos, deslumbrados por la apariencia del momento, animados de las pasiones de sus contemporáneos o de su corporación, sin criterio para discernir, ni previsión para adivinar, inhábiles para enlazar los efectos a las causas, presentan sucesos sin trabazón ninguna, personajes que nada tienen que ver unos con otros, guerras sin detalles, revoluciones que es necesario comprender por adivinanza, una sociedad que no hay manera de explicarse. Lo que no olvidan nunca son los fenómenos físicos, los cambios de estación, los cometas, los eclipses, los presagios del porvenir; dirán de un príncipe que no enriqueció a su monasterio: *No hizo nada*. En las circunstancias más mínimas ven la intervención inmediata de la divinidad, lo cual les dispensa de investigar las causas naturales. "Dios lo quiso", tal es la razón que dan de los hechos más dignos de reflexión...

Inútil nos parece el poner ejemplos de esta manera de historiar; el que tenga curiosidad y paciencia lea a Olao Magno o a

Gregorio de Tours, a Matías [Mateo de] París o a Rodolfo de Milán, a Joinville o a Pero López de Ayala; que a pesar de la distancia de los tiempos, a pesar de la diferencia de los idiomas, a pesar de la desemejanza de los intelectos, en todos encontrará, con pocas diferencias, defectos semejantes, como si fueran discípulos de una misma escuela.

Durante el Renacimiento cierto es que aparece de nuevo el arte de la crítica; que ya no se desprecian ni tienen como obra diabólica y maléfica las antigüedades; que ya no se destruyen los artísticos monumentos griegos y romanos, para emplear sus mármoles y bronces en la edificación de los templos cristianos productos de un arte bárbaro; cierto es que se coleccionan estatuas y monedas antiguas, en las galerías de los papas y los reyes; que se copian e interpretan inscripciones, echando mano de los datos que proporcionan los escritores clásicos; pero a pesar de todo ello, los historiadores de aquella época, llenos de un profundo y por decirlo así supersticioso respeto por la antigüedad grecolatina, no hacen más que vaciar sus pensamientos en los viejos moldes, dando a los reyes y capitanes de todos los pueblos y de todas las razas el hablar conceptuoso y lleno de imágenes y la actitud llena de majestad de los semidioses de la culta Grecia y de los héroes de la augusta Roma. Y exagerando, como todos los imitadores, convierten la historia en un arte meramente literario, divorciado por completo de la ciencia, en que el mérito del autor consiste en los pomposos e hinchados discursos que pone en boca de los personajes, imitando las arengas de Demóstenes y Cicerón, o en las reflexiones morales y políticas, que se hacen a propósito de cada acontecimiento, sin que falten los panegíricos y paralelos comparando a los modernos con los hombres de los pasados siglos.

Así escribieron Nardi, Varchi, Guicciardini y tantos otros; y si bien es cierto que hubo algunos espíritus clarividentes, que algo adivinaron o presintieron de las influencias del medio y de la raza, o descubrieron principios políticos, de innegable trascendencia, sobre el desarrollo histórico de los pueblos, esta tendencia a relacionar la historia con las demás ciencias no se marcó e hizo patente sino desde la época de la Reforma, tomando más tarde mayor desarrollo, como lo veremos en el curso de este trabajo.

Uno de esos espíritus clarividentes fue Maquiavelo, el calumniado Maquiavelo, autor de *El Príncipe* y la *Historia florentina,* que supo encontrar y decir grandes verdades que con serlo, dicho queda que tuvieron que causar gran escándalo entre los políticos contemporáneos; y aun entre muchos de los pósteros; que así como los hombres lujuriosos y corrompidos se espantan, o fingen espantarse de la casta desnudez de la Venus de Médicis o del Apolo de Belvedere, así los políticos mendaces tendrán siempre por pecaminoso el que se les diga a los pueblos la verdad.

En estos apuntes, escritos al correr de la pluma, no debemos, sin embargo, dejar de hacer notar que los historiadores primitivos de Indias, como llaman los literatos españoles a los primeros que de las cosas de América se ocuparon, tuvieron, por regla general, una más completa concepción de lo que debe de ser la historia que sus colegas europeos. Compárese, por ejemplo, la *Historia de España* del padre Mariana con la *Historia de la Conquista de la Nueva España,* por Bernal Díaz [del] Castillo, y se verá más claramente esta diferencia. Y esto es tanto más de notar cuanto que mientras los escritores, que de las cosas de Europa se ocupaban, eran hombres de estudios serios que habían hecho del arte literario una profesión, muchos de los historiadores de Indias fueron sólo valerosos y esforzados capitanes de escaso saber, que dejaban la espada para tomar la pluma y escribían por las noches las hazañas inmortales que realizaran durante el día. Y a pesar de ello, y quizá por eso mismo, entre los ínclitos varones, frailes y soldados que conquistaron América, espiritual y temporalmente, y escribieron su historia, no es raro encontrar detalladas descripciones de los territorios, de sus bosques impenetrables, sus escarpadas serranías, sus ríos caudalosos como brazos de mar, sus lagos profundos y extensos como océanos; y al lado de esas descripciones, minuciosamente marcadas las particularidades de plantas y animales, y aun las de las razas allí habitantes, y, lo que es más, los usos y costumbres, artes y religión de los pueblos vencidos.

Y es que aquellos hombres sencillos, cuya instrucción, en la mayoría de los casos, no iba más allá, si eran soldados, que haber leído los relatos del *Romancero,* o las maravillosas historias de los caballeros andantes; y si frailes, a saber un poco de latín y de doctrina y un mucho de leyendas y milagros; aquellos hombres,

decimos, que cruzaban procelosos mares y viajaban millares de leguas, persiguiendo la conversión de los infieles y el apoderamiento de maravillosas e inagotables riquezas, llevaban un espíritu libre de preocupaciones literarias, y sus sentidos todos dispuestos a recibir nuevas impresiones, abiertos para transmitirlas al cerebro y hacerlo soñar despierto, con una sed inagotable de ideal. Se encontraban, al llegar a América, en un Mundo Nuevo, como ellos decían, en que plantas, animales, producciones minerales, y aun el hombre mismo, presentaban caracteres distintos de todo lo que habían visto en el Viejo Mundo; y tales contrastes les impresionaban vivamente y con vaguedad percibían que todo ello debía influir en los usos y costumbres extraños, en la religión extravagante y en las leyes, para ellos absurdas, de los pueblos sujetos a su observación.

Respondan por mí esos inimitables narradores que se llaman Hernán Cortés y Bernal Díaz del Castillo; esos eruditos frailes que contestan a los nombres de fray Bernardino de Sahagún y el padre Durán, y tantos y tantos otros, que conservaron en las páginas de sus libros la historia del Nuevo Mundo.

Hemos dicho que la Reforma, al producir una mayor libertad de pensamiento, hizo progresar en gran manera los estudios históricos; pero necesario fue que llegara el siglo XVIII para que la revolución, que en todo el campo científico se operaba, hiciera tomar a la ciencia histórica nuevos derroteros. La influencia del filosofismo, por una parte, que hizo que todos los conocimientos hasta entonces adquiridos se pusieran de nuevo en tela de juicio al hacer nacer la duda sabia y, por la otra, el vigoroso impulso que recibieron las ciencias físicas y naturales, al aplicarse en ellas, con una amplitud antes no conocida, la observación y la experiencia hicieron que ciencias hasta allí distanciadas se dieran la mano, y que los adelantos y descubrimientos de las unas sirvieran para rectificar las afirmaciones de las otras.

La Biblia, tenida hasta entonces por el libro sagrado por excelencia; por el único que encerraba los verdaderos orígenes de la humanidad; por el libro intangible, ante cuya autoridad bajaban la cabeza los sabios, y con el cual debían ponerse de acuerdo todos los demás conocimientos, so pena de ser tenidos, los que tal no hicieran, por herejes y contumaces, comenzó a ser discutida, y la ciencia comenzó a abrir brecha en las llamadas verdades

reveladas. Hoy nace la geología y desacredita el cómputo cronológico de la Biblia; otro día viene la paleontología y echa por tierra el relato de la creación contenido en el *Génesis;* la filología demuestra la falsedad de la leyenda de la torre de Babel; y los estudios de los orientalistas la influencia que tuvieron pueblos más antiguos y adelantados que el pueblo judío, en la formación de sus concepciones religiosas y de su literatura, en tanto que los relatos de los viajeros y las investigaciones de los arqueólogos dan a conocer razas y civilizaciones cuya existencia no sospechó Moisés.

Todos estos estudios y descubrimientos se reflejaron en la labor histórica de la época, y entonces comenzaron a percibir los escritores que los horizontes demarcados por la Biblia y los escritores greco-latinos, a la raza humana y a la narración de los sucesos, eran bien estrechos, y que se precisaba escribir la historia de manera bien distinta de como se hiciera hasta entonces.

Los filósofos del siglo XVIII, comparando usos y costumbres de diversos pueblos, investigando el origen de las leyes, meditando sobre la política, tuvieron que llegar a conclusiones que habían de tener, más tarde, inmensa trascendencia en la labor de los historiadores; y así el principio de la influencia del medio en el desarrollo de la civilización, entrevisto por Montesquieu, que decía que la moral era cuestión de latitudes, llegó a quedar más tarde establecido de una manera indiscutible.

Cupo la gloria al napolitano Juan Bautista Vico de ser el primero en comprender la íntima relación que las demás ciencias tenían con la historia, y de tratar de reducir ésta a principios generales fijos, y de allí vino su teoría de los *ricorsi,* que aunque falsa en gran parte, da a conocer la altísima idea que tenía su autor de que debiera ser la historia, no sólo el arte de referir sucesos con más o menos buen gusto, sino una ciencia que debiera considerar los sucesos políticos como sometidos, no menos que los demás fenómenos, a leyes naturales indeclinables.

Más prácticos, los ingleses, si no inventaron teorías, ni establecieron hipótesis, sí supieron aprovechar las conclusiones a que los sabios llegaran en los demás ramos del saber y darles cabida en sus libros, haciendo la narración más amena a la par que más científica; y así, hermanando el saber con el buen decir, produjeron verdaderos monumentos literarios, tales como las obras de Robertson, Hume y Gibbon.

Pero todos estos trabajos fueron aun superados por los escritores del siglo que acaba de pasar, del que nos quedan como inimitables modelos las obras de Taine y de Renan, de Macaulay, de Ferrero, de Maspero y Fustel de Coulanges, de Michelet y de Lavisse y de tantos otros cuyos nombres no caben en una tan rápida enumeración, como tiene que ser la que se haga en esta conferencia, que temo se haya alargado demasiado. Estos escritores, sabios y artistas a un tiempo mismo, no sólo reconciliaron a la historia con las demás ciencias, sino que en éstas hicieron descansar siempre los fundamentos de sus afirmaciones, y no se concretaron ya a consignar en sus escritos las hazañas de los conductores de los pueblos, sino que nos hicieron conocer la vida completa de las naciones en todas sus clases sociales.

Así quedó definitivamente establecido el nuevo arte de historiar que, como lo hiciéramos observar en la vez anterior, pone a contribución casi a todas las ciencias. ¿De qué manera? Trataremos de explicarlo brevemente. Supongamos que nos proponemos estudiar la historia de un pueblo cualquiera, desde sus orígenes. Lo primero que deberemos conocer a fondo es el medio en que tal pueblo se desarrolló; y para conseguirlo comenzaremos por recoger los datos que la geología y la prehistoria nos proporcionen. Por la formación del terreno y los fósiles que en él se encuentren sabremos si es antiguo o reciente; si estuvo antiguamente por las aguas cubierto o si fue sacudido por el fuego interno; si el hombre apareció en época anterior a los anales escritos o inmigró después; y si en el primer caso tenía ya en los tiempos prehistóricos una civilización rudimentaria. Ni debe ser extraño a quien de hacer historia trate, el estudio de la geografía: la forma en que el mar recorta los continentes, la multiplicidad o falta de puertos y radas naturales, los lagos y ríos que riegan las tierras; las serranías, valles y llanuras; todo esto tendrá influencia y capital importancia en los acontecimientos que en el país se desarrollen y hará, según las circunstancias, que el pueblo que lo habite se incline a la marinería o al comercio; que sea pacífico o guerrero; que se congregue en ciudades, o se disemine en tribus nómadas y semisalvajes; y aun podrán estos datos, unidos a los del clima, explicarnos alguna vez la causa de guerras e invasiones.

De no menor importancia será el estudiar los recursos natu-

rales del hábitat: su aridez o fertilidad; sus plantas y zonas en que se producen; sus aves y cuadrúpedos; sus aguas y los peces que las pueblan; y, en una palabra, toda clase de animales utilizables en la alimentación, reductibles a la domesticidad o cuyos despojos puedan emplearse en las artes; así como también los productos de origen mineral, por el hombre utilizables para cubrir sus necesidades.

La abundancia de la caza y de la pesca y la fertilidad de un país, haciendo la vida más fácil, tendrán notable influjo en el aumento de la población; podrán determinar guerras, cuando razas vigorosas, estacionadas en terrenos próximos y estériles, encuentren grandes dificultades para vivir en ellos; harán que las tribus arrojadas de un lugar, emigren a otro; y, finalmente, determinarán en los habitantes propensiones fabriles o artísticas, comerciales o guerreras, según las circunstancias.

Buen ejemplo de algo de lo que decimos lo tenemos en las guerras de conquista de México y el Perú, determinadas en parte muy principal, por no decir única, por la maravillosa riqueza minera de estos países.

Ni cede en importancia al anterior el estudio de las razas que pueblan un territorio; porque, como lo ha dicho el antropólogo Topinard: "el estudio de las razas humanas explica multitud de hechos históricos, cuyas causas se atribuían antes a la divinidad".

Preciso será, pues, estudiar al hombre en sus caracteres físicos, recurriendo a los datos que nos proporcione la antropología: determinaremos si el ser humano es autóctono del territorio que ocupa o inmigrante en él; si la raza es pura o resultado de mezclas; no olvidaremos, tampoco, el estudio de los caracteres mentales y emocionales, en cuya tarea tendremos que echar mano de las conclusiones a que han llegado la lingüística, la etnología, la etnografía y la arqueología general; y habrá aun que pedirle datos a la medicina al tratar de investigar los caracteres patológicos de las razas que estudiemos. Determinados estos preliminares, ocurriremos a la cronología para fijar las fechas y a la prehistoria para investigar la condición primitiva del hombre, y así documentados podremos entrar al estudio de la historia propiamente dicha.

Aquí surgirán nuevos problemas. Como el arte de la escritura,

tal como le conocemos, es un arte relativamente moderno, y pueblos hubo, y no por cierto de los más atrasados en civilización, para quienes tal arte fuera ignorado, conservando sus anales, no por medio del alfabeto, sino valiéndose de signos jeroglíficos, que grabaron en sus monumentos o pintaron en papiros y pieles de animales; para descifrar el contenido de esos jeroglíficos, precisamos pedir sus luces a la arqueología. Y ésta no nos prestará tan sólo en este caso su utilidad, sino que llevándonos como por la mano, en medio de la oscuridad de los tiempos y del laberinto de las diversas civilizaciones, al irnos mostrando los monumentos arquitectónicos, las estatuas, las pinturas, los utensilios, las medallas y monedas, etcétera, etcétera, que nos legaron los pasados siglos, nos hará conocer la vida de los pueblos muertos; sus usos y costumbres, sus gobiernos; la manera como reglamentaron el trabajo; asistiremos al tráfico de sus ciudades; veremos cómo formaban sus leyes; iremos con sus guerreros al campo de batalla y con sus sacerdotes a los templos a presenciar sus ritos y ceremonias; veremos funcionar las instituciones, y nos detendremos a oír narrar las leyendas populares y las supersticiones; visitaremos los campos y sabremos cómo se cultivaban; emprenderemos largas excursiones con los comerciantes y nos daremos cuenta de la manera de hacer el tráfico; entraremos al interior del hogar, y veremos a los individuos vestirse y adornarse con indumentarias y joyas olvidadas; empuñar armas caídas en desuso y valerse de utensilios desconocidos en la actualidad; en una palabra, a la mágica voz de la ciencia resurgirá la muerta vida de pueblos e individuos desaparecidos para siempre, y nosotros seremos sus coetáneos; pues tal es hoy día el ideal de los modernos historiadores, y por eso dice Taine en el prólogo de sus *Orígenes de la Francia contemporánea:* "estos recursos nos permiten el lujo de ser contemporáneos de los hombres cuya historia referimos, y más de una vez, estando en los archivos, y al seguir en el amarillento papel los antiguos escritos de aquellos hombres, he estado a punto de dirigirles la palabra".

Pero para que la arqueología pueda llegar al punto de que hemos hablado, precisa será la ayuda de otras ciencias: de la economía política, para la determinación de los valores y las antiguas condiciones de vida; de la estadística, para apreciar el progreso de los tiempos; de la sociología, para explicarse el desarrollo de

las religiones; de la poesía, de la música y de las artes del dibujo, etcétera, etcétera, para interpretar y distinguir los monumentos literarios y artísticos de los pueblos.

Trazado a grandes rasgos el inmenso cuadro de lo que, en la actualidad, debe comprender el estudio de la historia, preciso es que tratemos ahora del método que debe seguirse para establecer la verdad de los hechos narrados, es decir, para alcanzar la certidumbre histórica. "La evidencia a que se llega, sea en las sentencias y las leyes —dice A. Bain—, sea en los asuntos históricos, no es casi más que una probabilidad; y si se aproxima a la certidumbre, no es sino por la adición de probabilidades."

Verdad es que, cuando de sucesos contemporáneos se trata, puede, algunas veces, el historiador echar mano de las propias observaciones, del testimonio de sus sentidos; pero sería reducir la historia a bien poca cosa, sería convertirla en un género literario (las memorias), que, si bien es su auxiliar, no es ella misma, al hacerla prescindir de los testimonios extraños.

Necesario es, pues, valerse de éstos y, como antes lo hemos dicho, de todos los vestigios del pasado, de los que poco ha hablábamos, al hacer notar la ayuda que presta la arqueología en las investigaciones históricas.

Pero ¿cuáles deben ser los requisitos para que aceptemos un testimonio y fundemos en él la veracidad de un hecho? Son dos: que el testimonio sea auténtico, y que sea cierto.

Para averiguar lo primero, será preciso examinar con qué grado de exactitud se nos ha transmitido el testimonio, para lo cual hay diversos medios, tanto directos como indirectos. Aclaremos esto con un ejemplo: supongamos que al tratar de la historia de la filosofía se nos presenta un texto que se atribuye a Aristóteles, por encontrarse en las obras que, como del filósofo, circulaban en la Edad Media; obras que pasaron por muchas manos no muy puras, ya que es bien sabido que Aristóteles fue conocido en Europa por conducto de los árabes, y que, tanto por la traducción, como por los errores de los copistas, y aún más, por la decadencia a que habían llegado las ciencias, y las preocupaciones de la época, sufrió numerosas mutilaciones e interpolaciones, a fin de acomodarlo a las creencias religiosas de siglos posteriores. Supongamos también, y es mucho suponer, que mañana o pasado, al practicarse algunas exploraciones arqueológicas en Ate-

nas, en algún antiguo monumento se encuentran varios papiros en lengua griega, de antigüedad indiscutible, y nos resulta, una vez traducidos, que son las obras completas del famoso estagirita; que por el estudio arqueológico y las comparaciones con pasajes citados por otros escritores de la época de Aristóteles, cuya autenticidad está perfectamente probada, logramos convencernos de que el manuscrito en cuestión es la obra escrita por el mismo Aristóteles, sin que en ella se encuentre el texto que se le atribuye y del que hablamos al principio. Es indudable que en un caso como éste rechazaremos tal texto como apócrifo y que sólo tendremos como auténtico lo que en las obras de Aristóteles que se acaban de descubrir encontramos; porque habremos establecido la autenticidad del manuscrito por medios directos e indirectos.

El segundo requisito para que aceptemos un testimonio, como hemos dicho, es que sea cierto, y para esto es preciso conocer los medios de información de que se valió el testigo; si fue testigo presencial o autor de segunda mano; la excelencia de su memoria y de su juicio; su franqueza o hipocresía; el interés personal que pueda tener en desfigurar los hechos; su carácter, veracidad y posición social; si es vanidoso o ignorante; si es amante de lo maravilloso, o miente por espíritu de partido, o fue poco cuidadoso para investigar. Por lo que se ve que el papel del historiador es, en gran manera, semejante al de un juez encargado de examinar un testigo cualquiera.

Para que el testimonio sea cierto debe ser contemporáneo, o recibido de los contemporáneos, ya sea directamente, ya por medio de una fiel tradición; pues de no ser así, no puede darnos la certidumbre de que el hecho haya ocurrido y lo más que podemos decir, si lo narrado tiene visos de verosimilitud, es que el hecho pudo haber ocurrido.

La tradición puede ser oral o escrita, y ésta tiene mayor valor, porque generalmente se conserva sin alterarse. En cuanto a la oral, va perdiendo su fuerza de transmisión en transmisión; ya por la tendencia de cada oyente a agregar algo de su cosecha, ya por la omisión de algunas circunstancias, que se olvidan, o por otras mil causas, que hacen que mientras más se aleja la tradición del testigo ocular, más lejos esté de la verdad. Ésta es la causa de que algunos autores crean que lo más que puede conservarse por la tradición oral un hecho, sin que sufra gravísimas alteraciones, es

de ochenta a cien años; pero es indudable que tal plazo es arbitrario, puesto que hay circunstancias especiales, que pueden hacer que la memoria de un hecho se conserve con precisión por mayor tiempo. De éstas son: su rareza o su extraordinaria importancia; pues tales sucesos, impresionando fuertemente, se graban mejor en la memoria. Así sucede con las grandes catástrofes: guerras, pestes, hambres, o con los fenómenos naturales como eclipses, terremotos, erupciones volcánicas, etcétera. Otras causas contribuyen también a conservar la memoria de un hecho y son: las conmemoraciones, en fechas determinadas, por medio de fiestas cívicas o religiosas; los emblemas y monumentos; varios ejemplos tenemos de esto, como son: la señal de la cruz, los escudos de armas, los colores de algunos pabellones, las estatuas de los hombres célebres, etcétera, etcétera.

Otras de las maneras de que la tradición se conserve sin alteraciones son los cantos populares y composiciones en verso porque, como hay necesidad de conservar en ellas la cadencia, es más difícil que puedan cambiarse las palabras por otras. Así es como pudieron conservarse por mucho tiempo los poemas de Homero, la *Iliada* y la *Odisea*, en la memoria de los rapsodas, ya que no habían sido escritas; y de igual manera se conservaron por muchos años algunos de los primitivos romances del Cid.

Volviendo a los escritos, diremos que se conservan muchos antiquísimos de autenticidad indiscutible, tales como: las inscripciones cuneiformes de Asiria y Babilonia; los jeroglíficos de los antiguos egipcios y mexicanos; las tablas de escritura cuneiforme de los antiguos yucatecos y las inscripciones rúnicas. De tiempos posteriores tenemos códices y manuscritos en pergamino, privilegios y cartas de ciudades de la Edad Media, que se han guardado cuidadosamente en los archivos públicos. Con la invención de la imprenta los libros se abarataron y pudieron encontrarse en todas las manos, y las bibliotecas no fueron ya sólo patrimonio de los potentados. A estos manantiales de la historia hay que agregar los enormes archivos que se forman en todo el mundo civilizado. A nadie se le escapa la gran importancia que tienen los archivos públicos, cuyo objeto no es otro que el de conservar cuidadosamente los documentos auténticos, a fin de que puedan en cualquier tiempo atestiguar la verdad de un hecho. Los con-

servadores de los archivos son, en los países civilizados, los guardianes de la verdad, a quienes está encomendado el que los documentos no sufran alteraciones, supresiones, interpolaciones, ni mutilaciones. Pero cualquiera que sea el documento que caiga en nuestras manos y tengamos que usar para hacer descansar en él un hecho histórico, debemos examinarlo antes, usando de la crítica, para no incurrir en error; pues, aun suponiendo que su autenticidad sea indiscutible, sucederá muchas veces que la pasión, la adulación o el interés hayan alterado los hechos en él contenidos. Recuérdese, en efecto, que los romanos, cuando adquirieron la cultura griega, hicieron pasar a los dioses primitivos del Lacio por dioses griegos, atribuyendo a aquéllos la historia y aventuras de éstos; recordemos, también, que para adular a los príncipes italianos del Renacimiento se hacían remontar sus falsas genealogías hasta los semidioses griegos; y cómo, aun en nuestros días, se forjan noticias de falsas victorias para sostener un gobierno, o se inventan falsedades para desacreditar a un enemigo. En todo esto de la interpretación de los documentos sólo pueden darse reglas generales y será necesario al historiador poseer un tacto exquisito, para elegir los que deben de servirle de fuentes; tacto que sólo se adquiere con una vasta cultura, un notable buen juicio y una constante práctica en analizar y calificar tales documentos.

Hemos llegado al fin de esta larga conferencia, que mucho tememos no haya dejado a nadie complacido: a los unos parecerá superficial, porque he tenido que tratar a la ligera asuntos que mayor tiempo, espacio y estudio demandan; a los otros, y esto es lo más grave, parecerá árida y falta de interés, debido a la pobreza de mi dicción y a mi falta de conocimientos; pero sírvanme de atenuantes mis buenos deseos de inclinar a mis oyentes al estudio de ciencia de tan grande y trascendental importancia como es la historia. Y si el conocimiento de la historia en general es importante, muchísimo más estimo que lo es el de la porción de tierra en la que nos tocara nacer; de esta tierra donde, como dice un célebre escritor, "las generaciones han puesto el sudor de los vivos, los huesos de los muertos, sus riquezas y su alimento".

¡Ojalá que, estudiando y meditando, todos los nacidos en ella, sobre los trabajos que tuvieron nuestros padres para hacerla libre y feliz, la amemos cada día más, y olvidando la baja envi-

dia, el amargo rencor, y el feroz egoísmo, trabajemos lealmente, y con todas nuestras fuerzas, por su felicidad y su progreso; para cumplir con el sagrado deber, respecto de nuestros antecesores, de conservar la herencia que nos dejaron y legarla a nuestros hijos aumentada, próspera y floreciente.

Zacatecas, mayo 8 de 1913

JESÚS GALINDO Y VILLA

LAS NUEVAS DIRECTRICES DE LOS ESTUDIOS HISTÓRICOS

Fragmentos de introducción a unos "Apuntes de metodología y crítica históricas"

DECÍA Victor Hugo que a la decadencia de la arquitectura —inmenso libro de piedra donde la Antigüedad y los siglos medievales grabaron sus anales— se llamó Renacimiento; decadencia magnífica, porque el antiguo genio gótico penetró algún tiempo, con sus últimos rayos, por el hacinamiento de arcos latinos y columnatas corintias, detrás de la gigantesca prensa de Maguncia. Es —agrega— una puesta de sol que hemos confundido con una aurora: el libro mataría, "históricamente", al arte de construir.

Pero el Renacimiento no tuvo por limitación únicamente a la bella hermana de la pintura y la escultura; le hubiera bastado con el prodigioso milagro de Colón, al completar la geografía del globo, si algo más hondo y elevado no hubiera cambiado, siglos después, la ruta de la humanidad: las *nuevas* ideas, que, al par de profundos errores, deberían inundar al mundo en alas del invento maravilloso de Gutenberg, desde el siglo XV; después, en el siglo XVI, con más atrevimiento; y en el XVII, con mayor intensidad, para alcanzar su punto de saturación en el XVIII. Este último, más que centuria de los filósofos y de la Enciclopedia, lo mismo que el XIX, debería llamarse de las *ciencias nuevas* porque es prodigiosa su fecundidad. Las ciencias naturales les deben la geología y la paleontología, instrumentos de tortura para los sabios que se han echado a buscar por todas las capas de la tierra al famoso *precursor* del *homo sapiens;* y la misma ciencia del hombre, la antropología, las ciencias morales y políticas, la psicología

o ciencia del espíritu humano, así llamada por los psicólogos alemanes de la escuela de Wolff, que establecieron la distinción clásica de las tres facultades morales (sensibilidad, inteligencia, voluntad); y la sociología, apenas comprendida en toda su magnitud por el mismo Augusto Comte, discípulo de Saint-Simon. La paleografía nació en Francia en los brillantes días de Luis XIV "entre el fragor de la controversia" (siglo XVII), debida al escepticismo del bolandista Papebroch que rechazaba como apócrifos casi todos los documentos de la primera mitad de la Edad Media. La diplomática nació gemela de la paleografía; al par que, asimismo, surgió en el mundo de la investigación la importantísima filología, la clave para la interpretación de los documentos, y cuyo padre, sobre todo de la filología clásica, fue, como afirma García Villada, el sabio alemán Wolff, fundador de los dos seminarios filológicos de Halle y de Berlín, respectivamente.

Todavía hoy se inventan ciencias nuevas dentro de la biología, por ejemplo, como la plasmogenia, para *fabricar,* aun cuando sea artificialmente, *la base física de la vida,* como llamó Huxley al protoplasma, base de las celdillas de los tejidos y seres, para llegar a deducir, entre otras, la curiosa ley biológica de la fraternidad universal: todos los entes del universo derivan del éter y son hermanos: ese mismo éter es el protoplasma del universo; la vida universal es la actividad físico-química del éter (Herrera).

La historia, ciencia moral inductiva, como la clasifica Paul Janet *(Traité élémentaire de philosophie),* cuyo método según este filósofo es comparable, entre otros, al de la geología, pues en una y otra se concluyen de ciertos hechos otros hechos, de los cuales los primeros son signos de hechos pasados; la historia no podía escapar al movimiento envolvente del siglo XVIII, ya iniciado, como dijimos, desde el gran periodo del Renacimiento.

Dos fueron, en este tiempo, las innovaciones que los literatos, filólogos y pensadores emprendieron en el campo histórico, una de las cuales se admite hasta el día sin modificación. Esta primera fue, como lo explica García Villada, el arreglo cronológico de las edades históricas. La historia de la antigüedad se dividía teniendo en cuenta el dominio de los distintos pueblos, egipcios, asirios, medos, persas, etcétera; posteriormente el cristianismo consideró la historia bíblica como la clasificación de las dife-

rentes épocas, de donde partió, a su vez, san Agustín para su teoría de las seis edades del mundo. Recuerda el mismo García Villada que, paralelamente a esa teoría, surgió la de las cuatro monarquías basadas en los sueños de Daniel acerca de los cuatro reinos, Babilonia, Media y Persia, la Macedonia después de la de Alejandro, y el Imperio romano. Ambos sistemas se desarrollaron en combinación, suponiendo que este imperio duraría hasta la consumación de los siglos. Pero cayó Roma y los sabios de la Edad Media se forjaron la ilusión de que los emperadores bizantinos, primero, y los francos de Carlomagno después, eran los continuadores de los césares; hasta que los filólogos y literatos del Renacimiento rompen la tradición: éstos se dieron cuenta de la diferencia entre la lengua clásica y la que a ella sucedió, desde el siglo V al XV; entre ésta y la del Renacimiento; y como por otra parte la lengua es uno de los elementos principales de un pueblo, establecieron, según su criterio, la división de *aetas antiqua, media et moderna*, que, como lo asentamos, prevalece hasta el día (G. Villada, *Metodología y crítica históricas*, ed. 1912).

La segunda innovación fue apuntada, asimismo, desde el Renacimiento, y que el siglo XIX ha realizado en parte: la aspiración a ensanchar el *contenido* de la historia, transformando la antigua historia política en *historia de la civilización*, cuya importancia consiste no sólo en *incorporar* a la literatura histórica el estudio de las ciencias, las artes, la industria, las costumbres, etcétera, etcétera, de cada pueblo, sino en ver totalmente la vida de éstos; es decir, en apreciar el conjunto de sus órganos y funciones con su respectiva dependencia y relación en la unidad del sujeto a que pertenecen. La historia antigua nos da un fragmento solo de la realidad: la moderna aspira a mostrárnosla en su totalidad plena (Altamira, *Cuestiones modernas de historia*).

II

La creación casi simultánea de numerosas disciplinas científicas, de escuelas filosóficas que echaban o pretendían echar por tierra los viejos métodos, las teorías e hipótesis novedosas y atrevidas, dividieron a los pensadores, a los hombres de ciencia y a los investigadores, y, como era natural, en opuestos bandos, las ideas

antagónicas se encontraron y chocaron; la controversia esgrimió todas sus armas; las teorías se combatieron junto con las hipótesis, y llegó el momento supremo en que se enfrentaron cátedra y cátedra, sistema y sistema, ciencia y ciencia. No poco de lo nuevo ha necesitado solidificar su base de sustentación que amenazaba desmoronarse al empuje siempre infalible de la razón, del análisis científico y de la documentación positiva; el resto de esas creaciones o ha desaparecido o se mantiene envuelto en la incertidumbre que se encuentra en todas las ciencias en mayor o menor escala —a excepción de las matemáticas puras— según observa Monod. Toda suerte de investigadores se han lanzado a la arena de la especulación científica para despejar la incógnita de incontables ecuaciones de los modernos conocimientos humanos; y una vez más la ciencia histórica se encuentra surgida *[sic]* por fuerzas que operan en todos sentidos y en todas direcciones, y que invaden, como los aluviones, su inmenso campo de perpetuas actividades.

La historia ha menester para su construcción de no pocas ciencias y de las llamadas ciencias "auxiliares", muchas de las cuales aún están en vías de formación, y otras pasan por crisis y convulsiones que, o las reafirmarán o acabarán por hacerlas desaparecer como disciplinas y direcciones.

Tomemos al vuelo, por ejemplo, la sociología y la prehistoria entre las ciencias nuevas y lo que Voltaire llamó *Filosofía de la historia* y hagamos algunas consideraciones. ¡Qué de problemas surgen ante la vista absorta del historiógrafo cuando tiene que servirse, como instrumentos, de esas ciencias o de tales doctrinas o sistemas!

Dijimos que Augusto Comte no hubo dado a la sociología todo el alcance que después ha tenido tan importante disciplina; por eso Durkheim dice, con toda verdad, que hay que reconstruir la génesis de esa ciencia; esto lleva a un estudio más profundo, más intenso, más trascendental para las ciencias históricas. Montesquieu, por ejemplo, al declarar, como dice el profesor de la Sorbona, que las leyes son las relaciones necesarias que se derivan de la naturaleza de las cosas, comprendió que esta definición de la *ley natural* (punto controvertible) se aplica a las cosas sociales como a las demás cosas: su *Espíritu de las leyes* tiene precisamente por objeto demostrar cómo las instituciones jurídicas

están fundadas en la naturaleza de los hombres y en los medios en que viven. Así, la discusión del postulado de aquel célebre filósofo francés conduce igualmente al estudio del origen mismo del hombre. Y no se crea que esto es ocioso, pues Herbert Spencer, al referirse al sistema político-social y sansimoniano del autor de la *Philosophie Positive* —sistema calificado por Stuart Mill como el sistema más completo de despotismo espiritual y temporal que jamás haya existido en cabeza humana—, y al tocar el problema del *origen de la sociedad,* explica, en sentido evolucionista, merced a las leyes de adaptación, selección, correlación y herencia, la *autogénesis* del hombre, estrechamente enlazada en su teoría con la génesis de la sociedad. Como resumen de la doctrina de Spencer, establece Fouillé un paralelo entre el cuerpo social y los animales que ocupan el último lugar de la serie orgánica.

¿Qué podríamos decir de todos los fenómenos sociales que hoy se desarrollan ante el historiógrafo, y de los nuevos derivados de las ciencias sociales? Aparte de las doctrinas fundadas por Carlos Marx, como las socialistas, aparte del comunismo, del anarquismo, etcétera, cuya esencia no debe ignorar el historiador, se desenvuelven otras como el llamado *materialismo histórico,* o más bien el determinismo económico, que pretende explicar la relación de causalidad existente entre el fenómeno económico y los demás epifenómenos; lo inconsciente en historia, el problema del "genio" y la colectividad, lo contingente en historia, etcétera, etcétera, y hasta la discusión de la escuela positivista de que en la teoría evolucionista de la "lucha por la vida" no triunfan ni el más apto ni el mejor acondicionado. El *contrato social* expuesto por Hobbes en Inglaterra y por Juan Jacobo Rousseau en Francia; el origen, la naturaleza y el destino del hombre, que se eleva de su ser individual hasta el conglomerado social, a través de las varias formas de las instituciones sociales; la autoridad social, su origen, sus formas políticas, su misión y la estructura del cuerpo social, constituyen amplio y vastísimo campo especulativo para el historiógrafo, principalmente de las causas finales del orden social, causas trascendentalísimas para la vida de las naciones, puesto que persiguen, como dicen los sociólogos contemporáneos, tres fines esenciales: el fin intelectual (libertad de enseñanza); el moral (libertad de pensamiento y de palabra, y por ende

el libre albedrío; y la libertad de asociación); el fin económico (todos los problemas de la economía política).

La prehistoria es hija de la geología y la paleontología; grandes servicios ha prestado recientemente con sus descubrimientos e investigaciones al arte primitivo de la humanidad, y para aclarar un tanto las espesas tinieblas que pueblan los orígenes de la especie humana; pero al ocuparse en esta cuestión se ha descarrilado y aún no acaba de salir de los breñales donde ha osado penetrar. Después que el fogoso Ernesto Häckel, discípulo de Carlos Darwin, propagó las teorías sobre la generación espontánea y el transformismo o evolución de las especies naturales (idea sin originalidad, porque ya Buffon había asentado antes que el hombre y el mono tienen el propio origen, y pocos años más tarde Lamarck asentaba otro tanto, pero antes también que la escuela darwinista), los naturalistas se echaron a comprobar prácticamente el transformismo antropológico y a explicar cómo la materia, a vueltas de una serie de transformaciones ascendentes, llega a evolucionar desde el mono platirrino hasta el antropoide, desde éste al antropopiteco, el homúnculo, el troglodita, el aborigen, el terrícola, etcétera, y cómo en el árbol genealógico de los vertebrados —formado por Häckel— figuran desde la gastrea hipotética, considerada como un protozoario policelular, hasta el *superhombre,* hipotético también, de Nietzsche, y que, como es fácil suponer, ningunos ojos humanos han visto hasta hoy. Entonces, analizando ese encadenamiento de los seres, desde el anorgánico y aplacentario hasta el mamífero más perfecto, o sea el hombre, el primate de Linneo, los naturalistas transformistas supusieron que en la serie animal había una laguna que debió corresponder al buscado *precursor* del hombre cuaternario, precursor al cual Mortillet denominó bajo el nombre de Antropopiteco u hombre-mono.

Los descubrimientos más en boga fueron, uno, el del cráneo dolicocéfalo de Neandertal (Prusia Renana), con el que se hizo la grotesca reconstrucción ideal del hombre primitivo cuando estaba en vísperas de abandonar el pelo que cubría todo su cuerpo, las garras y la cola, heredadas de sus parientes, los antropomorfos el gorila, el chimpancé, el orangután y el gibón; y el otro descubrimiento fue el de unos huesos fósiles que el francés Duval

encontró en los terrenos aluviales terciarios de la isla de Java; el descubridor de esos despojos clasificó a éstos como pertenecientes al *Pithecanthropus erectus,* hibridismo grecolatino que traducido al romance quiere decir: *mono-hombre en actitud o posición recta o erguida.*

Ya conocemos el fracaso de la prehistoria sudamericana en punto análogo, con el hallazgo paleontológico del *homo pampeus* (hombre de las pampas), clasificado por el sabio naturalista doctor Ameghino, el finado director del Museo de La Plata, quien dogmáticamente asentó una doctrina inversa a la del transformismo ascendente: "No —dijo—, no es el hombre que viene del mono o de los antropoides, sino éstos que se han separado y alejado de él por una bestialización progresiva" (!!).

Pero ¡qué embrollo no se traerán los sabios en cierto género de especulaciones, al grado de que ellos mismos se *bestializan* y de paso a la humanidad entera! Esta consideración no es una invención mía ni tampoco una calumnia a los filósofos y pensadores a quienes se hace alusión: se lo dice Voltaire a Juan Jacobo Rousseau, cuando escribía al ginebrino, a propósito del *Discurso* de éste sobre el origen de la desigualdad de los hombres, estas palabras: "Jamás se ha empleado tanto ingenio en pretender convertirnos en bestias; al leer vuestro libro se sienten deseos de caminar en cuatro patas". Y, con motivo de estas alusiones, Palissot en su sangrienta comedia *Philosophes* introduce en escena a Rousseau caminando efectivamente en cuatro patas (J. M. Llovera, *Sociología).*

A pesar de que la llamada *Filosofía de la historia* (Voltaire, *Essai sur l'histoire générale et sur les moeurs et l'esprit des nations)* fue más o menos efusivamente acogida por los filósofos-historiógrafos del siglo pasado, en buen lapso de tiempo, y después también de una copiosa literatura acerca de ella, ha sufrido su crisis y se halla en bancarrota; pero aún le es preciso al historiador considerar el espíritu con que fue planteada, estudiar su desarrollo y atreverse a espigar en su campo: el materialismo histórico, que ya citamos, era, como dice Asturaro, una filosofía particular limitada, una verdadera filosofía de la historia, si bien más científica que todas las precedentes.

> Es un hecho —asienta Langlois— que el éxito más sólido, sin duda, que se ha logrado en el siglo XIX, consiste en que, habiéndose sondeado el vacío de todos los prejuicios generales de explicación, se ha renunciado a los más sensatos, y definitivamente a descubrir en la historia ora un plan, ora leyes comparables desde el triple punto de vista de la certidumbre, de la precisión, de la sencillez o simplicidad, a las de la mecánica celeste o de la biología. Cabe proceder metódicamente a la investigación de las causas y a crear un análisis especial para distinguir en la historia lo accidental de lo esencial, lo fortuito de lo normal.

Bien entendido, concluye Altamira que las *leyes* de los hechos cumplidos no son su *filosofía* (como algunos pensadores han pretendido) sino materia puramente histórica que cae de lleno en la esfera de acción de los historiadores. La historia, replica a su vez Gabriel Monod, se nos aparece como una biografía y una psicología de la humanidad; pero el hombre que reflexione en su propio destino o en el gran conjunto vivo de la misma humanidad, del cual forma parte, no puede dejar de hacerse preguntas que transforman el puro estudio histórico en especulación filosófica (¿historia filosófica?). ¿Por qué existimos? ¿De dónde venimos? ¿Cómo venimos? ¿A dónde vamos? Todas estas preguntas de razón de ser, de origen, de condición y de fin se presentan invenciblemente a nuestro espíritu: la filosofía de la historia se ha esforzado en contestarlas... Monod añade más: que la mayoría de los historiadores actuales, desconfiando de la filosofía de la historia, cuando pretende llegar de una vez a ambiciosas síntesis se contenta, como el mismo autor del *Essai sur les moeurs,* "sin pretender ligar las pocas verdades que se encuentran en los tiempos modernos a las quimeras de la antigüedad" (Voltaire, *Mélanges historiques),* con destacar los hechos esenciales que son la base de la vida de las sociedades, los caracteres de los diversos pueblos, las causas de su poder o de su debilidad, los cambios en las costumbres y en las leyes. A últimas fechas, Sales *(Tratado de filosofía),* aproximándose a Spencer aunque con diferencias muy sustanciales, considera que la sociología sustituye a la antigua filosofía de la historia. De Greef *(Transformismo social)* establece entre ambas una relación, al menos, de antecedente a consiguiente; Barth *(La filosofía de la historia como sociología)* viene a identificarlas, etcétera (véase: F. Giner de los Ríos, *Filosofía y sociología).*

El historiador se encuentra, pues, al proceder, en último análisis, a la construcción histórica, no solamente enfrente de *hechos,* sino ante innumerable cortejo de doctrinas, de filosofías, de escuelas, de teorías, de hipótesis, de controversias, de ciencias y de problemas que debe penetrar sin remedio, para fundar asimismo sus juicios, sus apreciaciones, y concatenar los acontecimientos que relata. La acción y la reacción constantes en los fenómenos sociales, principalmente, son nuevas líneas divergentes que tienden y se esfuerzan por separar al historiógrafo de los senderos del análisis sereno; y en medio de ese aparente caos se siente la necesidad de absoluto dominio de inflexibles directrices que conduzcan al investigador, sin extravíos ni vacilaciones —hasta donde lo humano puede permitirlo— a la síntesis formal y a la elaboración más perfecta del trabajo histórico. A esto ha tendido y tiende en los actuales tiempos la ciencia de la historia.

¿Cuáles son estas directrices de los estudios históricos? El método histórico y la crítica histórica. La historia, por el *fondo* de su moderna estructura *(idea genética* que lo informa), ha pasado a la categoría de ciencia, después de atravesar por las formas seculares de historia narrativa y de historia pragmática, para llegar a su actual periodo evolutivo de historia genética *(génesis,* nacimiento, origen, principio), causal o razonada, cuyo fin es indagar el origen de los sucesos: la actual concepción genética enlaza todo fenómeno a sus antecedentes y al medio. Alemania y Austria, con sus admirables laboratorios históricos, caminan a la cabeza de este movimiento; Inglaterra les sigue con sus centros de estudios en Oxford; Francia, con su Escuela de Altos Estudios de París; Italia, con sus focos históricos en Roma y en Turín.

III

De la anterior exposición deducimos, resumiendo:

a) "Que en la nueva era histórica, el concepto genético es el que imprime a la historia su carácter científico";

b) Que para el trabajo histórico y la construcción histórica, se halla el historiador en medio de numerosas y encontradas corrientes doctrinales, filosóficas, etcétera, de ciencias nuevas y de

direcciones previas que seguir, obligándolo a entrar por la disciplina del método histórico-crítico;

c) Que el método histórico-crítico y los resultados de las operaciones constituyen la ciencia de la historia (ciencia de carácter analítico);

d) Que ese método es un trabajo de análisis y síntesis complicadísimo, del cual entran a formar parte numerosos principios y ciencias auxiliares que le sirven de guía; y que es el vigente en las altas esferas de la ciencia histórica europea.

En consecuencia, todas nuestras labores e investigaciones deben sujetarse a tal disciplina, y colaborar para el establecimiento definitivo, ante los estudiantes mexicanos, del método científico en los estudios históricos.

Observamos ciertamente (Herranz, *Historia de la filosofía,* edición novísima, 1915) una tendencia actual, en todas las esferas del saber y del entendimiento humano, a designar las causas, las mutuas relaciones y consecuencias de los hechos que sucesivamente se han ido presentando; aparte de que las ideas, los hechos, se desarrollan en condiciones y circunstancias del medio ambiente, y que la vida civil de los pueblos no puede explicarse sin su clave, que es la historia de la filosofía: los hechos históricos, las acciones humanas, son la expresión externa, la encarnación de la realidad de las ideas que los engendraron y los impusieron a la voluntad. Pero desde el punto de vista del método que debamos aplicar, es preciso no confundir aquel que se emplee para la mera investigación y el trabajo histórico propiamente dicho, con los sistemas filosófico-históricos, que no se rozan con el método sino de soslayo, como advierte García Villada; tanto más que la historia *no es una ciencia conjetural,* según nota juiciosamente Lévi-Alvarès.

Hay, en general, muy poca costumbre de tratar científicamente los hechos históricos, como también los hechos sociales, que suelen tocarse y aun sobreponerse con aquéllos (importancia de establecer separadamente la génesis y la diferenciación del *hecho histórico —hecho social— fenómeno social —nóumeno—* y fijar sus connotaciones); y si hay una ciencia de la historia, así como la hay de las sociedades, se tiene, por tanto, el derecho de esperar que sean ambas ciencias algo más que una paráfrasis de los prejuicios tradicionales; a que nos hagan ver las cosas de una mane-

ra diferente de como se manifiestan al vulgo; puesto que ya al *sentido común* (o sea la expresión espontánea de la razón general de la humanidad, como lo definía Lamennais) no se le otorga la autoridad que hace tiempo ha perdido en las demás ciencias. De consiguiente es indispensable que el estudioso se resuelva a no dejarse intimidar por el resultado de sus investigaciones, si éstas están hechas *metódicamente.* Además —enseña Durkheim, *Las reglas del método sociológico,* ed. 1912—, no debe olvidar nunca el investigador que las maneras de pensar a las cuales se está habituado son más bien contrarias que favorables al estudio científico de los hechos históricos o de los fenómenos sociales.

Corresponde al siglo XIX la constitución del método histórico-científico, como consecuencia de la transformación completa de la historia durante los últimos cien años, hasta constituirse ésta, a su vez, como disciplina (Altamira, *Cuestiones modernas, op. cit.).* De consiguiente, como resultado de esa transformación, lo primero en la historia, como en las demás ciencias, es el método, que hoy se cultiva en primera línea principalmente en casi todas las universidades de Alemania, donde hay fundadas clases de metodología histórica.

Y no podría ser de otro modo.

> El método —dice uno de los metodologistas históricos más estudiosos— es a una ciencia, lo que los rieles al tren. Por falta de método se pierden muchas veces energías que, encauzadas, hubieran producido ciento por uno. Por falta de método se suelen muchas veces desflorar todos los temas posibles de la historia, sin tratar ninguno a fondo, contribuyendo así a quitar ánimos a quien los hubiera tratado mejor. Se suele decir que la historia es una ciencia de sentido común, y por lo mismo que sus puertas están abiertas a cuantos quieran penetrar por ellas. Lo mismo podría decirse de la mayoría de las ciencias. Esta idea ha dado pie, como notan Waitz, E. A. Freeman, el P. C. Sinedt y Bernheim, a ese diletantismo que ha invadido el campo histórico más que ninguno otro (G. Villada, *op. cit.).*

Ya vimos que la *incertidumbre* se encuentra en todas las ciencias en mayor o menor escala, a excepción de las matemáticas puras; por manera que hay en todos nuestros conocimientos históricos una parte de incertidumbre, y precisamente la finalidad del

método histórico-científico es la de enseñar por medio de qué *procedimientos de investigación y de interpretación* puede circunscribirse esta parte de incertidumbre y *llegar aproximadamente a la verdad más perfecta posible* (G. Monod, *La historia).*

Tal es, pues, la esencia del método: "Éste es —dice el ilustre filósofo de Vich— el orden que observamos para evitar el error y encontrar la verdad"; o en otros términos: "Método es el conjunto de medios de carácter teórico, propio para llegar a la verdad científica". El método tiene por misión suprema y elevada perfeccionar el espíritu y llevarle en la mejor forma a los conocimientos. Para lo primero, basta el ejercicio; para lo segundo, se han menester múltiples elementos, entre los cuales está la naturaleza de los conocimientos (Ruiz, *Pedagogía).*

A su vez, la *metodología* es —como todo individuo medianamente instruido sabe— una disciplina de carácter científico (la ciencia del método): es la exposición de preceptos, procedimientos o sistemas para llegar más fácilmente al resultado de un trabajo cualquiera. Según la ciencia, o las partes de ella, así se aplicarán los procedimientos (o sea todo recurso de carácter práctico propio para realizar los *medios* que forman el *método)* para alcanzar el fin de ese trabajo. Por tanto, sentadas las reglas del *método general* se desciende al detalle de las del *especial* hasta para cada materia individualmente, con las modificaciones consiguientes: método especial para la enseñanza de la historia; para la autenticación de un documento histórico; la extracción química del alcaloide de una planta; la aproximación de una ecuación algebraica (método de Newton-método de Lagrange, etcétera).

Pero en muchas ciencias aún no se constituye su método especial; por ejemplo en las sociales, aunque profesores eminentísimos pugnan por sentar las bases de aquél en lo referente a tales disciplinas. En efecto, Emilio Durkheim, en su ya citado trabajo *Las reglas del método sociológico,* ha tratado de labrar los cimientos de éste, con direcciones propias del autor y que ha ensayado en su cátedra de la Facultad de Letras de París. La orientación es completamente nueva en la forma presentada por Durkheim; la base de todo su método es considerar los *hechos sociales* como *cosas,* cuya naturaleza, por flexible que sea, no es, sin embargo, modificable a voluntad. Hace depender la evolución colectiva de condiciones objetivas definidas en el espacio, aun cuando bajo

este aspecto se confiesa materialista; pues su objetivo principal es extender el *racionalismo científico* a la conducta humana, haciendo ver que, considerada en el pasado, es reducible a relaciones de causa y efecto, que una operación, no menos racional, puede transformar más tarde en reglas de acción para el porvenir. Al sostener que la causa de la sociología objetiva, específica y metódica ha ido ganando terreno sin interrupción, y que se ha considerado paradójico asimilar las relaciones del mundo exterior (cosas-hechos), se defiende el distinguido sociólogo explicando no que los hechos sean cosas materiales, sino cosas con el mismo derecho que estas últimas; es decir, que no se trata de clasificar en tal o cual categoría objetiva, o de lo real, sino de observar con ellos una determinada *actitud mental;* pues que todo objeto de ciencia es una cosa, a excepción, quizá, de los objetos matemáticos. El mismo Augusto Comte ha proclamado que los fenómenos sociales son *hechos naturales* sometidos a las *leyes naturales;* luego, les reconoce de una manera implícita su carácter de cosas.

IV

Con ser tan abundante la literatura sobre metodología de las ciencias históricas, las obras de este género se reputan, en su mayoría, como simples tratados de retórica, al menos las anteriores a la centuria pasada; y no gozan, en opinión de las autoridades, de mayor fama que las de filosofía de la historia. En general, aparecen obscuras y hasta inútiles. Algunos llegan —dentro de lo absurdo— a sentar el principio apriorístico de que se puede ser historiador sin preocuparse de los dogmas de la metodología histórica. Otros, más racionales, exponen el principio de que el método histórico se enseña con el ejemplo; y que el mejor medio para hacer *crítica histórica* no es el teórico, sino practicarla. Pero es ya inútil, como lo confirman Langlois y Seignobos, hacer conocer y justificar lógicamente la teoría de los procedimientos verdaderamente racionales y, por consiguiente, el conocimiento del método en las ciencias históricas.

Hay, pues, numerosos tratados sobre la materia; pero la condensación de esos procedimientos la presentan hoy, a la luz de la ciencia moderna, los profesores alemanes, los franceses y, en

cierto modo, los pocos españoles de escuela alemana y austriaca que cultivan la metodología histórica.

Entre los alemanes está Ernesto Bernheim, profesor de historia en la Universidad de Greifswald; entre los franceses, Ch. Langlois y Ch. Seignobos, acabados de citar, y ambos profesores de la Sorbona; entre los españoles, Z. García Villada, educado esmeradamente durante varios años en las universidades y laboratorios históricos de Innsbruck y Viena.

Bernheim es actualmente uno de los primeros y mejores metodólogos históricos del mundo, y su obra fundamental, el *Lehrbuch der historischen Methode und der Geschichtsphilosophie,* Leipzig, 1908, es obscuro al exponer el concepto científico de la historia y admite en la explicación de los hechos el sistema humanitario y naturalista de Herder, Humboldt y Lotze. A pesar de la crítica que del *Lehrbuch* han hecho Langlois y Seignobos (falta de vigor y de originalidad), lo calcan para conformar todas las partes esenciales de su *Introduction aux études historiques,* París, 1905; y, en consecuencia, caen en lo mismo que censuran (falta de originalidad).

Bernheim no se dirige al *gros public;* la lengua en que ha redactado su obra es, generalmente, inaccesible a aquél, y la forma la hace difícil para el principiante; por tales razones, Langlois y Seignobos justifican la aparición de su trabajo que, en verdad, es más manejable y popular. En la Sorbona, aquellos ilustrados profesores sintieron la necesidad urgente, al emprender los cursos históricos, de reglas e indicaciones metodológicas. La mayoría de quienes se dedican a la carrera de la historia *(op. cit. Avertissement)* lo hacen, ciertamente, sin saber por qué, sin haberse preguntado a sí mismos si son aptos para los trabajos históricos, de los cuales ignoran frecuentemente hasta su naturaleza. De ordinario se escoge la carrera de la historia por los más fútiles motivos: porque en la escuela se obtuvo el éxito en esta materia; porque se experimentan o sienten por las cosas del pasado los atractivos románticos que en otro tiempo decidieron —se dice— la vocación de algún notable historiador. A menudo se abriga la ilusión de que la historia es una disciplina relativamente fácil. "Es preciso que las vocaciones irrazonables se definan o pongan a prueba."

La *Introduction* señala el camino, en los "Conocimientos pre-

liminares", para la búsqueda de los documentos, y para penetrar con fruto en el campo de las "ciencias auxiliares", y, en seguida, se va al fondo de la materia ("Operaciones analíticas"; "Crítica externa o crítica de erudición"; "Crítica interna: de interpretación, de sinceridad y exactitud"; "Operaciones sintéticas"; "Construcción histórica"; "Exposición").

Más científico, más claro y sobre todo más moderno y al día, es el trabajo de García Villada: *Cómo se aprende a trabajar científicamente. Lecciones de metodología y crítica históricas,* que salió de las prensas de la opulenta Ciudad Condal, en Cataluña, en la segunda mitad de 1912. En cinco capítulos expone, con gran erudición y muy jugosamente, y con copiosa literatura bibliográfica, la materia toda, no obstante sus cortas páginas (I: "Necesidad del método histórico"; "Desarrollo y literatura de la metodología histórica"; "La historia narrativa, la pragmática y la genética"; II: "Heurística"; "Conocimiento de las fuentes históricas"; "Las bibliotecas españolas medievales"; "El estudio de las bibliotecas y de los archivos españoles desde el siglo XVI hasta nuestros días"; "Instrucción sumaria sobre el modo de catalogar códices y documentos"; "Las otras ciencias auxiliares de la historia"; III: "Crítica"; "Crítica externa"; "Crítica interna"; IV: "Síntesis y exposición"; V: "El seminario o laboratorio histórico").

No mencionamos especialmente los meritísimos y abrumadores trabajos de don Rafael Altamira, bien conocido de los intelectuales mexicanos *(La enseñanza de la historia,* 1895, grueso e importante volumen, cuya segunda edición viene preparando y anhelando el autor; *De historia y arte,* 1898; *Cuestiones modernas de historia,* 1904), porque, en general, no se consagran al tecnicismo ni a la especialidad metodológica, en la cual no se ocupa el erudito y muy laborioso catedrático de la Universidad de Oviedo. Sin embargo, debe recomendarse su lectura por lo mucho que se aprende en sus páginas y los nutridos datos que enriquecen tan estimable labor.

Entre nosotros, corresponde al joven abogado don Roberto A. Esteva Ruiz la honra y la satisfacción de haber sido el primero que, en el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, señaló el verdadero camino científico del *trabajo histórico,* al formular, en enero de 1914, su *Programa de investigaciones históricas,*

con lo cual planteó una reforma radical en la orientación del museo, desde el punto de vista de la historia de México. Pero al encargarse el que esto escribe del Departamento de Historia, a principios de octubre de ese mismo año, comprendió la necesidad de reformar, a su vez, el *Programa* para las mal llamadas *clases,* en el ramo de historia, saliendo de las rutinas anteriores, en consonancia con las nuevas direcciones. Era preciso más, y esto comenzó también a realizarlo el suscrito: aceptar las generalidades del programa del licenciado Esteva Ruiz, más en el concepto de fijar primero, y en un estudio especial, las bases para la metodología, la crítica de las fuentes y la construcción histórica; es decir, que, de no descender al detalle, al mecanismo, al conocimiento preciso de la técnica metodológica, y si no se sabe de antemano cuáles son las *fuentes* cuya crítica va a emprenderse, ni cómo se llevan a cabo los trabajos de *análisis* y *síntesis,* todo programa que no comprenda esta serie de labores, y para su fin concreto, sale sobrando, sobre todo para jóvenes estudiantes sin ninguna preparación.

Inspirado en esas ideas y en las más modernas enseñanzas, sobre todo en los trabajos de Bernheim, de Gabriel Monod, de Ernesto Lavisse, de Langlois y Seignobos, del mismo Altamira en la parte conducente, y más que nada en los de García Villada, trabajé mi programa de *Metodología, crítica y construcción histórica,* y los *Apuntes* que le son anexos; programa que comprende los preliminares sobre el concepto científico de la historia, y sobre el método histórico-crítico, y las cuatro grandes partes en que actualmente se divide la historia como ciencia: I. Heurística o conocimiento de las fuentes históricas; II. Crítica de las fuentes; III. Síntesis o elaboración del trabajo histórico; IV. Exposición escrita de los resultados obtenidos. Cierra un estudio complementario compuesto de dos capítulos imposibles de suprimir, so pena de quedar truncas las ideas generales sobre determinada categoría de concepciones: *Psicología de la historia; Filosofía de la historia,* en lo que puede interesar al historiógrafo moderno y aun a todo individuo culto que pretenda integrar sus conocimientos y darse cuenta del estado actual de la cuestión. La psicología y la historia se hallan en estrecho maridaje: Ribot traza en su *Psicología* un cuadro de las creaciones principales de la actividad humana que pueden completar la importante disciplina que estudia los

hechos de la conciencia: las artes, las ciencias mismas y la historia; que en el sentido corriente del término, la historia de las dinastías, de las revoluciones, de las guerras, sobre todo en las *memorias y biografías,* nos demuestra las ideas, las pasiones, los apetitos prodigiosamente agrandados por la escena del mundo. Hipólito Taine pudo escribir: "Explicar una revolución es hacer una página de psicología".

Sobre la antigua filosofía de la historia nada sabría un estudiante si al menos no se le diera a conocer la literatura que mantuvo durante largos años aquella dirección; y nada mejor que hacer esa exposición doctrinaria de la discutida filosofía, al final ya, de todo curso, para evitar en lo posible, extravíos fáciles, de criterio y de apreciación.

Mi programa está dividido en dos grandes partes, que se desarrollan una en pos de la otra y al través de un curso completo: en la primera, se exponen las generalidades sobre la ciencia de la historia y toda la metodología, como se ha indicado; en la segunda, se entra a la aplicación directa de la crítica de los hechos y construcción histórica, con generalidades sobre ciencias importantísimas y necesarias para la investigación (antropología; etnología; arqueología; prehistoria; morfología, en lo que de ella puede aplicarse a la construcción histórica; filología y lingüística; sociología y ciencias sociales; psicología); aparte, se entiende, de las llamadas auxiliares, y que corresponden al dominio del método histórico-crítico (paleografía, diplomática, epigrafía, esfragística, heráldica, numismática, cronología, geografía histórica, cartografía, indumentaria y mueble).

Que ningún concepto nuevo ni ninguna nueva enseñanza contienen la presente Introducción y los Apuntes que le siguen, para quienes son sabios o presumen de eruditos, es una verdad que por conocida se calla. Ni nada nuestro podríamos exponer dentro del anémico y desmedradísimo medio intelectual en que vivimos, donde todos, generalmente hablando, hemos tenido que ser *a fortiori* autodidactos, sin cátedras ni direcciones especiales para el cultivo de la metodología histórico-científica. Tenemos, de consiguiente, que seguir el movimiento que viene de afuera, de las aulas alemanas, en primera línea, tan disciplinadas y ya veteranas en el terreno científico.

Que nuestra exposición contiene, y habrá de contener, múltiples errores de doctrina, de apreciación, de dirección desviada, hasta incontables equivocaciones, tampoco queda fuera de duda: ello es casi inherente a todo esfuerzo propio y genuinamente individual; y más cuando se recorren senderos desconocidos y difíciles hasta para los mismos maestros.

Sin embargo, nos alienta nuestra aplicación ardiente e ininterrumpida —a pesar de las hondas amarguras de la existencia— al estudio de las ciencias históricas y sociales, que de tan alta trascendencia son en todos los tiempos, para darnos cuenta, como intenso medio cultural, de los hechos y de los fenómenos sociales que se suceden en el mundo exterior, cual en cinta cinematográfica, y sacar saludables enseñanzas.

Sin falsas presunciones, tendemos a seguir toda sana orientación, con todos nuestros esfuerzos y vivas energías, a fin de colaborar —como antes lo dijimos—, en humildísima esfera, a la disciplina mental de nuestra robusta juventud, dentro de las vastas heredades de la historia; y abreviarle, al par, el camino que nosotros hemos tenido que seguir, ora andándolo, ora retrocediendo, a causa de nuestra disculpable inexperiencia en la metodología histórica, y del *autodidactismo obligado* que hoy se condena universalmente en el estudio profundo de todas las ciencias.

México, enero de 1916

EMETERIO VALVERDE TÉLLEZ

ALOCUCIÓN

pronunciada por el Ilmo. y Revmo. Sr. obispo de León...
al inaugurarse el Centro de Estudios Históricos
Francisco del Paso y Troncoso,
la noche del 17 de enero de 1922

Ilmo. Señor (Monseñor Sepúlveda):
Respetables dignatarios de la Orden de
Caballeros de Colón:
Señoras y señores:

ENTRE los estudios más seductores para el espíritu humano debe colocarse el de la historia, porque, además de los encantos propios de la indagación y el esclarecimiento de la verdad de los hechos, al construirla, al aplicarla a la sociología, y al exponerla, ya sea desde el libro o la revista, ya sea desde la tribuna o la cátedra, pueden y deben unírsele los primores de la ciencia y del arte.

Ciertamente, señores, la historia, adecuadamente considerada, es el relato de los acontecimientos pasados; pero no un relato como quiera, sino verdadero, científico, artístico y, sobre todo, filosófico. Los hechos pasados son el fondo, o, como dijeran los escolásticos, son la materia prima de la historia; mas su presentación metódica y estética constituye su forma.

La filosofía, mediante una aplicación exquisita y especial de la lógica, prepara convenientemente la inteligencia del historiador, le educa y afina el criterio, y le dirige con reglas a la vez científicas, en orden a depurar de la herrumbre de las humanas pasiones la verdad de los hechos; a señalar las causas psicológicas y externas y sus positivas consecuencias; es decir, sus relaciones con hechos e ideas anteriores, concomitantes o consiguientes; a construir síntesis históricas o analizarlas en sus detalles; y a deducir al cabo

útiles enseñanzas que ayuden eficazmente a resolver los tan complicados, como arduos y urgentes, problemas sociológicos, y que, en fin, iluminen el porvenir de los pueblos y de la humanidad.

El arte por su cuenta encárgase de embellecer el relato, y de amenizar las lucubraciones y aplicaciones filosóficas; pero sin menoscabo de la verdad, sin bastardear el criterio, sin permitir que la labor degenere en novela por el predominio de la fantasía.

Así es como por maravillosa manera se armonizan en la historia lo verdadero, lo útil y lo deleitable, subyugando por lo mismo dulcemente el ánima del investigador, del historiógrafo y de quien los lee o los escucha.

Considerada de esta manera, la historia es ya una verdadera ciencia, ciencia de origen relativamente moderno, puesto que data de la influencia ejercida por el criticismo filosófico en el valor subjetivo y objetivo del conocimiento, y en la reconstrucción de todas las disciplinas humanas.

San Agustín, con la intuición de su potente genio, adivinó y, con los recursos todos de que en su tiempo podía disponer, realizó una gran síntesis histórica en el libro intitulado *La ciudad de Dios,* llamando los acontecimientos del mundo a la unidad dentro de la religión.

Otro genio, el sublime orador Bossuet, en su monumental *Discurso sobre la historia universal,* supo demostrar con evidencia, cómo la Providencia Divina enderezó todos los sucesos del mundo antiguo a un fin supremo, porque fueron en conjunto una preparación para el advenimiento de Jesucristo; y cómo esa Providencia encamina los sucesos que caen aquende Nazaret, Belén y el Calvario a la realización del grandioso plan de la redención, que comprende no sólo al espíritu, sino al hombre todo; no sólo al individuo, sino también a la familia y a la sociedad; no sólo a la Iglesia sino a toda la humanidad.

El filósofo Vico creyó hallar y formular las leyes que presiden el desarrollo de los sucesos históricos; pero, si no me engaño, hízolo imponiéndoles cierta fatalidad, lo que no se compadece ni con la recta razón ni con el dogma religioso y filosófico de la libertad humana.

Pico de la Mirándola dijo este apotegma: "La filosofía busca, la teología halla, pero la religión posee la verdad"; y a mí me pare-

ce, señores, que lo que el célebre polemista y sabio eruditísimo concretaba a las verdades fundamentales, trascendentales y supremas de la ciencia y de la filosofía, cúmplese igualmente, y con no menos evidencia, en la historia. Quiero decir, que nada prepara y dispone mejor al ingenio para estudiarla y enseñarla que la fe; que nada rectifica mejor el criterio que la fe; que nada como ella derrama luz sobre la razón de ser de los acontecimientos históricos. El hombre es un abismo, la humanidad es un misterio, de abismo y de misterio participa la historia del uno y de la otra, y el simple filósofo no llega nunca a explicárselos suficientemente sin el luminoso y potente auxilio de la religión.

Os he expuesto, siquiera sea someramente, algunas de mis ideas sobre el concepto de la historia en general y sobre la filosofía de la historia, para que veáis de la una parte mi entusiasmo, y de la otra apreciéis la justeza con que aplaudo, y la fe con que bendigo el nobilísimo pensamiento del señor ingeniero don Jesús Galindo y Villa, de constituir un Centro de Estudios Históricos bajo el prestigiado nombre del eminente sabio don Francisco del Paso y Troncoso, centro que hoy solemnemente se inaugura, y que en adelante se sostendrá bajo los auspicios de la Benemérita Orden de Caballeros de Colón.

Todos mis respetables hermanos de la orden, y especialmente los asiduos asistentes a las ochenta conferencias que en el curso de los años de 1920 y 1921 sustentó en este augusto recinto el señor Galindo y Villa, conocen mejor que yo la competencia del eximio maestro, que cuenta con un opulento caudal de ciencia histórica adquirida en los libros y en los viajes, con un criterio recto, sereno y ejercitado, y con una fe ilustrada por el conocimiento de los dogmas y de la historia de la religión. Presupuestos tales elementos, y sobre todos ellos la ayuda de Dios, es lógico asegurar que el nuevo Centro de Estudios Históricos prosperará.

He dicho.

ALOCUCIÓN

pronunciada en la distribución de premios del Seminario Conciliar de la Diócesis de León, efectuada el 23 de diciembre de 1922

Respetables sacerdotes:
Amados seminaristas:
Señoras:
Señores:

RECORDARÉIS, sin duda, que en nuestras alocuciones de premios, de preferencia, nos hemos ocupado en tejer el panegírico de alguna de las nobles ciencias o artes que se cultivan en este seminario. Y es, ¡oh jóvenes!, porque entiendo que, en la hora solemne en que acudís presurosos y regocijados a recoger la palma del galardón debida a vuestros afanes escolares, cuando los superiores, los maestros, los colegas de hoy y los alumnos de ayer, no menos que los cultos habitantes de esta ciudad episcopal, se congratulan con vosotros y aplauden vuestros triunfos, es natural que vuestra inteligencia y vuestro corazón estén mejor dispuestos para recibir, cual campo generoso y fecundo, la semilla de las enseñanzas y consejos de vuestro prelado, que os considera como una corona de odoríferas flores, como la más dulce esperanza de la santa Iglesia de León.

Deseamos en esta vez hablaros de un estudio sobre toda ponderación instructivo, encantador y educativo, el de la historia, cuyo conocimiento enriquece con verdades a la inteligencia, deleita con sus galas a la imaginación, forma con austeros ejemplos el carácter, da, aun en la juventud, la madurez de la experiencia y el sentido práctico del mundo, sin por esto haberse dejado arrollar por el torbellino de aviesas pasiones. Sí, trataremos de la historia, que norma el criterio para juzgar recta y justamente a los hombres y sus actos, da tino y previsión para conjeturar el porvenir, y provee de sabiduría y prudencia, para caminar con firmeza hacia la conquista de la verdad, del bien y de la belleza

moral; es decir, de la ciencia, de la virtud y de la felicidad temporal y eterna.

Nos alienta en la empresa el vehemente deseo de que nuestras palabras acaso despierten latentes aptitudes en alguno, a quien el cielo haya dotado de vocación para estudiar profundamente la historia, y de que, por lo menos, los que me escuchan sean cautos y discretos para leer los libros que de ella traten.

La historia, adecuada e íntegramente considerada, es la narración verdadera e imparcial de importantes acontecimientos pasados, señalando al propio tiempo las causas que los produjeron, las consecuencias que de ellos se siguieron, y las enseñanzas que al hombre proporcionan.

La simple enunciación de estas ideas convence de la necesidad de cada una de ellas, para poseer un concepto sintético de la historia, ya que ésta debe dar a conocer los sucesos pretéritos dignos de la recordación de las generaciones; pero ha de ser con acopio de datos y de pruebas; nunca con espíritu de partido, y siempre con inflexible lógica en el enlace de las relaciones entre las premisas, los hechos, las consecuencias y las leyes morales y sociológicas.

Los hechos constituyen el fondo primario de la historia; los hechos físicos, intelectuales y morales de personajes o corporaciones; pero hechos que influyeron en bien o en mal de los pueblos: los acontecimientos de la vida de los pueblos, o las manifestaciones de sus diversas actividades, pero acontecimientos de importancia trascendental para los mismos; y con mayor motivo los hechos y acontecimientos de toda una nación, de la Iglesia, de la religión, de las ciencias, de las artes, de la literatura, de la civilización, de una raza, de la humanidad toda.

Consiste la forma interna de la historia en la explicación de la razón de ser de los hechos, de sus resultados, de sus leyes y enseñanzas. No cabe duda, señores, así como existe una lógica subjetiva en el orden del raciocinio, también hay una lógica objetiva en los procesos de la naturaleza y en el curso de los acontecimientos; y el historiador, como el filósofo y el sociólogo, y como todo el que quiera discurrir con verdad y con acierto, debe estar muy despierto y vigilante para no incidir en alucinaciones y sofismas.

Mas, para juzgar como conviene del fondo y de la forma de la

historia, a saber, de los hechos, de su efectividad y causalidad, y de las lecciones que entrañen, de cualquier género que sean, requiérense buen talento y fino criterio histórico, que, en el caso, es sinónimo de buen sentido, de recto juicio, o sea, de hábito intelectual, de virtud moral ejercitada y discreta, severa y prudente, ponderada y ecuánime, para discernir la verdad, para percibir con claridad y atingencia ni más ni menos que el enlace real de causas y efectos, y para saber disipar opiniones caducas y pareceres apasionados.

La narración histórica no ha de semejar un esqueleto descarnado y seco, sino antes bien ha de parecer un organismo viviente y hermoso; ni ha de vestir de pedestre y vulgar estilo, sino de frases y periodos nobles y gallardos; sin que esto empezca *(sic)* a la verdad rigurosa del relato. Así la forma interna y externa es el reflejo de la cultura filosófica y literaria del historiador.

Ahora bien, cuanto hemos dicho se condensa en la filosofía verdadera y aplicada, presupuesto que la filosofía es, en el orden humano, el más profundo conocimiento de las cosas, es decir, de Dios, del mundo y del hombre; es la más alta disciplina del espíritu; es la luz refulgente que alumbra y dirige las operaciones del entendimiento, de la voluntad y de los sentidos; el valladar que reprime los desordenados ímpetus de las pasiones; el lastre que modera los desatentados vuelos de la loca fantasía, forma el criterio, suministra los métodos, induce y deduce las leyes de la historia y de la sociología, y pule y embellece la enunciación de las ideas y de los sentimientos. Sin embargo, para evitar cualquier error, diremos, de paso, que el hombre es un ser elevado al orden sobrenatural, caído y redimido, que necesita la luz de la fe y el impulso, el concurso y la vida de la gracia.

La filosofía, cuyas prerrogativas acabamos de enumerar, y que tanto influye en la intelectual arquitectura de la historia, no es precisamente la filosofía de la historia. Entiéndese por ésta la ley o conjunto de leyes, científicamente halladas, que preside a los acontecimientos; es decir, es la ciencia que indaga si a través de la realización, combinación y sucesión de los mismos, se desarrolla un plan uno y armónico, si se camina siempre en pos de un fin por medio de leyes que se van cumpliendo, a pesar de las tempestades suscitadas por las pasiones, y de las vicisitudes más o menos hondas que padecen en su penosa peregrinación los

pueblos y la humanidad entera; explica las retrogradaciones temporales o parciales, y prevé y predice racionalmente el porvenir.

Vico y su escuela formulan sus leyes, pero de carácter fatal y positivista, que son una especie de anticipación de los tres estados empíricos de Comte. Según el filósofo napolitano, los pueblos pasan invariablemente del estado teológico y teocrático al heroico y de tiranía, y de éste al de cultura y civilización. Para el filósofo de Koenisberg *(sic)* existen tres estados en la humanidad, el teológico, el metafísico y el positivo o científico. En sentir del primero, la humanidad retrocede a recomenzar su fatigosa odisea. A juicio del segundo, el estado científico es definitivo.

Mas, la verdadera filosofía, aquella que está en consonancia con la fe y la religión, busca, y halla, la única, la conveniente, la satisfactoria, la racional concepción de la historia; a saber, la Providencia.

En efecto, hay un solo Dios omnipotente, autor de todo cuanto existe; hay una humanidad que es su obra predilecta sobre la tierra; hay un hecho que explica suficientemente las humanas miserias, que es la caída original; hay un fin a que está destinado el hombre, que es la felicidad temporal y eterna; hay un grande acontecimiento que todo lo abarca maravillosamente, lo pasado, lo presente y lo futuro, y es, la Redención, el Cristianismo.

Antes de Jesucristo los sucesos todos prepararon, directa o indirectamente, su advenimiento y con meridiana evidencia demostraron la necesidad de su venida.

Jesucristo es el Verbo Divino humanado; es el sol de verdad y de justicia que ilumina a todo hombre que viene a este mundo; es el camino, la verdad y la vida; es el lazo de unión entre el cielo y la tierra, entre Dios y el hombre, y de los hombres entre sí; es la piedra angular no sólo de la Iglesia sino del edificio social; su doctrina y su moral son de infinito amor; el amor de Jesucristo es riqueza en la pobreza, es sonrisa en el llanto, es gozo en el dolor, es esperanza en el destierro. Por todo esto, con Jesucristo la humanidad se explica y la historia se ilumina; al paso que sin Jesucristo la humanidad es cadáver corrompido, y la historia es un caos inextricable. Aquende el Calvario los sucesos humanos demuestran la imperiosa necesidad de la doctrina, de la moral y del reinado de Cristo, por manera que los individuos, los pue-

blos y la humanidad, tanto más se acercan al ideal de la civilización y de la felicidad, cuanto más espiritual y prácticamente son cristianos.

Fuera de la concepción católica de la historia, que siempre ha tratado de aceptar e incorporarse cuanto hay de racional, y de sano, en las nuevas orientaciones y progresos de la filosofía y de las ciencias, los sabios impíos han seguido otro camino. El siglo XVIII quiso ser crítico y racionalista; el XIX se pavoneó con las ínfulas de científico y positivista; vanidoso, hasta rayar en ridículo, se apellidó a sí mismo "el Siglo de las Luces". Para él fue una especie de manía la "evolución", y aplicándola a la historia repudió todo supernaturalismo, y aun espiritualismo, cuanto al origen constitutivo del hombre, a la providencialidad en la vida de los pueblos y a todo fin ultraterreno. Para los flamantes sabios, la materia es eterna, la vida comenzó por generación espontánea, por la aparición casual del protoplasma, que inició su evolución ascendente, la continuó en medio de la lucha por la vida y del triunfo del más apto, hasta llegar a la vida sensitiva y a la racional pasando por el mono —que creen es el padre inmediato del hombre primitivo—, y va no saben a dónde, porque el progreso, según ellos, es indefinido.

Tema, en la historia, es el punto concreto o la materia definida de que trata el historiador en el libro, en el periódico o en la cátedra.

Ahora señalaremos sólo las más importantes ciencias auxiliares de la historia.

La heurística, que es el conocimiento científico de las fuentes; y éstas son los elementos de donde toma el historiador la materia de su narración y las pruebas de sus asertos, negaciones, opiniones y conjeturas. Las fuentes de más valía suelen ser los documentos públicos o privados, manuscritos o impresos, códices o textos, de preferencia contemporáneos o de épocas más inmediatas a los acontecimientos, y siempre de personas que por su carácter, posición social u otras circunstancias, debieron, pudieron y quisieron estar bien informadas; escritos de autores concienzudos y verídicos; la tradición oral o ya por escrito consignada; los monumentos, así como restos humanos, ruinas, edificios, medallas, monedas, lápidas y estatuas.

La diplomática, que directamente se ocupa en probar y com-

probar la autenticidad de los documentos. Esta ciencia se ayuda de la paleografía, que es el arte de leer las escrituras y caracteres antiguos. Se sirve también de la filología, que es el conocimiento de las lenguas, o de las diversas etapas de una misma lengua, en que estén escritos los documentos que se van a utilizar.

Para cierta clase de estudios históricos, es más o menos indispensable saber la geografía en sus diferentes ramificaciones; la cronología, que es la ciencia de la división del tiempo; la etnología, que versa sobre la formación de los caracteres físicos, intelectuales y morales de las razas humanas; la antropología, que se ocupa más concretamente del hombre; la paleontología, que estudia los fósiles o restos orgánicos metamorfoseados por acción y proceso geológico; la misma geología, que conoce de los materiales que componen el globo terráqueo; y la arqueología, cuyo objeto son los monumentos o utensilios antiguos.

Por razón del objeto, el estudio se llamará prehistoria si el relato es de acontecimientos anteriores a la historia documentada, y aquí entra el más exquisito criterio para entresacar la verdad, o lo verosímil, de entre la niebla de la fábula, de la leyenda y del mito. Será historia propiamente dicha la que definimos al principio, y ésta, por el tema, si se ocupa en un solo personaje, se dirá biografía; si se limita a un solo objeto o actividad determinada de un pueblo, a una ciudad, a una ciencia, a un arte, a un acontecimiento, se denominará monografía. Por fin, la historia misma se connotará de algún modo según su amplitud o complejidad, como cuando es historia de la religión, de la Iglesia, de una nación, de una raza, de un continente, de la humanidad, y, en este último caso, desígnase con el nombre de historia universal.

Cuanto al fin que el escritor se propone, suele dividirse la historia en narrativa, si simplemente quiere contar los hechos, como lo hacían en sus crónicas los escritores de la Edad Media; en pragmática, que equivale a docente o tendenciosa y moral, porque el autor procura por medio de ejemplos enseñar a practicar el bien y a evitar el mal; y genética, o sea causal y razonada, porque narra los hechos, inquiere sus causas, señala sus verdaderos efectos y da lecciones para el porvenir.

También por razón del tiempo recibe la historia diversos nombres, y así, llámase diario, cuando relata los sucesos de cada día, como las *Noticias* de Sedano y el *Diario* de Guijo entre los nues-

tros; efemérides, si se consignan los acontecimientos de varios lugares en la misma fecha, como las de Guanajuato, escritas por el padre Marmolejo, y las del *Calendario* de Galván, que nos son tan familiares; anales, si la relación se hace por años, como *Los tres siglos de México,* por el célebre padre Cavo; crónica, si más se sigue el orden de los tiempos que el de los hechos, como las bellas, ingenuas e inestimables crónicas del padre Pareja, del padre Larrea, del padre Basalenque; o, finalmente, añádese al nombre de la historia el periodo de tiempo que abarque, como "de la dominación española", "de la guerra de tres años" en nuestra patria.

Todo esto se pide al historiador, señores, pero notad, en primer lugar que, por una parte, no se le exigen sino en grado muy alto, o por lo menos, proporcionado, las mismas condiciones que se requieren hasta en una sencilla pero culta conversación: saber de qué se trata, pensar con cordura o con recto y sano criterio, y hablar correctamente.

En segundo lugar, las dotes, así naturales como adquiridas, que hemos indicado es imposible que se encuentren reunidas en un solo hombre, siquiera sea de tan privilegiado talento como san Agustín, santo Tomás, Pico de la Mirándola, César Cantú y Menéndez Pelayo; ni quizá en una academia, por más que se intitule "de la historia", en cuyo seno se encuentren los varones más eminentes del mundo. Por eso es que suponemos tales dotes, repartidas en diferentes grados de extensión e intensidad, en varios historiadores de ciencia y de verdad; creemos que, después de algunas monografías e historias particulares, de que se estudie el mismo tema bajo diversos aspectos, viene un ingenio claro, comprensivo y bien equilibrado que, concentrando en sí una vasta y profunda erudición, y con delicada y certera crítica, forma una síntesis, en que refulgen la verdad y la belleza.

De cuanto hemos dicho dedúcese que el estudio de la historia es necesario, obligatorio, imprescindible a los sacerdotes, a los legisladores, a los gobernantes y, en general, a las clases directoras, de las cuales dependen muy directamente la vida y el porvenir de los pueblos. Y se deduce, no menos, que el conocimiento de la historia es digno de toda persona que se precie de culta.

Por lo demás, nos propusimos describir el ideal de la historia;

toda ciencia, toda arte tiende a un ideal, y el sabio o el artista que más se acerquen a él merecerán más de la ciencia y de la estética.

No descenderemos de esta tribuna sin cumplir con el deber de dar pública y solemnemente las gracias más rendidas, a Dios Nuestro Señor y a los santos patronos de este Seminario, por todos los beneficios que al establecimiento se han dignado impartir durante el curso escolar. Cordialmente felicitamos a los superiores, por el celo que han desplegado en difundir y sostener la piedad y la disciplina en los alumnos; a cada uno de los catedráticos, por el esmero que han puesto en cultivar las inteligencias de sus respectivos discípulos; y a los jóvenes seminaristas, por su docilidad, su aplicación y sus triunfos.

Amados hijos del seminario: no desertéis de la carrera por frívolos pretextos, no desmayéis en el trabajo, ya que la consecución del fin es el premio de los afanes y de la constancia. Aprestaos a recibir en vuestras manos la inmaculada bandera de la honra del clero leonés, para sostenerla siempre enhiesta hasta el sacrificio de la vida en el sagrado ministerio, y para transmitirla cual rica herencia a la nueva generación sacerdotal que venga en pos de vosotros.

He dicho.

DISCURSO
SOBRE LA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA
para la distribución de premios
del Seminario de León, el 15 de agosto de 1923

Venerables sacerdotes:
Muy amados seminaristas:
Señoras y señores:

ES INDUDABLE que en cada nación civilizada existe un grupo, acaso no pequeño, de eruditos historiófilos y de curiosos historiógrafos, que tratan, los unos, de acumular toda suerte de documentos y libros que los ilustren en la historia; los otros, de inquirir serenamente la verdad acerca de los acontecimientos pretéritos y de interpretarla con recto criterio.

No es menos cierto que existen, en mucho mayor número, escritores y, sobre todo, lectores, que desconocen, o que olvidan, las austeras enseñanzas de la filosofía de la historia, o las severas reglas de la crítica histórica, y que, en consecuencia, miran los sucesos a través del espíritu de partido, y de las llamas y humareda de las pasiones personales, de donde proviene que los interpretan mal y que contribuyan a vulgarizar mentiras bajo el augusto nombre de la historia, suponiendo intenciones que no existieron y forjando explicaciones arbitrarias.

Evidente prueba de lo que decimos es nuestra aún fragmentaria historia nacional, que se ha venido escribiendo desde los albores del pasado siglo. En efecto, ¿quién no ha oído en las escuelas, en los discursos patrioteros y en las peroratas de club, o quién no ha leído en periódicos, en folletos y hasta en libros, horrendas diatribas y hueras declamaciones contra la barbarie de la conquista española; contra la ignorancia, tiranía y esclavitud del periodo colonial; contra las supuestas traiciones y la conducta monstruosamente antipatriótica del clero desde la independencia hasta nuestros días?

Por fortuna ni en los instantes más críticos de exaltación de los

espíritus, han faltado escritores u oradores que, con heroico valor civil, han sabido sobreponerse al torbellino de aquellos partidos y pasiones, y han dicho la verdad, y ni más ni menos que la verdad.

Ahora mismo acaban de ver la pública luz tres obras de grande aliento y de inestimable valía que son:

Los dos primeros tomos de la *Historia de la Iglesia en México,* escrita por el M. R. P. don Mariano Cuevas, S. J.; trabajo a la vez analítico y sintético que constituye una epopeya, no lírica sino documentada, de la Iglesia en nuestra patria.

El volumen segundo de la *Historia de México,* debido a la pluma de monseñor doctor don Francisco Banegas y Galván. Es sólo la parte que se refiere al libertador don Agustín de Iturbide, a quien la patria mexicana le debe la independencia.

Prehistoria de México, libro que en todas sus páginas denuncia la férrea constancia del autor, la paciencia benedictina, la erudición pasmosa y el profundo talento crítico del ilustrísimo señor don Francisco Plancarte y Navarrete, quien, con paso firme y seguro, penetró en el intrincado laberinto de las cosmogonías, teogonías, mitologías, etnologías y cronologías, pues son varias según las diversas tribus y naciones, para deducir las más probables conclusiones acerca de los orígenes y peregrinaciones de los primeros pobladores del suelo mexicano.

Os aseguro que cavilé no poco sobre el tema que había yo de preferir para desarrollarlo esta noche ante vosotros, porque siempre busco un asunto que por su intrínseco interés, y por su poder y eficacia educativa, concentre vuestra respetable y benévola atención, cubriendo y disimulando la ninguna gallardía de la forma literaria con que pueda yo revestirlo. Recordé que la última vez que en igual ocasión a la presente tuve el gusto y la honra de dirigiros mi desaliñada palabra, esto es, en la función de premios efectuada el 23 de diciembre de 1922, leí una modesta disertación que versó acerca de la noción general de la historia, de sus grandes divisiones, de sus elementos internos y externos, de los conocimientos auxiliares y, en fin, de la historia como ciencia; y quise, y deseo ampliar, que no completar, aquel estudio, hablando esta noche de la filosofía de la historia y del criterio de la historia.

Una de las supremas divisiones de los humanos conocimien-

tos es en especulativos y prácticos, según que aquéllos se limiten a la simple contemplación de la verdad, a la posesión de la verdad por el entendimiento; o según que tales conocimientos tiendan, por su naturaleza, a dirigir los actos de cualquiera de las facultades, o el ejercicio de cualquiera de las actividades del hombre.

Yo diría, en otras palabras, que la ciencia y el arte, la ciencia, que preside a la formación del arte, y el arte, que consiste en la aplicación de la ciencia, son algo así como las supremas categorías de los conocimientos humanos.

Dar reglas para ejecutar bien alguna cosa, y practicarlas convenientemente, es el objeto del arte. Por esto es que el arte, sintéticamente considerado, es un conjunto metódicamente ordenado de reglas para hacer bien alguna cosa.

Estudiar una realidad, un fenómeno cualquiera, perceptible por la experiencia interna o externa, pero indagando su verdadera causa inmediata, o sus efectos; formular juicios y comprobar su verdad por medio de la experimentación; y hasta formular alguna ley o leyes, aplicando lógicamente el método inductivo o deductivo; todo esto es propio de la ciencia tomada en lato sentido.

Conocimiento científico es una verdad cualquiera, pero conocida por demostración.

Ciencia, sintéticamente considerada, es un conjunto metódico de verdades relativas a un objeto, debidamente enlazadas entre sí y con sus respectivos principios de suyo evidentes, y que, por lo mismo, no requieren demostración, antes sirven de luz para el raciocinio demostrativo.

Cuando la inteligencia traspasa la esfera de los fenómenos y de sus causas y efectos inmediatos, para penetrar en la naturaleza misma del fenómeno, del accidente, de la propiedad, de la naturaleza y esencia de alguna cosa, encuéntrase entonces en el vasto campo de la filosofía.

Por tanto, conocimiento filosófico, en general, es el conocimiento de una verdad por sus principios superiores.

Filosofía es el conjunto, metódico y lógico, a la vez que racional y científico, de las verdades que tienen por objeto al mundo, al hombre y a Dios por los más profundos y elevados principios racionales.

Imposible sería hacer caber, dentro de los reducidos lindes de

una oración de premios, la explicación minuciosa de las definiciones que acabáis de escuchar; mas, de intento he procurado hacerlas descriptivas, a fin de darles mayor claridad al enunciarlas, y que sean inteligibles aun para los que no han frecuentado las aulas filosóficas.

Lo dicho basta para que se vea que la filosofía va más allá de las ciencias físicas; que ella constituye su base; que las rige y gobierna en sus procedimientos; que es su piedra de toque; por lo cual se la ha llamado metafísica, ciencia trascendental, ciencia de los principios y de los métodos, ciencia de las causas supremas, ciencia de las ciencias, ciencia por antonomasia, y sabiduría. Y no han faltado sabios que, exageradamente enamorados de la filosofía, la hayan considerado como la enciclopedia de todos los conocimientos; pero no, ella en sí es una ciencia autónoma con su objeto material y formalmente distinto y propio.

La facultad y la propensión a filosofar es innata a la humana inteligencia: por esto, en todos los hombres, aun en los menos cultos, adviértense destellos de filosofía en sus rudimentarios discursos; y por esto, también, el gran Estagirita inicia sus inmortales disquisiciones metafísicas con estas solemnes palabras: "Todo hombre desea naturalmente saber", y las hace suyas santo Tomás de Aquino. No es otra la filosofía natural.

Pero yo trato de la filosofía formal y científicamente considerada; de la filosofía que, objetivamente, es un cuerpo de verdades y de doctrinas, y que, subjetivamente, es el conocimiento y posesión de esas mismas verdades y doctrinas por el entendimiento.

La especial aplicación de la filosofía a la historia es lo que se denomina filosofía de la historia; verdadera filosofía de la historia como arte y como ciencia. Mas la dicha aplicación puede efectuarse de distintas maneras, de las cuales las más importantes son las que siguen:

1ª La filosofía se aplica a la historia proporcionando a ésta los métodos de investigación y comprobación de los hechos pasados; de comparación e interpretación de los documentos y de toda clase de monumentos; de apreciación de los juicios, pareceres y opiniones de los escritores que se han ocupado en el asunto, habida razón de las cualidades personales y de las circunstancias de tiempo y de lugar; y, en fin, enseña el procedimiento que se ha de seguir en el discurso y en la exposición

analítica y sintética, en la construcción formal y material de la historia.

2ª La filosofía de la historia guía para seguir una lógica rigurosa en el estudio de las relaciones, o sea, en el encadenamiento de los hechos con sus positivas y verdaderas causas naturales, intencionales y libres, y con la economía de la Providencia. Lo mismo se ha de decir cuanto al enlace de los hechos con sus efectos en el orden intelectual, con sus consecuencias en el terreno moral, político, económico, según la índole de los hechos que se indaguen o se relaten.

3ª La filosofía de la historia ilumina el camino para observar y señalar la finalidad inmediata de las causas naturales o libres, el fin trascendental y providencial de los sucesos en los individuos, en los pueblos, en las razas, en la humanidad.

4ª La filosofía de la historia ayuda a deducir las enseñanzas que da el pasado para dirigirse en el presente, y para prever el porvenir en pro de los mismos pueblos, de las razas y de la humanidad.

En pocas palabras, la filosofía de la historia provee a la razón humana de medios científicos para investigar del mejor modo, y hallar, en lo posible, la verdad histórica de los hechos, en sus relaciones y en sus leyes; para construir; esto es, para narrar la historia, sea de viva voz, sea por escrito; y para formar el hábito intelectual llamado *criterio histórico.*

Criterio, en general, es un medio para conocer la verdad.

El criterio es, o natural e innato, o artificial y adquirido; el primero es una facultad del entendimiento, proporcionada por el Divino Autor de la naturaleza, para que la razón esté segura de haber hallado la verdad, y de estar en posesión de ella. El segundo es un hábito intelectual adquirido por educación del entendimiento.

El criterio, por su naturaleza, se relaciona con la certidumbre. La certidumbre es uno de los estados, y el principal estado de la inteligencia respecto de la verdad; y es el convencimiento, el sentimiento fundado de que se conoce precisamente la verdad.

Conviene no olvidar que hay varias clases de certidumbre; la metafísica, que se apoya en la naturaleza misma de las cosas; la física, que descansa en las leyes de la naturaleza; la moral, que, como dice el cardenal González, se basa en las leyes del derecho natural, en las leyes humanas dignas de este nombre, en las cos-

tumbres legítimas, en el testimonio y autoridad. El insigne Balmes añade la certidumbre de sentido común, que se funda en el curso ordinario de los sucesos. Y debe tenerse en cuenta que no siempre la certidumbre es el patrimonio de la razón, sino que ésta suele estar en ignorancia acerca de la verdad, o en duda, o en simple opinión.

Los criterios o fundamentos racionales de la certidumbre, en el orden humano, son la conciencia, el consentimiento común, los sentidos externos, la autoridad humana, el sentido común y, sobre todo, la evidencia, como criterio particular, y como luz que esplende en todos los demás criterios.

El genial autor del precioso libro intitulado *El criterio,* clasifica maravillosamente, e ilustra con prácticos ejemplos, los objetos que pueden caer bajo el dominio del conocimiento humano, para enseñar a aplicar con rigor, con rectitud, con acierto, cada uno, o varios, o todos, los indicados criterios.

Lo cierto es que existe una suma de reglas precisas y, en cuanto cabe, seguras para educar el entendimiento, a fin de que resulte, no tímido sino precavido, no temerario sino cuerdo, no apasionado sino imparcial, no obscuro y nebuloso sino claro y sereno, sujeto siempre a la recta razón, al buen sentido, al nunca bien ponderado sentido común, tan hermoso, tan importante, tan útil, tan necesario y, por desgracia, tan raro, pues alguien ha dicho con suma atingencia que "el sentido común es el menos común de los sentidos".

Así como existe la verdad objetiva, independientemente del entendimiento, y que se confunde con la misma realidad de las cosas, de semejante manera debe haber un criterio histórico objetivo, real, ontológico, absoluto.

El criterio histórico, pero subjetivo o ideal, consiste en la conformidad de la apreciación o interpretación de los hechos, relaciones y leyes con el criterio objetivo, o con la realidad a que se refiere la apreciación o interpretación racional de los mismos hechos, relaciones y leyes.

Un entendimiento naturalmente bien equilibrado de suyo, y, en seguida, bien penetrado y mejor educado en las disciplinas filosóficas, habituado a la inflexible rectitud de juicio, ejercitado en pesar sus juicios en la balanza del sentido común, está, sin duda, en óptima aptitud para discernir la verdad entre la reali-

dad y las apariencias, entre lo esencial y lo accidental, entre el fondo y la forma, entre la ciencia y la hipótesis, entre la demostración y el sofisma.

El hombre de recto criterio histórico no afirma, ni niega, ni duda, sino con pruebas; no prescinde sistemáticamente de lo que es humano, de lo que fue la época y el lugar, ni de las circunstancias del momento en que los sucesos pasaron o se narraron, porque todo esto influye ordinariamente en los acontecimientos mismos, y en el modo de narrarlos o de apreciarlos.

El buen criterio histórico se aplica en la recta crítica histórica, y ésta, a su vez, versa sobre los escritores y sobre los documentos. Cuanto a los escritores, no pierde de vista las condiciones del medio ambiente en que vivió el historiador, el fin que éste se propuso, la escuela en que se educó, el partido en que militó, y siempre procura tener en cuenta el talento, la veracidad y el carácter del historiador.

Respecto de los documentos, suelen presentarse tres cuestiones, a saber, ¿son auténticos, o del escritor a quien se atribuyen?; ¿son genuinos o están tales como salieron de las manos del autor, sin mutilaciones, sin interpolaciones, sin variaciones de palabras y de frases?; ¿cómo deben interpretarse o cuál será su verdadero sentido?; pues, por el contrario, los documentos pueden ser apócrifos, o adulterados, o, por lo menos, mal leídos y peor entendidos. Con el acopio de tales datos, se podrán formar argumentos verdaderamente positivos, o negativos, o de simple presunción, o de hipótesis.

Por desgracia, lo más común es leer o escribir sin escrúpulo de ninguna especie, antes dejándose dominar de las preocupaciones de carácter, de escuela o de partido, sin saber sobreponerse a las pasiones individuales, o de pueblo, o de raza, o de la pobre humanidad caída.

Lo contrario al sano criterio es el sofisma, y también hay sofismas en la historia.

Sofisma, en general, es cualquier juicio o raciocinio que adolece de algún vicio lógico, por donde el juicio o el raciocinio resultan erróneos, con malicia, y aun sin ella.

El sofisma se distingue de la falacia en que ésta, además de ser sofística, supone la intención de engañar, o sea, de decir una mentira encubierta con los atavíos de la verdad.

Sería por demás curioso, entretenido y útil hacer un estudio especial de los sofismas en historia. Son tantos, tan fácilmente se deslizan, aun a los escritores más ponderados; tanto se escriben, tanto se repiten, y tan candorosamente se creen, que llegan a darse por personajes y por hechos reales, los que a veces son meras creaciones de la fantasía; y los más crasos disparates históricos corren sin tropiezo por las mentes y los labios del vulgo. Mas no olvidemos una feliz observación del crítico y satírico Feijoo: que también existe un muy respetable vulgo en el campanudo gremio de los que se dicen o de los que pasan por sabios.

Señalaremos ahora algunos de los sofismas, siquiera los más comunes.

1° Esto fue después de aquello, luego fue por aquello; este sofisma consiste en suponer relación de causa y efecto, cuando acaso no hubo sino la sencilla sucesión de los hechos; lo que solemos llamar coincidencia.

2° Señalar como causa eficiente, o material, o formal, o final, u ocasional de un acontecimiento, lo que en realidad no fue; o también dar primacía a una causa que en realidad no la tuvo.

3° El apriorismo, que consiste en adelantarse a juzgar, dando por hecha una cosa, o explicándola sin pruebas ni documentos fehacientes.

4° El juzgar por el sentimiento o por el corazón, si no es que precisamente se trate de una razón psicológica.

5° El dejarse llevar del predominio de la fantasía, en los casos en que sólo debe hablar el frío raciocinio.

6° El anacronismo, sofisma en que se incurre siempre que se pone un hecho fuera del tiempo en que pasó realmente, o cuando se le juzga según ideas o doctrinas anteriores o posteriores al acontecimiento.

7° El cambio de situación, que es cuando se supone que el suceso se efectuó en otro lugar o en otras circunstancias que las que fueron en realidad.

8° La no verdad por verdad, o la no ciencia por ciencia; pues nunca se repetirá, suficientemente, que jamás deben confundirse la verdad y la ciencia con la hipótesis, por hermosa y deslumbradora que ésta aparezca.

He terminado, señores. No sé si habré acertado a expresar mis pensamientos, y, sobre todo, ignoro si lo habré hecho con la debida claridad; creo, empero, que a través de mis palabras, bien o mal dichas, por lo menos refulgirán con luz meridiana estas ideas: que la historia no es una novela; que no se puede escribir a capricho; que ha de ser eminentemente verdadera, razonada y justa; que hay mucho, muchísimo, escrito con la pretensión de ser historia, y que, sin embargo, carece más o menos de alguna, de algunas o de todas las cualidades mencionadas; que estamos plagados de vulgaridades y, en fin, que hay que leer con menos candor y con más discreción.

He dicho.

ANTONIO CASO

EL CONCEPTO DE LA HISTORIA UNIVERSAL

Preliminar

La ambición del autor de este ensayo es dilucidar el objeto y significación de la historia. No se piense, por un solo instante, que haya tratado de agregar un sistema más a los muchos, con justicia desprestigiados, que pretendieron dictar un plan universal del desarrollo de los acontecimientos humanos en el tiempo. No es una filosofía de la historia lo que implica este esfuerzo, sino un pensamiento, acaso plausible, sobre la propia índole del conocimiento histórico y sus diferencias y relaciones íntimas con la ciencia, el arte y la filosofía.

Al ir redactando la obra, el autor se decía por momentos que casi estaba de más; porque le parecía que basta el sentido común para afirmar que la historia no es ciencia, arte ni filosofía, sino historia; es decir, un conocimiento irreducible, *sui generis,* con tanto derecho a existir autónomo como los demás que fueren, positivamente, individuales e irreductibles. En las páginas que siguen se discute este solo concepto y se formula no más una opinión.

CAPÍTULO I
La interpretación de la historia

Socrate: ¿Comment va le monde? N'est-il pas bien changé?
Montaigne: Extrémement. Vous ne le reconnaîtrez pas.
Socrate: J'en suis ravi. Je m'étais toujours bien douté qu'il fallait qu'il devint meilleur et plussage qu'il n'était de mon temps.
Montaigne: Que voulez-vous dire? Il est plus fou et plus corrompu qu'il n'a jamais été...
Fontenelle, *Dialogues des morts*

Ha habido un problema último y complejo para todos los pensadores modernos: la interpretación de la historia. Con ella fue de rigor clausurar las exposiciones filosóficas más elaboradas. Los datos de la cuestión proporcionáronlos de consuno las diversas ciencias filosóficas, por una parte, y la historia misma de la humanidad, por otra. Así, por ejemplo, Hegel, historiador de la filosofía y filósofo de la historia, cuyo sistema es la apoteosis de la idea de progreso; y Augusto Comte con el nombre de sociología (en la sociología comtista hay algo más y mejor que una filosofía de la historia; pero existe eso, esencialmente, además de la propia apoteosis), el mayor filósofo idealista y el mayor filósofo realista del siglo pasado, expusieron con gran extensión sus ideas sistemáticas sobre el desenvolvimiento de las acciones humanas en el tiempo; y con estos desarrollos dieron término a sus propias filosofías sintéticas.

En el fondo de toda interpretación de la historia, realizada por filósofos modernos, alienta la creencia común que Adolph Franck formula así:

> Por encima de las causas transitorias, accidentales; sobre las libres voluntades individuales que determinan cada acontecimiento y bastan a explicar cada anillo de la cadena, hay una causa, una ley de importancia superior que domina el conjunto. La investigación de tal causa y ley constituye esencialmente la filosofía de la historia.[1]

Nótese, desde luego, en el enunciado de Franck, la preocupación de hallar una causa, una ley de importancia superior al conjunto; es decir, la hipótesis *realista*, en el sentido escolástico del vocablo, de conceder a la humanidad una acción peculiar *superior* a los actos humanos; la preocupación metafísica de una causa diversa de las únicas causas concretas, transitorias y accidentales: los realísimos e individualísimos actores de la historia.

El problema de la filosofía de la historia es moderno, esencialmente moderno, como en seguida se demostrará, pero no lo juzgamos actual. Los antiguos lo ignoraron. Ellos, que heredaron de otras religiones la creencia en una edad de oro remota, situada en el pasado, jamás buscaron un plan o designio ideal de la realidad histórica; un proyecto preconcebido para su gradual

[1] "Philosophie de l'histoire", *Dictionnaire des Sciences Philosophiques.*

cumplimiento en las acciones humanas; una teleología de su pequeño y glorioso mundo; y esto, no porque hubieran dejado de buscar un sentido a la vida, un *valor* supremo de la existencia; ni porque fueran incapaces de forjar, como los modernos, utopías y *ciudades del sol* —testigo sea, entre otros, la República de Platón, paradigma de redenciones imposibles.

Aurea prima sata est aestas, quae, vendice nullo,
Sponte sua, sine lege fidem rectunque colebat.

Así canta Ovidio en su *Metamorfosis,* explicando las cuatro edades del mundo, para hundir luego en el Tártaro a Saturno y otorgar el cetro del mundo, ya infeliz, a Júpiter tonante. Nuestra edad de hierro sucedió al fin a la de bronce, ya feroz, pero no delincuente, como ésta siguió a la plateada edad jupiterina:

De duro est ultima ferro[2]

Desde Homero y Hesíodo, hasta Horacio, todos los antiguos pudieron cantar a coro con el latino:

Aetas parentum, pejor avis, tulit
Nos nequiores, mox daturos
Progeniem vitiosiorem...

Mejor aún, como dice Ferron,[3] la doctrina de la antigüedad sobre el movimiento de las sociedades se resume en este trozo del libro *Sobre la naturaleza del universo,* de Ocellus Lucanus: "Cuanto a este mundo concierne, movedizo es y cambiante. Las sociedades nacen, crecen y mueren como los hombres, para ser reemplazadas por otras sociedades, como nosotros mismos lo seremos por otros hombres..."

El concepto de evolución es tan antiguo como el mismo pensamiento filosófico; puede decirse que nació con él. Renouvier habla de la idea *éminemment antique* que hoy se nombra evolución. Apenas si despuntaba la filosofía independiente en Grecia, y ya Heráclito hacía del *devenir* la tesis de su filosofía, opuesta

[2] *Metamorfosis,* I, 2.
[3] *Théorie du Progrès,* p. 52.

esencialmente al inmovilismo de los eleatas. La antigüedad filosofó sobre el cambio universal, sobre la impermanencia de los seres y sus atributos, pero no trató del mejoramiento de las cosas. El concepto de progreso (*pro,* hacia adelante, y *gressus,* marcha, camino), la idea de la consecución de algo mejor en el decurso del tiempo, la ignoró siempre la noble filosofía de los antiguos.

Podría, quizás, pensarse que la poca extensión de la experiencia histórica de la antigüedad impidió a sus pensadores el planteamiento adecuado del problema; pero claro resulta que, teniendo en cuenta la gran experiencia política, social y moral, duradera y no meteórica como el magnífico sueño de Alejandro; la mayor y, en todo caso, la mejor de la historia, que fue el Imperio romano, podrían haberse elaborado ideologías teleológicas por el tenor de las de san Agustín y Bossuet, por ejemplo, que explicaran la historia universal como marcha providencial del mundo hacia la formación e integración de la obra de César. La sabia impasibilidad del fragmento de Ocellus Lucanus es, sin embargo, fiel síntesis de la antigua filosofía de la historia.

El origen del concepto de progreso universal está en el profetismo *[sic]* hebreo. Isaías, su más sublime representación, es, asimismo, la más definida de las afirmaciones del principio. Enseña el taumaturgo que, por oscuros y sombríos que fueren los tiempos, otros llegarán luminosos y buenos para todas las gentes y no sólo para los judíos. Juntos, en esa edad, como en la áurea de Saturno, vivirán corderos y lobos; tiernos infantes que aún maman y áspides que no los dañarán con su veneno. Entonces, según la hermosa frase del intérprete: "El mundo se llenará del conocimiento de Dios como las aguas que cubren el mar".

Resulta ser el progreso la ilusión oriental de un pueblo esclavo y pequeño, que vivió de esperar y aún no ha sabido renunciar a su mesianismo insensato. Nuestro Señor Jesucristo, que nos enseñó a esperar en *otro mundo* diverso de éste, que nos ofreció la bienaventuranza si sabíamos esperar *otros* bienes diversos de los bienes terrenos, no es el Mesías que soñó el israelita. Isaías predica el triunfo del judaísmo bajo la égida de su mito nacional. Jesús afirma la conservación de los más altos *valores* humanos en otro plano, en otro universo. El *reino de los cielos* no es la visión patriótica de Isaías. Ellos enseñaron a su raza el camino de un bien lejano, pero realizable en la tierra. Todavía alientan nostálgicos

de un místico poder nacional, incontrastable, indeficiente. Enloquecieron a las gentes con el frenesí de su fe judaica, teóricamente contradictoria, absurda, porque se empeña en lograr en la tierra lo que aquí no se puede lograr.

Durante los siglos medios, la *edad de oro*, que las religiones orientales, Grecia y Roma pusieron en el pasado y que los tiempos modernos situarán en el porvenir, construyóse *fuera* de la existencia terrena. A esa mística ciudad de Dios acudieron los iluminados ortodoxos y heterodoxos a pedir el consuelo del mal de vivir, tan intensamente sentido en los momentos más aciagos de aquella era de la historia humana. Sólo al finalizar el renacimiento del siglo XIII, con Roger Bacon, fenómeno esporádico de la cultura, se emite de nuevo la idea de que el transcurso del tiempo mejorará a los hombres y les dará mayor bien al asegurarles más conocimiento. Sabrá el porvenir lo que ignoramos, dice Bacon,[4] y se asombrará de que hayamos ignorado lo por él conocido. Mientras más tarde llegan al mundo los hombres, mejor disfrutan de los bienes acumulados por el trabajo de las generaciones. Al principiar el siglo XVI, otro heraldo, *Magus monstruosus*, como el franciscano, Paracelso,[5] criatura de su tiempo, renaciente caótico, alquimista, teosofista y médico, formula así su fe judaica: "Dirijo este libro a los que piensan que las cosas nuevas valen más que las antiguas, únicamente porque son más nuevas..." ¡Sublime razón!...

El segundo Bacon es el verdadero precursor de la gran superstición *futurista*. Su *Nuevo órgano* pretende derrocar el canon aristotélico del pensamiento, sistematizado y formulado escolásticamente por los sutiles pensadores medievales. Su *magna instauración* inicia la soberbia moderna de querer derribar las tradiciones humanas (que son la humanidad misma en lo que tiene de más verdadero y victorioso), para dar como apoyo a la cultura el contacto directo del hombre con el mundo. ¡Como si se pudiera entender algo del mundo sin mirarlo al través de las ideas que nos legaron otras generaciones!

Pero si Bacon es el precursor de la gran superstición, Descartes y su escuela son los autores del pensamiento filosófico del progreso. Pascal funda la teoría de equiparar el desarrollo de un

[4] *Opus majus*, cap. IV.
[5] Felipe Bombast de Hohenheim.

hombre al desarrollo de la humanidad entera. Personifica los esfuerzos aislados, muchas veces inconexos, probablemente inarmónicos, de las gentes, en una sola entidad que *aprende constantemente* y constantemente se mejora. Malebranche, otro cartesiano frenético, desdeña las ciencias históricas; abomina de la erudición y la filología. La antigüedad le ofende con su gloria. Querría destruirla para poder oponer a un pasado inexistente un futuro radioso. Sus burlas contra la cultura humanística parecen el antecedente más próximo de las "Consideraciones inactuales" de Nietzsche. Malebranche preconiza que la erudición es un lastre retroactivo, y la lingüística, un narcótico de la acción.

Al fin, surge Leibniz; gran doctor del progreso necesario; supremo pontífice del optimismo. Todo está para el bien dispuesto en el mejor de los mundos posibles, que se mejora cada día para la mayor gloria de Dios. Hay un progreso continuo en el universo. El mal es sólo la preparación del bien. El dolor que nos subleva servirá, tal vez, para una remota y sublime redención. "Nous profitons en quelque sorte du dommage lui méme." Cándido, sugerirá más tarde Voltaire, es la realización pedagógica de las ideas teológicas y morales de este gran Pangloss germánico, tan fervoroso como absurdo. Y tras él, en Francia, en Alemania, en Italia, en Inglaterra, en todas partes, brota la falange de creyentes. Fontenelle,[6] Vico,[7] Lessing,[8] Herder,[9] Schiller,[10] Turgot,[11] Condorcet,[12]

[6] Véase, no obstante, sobre Fontenelle, el diálogo entre Sócrates y Montaigne, *Dialogues des mortes.*

[7] Creador de la filosofía de la historia en su gran libro fundamental impreso en Nápoles en 1725 por vez primera. Rotúlase la obra: *Principi della Scienza nuova d'intorno alla comune natura delle nazioni.*

[8] Apóstol del progreso religioso o espiritual del género humano, en su opúsculo sobre la Educación. Véase "Progrès", *Dictionnaire des Sciences Philosophiques.*

[9] Léanse los capítulos del libro XV de su obra *Ideen zur Philosophie der Geschichte der Menschkeit.* Ahí sostiene que "según leyes inherentes a su propia naturaleza, la razón y la justicia han de aumentar su poder entre los hombres y fundar la humanidad sobre bases durables".

[10] Nietzsche profirió el más cruel sarcasmo para tan generoso poeta del perfeccionamiento humano al llamarle: *el trompetero de Sackingen de la moral.*

[11] Campeón del progreso social objetivo. En sus *Discursos de la Sorbona,* enuncia ya, claramente, la ley de los tres estados (teológico, metafísico y positivo), que Comte formulará después como principio fundamental de su filosofía.

[12] Teórico del progreso científico y práctico, como Lessing del moral. Suyo es el célebre libro en que esboza un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano.

Hegel,[13] Comte,[14] tantos otros más, secuaces de la doctrina contradictoria. Sólo de cuando en vez, en el concierto de alianza, una nota discordante. El grito heroico de Rousseau en el siglo XVIII, que es una pregunta angustiosa y una terrible admonición, y, en el siglo pasado, la negación perentoria de Schopenhauer y los discípulos de su pesimismo sistemático. Respuesta y reacción exclusivas, intrépidas; pero con tanto derecho a formularse, al menos, como la tesis misma de la tribu europea que originó las inquietantes rectificaciones del filósofo de Ginebra...

CAPÍTULO II
La definición del progreso y la filosofía de la historia

Puede definirse el progreso como el esfuerzo por la perfección. La noción más clara de perfección se debe a santo Tomás de Aquino, que asegura, siguiendo a Aristóteles (Dios es acto puro) que estriba dicha virtud en alcanzar el fin, en realizar lo que está *in potentia,* en cumplir lo virtual. El progreso, la marcha hacia adelante *(progressus),* será, pues, el esfuerzo por la consecución del fin, por la actuación de lo potencial. Pero, como todo esfuerzo se realiza en el tiempo, agregando la noción del tiempo, de sucesión de historia (sólo tienen historia las cosas que duran, como dice Bergson), *resultará ser el progreso histórico el esfuerzo cumplido, realizado en el tiempo por la humanidad para la consecución*

[13] Hegel es, después de Leibniz y antes de Comte, otro de los grandes corifeos de la fe en el progreso. Espontáneamente, universalmente, la idea se desarrollará en una dialéctica infinita hasta su mayor plenitud, desde el ser puro o concepto abstracto. En este sistema célebre, derecho, nacionalidades, tradiciones, costumbres, ciencias, letras, artes, religiones y filosofías, frutos humanos y no humanos de la evolución universal, todo marcha hacia la realización de Dios en el mundo. El progreso es la ley universal. Renan, en un divertimiento de ideólogo (son sus propias palabras para caracterizar su producción), ha formulado la mejor síntesis moral y política del hegelianismo. Véase en el libro del polígrafo francés rotulado *Dialogues et fragments philosophiques,* el diálogo tercero.

[14] Heredero del socialismo utópico de Saint-Simon; autor de *Curso de filosofía positiva,* de *Sistema de política* y de *Catecismo positivista;* libros cuya ambición sería suprimir el deísmo católico romano, dejando, no obstante, casi intacta la organización católica y explotándola en pro de un nuevo fetiche: la humanidad. El progreso es, para Comte, la ley de la historia. Al final de su vida, declaróse el célebre ideólogo pontífice máximo de la superstición que inauguraba. El fantasma del progreso engendró en su alma delirante uno de los sistemas más curiosos y absurdos de dominación universal.

de todos sus fines; el esfuerzo, en suma, para realizar por completo la humanidad.

La actividad humana es física, intelectual, estética y moral. En estos cuatro órdenes se realizará *a fortiori* el progreso, históricamente. Examinemos si se ha progresado en cada uno de los órdenes diversos, para ver de fundar una conclusión total sobre las parciales conclusiones del análisis.

Desde luego, podría afirmarse que el progreso físico no existe. Como simples animales somos inferiores a los salvajes, al menos, a ciertos salvajes. Nuestros sentidos, nuestro vigor muscular, nuestro *ego* físico y biológico es inferior a la recia individualidad de los primitivos. La civilización, en vez de aumentarlo, ha disminuido considerablemente el vigor físico de las unidades humanas. La bestia humana inicial resulta un verdadero superhombre físico. En este sentido, la humanidad contemporánea parece encaminada al engendro del inferhombre...

El progreso, en el orden intelectual, puede ser filosófico, científico y práctico. Son indudables el progreso científico y el industrial. No ocurrirá ciertamente negar que las ciencias y las artes mecánicas (que se llamaron serviles) han alcanzado, a partir del Renacimiento, inmensos adelantos, al engendrar el carácter privativo de la civilización moderna —ahorrando, por ejemplo, la esclavitud para prohijar el proletariado—, al modificar profundamente siempre, pero no por modo exclusivo, como lo quieren los marxistas, el conjunto de lo que ellos mismos han llamado *superestructuras* o *epifenómenos* sociales. En realidad, la interpretación materialista de la historia, *determinismo* o *causalismo económico,* es tan genuinamente intelectualista como cualquier otro intelectualismo; lo que viene a comprobar, una vez más, que materialismo e intelectualismo son sistemas afines. El materialismo es, en efecto, la forma más elemental del intelectualismo.

Matemáticas, astronomía, física, química, ciencias naturales, psicología experimental, métodos científicos de la historia, sociología, economía política, etnología; ciencias puras y aplicadas (cada una de las cuales fomenta una o varias artes), industrias cada vez más numerosas, complejas y variadas, verdaderamente fecundas, incoercibles, todo ello marcha y se complica dentro de la división exquisita del trabajo social, marcha y complícase con vigor inaudito, como lo pregonan, en tono ditirámbico, pero no

injusto, los espíritus que viven con el entusiasmo de su *momento histórico,* entre los que se cuenta, ciertamente, a algunos periodistas y autores de libros para las escuelas de primera enseñanza; pero también a hombres excepcionales, de real habilidad y talento, y otros de genio, que en laboratorios, universidades y museos pugnan con éxito por cumplir el fin intelectual, científico y práctico de la humanidad (que el segundo Bacon definió en sus generosos aforismos); y son venerados por la opinión nacional e internacional, y pródigamente sostenidos a veces, merced al benéfico *snobismo* de la donación sistemática que practican multimillonarios del tipo de Nobel, Carnegie y Rockefeller.

Más, mucho más difícil de resolución es el punto de averiguar si existe realmente el progreso filosófico; y es porque la filosofía, a diferencia de las ciencias, no tiene por objeto lo general, lo abstracto, lo genérico, la *uniformidad;* sino lo *universal concreto,* que sólo se puede investigar por intuición. ¿Cuál intuición metafísica es verdadera? ¿Los *átomos* de Leucipo, Demócrito y los químicos modernos? ¿Las *mónadas* de Anaxágoras, Bruno y Leibniz? ¿El ser único, la *sustancia infinita* de Spinoza, que a Hegel pareció representar la negación misma del mundo, principio fundamental de un *acosmismo* sistemático? ¿El *incognoscible* spenceriano, tan impenetrable a la razón humana como el *noúmeno* de Kant? ¿El *élan vital* de M. Henri Bergson o, por ventura, la simple y dogmática negación o abstención positivista?

Un principio metafísico no es demostrable como una ley científica, y sólo puede juzgarse de él por las consecuencias que engendra, es decir, por las dificultades de síntesis que ahorra, por su extensión y su simplicidad. En cambio, el esfuerzo científico es siempre, en cierto modo, acumulativo, cuantitativo; admite, como puramente abstracto y racional que es, la resolución por partes, gradual, realmente progresiva.

Es verdad que algunos errores filosóficos no vuelven a aparecer después del advenimiento de ciertos criterios y sistemas; pero, ¿no asistimos en estos momentos a la renovación del individualismo y humanismo de Protágoras ("El hombre es la medida de todas las cosas, tanto de las que existen como de las que no existen"),[15] brillantemente defendido por pragmatistas como el célebre profesor de Oxford, F. C. S. Schiller?

[15] Platón, *Teetetes.*

El antiintelectualismo contemporáneo es una reacción mística acaudillada por pensadores tan ilustres como William James y el mismo Bergson, que recuerda en su *Evolution Créatrice* a Plotino y los lejanos días de la filosofía alejandrina.

Y frente al antiintelectualismo de Eucken, de James, de Bergson, de tantos otros más, el intelectualismo alienta y se desarrolla. Fouillée decía, en uno de sus últimos libros, refiriéndose al ilustre autor de *Matière et Memoire:* "Amicus anti-Plato, sed magis amica veritas"; y pugnó siempre por hallar una síntesis de la conciencia y la voluntad: la *idea-fuerza, voluntad de conciencia* que opuso a la *voluntad de poder* de Nietzsche y los antiintelectualistas. Los neohegelianos ingleses, como Bradley o Caird, renovaron el hegelianismo, del propio modo que, en diversa dirección más próxima a la corriente central antiintelectualista, lo ha hecho el ilustre filósofo italiano Benedetto Croce, enemigo, no obstante, de fundar la filosofía en estados espirituales *alógicos e indemostrables.*

¿Qué prueba esta heterogeneidad indiscutible; sobre todo, esta *resurrección revolucionaria,* esto de innovar recordando el pasado, sino que el progreso filosófico no puede afirmarse, si fuere afirmable, sino con mucha parsimonia? ¿Qué demuestra, sino que la filosofía es todavía hoy asunto de espontáneo convencimiento, aun cuando no de libre asentimiento, por más que fuere, sin duda, como construcción psicológica íntima que es, la más profunda y necesaria de todas?

Por la índole misma de la intuición estética, resulta claro que no es posible el progreso del arte. Ver no admite progresos; intuir tampoco los tolera. O se ve o no se ve, o se intuye o no se intuye. Los procedimientos del artista se fundan y estriban en la *virginidad* mental de que habla Bergson,[16] en el *desinterés innato del sentido* que causa la compenetración con el objeto de la intuición y se vuelve indiscernible de él. Si así fuere, es evidente que la visión, la intuición genial de un artista griego o latino, más aún, la intuición del artista incógnito que grabó en las rocas de su caverna admirables siluetas de renos, hace miles de años, es tan absoluta como lo puede ser la de un contemporáneo; ni más ni menos; ni menos ni más.

[16] Véase *Le rire,* p. 153.

Las ciencias, que proceden por acumulación, por construcción sucesiva, son esencialmente progresivas. Pero el arte no puede serlo; la razón de ello estriba en la esencia propia de la actividad estética, en que cumple o no cumple su fin de una vez, sin tanteos, sin aproximaciones, sin acercamientos que pudieran ser erróneos. El artista, en sus obras de arte, o mejor dicho, en lo que hay de arte verdadero en sus obras, no se equivoca nunca. Tiene la misma infalibilidad del instinto. Nos da el ser propio de las individualidades que intuye; y si eso no nos entrega, no engendra *valores* estéticos positivos, sino obras truncas y frustráneas; simples equivocaciones lamentables que la historia ha olvidado y olvida constantemente. Nada, en suma. ¡O acierta o sucumbe!; tal es la ley de su heroísmo.

La obra maestra es igual a la obra maestra, como decía Hugo. ¿Quién puede preferir a Homero no importa cuál poeta moderno? *[Sic.]* ¿Qué artista declarará superior, progresivo, el drama wagneriano con respecto a la tragedia clásica, ambos ensayos supremos de colaboración e intimidad de las artes? ¿Cuál lírico moderno, así sea tan puro y noble como fray Luis de León, Shelley o André Chenier es *superior, mejor,* que los grandes líricos de la antigüedad? ¿Qué novela contemporánea supera a la *Odisea?* ¿Quién como Eurípides, aun cuando fuere Shakespeare o Racine, tuvo la intuición artística de la pasión humana? ¿Cuál mármol o bronce podría equipararse, entre las grandes esculturas modernas, a uno u otro fragmento mutilado y glorioso que ha podido desenterrarse del suelo de Italia y de Grecia, patria del *antico valore,* como dijo Petrarca?

Nuestra música moderna es admirable, pero la arquitectura clásica es eterna. Los griegos no disfrutaron de la *Novena Sinfonía,* pero encerraron la estatua crisoelefantina de Minerva, labrada por Fidias, en el más hermoso de los templos que construyeron los hombres para honrar a los dioses, como dice Renan. ¿Quién resolverá estas interrogaciones por medio de gradaciones críticas y jerarquías imposibles de ideales? ¿En dónde está el *módulo* para juzgar, la escala mística para graduar, la balanza mágica para pesar y el criterio divino para decidir?... "La obra maestra es igual a la obra maestra." Marca, como decía V. Hugo, "los cien grados del genio".

En cuanto al progreso moral, parece no realizarse a medida

que se desarrolla la humanidad. Cierto es que las instituciones políticas y jurídicas que, como coacción externa, tienden a asegurarlo, se desenvuelven en sentido más humano; alcanzan mayor perfección, que estribaría en la eficacia de las "sanciones", en su justicia y utilidad. Pero tal perfección es meramente formal, racional; el contenido de esas formas, la parte propiamente moral, varía, pero si varía no mejora. Hoy es tan malo el hombre como lo fue siempre. Más ingenioso, quizás, para obrar; más astuto, acaso, para aprovecharse del semejante; más cobarde y ávido de explotarlo; más hábil, tal vez, y malévolo que antes, no incurre en la sanción jurídica; pero si puede burlarla en su provecho, la burla; si puede violarla, la viola. El progreso moral no estriba en *concebir*, sino en *querer* el bien; y hoy hay tan escasos devotos del bien por el bien mismo, como en cualquiera otra época de la historia. Falta mucho para la realización del *desideratum* kantiano: obrar considerando al semejante como un *fin en sí;* como *fin final* y no como medio.

La cultura ha fomentado, tal vez, la inteligencia, tornándola libre, soberana, independiente; pero, ocurre preguntar, ¿perfeccionó de rechazo la voluntad? ¿*El progreso de las luces,* que amaron sobre todas las cosas los hombres del siglo XVIII, significa también el auge de la conciencia moral?

La tesis de concurso de la Academia de Dijon que Rousseau resolvió, contra el espíritu de su siglo y de todos los siglos de la edad moderna, en sentido negativo, puede resolverse hoy como lo hizo el ciudadano de Ginebra, afirmando, al menos, que los progresos de la ciencia no han engendrado el progreso moral. El mundo necesita menos sabios y más apóstoles.

Fontenelle, en sus *Diálogos de los muertos,* ha escrito un admirable fragmento sobre la constante inmoralidad del hombre. Hablan Montaigne, tipo del renaciente perspicaz y discreto, humanísimo escéptico símbolo de su siglo, y Sócrates, símbolo eterno del moralista que, como dice el verso castellano: "Iguala con la vida el pensamiento".

Montaigne comprueba las diferencias intelectuales características de los diversos siglos de la historia, y dice a Sócrates: "¿Por qué no habrían de existir siglos que fueran más virtuosos y otros más perversos?" Sócrates responde:

> Ce n'est pas une conséquence. Les habits changent; mais ce n'est pas à dire que la figure des corps change aussi. La politesse ou la grossiéreté, la science ou l'ignorance, les plus ou le moins d'une certaine naïveté, le génie sérieux ou badin, ce ne sont lá que les dehors de l'homme, et tout cela change: mais le coeur ne change point, et tout l'homme est dans le coeur. On est ignorant dans un siècle, mais la mode d'être savant peut venir: on est intéressé, mais la mode d'être désinteressé ne viendra point. Sur ce nombre prodigieux d'hommes assez déraisonnables qui naissent en cent ans, la nature en a peut-être deux ou trois douzaines de raisonnables, qu'il faut qu'elle répande par toute la terre; et vous jugez bien qu'ils ne se trouvent jamais nulle part en assez grande quantité pour y faire une mode de vertu et de droiture.[17]

Parece, al comprobar este hecho, doloroso entre todos, que el centro de los destinos de la especie no es, como lo ha creído el racionalismo moderno en contra de la fe cristiana, esta existencia terrena. El hombre, próspero en su acción, su ciencia y su industria, no lo es igualmente en otros valores más altos de la vida. Al que desesperara del destino por la comprobación de tan profunda verdad, habría que decir con otro verso célebre de un poeta castellano: "Ciego, ¿es la tierra el centro de las almas?"[18]

Las últimas palabras que Fontenelle pone en boca de Sócrates, en el diálogo citado antes, son la expresión de la verdad sobre el

[17] Puede sostenerse que Hartmann ha expuesto con real imparcialidad filosófica, a pesar de su pesimismo sistemático, la verdad lisa y llana respecto de la evolución moral de la humanidad. He aquí su pensamiento: "La inmoralidad, a partir de la fundación de la primera sociedad humana hasta la fecha, si se aprecia según la medida de la conciencia, no ha llegado a ser menor en el mundo: la forma sola que el mal moral reviste ha cambiado. Dejemos a un lado las fluctuaciones del carácter moral de cada pueblo; como totalidad, adviértese la misma relación constante entre el egoísmo y la caridad. Si ofenden la crueldad y la brutalidad de los tiempos pasados, es menester no olvidar que la rectitud, la sinceridad, el sentimiento vivo de la justicia, el respeto piadoso de la santidad de las costumbres, caracterizaron a los antiguos pueblos; mientras que hoy reinan la mentira, la falsedad, la perfidia, el espíritu de engaño, el desprecio a la propiedad, el desdén hacia la probidad instintiva y las costumbres legítimas, cuyo valor a menudo no se comprende ya... Si el Estado y la Sociedad no asegurasen la infalible ejecución de las leyes represivas, se volverá a ver el brutal salvajismo de las primeras edades... El grado de corrupción moral es idéntico; no gasta ya zuecos, viste frac, pero la causa y los efectos permanecen siendo los mismos, sólo que la forma es más elegante". *Filosofía del inconsciente*. Tercera Etapa de la Ilusión.

[18] Bartolomé de Argensola.

problema del progreso moral de la humanidad a través de la historia: "Tout au plus il y aurait quelque inégalité imperceptible. L'ordre général de la nature a l'air bien constant". La religión cristiana pone el bien en el mundo de la gracia, lejos de este *valle de lágrimas.* Los creyentes en el progreso lo juzgan ir realizándose paulatinamente en este mundo caduco; pero unos y otros tendrán que concluir con el sutil moralista, al comprobar que el mal, como la materia y la energía cósmicas, según los físicos, cambia de forma, pero permanece al cabo inalterable: "L'ordre général de la nature a l'air bien constant". Tal es la melancólica conclusión verdadera sobre el problema de la evolución moral realizada en la historia.

En resumen: sólo el progreso intelectual, científico y práctico ha sido un hecho. El progreso omnilateral no ha existido ni existe. Por eso la creencia en el mejoramiento de la humanidad es una superstición genuinamente moderna.

> La humanidad *no* representa un desarrollo entre los mejores hacia algo más fuerte, más elevado, como se piensa actualmente. El *progreso* es sólo una idea moderna, es decir, una idea falsa. En su *valor* el europeo de hoy queda muy atrás comparado con el europeo del Renacimiento. Desenvolverse no significa en absoluto elevarse necesariamente, sobrepasarse, fortificarse.[19]

Jamás la ciencia antigua, ni en los días del Museo de Alejandría, alcanzó el desarrollo que ha adquirido en los tiempos modernos, ni ejerció la influencia que hoy tiene en las manifestaciones de nuestra actividad. Alejandría se ha esparcido por el universo. El imperio ptolemaico se ha ensanchado hasta convertirse en el mundo entero. El espíritu científico y práctico ha cubierto de laboratorios e industrias la faz del planeta; él es rector inconcuso de nuestra civilización utilitaria, industrial y científica.

La índole intelectualista de la magna ilusión queda, pues, manifiesta; y el problema de la filosofía de la historia, su único problema, reducido a la determinación de un prejuicio engendrado por los caracteres privativos de una época histórica.

[19] Nietzsche, *El anticristo (Ensayo de una crítica del cristianismo).*

> La filosofía, según Séneca, nos enseña a ser independientes de toda sustancia material, de toda invención mecánica. Atribuir a cierto hombre una parte en el descubrimiento o perfeccionamiento de un arado, un molino o una nave es injuriarlo. Tarea es de viles esclavos inventar tales cosas. La filosofía mora más encumbrada. *Non est instrumentorum ad usus necessarios, opifex;* el filósofo no es fabricante de instrumentos para usos necesarios.

Macaulay comenta, con razón: "Suprimid el non que encabeza la frase, y tendréis la definición de la filosofía según Bacon".[20]

El párrafo de Séneca y el comentario de Macaulay pueden, en efecto, precisar la diferencia que existe entre el prejuicio antiintelectualista, aristocrático, clásico, que alejó a la filosofía del contacto del mundo, y el prejuicio intelectualista, burgués, moderno, que ha creado, con la apoteosis de la ciencia y la industria, la ilusión del progreso.

También es la fe moderna en el progreso un error antropomórfico y *realista,* que se funda en imaginar a la humanidad como un ser real, como un *universal* diverso de los individuos humanos e implícito en ellos *(universalia sunt realia),* capaz de desarrollo *intensivo* en la sucesión histórica, del propio modo que cada hombre individualmente considerado.

Haeckel ha estudiado y definido el principio biológico de que la *ontogénesis* es una recapitulación de la *filogénesis;* es decir, que el ser individual, el embrión, recorre en su desarrollo las fases de la evolución de la especie. Varios pensadores, en el curso de los tiempos modernos, han sostenido una ley o seudoley histórica, homogénea y recíproca de la de Haeckel, que declara que la *filogénesis* espiritual de la humanidad es reproducción de la *ontogénesis* espiritual del individuo. Dice Pascal:

> No sólo cada hombre adelanta de continuo en las ciencias; todos los hombres conjuntamente considerados realizan, asimismo, constantes progresos, a medida que el universo envejece; porque lo propio acaece en la sucesión de los hombres que en las edades diversas de uno particularmente considerado; de suerte que todos, en el curso de tantos siglos, pueden considerarse como un mismo hombre que subsiste siempre y aprende continuamente.[21]

[20] *Op. cit., Histoire de l'idée de progrès,* Bacon.
[21] *Traité du vide,* Prefacio.

Goethe, trasladando a la esfera de lo individual la ley, un tiempo famosa, que según Cousin rigiera el desenvolvimiento histórico de los sistemas, dice:

> La filosofía repite todas las épocas que hemos atravesado nosotros mismos. Niños, somos sensualistas; idealistas cuando amamos y ponemos en el objeto amado cualidades que verdaderamente no hay en él. El amor vacila, dudamos de la fidelidad y, sin saberlo, nos hacemos escépticos. El resto de la vida pasa en la indiferencia; dejamos marchar las cosas a la buena de Dios, y acabamos por el quietismo, exactamente como los filósofos indios.[22]

Juan Jablo Richter, en sus *Teorías estéticas (El clasicismo)*, afirma: "La juventud de un pueblo no es una metáfora, sino una realidad: un pueblo reproduce, pero en relaciones de tiempo y circunstancias más importantes, la historia del individuo".

Augusto Comte, al exponer la célebre *ley de los tres estados*, escribe:

> Esta revolución general del espíritu humano puede comprobarse fácilmente de una manera muy clara aunque indirecta, considerando el desarrollo de la inteligencia individual. Siendo necesariamente el mismo el punto de partida de la educación del individuo y de la especie, las diversas fases principales de la primera deben representar las épocas fundamentales de la segunda. Ahora bien, contemplando su propia historia, ¿quién no recuerda haber sido teólogo en su infancia, metafísico en su juventud y físico en su virilidad?[23]

Este concepto del paralelismo del desarrollo individual y específico impresionó también a Max Stirner,[24] quien lo interpreta a su manera formulando, a su vez, una ley homogénea a las que hemos visto suscribir a Pascal, Goethe, Richter y Augusto Comte: En la infancia el hombre es *realista*. Todo niño es un ser que se guía por las urgencias decisivas de sus deseos, sin sujetar para nada sus acciones a los mandatos de una ley moral. La infancia se mantiene sumisa a las insinuaciones de la realidad de su ser, de su imperioso y triunfante *ego.*

[22] *Conversaciones con Eckermann* (martes 17 de febrero de 1829).
[23] *Cours de philosophie positive.*
[24] *Der einzinge und seine eingentum.*

A medida que crece, el yo total se desdobla gracias a la introspección continuamente fomentada, y entonces la inteligencia distingue un ser bajo, emocional e instintivo, y un ser alto y noble, el ser intelectual. Este segundo yo forma el mundo de las ideas. El joven es idealista; a las nociones que le muestra su espíritu diferenciado de su cuerpo, sujeta la interpretación que hace del mundo y de la vida.

Pasan los años, el joven muere a su vez, se transforma en el hombre. Ya no ejercen en él su omnímodo poder de seducción las ideas abstractas. El corazón se ha llenado de decepciones. Un egoísmo sincero es ahora el rector supremo de la conducta. El hombre es realista como el niño; como él *espiritual;* afecto a cumplir las inspiraciones de ser total, desengañado como vive de los fantasmas que marcaron en otro tiempo los rumbos de su vida.

La humanidad, dice Stirner, en el curso de su historia mental reproduce la vida de un hombre. Ella es también egoísta en la niñez, intelectualista en la juventud y egoísta nuevamente en su virilidad...

La analogía, varias veces anotada y repetida, es ingeniosa, pero no profunda. Implica la creencia en un ser inexistente que se imagina como un hombre; y ambas suposiciones son falsas. No hay infancia, ni juventud, ni virilidad, ni senectud de la humanidad, ni humanidad siquiera, la cual sólo es un nombre *(flatus vocis);* el nombre de un selecto grupo biológico incongruente como principio metafísico, por más que Comte haya hecho de él un nuevo dios, y sea o haya sido el *gran fetiche* de los filósofos de la historia. No sólo es antropomórfico el error, sí que también *antropolátrico,* irreligioso. La perfección actual de Dios, perfección omnilateral, absoluta, se convierte en la creencia en el progreso del hombre, en la deificación de la *humanidad* en el curso del tiempo. Es la creencia intelectualista de Hegel, que ve en la sucesión de los procesos históricos la realización de la Idea absoluta; la fe de Comte, que integra el ser de su fetiche al través de *la continuidad de los seres humanos progresivos;* el ensueño del aristocratismo intelectualista también y hegeliano de Renan; el pensamiento que ya Diderot expresaba declarando: "Si Dieu n'est pas, il sera peut-être". ¡Antropolatría purísima, autodeificación indudable!

Ante tamaños excesos del racionalismo moderno, se oye con

profunda emoción religiosa el grito épico de Nietzsche, puro como la conciencia misma del héroe: "¡Vuestra mezquindad hasta en el pecado, eso es lo que clama al cielo! ¿Dónde está, pues, el rayo que os lama con su lengua? ¿Dónde el delirio que haría falta inculcaros? Ved: yo os anuncio el superhombre. ¡Él es ese rayo! ¡Él es ese delirio!"[25]

Concedamos al materialismo histórico la última determinación del prejuicio del progreso. Sabido es que esta doctrina explica por las modificaciones de la utilería en la producción de la riqueza social y la lucha de clases, la historia de la humanidad. Pues bien, la creencia en el progreso resulta concomitante del desarrollo de la burguesía europea, a partir del movimiento comunal de fines de la Edad Media, hasta su definitivo triunfo en la Revolución francesa. El progreso es la ilusión de la burguesía, clase militante y triunfante durante la Edad Moderna. Quienes, enardecidos con la Declaración de los Derechos del Hombre, pasearon por las calles de París a la Diosa Razón sobre los escombros de la monarquía medieval cristalísima, después de decapitar al rey, nieto de san Luis, fueron burgueses que realizaban la apoteosis de su clase. Ellos prepararon el gran drama histórico y vencieron en él. El intelectualismo, el cientificismo, el enciclopedismo del siglo XVIII (precursores del industrialismo contemporáneo), definen el momento culminante de la idea. Nuestro siglo no es ya burgués, aun cuando lo sea tanto todavía, a pesar de un socialismo inveterado y sus continuadas protestas antiburguesas; por eso va perdiendo, con la fe en el progreso, el amor al fetiche, al Ídolo de la tribu europea..., por eso también ha dejado de creer en la filosofía de la historia. Los socialistas, como Georges Sorel,[26] hablan de las *ilusiones del progreso. El error intelectualista, realista, antropomórfico, antropolátrico, judaico y burgués, no debe imperar ya en la conciencia filosófica contemporánea.*

Pero hay más todavía. Suponiendo que el progreso existiera objetivamente,[27] lo que es inadmisible, el concepto mismo de *filosofía de la historia* resulta contradictorio en sí, independiente-

[25] *Als sprach Zarathustra.*

[26] Véase *Las ilusiones del progreso.*

[27] Véase el estudio de los criterios del progreso objetivo en el artículo de René Worms rotulado "L'idée de progrès", inserto en la *Revue de Sociologie,* número correspondiente a marzo de 1911.

mente de la evolución progresiva de la humanidad. En efecto, la filosofía tiene por fin la concepción sintética del mundo como totalidad, fundada en la intuición del principio necesario de la existencia. La historia, en cambio, se propone la descripción o la intuición de cosas, seres y situaciones contingentes, irreducibles, únicas en su individualidad. La filosofía es intuición, pero no de lo individual, sino de lo universal. Todas las grandes síntesis filosóficas, desde el platonismo hasta el bergsonismo, son intuiciones del principio universal de la existencia. El universo, que es para las ciencias un conjunto de fórmulas, de leyes, de uniformidades, de analogías, es para el filósofo un ser plural o único, sustancia o mónadas, pero siempre un ser, una totalidad, una intuición. *La historia es una imitación creadora;* no una invención creadora como el arte, ni una síntesis abstracta como las ciencias, ni una intuición de lo *universal concreto* como la filosofía. El historiador revive el pasado, lo reanima, lo resucita. Su labor es, como la del artista, esencial y fundamentalmente intuición de individualidades y peculiaridades. Por tanto, tiene razón Croce[28] al declarar que resulta imposible una filosofía de la historia concebida, en el fondo, como intelectualización de la historia, como *historia de segundo grado, ideal, eterna,* según la quería Hegel, negación de la historia real y temporal verdadera. Podría añadirse: escamoteo sistemático de la historia.

Admítase más; concédase el absurdo. ¿Qué utilidad tendría la filosofía de la historia al lado de la lógica, la estética, la ética y la filosofía de la religión? *El valor de la existencia y de la ciencia* es la única cuestión filosófica que discuten dichas disciplinas. Por consiguiente, considerarán *a fortiori* la historia del progreso (si lo hubiere) en las ciencias, el arte, la moral y la religión, etcétera. Contenido propio para la filosofía de la historia no puede haber, entonces. La filosofía de la historia haría *double emploi* con las disciplinas filosóficas *normativas* o del *valor* de la existencia. Sería repetición de estudios ya emprendidos; confusión de esfuerzos filosóficos realizados; es decir, algo, amén de contradictorio, inútil.

[28] *Saggio sullo Hegel.*

CAPÍTULO III
La historia como ciencia

Es un saber, no una ciencia
SCHOPENHAUER

En tres grupos, según Altamira, pueden clasificarse los pensadores (filósofos, historiadores, sociólogos) con relación a este problema: niegan unos, en redondo, toda condición científica a la historia; se la reconocen otros en parte, y otros, en fin, la afirman y hasta pretenden constituir con ella una especie nueva.[29]

Ningún error puede producirse, al menos sería inexplicable que se produjera, si no se fundara de algún modo en datos reales susceptibles de interpretarse como los interpreta quien incurre en error. Dijo Spencer —y la expresión suya corrió buena fortuna después— que *"hay un fondo de verdad en las cosas falsas"*. Si respecto a la naturaleza de la historia y su carácter científico o artístico existe grave discrepancia de pareceres, ello dependerá, probablemente, de que los caracteres mismos de la historia son susceptibles de interpretaciones diversas, porque quizá la cosa que se quiere definir sea incoherente en sí y, como enseña Stuart Mill, "no hay concordancia en punto de la definición de una cosa, sino cuando la hay en cuanto al objeto de la definición"; pero también puede acaecer que, coherente en sí la historia, sea tan compleja que por uno de sus aspectos aparezca como ciencia y por otro, arte, o arte y ciencia a la vez, o ciencia y arte *sui generis*. Podría, por último, suceder que, no coherente del todo en sí misma, la historia aunase a su incongruencia, al menos relativa, su heterogeneidad; entonces la dificultad de su definición explicaría la discrepancia de los pareceres a que Altamira se refiere.

Entre un libro de historia como el de Herodoto y uno como el de Polibio, hay grandes diferencias notorias. Entre la historia como la concibe san Agustín, y como la entiende Fustel de Coulanges, las diferencias son también palmarias. Pero no tan profundas y decisivas que eviten considerar los poéticos libros de Herodoto

[29] *Cuestiones modernas de Historia*, p. 106.

y los teológicos de san Agustín como diversos, en su esencia, de los de Polibio y Fustel de Coulanges. La historia filosófica, teológica, poética, narrativa o científica es, fundamentalmente, un mismo conocimiento. Como la ciencia de Alberto Magno y Roger Bacon y la de Descartes y Galileo es única, por más que se refiera siempre al conjunto de ideas del siglo que la engendró y se matice con el espíritu de las épocas que se vienen sucediendo y rectificando.

Considérese, pues, no todo el contenido de los libros de historia; sino lo que de histórico existe en ellos; elimínese, siquiera sea convencionalmente, lo auxiliar, contingente y extrínseco: especulaciones políticas y morales, reflexiones filosóficas y religiosas; tendencias místicas o pedagógicas, etcétera, siempre quedará un fondo *sui generis* que será, precisamente, el objeto de la definición de la historia; ya que se la considere como arte o ciencia, o arte y ciencia a la vez, o como arte o ciencia *sui generis*.

La historia, a primera vista, no reproduce el tipo general de las ciencias. Ésta es, probablemente, la opinión del lector imparcial. Mientras que la física, la química, la biología y la sociología reproducen los rasgos fisionómicos *[sic]* de una misma familia ideológica, la historia se aparta del tipo común. Pongamos que ésta sea una opinión superficial. No obstante, alguna causa profunda debe sostenerla, ya que tan comúnmente se insinúa.

La historia, en efecto, procede *ad narrandum*, reconstruyendo, reviviendo el pasado. Las ciencias, en vez de volver su mirada al pasado, la ponen en el porvenir. La historia va a investigar, en el perenne desenvolvimiento de la vida, la vida que fue, el mundo que pereció, las sociedades, tradiciones y costumbres desaparecidas. Su objeto de conocimiento no existe actualmente; el tiempo lo incorporó en su tránsito y lo convirtió en el momento actual o lo deshizo para siempre.

¿Cuál ciencia es ésta, diversa de las otras, ciencia que no conoce para prever sino para revivir? ¿Cómo podrá conservar la historia su carácter científico y referirse al pasado, en vez de consagrarse al futuro? ¿Cuáles hechos generales descubrirá? ¿Qué simetrías y oposiciones de la naturaleza precisará, válidas solamente para el pasado y limitadas, por tanto, en su universalidad; contingentes con relación al porvenir?

El procedimiento lógico de la ciencia es deductivo o inductivo, pero siempre implica un elemento general al que va a llegarse o de donde ha de partirse para efectuar el razonamiento. Por virtud de la inducción, el investigador científico deriva del estudio de unos cuantos hechos un resultado general que no admite restricciones de tiempo ni espacio diversas de las restricciones de su enunciado; y si las admitiere, es que no se trata de una verdadera inducción, sino de inducciones aparentes. Se trata entonces de enunciar sintéticamente lo que con anterioridad se ha descubierto; pero no hay tránsito de algo conocido a algo desconocido, no se aumenta el conocimiento científico. Una ley astronómica, física, biológica, abarca una multitud *indefinida* de casos posibles, que habrán de confirmarla uniformemente en cuanto se produzca. En cambio, lo que se ha llamado generalización histórica, no es sino el enunciado sintético de atributos previamente definidos de cierto pueblo, individuo o civilización; en suma, de cosas que no variarán en el tiempo. La posibilidad de variación se agotó por la esencia misma del hecho histórico, referido siempre al pasado.

La deducción, igualmente, al derivar de una proposición general conclusiones menos generales o particulares, lo hace con el propio carácter de uniformidad no sólo para lo real, sino para lo posible, sin restricciones de lugar ni de tiempo. En cambio, si el historiador generaliza, deduce o induce, lo hará siempre restringido por la definición misma de su estudio. Se referirá siempre a lo que ha sido una vez y no volverá a ser jamás idéntico a sí mismo. El historiador elegirá *ad libitum* la importancia del objeto de su conocimiento; puede proponerse la historia de un individuo especial, la biografía de Cromwell o de Federico *el Grande,* la historia de una ciudad como Florencia o París, la de la civilización italiana del Renacimiento; pero Cromwell, Federico *el Grande,* Florencia, París y la civilización italiana del Renacimiento son igualmente individuales, igualmente únicos en el espacio y en el tiempo. El papel de la generalización inductiva o las reflexiones obtenidas por deducción de tal o cual generalización histórica, nunca podrán equipararse a la función que en las ciencias desempeñan los mismos procedimientos lógicos. En la historia son elementos racionales de la elaboración final constructiva; en las ciencias son, como se ha dicho, resultados mucho menos contin-

gentes; no simples generalizaciones, sino leyes; no resúmenes de observaciones, sino uniformidades de relaciones sin más límites de tiempo y espacio que los de su enunciado; no auxiliares de intuición finales, sino esfuerzos que cumplen su fin al formularse; que llevan su objeto en sí mismos.

Todos los historiadores lo son de *sucesos particulares.* Tal historiador de genio, Tucídides, por ejemplo, describirá la Guerra del Peloponeso; revelará la rivalidad esencial y profunda de Atenas y Esparta; evocará el periodo terrible y admirable; exhumará del olvido atributos peculiares de hombres y cosas para él contemporáneos (el presente siempre forma parte del pasado para la conciencia que lo percibe). Verdad es que su espíritu filosófico matizará la obra con perspicaces reflexiones morales y graves consideraciones políticas; verdad que pondrá en boca de héroes, como Pericles, discursos magníficos; pero esas disquisiciones no compondrán el fin último de su labor, aun cuando en ella abunden. Y lo que hará perennemente de sus escritos libros históricos y no tratados de filosofía moral habrá de ser la última visión sintética, intuición reconstructiva, propósito logrado de animar situaciones singularísimas en el tiempo y el espacio con datos organizados por la imaginación creadora y previamente acrisolados por la razón.

No quitan a la *Divina comedia* las innumerables alusiones mitológicas, teológicas, históricas y metafísicas que la llenan, su sello poético inconfundible, como no desvirtúan el sentido filosófico final de la *Évolution Créatrice* de Bergson las nobles cualidades estéticas de su estilo, la magia de la expresión de lo que parecería, en un primer aspecto, inefable. El fin último, que en el gran poeta es creación libérrima y en el filósofo francés intuición universal del *élan vital* de la existencia, en el historiador griego es resurrección ideal de héroes y personajes que en realidad vivieron y obraron engendrando de sí una época histórica de memorable recordación para la humanidad. Si el historiador, como Tucídides, logra ofrecernos la ilusión de hacer mover y desarrollar ante nuestros ojos a aquellas naciones helénicas redivivas; si su acción se manifiesta a nuestra conciencia como la de nuestros contemporáneos, habrá logrado su designio. Reveló en su *unicidad* y singularidad el pasado. Tal es la ambición de la historia.

En suma: en tanto que las ciencias se refieren a géneros, uniformi-

dades y leyes, la historia, aun cuando practique los procedimientos racionales, no formula leyes al generalizar, sino que simplemente lo hace para servir así a su fin último que es la intuición de lo individual.

En tanto que las ciencias estudian lo que se repite universalmente, lo que es una vez, y más veces y siempre, la historia se refiere a lo único, a lo que nunca vuelve a ser como fue.

En tanto que las ciencias son dueñas del tiempo, y para prever el futuro se desarrollan, la historia pone su mirada en el pasado y sólo el pasado investiga y a él se contrae.

Supuestas las condiciones de *individualidad, unicidad y preteridad* de la historia; desligando de lo que constituye la esencia de este conocimiento todo cuanto no es en propiedad histórico, aun cuando se encuentre íntimamente enlazado y confundido en los libros de los grandes historiadores (que es, digámoslo de paso, en donde se debe buscar la peculiar misión de la historia y no en las especulaciones de los críticos, retóricos y filósofos), cabe preguntar, como al principio, ¿no tendrá razón el sentido común al haber distinguido de las ciencias el conocimiento *sui generis* que tantos atributos diferenciales posee?

Resuélvase el punto como se quiera, pero no se niegue esta primera proposición incuestionable: *Si no se modifica el concepto de ciencia, habrá siempre una especie del género que no reproducirá los atributos genéricos; lo que es absurdo.*

Varios pensadores han preferido modificar el concepto de ciencia para hacer caber en él el concepto de historia. Otros, en cambio, más respetuosos de la verdad y menos numerosos por consiguiente, han preferido declarar que la historia no es ciencia.[30]

Sir Alex Grant, refiriéndose a Hegel, decía que tomar filosofía de la *Historia de la filosofía* de Hegel es como tomar poesía de Shakespeare; deuda casi universal. Con cuánta mayor razón podría afirmarse, suprimiendo toda limitación, que es deuda universal tomar filosofía de Aristóteles. Recurramos para la discusión

[30] "El espíritu humano —dice Bacon—, una vez seducido por ciertas ideas, ya sea en razón de su encanto, ya por el imperio de la tradición y la fe que les presta, vese obligado a ceder, poniéndose de acuerdo con ellas; y aunque las pruebas que las desmientan fueren muy numerosas y concluyentes, el espíritu las olvida, las desprecia, o, por una distinción sutil las aparta y rechaza, no sin grave daño; pero preciso le es conservar incólume toda la autoridad de sus queridos sofismas." *Novum Organum*, aforismo 46.

del punto al Estagirita y pidámosle su concepto de *ciencia*, en primer lugar, y luego su concepto de *historia*.

Aristóteles fue todo lo contrario de un cartesiano recalcitrante, enemigo jurado de la erudición y la filología. No recurrimos, pues, a un filósofo apriorista y violento, a quien poco importaría la tradición, sino al que, entre todos los griegos, fue el primer historiador de la filosofía. Es decir: recurrimos a un gran filósofo que fue también un historiador ilustre. "Aristóteles —dice Boutroux— se entregó a profundos estudios históricos en todos los dominios de la ciencia."[31]

La filosofía es, para Aristóteles, *conocimiento de lo universal*; y cada ciencia una filosofía *parcial*, restringida a cierto objeto de conocimiento. Pero sin un elemento de generalidad no hay ciencia. Aristóteles declara, en efecto, que no hay ciencia de lo particular como particular.[32]

Respecto de la historia, enseña el Estagirita:

> La verdadera diferencia (entre el historiador y el poeta) estriba en que uno refiere lo que ha sido y otro lo que habría podido ser. Esto es lo que hace de la poesía algo más filosófico y serio que la historia, puesto que *la poesía se ocupa más de lo universal y la historia más de lo particular*. Lo universal, en general, es el conjunto de palabras o de actos que conciernen a tal personaje verosímil o necesariamente; y el fin de la poesía es éste, al poner nombres propios a dichas generalidades. Lo particular es, por ejemplo, lo que Alcibíades ha hecho o lo que ha sufrido.[33]

Uniendo en el rigor de un silogismo ambas ideas, se tendría: (premisa mayor): no hay ciencia de lo particular; (premisa menor): la historia conoce lo particular; (conclusión): luego no es ciencia la historia.

Es verdad, como quiere Altamira, que la noción de ciencia que tuvo Aristóteles no es precisamente la noción contemporánea (el concepto de ciencia es uno de los puntos más discutidos en la filosofía de nuestro tiempo); pero considérese el concepto en el intelectualismo griego, en la filosofía de la contingencia de M. Emile Boutroux, o en el pragmatismo contemporáneo de

[31] "Aristote", *Grande Enciclopedie*.

[32] *Metafísica* II, II. *Moral a Nicómaco*, VI, II.

[33] *Poética*, cap. IX, II.

James y Le Roy (que afirma la contingencia, ya no de las leyes, sino de los mismos hechos científicos), y siempre será verdadero declarar que, sin un elemento de generalidad, no hay ciencia; es decir, que la historia, si fuere conocimiento de lo particular, no deberá contarse en el grupo de las ciencias, como una especie del género común.

¿Quién dejará de admitir que sin *tipos, géneros, ideas, formas o uniformidades* la ciencia es imposible? ¿Quién podrá hablar de *ciencia de lo particular* sin percibir desde luego la contradicción en los términos del enunciado? No, no es el problema que Aristóteles resolvió, tan clara y filosóficamente, para resuelto por las meras vicisitudes del concepto de ciencia, como lo desearía el historiador español antes citado; porque en todo tiempo y en èl sistema filosófico de que se trate o que se elija al azar, sin un *substratum* de universalidad (aun cuando no *necesario* como exclusivamente lo pensó Aristóteles), la ciencia es imposible. La antítesis es indudable, profunda; y la conclusión del silogismo propuesto, perfecta: *la historia no es ciencia.*

De las cuatro grandes formas de actividad intelectual: la filosofía, la ciencia, el arte y la historia, la filosofía y la ciencia se refieren siempre a cosas no individuales, universales o generales, el arte a la individualidad absoluta, posible; y la historia, a lo particular y real, nunca a la abstracción ni a la generalidad.

El mayor de los filósofos enseña también, en el párrafo citado, su preferencia hacia la poesía sobre la historia; porque "la poesía se ocupa más de lo universal y la historia más de lo particular". En este punto no desmiente la idoneidad de su genio el Estagirita. Es filósofo aquel que sabe hallar en lo universal la explicación de lo individual, en lo necesario que intuye, lo contingente que se le da en la experiencia. La poesía de un Shakespeare, al crear tipos eternos de la pasión humana, como Hamlet, Otelo, Lear, está más cerca de la intuición filosófica de lo universal que el historiador supremo que, como Tácito, sólo logra, al referirse a tal o cual insigne personaje viviente, Calígula, Nerón o Domiciano, puntualizar la maldad contingente, *histórica,* menos real, menos perversa en suma, dentro de su particularidad esencial, que la realísima intuida estéticamente, a través de innumerables experiencias, por el genio creador del artista.

Esta misma preferencia filosófica de Aristóteles compartiéronla

otros grandes pensadores que, a su ejemplo, negaron a la historia el carácter de ciencia. Schopenhauer, como se va a ver en seguida, la suscribe; y adviértase de paso que el filósofo alemán, como el griego, fueron hombres ampliamente dotados de esa *forma de la simpatía universal* que, según Höffding, es el sentido histórico. El sistema filosófico de Schopenhauer tiene más bien unidad psicológica que lógica.

La poesía contribuye más que la historia, según Schopenhauer, al conocimiento de la naturaleza humana: "En este sentido, tenemos que esperar de la primera más lecciones verdaderas que de la segunda. Aristóteles lo reconoció diciendo: "Et res magis philosophica et meliore poesis est quam historia".

> La historia no puede aspirar a colocarse en fila con las demás ciencias, pues no puede reivindicar para sí las cualidades que distinguen a aquéllas. Le falta el carácter fundamental de toda ciencia, a saber: la subordinación de los hechos conocidos; en lugar de la cual sólo puede ofrecernos su coordinación. No hay, pues, sistema en la historia como lo hay en cualquiera de las ciencias. Es un saber, no una ciencia, pues en ninguna parte conoce lo particular por lo general, sino que se ve obligada a tomar directamente el hecho individual, y a arrastrarse, digámoslo así, por el suelo de la experiencia, mientras que las ciencias vuelan por encima, porque han adquirido vastas nociones generales, mediante las cuales dominan lo particular, y pueden, al menos dentro de ciertos límites, abrazar de una ojeada la posibilidad de las cosas pertenecientes a su dominio, de manera que pueden contemplar con tranquilidad hasta lo eventual y lo futuro. Las ciencias, como son sistemas de nociones generales, tratan sólo de géneros; la historia trata siempre de cosas individuales, según lo cual, de concederle carácter científico, sería una ciencia de individuos, lo que implica contradicción. También se desprende de lo anterior que todas las ciencias, sin excepción, tratan de lo que existe siempre, mientras que la historia relata lo que ha existido sólo una vez y no volverá a existir jamás.[34]

El concepto implica, en verdad, cierta inferioridad indudable para la historia; pero también una superioridad constante. Las ciencias *vuelan* sobre el suelo de la experiencia y la historia *se arrastra.* Aceptamos la metáfora y continuemos la alegoría. Pero

[34] *El mundo como voluntad y como representación*, cap. XXXVIII.

al volar, las ciencias no toman para sí más que aspectos abstractos, es decir, ideales y, por tanto, irreales; mientras que la historia, *arrastrándose,* da con lo individual realísimo, lo describe, y nos lo entrega como intuición concreta y única. Volar implicará ventajas; pero precisa confesar que arrastrarse las tiene, si tratamos de graduar la importancia de ambos *conocimientos.* En el mundo no hay *hechos astronómicos* ni *físicos* ni *biológicos;* hay seres, *sistemas naturales,* como diría Bergson, *hechos históricos* que, comparados entre sí, ofrecen atributos comunes, objeto de las leyes científicas. La historia se compenetra, acoge, al arrastrarse, la misma realidad; en tanto que las ciencias no hacen sino volar y ver por encima de ella. El águila, en su cima, no lo distingue todo; la serpiente, en cambio, al limitar su horizonte, palpa con su cuerpo reptante la tierra. La filosofía es águila; la historia, serpiente. Ambas son seres sagrados.

En suma, en la historia hay coordinación serial, pero no sistema, no jerarquización de nociones como en la ciencia y la filosofía. *La historia es un saber, no una ciencia.* Es, tal vez, una forma de conocimiento irreductible, aun cuando participa de la índole de la ciencia y del arte.

Pero no basta afirmar la particularidad o individualidad, la singularidad o *unicidad* de los hechos que constituyen el objeto de la historia, ni afirmar su carácter pretérito; precisa definir esos caracteres, completando, con las corroboraciones que proporcionan los historiadores profesionales contemporáneos, las enseñanzas filosóficas de Aristóteles y Schopenhauer, negativas del valor científico del conocimiento histórico.

> La afirmación esencial del estudio histórico descriptivo —dice Andler, resumiendo las conclusiones del ilustre historiador Eduardo Meyer— es que el objeto de esta ciencia lo forman los hechos individuales. Esto no quiere decir que se trate sólo de hechos acaecidos en individuos humanos. Los grupos, los pueblos, las civilizaciones son individuos colectivos que tienen su particularidad. No hay dos siglos siquiera, ni dos acciones que se parezcan. La historia tiene por objeto trazar las diferencias existentes entre esas estructuras particulares de los hombres o de los grupos humanos que describe como son, cambiantes y activos, pero irreductibles.[35]

[35] *La philosophie allemande au* XIX*e siècle.*

Meyer deduce de este concepto fundamental del objeto de las disciplinas históricas, consecuencias importantísimas:

I. En primer lugar, *las causas generales no son el resorte de la investigación histórica.* Tales causas existen, pero no han de definirse en la historia. La acción de los hechos generales, psicológicos o económicos es *limitativa simplemente y no explicativa* de los fenómenos particulares que estudia. Tales hechos no bastan para lograr la previsión de los acontecimientos particulares que se desarrollan en el recinto cerrado que limitan los propios hechos generales.

II. Además,

> *los estados de las cosas permanentes* no son historia. Nada como la existencia de los Alpes ha predeterminado la existencia histórica de los pueblos de la Europa central. La historia de Suiza, de Italia, de Alemania y de Francia no es inteligible sino por la existencia de los Alpes; pero la existencia de los Alpes no corresponde a la historia. Los hechos históricos son los que cambian y obran por su cambio; los pueblos no civilizados cuyo estado social no cambia no son pueblos históricos. Son a la manera de bloques graníticos aislados e inmóviles, en torno de los cuales se mueve la marea de los pueblos. Puede acaecer bruscamente que masas inorgánicas de no civilizados se lancen sobre civilizaciones evolutivas, como los hunos y los mongoles que asolaron Europa y que obraron entonces como móviles proyectados mecánicamente.

III. Por otra parte, *"los hechos colectivos no son hechos históricos.* El destino de las multitudes deshechas en una batalla de César de ningún modo importa. El plan estratégico y táctico que dio la victoria, tal es el hecho que merece atención". *Las masas son el substratum de la historia,* la materia sobre la cual se realizan los acontecimientos y se tallan las instituciones. La materia no es interesante sino por la forma que toma, y esta forma es obra individual.

IV. Por más que la historia se extienda, nunca saldrá de los hechos particulares. Vida particular es la de una civilización como la de los pueblos orientales y occidentales de la Edad Antigua. *Nunca la historia es ciencia de lo general. No sólo es difícil descubrir las leyes de la historia; es contradictorio buscarlas.*[36]

[36] *Opus cit.*, p. 216.

Concebida la historia como descripción de lo individual único, irreducible y pasado, ya se trate de hombres, pueblos, civilizaciones o razas, claro se ve de qué suerte queda propiamente distinguido su objeto del de las ciencias. Éstas estudian las repeticiones universales, oposiciones y adaptaciones reducibles a uniformidades genéricas; las semejanzas, los contrastes y las simetrías, todo cuanto cae bajo el dominio del acto racional, todo lo que se formula en ideas o nociones que generalizan atributos, en juicios que comparan ideas, en razonamientos que comparan juicios o que resultan de razonamientos elementales. La historia (que utiliza las nociones científicas abstractas, que limitan o circunscriben su campo propio), *el saber que se arrastra* para así palpar mejor su objeto, refiérese a lo que en lógica se llama *especies ínfimas:* es decir, a los seres reales, a los hechos que no selecciona el análisis, a las entidades que no brotan al conjuro de teorías, a lo que no es objeto abstraído de la vida, sino vida de la que se han abstraído todos los objetos; siempre individual, singular, irreducible, diferente.

CAPÍTULO IV
La historia como ciencia "sui generis"

> *...Senonché, fenomeni soltanto successivi o soltanto di ripetizione non esistono e non sono concepibili...*
>
> CROCE

El célebre libro de Xénopol, primeramente rotulado *Principios fundamentales de la historia,* en la edición de 1899; enriquecido con nuevos datos, más tarde, y refundido completamente en la más reciente edición publicada con el título de *Teoría de la historia,* constituye, sin duda, el esfuerzo más importante que se ha hecho para sostener el carácter científico de los propios hechos históricos.

El concepto de ciencia se modifica, conforme a los nuevos principios cosmológicos de Xénopol, y, de esta suerte, la historia parece mantener su esencia de conocimiento de lo individual, y, a la vez, no debe abdicar del carácter científico que algunos de sus teóricos le conceden. La vieja sentencia clásica: *no hay ciencia*

de lo particular, si se admitieren las categorías de *sucesión y repetición*, que propone Xénopol, no podría contarse como argumento pertinente en contra del carácter científico de la historia.

Comienza por afirmar Xénopol, en el primer capítulo de su libro —"Repetición y sucesión universales"—, la relación de todos los fenómenos con el espacio y el tiempo. Profesa el autor, para sostener tal relación, un realismo completamente adverso a la tesis kantiana de la idealidad del tiempo y el espacio considerados como formas *a priori* de la sensibilidad: "El espacio —dice— se extiende fuera de nosotros y el tiempo transcurre independientemente de nosotros". Si así no fuere, habría que admitir lo que Hartmann declara refiriéndose a la concepción schopenhaueriana del tiempo (en el fondo, como es sabido, la kantiana), a saber, que "la historia es una fantasmagoría puramente ilusoria del pensamiento subjetivo".[37]

Este realismo antikantiano de Xénopol provoca inmediatamente las graves dificultades anejas a todo ingenuo realismo:

> El espacio es necesario para la producción de toda clase de hechos. Aun los intelectuales que, propiamente hablando, carecen de extensión, no pueden ser concebidos por el espíritu sino moviéndose en un espacio ideal (?); y toda idea, hasta la más abstracta, se mueve en el espíritu.

Indudablemente, el espacio es innecesario como ambiente ideal de los hechos intelectuales, los que, diga lo que quiera Xénopol, lo mismo que todos los demás estados de conciencia, no necesitan de más medio ideal diverso del tiempo. En todo rigor de doctrina, ni siquiera hay *estados de conciencia*. Ésta es una ficción intelectualista que selecciona la *corriente continua de la conciencia*, de que habla James; una proyección del atomismo de los químicos en la órbita de lo propiamente psicológico; algo cómodo, pero irreal.

La esencia de los fenómenos del espíritu es el tiempo, la *duréeréelle* (de que habla elocuentemente Bergson), tan diversa del *tiempo-marco* o *tiempo-espacio* (contradicción en dos palabras), de que trata Xénopol. Concebir que el espíritu sea a la manera de un espacio ideal es *proyectar*, también, el tiempo en el espacio,

[37] *Filosofía del inconsciente*, vol. I.

desnaturalizar la realidad del tiempo y del espíritu. Hechos mentales y tiempo que transcurre son idénticos.

> Los hechos que se han producido o se producen en ambos marcos: el del espacio y el del tiempo, sin dejarse influir por las fuerzas modificadoras, constituyen los *hechos de repetición.* Por el contrario, los que son o pueden ser influidos y transformados por las fuerzas que obran en el tiempo, constituyen los *hechos de sucesión.*

Las dos categorías que aparecen por primera vez en el párrafo que acaba de copiarse forman el objeto de dos diversas disciplinas: las ciencias (conocimiento de los hechos de repetición) y la historia (conocimiento de los hechos de sucesión). Los de repetición son el todo, una parte del cual se separa para dar origen a los de sucesión. "La repetición es el fundamento de todo lo que existe; la sucesión no es sino su florecimiento."

A todo lector imparcial parecerá, seguramente, extraña esta idea de un tiempo o de unas fuerzas inactivos con respecto a ciertos hechos, y activos en relación con otros, que al fin se declaran tan íntimamente ligados con los primeros como un *florecimiento* de los mismos.

Tal es el error fundamental de la tesis: creer en la inactividad del *tiempo-marco.* Pensar que la sucesión o *historicidad* no es atributo de los hechos de repetición. Concebir dos órdenes generales de la existencia, íntimamente ligados entre sí, y, sin embargo, irreducibles en parte; y aun algo más y más difícil de aceptar: fuerzas y tiempo activos en relación con ciertos hechos, e inactivos con respecto a otros. Si se admite la acción universal de la fuerza, ¿cómo explicar esta extraña selección o abstención?

El tipo de los hechos de repetición lo ofrecen los fenómenos astronómicos, en los que, no obstante, un análisis cuidadoso desentraña cierta incuestionable sucesión, cierta *historicidad,* si así puede decirse. Dejando a un lado el problema de saber si el tiempo no tiene influencia en las mismas leyendas naturales (leyes cuya uniformidad pareció a Montesquieu necesaria, y que a los filósofos contemporáneos, como Mach, parece simplemente *cómoda* o eficaz, simple corolario del principio de la *economía del esfuerzo* intelectual); dejando a un lado, también, la cuestión relativa a investigar si, fuera de nuestro sistema solar, fuera del pun-

to del infinito que habitamos, es decir, hoy mismo, en otro punto diverso del espacio, se cumplen nuestras uniformidades científicas (problema que alguna vez preocupó a Stuart Mill, y que al fin no lo resolvió por la afirmativa el ilustre lógico inglés) y otras consideraciones como éstas, relativas a la contingencia de las leyes naturales, es decir, a la *historia de la repetición universal,* como diría Gabriel Tarde (en las ideas del cual parece haberse inspirado el escritor rumano); pero concediendo que la uniformidad, la repetición es un corolario de la conservación de la energía o de la persistencia de la fuerza (que impone la persistencia de las relaciones entre las fuerzas, es decir, las diversas repeticiones universales, las leyes de la naturaleza); y refiriéndonos simplemente a la repetición astronómica, tipo de las repeticiones mejor definidas científicamente; considerando, por ejemplo, la ley kepleriana de la órbita elíptica de los planetas, es indudable que: en primer lugar, jamás el planeta describe su hipotética órbita elíptica propiamente dicha; en segundo lugar, nunca describe la misma cuasielipse; y en tercer término, nunca la describe en el mismo punto del espacio. Las repeticiones astronómicas mejor comprobadas participan, pues, del carácter de las sucesiones; son, al mismo tiempo, la planta y la inflorescencia de que habla Xénopol; *tienen historia,* historia mínima o *límite,* porque son la repetición máxima; pero historia o *historicidad,* en suma. Las leyes más vastas y menos numerosas a que puede reducirse el humano saber sólo se verifican como tendencias: lo que ganan en extensión lo pierden en exactitud.

Ni podía ser de otro modo. El tiempo transcurre para todas las cosas. No debemos imaginarlo como un *marco* abstracto de la existencia. No se confirma, por ende, tampoco, la selección arbitraria que sostiene Xénopol. El tiempo corre o pasa para todos los hechos, porque *es* todos los hechos; o, en otros términos: todos los hechos duran; todos son de sucesión. Dice Xénopol:

> ¿Cómo sería posible admitir que es el espíritu el que introduce en los hechos las consideraciones estáticas o históricas que dan origen a las dos maneras de percibir los fenómenos? ¿Por qué milagro podría el hombre evocar la historia si no existiera el desenvolvimiento? ¿Por qué milagro podría inventar leyes, si éstas no se hallaran en la realidad de las cosas? Por tanto, no imaginamos nosotros el lado estático

o dinámico de las cosas; la materia misma es la que presenta ambos aspectos, y el espíritu es fiel espejo de ellos, no puede hacer otra cosa, sino reproducir *in mente* esas dos maneras de ser de la realidad misma: la de la repetición y la de la sucesión.

Para poder contestar si es el espíritu el introductor en la realidad de las categorías de la sucesión y la repetición universales, veamos cómo resulta incongruente en sí mismo el concepto de hechos de pura sucesión, así como hemos visto que resulta incongruente el concepto de hechos de pura repetición en astronomía.

En la historia de la humanidad, que sería el tipo del estudio de las relaciones de simple sucesión y no de repetición, es incuestionable que tal conocimiento, como asienta Croce, sería imposible sin atender para nada a elementos conceptuales y repeticiones: *¿perché, como mai si farebbe la storia dei fatti politici se non si tenesse conto della costante natura politica di quei fatti; o della poesia senza tenere conto della costante natura poetica di tutte le manifestazioni storiche di essa?*[38] A la serie de preguntas de Xénopol responderemos: Sí es el espíritu; es la inteligencia el elemento que selecciona lo que es *sucesión-repetición* indisolublemente. Sí es subjetivo el valor de las dos grandes categorías de fenómenos, base de la cosmología, un tanto arbitraria, de Xénopol; y si la historia hubiera de fundarse en tal diferenciación subjetiva, tendría una base fantasmagórica, como debería decirse del fundamento que le asigna Xénopol, acaso con más razón que la que tuvo Hartmann para declarar "fantasmagoría puramente ilusoria del pensamiento subjetivo" la historia entendida conforme a la epistemología de Schopenhauer.

Véase, todavía más claramente, la imposibilidad de la diferenciación real de ambas categorías subjetivas: declara Xénopol que para que una *sucesión* merezca este nombre, es indispensable que *intervengan cambios importantes y continuos,* y piensa que ello implica una objeción en contra de las *uniformidades de sucesión* que sostiene Stuart Mill, como uno de los tipos de uniformidades de la naturaleza, junto con las de *existencia, coexistencia, causación y semejanza.*[39] Sirviéndonos del propio ejemplo de Mill, que cita el autor rumano; esto es, la ley por la que "un cuerpo movido

[38] *Logica,* cuarta parte, "Sguardo storico", III, p. 403.
[39] Véase *Lógica inductiva y deductiva.*

alrededor de un centro de fuerza describe círculos proporcionales al tiempo", puede afirmarse que la repetición estriba en que *siempre* los cuerpos así movidos describan círculos proporcionales al tiempo empleado en recorrerlos; y la sucesión, en que la proporcionalidad del tiempo con las trayectorias sea resultado del movimiento alrededor del centro de fuerza, es decir, sea su efecto; lo que implica la relación de incondicional antelación, o, lo que es igual, de sucesión. Queda demostrado, por la consideración antecedente, que no hay contradicción entre la repetición y la sucesión, y que, en tal virtud, es imposible asentir a la síntesis que de su argumentación hace Xénopol, al decir: "la sucesión nunca puede ser uniforme y la uniformidad no puede jamás ser una sucesión". Croce tiene razón cuando concluye: *los fenómenos de sucesión, diversos de los fenómenos de repetición, no existen ni son concebibles.*

Por lo demás, el propio Xénopol, convencido de la relatividad de su diferenciación, declara:

> Los hechos de repetición son los que se repiten *sin diferencias importantes; aquellos cuyas variaciones oscilan y pueden olvidarse,* para preocuparse sólo de la esencia, de la parte general del hecho. *Los hechos de sucesión,* por el contrario, *son aquellos en los que la repetición se realiza* de modo que la desemejanza supera al elemento común; y en los que las variaciones son continuas.

Bien está que, para los fines del estudio, descuide el astrónomo la *historicidad* de los movimientos de un planeta, y que el historiador vea de preferencia la sucesión; pero, propiamente hablando, no hay hechos de repetición y hechos de sucesión. La distinción de Xénopol es ingeniosa y sutil; no profunda; subjetiva, en verdad, y no objetiva.

Termínase la exposición de la doctrina de Xénopol con un nuevo ensayo de clasificación de las ciencias, basado en la diferenciación que acaba de discutirse. Las ciencias se dividen en *teóricas o de repetición e históricas o de sucesión.* Xénopol afirma, con todos los filósofos contemporáneos, que las clasificaciones subjetivas, es decir, fundadas en las facultades intelectuales que se emplean para la elaboración de las diversas ciencias, no deben admitirse, por más que, de Platón a Bacon y a D'Alembert, todas

las clasificaciones propuestas hayan sido de este orden; y que es menester, por ende, fundar la clasificación de las ciencias en criterios objetivos. Al referirse a las clasificaciones de Ampère, de Comte y de Spencer, no trata especialmente de la primera, aun cuando concluye para todas y rechaza el criterio comtista de la complejidad creciente y la decreciente generalidad, que el filósofo francés llamó *criterio lógico* de su ordenamiento serial.

Supuestas las observaciones que se han aducido con respecto a la distinción de las dos categorías de Xénopol, y a su valor meramente subjetivo, es evidente que el autor rumano incurre en el mismo error que trata de evitar. Las ciencias *teóricas e históricas* se diferenciarían tan subjetivamente como se diferencian sólo de esta suerte las categorías irreales de la repetición y la sucesión.

Es soberanamente inexacto hacer de la historia una ciencia particular al igual de la física, la química, la biología o la psicología, como se ve en todas las clasificaciones de las ciencias. Hay que atribuir a la historia otro papel en la distribución del saber humano.

No seremos quienes hayamos de negar la tesis; mas no la afirmaremos por las razones que ha desarrollado Xénopol, sino porque la historia, en nuestro concepto, se distingue de las ciencias en que éstas tratan de las leyes generales o relaciones de hechos entre sí (hechos científicos), y la historia, conforme al profundo pensamiento de Aristóteles,[40] se ocupa en el estudio de hechos irreducibles a leyes generales, individuales (hechos históricos). La individualidad irreducible, que sólo se puede conocer intuitivamente, es el objeto de la historia.

Consigna Croce dos grandes aciertos de la teoría histórica de Xénopol: "haber entendido que la historia abarca todas las manifestaciones de la realidad"; y *"haber restaurado, en contra del naturalismo, la conciencia de la individualidad"*. En efecto, escribe Xénopol:

> La historia, en el amplio sentido de la palabra, no es una ciencia especial, como se ha querido considerar hasta el presente; ciencia que debiera colocarse al lado de la biología, la psicología o la sociología; sino que constituye uno de los dos modos universales de concepción del mundo, el modo de la sucesión frente al de la repetición. Esta idea

[40] *Poética*, cap. IX, III.

de la historia muestra la importancia de la disciplina, cuyo principio, aplicado a la naturaleza material, ha regenerado su estudio con la idea tan fecunda de la evolución. Lejos de tener que defenderse contra los cargos que le dirigen ciertos pensadores, de no ser siquiera una ciencia, la historia se descubre a nuestros ojos con derechos iguales al cetro de la razón humana que su hermana gemela: la ciencia de los hechos de repetición.

Ya Bacon, en su genial clasificación subjetiva, había referido a la memoria *(sucesión)* el conocimiento histórico, a la vez que lo concebía abarcando, como dice Croce y enseña Xénopol, todas las manifestaciones de lo real (historia de los cuerpos celestes, de las regiones del aire, meteoros, cometas, etcétera, de las tierras, mares, montañas, ríos, etcétera, de los elementos o *congregaciones mayores,* de las especies o *congregaciones menores,* que componían para él la historia natural; y la historia civil, o sea, eclesiástica, civil propiamente dicha, y literaria o de las letras y las artes).[41] De suerte que la autonomía del conocimiento histórico y su extensión universal son dos ideas de Bacon, que Xénopol ha reproducido, procurando fundarlas en la diferenciación de las categorías tantas veces citada. Mejor que atribuir al autor de la *Teoría de la historia* el mérito que a Bacon compete, correspóndale el de haber reaccionado, en el sentido baconiano, en contra de las tesis de los modernos que niegan a la historia ambos genuinos atributos de universalidad de jurisdicción y propia autonomía.

En cuanto a que Xénopol haya restaurado, en contra del naturalismo, la conciencia de la individualidad, me parece inexacto admitirlo. Más bien se diría que el error intelectualista que asimila la historia con las ciencias ha llegado a su punto culminante en el libro del distinguido historiador. Interesante es, en verdad, la historia de este error. Presenta tres fases sucesivas y características. Primero se afirma que la historia es sociología o ciencia de los hechos sociales, es decir, se le concede carácter científico especial. Luego se afirma que no es sociología, pero que tiene carácter científico, no obstante, y que coexiste, como investigación análoga, con la ciencia de las sociedades humanas. Por último se afirma, como lo hace Xénopol, que es ciencia *sui generis,* de naturaleza primitiva, en razón de su objeto de conocimiento, la *suce-*

[41] *De dignitatis et augmentis scientiarum,* libro II, capítulos II, III y IV.

sión universal, opuesta a la *universal repetición*. El error intelectualista se ha vuelto más dúctil, más capaz de insinuarse en la conciencia, más peligroso; y, como acaece en la historia general de los errores humanos, ha revestido, en su última transformación, gracias a la sutilidad y la ciencia de un historiador inteligente, la forma de su mayor anuencia con la verdad.

Xénopol no reivindica la individualidad, sino la sucesión, como objeto de la historia; lo que no es lo mismo; realiza su hipótesis el progreso de la idea; y ésta, para citar una frase ingeniosa de Nietzsche, *se torna más fina, más insidiosa e incoercible; se vuelve mujer;* mas no por ello ha de confesarse como la verdad.

La *historia-ciencia*, al través de sus vicisitudes, es el mismo error tradicional del intelectualismo que, al afirmar la generalidad como objeto de la historia, niega la autonomía de la intuición como forma irreducible del conocimiento de los seres y las cosas únicas, es decir, irreducibles también en sí mismas, a uniformidades, leyes y géneros.

CAPÍTULO V
La sociología y la historia

El proyecto inconsciente de la filosofía de la historia era una ciencia de las sociedades humanas como ha venido elaborándose, a partir de Augusto Comte. Bien claro se nota esta actitud al comprobar, con la propia denominación de algunos libros de fines del siglo pasado, como el de P. Barth, *Die Philosophie der Geschichte als Sociologie* (1897), por ejemplo, que los filósofos de la historia fueron conviniendo en ceder, hasta cierto punto al menos, el puesto supremo que tradicionalmente se habían reservado, a los sociólogos. Pero en donde más se advierte la intimidad inicial de ambos conocimientos es en los sistemas de los fundadores del pensamiento sociológico. La sociología de Comte es todavía, en parte, una verdadera filosofía de la historia. Lo es por la índole de los hechos que le sirven de apoyo; por el exclusivismo de su principio fundamental y el carácter sistemático de la doctrina. La célebre ley de los tres estados (teológico o ficticio, metafísico o abstracto y científico o positivo), mejor que una síntesis de *física social*, como lo quería su autor, es una fórmula intelectualista de

la historia del Oriente clásico, Grecia, Roma y la civilización europea. Sin embargo, los libros de Comte (aun cuando esto se haya discutido con algún fundamento) inauguran la investigación sintética de los hechos sociales como hechos científicos. La creación del vocablo *sociología* implica la necesidad imperiosa que sintió su autor de inventar una nueva palabra para designar una cosa nueva: la ciencia que proyectó Saint-Simon y que Comte comenzó a realizar.

Así también el materialismo histórico de Marx y su escuela. No es, propiamente, una teoría sociológica, sino una nueva filosofía de la historia basada en la preponderancia de los hechos económicos sobre los demás fenómenos sociales. Para Marx, la *lucha de clases* es el hecho histórico por antonomasia; las modificaciones de la *utilería*, dentro de la categoría económica suprema de la producción de la riqueza, el *deus ex machina* de la historia. Las otras categorías sociales son *epifenómenos, superestructuras,* derivaciones de la consideración fundamental.

Para convertir en un causalismo económico el materialismo de Marx; es decir, para transformar en ley o determinismo científico la metafísica, mejor aún, la mística teoría de la historia del colectivismo militante, se necesitó ampliar su principio y sus datos; esto es, transformar la filosofía de la historia en teoría sociológica.

En el fondo, intelectualistas y materialistas de la historia, comtistas y marxistas, relaciónanse íntimamente. Sin intelectualismo científico, las modificaciones de la utilería son imposibles; sin industria y producción, la ciencia lo es también. Nada más distante de la función social económica que los fenómenos biológicos de la elaboración del alimento. Elaborar riqueza social es, principal e inmediatamente, un esfuerzo psíquico. La ciencia más próxima a la sociología es la psicología, no la biología general. Todo hecho social es un fenómeno de la conciencia. Todo acto de la vida colectiva implica causación final. Lo que no significa, por supuesto, negar la inmensa acción de los factores biológicos en la sociedad humana; pero la adaptación, la herencia, la raza y la población actúan como fuerzas sociales, a través de los fenómenos psíquicos de la sociedad.

Posteriormente a Comte y Marx, autores, como queda dicho, de las dos más recientes y más eficaces filosofías de la historia, el propósito de la ciencia no fue ya forjar una nueva ideología sis-

temática o teleología social del progreso, sino fundir, rectificándolos, en una explicación científica, el intelectualismo y el materialismo históricos con otras tesis más, propiamente sociológicas.

Comprendióse por Spencer, Schäffle, Lillienfeld, Gumplowicz, Letourneau, etcétera, que la sociología podía obtener un gran provecho del estudio de los hechos humanos y erigirse en ciencia autónoma si, lejos de encerrarse en el campo de la historia, emprendía el estudio de las sociedades que no confundieron su caudal con la corriente histórica europea. El método preconizado por Lamarck y Darwin para las ciencias de la vida podía reservar riquísimos e inexplotados recursos a los investigadores de la sociedad. Así ampliaríase el campo de la ciencia social poniéndola, decididamente, sobre la circunscrita historia clásica; tomando, no obstante, de los pueblos históricos: Egipto, Caldea, Asiria, Persia, la India, China, Roma, Grecia, el Perú antiguo, el antiguo México, etcétera, todos los elementos útiles que, unidos y vinculados a las investigaciones sobre las sociedades que han quedado fuera de la historia, formarían el rico y variado acervo de la ciencia social contemporánea.

El filósofo de la historia se empeñó en elaborar ambiciosas teorías absolutas sobre el pasado y el porvenir de la humanidad, valiéndose para ello de una experiencia limitada referente a naciones complejísimas; porque los hechos históricos, desde los primeros faraones egipcios hasta nuestros días, y desde los vestigios iniciales de la Caldea o el Indostán hasta las postrimerías del siglo XIX, significan, en suma, un corto lapso de tiempo y un material escaso e impenetrable para justipreciar las causas totales de la evolución humana. Las lenguas más elaboradas no pueden entenderse científicamente sin recurrrir a las lenguas primitivas. El chino, el copto, el sánscrito, son elaboraciones de ayer, apenas. Suponen un pasado inmenso, que la filología clásica *a fortiori* ignoró. Las religiones deístas de esos pueblos y razas son, asimismo, para la sociología, complicados a la vez que recientes monumentos históricos, verdaderamente ininteligibles sin el fetichismo de las tribus africanas, el totemismo de los indios canadienses y las prácticas de la brujería primitiva. Los fenómenos económicos, genésicos, políticos, jurídicos, etcétera, de los pueblos históricos, evolutivamente considerados, dejan atrás un enorme campo inexplorado por los filósofos de la historia. En suma: así como la

biología ha debido llegar al conocimiento anatómico y fisiológico de los animales y las plantas unicelulares para elevarse metódicamente al estudio de organismos más complejos, así el sociólogo irá en pos del *elemento social* o de la *sociedad elemental,* hasta las tribus y hordas primitivas, para después elevarse, con fruto, al conocimiento de esas grandes síntesis históricas, como el Egipto, la Caldea o la China, que los historiadores *profesionales* sitúan al comienzo de su especulación y en los albores mismos de la historia.

Otro concepto más, esbozado desde la antigüedad, desarrollado después por Hobbes y los filósofos del siglo XVIII, pero elaborado principalmente por los primeros sociólogos, vino a apartar a la ciencia social del campo filológico y a referirla a las ciencias de la naturaleza: el *organicismo.* La idea consistió en hacer de las sociedades humanas un organismo más complejo aún que el del hombre; pero organismo al fin, como la planta y el animal. Comte sostuvo la tesis, pero hubo de corregirla, necesariamente, con su intelectualismo histórico. Spencer la admitió, parcialmente, al hacer de la sociedad humana un *superorganismo.* Otros sociólogos, más intrépidos aún, declararon, lisa y llanamente, la identificación de la sociedad humana con los organismos biológicos. El error (porque errónea era la doctrina) disipóse en breve. Se admitió, como no podía menos de acontecer, que el antecedente más próximo a los hechos humanos no es la adaptación biológica, sino el hecho psíquico patente en los fenómenos religiosos, artísticos, lingüísticos, científicos, jurídicos, políticos y económicos de la sociedad. Las ingeniosas metáforas organicistas, que constituyeron verdaderas alegorías basadas en la relación constante de la anatomía y fisiología biológicas con lo que se llamó anatomía y fisiología sociales, destruyéronse al contacto de objeciones irrefragables. Entonces concluyóse, por los mismos organicistas más prudentes, que el organicismo, lejos de constituir la ciencia social, había ocultado la individualidad sustantiva de los hechos sociales, *la diferencia sociológica,* para ofrecer en su lugar, con una extensión ilógica de las leyes de los organismos a los fenómenos de la historia, un nuevo obstáculo del conocimiento directo y científico del fenómeno analizado. Sin embargo, el organicismo influyó realmente en el propósito de hacer de la sociología una ciencia natural como la botánica o la zoología; es

decir, un conocimiento diverso, por su índole y método privativo, de la historia; cada vez más diverso de ella. Lo que antes fuera patrimonio de filólogos iba a serlo ahora de naturalistas.

El desastre del organicismo encaminó rítmicamente a los sociólogos hacia la búsqueda y consecución de una *teoría psicológica*, más comprensiva y esencial de los hechos sociales. Pero a esta dirección —que cuenta quizá con los nombres más ilustres de la ciencia, los Fouillée, los Tarde, los Lester F. Ward, los Giddings— se opuso, en parte al menos, por su método y designio, el grupo de prudentes investigadores que, dirigidos por el filósofo Emile Durkheim, creó la excelente revista del *Année Sociologique*, colección de estudios monográficos sobre los diversos aspectos de la vida social, especialmente sobre la sociología de las religiones. La ambición de estos pensadores consistió, sobre todo, en relacionar la sociología con la historia y emprender, en tal forma, una síntesis no puramente biológica o psicológica de la fenomenalidad superorgánica, sino propiamente sociológica.

> Suscitar historiadores (declaran los autores del *Année Sociologique*, en el Prefacio del primer número de la publicación, 1896-1897) que sepan ver los hechos históricos como sociólogos o, lo que es igual, sociólogos que posean la técnica de la historia: he aquí el fin que urge realizar por una y otra parte. Así las fórmulas explicativas de la ciencia podrán extenderse progresivamente a toda la complejidad de los hechos sociales, en vez de reproducir sólo sus contornos más generales. La erudición histórica adquirirá, asimismo, un nuevo sentido porque se empleará en resolver los más graves problemas de la humanidad. Fustel de Coulanges gustaba declarar que la verdadera sociología es la historia; lo que parece incontestable si la historia se concibe sociológicamente.

Volvía a aparecer, con psicólogos individualistas, como Tarde, y los sociólogos del *Année Sociologique*, la buena dirección de los estudios sociales. No sería ya la biología el paradigma de la ciencia. La ambición de ambas tendencias rivales era idéntica en un punto: desautorizar el naturalismo sociológico en lo que de falso implicaba y conservarlo en lo que servía de antecedente y sostén al estudio sociológico.

Durkheim procuraba transformar al sociólogo en *historiador técnico*, y Tarde, por su parte, declaraba en los congresos interna-

cionales de sociología que la ciencia social, en su sentir, debía más a libros como *La riqueza de las naciones* de Adam Smith y a la obra lingüística de los filólogos alemanes, que a la estéril y engañosa comparación sistemática de los organismos y las sociedades.

En tanto que en Francia y los países sajones desarrollábase el pensamiento sociológico dentro de las formas indicadas, en Alemania, Lazarus, Stheinthal, Wundt, elaboraban una verdadera psicología social cuyo remate y síntesis es la célebre *Völkerpsicologie* del filósofo de Leipzig. La hipótesis del *alma colectiva,* integración social del lenguaje (inteligencia), el mito y el arte (sentimiento) y las costumbres (voluntad) de los pueblos, no es, sin embargo, la teoría sociológica fundamental de la escuela germánica, sino, más bien, la hipótesis, clásica para los alemanes (Fichte, Hegel, Herbart, Wundt), de la oposición entre la *comunidad* y la *sociedad.*

Sociedad significa en esta teoría la acción mutua y recíproca, coadyuvante o antagónica de los individuos; el comercio humano material y biológico. *Comunidad* es la familia y el Estado, principalmente, es decir, el ideal y la unidad. Pugnan entre sí la comunidad y la sociedad. La posición de un individuo con respecto a sus semejantes es en la una lo opuesto, precisamente, de lo que en la otra es. La lucha entre el *comunismo* y el *individualismo* expresa la pugna constante entre la comunidad y la sociedad.[42]

La teoría apuntada recuerda, en cierto modo, la clásica concepción aristotélica. Para el filósofo griego, el fin de la asociación humana es la ciudad. Sólo en este sentido llama el Estagirita al hombre *un animal político.* "La naturaleza artista —dice Boutroux,[43] comentando a Aristóteles— tiende a realizar un ideal que es la ciudad; y las formas que efectivamente reviste la sociedad humana son el resultado de la propia tendencia, más o menos satisfecha o contrariada."

En resumen: hoy la sociología abdicó ya, definitivamente, de su actitud organicista, materialista, antihistórica. Es, por confesión de sus más ilustres representantes, ciencia humana, psicológica, aun cuando no exclusivamente psicológica. Mantiene íntimo contacto con la historia (Durkheim y su escuela), con la psicología (Tarde, Giddings, Lester F. Ward), con la filosofía (Wundt,

[42] Véase G. Richard, *La sociologie générale et les lois sociologiques.*
[43] *De l'idée de loi naturelle. Les lois sociologiques.*

Tönies, Simmel); pero no abandona ni abandonará su empeño de convertirse en ciencia comparable por su extensión y dignidad con la biología. Así como esta disciplina tiende a realizar la unificación filosófica de las ciencias naturales, la sociología, para Worms, es una *filosofía de las ciencias sociales.* No abandonará su empeño porque aspira a elaborar con las repeticiones y simetrías de las sociedades la teoría de la uniformidad humana; no a confundirse con la historia, como lo querrían Durkheim y su escuela. Las leyes de la convivencia social, a través de los factores de la evolución superorgánica: adaptación biológica, ambiente geográfico, herencia, raza, población, imitación, educación, división del trabajo, guerra, lenguaje, arte, religión y costumbres: éste es el objeto de la ciencia.

Ahora bien, la historia, en vez de ocuparse en simetrías y repeticiones sociales, busca lo asimétrico y singular, impórtale la diferencia, lo propio y accidental; no lo genérico y común. Por eso, en vez de prever y generalizar, vuelve hacia el pasado su predilecta contemplación. Ni se contrae tampoco a sólo el mundo humano; sino que, como se va a exponer en seguida, acoge al universo entero como objeto de su conocimiento. De suerte que, podría decirse en conclusión: *ni lo sociológico es histórico, ni lo histórico, sociológico.*

CAPÍTULO VI
El concepto de la historia universal

Para estudiar la naturaleza de la historia hay que recurrir, mejor que a las disquisiciones de los filósofos, a las obras mismas de los historiadores. Ellos, de preferencia, son quienes pueden indicarnos la esencia de la actividad que practican.

Recurramos a los maestros del género histórico y veremos cómo su labor no es solamente un ensayo de crítica y documentación, sino, más bien, una creación poética o que, al menos, mucho tiene de artística.

Verdad es que hoy la historia no se escribe con el propósito de moralizar o deleitar; aun cuando sea cierto, por otra parte, que jamás moralizó a nadie y que, escrita por Jenofonte y Plutarco, deleitó a todas las gentes; verdad, asimismo, que a cada paso robustécese con el auge de la erudición más minuciosa y genial

que vieron los siglos. Otfrido Müller ha podido llamar a la filología: *"percepción íntegra y plena de la vida intelectual antigua"*; y su definición es digna de su heroica vida consagrada a la perfección de los conocimientos históricos. No obstante, lejos de poderse reducir a la mera erudición, estimada en su plenitud, es la historia un esfuerzo orgánico, estético, de reconstrucción del pasado; y sólo el que reconstruye la vida que fue y el mundo que se hizo antes y después se disgregó en la sempiterna evolución de las cosas merece el nombre de historiador. Lo que una sola vez acaeció en el tiempo y el espacio y no volverá nunca a ser como fue, ya sea que se trate de la humanidad, de las especies animales y vegetales o, en fin, del planeta mismo (gran ser histórico que hizo posible toda la historia); tal es su objeto: seres únicos entre sus afines; hombres únicos entre los hombres; pueblos, razas y civilizaciones personales, individuales siempre, siempre diferentes.

Hase reservado para sólo la historia de una persona humana la palabra biografía. Biografía es siempre la historia. Es decir, pintura fiel de una unidad, ya que se trate de un ser o una nación. Los grandes historiadores son quienes, además de poseer las prendas indeclinables de la erudición y la crítica, saben restaurar, revivir el asunto de sus indagaciones.

Comienza el trabajo histórico con un proemio crítico y científico. Se discuten las fuentes; aquilátanse los documentos; depúranse los testigos ante el tribunal de la "pura razón". Mas este esfuerzo no basta. Es menester seguir adelante en la obra histórica hasta alcanzar el último fin.

Cuando los hechos se han discutido a conciencia y los documentos hablan con claridad, todavía no empieza el trabajo más admirable. Es menester completarlo con una intuición del conjunto.

Suponed, para usar de una metáfora que quizás ilumine la doctrina, que el historiador es como quien hubiese de construir un cuerpo sólido con los datos que, menguados y dispersos, yacen en los museos y las ruinas, en las bibliotecas y los archivos. Suponed que el sólido por construir fuere una pirámide. Mas, a la vez, admitid que, a pesar de haber computado y dispuesto la construcción geométrica, no se tuviese aún la intuición rápida y luminosa de la pirámide total; que no se viera en la mente la con-

junción de las caras de la pirámide en un punto. A pesar de todo el esfuerzo de la crítica, el sólido geométrico quedaría por construir, sin construir.

Así con el historiador como con el geómetra. Es preciso *intuir, proyectar* la conciencia propia hacia un punto ideal en el que todo converge como las caras de la pirámide en la metáfora explicativa. Si se adivina el punto de convergencia; si se tiene genio artístico para simpatizar misteriosamente con el carácter de un pueblo o de un hombre de genio, se logra *ipso facto* la creación histórica. Si se permanece indefinidamente en la crítica descarnada e incompleta, no se es historiador.

Ahora bien, este último esfuerzo es esencialmente artístico. Sólo por la intuición se alcanza. Sólo por el genio poético se cumple.

¿Por qué subyuga la historia de Juana de Arco relatada por Michelet o la biografía de Federico *el Grande* escrita por Carlyle? ¿Por qué preferiremos siempre a un repertorio de noticias sobre la república romana unas cuantas páginas de Tito Livio y a todos los datos sobre los crímenes de los Césares el severo y gallardo estilo de Tácito? Porque la crítica no es la intuición, ni los repertorios voluminosos reviven el pasado. Porque la historia es siempre arte, profundo arte de evocar sobre el polvo de los siglos el alma de los siglos.

Dice el proloquio: "la historia se repite". No es verdad, la historia nunca se repite. Jamás renacerán de sus ruinas venerables la majestad de Roma ni el genio de Grecia. Jamás volverá Temístocles a acaudillar a sus generosas huestes triunfantes. Jamás los héroes que fueron volverán a ser. Hay un fondo de renovación eterna en el universo. Jesucristo dijo el misterio de la perenne juventud de la creación: "mi padre trabaja todavía".

Por esto es la historia una noble intuición romántica, una melancolía estética, un sentimiento de amor hacia lo que nunca volverá. Por esto, también, al lado de los grandes artistas, junto a los grandes filósofos y los sabios que atisban el porvenir, están los historiadores buscando ávidos las huellas de la vida en el abismo de los tiempos.

Difícilmente se caracterizaría mejor que lo hizo Bacon la índole propia y extensión universal de la historia: "La división más exacta que se puede hacer de la ciencia humana se saca de la consideración de las tres facultades del alma, asiento propio de

la ciencia. La historia se refiere a la memoria, la poesía a la imaginación y la filosofía a la razón".

> El objeto propio de la historia lo constituyen los individuos, en tanto que se hallan circunscritos en el tiempo y el espacio; porque aunque la historia natural parece ocuparse de las especies, sin embargo, si lo hace no es sino a causa del parecido o semejanza que entre sí tienen las cosas naturales comprendidas en una sola especie; de suerte que quien conoce una las conoce todas; y tal semejanza induce a confundirlas. Si se encuentran a veces individuos únicos en su especie, como el sol y la luna, o que en ciertos aspectos suyos se apartan de su especie, no por eso se tiene menor fundamento para describirlos en una historia natural del que se tiene para describir a los individuos humanos en una historia civil. Ahora bien, todos estos asuntos corresponden a la memoria.
>
> La historia es natural o civil. En cuanto a la división de la historia natural, sacámosla del estado y la condición de la naturaleza, la cual puede hallarse en tres estados diferentes y sufrir en cierto modo tres especies de regímenes. Porque o es libre la naturaleza y se desarrolla en su curso ordinario, como en los cielos, los animales, las plantas y todo lo que se presenta a nuestra vista, o es, por virtud de la mala disposición y lo reacio de la materia rebelde, arrojada fuera de su estado, como en los monstruos, o, por último, en razón del arte y la industria humanos se constriñe, modela y en cierto modo rejuvenece, como en las obras artificiales.
>
> En la historia civil se relatan las hazañas del hombre. Sin duda, las cosas divinas no brillan en la historia natural como en la civil; de suerte que constituyen también una especie propia de historia que, comúnmente, se llama historia sagrada o eclesiástica. En nuestra opinión, la importancia de las letras y las artes nos parece tanta que juzgamos deber atribuirles una historia propia y particular, que es nuestro designio comprender junto con la historia civil y eclesiástica.

Por los anteriores conceptos, precisos y proféticos, del *De Dignitatis et Augmentis Scientiarum*, se verá cómo Bacon logró formar cabal concepto de la historia universal; esto es, de que su conocimiento no puede constreñirse dentro de lo propiamente humano, sino que ha de abarcar el estudio del universo entero, tanto en sus formas regulares como en sus aspectos excepcionales (historia de los monstruos). Es decir que, para el gran filósofo, la historia se refiere a la totalidad de la existencia como las ciencias y la filo-

sofía, sólo que su punto de vista es la consideración de lo individual y no de lo genérico y común.

Regularmente, cuando se piensa en algo histórico reflexiónase inconscientemente en la historia del linaje humano, con especialidad en su historia política. Sin embargo, ni toda la historia es política ni tampoco simplemente humana. Los astros tienen su historia como las especies animales y vegetales. El concepto de historia universal debe abarcar la historia humana y no humana, esto es, la historia total del universo.

"Toda energía tiende a degradarse en calor y el calor a repartirse uniformemente entre los cuerpos." Esta gran ley cosmológica es el fundamento de la historia. Si las leyes físicas fuesen reversibles como las puras leyes mecánicas, el principio del retorno eterno o vuelta orbicular, que concibieron los estoicos y Nietzsche formuló en su *Zaratustra,* sería la enunciación de las transformaciones del universo; porque el tiempo es infinito y, dentro de su infinitud, las transformaciones posibles de la materia y la fuerza se agotarían, al cabo, sin remedio, reproduciendo *una* de las combinaciones acaecidas y, por tanto, en virtud de la ley de causación, *todas las demás,* por su orden, y rigurosamente idénticas a sí mismas. Como lo dice Marco Aurelio: "Las cosas del mundo son siempre las mismas en sus vueltas orbiculares de arriba a abajo, de siglo en siglo".[44]

La gran ley de Carnot y Clausius, el principio de la degradación de la energía, introduce la *historicidad* en la existencia y la alimenta y sostiene constantemente. Si sólo funcionara la primera ley de la energía, el principio de que nada se crea y todo se transforma, la historia no existiría; la *reversibilidad* esencial, puramente mecánica, haría de los hechos cósmicos fenómenos sin historia; puras relaciones mecánicas o geométricas. Pero la ley de Carnot hace del tiempo un factor real, una como dimensión activa de la existencia universal.

> Un péndulo que se mueve en la atmósfera de A a B —dice Boutroux— deberá vencer una resistencia; para vencerla producirá cierto trabajo y, al trabajar, perderá una parte de su energía. Si, pues, se cambia el sentido del movimiento, no volverá el móvil al punto de

[44] *Soliloquios del emperador Marco Aurelio,* p. 188 de la versión castellana de don Fausto Díaz de Miranda, Biblioteca Clásica, t. CXVII.

> partida, porque ya perdió energía propia al desalojarse para ir y perderá también energía al desalojarse para volver. Se puede establecer como regla universal que siempre que hay trabajo, se pierde irreparablemente, con la producción de calor, la condición primitiva.[45]

Es decir, la física, en relación con la mecánica y la pura geometría, es una ciencia nueva que toma en cuenta y considera en su estudio no sólo la cantidad, sí que también la calidad de las fuerzas. El calor es de calidad inferior al trabajo. "Las leyes físicas no pueden reducirse a las mecánicas", agrega Boutroux.

Ha venido desarrollándose, probablemente, la existencia, en un constante cambio de potencial; lo que implica una constante transformación cualitativa. La energía no se ha perdido; es siempre la misma; pero su *calidad* se ha degradado. Sin una caída del potencial cósmico, el trabajo sería imposible. Esto es, la degradación de la energía significa una *sucesión irreversible y real* de fenómenos o, en otros términos, un orden histórico. En suma: *Nada se pierde, todo se transforma, mediante el orden irrevocable que es la historia.*

El sistema solar es testimonio del drama gigantesco que arrancó de la nebulosa primitiva sol y planetas, lanzándolos en sus trayectorias sobre el espacio. El anillo de Saturno, las lunas de Júpiter, el melancólico mundillo que alumbra las noches de nuestro globo, son restos, testimonios de la historia que delatan en su girar sempiterno.

Antes, todo yacía sumido en la incoherente homogeneidad primitiva. Los actos del drama cósmico se descifran pacientemente por los astrónomos, y van revelándosenos los múltiples episodios dinámicos de la creación. Planeta hubo, entre Júpiter y Marte, que se partió, acaso, en mil fragmentos irrregulares, asteroides obedientes como los astros mismos a la gravitación universal.

También, probablemente, los diversos elementos químicos son datos de una *historia química.* El nuevo espíritu científico parece realizar las fantasías de la vieja alquimia. Sir William Ramsay halla, sometiendo a las radiaciones del maravilloso *cuerpo simple* algunos compuestos químicos, vestigios que aseguran la posibilidad de la transmutación de unos elementos en otros. El ozono, que no es sino oxígeno electrizado, oxígeno alotrópico, reviste propiedades diversas de las que tiene el célebre elemento descubierto por Lavoisier.

[45] *De l'idée de loi naturelle,* p. 109 de la versión española de A. Caso.

Los geólogos revelan, en la superposición de las capas de la tierra, las dramáticas vicisitudes de su historia; y a cada capa corresponde una fauna y una flora especiales que analizan los paleontólogos y los naturalistas. Así como un historiador sabe reconstruir cierta civilización —desenterrada del venerable suelo helénico o latino— con sólo unos cuantos restos de sus monumentos inmortales, Cuvier pudo reconstruir, con un hueso o una vértebra, la cabal forma esquelética de los grandes animales antediluvianos.

Los trabajos ejemplares de Lamarck y Darwin abrieron a la ciencia magníficas perspectivas históricas. Se concibió entonces que las especies más diversas, más distantes, podían proceder unas de otras; y el mismo hombre, aislado olímpicamente de sus hermanos, empezó a reconocer el cúmulo inmenso de cualidades y atributos que ligan su existencia con la vida universal. Las especies orgánicas, como los cuerpos simples de la química, no son estables, sino históricas. En un tiempo no hubo leyes químicas ni biológicas; después principió a desarrollarse la complejidad magnífica de atributos que hoy analizan de consuno químicos y naturalistas, físicos y biólogos.

La evolución es universal y no solamente humana. El tiempo ha obrado sobre todas las cosas y formulado su acción sobre todas. La historia no es peculiar o privativa de los hombres y las sociedades humanas. Todo cuanto en el tiempo es, lejos de permanecer inalterable, lígase con lo demás en una incesante transformación. Las mismas órbitas de los planetas no son idénticas en cada revolución. Un registro eterno está abierto sobre la vida y el mundo, y en él se inscriben los acontecimientos luctuosos y fecundos, humanos y no humanos. Lo único que nunca cambia es la ley del cambio eterno. Existir es transformarse o, en otros términos, tener historia.

De este modo aparece el campo propio del historiador tan vasto como el del sabio o el filósofo. La ciencia es previsión, generalización para el porvenir, "anticipación de la experiencia". Su esfera es el futuro íntimamente ligado por el presente con el pasado más remoto. La filosofía investiga la naturaleza íntima de las cosas, las causas finales y ontológicas, el ser que se oculta en el cambio sempiterno, la esencia que permanece velada a través de evoluciones interminables. La historia vuelve la vista al pasa-

do. Deja a la metafísica en su eterno presente y a la ciencia en su futuro constante, y se aplica a deletrear en el registro de los tiempos el mundo que ya se hizo, la realidad que fue. Es una romántica incorregible. Humildemente se aplica a saber cómo se desenlazó la vida sobre la tierra, cómo se desvinculó el globo de su origen, cómo cada ser concreto salió de lo imperceptible en el decurso del tiempo.

El heroico es el sabio. El santo es el filósofo. El historiador es el poeta. Uno simboliza la ambición que se anticipa a la realidad. Otro, la quietud mística en el ser inalterable. El último recoge con sus piadosas manos las obras de los siglos, y con el polvo de las edades reconstruye civilizaciones, especies y orbes desaparecidos. El tiempo, invencible e indiferente, a todos da razón y a todos desengaña.

CAPÍTULO VII
La historia como forma irreducible de conocimiento

La filosofía investiga no *leyes* como las ciencias, sino principios, esto es, intuiciones sintéticas del mundo. Ordenar los *primeros principios,* que diría Spencer, es filosofar. Claro se ve entonces el fin de la metafísica. Proporcionan las ciencias análisis abstractos del ser; pero la existencia es concretamente. Si hubiésemos de conformarnos con los compendios de abstracciones eficaces y coordinados que se llaman geometría, álgebra, astronomía, química, etcétera, nuestro saber quedaría perennemente trunco; sería el conocimiento para la acción, no para el conocimiento mismo. Las fórmulas científicas son la cuadrícula ideal y práctica de la vida; no la vida.

La filosofía parte de una intuición primera —idea platónica, potencia y acto aristotélicos, átomos, mónadas, voluntad schopenhaueriana, *élan vital* bergsoniano—; y con los datos elaborados por la ciencia, las descripciones de la historia y las creaciones del arte, desarrolla su síntesis y entrega a la conciencia esas varias aproximaciones supremas del espíritu a la realidad: platonismo, aristotelismo, monadología, etelismo ayer y hoy pragmatismo.

La historia, como la filosofía, abarca la extensión universal. Mientras las cosas *están siendo* no le incumben. Cuando dejen de ser serán suyas. No tiene que comprobar ningún principio. Como

Newton, *no hace hipótesis.* No sabe si existe o no el mundo como totalidad. Ésta puede ser una teoría plausible; pero, en suma, sólo una teoría. Dios, el alma, son para ella, como para Kant, ideas de la razón pura. En cambio, la pluralidad es su objeto, la diferencia su preocupación. La filosofía arguye que la existencia es creación y evolución. La historia sabe de las creaciones concretas y los cambios realizados. Dice la filosofía: "todo es imaginación o memoria, herencia o variación brusca, repetición u originalidad". La historia sólo percibe unidades que nunca se repiten, aun cuando tiendan a repetirse siempre.

> El organismo viviente es cosa que dura. Su pasado se prolonga totalmente en su presente y ahí permanece actual y activo. Si así no fuere, ¿se podría comprender que atravesara por fases definidas y cambiara de edad; que tuviera, en suma, historia? Donde quiera que algo vive, existe abierto, en alguna parte, un registro en que se inscribe el tiempo.[46]

La misión de la historia es leer el registro de que habla Bergson; mas no resulta fácil deletrear los caracteres, a veces enigmáticos, del texto viviente. Débese reconstruir el pasado desentrañándolo del presente, sin abstraer jamás para generalizar; aproximándose a cada vida singular con esa forma de aproximación espiritual tan diversa de la razón pura: la intuición de lo individual concreto.

No identifiquemos, pues, con Croce,[47] la historia y la filosofía. Tienen de común ambas ser investigación de entes concretos: principios metafísicos o cosas singulares; también concuerdan en considerar el tiempo como duración real, no como marco vacío de la existencia; pero, por lo demás, difieren. Filosofar es tender a explicar universalmente; describir unidades indefinibles es hacer historia. Diferencia obvia y constante.

Definir un objeto de conocimiento es reducirlo a géneros; pensarlo en relación con un género, como especie o género menos vasto dentro de uno mayor *(dictum de omni et nullo).* Ahora bien, lo indefinible es lo histórico. Por eso es verdadera la tesis de la historia descriptiva, de la *historiografía,* como dice el mismo Croce.

[46] Bergson, *Évolution créatrice,* p. 16.
[47] *Logica,* p. II, capítulo IV y nota relativa.

La descripción es operación intelectual que, fundada en la intuición de lo individual, sirve de complemento a la inteligencia generalizadora y definidora. El análisis científico reduce cada ser real a conjuntos de fórmulas generales que definen atributos; pero un ser no es un conjunto de atributos, sino una individualidad *(singulare quid)* en que la razón selecciona atributos, es decir, aspectos comunes al objeto y otros objetos. Las abstracciones intemporales, geométricas, no tienen historia. Sólo la tienen los *concretos durables:* un sol, un planeta, un animal, un hombre, un pueblo; mejor dicho: el Sol, la Tierra, Bucéfalo, caballo de Alejandro; Platón de Atenas, Dante Alighieri; Inglaterra, Holanda, Rumania, la Nueva España, la civilización medieval, la raza indoeuropea, todo cuanto jamás sucumbirá exhausto de atributos, a pesar de la merma infatigable del análisis, porque existe, realmente, dentro de su propia *unicidad.*

La filosofía, que es intuición, y la historia, que también lo es, expresan lo indefinido e indefinible por las ciencias. Ni los *géneros supremos* ni las *especies ínfimas* de los lógicos son susceptibles de definición.

Al llegar a las nociones últimas, la razón confiesa su limitación esencial. Es impotente para explicarlas y las supone, no obstante, como principios de toda explicación.

Lo mismo cuando toca el otro límite de su esfera de acción: los individuos y episodios históricos, que implicarían la interferencia de infinitos géneros, de infinitas leyes, de infinitas uniformidades y simetrías, son también indefinibles por la razón. Ni lo simple ni lo complejo; ni la esencia universal de las cosas ni su carácter individual inconfundible; ni la universalidad y la individualidad son objeto de conocimiento para la razón pura, elaboradora infatigable de generalizaciones y abstracciones.

Tales son los límites del conocimiento racional puro: la filosofía, que es intuición de lo universal, y la historia, que es reconstrucción de lo individual, de lo único, de las realidades inconfundibles que depositó en su continuo desbordamiento la existencia. Entre las dos caben todas las ciencias y todos los esfuerzos. El genio de Platón y el de Tucídides definen las cimas eternas de la inteligencia, desde las cuales se columbra el arcano infinito, inefable, que las religiones evocan o humanizan, a veces, con el esplendor de sus mitos y su impotencia piadosa y desconsoladora.

La historia y el arte, basados en intuiciones esencialmente idénticas, difieren desde varios puntos de vista. La historia es intuición de lo *individual-concreto-real;* estudia lo que ha sido sólo una vez en el tiempo y el espacio. El arte trata de lo *individual-concreto-posible.* Nada importa al artista que un hecho dado haya acaecido o no; que el conjunto de circunstancias hubiere obrado en este o en otro sentido; con tal que el hecho fuere posible, dentro de los antecedentes definidos por el propio artista, podrá crear, al darnos su intuición de la realidad, obras bellas. *La razón y sus determinaciones no son para el arte sino un límite de su acción. Para el historiador son un elemento constante de su esfuerzo; una función concomitante de su actividad;* por esto Croce ha podido referirse, con razón, a los elementos lógicos del juicio histórico. El historiador, *a fortiori,* se contiene en la narración de lo acaecido. Nos hace conocer su intuición particular de algo que fue una vez y no volverá a presentarse nunca en las mismas condiciones y con los mismos aspectos.

Pero en el conocimiento de lo individual posible, cabe también el de lo individual que ha sido real; al menos la razón concibe, como una especie de la primera intuición, la segunda. Así es que el artista puede tratar de lo que ha sido y lo que habría podido ser en la misma obra de arte: es decir, puede mezclar en una misma representación de la realidad, intuiciones históricas e intuiciones artísticas. Este género híbrido, formado de consuno por la historia y el arte, lo constituyen la epopeya, la balada, la novela y el drama históricos. Sólo que entonces, lo que hubiere en la obra de arte de reconstrucción histórica, aun cuando fuere mejor y más exacto que lo que podría hallarse en algunos libros genuinamente históricos, se subordina al *fin final* de la obra, que es estético y no histórico.

La opinión de Aristóteles y Schopenhauer, que ven en el arte algo más profundo que la historia, parece indudable; lo cual no significa que neguemos al conocimiento histórico su necesidad indiscutible. Pero en tanto que el historiador no nos presenta más que un aspecto de la realidad —el aspecto que tuvo, efectivamente, en un espacio y tiempo determinados—, el artista nos muestra el mayor número de aspectos individuales, condensados en cierto momento psicológico; es decir, nos da la característica fundamental de la realidad. Su misión es destruir esas gene-

ralidades de la vida común, del ambiente social en que acontece lo histórico, para extraer, en toda su diáfana pureza, en toda su prístina significación, el símbolo necesario, la expresión absoluta de las individualidades reales y contingentes de la historia.

La actividad del artista difiere, pues, desde dos puntos de vista esenciales de la tarea del historiador. El fin de la historia no es el mismo fin del arte; y si ambas son actividades desinteresadas del espíritu, no por ello han de confundirse, ya que la historia se presenta con caracteres bien definidos y diferentes de los del arte para poder reclamar su autonomía como forma irreducible del conocimiento.

El sentido histórico, según Höffding, es una forma de la *simpatía universal.* Acaso sea la forma suprema de la simpatía humana. Saber interpretar, en síntesis luminosas, los trances sucesivos de la vida de la especie, es no sólo entender, sino amar; amar intelectualmente, como amaba Spinoza, como Sócrates amó, como han sabido amar los que, en el desarrollo indefinido del pensamiento, llegaron a unificar en un acto de conciencia, el conocimiento y la emoción, la representación y la voluntad, la lógica precisa, geométrica, de la pura razón, y la lógica vital del instinto y el sentimiento. La verdad histórica, humana por excelencia, como la metafísica, no se engendra sino en la armonía de las ideas y la intuición, dentro de la íntima coherencia del espíritu.

La historia ha de escribirse platónicamente; filosofando con todo el espíritu. Sólo así se infunde nueva vida en lo inerte; resurgen las instituciones y las creencias desaparecidas y cobra nuevos bríos el abigarrado conjunto de hombres y cosas evocados sobre las ruinas ungidas con la veneración de los pueblos, en el vasto acervo de reliquias seculares que deposita la humanidad sobre el planeta, al cumplir su destino constante; su muerte perpetua y su perpetua resurrección.

La historia es una *imitación creadora;* no una invención como el arte, ni una síntesis abstracta como las ciencias, ni una intuición de principios universales como la filosofía.

MANUEL BRIOSO Y CANDIANI

LAS NUEVAS ORIENTACIONES PARA LA CONSTITUCIÓN DE LA HISTORIA

Exposición compendiada de la "Teoría de la historia" de A. D. Xénopol

CAPÍTULO I

Sucesión y repetición universales

Vengo a exponer los pensamientos capitales de la obra del profesor rumano A[lexandru] D[imitriu] Xénopol, intitulada *Teoría de la historia*, y a juzgarla con el fin, en ambos trabajos, de alentar a los que se dedican a escribir sobre los sucesos históricos. Cuando sea preciso, transcribiré los párrafos íntegros de dicho libro.

La obra a que me refiero ha sido objeto de numerosos trabajos críticos, según se asienta en el preámbulo de ella; traducida por don Domingo Vaca, e impresa en Madrid, en 1911.

El primer capítulo trata de la repetición y de la sucesión universales, y en él, el citado profesor establece una distinción entre los fenómenos de la naturaleza, que son iguales en esencia, y que llama *de repetición*, y los hechos que se presentan únicos y con desemejanzas profundas, aunque, desde otros puntos de vista, pueden ser semejantes, hechos a los cuales los denomina *de sucesión*.

Para entender esa distinción hay que apelar a ejemplos que voy a escoger y que no son todos los que el autor propone.

Cuantas veces soltemos de nuestra mano una piedra, otras tantas caerá al suelo, siguiendo una dirección vertical; todos los días sale el sol por el oriente y se oculta por el occidente.

Aunque en la caída de las piedras pueda haber pequeñas diferencias de altura, porque no esté la mano a igual distancia del suelo, y aunque la luz del sol sea en unos días más intensa que en otros, resulta que la caída de las piedras siempre presenta la

misma línea vertical, y la salida del sol, las mismas apariencias al ascender sobre el horizonte. La caída de las piedras, como la salida y la ocultación del sol, están, pues, sujetas a lo que se llama una ley de la naturaleza.

Pero hay otros casos que no son como ésos; por ejemplo, la formación del Valle de México, en la época en que se destacó con su superficie generalmente plana, con sus volcanes, y con las montañas que la circundaron; la guerra de Independencia, que comenzó con el grito de Dolores y que acabó con la entrada del ejército trigarante a México. Estos hechos no se han repetido ni se repetirán jamás, si no es como simple movimiento terráqueo el primero, y como guerra el segundo; pero no con las particularidades de uno y otro, que ambos nos ofrecen, las cuales los hacen diferentes de otros movimientos terráqueos y de otras guerras contra el poder sobre las colonias sojuzgadas. A hechos como éstos, los llama Xénopol, hechos *de sucesión*, con los cuales, por el encadenamiento que los unos tienen respecto de los otros, se forman, no leyes, sino series.

El profesor rumano, para hacer esta distinción entre los hechos de repetición, sujetos a leyes, y los de sucesión, que sólo pueden formar series, establece cuatro clases en los mismos:

1ª Los fenómenos universales, ya se trate del espacio o del tiempo, como el de rotación de los planetas sobre su eje, y su traslación alrededor del sol, y el flujo y reflujo de las mareas.

2ª Los fenómenos universales en cuanto al tiempo, pero individuales por lo que toca al espacio: *v. gr.* la inclinación del eje de la tierra sobre la elíptica, la casi perpendicular que presenta el eje de Júpiter, y la casi horizontal del de Venus.

3ª Los fenómenos universales, en lo que toca al espacio, pero individuales en lo que toca al tiempo, como, por ejemplo, las formaciones de las capas terrestres, los animales desaparecidos y las transformaciones de los organismos vegetales y animales, hechos que han ocurrido en distintas partes de la tierra, pero que ya no se han presentado otra vez.

4ª Los fenómenos individuales, tanto con relación al espacio como con relación al tiempo: *v. gr.* la civilización egipcia, sólo del Valle del Nilo; la de Babilonia y de Asiria, en la Mesopotamia; la de los griegos, la de Roma, etcétera, que corresponden exclusivamente a comarcas especiales, pero no reaparecerán, a lo

menos como manifestaciones de la vida egipcia, de la vida babilónica y asiria, de la vida griega ni de la vida romana.

Xénopol da tanta importancia a la historia, que pretende que ésta sirva de base para clasificar las ciencias. Rechaza la clasificación de Bacon, basada en los conceptos de nuestras facultades (memoria, imaginación y razón), porque Bacon considera la historia en una acepción distinta de la que le corresponde; no acepta tampoco la clasificación de Comte (matemáticas, física, química, biología y sociología) ni la de Ampère que se basa en la distinción entre los fenómenos de la materia (ciencias cosmológicas), y los del espíritu (ciencias noológicas,) porque las juzga arbitrarias, puesto que reúnen lo que debe estar separado, y separan lo que debe estar reunido. Para el profesor rumano, la base de la clasificación de las ciencias está en la distinción que él hace entre los fenómenos de repetición, que conducen a formar el grupo de las *ciencias teóricas*, y los fenómenos de sucesión, a los que se contrae el grupo de las *ciencias históricas*.

Tomada esa base, siguen las subdivisiones así:

En las ciencias teóricas: a, *de la materia*, física, química, astronomía, biología, fisiología, etcétera; b, *del espíritu*, matemáticas, psicología, lógica, economía política, derecho, sociología, estáticas, etcétera, etcétera; en las ciencias históricas: c, *de la materia*, geología, paleontología, teoría de la herencia; *del espíritu;* ch, historia, en todas sus ramas.

Como se comprenderá, esta clasificación es tan arbitraria y tan incompleta como las otras; tan arbitraria, porque también reúne cosas que deben estar separadas y separa otras que deben reunirse; y tan incompleta, porque lo mismo que la de Comte, no comprende la filosofía, que es la más importante de todas las ciencias.

Así es que si la base tomada por Xénopol es valiosísima, puesto que hasta hoy no se había hecho la distinción que él hace entre los fenómenos de repetición y los de sucesión; si esa base, repito, es valiosísima para los estudios científicos, no puede aceptarse sino como provisional, y eso, cuando se trate de consagrarse de preferencia a los estudios históricos.

Adolece la clasificación de Xénopol del mismo defecto que tiene la de Bulnes, respecto de las razas. Este escritor nuestro, en su primer libro sobre *El porvenir de los pueblos latino-americanos*,

ante las conquistas de la Europa y de los Estados Unidos, clasificó a las razas sólo según su modo de alimentación (raza del trigo, raza del maíz y raza del arroz), olvidando que toda clasificación, para ser natural, necesita tener en cuenta todos los órganos y todos los caracteres. Xénopol, lo repito, incurre en el mismo defecto, pues sólo toma en cuenta, para la clasificación de las ciencias, la repetición y la sucesión, sin considerar la naturaleza de los fenómenos, ni las concepciones de nuestro espíritu, al examinarlos y separarlos en grupos, según los caracteres que presentan.

CAPÍTULO II
Doble forma de la causalidad

Bajo este rubro, el profesor rumano escribió un capítulo que ofrece un singular contraste, pues en la sección inicial en que trata de la "Realidad de la ciencia" se expresa con tal oscuridad y con tal vaguedad, comentando opiniones de otros autores, que nada se saca en limpio de sus párrafos, poco menos que enigmáticos; pero, en cambio, al referirse a "Los dos elementos de la causa; la fuerza y las condiciones" se presenta como un sabio profundo, como un revelador, pues da una explicación de lo que se llama causa, tan acertada y tan elocuente, que en vano buscaríamos otra más satisfactoria en los libros de los filósofos modernos.

Muchos de los sabios de los últimos tiempos, al explicar lo que debe entenderse por causa, no precisan los caracteres de ésta; pues unos la definen: *el antecedente constante e invariable de un fenómeno;* otros, creyendo dar una explicación que juzgan la más comprensiva, nos dicen que la causa de un fenómeno, *es otro fenómeno más general, en el que está comprendido el primero,* y así pasan a decir, por ejemplo, que el rayo es un caso particular de los fenómenos eléctricos, lo cual no nos ilustra; porque desde que hemos tenido el uso de la razón, hemos comprendido que la causa es cosa distinta del efecto; que en la causa hay una fuerza, una virtud, un algo, del que nace lo que llamamos efecto, y la noción más clara de ese concepto de causa la adquirimos cuando pensamos que, después de la decisión de nuestra voluntad, sigue a esta decisión el acto, ya se trate de andar, de sentarnos o de tomar alguna cosa entre las manos.

Xénopol, en esa segunda sección, en su capítulo segundo, ha llegado a señalar los caracteres que nos servirán para saber lo que es causa; y en verdad que su definición, además de feliz, porque nadie la había expuesto hasta hoy tan bien como él, es utilísima en su libro, puesto que, como veremos al llegar al concepto que forma de la historia, no concibe que haya hecho histórico alguno que no esté explicado por la causa que lo ha producido. Expongamos, pues, en breve resumen, lo que el profesor rumano entiende por causa.

Todo fenómeno, dice, es siempre producto de una fuerza natural que obra en determinadas condiciones de la existencia. La causa no se debe ni a la fuerza sola, como equivocadamente piensan algunos autores, ni sólo a las condiciones, a las cuales la atribuyen otros muchos.

La causa que hace andar a un tren no está sólo en la fuerza expansiva del vapor, ni en el maquinista solamente; la causa de que el tren se mueva está en la fuerza expansiva del vapor de agua, colocado en las condiciones debidas por el maquinista. Refiriéndose a esta clase de fenómenos, asevera Xénopol que, *si la fuerza no existiera, no habría motor; si las condiciones faltaran, la acción de la fuerza se perdería en el vacío.* Con motivo de éste, su concepto, critica, con fundados motivos, las opiniones de otros pensadores que no se han dado cuenta de lo que debe entenderse por causa.

Cuando la fuerza o la energía, en vez de obrar dentro de determinadas condiciones, obra en otras, el fenómeno que produce no es el mismo: esto prueba cuán necesarias son las condiciones para que la fuerza actúe. Así la gravedad hace caer, de un lado, sobre la superficie sólida del globo, todos los cuerpos más pesados que el aire o que los líquidos; pero la misma fuerza, actuando en otras condiciones, sobre cuerpos más ligeros que los líquidos, los hace que floten encima de éstos, como hace subir en el aire a los que son más ligeros que este fluido.

Por lo expuesto se infiere que no es aceptable lo dicho hasta hoy por muchos filósofos, que sostienen que la *misma causa puede producir distintos efectos;* pues no es lo mismo fuerza o energía, que causa; ésta es la fuerza o la energía obrando dentro de determinadas condiciones. Esta aseveración, la de que la misma causa puede producir distintos efectos, es absurda; destruiría, si se

admitiera, el postulado en que se basa toda ciencia; y, por otra parte, está en abierta contradicción con lo que los mismos sabios han dicho, esto es, *que la misma causa produce iguales resultados.* Es que, cuando los filósofos han aseverado esto último, han tenido en la mente la idea de la verdadera causa; y que, cuando han asentado el pensamiento absurdo de que antes se hizo mención, han confundido la causa con la energía o la fuerza, lo cual, como hemos visto, es inadmisible, si no se tienen en cuenta las condiciones en que la energía o la fuerza actúa. Haciendo la distinción que se ha indicado, ya se puede aseverar que la misma causa produce el mismo resultado, *cuando actúa en las mismas condiciones;* que produce resultados diferentes, *cuando las condiciones son distintas.*

Explicar un fenómeno es señalar su causa, pero de tal modo, que no nos queda duda acerca de la dependencia de ese fenómeno respecto de lo que lo ha producido. Decir que la cristalización de la pirita de hierro en cubos se debe a la energía dispositiva de las moléculas no es dar una explicación, pues todo se reduce a palabras; pero asentar que la subida del mercurio en el termómetro, a causa del calor, y su descenso, motivado por el frío, están determinados por la dilatación o la contracción de las moléculas del metal, sí es explicación satisfactoria, pues responde a la necesidad que tiene nuestro espíritu de penetrar, todo lo posible, en la naturaleza íntima de los fenómenos. Para que, cuando hablamos de *fuerza que actúa,* quedemos satisfechos, es necesario que nos sea conocido el modo de actuar de esa fuerza. Sobre este punto es tan importante la exposición, que hay que copiar, textualmente, el párrafo que, a dicho punto, se contrae.

> Todos los fenómenos debidos a la gravedad están suficientemente explicados por esta fuerza, puesto que sabemos que obra por *atracción mutua,* ejercida en determinadas proporciones. Los fenómenos debidos al calor, como la formación de las nubes, la dilatación, el paso de los cuerpos al estado líquido y al gaseoso, la tensión del vapor, nos son comprensibles porque sabemos el modo de obrar de esa fuerza natural, que tiende a separar unas de otras las moléculas que constituyen a los cuerpos. Por el contrario, el frío, que tiende *a hacer más íntimo el contacto de las moléculas,* aun cuando explica muchos fenómenos, deja de ser causa satisfactoria para la congelación del agua, puesto que, en lugar de disminuir, aumenta de volumen al

helarse, y este fenómeno sigue siendo un misterio, porque en él desconocemos cómo obra el frío. Los fenómenos eléctricos, que dependen del contacto de las dos electricidades, positiva y negativa, están explicados, hasta cierto punto, por el modo de obrar de los dos polos de la misma fuerza, atrayéndose, cuando son de nombre contrario, repeliéndose, cuando lo son del mismo; pero la acción de las corrientes eléctricas, la transformación del movimiento en electricidad, el electromagnetismo, etcétera, siguen sin explicación, porque se desconoce el modo de obrar de las fuerzas que representan, y estas últimas no son, para nuestro espíritu, más que simples palabras. Lo mismo ocurre con la luz, cuya acción es también desconocida, a pesar de las miles de miles de vibraciones por segundo que en ella se han contado. Por el contrario, sabemos el modo de obrar de las fuerzas que se manifiestan al través del alma humana, y, por analogía, también al través de los animales. Lo conocemos, porque se manifiesta por el órgano mismo de nuestra percepción, en nuestro interior y directamente, mientras que, en lo que respecta a la naturaleza, nuestro conocimiento está, forzosamente, limitado al exterior, y no podemos tenerlo sino indirectamente.

Por esta transcripción se advertirá que Xénopol estuvo feliz —lo que no pasa en otras partes de la obra— al explicar la naturaleza de las causas.

Concebida la causa como la fuerza que obra en determinadas condiciones, ya es fácil explicarse por qué la simple secuencia, es decir, la verificación de un fenómeno después de la de otro, no implica relación de causalidad, tema que la lógica trata cuando enseña lo que es el sofisma de *non causa pro causa,* fundado, falsamente, en el pensamiento: *después de esto; luego por esto.* En efecto, aunque el día y la noche se suceden, ni el primero es la causa de la segunda, ni la noche es causa del día; pues la causa de ambos está en la rotación impresa al globo terráqueo por el movimiento inicial, actuando en condiciones distintas de posición de la tierra con respecto al sol.

Cuando se ha dicho que un fenómeno es la causa de otro no se ha tenido en cuenta que el fenómeno que se denomina causa no es más que un elemento componente de las condiciones que una fuerza o una energía necesita para obrar como causa.

Preciso es, dice Xénopol, que intervenga una fuerza para poner en juego las condiciones y hacerlas producir el efecto. Combate,

por esta convicción, el aserto de Durkheim, por el cual se establece que la causa de un hecho social debe buscarse en los hechos que lo han precedido. De acuerdo con Xénopol, no atribuiremos la muerte de Maximiliano sólo a la ley de 25 de enero de 1862, sino también al factor singular que obraba en aquel momento: el de la aversión del ejército, triunfante en Querétaro, contra el príncipe austriaco, por las ejecuciones originadas por el decreto imperial de 3 de octubre de 1865, y, también, a la entereza de Juárez, negando el indulto, factores que, unidos a los antecedentes del fusilamiento, dan la explicación causal de éste, puesto que se sabe que don Benito Juárez estaba pendiente de la opinión pública al examinar la solicitud de indulto en favor de Maximiliano.

Al examinar la causa de los hechos no basta conocer la fuerza o la energía que los produce: es forzoso apreciar también las condiciones en que esa fuerza actúa. Por ejemplo, para deslindar responsabilidades en el incendio de los puestos de pólvora, en Oaxaca y en 1869, no basta referirse a la combustibilidad de la pólvora; es preciso pensar, también, en la imprudencia de la mujer que, para probar que su pólvora era buena, la encendió en su mano, y, por el ardor de la quemadura, dejó caer dicha pólvora encendida sobre el montón de que despachaba, lo cual originó el incendio de los demás puestos y produjo la catástrofe, inolvidable para los oaxaqueños.

Hay una sección del capítulo segundo, que se intitula: "Causa y tiempo"; en ella es preciso hacer algún esfuerzo para entender al autor. Voy a procurar dar una idea sencilla del contenido de esa sección.

Se ha creído —dice el autor— que el factor tiempo es necesario para que la causa produzca el efecto, es decir, que se necesita un transcurso para que una energía o una fuerza origine un fenómeno; pero no es así, porque en los hechos de repetición, esto es, en los que están sujetos a leyes, la causa obra concomitante con el efecto, siempre que la génesis del hecho proviene de una o de varias fuerzas que actúan sobre un solo grupo de condiciones. El movimiento de los planetas alrededor del sol, y la rotación alrededor de su eje, la atracción mutua de todos los cuerpos, y el fenómeno de las mareas, son fenómenos que se desarrollan en el tiempo y reclaman el transcurso de éste para realizarse; pero, en

realidad, la causa es coetánea del efecto; porque ¿cómo puede decirse, en razón, que la gravedad ha precedido a la revolución en los planetas o a la caída de los cuerpos? Podría decirse que la gravitación, origen de la revolución de los planetas, existía anteriormente; pero el movimiento rotatorio existía ya en la rotación del sol sobre sí mismo, y, si es preciso remontarse hasta el comienzo de las cosas, ese movimiento estaba en los centros de la materia cósmica. Ocurre lo mismo, aunque con algunas diferencias, cuando se trata de hechos en que parece que el tiempo ya no hace un papel pasivo; en el de la fusión de los metales, por ejemplo, en que podría creerse que es necesario el calor para la disgregación de las moléculas; en este caso, como en el de la influencia del calor sobre la vegetación, por más que parezca que se necesita el tiempo, se advierte que la causa, esto es, la energía calorífica, empieza a funcionar desde el momento en que esa energía entra en contacto con las condiciones de su actuación, y cesa en el momento en que esas condiciones desaparecen.

Hay otra tercera clase de fenómenos, en la que, con más fundamento aparente, pero siempre ilusorio, podría creerse que el tiempo es factor importante: *v. gr.*, el caso del arco iris, que supone que habrá que esperar a que la lluvia haya cesado en el lugar en que estamos, y a que el sol se encuentre en determinada posición, para producir el espectro; el del rayo, que supone la acumulación de la electricidad en las nubes y en un cuerpo terrestre; pero se advertirá que en estos casos, inmediatamente que las condiciones se encuentran, la fuerza se añade a ellas e impulsa al fenómeno a manifestarse; el efecto se produce al mismo tiempo que la causa, siendo ésta, según se ha dicho, la cooperación de la fuerza con las condiciones.

Entra después Xénopol a rectificar sobre este punto los juicios de Stuart Mill, de Schopenhauer y de Fonsegríes, y concluye haciendo notar que en los hechos de repetición, por más que, a veces, parezca lo contrario, la causa, esto es, la fuerza latente, es concomitante con el efecto, puesto que actúa desde el momento en que existen determinadas condiciones.

Como advertirán los que me escuchan, o los que lean estas líneas, el profesor rumano se contradice en lo que asevera y dejo extractado; se contradice puesto que, para él, la causa de los fenómenos no está sólo en la energía o en la fuerza que obra, sino

también en las condiciones que acompañan a estos fenómenos; y como estas condiciones sí requieren a veces tiempo, para presentarse, resulta que el factor tiempo, aun en los fenómenos de repetición, no desempeña un papel enteramente pasivo en la producción de los hechos.

No se me tache de presuntuoso; yo procuro siempre, al apreciar el pensamiento de un autor, examinar la congruencia y la armonía de sus asertos; y por lo que he dicho, tomándolo del texto, no queda duda de que Xénopol se contradice, al aseverar: primero, que por causa debe entenderse la fuerza o la energía que obra, unida a determinadas condiciones; y después, que en los fenómenos de repetición, la causa debe considerarse concomitante siempre con el efecto. Esto último sólo podría admitirse si hubiera aseverado que la causa de los hechos está, únicamente, en la energía; pero como afirmó que las condiciones son necesarias también para el concepto de causa, y estas condiciones sí requieren el tiempo para presentarse, resulta que hay una manifiesta contradicción en esa parte de la obra.

Dado este antecedente no creo necesario detenerme para exponer cómo distingue Xénopol la *anterioridad* de la *irrevertibilidad*, a fin de refutar a los que confunden a ésta con aquélla, pues dice que los teoremas geométricos dependen de los axiomas, pero que éstos no dependen de aquéllos. A esta circunstancia la llama irrevertibilidad, y sobre ella diserta, para concluir sobre el punto de la no influencia del tiempo en la causa de los fenómenos de repetición. Siendo falsa la base de que parte, por la contradicción que he hecho notar, creo que está de sobra examinar esa distinción que opone a otros autores entre la anterioridad y la irrevertibilidad.

Hay otra sección del capítulo segundo, la que se denomina: "Otros caracteres de la causalidad de repetición", en la que el autor diserta, no con la claridad que fuera de desearse, acerca de cómo la relación entre la causa y el efecto viene a estar sujeta a una ley, esto es, a lo que los sabios llaman *ley de causalidad;* y acerca del hecho de que la forma sucesiva de los fenómenos de repetición, que se determina por el examen de esos fenómenos, es de poca fuerza y choca pronto con el misterio de la causa última. No creo necesario examinar esa sección, que pertenece más a la filosofía de las ciencias que a la historia; pero sí copio aquí un aserto con-

tenido en ella, y que a su tiempo comentaré; está en el párrafo que dice así, después de haber hablado de las condiciones de la causa, en los fenómenos de repetición:

> Pero hay condiciones que no se producen en cuanto al espacio, sino tratándose de cuerpos individuales, y que, por tanto, no se encuentran sino una sola vez en la variedad infinita de los mundos. Tales son las que presentan los planetas y que constituyen los elementos a través de los cuales se realizan la rotación y la revolución alrededor del sol. Estas condiciones dan origen a la diferente distribución del calor solar en las distintas regiones de cada uno de los planetas. Están determinadas por el ángulo de inclinación del eje del planeta sobre su órbita, inclinación que es absolutamente especial en cada uno: veintitrés grados en la Tierra; casi perpendicular en Júpiter, y casi horizontal en Venus, etcétera. Estas inclinaciones especiales, particulares a cada planeta, constituyen circunstancias de espacio, *únicas para cada uno de ellos,* y excluyen, por tanto, el elemento universal del segundo componente de la causa de los fenómenos, las condiciones. No obstante, aun cuando individualizada en punto al espacio, no por eso deja de dar origen esta distribución a leyes, y se puede hablar perfectamente de la ley de la sucesión de las estaciones, o de la alternativa de los días y de las noches, en tal o cual planeta; pero esta ley será diferente, según los planetas: porque las condiciones materiales del espacio son distintas en cada uno de ellos. Si las causas, cuyas condiciones están individualizadas, en punto al espacio, poseen, no obstante, el carácter de leyes, esta cualidad no puede serles atribuida, sino porque su producción no tiene límites *en el tiempo,* porque es eterna; a lo menos, con respecto a nuestra existencia humana. Pero esta circunstancia prueba que el principio de *que no hay ciencia más que de lo general,* es demasiado absoluto. Las ciencias tienden efectivamente a generalizar todo lo posible; pero deben muchas veces tomar en consideración elementos individuales.

He copiado el párrafo anterior, para que se vea en qué funda Xénopol su tesis de que no es tan absoluto el principio de Aristóteles, de *que no hay ciencia más que de lo general,* porque después voy a combatir ese aserto del sabio profesor rumano; pero será cuando examine el carácter científico de la historia, cuando haya de comentar todo lo que sobre esto dice ese profesor. Por ahora, seguiré exponiendo, en resumen, y comentando lo que contiene su capítulo segundo.

Hemos llegado a un punto de la obra que examino, en el que el autor, como buzo de las profundidades de la historia, comienza a penetrar en la naturaleza de los sucesos humanos; me refiero al que intitula: "La causalidad en la sucesión": ésta comprende, no como vulgarmente se cree, los hechos que se siguen el uno al otro, como lo habíamos aprendido en nuestros estudios de lógica, sino los hechos singulares, más o menos generales, por lo que toca sólo al espacio, que son individualizados por el tiempo.

Aunque la causación de estos hechos, es decir, de los fenómenos de sucesión, pueda estar sujeta también a leyes, como la de los hechos de repetición, estas leyes no se someten a condiciones idénticas, de modo que den origen al mismo fenómeno, repetido muchas veces. Por eso, los hechos que se estudian en la sucesión se nos presentan siempre como nuevos, aunque, como hechos generales humanos, presenten algunas semejanzas, y, dentro de éstas, puedan ser objeto de las generalizaciones de la sociología estática. Las desemejanzas, entre uno y otro de esos hechos, son tan profundas, que por eso resulta cada uno como singular.

En los fenómenos de sucesión no deja de haber causa, pero ésta se halla no sólo en la energía que genera esos hechos, sino en las condiciones que el tiempo, como factor importante en el caso, va presentando. Y sucede, además, que estos fenómenos, producidos por determinada causa, vienen a ser causa de otros fenómenos.

En los hechos de repetición, al remontarnos a las causas, encontramos pronto un límite para nuestra investigación, esto es, nos detenemos pronto en lo incognoscible, como, por ejemplo, al examinar la causa de la caída de los cuerpos, llegamos a señalar como tal la gravedad, o, si se quiere, lo que llamamos la gravitación; pero la causa de ésta ya no puede señalarse; en cambio, en la sucesión, encontrada la causa de un hecho vemos que éste provino de otro u otros; que éstos, a su vez, se originan de otros anteriores; y así, hasta llegar al origen de tal pueblo o de la humanidad. Por este motivo, y porque las semejanzas entre los hechos de sucesión valen muy poco, enfrente de las desemejanzas que presentan, no se estudian tales hechos como uniformidades, a la manera que pasa en física, en química, en biología y en la sociología estática, esto es, no se estudian en leyes, sino en series, o sea, las disposiciones de esos hechos, enlazados en el tiempo los unos con los otros. Valgámonos de ejemplos tomados, no como

los de la obra, de la historia de Rumania, sino de la nuestra. Preguntémonos, por ejemplo, por qué existe como independiente la República Mexicana. Si nos atenemos solamente a los grandes anillos de la cadena, encontramos la causa de este hecho en la proclamación del Plan de Iguala. Analicemos los elementos de esta causa: impulso de los insurgentes para tener un gobierno autonómico, e interés de las clases acomodadas y ricas de librar a la colonia de la influencia de las ideas reinantes en España, y de conseguir que la Iglesia se emancipara de la tutela del poder civil, que la había sojuzgado por las prerrogativas del regio patronato. Las condiciones fueron, entre otras, la convicción, entre los jefes del ejército virreinal, de que no podrían acabar con el anhelo de la independencia en los insurgentes; y en éstos, el deseo de realizar esa independencia, por la que habían luchado durante 10 años, así como la confianza que tenían, unidos insurgentes y realistas, de que se constituiría el pueblo nuevo sobre bases de duración. Las condiciones de esa causa las dan los hechos precedentes: por lo que toca a los insurgentes, los ejemplos de amor a la independencia, ofrecidos por los angloamericanos contra Inglaterra; por los franceses, contra su monarca y contra los prusianos y los austriacos; por los españoles, contra la invasión francesa en 1808 y por estos mismos, cuando depusieron al virrey Iturrigaray, sin contar con la voluntad del gobierno español; y por lo que toca a las clases que tenían a su cabeza a Iturbide, la aversión a la Constitución de Cádiz, restaurada, que era contraria a sus intereses y a sus aspiraciones.

Si queremos remontarnos de esas causas a otras anteriores encontraremos que los mexicanos se lanzaron a la lucha por su independencia, desde 1810, porque los mismos españoles los habían ilustrado y les habían dado con sus enseñanzas los medios de creerse aptos para gobernarse por ellos mismos; y que los realistas de la colonia (criollos, mestizos o españoles que habían vivido en las comodidades que les proporcionaban sus fueros y sus prerrogativas) por instinto comprendieron que, de seguir en España las cosas como iban, aquellos sus intereses desaparecerían o sufrirían sensible menoscabo. Remontándonos más, esto es, buscando los orígenes de estos hechos, llegaremos de examen en examen, hasta el instinto de conservación, o la tendencia a la lucha por la existencia.

He citado, siguiendo el mismo plan de Xénopol, un hecho de nuestra historia; mas como se trata aquí de un punto de importancia, quiero aclarar más los conceptos del autor, reproduciendo otro pasaje por él aducido; dice así:

> Consideremos también, en sus grandes etapas, la sucesión de los hechos que produjeron la gran revolución francesa. Su causa más cercana fue la organización política de Francia, tal como era a fines del siglo XVIII. Como fuerza, esta causa se debe a la tendencia de todo poder a abusar de su preponderancia; como condiciones, a la ruina del sistema feudal, cuyo poder político habían destruido los reyes de dicha nación, sin dejar de mantener sus privilegios sociales. La ruina del sistema feudal tuvo por causa la lucha de los reyes, ayudados por la burguesía y por el pueblo bajo, contra los señores. Fuerza: lucha por la existencia, y tendencia de predominio; condición: organización feudal que impedía cualquier progreso. El sistema feudal, a su vez, tiene su causa explicativa en el establecimiento de los germanos en la Galia romana. Fuerza: mezcla de los pueblos y tendencia a la dominación de los recién venidos; condiciones: destrucción de la organización romana, falta de orden, necesidad en los débiles de buscar la protección de los poderosos. Aquí, la causalidad se bifurca también: de un lado se remonta, de escalón en escalón, al través de la decadencia romana, hasta la expansión romana; de otro, a la de los bárbaros; pero por ambos lados se eleva a lo menos hasta el origen de las sociedades.

Por los casos citados se advierte que, en los hechos de sucesión, la cadena en que se van enlazando las causas, es decir, las fuerzas y las condiciones, es muy extensa. Esto no pasa al examinar la causalidad de los hechos de repetición, que es limitada y que a pocos pasos se detiene en lo incognoscible, como lo hemos hecho notar, hablando de la caída de los cuerpos, respecto de la que llegamos a la gravitación, sin que podamos precisar cuál es la causa de ésta. Cuando entre los factores producentes *[sic]* de los hechos se encuentran el azar o la acción personal de un individuo o de varios, la cadena de la causación tampoco es muy extensa. Por ejemplo, si consideramos la energía de Juárez como una de las causas de la reforma, al buscar la causa de la energía, no podemos remontarnos, a lo menos con certeza, a la causa de que se derivó: porque las personalidades, como fuerzas, son ya

indescifrables para nosotros, y allí tiene que detenerse el análisis de la causación. ¿Cómo podríamos explicar por qué apareció Juárez en el escenario de nuestra historia, no como un simple hombre, sino con aquel carácter inflexible que lo ha hecho inmortal?

Después de esas importantes consideraciones que habían de servir para dar a la historia su verdadera naturaleza, entra Xénopol a otros de menos interés, pero no desatendibles, acerca: *1º* de cómo se combinan con causas más generales, las que corresponden al influjo de los hombres y al azar; *2º* de la necesidad que hay, lo mismo en la historia que en todas las ciencias, de buscar las causas, aunque muchas de éstas no se hayan encontrado hasta hoy, y *3º* de cómo, a la inversa de lo que han sostenido otros pensadores, las causas más precisas y más claras, en la historia, son las de los hechos más generales y no las de los que abarcan un campo más reducido. Después de esas consideraciones, inserta el párrafo que va a verse y que contiene una de las aseveraciones más inesperadas para los que han buscado en la historia las revelaciones para lo porvenir; dice así:

> Es preciso también observar que el encadenamiento sucesivo no es nunca fatal y necesario *a priori*. En historia, dada la causa, no la sigue siempre el efecto, y sí, sólo después de que éste se ha producido, se muestra como consecuencia necesaria de la causa. Es lo único necesario: porque, entre varios efectos posibles, es el único que se ha realizado. Los hechos históricos no vienen a ser fatales e irrevocables, sino después de su realización. *Lo que ha sucedido, debía suceder, puesto que así ha sido,* ése es el pensamiento fundamental de la historia. Este fatalismo, aun cuando no pueda determinarse de antemano, no deja de ser *a posteriori* enteramente tan irrevocable como las leyes fatales de la repetición. Por eso no comprendemos mucho la utilidad de los razonamientos sobre lo que hubiera podido ocurrir...

"La hipótesis no alcanza al pasado; nada puede variar lo que una vez fue", dice con mucho acierto Andrés Lefebre.

Es sorprendente esta tesis, porque envuelve la curiosa enseñanza de que hay hechos que son fatales, pero que no pueden preverse, como se prevén un eclipse y una reacción química. Adelante veremos que, no por la imposibilidad de prever los sucesos futuros, deja la historia de alumbrarnos de algún modo para lo porvenir.

En las ciencias de sucesión se eliminan las causas últimas, y esto les da la ventaja sobre las que versan sobre la repetición. He aquí las diferencias entre unas y otras ciencias: *1ª* en la repetición, la causa es concomitante con el efecto; en la sucesión, aquélla precede a éste; *2ª* en la repetición, la causa última rodea muy de cerca a lo incognoscible; en la sucesión, aparece relegada al infinito; *3ª* la causalidad, en la repetición, se manifiesta en forma de ley; en la sucesión, en forma de serie.

Nos habla al fin el autor de la "Transición entre las dos formas de la causalidad" y diserta, no con la claridad que fuera de desearse, acerca de cómo la causalidad de repetición pasa insensiblemente a la de sucesión.

> Cuando el progreso supera —dice— a la repetición, ésta acaba por perder la importancia que tenía, y la sucesión viene a ser la parte principal de los fenómenos, la que sorprende y se impone al espíritu. Las grandes figuras de una nación no se cuentan, aunque sean también hechos de repetición... La literatura, la filosofía, las artes, no son cuestiones de estadísticas. La historia de los pueblos es también un fenómeno de repetición, porque la evolución de todos ellos ofrece analogías que da la naturaleza íntima, común, del ser humano; pero esta historia es de tal modo distinta, que la parte similar, el elemento repetido, no desempeña casi ningún papel, y desaparece ante el elemento distintivo de la evolución. Estas diferencias no impiden, sin embargo, hacer en cada caso las distinciones que cada ciencia exige, así como los fenómenos que unen a la física con la química no oponen obstáculo para que se constituyan la una y la otra.

En el capítulo tercero, el autor, faltando al rigor lógico, habla del carácter científico de la historia. Este punto debe ser tratado a lo último, esto es, cuando el autor haya determinado todos los aspectos y actividades que constituyen a la historia. Porque establecer que la historia es una ciencia es, realmente, encontrar en la definición de la misma lo que los estudiantes de lógica llamamos el *género próximo,* base de toda definición.

Permítaseme, por eso, los que me escuchan, o los que vean estas líneas, reserve la exposición en resumen, lo mismo que mis comentarios, para el fin, y que pase al capítulo cuarto, que trata de las opiniones erróneas acerca del objeto de la historia.

CAPÍTULO IIII [SIC]
Opiniones erróneas acerca del objeto de la historia

El capítulo que comienza con este rubro es uno de los más importantes de la obra, pues que en él el autor explica cuál es la verdadera misión del historiógrafo. Si no fuere impropio de éste, mi trabajo, habría yo de reproducirlo íntegro a este capítulo; mas como es preciso extractarlo y comentarlo, me limitaré a estos propósitos.

En toda ciencia, lo esencial es la fijación de las verdades; pero en la historia no basta esto; se necesita la determinación de las causas de los hechos.

La historia, como otras ciencias, tiene, para constituirse, la dificultad de desvanecer las preocupaciones que a los autores arrastran a la desnaturalización del objeto que esa ciencia persigue. Y esa desnaturalización ha dependido de la tendencia en los escritores sobre dicho ramo, a juzgar, a apreciar los hechos, no por lo que la experiencia enseña, sino por los prejuicios o por el criterio personal del narrador. Preciso es, por lo mismo, delimitar la función de la historia, de modo que no conduzca a errores y sirva de enseñanza limpia e irreprochable.

Lo que ha contribuido en mucho a falsear el concepto de la historia ha sido el afán de los que sobre ésta escriben, de exponer, no lo que enseña la realidad, sino sus propias ideas, sus principios y hasta sus intereses y pasiones. Tenemos nosotros, los mexicanos, dos escritores que narraron nuestra guerra de independencia; don Lucas Alamán y don Carlos María de Bustamante. Uno y otro, al exponer los hechos de esa guerra, no fueron fieles; pues, al juzgarlos, llegaron al colmo de la desviación. Don Lucas Alamán, apasionado de los españoles, no vio en aquella guerra el pensamiento del nuevo pueblo, que aspiraba a un régimen autonómico; sólo vio crímenes y excesos; don Carlos María Bustamante, enconado contra los españoles, no advirtió que éstos, inconscientemente si se quiere, habían preparado al nuevo pueblo para la vida independiente. Las apreciaciones de uno y otro narrador no pueden llamarse de orden histórico, no sólo porque ambos desfiguraron, por la pasión que los guiaba, los hechos reales, sino porque no precisaron, como debe hacerlo la historia,

las causas de los sucesos. Sus obras son políticas, no de historia; contienen, no la expresión de lo que realmente ocurrió, sino el proceso de los insurgentes, por lo que toca a Alamán, y el de los españoles, en la obra de Bustamante; y hay en algunos pasajes algo más que un proceso: una acusación, una requisitoria, que empaña por completo la diafanidad que se necesita para revelar el pasado, y para formar con él un caudal de enseñanzas útiles. Pero sigamos exponiendo, en extracto, las profundas observaciones que hay en el capítulo cuarto de la *Teoría de la historia*.

Preocupa a Xénopol, con razón, lo que él llama valor en los hechos históricos, es decir, la apreciación que el narrador hace acerca de los sucesos. Esa apreciación puede falsear la historia, de dos maneras: por lo que toca a la determinación de los hechos, y en lo concerniente a las causas de éstos.

Algunos han creído que, para los fines del patriotismo y de la moral, es debido presentar los hechos de modo que estimulen para la virtud y eviten los desfallecimientos. Esto es un error: el influjo de los hechos debe buscarse en los hechos mismos, no en la manera de presentarlos o de juzgarlos, desfigurándolos o mutilándolos; y la razón de esto está en que los lectores o los oyentes, si llegan a verse engañados, no se atendrán a la apreciación del narrador, sino a los mismos hechos. Los ejemplos moralizadores que puede ofrecer la historia no ejercerán influjo, sino cuando estén demostrados (o cuando menos, agrego yo, cuando se basen en lo verosímil y no en lo ficticio). No debe olvidarse que vivimos en una época en que no se está ya dispuesto a creer sólo en palabras. Por eso, aun en aquello que no es seductor para el corazón, hay que proceder con severidad, a fin de que los pueblos vean de dónde han venido sus desgracias y sus fracasos, y por eso habrán de enseñárseles las causas reales de lo que ha sucedido; porque, según Fustel de Coulanges, es peligroso confundir el patriotismo, que es una virtud, con la historia, que es una ciencia. Cuando los que escriben sobre historia y sobre glorias nacionales no se inspiran en la realidad, y, llevados por fines patrióticos, exageran o falsean los hechos, no es difícil que el fracaso responda a ese noble pero insensato anhelo. Recuérdese la patriotería española, efecto de las excitaciones de los escritores, en el fracaso de la guerra con Cuba, a fines del siglo XIX; y no se olvide que Pi y Margall, mes a mes, iba advirtiendo a sus compatriotas los pe-

ligros a que se exponían, y que, casi profeta, por el conocimiento del pasado, presentía lo que habría de llegar, y que llegó: la desaparición del dominio español en la Perla de las Antillas.

Aunque la historia no puede servirnos, como la astronomía, para predecir algún hecho con el conocimiento del pasado, puede, sí, sernos útil para hacernos advertir la marcha que las cosas habrán de tomar. Y esto fue lo que sirvió al insigne español a quien hemos citado para alumbrar a sus compatriotas, señalándoles los errores que estaban prohijando, y el desenlace, funesto para ellos, que no se hizo esperar mucho tiempo: la pérdida del dominio en Cuba.

Tomando por base lo sucedido, el historiador puede favorecer la evolución del pueblo, en el sentido del bien, sin necesidad de inventar causas, o de formular procesos o sentencias que no estén fundados sobre los hechos.

Mucho es ya que la historia nos enseñe cuál es nuestro presente, y nos haga comprenderlo, pues así sabremos cuáles son nuestras capacidades para el mañana.

Lo que Xénopol llama *historia-censura*, esto es, la historia escrita no para presentar la serie, encadenada por la relación de causa a efecto de los hechos, sino para hacer triunfar determinados principios, es una falsa ciencia. El historiador, en esta clase de estudios, se erige en acusador o defensor, en vez de ser un revelador de la realidad. Pero la historia-ciencia no puede ni debe seguir este camino.

Tratándose de los caracteres, esto es, del modo de ser de los personajes, debe distinguir en éstos el fondo natural y el carácter histórico. El fondo natural sólo es apreciable en hombres de notable relieve, como Morelos y Juárez; si se trata de otros de menos importancia, de aquellos que han figurado poco tiempo, es fácil apreciar su modo de ser propio; pero si han vivido mucho, como Santa Anna, por ejemplo, para comprenderlos y presentarlos, hay que tomar en consideración la influencia que en ellos ha ejercido el ambiente moral y político en que han vivido. Para que se comprenda cómo sobre el natural modo de ser de un personaje histórico influye el medio, Xénopol dice así:

No citaremos más que un ejemplo, el de Tiberio, analizado por Beulé, y que prueba superabundantemente que el monstruo de la isla de

Caprea fue producto más bien de las circunstancias, que de disposiciones innatas. Tiberio era un hombre como nosotros, mejor dotado que nosotros. Aquel descendiente de los ilustres Claudios, si hubiera vivido en tiempos regulares, y en un país libre, habría sido moderado, enérgico, útil y, por consiguiente, dichoso; quizá habría dejado gloria pura, como la mayor parte de sus antepasados. Pero nació y creció en un medio insano, rodeado de detestables ejemplos, sometido al contagio de la omnipotencia; conoció todos los apetitos, todas las ilegalidades, todas las pasiones; pasó por la bajeza, el miedo, la desesperación, la servidumbre voluntaria, el destierro, antes de que un cambio brusco de fortuna le arrojara al trono, envilecido y enervado, en medio de los peligros, de las traiciones, de las adulaciones, de las sospechas; de suerte que sufrió, por espacio de cerca de medio siglo, una desmoralización lenta que le degradó, que le puso por bajo de la animalidad y le llevó a la rabia y al frenesí. Por el contrario, un carácter como el de Napoleón, es mucho más constante. Los hechos le asignan como marco, el mundo; pero no habría sido otro, aun en las más modestas condiciones de fortuna, y todavía, en este caso mismo, ¿puede sostenerse que el carácter de Napoleón no se ha modificado bajo la presión de los hechos, o al menos que ciertas partes de su carácter no se han modificado a expensas de los demás?

Por esto, no podrá jamás pintarse con una sola pincelada el carácter de los personajes históricos. Hacerlo, cuando un personaje entra en escena, es anticipar su desarrollo ulterior; resumirle al fin de su vida es condensar hechos separados por el tiempo y que no se parecen unos a otros. La exposición del carácter, para ser verdadera, ha de hacerse a medida que se forma (es lo que hizo Prescott con Cortés, pues fue describiendo las modificaciones que sufrió éste, después de su vida de colono; más tarde, como conquistador, y por último, como reconstructor de lo que había destruido). Debe partir esa exposición del fondo humano, por pálido que nos parezca, desde el momento en que entra en escena, y desarrollar una por una las particularidades que la marcha de la vida le hace contraer.

Necesito detenerme algo en este punto. No se advierte en lo expuesto hasta aquí por Xénopol, ni en toda la obra, si acepta o no acepta la idea de la libertad humana, base de la responsabilidad; ni si es o no es partidario del determinismo; pero sí reconoce, en varios trances de la misma, que ciertos hombres influyen en la dirección que toman los sucesos. Si esto es verdad, se infiere que no siempre es incontrastable la influencia del medio

y de la raza, y que la voluntad humana significa un factor para el progreso o la retrogradación de los pueblos. Si se conviene en esto, no puede aceptarse sin limitaciones la doctrina del autor, en la cual se condena todo juicio del historiador acerca de determinados personajes.

Bien está que, tratándose de los hechos, el que escribe la historia los exponga como han pasado realmente y no como él quiere que aparezcan; y bien está también que, para comprender esos hechos y para enlazarlos en series, no se expongan más causas de ellos que las que resulten comprobadas. Pero, tratándose de los hombres que, cediendo a sus pasiones, o dejándose llevar por otros más enérgicos, han contribuido de algún modo a las desgracias de un pueblo; y asimismo, cuando se examina a los hombres superiores, a los héroes y a los propulsores del humano progreso, preciso es que se condene la conducta de los primeros, y se ensalce la de los segundos. Si el historiador hubiera de limitarse sólo a la exposición de los hechos y de sus causas, sin condenar a los hombres depravados, y sin aplaudir a los que han rayado a una altura moral no común, resultaría la historia cómplice de las tiranías, e inútil casi para el progreso moral; porque muchos perversos, apoyándose en ella, en el determinismo histórico, reclamarían la irresponsabilidad, y no reconocerían freno; y, por otra parte, habría que borrar todas las páginas de gloria de que se enorgullecen los pueblos, y arrojar al cesto los panegíricos que alientan a los salvadores sociales.

No creo que la historia, que es la maestra del hombre y que siempre es temible para los tiranos (recuérdese que Santa Anna mandó recoger y destruir la obra en que se condenaba su conducta en la guerra con los Estados Unidos del Norte), no creo que la historia, repito, deba, con enseñanzas frías, convertirse en un soplo letal que apague los entusiasmos para el heroísmo y para todas las virtudes cívicas; ni que se convierta en un impulsor del despotismo, señalando solamente los hechos y las causas de éstos, y dejando de ser la voz de la conciencia pública, que ajusticia a los opresores de los pueblos. Xénopol, que probablemente no conoce a nuestro historiador de los hechos más salientes en la Intervención y el Segundo Imperio, tal vez ignora también cómo se mostró disgustado el dictador Santa Anna cuando vio revelados sus manejos indecorosos en nuestra guerra del 47. El

profesor rumano cree, según se infiere por lo que dice, que la historia sólo puede ser leída por el común de los hombres; pero olvidó que también los tiranos la leen, porque la temen, y que las censuras de los historiadores pueden alguna vez evitar o disminuir los atentados de los déspotas.

Tal vez esto haya querido decir, en el fondo, Xénopol, al referirse a lo que es el proceso que la realidad y no el juicio del historiador, formulado implícitamente en la historia, escrita sin pasión; pero, si no ha de entenderse el pensamiento de Xénopol en este sentido, no acepto su doctrina, porque con ella quedaría libre de toda condenación, por ejemplo, el dictador Santa Anna; y no habría razón para ensalzar a hombres como el segundo conde de Revillagigedo, como Hidalgo, como Morelos, como Bravo, como Mina, como el Pensador Mexicano, como Gómez Farías, como Ocampo, como Ramírez, como Altamirano y como Juárez, que, según don Joaquín Baranda, son los ungidos por la gloria en el martirologio de los mexicanos.

Don Fernando Iglesias Calderón, a quien cito en otro lugar de estos comentarios, como crítico profundo y sagaz de nuestros escritos históricos, ha formulado severos juicios contra Santa Anna y contra Maximiliano, haciendo ver la traición del primero y las deslealtades del segundo; y no podrá caer bajo la censura de Xénopol, porque ninguno de los cargos por él formulados ha dejado de fundarse en pruebas satisfactorias.

En lo que sí hay que convenir con el autor de la *Teoría de la historia* es en que no es fácil, ni aun posible en algunos casos, apreciar con toda exactitud la influencia ni la responsabilidad de muchos hombres públicos, precisamente porque el medio en que esos hombres han actuado ha sido factor para arrastrarlos hacia determinada senda.

Tratándose de la apreciación de los hechos, cuanto éstos sean más generales, y más extensa la esfera de los espíritus que dominan, tanta menos divergencia habrá en la apreciación de esos hechos y de las personalidades que con ellos se relacionan. ¿Quién ha puesto en duda, por ejemplo, la rectitud administrativa del virrey, segundo conde de Revillagigedo, o la suma de conocimientos enciclopédicos del Pensador Mexicano? En esferas menos amplias, ya hay más divergencia de pareceres. "Con bastante frecuencia, la lucha entre los escritores tendrá por objeto hacer

prevalecer un credo, un principio o una doctrina, lo que enturbiará la corriente de la historia."

Condena Xénopol, con sobrado fundamento, las aseveraciones de los historiadores, cuando éstos, procediendo como Beulé, al referirse a que pudo el pueblo romano recobrar su libertad, al morir Augusto, quieren que los pueblos hagan lo que debían hacer, y no aquello a que su decadencia los conduce. En efecto, ¿qué fenómeno más inevitable, entre nosotros, que el de la sumisión de los jefes militares y de no pocos hombres civiles a la voluntad del general Victoriano Huerta, en 1913, después de tantos ejemplos de infidencia, en el cuerpo del ejército, y de la supresión del civismo que había resplandecido desde Ayutla hasta las postrimerías del gobierno de don Sebastián Lerdo de Tejada, supresión debida al sistema político que se derivó de la revuelta de Tuxtepec?

Los juicios del historiador sobre el pasado deben suprimirse, aun cuando parezcan los más razonables: porque no son los que determinan los del público, que se basan en el conocimiento de la realidad. La historia escrita, bajo la inspiración personal del historiador, será obra sectaria, no científica. En cambio, el alegato más elocuente será el que los mismos hechos reales inspiren. La verdad histórica no está más que en la reproducción de los hechos pasados, y en la de sus causas comprobadas. Querer hacer otra cosa es como si un químico dijera pestes contra el rayo o contra las substancias tóxicas, porque aquél o éstas pueden dañar al hombre. Véase sobre este punto con cuánta profundidad razona el autor.

> Los hechos que forman la historia son objeto de debate, de crítica, en tanto se realizan; los personajes que los introducen en la realidad de las cosas son muchas veces escarnecidos, insultados, calumniados o colmados de elogios, por los diferentes partidos que luchan por la vida. No se deposita de manera suave y tranquila, en los archivos del pasado, el material de la historia. Marcan cada paso, la sangre o las lágrimas de alguno. Es la vida, que se descarga poco a poco de su peso, y lo deposita en la tumba de los muertos. El proceso que origina la historia es semejante a los grandes trastornos que dieron origen a los depósitos de que se han formado nuestras montañas y llanuras. En los mares hirvientes, las rocas eran trituradas, machacadas, reducidas a polvo; poco a poco, el mar se calmaba y depositaba en el fon-

do la arena fina que constituye las capas actuales. Lo mismo ocurre en la historia. Los tiempos presentes, con sus pasiones, sus intereses momentáneos, aguzados unos contra otros por la lucha vital, impulsan a los hombres a destrozarse, a odiarse, a acabar unos contra otros. Pero los hechos se cumplen de una u otra manera, los rencores se olvidan, los intereses se avienen al nuevo orden de cosas, y la muerte viene a extender su bálsamo consolador sobre las heridas todavía abiertas. El depósito histórico empieza a formarse, y pronto será capaz para que en él asiente la historia. Se comprende que, si el papel de los partidos políticos, de las sectas religiosas, de las escuelas literarias o artísticas, se asemeja a los elementos que la naturaleza arranca de su seno para alimentar las convulsiones terrestres, el historiador no tendrá motivo alguno para tomar parte en esas luchas, cuyas peripecias se limita a narrar, como tampoco el geólogo podría atender en otra forma a los fenómenos de la corteza terrestre, sino para conocer su evolución. El historiador sólo difiere del geólogo en cuanto a que los fenómenos que está llamado a exponer son obra de la humanidad, cuyas convulsiones constituyen la historia.

Se puede, hasta se debe, combatir por lo que se juzga verdadero, en tanto las corrientes no se han estratificado en el pasado, en tanto contienen hechos en vías de realizarse; pero en cuanto vencedoras han llegado a ser factores de la historia, toda censura o aprobación es vana y sin objeto. Las más elocuentes recriminaciones no harán desaparecer los hechos realizados.

Ya he expuesto mi opinión acerca de esta tesis del autor, que no repruebo sino que interpreto, para que la historia nos sea útil.

Después de esas consideraciones, entra Xénopol en otras sobre cómo, en la apreciación de las causas de los hechos, es donde más influye el espíritu sectario, o la inspiración personal del escritor, citando a Taine, que no precisó las verdaderas causas del Terror; y a los que han atribuido la Reforma a la ambición del monje Lutero, o a causas generales, lo mismo que a los que han señalado las causas de la guerra franco-prusiana; y hace notar que, a medida que el tiempo pasa, va siendo menos apasionada, y más cercana a la verdad, la determinación de las causas.

Formula nuevas conclusiones, que no creo ya necesario reproducir; pero las formula, después de haber hecho observar que en historia, como en las demás ciencias, no siempre se pueden precisar las causas, y que hay que mencionar sólo las que estén bien conocidas.

Ya hemos hablado de cómo Alamán y Bustamante no hicieron realmente la historia de nuestra guerra de independencia; pero es tan importante este punto que creo conducente copiar a la letra lo que Xénopol dice acerca de Taine, autor de *Los orígenes de la Francia contemporánea*; se expresa así:

Este eminente escritor, que ha expuesto con una abundancia de pormenores verdaderamente extraordinaria, la historia de la revolución francesa, en vez de limitarse en asunto tan vasto y profundo, a dejar que hable, con su autoridad indisputable, la lógica de los hechos, juzga conveniente criticar el gran acontecimiento, cuyas peripecias expone, y quiere demostrar que la revolución era inútil; que no eran necesarias otras reformas que las que fueron concedidas voluntariamente por los cuadernos de la nobleza y del clero, y por la declaración del rey. "Era suficiente eso —dice Taine—, porque así todas las necesidades reales quedaban cumplidas." Hace seguir esta afirmación de una serie de consideraciones que deberían probar "que toda la sangre vertida, todos los horrores de la revolución eran inútiles; que no se podía reformar el estado de la sociedad, de un día a otro; que un sistema nuevo de instituciones no funciona sino por un sistema nuevo de hábitos, y que decretar éste es querer edificar una casa vieja". Tal es, sin embargo, continúa Taine, la obra que los revolucionarios emprenden al rechazar las proposiciones del rey, las reformas limitadas, las transformaciones graduales. Según ellos, su derecho y su deber consisten en rehacer totalmente la sociedad; así lo ordena la razón pura, que ha descubierto los derechos del hombre y las condiciones del contrato social.

Taine no se limita a exponer la historia de la revolución francesa; hace el proceso de ella. Por eso, todo su libro se resiente de esa falsa concepción de la historia. Quiso juzgar la revolución y condenarla. Hubo de dirigir sus investigaciones, sobre todo, a descubrir las pruebas de que tenía necesidad para lograrlo. "Los resultados a que estas investigaciones condujeron, podrían —como dice Monod— ser aceptadas por todos los espíritus libres de prejuicios revolucionarios, pero con tres condiciones: *1ª* si Taine hubiera mostrado la diferencia entre las ideas falsas de las constituyentes y las consecuencias que de ellas se dedujeron; *2ª* si hubiera indicado que los crímenes de los jacobinos tuvieron por resultado no solamente ideas falsas, sino una situación interior y exterior violenta que enloquecía los ánimos; *3ª* si hubiera determinado algunas restricciones y matices."

Monod insiste en el particular, en el artículo necrológico que consagra al gran escritor. Nota en él, con disgusto, "que Taine había aban-

donado la serenidad procedente de su determinismo filosófico. No se contenta con describir y analizar, juzga y se indigna; en vez de mostrar, simplemente, en la caída del Antiguo Régimen, en las violencias de la Revolución, en la gloria y en la tiranía del Imperio, una sucesión de hechos necesarios e inevitables, Taine habla de culpas, de errores y de crímenes". No queremos investigar los móviles que han impulsado a Taine a apartarse, en su última obra, del espíritu verdaderamente científico de la historia, que se ve en todos sus escritos anteriores, y a infringir él mismo el principio que le había guiado hasta entonces "de que la ciencia no proscribe ni perdona, sino que hace constar y explica". Nos contentaremos con observar que, a pesar de la inmensidad del trabajo depositado en *Los orígenes de la Francia contemporánea*, Taine no ha hecho una historia de la época, sino una obra de partido. ¿Por qué? Porque en vez de perseguir el encadenamiento necesario de los hechos que estudiaba, ha creído conveniente juzgarlos, como si esos hechos hubieran podido ser distintos de lo que eran; porque ha abandonado el verdadero terreno de la historia.

CAPÍTULO V
Los factores constantes de la historia

El capítulo que lleva este título es, entre los de la obra, uno de los que más esfuerzo reclaman para ser expuestos y comentados. En él, el autor no se expresa con la claridad necesaria, comenta no pocas opiniones y se contradice.

Para Xénopol, *la raza y el medio* no son otra cosa que jalones en la dirección que los sucesos siguen; pero no ejercen en estos sucesos acción modificadora. Estos asertos, como veremos, no concuerdan con otros de los párrafos siguientes.

Refiriéndonos al influjo de la raza, combate la opinión de Lacombe, compartida por el historiador inglés Buckle, opinión adversa a ese influjo, pero que no sostiene su autor, el cual admite, dice Xénopol, que la flema es el término medio del carácter inglés, aparte de que el mismo Lacombe asienta que todo hombre, considerado de cierta manera, es único. El profesor rumano hace notar que es contradictorio sostener que hay una complexión particular de espíritu en cada individuo, y ponerla en duda en lo que atañe a los pueblos. Para reforzar esta aseveración de lo contradictorio, aduce el hecho de la existencia de varias razas cani-

nas y aun de las variedades en éstas, concluyendo que no es racional suponer que el hombre, cuyo organismo es más complicado que el de los otros animales y mucho más capaz de dar compuestos diferentes, no se diversifique para formar los grupos que llamamos razas.

En seguida combate el autor a Mongeolle, porque éste confunde lo que es la raza con lo que es el carácter histórico de los pueblos, es decir, con el modo de ser de éstos, por efecto de los sucesos que han variado de alguna manera las tendencias y las actividades de los grupos pobladores de una región.

Transcribe después, haciéndolos suyos, unos conceptos de Taine, sin darse cuenta de que esos conceptos no se avienen, por lo que toca a la raza, con lo que el mismo Xénopol había dicho de ésta. He aquí las palabras tomadas a Taine: "Lo que se llama raza son las disposiciones innatas y hereditarias que el hombre trae consigo a la vida y que comúnmente van unidas a diferencias marcadas en el temperamento y la constitución del cuerpo. Es la primera y más rica fuente *de esas energías predominantes de que se derivan los hechos históricos".*

Bien está que Xénopol considere, entre lo que influye en los hechos humanos de una manera permanente y no accidental, la energía de la raza; pero no debió aseverar, como lo hace al principio del capítulo, que la raza no ejerce en los sucesos acción alguna modificadora. Ésta es una inconsecuencia en que no debió incurrir un sabio como Xénopol, y que no debe aceptársele.

Comulgando el autor de la *Teoría de la historia* con algunas de las aseveraciones de Gustavo Le Bon, dice que las razas tienen potencias de distinto grado, siendo la más elevada la raza blanca; estando la amarilla en término medio, y quedando la negra en último lugar.

La cultura japonesa, añade, no es original, sino trasplantada de Europa; y es de creerlo, puesto que los japoneses son de raza amarilla, aparte de que su progreso data desde que entraron en relación con los europeos.

Impugna Xénopol al mismo Le Bon, porque éste se contradice al hablar de las razas, contradicción que arranca de que el escritor francés tiene varios conceptos de lo que es el carácter, y, al hablar de éste, en varios pasajes, no pone cuidado en distinguir el sentido en que va tomando esta palabra. No tiene importancia

examinar esa crítica, porque lo interesante es dilucidar el punto de la influencia de la raza en los hechos históricos. Lo que sí no voy a pasar inadvertido es la aseveración que, en su orgullo de sabio europeo, formula para colocar a los suramericanos (tal vez a nosotros también nos considere en esa denominación, porque estamos al sur de los Estados Unidos de América) en la categoría de las razas inferiores, a pesar de que los indios americanos se han mezclado con la raza blanca. Mas para poder rechazar sus asertos, preciso es copiar el párrafo conducente; de otro modo, podría creerse que lo condeno sin oírlo; dice así:

> Las razas humanas no existen, sin embargo, más que excepcionalmente, y en sus representantes más inferiores, puras de toda mezcla. Los pueblos históricos provienen casi todos de amalgamas más o menos pronunciadas entre las diferentes razas y subrazas humanas. Los pueblos no constituyen razas naturales, sino compuestos formados "desde los tiempos históricos, según los azares de las conquistas, de las emigraciones, o de los cambios políticos". Pero aun en estos productos artificiales del azar y de la historia, el elemento fundamental y distintivo sigue siendo el fisiológico y mental, la complexión orgánica y psíquica, reconstituida de nuevo, en cada pueblo, por la combinación de los elementos que le han dado origen. Esta mezcla de razas da por resultado productos distintos, según que la amalgama ha tenido lugar entre razas de distintas calidades.
>
> Así, la mezcla de una rama de la misma raza, por ejemplo, de una raza superior, ha dado comúnmente origen a razas enteramente tan capaces de progreso como las razas más puras. Los franceses, los italianos, los españoles, procedentes de la mezcla de los celtas con los romanos y los germanos; los rumanos, salidos de la mezcla de los tracios con los romanos y los eslavos, han producido compuestos enteramente tan capacitados para el progreso, como los romanos, los germanos y los eslavos aislados.
>
> A veces, no obstante, los compuestos resultan inferiores a los elementos que entraron en combinación. Tal los griegos modernos, procedentes de la mezcla de los griegos antiguos con los eslavos. Propondríamos la hipótesis explicativa siguiente de este fenómeno bastante extraordinario; la sangre de los romanos no era superior en calidad a la de los pueblos que con ellos se mezclaron, mientras que la de los griegos, de extraordinaria finura (lo prueba su civilización tan perfecta) no pudo menos de corromperse al mezclarse con la de los eslavos.

> La mezcla de las razas diferentes tiene por resultado hacer que el compuesto se incline al elemento dominante. Este predominio puede manifestarse a veces en el uso de la lengua, como entre los búlgaros, en que predomina el elemento eslavo sobre el finés, o entre los húngaros, en que el elemento mongol, representado precisamente por el idioma, se sobrepone. Otras veces es por el carácter y las aptitudes por lo que el predominio se acentúa, como ocurre con los pueblos de la América del Sur, en los cuales, bajo una corteza exterior española, fermenta la sangre india. Por tanto, no hay motivo para que Le Bon considere la raza hispanoamericana como una raza latina pura, y atribuya la inferioridad de su civilización, comparada con la de los Estados Unidos, a una supuesta inferioridad de la raza latina con respecto a la anglosajona; porque Le Bon no podría encontrar esa inferioridad en Europa; ¿cómo, pues, y por qué, existiría en América? Pensamos que la mezcla de la raza latina (superior) a la raza india (mediana), mezcla en que esta última constituye el elemento predominante, da la única explicación posible de la anarquía continua en que viven las repúblicas sudamericanas, y de la imposibilidad en que se hallan de constituir organismos políticos duraderos.

Me veo precisado a rectificar los errores que envuelve ese párrafo, donde el autor habló, no como hombre de ciencia, sino como europeo, con la predisposición que los escritores del continente más sólidamente civilizado muestran cuando se trata de los pueblos de América. En primer lugar, la anarquía de los pueblos de América del Sur no es un fenómeno ni tan general ni tan permanente, que sirva para una generalización como la que se advierte en Xénopol.

En segundo lugar, suponiendo, sin conceder, que tal anarquía existiese, como un fenómeno general y constante, no indicaría ni inferioridad de las razas de la América del Sur, ni decadencia tampoco; pues los pueblos de Europa, que hoy forman naciones sólidamente constituidas, han pasado por periodos de anarquía iguales o de mayor intensidad que los que pudieran encontrarse en los pueblos suramericanos.

En tercer lugar, admitiendo, porque esto está comprobado ya, que la raza blanca es, entre todas, la superior, se comprende que, no el elemento indígena, sino el blanco es el predominante en los pueblos de la América del Sur, puesto que las estadísticas y los libros de información, lo mismo que las bibliografías, indican

notables progresos en esos pueblos. Hay un ramo, el del derecho público, en el que los suramericanos resultan iguales, si no superiores, a los tratadistas europeos. Aparte de eso, como la literatura y la expresión poética son una manifestación de la intelectualidad de los pueblos, véase lo que acerca de esa región de América escribió nuestro insigne literato Ignacio M. Altamirano; se expresó de este modo:

> En la América del Sur, la poesía amorosa, como toda poesía, ha florecido bajo aquel cielo ardiente y luminoso, como floreció bajo el bello cielo de la Grecia, y ha sorprendido y sorprende todavía con todos los encantos de una riqueza original. Pero ¿qué mucho que allí se haya mostrado fecunda la poesía, si aquella turba de admirables cantores ha ido a buscar nuevos acentos e inspiraciones nuevas en los rumores armoniosos de las selvas seculares, en las riberas de los ríos majestuosos, en la contemplación de sus montañas gigantescas, coronadas por la nieve, o por el humo de los volcanes, en la orilla de los mares solitarios, en el silencio solemne de las pampas y en el fuego de las vírgenes morenas, de ojos negros, de boca de granada, de cintura cimbradora y de pie breve, que aman como gacelas y que odian como leonas?

El nacimiento de la poesía suramericana ha sido un verdadero génesis, y no la reproducción del arte antiguo, implantado en el Nuevo Mundo.

La libertad la hizo germinar en un suelo virgen; fecundóla el sol de los trópicos, y la guerra la arrulló en su cuna, con sus estrépitos terribles y con sus himnos de gloria.

Es fiera y original esa poesía suramericana, y para estimarla en su justo valor, es preciso considerarla como poesía primitiva, por más que su forma tenga algo de común con la poesía moderna.

Así, aunque Andrés Bello haya cantado en lengua castellana la *Agricultura de la zona tórrida*, y haya manejado como un antiguo el plectro griego, en su lira no vibran los acentos de ningún poeta europeo; las *Geórgicas* mismas palidecen ante las mágicas bellezas de la *Oda sublime;* Horacio es tibio y raquítico; Lucrecio parece incompleto, y las fantasmagorías de Píndaro bajan a ocultarse en el polvo de Olimpia.

Bello no tiene ascendientes ni maestros en la poesía europea, y en cuanto a la lengua poética que usa, puede decirse de él también que ha dorado el oro y perfumado la rosa.

Apenas si lo tiene en Homero el cantor de Juninao; pero si en la voz del Homero colombiano se escucha a veces una armonía semejante a la armonía antigua, esa semejanza debe buscarse solamente en la *Iliada* y no en ningún poema épico de otra edad. Olmedo es también un patriarca.

¿Y Juan Carlos Gómez? Pues qué, ¿los alejandrinos del bardo oriental a la libertad, a los cantos de dolor que resuenan en su arpa, templada en la soledad melancólica de las pampas uruguayas, tienen algo de parecido en la poesía antigua?

¿Y José Mármol? El apóstrofe A. Rosas [*sic,* "Apóstrofe a Rosas"] no se expresa con acentos conocidos en ninguna lengua.

El poeta argentino los ha arrancado del huracán que agita las selvas de los Andes, del aliento destructor del pampero, del ronco estruendo del Tequendama, de los tumbos del mar embravecido, del mugido pavoroso del Chimborazo y de la catarata de truenos de las tormentas americanas. Buscad la explosión de cólera fulminante de Mármol en la poesía antigua, y no la encontraréis. Los Rosas no han faltado en ninguna parte, pero la lira de ese gran poeta honrado no había sido dada por el numen a ningún mortal, ni aun a los profetas iracundos de Israel. Juvenal agitaba el látigo, pero no lanzó rayos jamás. Los poetas no se habían sentado nunca en el trono de Júpiter.

Después de Mármol en América, Victor Hugo ha lanzado en Europa apóstrofes parecidos; pero antes que él, en vano sería escuchar el eco de las cóleras antiguas.

¿Y los cantores de amor? Los cantores de amor son también hijos de la virgen naturaleza americana, abrasada por el sol. Sus idilios tienen el aroma salvaje de las grandes florestas, el color del cielo, inundado por la luz, y el sabor de las frutas que destilan miel. Esos poetas no son plásticos solamente como los griegos, ni sensuales como los latinos, ni místicos como los trovadores, ni hiperbólicos como los árabes, ni libertinos como los franceses, ni sombríos como los alemanes. Son castos, aunque ardientes; dulces, aunque bravíos, y conceptuosos, a pesar de su graciosa sencillez. La poesía amorosa suramericana es una poesía *sui generis,* mezcla singular de la fiereza galante española y de la dulzura melancólica del indio.

Abigail Lozano tiene por alma una sensitiva; sus elegías son quejas de paloma enamorada y escondida entre los bosques; Esteban Echeverría, el cantor de *La cautiva*, es el soñador de las lla-

nuras, del desierto y del océano; Adolfo Berro es el cantor de los dolores americanos; Acuña de Figueroa traduce, en sus cantos, las armonías del pueblo oriental; Luis Domínguez canta la majestad del ombú; Ricardo Palma, las penas del pueblo de los incas, y Jorge Isaacs, el dulce y triste historiador de María, así como ha encontrado a la fatalidad antigua oculta entre las selvas del Cauca, ha encontrado también en ellas nuevos acentos de amor para Saúl [*sic*, Efraín].

Pues bien; éstos son, y otros muchos, los creadores de la poesía americana del sur. Ellos han sabido ser originales, porque, en vez de imitar pálida y fríamente la manera poética europea, han buscado en su país de América y en su propio corazón la fuente de sus inspiraciones.

Los hablistas, los castizos, los gramáticos, empeñados a toda costa en emparentar a los poetas sudamericanos con los poetas españoles, como se empeñaban a todo trance los frailes del siglo XVI en emparentar a los indios autóctonos con los judíos, encuentran graves defectos de lenguaje en estos cantos de una poesía virgen y exuberante de juventud.

Si meditaran un poco, comprenderían que los poetas suramericanos han roto adrede las ligaduras de las reglas para crearse una lengua propia en que expresar sus pensamientos, en que dar nombre y cabida a los objetos de su país; la lengua debe reflejar la naturaleza, el espíritu y las costumbres de los pueblos, y la lengua española, castiza, era ya pequeña para reflejar la naturaleza, el espíritu y las costumbres de los pueblos americanos. Desde temprano, la mezcla de las razas, el contagio de las lenguas, y la necesidad o el hábito, dieron un carácter peculiar al idioma de estas naciones mezcladas, y, en materia de lenguaje, ya se sabe que los pueblos no guardan nunca el fallo de las academias. Ellos son sus propios legisladores y oráculos.

Los pueblos americanos tuvieron su lengua, después tuvieron sus libertades y sus instituciones políticas, luego tuvieron su literatura. Asumieron su derecho en materia de nacionalidad, y pudieron asumirla en materia de idioma. No ha procedido de otro modo España, después de que se ha ido emancipando de la dominación de los cartagineses, de los romanos, de los bárbaros y de los árabes. No seguirá procediendo de otro modo al aceptar la invasión de los modismos científicos de la lengua alemana o

de la lengua griega, de los modismos artísticos y literarios de la lengua francesa, y de los modismos industriales de la lengua inglesa. Las lenguas castizas son estatuas modeladas en diferentes barros; ¿por qué no ha de formarse una en cada nación de la América latina?

"Los poetas sudamericanos la han levantado ya y la adoran. Por eso han sido y seguirán siendo originales."

Todavía, antes de concluir la primera sección del capítulo V, expone y comenta el autor las opiniones de Seignobos, de Finot y de Benjamin Kidd, y cierra esa sección con aseveraciones poco explícitas y oscuramente formuladas; porque, para reforzar sus opiniones, copia palabras de Girard, que son éstas:

> El factor raza (*factor*, se dice, no hay que olvidarlo) supera con mucho a los factores geográficos e históricos, en importancia, para la evolución. Es el elemento esencial y, en ocasiones, suficiente; los otros sólo son auxiliares. La raza es la causa intrínseca para hablar metafísicamente; todo lo demás es causa extrínseca y, muchas veces, contingente.

Se advertirá lo que ya dije al comenzar el capítulo V: que éste es uno de los capítulos más difíciles de entender en la obra; mas ahora agregaré, por lo que toca a la sección primera, que de la influencia de la raza trata, que en esta sección hay contradicciones que no deben pasarse por alto, y que deben resolverse, declarando, por lo que la misma historia enseña, que las tendencias de la raza, a más de ser de las causas más constantes para dar determinada dirección a los sucesos, son un factor que sí influye en éstos, a pesar de lo que, en contra de esta tesis, nos dice el autor al principio del capítulo.

Nos habla Xénopol, después del tema de las razas, de lo que él llama el carácter nacional, el cual es, según la obra, el desenvolvimiento del pueblo y, por tanto, de la acción que el fondo originario de la raza y el influjo constante del clima ponen en juego contra el peso de los acontecimientos. Los judíos, al dedicarse, a consecuencia de su situación precaria, durante la Edad Media, al comercio de la moneda, adquirieron en esta profesión una habilidad tal, que otros pueblos no pueden disputársela. Los franceses, venturosos en sus empresas militares durante largos siglos,

han sido y son aún de carácter guerrero. Los españoles, obligados a luchar por espacio de más de 700 años contra los moros, en nombre de la religión y de la patria, han llegado a ser, no sólo devotos, sino intolerantes. Además de estos casos, cita Xénopol otros, de distintos pueblos, casos que no creo necesario reproducir.

El carácter nacional, para formarse, necesita el transcurso de un largo tiempo. Hay pueblos, como el de los chinos, en que ese carácter parece inmutable; pero en otros pueblos va cambiando bajo la influencia de los sucesos. Los oaxaqueños de hoy, que han sufrido la influencia de la dictadura porfiriana, primero, y de las convulsiones revolucionarias después, nos ofrecen otro ejemplo; han modificado algo su carácter belicoso.

Para explicar los hechos sociales hay que referirse al carácter nacional, y sólo cuando éste no baste, habrá que desentrañar el origen de ese hecho en la raza. Si queremos, dice Xénopol, explicarnos la intolerancia española, hallaremos los motivos en el carácter nacional de este pueblo, formado durante su lucha secular contra los moros. Por lo que a nosotros toca, si queremos explicarnos la crueldad de algunos de nuestros indios y aun de algunos mestizos, después de los combates, la hallaremos en el carácter mexicano, formado bajo la influencia de los sacrificios humanos.

En cambio, si pretendemos explicar la perseverancia, que es la gran virtud de los oaxaqueños, no hay más que referirse a la raza; porque esa perseverancia viene de tiempos muy remotos.

Llama el autor *continuidad intelectual* lo que nosotros conocemos con el nombre de tendencia reaccionaria, es decir, el impulso en virtud del cual resisten los pueblos a las innovaciones. Influye esa continuidad intelectual en la verificación de los hechos, pero no para producirlos, sino para retardar la aparición de los nuevos. Esa continuidad origina no pocos choques sangrientos; pero es una fuerza que va debilitándose con el tiempo. Así, el apego de los franceses a la forma monárquica se manifestó, a pesar de las terribles enseñanzas del 93, en la creación del imperio de Napoleón, y al ser restaurados los Borbones; todavía se hizo visible en la monarquía de Luis Felipe de Orleans y aun en la época de Napoleón III; mas cada día ha perdido fuerza, y por eso parece ya consolidado el régimen republicano. En los oaxa-

queños se han advertido las tendencias a conservar las prácticas e ideas de la dictadura porfiriana; mas, poco a poco, esas tendencias han ido siendo cada vez más débiles, y no sabemos si acabarán por desaparecer por completo, o si originarán nuevas complicaciones; esto no podemos asegurarlo, menos aún conociendo la obra de Xénopol, en la que se aprende a ser cauto para no formular pronósticos; puesto que los hechos históricos son diferentes los unos de los otros, y si es verdad que la historia se renueva, eso es sólo en lo que toca a los fenómenos de repetición, que también los hay en los pueblos; esos fenómenos son la base de la sociología estática, y no de la historia, tal como la concibe y la explica el profesor rumano.

Hay una sección del capítulo V intitulada: "Influjo combinado de la raza y el medio", en la cual el autor asienta que la evolución se verifica bajo la influencia de la raza y del medio, pero éste sólo contribuirá a dicha evolución, según las energías de aquélla. El medio puede venir en ayuda de las energías de la raza, o en contra de ellas. El medio, esto es, la naturaleza circundante, en muy contados casos puede ser modificado por los impulsos de la raza.

La adaptación de la raza al medio depende de la calidad de la raza. Cuanto más superior sea ésta, más sabrá utilizar el pueblo los medios que la naturaleza le da para progresar, y así, tanto mayor será su triunfo en la lucha por la existencia. Síguese de aquí, como ley general de combinación entre el influjo de la raza y del medio, que la raza mejor dotada, la que más dominio tenga sobre la naturaleza, podrá librarse más del influjo del medio, teniendo éste menos importancia en relación con el de la raza. Ejemplos de este influjo los ofrecen los aztecas, que se asentaron definitivamente en la orilla suroeste del lago de Texcoco, y que, con el tiempo, llegaron a prosperar, construyendo calzadas en el agua; y los zapotecas, que desecaron el valle de Oaxaca, abriendo una salida al agua para el Pacífico.

Por lo que toca al clima, Xénopol asevera que el templado es el más favorable para la evolución de los pueblos; el frío, cuando no es excesivo, puede ser de algún modo soportado; el calor es el menos propio para cooperar al progreso de los pueblos. Sigue el autor haciendo consideraciones sobre los climas, consideraciones que yo creo propias más de la sociología estática que de la historia, que, como dicho queda, no admite leyes, sino series de

hechos. En este punto Xénopol, sin pretenderlo, entra en las generalizaciones, de las cuales ha pretendido huir, preocupado con la singularidad que ofrecen los hechos de sucesión. Los afectos a la sociología estática pueden, si lo desean, examinar las enseñanzas del libro acerca de la influencia del medio, esto es, de las condiciones de la tierra, del agua y del clima, en la marcha de los pueblos. No creo que esas enseñanzas dejen de ser útiles; pero, francamente, no son de las especiales que, en otros capítulos, desarrolla el profesor rumano, para delimitar bien el campo de la historia.

Concluye el capítulo con otra sección, que también es más de sociología que de historia; pero ella, por la reflexión final del autor, sí puede servir para conocer hasta dónde debe llegar la historia. Demos una breve explicación de lo que Xénopol llama "Falsas leyes formuladas por los autores".

Buckle pretende dividir las civilizaciones en dos grupos: las de Europa y las de fuera de dicho continente. Esta supuesta ley, dice Xénopol, es inadmisible; porque con ella se pretende que la civilización se debe al medio, olvidando la raza. El mismo Buckle quiso atribuir a las erupciones volcánicas y a los temblores los progresos en las artes de la imaginación (pintura, escultura, música, etcétera), pero tampoco esto es admisible, puesto que hoy esas artes están sobresaliendo en Francia, Alemania y la Gran Bretaña, que no se hallan expuestas con frecuencia a los terremotos. He aquí un párrafo de los que más pueden servirnos para compensar el sinsabor de las nebulosidades y contradicciones que ya vimos en el autor:

> Por otra parte, esa tendencia a hallar la explicación de los fenómenos del espíritu, en relaciones simples, al igual de las que sirven para explicar los fenómenos de la materia, es absolutamente falsa. Cuanto más se sube en la escala de las formas naturales, más se complican los fenómenos. Los físicos son ya más complicados que los que se deben a las leyes de la mecánica; los de la química, lo son más todavía. Si pasamos a los hechos orgánicos, la complicación aumenta de manera notable, en las plantas primero, luego en los animales.
>
> Los hechos del espíritu, en fin, que son resultado último de todos los estados anteriores, ofrecen por ello la complicación más pronunciada. No sería posible comprenderlos, sino estudiando todas las causas que concurren a producirlos, y no eliminando algunas para

> simplificar la explicación. Los elementos que dan origen a los fenómenos históricos son múltiples. Está, primero, la acción de los factores constantes y de las leyes que la rigen, leyes de repetición cuya resultante constituye la base eterna sobre la cual la evolución se desarrolla. Luego viene la acción de las energías evolutivas, que, ejercida sobre las manifestaciones del espíritu, abre paso, de un lado, a los hechos, de otro, a las series que los encadenan en la sucesión. Veremos que esas fuerzas son múltiples, y que, combinadas diversamente en su juego con la infinita variedad de las manifestaciones del espíritu, hacen que sean también infinitas en número las causas explicativas de los fenómenos históricos.

Después de estos párrafos, hace constar que, cuanto más se civiliza un pueblo, menos se somete al influjo del medio; los ingleses han llegado a imponerse al mar, que antes los aislaba; Suiza, que se veía obligada antes a vivir de la ganadería, hoy vive de numerosas industrias.

Herder y otros autores han pretendido que la civilización se ha propagado con uniformidad, de oriente a occidente, ley falsa también, como lo prueba el hecho de que hoy los países del occidente de Europa civilizan a los del oriente. Mongeolle pretende que la civilización avanza siempre del ecuador hacia los polos. Tampoco esto es admisible, puesto que la monarquía constitucional, que es una forma superior a la de la monarquía absoluta, descendió de Inglaterra al continente; la Reforma, nacida en Alemania, llegó a influir en la regeneración de la Iglesia, desde el Concilio de Trento; la forma democrática y republicana, más avanzada que la monarquía, domina en Francia, que está más lejos del ecuador que España e Italia. Por último, Metschnikoff pretende que la civilización se ha trasplantado de unos a otros medios; primero, nació a la orilla de los grandes ríos, es decir, en las regiones fluviales: Egipto, Asiria, Babilonia, India, China; de allí, pasó al Mediterráneo: Francia, Cartago, Grecia, Roma; más tarde, se dirigió a las orillas del Atlántico: Europa y América; y, en último término, comprende todos los mares y toda la tierra.

Concluye Xénopol haciendo notar que la propagación de la cultura es un hecho único, y, por lo tanto, que no puede inducirse de él una ley, pues ésta sólo puede existir cuando el hecho tiene repetición.

¡Ojalá que el profesor rumano se hubiera expresado en todo su

capítulo V con la claridad y precisión con que trata de refutar las pretendidas leyes acerca de la marcha de la civilización! Así, no habría sido difícil para mí comentar ese capítulo.

CAPÍTULOS VI-IX
Teoría de la historia

Estos cuatro capítulos de la obra, aunque útiles para los que se dediquen a formar obras de historia, son más de sociología que de la materia que ha tratado Xénopol; porque se contraen a la evolución, es decir, al desenvolvimiento, al desarrollo de las actividades humanas, y no a los hechos de sucesión, base de la historia; considera, eso sí, a la evolución como uno de los factores de los hechos históricos.

Por no descuartizar la obra que examino, y porque pueden hacerse al paso algunas observaciones importantes, no omito dichos capítulos; pero haré de ellos brevísima exposición, y comentarios también brevemente formulados, para seguir tratando de lo que debe ser la historia y cómo ha de constituirse ésta. Para los que deseen conocer las profundas y valiosas enseñanzas del autor en los cuatro capítulos, está la obra del mismo, que pongo a su disposición.

En el capítulo VI, que trata de la "Evolución en la historia", Xénopol expone cómo ha sido esa evolución en la naturaleza, comenzando por los mundos siderales, pasando después a la materia inanimada: explica, en seguida, cuál ha sido el desarrollo en la materia orgánica, en las plantas y en los animales, y, por fin, cómo la evolución se ha venido realizando en la humanidad, bajo el influjo del espíritu humano. He aquí los conceptos más importantes de ese capítulo.

> En la evolución de la vida material, la materia era la que modificaba continuamente al espíritu. Bajo el dominio evolutivo de este último, él modificará de continuo la materia, para someterla a su servicio. El espíritu llegará a dominar cada vez más a la materia. Ese dominio tendrá por resultado aumentar constantemente la distancia que separa al hombre del reino animal, de que procede, y esa distancia será tanto mayor, cuanto más superior sea la raza. Se realiza por cuatro

> caminos que constituyen el elemento diferencial humano, comparado con el elemento animal en que arraiga. El primero será la tendencia a dominar la naturaleza y hacerla servir a sus necesidades. Esa tendencia se realizará por la toma de posesión intelectual de la naturaleza, es decir, por el descubrimiento de sus leyes, que dará al hombre la posibilidad de dirigir sus esfuerzos en el sentido de sus necesidades, y de hacer de dichas leyes instrumentos de su bienestar. Pero, fuera de esta necesidad práctica, el hombre se verá impulsado, por la curiosidad, a darse cuenta de lo que pasa a su alrededor, y dirigirá sus esfuerzos a penetrar el secreto del universo, aunque no persiga un fin utilitario. Esta segunda tendencia se manifestará en la ciencia, en la filosofía y, en parte, en la religión. Vendrá con bastante frecuencia en ayuda de la tendencia a someter la naturaleza, dado que persigue también, entre otros, el objetivo de descubrir las leyes de esta última. La tercera inclinación del espíritu será la que busque la admiración y, más tarde, la reacción de lo bello, la tendencia estética. La cuarta tendrá como fin el justo reparto de los goces que proporciona al hombre la realización, cada vez más completa, de las tres anteriores.

Pueden resumirse las cuatro tendencias en dos principales: la que proporciona al hombre las tres clases de goces, elevándole por cima de la animalidad, y la que tiene por objeto el justo reparto de los mismos. En efecto, las tres primeras tendencias proporcionan al hombre tres clases de bienes que realzan su vida y le alejan cada vez más del reino animal de que ha salido. Porque descubrir una verdad, o contemplar una creación bella, proporciona un goce de igual clase que el dominio sobre la naturaleza. El justo reparto de los bienes de este mundo debe extenderse a todas esas formas de disfrutar, y es equitativo que todos los hombres lleguen a gustarlas en cantidad proporcional al esfuerzo que han empleado para producirlas. Todo individuo tiene, dentro de estos límites, el derecho de conocer las superiores verdades de la ciencia, de la filosofía, de la religión, y de deleitarse con las grandes creaciones del arte y con los sublimes espectáculos de la naturaleza. La condición de la humanidad no es lo que debería ser, cuando la mayor parte de sus individuos tienen que contentarse con una vida vegetativa. En este sentido, hay que interpretar las palabras de Fouillé, que dice que:

> el fin a que la sociedad debe tender es, a la vez, conseguir la mayor utilidad posible (la mayor suma de goces) y la mayor justicia posible (el buen reparto de ellos), cosas ambas tan inseparables como la forma y el fondo. Fuera de la justicia, la utilidad no tiene otro valor y ni siquiera es ya verdaderamente aprovechable: por otra parte, la justicia, sin la utilidad, no sería más que una fórmula abstracta y vacía.

Heinrich von Sybel reconoce también la misma verdad cuando dice que:

> la sociedad actual no conseguirá alejar los peligros que la amenazan, por parte de las doctrinas subversivas del socialismo, sino cuando haya consagrado los mayores esfuerzos a resolver ese problema, lo mismo que el del comunismo: trabajo infatigable del espíritu (adquisición de todos los goces posibles) y amor sin límites al prójimo (justo reparto de los mismos).

El progreso, es decir, la evolución mental del hombre, ha sido consiguientemente muy bien caracterizado por Ives Guyot, como "actuando en razón inversa de la acción coercitiva del hombre sobre el hombre y directa de la acción del hombre sobre las cosas". Richet dice también que "ciencia, civilización, moral, esos tres términos, son paralelos". Y F. Brunetière añade, en el mismo sentido, que "cualquier especie de progreso científico o industrial sólo existe y tiene razón de ser en función del progreso moral". En otro lugar formula la misma idea, de la manera siguiente: "Fuera de la moral, todo progreso no es más que ilusión y quimera".

Páginas adelante, se expresa con sabiduría, y aun con elocuencia, de este modo:

> Buckle se ha esforzado para probar que no se había hecho ningún nuevo descubrimiento en el terreno de la moral. Aunque la cosa sea discutible aun desde este punto de vista, paréceme que el progreso de la idea de lo justo no consiste en el descubrimiento de principios morales desconocidos, sino en la aplicación, cada vez más amplia y completa, del justo reparto de los goces. El reparto más equitativo de los bienes, elemento enteramente tan esencial en la evolución del espíritu, como la adquisición de los mismos, ha progresado también. La filosofía griega le hizo dar los primeros pasos, pero más bien en teoría; luego, vino el derecho romano, que introdujo reglas precisas acerca de lo tuyo y de lo mío, en la vida social. El cristianismo hizo adelantar

mucho esta idea, sobre todo con la supresión de la esclavitud. Con la Revolución francesa, tocóle la vez a la servidumbre, a las corporaciones, a los privilegios de cierta clase. El mérito se ha abierto paso cada vez más. En nuestros días, esa idea prepara el último asalto, que será, sí, el más difícil de vencer. Se trata de remediar la diferencia demasiado grande que hay en la medida en que los individuos se reparten los óptimos frutos de la naturaleza.

Este problema es el más arduo que el hombre haya tenido que resolver jamás. Los que ven realizarse cada día en mayor proporción la igualdad ante la ley, piensan que han de aspirar, como corolario preciso, a la igualdad de riquezas. Pero la igualdad ante la ley era una consecuencia del hecho de ser los hombres iguales entre sí como seres, y de que, por lo tanto, nadie puede ser inferior a su semejante. Otra cosa ocurre en las relaciones del hombre con la materia, y la adquisición de los bienes que le proporciona su elevación por cima de la animalidad. Aquí, la aplicación de la igualdad absoluta sería precisamente la más escandalosa injusticia, puesto que los hombres, aunque iguales como seres, son desiguales como energías creadoras de bienes.

Sus aptitudes, sus talentos, su actividad, su energía, difieren, y, por consiguiente, varía también su participación en el dominio de la materia. Los beneficios que la humanidad arranca a esta última no podrían dividirse entre los que toman parte en la lucha, sino proporcionalmente a la energía que en la misma despliegan. "A servicios desiguales, deben corresponder recompensas desiguales", dice justamente René Worms. No es posible asentir a la opinión de Benjamin Kidd, de que

> la razón nos enseña que somos todos producto de la herencia y del medio, y que nadie es responsable de ser capaz o de no serlo; síguese, que todos deben participar por igual del bienestar. Importa éste tanto al capaz como al que no lo es, y cualquier ley que permita que el incapaz esté peor alimentado, digamos lo que queramos, es ley brutal, pura y simplemente.

La justicia no puede tener como objetivo corregir la naturaleza; todo lo que puede exigirse es no hacer que los demás trabajen gratuitamente para uno, lo que ocurre cuando los beneficios no se reparten proporcionalmente a las fuerzas productoras; pero

nunca la justicia podrá exigir que se trabaje gratuitamente para los demás, lo que fatalmente ocurriría en la hipótesis del igual reparto del bienestar.

Pero, aun para realizar esa distribución proporcional, ¡cuánto no hay que hacer todavía, y qué lejos nos hallamos del ideal a que lleva la evolución! En verdad, ese ideal existe, porque si no existiera, podría decirse con Huxley que:

> si el aumento de los conocimientos y el dominio mayor sobre la naturaleza que es su consecuencia y, finalmente, la riqueza que prueba ese dominio sobre la naturaleza, no han de disminuir la extensión y la intensidad de la miseria y de la degradación física y moral, resultado de las angustias de las masas, entonces no vacilo en decir que saludaré como el único objetivo deseable la venida de algún caritativo cometa que eche muy lejos todo lo existente.

El capítulo VII, referente a los "Auxiliares de la evolución", comprende entre éstos: *1º* el medio intelectual, esto es, el medio interior, el ambiente que forman las ideas dominantes, para el mantenimiento o la desaparición de ciertos fenómenos espirituales; *2º el instinto de conservación del individuo y de la especie,* que se manifiesta: *a)* en la expansión; *b)* en la lucha por la existencia, y *c)* en la tendencia de la imitación. Habla también del elemento individual, esto es, del influjo que los grandes hombres, los de genio y de carácter, tienen en la marcha de los sucesos. Concluye este último punto con estas palabras:

> El individuo es un compuesto de pensamientos, de sentimientos, de voliciones. Todos esos elementos pueden impulsarle a obrar, y constituyen así otras tantas energías especiales que toman de la complexión orgánica propia del individuo su fuerza y su contenido. A Napoleón le llevó la ambición a no cesar en sus conquistas; Enrique VIII, enamorado, varió la religión de su país; Carlos XII, por afición a las batallas, terminó su carrera en la ruina; Law, por equivocarse acerca de la naturaleza del crédito, fue derecho a la catástrofe financiera que arruinó a Francia, y así sucesivamente. Pero los pueblos, las sectas, los partidos, son también capaces de determinarse a obrar por sentimientos. El odio, la venganza, han llevado muchas veces a los pueblos a guerras mortales. La simpatía por otros grupos humanos ha hecho caer a algunos de ellos en errores graves, como por ejemplo, la

de Rumania a Francia, que se manifestó en 1870, en los excesos cometidos contra la legación de Prusia en Bucarest, acción irreflexiva, que Rumania hubo de pagar muy cara.

Hay que distinguir la raza, como elemento constante evolutivo, del impulso momentáneo que puede determinar la acción de un grupo humano, o la de un personaje, como individualidad étnica. Las disposiciones de las razas no varían casi, o al menos su transformación es enteramente tan insensible como la del medio exterior; permanecen las mismas, pero, sobre este fondo inmutable, se mueven las olas cambiantes de las disposiciones pasajeras, que pueden hacer que las individualidades den lugar a hechos históricos.

El azar es, según Xénopol, otro de los auxiliares de la evolución; consiste, según Mildelband, en el encuentro de dos hechos, en el espacio o en el tiempo, sin que estén unidos tales hechos por la relación de causa a efecto.

No faltan escritores que, guiados por sus ideas religiosas, que en este punto nada tienen de apasionadas, atribuyan lo que Xénopol llama el azar, a la Providencia. En efecto, como nada puede admitirse que no tenga causa, alguien ha sostenido que fue la Providencia y no la casualidad la que dispuso que al mismo tiempo que se libraban órdenes de aprehensión contra el cura Hidalgo y sus colegas, fuese domingo, día de misa en Dolores, y así Hidalgo pudiera esparcir su idea de la emancipación entre gran número de gente que había concurrido a la iglesia.

Pero sea que se llame azar o intervención providencial, a ese encuentro fortuito de los hechos que se combinan para producir un efecto, el caso es que esa combinación es, en no pocos casos, uno de los factores de los sucesos que determinan la marcha de la evolución.

Concluye el autor ese capítulo VII refutando la curiosa, pero falsa teoría de Tarde —que no es más que una hipótesis—, pues dicho autor aplica, guiado por sus aficiones a la lógica, el silogismo, no sólo a las ideas, sino también a los deseos y a las voliciones. Descompone todas las acciones humanas en silogismos, y hace del juego inmenso de las pasiones, de los deseos, de las ambiciones, de los odios, de los amores, de los temores y de los arrebatos que llevan a la acción, una red inextricable de silogismos. En esta forma, la premisa mayor la da siempre un deseo: "Deseo preparar mi salvación en la otra vida". La menor está

constituida por una creencia, y se formula así: "Ayunando, puedo lograrlo". La conclusión estará representada por un acto voluntario: "Observaré la cuaresma".

La lógica social, según Tarde, conduce a la vida de la realidad; impulsa de manera fatal al género humano a armonizar todos los pensamientos, todas las voliciones.

Esa curiosa hipótesis de Tarde, en la que quiere explicar la evolución entera de los pueblos por medio de silogismos, me recuerda un hecho que presencié en un acto de física, en el Seminario de Oaxaca. El actuante sostenía esta tesis: "el ángulo de reflexión [se trataba de óptica] es igual al ángulo de incidencia"; y para probarla, formuló el siguiente silogismo: "Todo lo que enseña el padre Almeida es verdad; es así que enseña que el ángulo de reflexión es igual al de incidencia. Luego, es verdad que los ángulos son iguales".

Naturalmente, el que replicó, un canónigo muy ilustrado, don Florencio Castellanos, hizo ver al actuante que aquella cuestión no era asunto de silogismo, sino de comprobación experimental; que no debía haber formulado para aquel acto un aserto como aquél, puesto que allí no se tenían aparatos; y que había sido un error querer probar su tesis con silogismos.

Xénopol echa por tierra la llamada teoría de la *lógica social,* de Tarde, e inserta este párrafo que creo es del todo convincente:

> Es cosa sabida que cualquier juicio puede adoptar la forma silogística, y es igualmente indudable que los hombres, en su vida consciente, se guían por juicios, verdaderos o falsos, poco importa. Pudiendo ser formulados esos juicios de manera silogística, y pudiendo ser transformados en juicios hasta los actos instintivos, siempre cabrá reducir la actividad humana a una serie de silogismos. Pero esa reducción nos parece más bien un juego que una ocupación seria. Tarde ha visto en ese juego del espíritu, en ese ejercicio a que el lógico puede dedicarse, el mecanismo real de la vida, su repetición y su historia. Ha querido introducir esa vida real en la lógica, y sólo ha conseguido introducir en la vida real el esquematismo de la lógica, o más bien, de una de sus formas, el silogismo. En vez de materializar la lógica, ha impuesto a la vida el formalismo de esta ciencia. ¿De qué sirve cubrir con esa vestidura extraña el fenómeno, hace tanto tiempo conocido, de la lucha por la existencia? Todos los ejemplos del desafío lógico, citados por Tarde, se refieren únicamente a la lucha por la existencia.

Pero como ella tiene lugar entre individuos humanos, dotados de pensamiento, el autor resuelve todos esos conflictos en silogismos. "Bajo esa disputa de tienda —dice— descubrimos con sorpresa un conflicto de proposiciones. La querella, hoy día terminada, entre el azúcar de caña y la de remolacha, entre la diligencia y la locomotora, entre el barco de vela y el de vapor, era una verdadera discusión social, si se quiere, una argumentación. Porque no solamente dos proposiciones, sino dos silogismos se enfrentaban. Uno decía, por ejemplo: el caballo es el animal doméstico más veloz; la locomoción no es posible, sino valiéndonos de animales: luego la diligencia es el medio mejor de locomoción. El otro respondía: el caballo es, sí, el animal más rápido; pero no es cierto que las fuerzas animales sean las únicas utilizables para el transporte; luego la conclusión anterior es falsa." Ahora bien, eso es precisamente lo que ponemos en duda. La lucha por la existencia no reviste, en el hombre, forma lógica; porque en ese caso deberían poseerla también los animales. En el hombre ha de pasar por el pensamiento, porque el hombre es un animal dotado de la facultad de pensar. Pero no toma en modo alguno del pensamiento los argumentos que dan la victoria a sus campeones o los hacen sucumbir. El resultado le marca la superioridad o la inferioridad de las fuerzas que combaten. Claro está que en la lucha por la existencia, entre el gato y el ratón, razonando de esta suerte: *tengo hambre, soy más fuerte que tú, luego te como:* ni el ratón huye en virtud de este otro silogismo: *ser comido es mala cosa; tengo buenas patas; luego me escapo.* Pero la lucha por la existencia, que sigue siendo el mismo fenómeno, indiferentemente de que tenga lugar entre animales o individuos humanos, sectas, religiones, partidos políticos, lenguas, escuelas literarias o artísticas, no puede ser formulada en silogismos, en lo que respecta al reino inferior. Síguese necesariamente que, cuando se libra entre formas nacidas de la vida humana, no son los silogismos que el espíritu puede formular acerca de las peripecias de la lucha los que determinan el resultado, sino que esa forma silogística de la lucha por la existencia es sólo reflejo que ella proyecta en la inteligencia humana. Tarde, que admite como medio de convicción los motivos reales de las acciones formuladas por silogismos, no hace más que revestir de apariencia lógica las formas mismas de la vida. La lógica social de Tarde no es más que un excelente estudio sobre la lucha por la existencia entre seres humanos.

"Lo inconsciente en la historia" llama el autor al capítulo VIII, y en él revela su potente energía de abstracción, pues examina uno por uno los factores de los sucesos, tanto los que ha llamado

factores constantes (la raza y el medio) como los variables. Es un capítulo más de sociología estática que de constitución de la historia propiamente dicha.

He asentado que, sobre ese tema, Xénopol revela su poder de abstracción, porque al hablar de cada factor de la historia, indica cuáles, entre ellos, se emplean conscientemente y con la intervención de la voluntad humana, y cuáles son fatales, o no suponen, como no supone el azar, por ejemplo, la conciencia y la voluntad. No creo necesario detenerme para exponer la doctrina del profesor rumano, ya porque la materia no es la más interesante para el que haya de consagrarse a formar libros de historia, y ya, también, porque no quiero hacer cansado, sin necesidad, este mi trabajo, destinado sólo a estimular y a orientar, si cabe, a los que se sientan inclinados a escribir nuestra historia.

Llegamos al último capítulo de los de orden sociológico, que incrustó el autor en su obra; al IX, que trata de "Las leyes de la evolución".

Llamará la atención que en él hable Xénopol *de leyes,* cuando en muchas de sus páginas nos repite hasta la saciedad que los hechos de sucesión no se rigen por leyes; pero es preciso penetrar en su pensamiento para convencerse de que, de algún modo, puede hablarse con verdad de leyes en la historia. Voy a procurar explicar su mente para exponer sus ideas capitales en el asunto, sin formular comentarios que serían inconducentes, puesto que no se trata de historia.

¿Puede haber leyes en historia?, se pregunta, y después de refutar a los que han confundido los fenómenos de sucesión, siempre singulares y propios de la historia, con los de repetición, hace notar que bajo la influencia de la evolución, que es uno de los factores de los sucesos históricos, hay uniformidad y verdaderas leyes para ésta: porque existen causas, y las causas producen siempre efectos. Lo que sucede es, agrega, que como las condiciones en que obran esas causas no son siempre las mismas, los efectos se diferencian siempre unos de otros. Existen, sin embargo, continúa diciendo, fenómenos de evolución, que son los mismos en cualquier pueblo, en cualquier época y en cualquier lugar, por más que ésos no sean los fenómenos que deben preocupar al historiador. Hecha esa advertencia, que, no comprendida, echaría por tierra toda su obra, dice así:

Cabe formular, en el sentido en que hemos precisado, buen número de leyes de la sucesión; como ejemplos:

La evolución del espíritu humano no se limita a colocar las formas nuevas al lado de las antiguas, sino que las injerta en ellas (la literatura latina no quedó destruida, sino incorporada en las nuevas formas de los pueblos posteriores).

El progreso no es continuo; procede por ondas que avanzan, y luego retroceden, para avanzar de nuevo más allá de lo que habían hecho las anteriores.

El cambio de medio produce una variación en los hechos del espíritu, que sirve de ambiente (los judíos, que han sufrido persecuciones, dejaron de ser agricultores, para consagrarse al comercio del oro).

La lucha por la existencia tiene como resultado la desaparición del elemento vencido, cuando no puede ser asimilado por el elemento vencedor (la desaparición de los salvajes en los Estados Unidos, comarca en que los europeos se adueñaron por completo de la tierra).

"La imitación impide el progreso cuando se aplica a las formas existentes; lo favorece, por el contrario, cuando se aplica a las nuevas ideas" (mientras los oaxaqueños siguieron imitando a los españoles, quedaron estacionados; cuando bajo las ideas de Miguel Méndez, y los colegas de éste, se amoldaron a las ideas nuevas, de su seno, es decir, de Oaxaca, salieron hombres que lucharon por la Reforma y la hicieron triunfar). (El obispo Cantarines, Romero D. Félix, Mariscal, Díaz D., Porfirio, Carvajal, y aun D. Manuel Dublán que, a pesar de estar con el Imperio, propagó las doctrinas reformistas.)

"La acción del genio, cuando resume las tendencias de la época, acelera la evolución; cuando obra en sentido contrario, la retrasa. Esto ha pasado con algunos hombres inteligentes, pero que, por ignorancia o por fanatismo, no han favorecido al progreso." El obispo Bergoza y Jordán, el licenciado Pazos y el doctor Rincón, por ejemplo, en la evolución del pueblo oaxaqueño, la cual pretendían atajar.

Todas ésas son leyes de sucesión, pero no sirven para formar las series históricas, sino para constituir la sociología estática, que es completamente distinta de la historia.

Hablando de *leyes psicológicas*, nos hace notar el autor que és-

tas rigen en el espíritu humano y, por tanto, importa conocerlas, para apreciar la marcha de la evolución de los pueblos. No cabe poner en duda tales leyes; las operaciones de la abstracción, de la memoria; los efectos del dolor y del placer, la transformación de los actos voluntarios en instintivos (o habituales), la rigidez de la conciencia, están sujetos a uniformidades ya comprobadas. Lacombe juzga que el estudio de la psicología viene a ser el de la historia, y que ésta se explicará por las leyes psicológicas; pero Xénopol hace notar que hay en esta tesis una confusión que proviene de que no se ha tomado en cuenta que, cuando las condiciones cambian, los efectos de la acción del espíritu no pueden ser uniformes. El cambio perfecto del caleidoscopio histórico depende no de que varían las fuerzas psíquicas, ni las leyes psicológicas, sino de las distintas condiciones en que obra la fuerza del espíritu. "Las leyes psicológicas pueden explicar algunos hechos históricos: por ejemplo, es ley de esta clase la que establece que ningún partido debe pactar con otro de principios opuestos, porque corre el riesgo de caminar a la propia ruina." (Así sucedió en Ciudad Juárez con el maderismo, que pactó con el porfirismo, y que labró su ruina.)

Otra ley psicológica es la que ha conducido al historiógrafo francés Luis Adolfo Thiers a formular esta sentencia: *cuando una revolución triunfante se divide en bandos, y éstos luchan el uno con el otro, triunfa el más implacable, el que tiene menos compasión, el más radical.* Tal pasó entre nosotros con Carranza que aniquiló a Villa; con Obregón que se sobrepuso a don Pablo González, y con el general Calles, que dominó sobre Flores y sobre De la Huerta.

Pero los hechos singulares, y no los generales, sujetos a leyes, son los que constituyen el elemento importante de la historia, y, por desgracia, no pueden ser previstos con todas sus circunstancias, aunque sí pueden orientarnos de otro modo, según veremos en capítulo posterior.

Además de tener en cuenta, para explicar los hechos históricos, las condiciones en que actúa la fuerza psíquica, debe apreciarse el modo de ser de los individuos, cuando éstos inician o sostienen alguna idea influyente, un acontecimiento o un cambio en las instituciones. Y también para esto falta a veces la brújula; porque no es fácil, y a veces ni posible, penetrar en el origen, en la causa que ha determinado la acción de un hombre de importan-

cia. Esto pasa cuando se trata, sobre todo, de las tendencias innatas de los individuos o de los pueblos.

> El carácter del pueblo inglés, del francés o del español, no es solamente producto de la raza. Su formación débese también a las condiciones que han rodeado la vida de estos pueblos. Pero, por ejemplo, si queremos hallar la causa de la diferencia en la civilización de los turcos y la de los españoles, civilizaciones que se parecen en cuanto al fanatismo religioso, nos veremos obligados a recurrir, para hallarla, al elemento irreductible de la raza, elemento que explica también cómo ocurre que la misma religión, la de Mahoma, haya dado un producto intelectual totalmente distinto entre los turcos y entre los árabes. Lo mismo pasa con la explicación de los caracteres individuales. Por eso, los hechos históricos no se realizan con elementos fijos, y hay que examinar las condiciones en las cuales obran las fuerzas que los producen.

Los cambios bruscos que sufren los pueblos dependen, unas veces, de fuerzas naturales y aun del azar; otros, de la energía de determinados personajes, como Alejandro *el Grande*, César, Carlomagno, Gengis Kan y Napoleón I.

De lo expuesto resulta que *el papel importante de la psicología en la historia consistirá en explicar los hechos individuales de que se compone la evolución.*

Trata después el autor de la cuestión que consiste en saber si la historia es o no es un arte, cuestión que no me parece de importancia, pues lo más que puede decirse en favor de esa tesis es que el que escribe una historia debe preocuparse por dar vida y colorido a sus exposiciones. Lo que sí importa es decir si la historia es o no es ciencia, punto ya controvertido entre los señores licenciado Antonio Caso e ingeniero Agustín Aragón, los cuales, por lo que presumo, no leyeron toda la obra de Xénopol que aquí comento.

Tampoco entraré en detalles acerca del otro punto anotado por el autor: el de la diferencia entre la historia y la sociología estática, porque, sobre esto, ya quedan indicados los caracteres de una y otra, y porque al final de este mi estudio, habré de agregar algunas consideraciones que espero dejen satisfechos a mis oyentes o lectores.

Cuanto a la previsión y predicción de los hechos históricos,

aunque queda indicada la utilidad de la historia, que consiste en hacernos comprender el presente y en dejarnos entrever (solamente entrever) la dirección de los sucesos en lo futuro, hay que declarar que esa previsión y esa predicción son imposibles, o, por lo menos, aventuradas siempre, por la sencilla razón de que los hechos de sucesión son siempre únicos y no se parecen sino en aquello que toca a la marcha general de la evolución. La sociología estática puede prever, y eso con ciertas limitaciones; la historia, no.

La *supuesta ley de la evolución religiosa,* en virtud de la cual algunos autores asientan que las religiones han pasado, primero, por el fetichismo, después, por el politeísmo, y a lo último por el monoteísmo, da motivo a las siguientes reflexiones del autor:

> Si se examina la marcha efectiva de las ideas religiosas se observa, en lugar de una sola ley general de la evolución, un desenvolvimiento muy complicado, debido, en primer lugar, a las disposiciones innatas de las razas y a su diferente capacidad para las ideas religiosas. Las razas inferiores se detienen en el fetichismo; la raza amarilla en un animismo superior, con predisposición a los preceptos morales; pero la raza blanca es la que desarrolla, sobre todo, la idea religiosa, y, principalmente la raza semítica, la concepción monoteísta, que dio origen a las tres grandes religiones de este género: el judaísmo, el cristianismo y el islamismo; las razas arias desarrollan, por el contrario, la concepción politeísta. Ahora bien, estas tres concepciones religiosas son profundamente distintas una de otra. El fetichismo y el animismo no tienden a explicar más que el problema de la existencia individual; el politeísmo añade la explicación del mundo; el monoteísmo reúne las dos tendencias, poniendo al propio tiempo en relación al hombre con la Divinidad, por medio de la moral.
>
> Pero esas religiones distintas no se detienen en el seno de las razas que les han dado origen; se extienden fuera, en otras razas, sufriendo el influjo del espíritu de ellas. Así el budismo, de origen ario, se extendió en la raza mongol; el cristianismo, nacido entre los semitas, ha abrazado casi toda la raza aria; el islamismo, de origen igualmente semítico (árabe), se extendió, de un lado, entre los pueblos mongoles (turcos, tártaros, etcétera); de otro, entre los pueblos de raza aria (persas, indios).
>
> Pero aparte de esa confusión de las religiones con las razas, que influye hondamente en su desenvolvimiento en cada caso diferente, hay que notar también la circunstancia de que, mientras que el ani-

mismo, el politeísmo y la religión védica son productos del alma popular, las grandes religiones que hoy dominan las conciencias son obra toda de personalidades históricas, de los grandes fundadores, de religiosos, y que, sin la aparición de esas grandes individualidades, que nada tienen de común con la evolución natural de la idea religiosa, aquellas formas del pensamiento colectivo no tendrían el carácter que hoy tienen. Sin Confucio, Buda, Moisés, Jesucristo y Mahoma no existiera ninguna de las religiones que ellos fundaron.

Ningún estudio verdaderamente científico de la evolución de las ideas religiosas podrá tender a encerrar, en una sola ley, todo el desenvolvimiento de que hablamos. Teniendo en cuenta todos los influjos, renunciará a ahogar, en una sola fórmula seudocientífica, el abundante desarrollo de la idea religiosa. No se podrá hacer más que estudiar las diversas series históricas, por ejemplo, en las religiones de la India, la védica, la brahmánica, la budista, y buscar los puntos de enlace de estas tres concepciones; o bien, se expondrán los cambios que experimentó la doctrina cristiana, cuando pasó de la idea monoteísta semita al espíritu politeísta ario; o se estudiarán las vicisitudes por que pasó la religión mahometana, cuando se transportó de la raza semita árabe, en la que constituía un elemento de progreso, a la raza mongólica, turca y tártara, donde dejó de ejercer influjo civilizador y vino a ser obstáculo para todo desenvolvimiento. Y así en los demás casos.

Supuesta ley histórica de la evolución política. Según Letourneau, las sociedades humanas evolucionan regularmente por etapas sucesivas, que son: la monarquía, el clan comunista, la tribu republicana, primero, luego aristocrática; más tarde, la monarquía, que empieza por electiva, para transformarse en hereditaria; finalmente, ciertas naciones escogidas repudian la forma monárquica, para volver al régimen republicano, muy diferente, por otra parte, del de las tribus primitivas, preludiando de esta suerte formas sociales nuevas, ocultas todavía en el porvenir. Xénopol, después de recalcar lo de las *naciones escogidas,* puesto que, al referirse a una ley científica, no deben hacerse excepciones, reproduce otra gradación del mismo Letourneau, reprobando la versatilidad de este autor; después, critica la citada gradación en estos términos:

No vemos absolutamente, por ejemplo, cómo la ley de Letourneau pudiera ser aplicada siquiera a los pueblos de la raza inferior, cual los

negros de África, que han pasado directamente al despotismo monárquico más completo, sin atravesar los grados intermedios de ninguna forma republicana.

Respecto a los pueblos históricos, la evolución varía de uno a otro, según su espíritu, las circunstancias del medio natural y las de la vida histórica, es decir, según los acontecimientos fortuitos que vienen a influir en la marcha progresiva. Es imposible, en absoluto, formular una ley única evolutiva. Cada pueblo sigue una marcha particular. En cada uno de ellos hay series regulares de hechos históricos que explican un momento de su historia, pero no ley sociológica que pueda resumir, en una fórmula única, la evolución política de todos los pueblos del mundo.

Entre los griegos encontramos, probablemente, a continuación del clan, diferente evolución en los distintos Estados. Entre los griegos de Asia, la tiranía; entre los espartanos, una forma absolutamente curiosa y original, la de la monarquía con dos reyes en lugar de uno. Esa monarquía es hereditaria desde un principio y no pasa por la forma electiva. Se cambia con el tiempo en una especie de república aristocrática, dirigida por los éforos, aun cuando los reyes subsisten todavía. Jamás esta república adopta la forma democrática. Luego, la evolución política sigue un orden contrario al que formula Letourneau; monarquía-república, en vez de república-monarquía. En Atenas, por el contrario, encontramos (¿a continuación del clan?) la monarquía hereditaria, luego una república aristocrática al principio, democrática más tarde, siguiendo una marcha precisamente contraria a la fórmula de evolución política de Letourneau. Esa república conduce, a consecuencia de circunstancias absolutamente especiales, a un gobierno despótico, el de los Treinta Tiranos, para volver en Clístenes a la democracia. Los romanos empiezan por la monarquía electiva, pasan a la república aristocrática, primero, democrática después, también contradiciendo a Letourneau, y terminan con la monarquía absoluta de los Césares. Nuestro autor quiere esquivar esta dificultad insuperable observando que "la evolución regresiva de Roma a la monarquía absoluta ha probado brillantemente cuán funesto es, a la larga, este régimen para los pueblos que lo sufren". Pero ¿es que una ley natural debe absolutamente ser buena para la humanidad; y se trata de criticar la conducta de los pueblos, o de formular leyes fatales, que no puedan ser infringidas?

Si pasamos ahora al examen de los pueblos modernos, cuya evolución es tan varia, sorprende que haya podido surgir en cerebro humano el pensamiento de unificarla. Pero ¿qué no ha hecho el espíritu sistemático? Primeramente, el régimen feudal, que no puede ser cla-

sificado en ninguna de las categorías de Letourneau; luego, desenvolvimiento absolutamente distinto, en los diversos países europeos, que lleva en Inglaterra, en época bastante anticipada, al establecimiento de las libertades públicas y al régimen parlamentario; en Alemania, a la división del pueblo y a multitud de pequeños Estados; en Italia, a la dominación extranjera, a más de igual división; en Francia y en España, al absolutismo más fuerte.

¿Cómo es posible hablar de una ley de evolución única para todos los pueblos del mundo, cuando no hay dos que se sometan a ellas?

Hay, continúa el autor, otras supuestas leyes de la evolución, tan carentes de fundamento como las dos antes expuestas: Brunetière admite un desenvolvimiento de las artes, especialmente de la pintura. "La pintura —dice el mismo Brunetière—, por lo menos la pintura moderna, ha empezado por ser religiosa. Pronto, sin embargo, se ha destacado, como rama paralela, la mitológica, que se ha transformado, a su vez, en histórica. De esta última se separa primeramente el retrato que, a su vez, da origen a la pintura de género, para pasar luego, por el paisaje, a la naturaleza muerta." Xénopol, para desechar esa supuesta ley, entra en el examen de la historia de la pintura en diversos países, revelando, una vez más, el conocimiento profundo que tiene de la historia en todos los ramos. Habla principalmente de la pintura en Italia y en Flandes, y dice en seguida:

Si queremos proseguir nuestra investigación en España, en Francia, en Alemania, en todas partes, hallaremos una evolución distinta, determinada por el medio y las circunstancias que en ella influyeron. Siendo estas condiciones distintas en todo lugar, es necesario que la evolución de la pintura lo sea también. Tan enteramente imposible es formular una ley que rija esa evolución de manera igual, en todos los pueblos, como lo fue hacerlo en el terreno político o religioso. Para cada país, para cada pueblo, para cada escuela, también hay, sí, una evolución, una dirección marcada en el curso del desenvolvimiento; pero esa dirección es siempre especial, particular del grupo humano que se considera. No hay evoluciones paralelas semejantes. La de la misma forma no se repite jamás en el tiempo, de manera idéntica. Cada evolución es una forma única y característica. No puede lograrse una generalización de las manifestaciones de una misma forma del pensamiento, tal como aparecen en distintos pueblos, sino sacrificando

las diferencias que las distinguen, y que hacen de ellas unidades históricas aisladas. Cuanto más tratamos de generalizar las series paralelas evolutivas, tanta menos aplicación tienen esas operaciones a cada caso particular, tanto más se apartan de la verdad y, por consiguiente, de la ciencia que, no obstante, pretenden constituir. En los hechos de repetición, por el contrario, la verdad se percibe tanto mejor, cuanto pueden los hechos ser generalizados con más amplitud; y esa diferencia no es sino muy natural, dado que en los hechos de repetición, lo esencial es la semejanza; en los sucesivos es, por el contrario, la diferencia, tanto de unos con otros, como con los de series paralelas desarrolladas por otros organismos sociales. Los hechos de repetición se reproducen constantemente, con ligeras diferencias de que puede hacerse caso omiso, e importa notar su semejanza; los sucesivos se siguen sin repetirse nunca de igual manera, e importa notar lo que los diferencia. Sin diferenciación, no habría sucesión, sino repetición solamente.

Transcribe unos conceptos de Tarde, en los cuales se niega la posibilidad de establecer leyes de evolución en las artes, en la religión, en las lenguas, en los gobiernos, en las legislaciones, en los sistemas de moral y en las ciencias. Acerca de éstas, Xénopol enmienda a Tarde: porque la ciencia, dice, es lo único que no está sujeto a cambios; porque tiene carácter absolutamente universal, y no depende de determinadas condiciones; se desarrolla de una manera única e igual en todo el globo; seguirá una ley de desenvolvimiento, pero ley obtenida, no por el método de la sociología, puesto que el objeto que la constituye, la verdad, es uno e indivisible. "Hay pues —continúa diciendo— una ley única e idéntica para la evolución de la ciencia, para el conocimiento de la verdad, y esa ley es la evolución misma, uno de cuyos principios es la verdad." Agrega a esos conceptos, el párrafo que va a verse:

No ha de creerse que esta ley sea la de los tres estados que formuló primeramente Turgot, que luego recogió y amplió Augusto Comte. No es exacto decir, con esos dos pensadores, que la evolución, es decir, el avance hacia el progreso, pase sucesivamente por tres etapas: el estado teológico, el metafísico y el positivo, y no es más exacto restringir esa ley a la evolución intelectual, como lo hace M. de Greef. Comprende esta última también las artes y las religiones, que no pueden pasar por esas tres fases evolutivas. Pero, aun aplicada a la persecución de lo verdadero y del bien, que son los grandes resortes

de la evolución, la ley de los tres estados excede con mucho del campo que realmente abraza, porque la verdad práctica, por ejemplo, jamás ha revestido la forma teológica, ni la de carácter metafísico; siempre ha sido positiva, lo mismo que la verdad científica. El único terreno de la verdad a que pueda aplicarse la ley de Comte es la investigación de la misma, en el gran sentido del Universo, en el misterio que nos rodea. La explicación del mundo ha recorrido, en efecto, los tres estados de la ley de Comte: teológico, metafísico y positivo.

Entra Xénopol, al acabar el párrafo transcrito, al examen de las leyes de evolución, citadas por M. de Greef, que son, dice, de estática social y de orden económico, y asienta que, cuando De Greef quiere aplicar el concepto de ley a la sucesión, cae bajo el peso de su crítica. Cita casos y ejemplos demostrativos de lo inexacto de estas erróneas aplicaciones del concepto de ley, y descarta otras supuestas leyes de evolución, en otros órdenes de cosas, tema que no juzgo de importancia para este mi trabajo. Concluye el capítulo IX refiriéndose a las *supuestas leyes de la estadística.*

La estadística ha sido llamada la ciencia de los hechos sociales, dice Xénopol; mas para mí no es otra cosa que la aplicación de la ciencia de la cantidad a esos hechos.

Ha originado la estadística, dice el autor, muchas concepciones erróneas; Kant, entre otros, afirmaba que las acciones humanas están sometidas a leyes universales, lo mismo que los fenómenos físicos, y cita la regularidad de los fallecimientos, de los matrimonios y de los nacimientos. Buckle nota la misma regularidad en la relación de los crímenes, especialmente en los asesinatos; aunque reconoce que éstos tienen causas tan variadas, que hay que renunciar, dice, a la esperanza de un método para descubrir tales causas; lo mismo opina respecto a los suicidios, en los cuales es aún más difícil la apreciación de las causas, por razón de la oscuridad de las pruebas. Las acciones humanas, continúa diciendo, forman parte de un vasto plan de orden universal, que es, a la vez, *base y clave de la historia.* Mongeolle opina casi en el mismo sentido.

Para que la uniformidad que hay en los hechos registrados por la estadística pudiera considerarse sujeta a ley, sería necesario que las condiciones para la producción de esos hechos fuesen siempre las mismas; pero ¿quién no conoce que esto no pasa

siempre? Comúnmente circulan por las calles de México gentes casi en igual número, de un día a otro; pero si hay, por ejemplo, algo nuevo, como las ascensiones del hombre-mosca en la Catedral, el número de gente ya no será el mismo que el del día anterior. En los días en que luchaban carrancistas y zapatistas, llegó a verse la plaza llamada *del zócalo,* sin una sola gente. Los promedios de la estadística, aunque muy útiles para el legislador y el gobernante, son falsos, cuando se trata de la explicación de los hechos históricos; porque lo que se quiere comprender es el porqué de las variaciones de las cifras de un año a otro, y este porqué no puede darlo la estadística.

Suponiendo que las cifras de la estadística presenten cierta regularidad en un lugar, no por eso acusan esas cifras la existencia de una ley, puesto que los suicidios, en Morelia, no han tenido el mismo incremento que en Veracruz. Para que hubiera, en la verificación de los suicidios, una ley, sería preciso comprender los del mundo entero, y este cálculo, si se realizara, jamás daría la uniformidad que implica toda ley de la naturaleza. Para que los datos estadísticos pudieran sujetarse a leyes sería preciso suponer, lo que es contrario a la experiencia, que las condiciones para la verificación de los hechos sean las mismas, lo que no sucede: el suicidio, por ejemplo, se debe, en unos casos, al amor; en otros, a la miseria, y en otros más, a la locura, a los excitantes, etc. Jamás una ley de la física o de la química reunirá en su enunciado hechos tan diversos, producidos por distintas energías. Aparte de eso, los hechos que registra la estadística (fallecimientos, matrimonios, nacimientos, crímenes, suicidios, etcétera) no son hechos históricos, puesto que cada uno de ellos, aisladamente considerado, no origina otro u otros; ni tampoco se encadena cada uno de ellos con otros anteriores para formar las series enlazadas por la relación de la causa a efecto, que la historia consigna. Transcribamos el párrafo de la obra:

> Las acciones humanas son de dos clases: las que sólo sirven para mantener la vida diaria, tanto de los individuos como de la especie, y las que influyen en los tiempos venideros. Éstas son las únicas que corresponden a la historia. Necesariamente podrá haber, entre ellas, nacimientos, defunciones y casamientos, si se quiere, hasta señas olvidadas en las cartas, pero no de consecuencias históricas; mas

cuando se presente ese caso, el hecho será histórico, por su carácter individual y no por lo que tenga de estadístico, no porque aumente la cifra de los casos que esta ciencia recoge. Rumelin dice muy bien: "Todas las cifras de las estadísticas, ordénense como se quiera, no serán nunca más que la expresión de hechos, material muy importante para trazar la característica de los pueblos, de los Estados, de los tiempos, testimonios históricos del valor más grande, datos para el legislador y el estadista y para los pensadores todos". Así ha sido aplicada la estadística por A. Bruckner, para determinar ciertas series de hechos históricos, como, por ejemplo, el aumento de extensión del imperio ruso, el progreso de la medicina en el mismo, el habido en los medios de proporcionarse alimentos, etcétera, etcétera. Puede servir, en ocasiones, para inferir las causas de ciertos cambios entre dos épocas más distanciadas; puede, sobre todo, ayudarnos mucho a conocer de manera precisa una situación pasada, pero su papel se limita a esto, a dar materiales para la historia, no a constituir las leyes de ésta. Boutroux niega también a esta disciplina la facultad de formular leyes. "La estadística —dice— ¿no tiene constantemente necesidad de ser completada por el razonamiento? ¿Cuándo tiene que habérselas con cifras que no exijan ser interpretadas y que expresen inmediatamente la realidad social de que se trate? ¿El número de individuos que saben leer y escribir es medida fiel del desarrollo de la instrucción en un país? ¿El movimiento religioso puede calcularse por el tráfico de los objetos utilizados en el culto? Se observa que, en este dominio, individuos de tacto y de experiencia llegan en sus expresiones literarias, y sin utilizar cifras, a una verdad que la valoración matemática no puede lograr."

Todavía se detiene Xénopol en otras consideraciones acerca de la estadística, con el fin de caracterizar bien a ésta, y de hacer ver que, si puede algunas veces dar leyes de simple manifestación de los fenómenos, nunca podrá darlas acerca de los que se llaman *hechos de sucesión,* es decir, de los hechos históricos. Creemos que con lo que hemos expuesto bastará para comprender el pensamiento capital de Xénopol. Dejemos, pues, ese tema, con el cual concluyen los cuatro capítulos de sociología estática, y volvamos a los de la constitución de la historia.

CAPÍTULO X
El material de la historia

Cualquiera creería, al leer el rubro que encabeza el capítulo X, que Xénopol va a tratar de las fuentes históricas, esto es, de las tradiciones, de los escritos y de los monumentos, que comúnmente han sido considerados como material de la historia. Pero no: el autor entiende por material de la historia lo que voy a exponer, no sin trabajo: porque en este trance de la obra, Xénopol se eleva y habla para los sabios, o, por lo menos, para los que él supone que ya lo han comprendido en los capítulos anteriores.

La primera sección se intitula: "El suceso histórico". Éste es un hecho cualquiera, particular, general y aun universal, en lo que toca al espacio, pero singular por lo que corresponde al tiempo, siempre que sea posterior a otro hecho que se enlace con él y que sirva para explicarlo, y siempre, también, que haya de producir consecuencias o resultados *intelectuales.*

Recuerdo que en Oaxaca, cuando yo era niño, ascendió una vez en globo un aeronauta apellidado Padrón, y que, al desprenderse el globo de la tierra quedó prendido de un pie, en uno de los cables, un hombre, uno de tantos mirones. La ascensión continuó; mas para Padrón y para los espectadores fue un suceso emocionante, de aflicción, la cual acabó cuando el aeronauta aterrizó.

Si siguiéramos la antigua usanza de considerar hechos históricos los que conmueven a la sociedad, claro es que catalogaríamos para la historia la ascensión aquella; pero con lo expuesto por Xénopol se comprende que tal suceso no es histórico: porque ni se derivó de un hecho social de importancia, ni originó otro hecho de orden intelectual, importante también.

En cambio, el restablecimiento de la Constitución de Cádiz, en tiempo del virrey Apodaca, sí es un hecho histórico, porque se derivó de un movimiento en España en favor de las formas constitucionales, y porque contribuyó a que las clases acomodadas cooperaran a desligar a la Nueva España de la sumisión a la corona ibérica.

"Formas generales de la vida del espíritu". Bajo este título, diserta Xénopol con alguna amplitud, pero no con la claridad deseable, y hace ver que lo que influye en la evolución de las sociedades, y

da lugar a hechos históricos, es la actividad de los hombres, en lo económico, en lo político, en la esfera de la religión, en la moral, en la esfera del derecho, en las artes y en las ciencias.

En algunas de estas actividades influyen las masas populares, y en no pocos casos son los grandes hombres los que ejercen el influjo; esto pasa generalmente con religiones como las monoteístas y las dualistas, creadas por sus fundadores; pues el fetichismo y el politeísmo se deben a las generaciones sucesivas, y no se sabe quién las haya creado.

En el orden científico y en el de la moral y el derecho, el progreso no tiene límites; en las artes del gusto, no parece que pueda llegarse más allá de donde se ha llegado, y las escuelas y los artistas lo que hacen es restaurar las obras de la belleza que produjeron griegos y romanos.

Las masas de los hombres se preocupan más de las formas económicas, políticas, religiosas, morales y jurídicas, y son muy contados los hombres que se interesan por las científicas y las artísticas. Sobre esto se expresa así el autor:

> ¿Qué número de aldeanos, y aun de obreros, de los países civilizados visitan los museos de pintura y de escultura, o se deleitan con la audición de Aída, del Fausto o de Lohengrín? ¿Cuáles de entre ellos ambicionan saber si la tierra gira alrededor del sol, o si no se mueve; o se preocupan de averiguar los principios en que se basa el movimiento de la locomotora, que a cada momento ven pasar delante de ellos? Para la grande, la inmensa mayoría de los hombres, la ciencia y el arte superior, es decir, precisamente los productos supremos de la evolución, no existen. Todas sus aspiraciones se limitan a ganar el diario sustento, a procrear hijos y criarlos bien o mal, a adormecer su cerebro con la ilusión de algún ensueño religioso, a descansar de vez en cuando delante de un vaso de vino, oyendo música popular. En punto a la ciencia, se contentan con conocimientos prácticos que de ella derivan y que pueden servir para sus necesidades. Así, no dejan de utilizar los descubrimientos que pone a su disposición, sin preocuparse lo más mínimo de los principios en que esos descubrimientos se basan. Las últimas, las más altas verdades de la ciencia, como las más espléndidas creaciones de lo bello, siguen siendo para ellos letra muerta. Estas dos formas superiores de la vida humana, por consiguiente, a pesar de su gran importancia para la marcha de la humanidad, están lejos de tener para la inmensa mayoría el mismo valor que los elementos del bien y de la verdad práctica.

"Producción de los hechos históricos". Al estudiar estos hechos, puede uno tomar los lineamientos generales, o bien, descender a los pormenores.

El primero de estos modos de proceder es complejo; el segundo ofrece más sencillez. Si estudiamos la evolución religiosa en Europa, la Reforma se nos presenta como un gran hecho, único, enlazado con el Renacimiento, con la corrupción de la Iglesia romana, con la rivalidad entre Francisco [I] y Carlos V, con la constitución del imperio germánico, con los ataques de los turcos, etcétera; pero si estudiamos la Reforma solamente en Inglaterra, tenemos que referirnos a la intervención de Enrique VIII, y después, al divorcio de este rey, y a otros hechos: el amor del monarca a Ana Bolena, la resistencia de Catalina, su apelación al papa, la sentencia de éste, la ruptura de Enrique VIII con Roma, etcétera.

Sea porque Xénopol no es suficientemente explícito en esa sección del capítulo x, o porque la traducción no es la más feliz, el caso es que los que lean los conceptos del autor no podrán imponerse de modo que no tengan dudas. Apuntaré, siquiera, lo que he podido comprender, aparte de que, para que se vea que no exagero, trascribiré algunas líneas de las que envuelven más nebulosidad.

Los hechos históricos, da a entender Xénopol, nacen de las fuerzas evolutivas, actuando éstas en determinadas condiciones. Tales fuerzas contribuyen a que puedan formarse las que se llaman series históricas.

Después de esos conceptos, apenas entresacados de entre otros, sigue este párrafo que reproduzco, con el deseo de que pueda ser comprendido, y también para que se vea que el lenguaje del autor no se ajusta a la comprensión del común de los oyentes o lectores:

> Todo hecho histórico, simple o compuesto, es resultado de la acción de una fuerza, o de la combinación de varias de ellas, pasando por ciertas condiciones. No produce hechos una sola de las actividades históricas, y sí sólo da origen a las series; es la influencia del medio, que no podría crear hechos, sino solamente modificarlos y transformarlos, conforme a su carácter, la que puede producir de esta suerte series históricas. Por el contrario, hay un agente, el azar, que, sin embargo, no es una fuerza, sino el encuentro fortuito de la acción de varias fuerzas, y que, pudiendo siempre dar origen a hechos e inter-

venir así en el desenvolvimiento de las series históricas, no podría determinar su formación.

A lo transcrito, siguen otros párrafos tanto o más oscuros. La sección última del capítulo x, intitulada: "Generalidades y contingencias", es en la que el autor se propone hacer notar la influencia de los grandes hombres en los sucesos que registra la historia, influencia tanto más poderosa cuanto es mayor la decadencia de las sociedades. Así pasó en Roma, pues a medida que aquel gran pueblo fue perdiendo sus osadías, la historia va explicándose, más por el estudio de los Gracos, de Mario, de Sila y de los Césares, que por las acciones de las masas populares. Lo mismo puede decirse de la historia del cristianismo, puesto que, si los primeros cristianos imprimieron a su religión la fisonomía especial que presentó en los primeros siglos, después esa historia se vincula con la vida de los papas. Asimismo, la historia de Oaxaca, después de la conquista, va explicándose —y así lo ha hecho el presbítero Gay— mediante la descripción de las vidas de los obispos, puesto que el pueblo conquistado y el nuevo que surgía no tenían acción política, dado el absolutismo de la dominación española.

Don Vicente Riva Palacio, al concluir el segundo tomo de *México a través de los siglos*, aseveró que llegará la vez en que se escriba la historia prescindiendo de los personajes; pero si, como lo espero, la obra de Xénopol tiene éxito —y este éxito habrá de basarse en las valiosas innovaciones que trae—, si tiene éxito, repito, no habrá de prescindirse de la actuación de los grandes hombres, que son a veces, aunque no siempre, factores de los sucesos.

CAPÍTULO XI
Las series históricas

Éste es un capítulo en que el autor se muestra más innovador acerca de lo que debe entenderse por historia, y más conocedor de los antecedentes y circunstancias de los pueblos europeos.

Hay en ese capítulo párrafos que, transcritos aquí, serían casi incomprensibles; pero voy a fijarme, como he venido haciéndolo, en lo esencial, y a exponer ejemplos, no sacados de la historia

y etnografía de Europa, sino de nuestro país; sólo cuando no los halle, citaré los del autor.

"Naturaleza de la serie". Con esta sección empieza el capítulo, y en ella Xénopol establece que la serie es la forma del desenvolvimiento de los pueblos y aun de la humanidad.

La serie, dice, está constituida esencialmente por el enlace de los hechos, en virtud del nexo de la causa en relación con el efecto. Sin este nexo no habría serie propiamente dicha.

Muchos autores, a quienes cita la obra, han creído que la historia nada tiene que ver con las causas; que debe exponer los hechos, tales como han ido ocurriendo. Xénopol, refutando esas opiniones y apoyándose en las de Maurembrecher, Wundt, Sybel, Lamprecht, Gratenfelt y Seignobos, sostiene que lo capital para la historia es la determinación de las causas, para encadenar los hechos y formar con éstos las series.

Ya antes se ha hecho notar que, para que haya causa, se necesita que exista una fuerza y que esta fuerza actúe dentro de determinadas condiciones.

Una de las fuerzas más poderosas, productoras de los hechos, es la energía evolutiva, esto es, la tendencia que hay en cualquier grupo humano a desenvolver las potencias que ha traído a la vida. A esa fuerza se unen muchas condiciones que ya ha estudiado el autor y que son: el medio, la raza, el instinto de conservación, la tendencia a la lucha por la existencia, la imitación, la continuidad intelectual, es decir, el apego de los pueblos a aquello en que han vivido, apego que influye en que la evolución no signifique siempre progreso, sino regresión, pero apego que va siendo cada vez más débil; el azar y la intervención de algunos hombres hábiles y fuertes, que a veces es tan inexplicable como el azar.

Sobre la influencia de la fuerza evolutiva, y de las condiciones que la acompañan para dar origen a los hechos históricos, diserta ampliamente el autor; yo no creo conducente exponer a ese respecto todo lo que dice, y remito por eso, al que quiera profundizar el punto, al interesante capítulo XI; y lo hago así, con motivo tanto más fundado cuanto que Xénopol, para sostener sus afirmaciones, apela a hechos poco conocidos de la historia de los pueblos europeos, que tan sólo pueden ser apreciados por muy contadas personas. Hay, sin embargo, párrafos que son tan instructivos, que no deben pasarse inadvertidos; dice, después de

haberse referido a los antecedentes y factores que originaron el feudalismo, lo siguiente:

> Por todas partes, a la acción de esas fuerzas, viene a añadir la suya, la individualidad, y a dar, de esa suerte, a todo desarrollo en serie, el carácter único y contingente que le distingue de todos los restantes desarrollos paralelos, anteriores y posteriores, de igual naturaleza.
>
> La serie histórica de la Revolución francesa, en la que intervenían precisamente grandes fuerzas, dependió en gran parte de la forma que hubo de adoptar, de las individualidades que intervinieron; por tanto, del azar que las puso al frente de los acontecimientos. Si la burguesía fue invitada a elegir doble número de representantes que los que enviaban los demás órdenes, esa disposición, que tuvo las consecuencias más decisivas, debióse, en primer lugar, a las ideas que Nécker alimentaba acerca del particular; por tanto, a la intervención de una personalidad que el azar había forjado, y cuyo acceso, al frente de los negocios de Francia, era también en gran parte fortuita. Pero la intervención de Nécker en la marcha de los acontecimientos no por eso fue menos la causa principal de la evolución siguiente. Aquella doble representación del tercer estado dio lugar a la tendencia de la burguesía a poner mano sobre los estados generales, y ocasionó la discusión del voto por clases o por individuos. La resolución adoptada por los representantes de la burguesía, de común acuerdo con los de la nobleza y el clero que se unieron a ellos, fue causa de la negativa de la mayoría de clases a hacer conjuntamente la comprobación de los poderes. Esa negativa fue causa de que el tercer estado, aumentado con nobles y sacerdotes que se le unieron, se constituyera en Asamblea Nacional. El rey, naturaleza débil e indecisa, que en aquel gran conflicto vaciló siempre entre dos evoluciones, ordenó aquella vez, influido por los privilegiados, la disolución de la Asamblea. Ésta, por boca de Mirabeau, se negó a obedecer al rey, y así empezó la revolución. La intervención de la personalidad de Luis XVI, elemento fortuito, traído por el azar del nacimiento, y su particular complexión mental, colocada en el trono de Francia en aquel momento, no se halla en ninguna relación causal necesaria con los acontecimientos anteriores a su intervención; pero no por ello deja de ser, por su aparición en aquel momento, causa determinante de que un órgano del Estado negara obediencia al jefe supremo del mismo, y así se inició la Revolución francesa, no como lucha del pueblo sin organización contra su gobierno, sino como disensión de ese gobierno con uno de sus órganos principales, con una parte de sí mismo. El rey, en vista de la negativa del tercer estado a someterse a sus órdenes, ce-

dió, temeroso, y mandó a los dos órdenes primeros que se unieran a la burguesía. El 27 de junio, el rey ordenó a la nobleza que se uniera a la Asamblea Nacional, y consagró así él mismo, solemnemente, aquel decreto de 17 de junio, que había derogado el 23. Pero, alentado de nuevo por su camarilla de privilegiados, concibió el plan de un golpe de Estado; reunió sus tropas y despidió a Nécker, lo que dio lugar al levantamiento terrible de París y a la toma de la Bastilla (14 de julio).

Si quisiéramos continuar la narración de aquella gran serie histórica, veríamos intervenir siempre las grandes actividades del instinto de conservación de las masas, de un lado; de otro, la individualidad vacilante del rey, así como la de las personalidades que dirigían la revolución.

En la formación de las series influyen, como dicho queda, las energías evolutivas, combinadas de diversas maneras. Hay un fenómeno histórico muy complicado que, a pesar de lo que han creído algunos pensadores, no puede explicarse de una manera uniforme, sino solamente aplicando, tan pronto una combinación, tan pronto otra, de las leyes que rigen la evolución; ese fenómeno es el que se ha llamado la desnacionalización. Para hacer aplicaciones que ilustren la cuestión, Xénopol se refiere a casos de la historia de los pueblos europeos, varios de ellos apenas conocidos por nosotros. Voy, para evitar la oscuridad, a referirme a los que se contraen a nuestra historia y a nuestra etnografía, bien que los que no sean ignotos, sí los tomaré de la obra.

Si hubiese para las desnacionalizaciones verdaderas leyes sociológicas, siempre se observaría el mismo resultado y aun podría preverse; pero no sucede así, como vamos a verlo.

Si se dijera, por ejemplo, que el pueblo conquistado es siempre desnacionalizado por el conquistador, la pretendida ley sería desmentida por lo que ocurrió con los griegos, que, en vez de desaparecer, civilizaron a sus dominadores, los romanos. Si, a la inversa, se pretendiese que es el pueblo conquistador el que queda absorbido por el conquistado, tampoco sería acertada la fijación de la ley; los aztecas, los tarascos, los mayas, los zapotecas y los mixtecas, han perdido con la conquista su cultura, de la cual quedan sólo algunos lineamientos.

Podrían abandonarse estas formas, y atenerse a la proporción numérica; pero aun así no se halla la pretendida ley Xénopol cita en contra el caso de las Galias, que quedaron sometidas a los

romanos, menos numerosos que los de aquella región; y yo me atrevería a citar para el mismo fin, el de los mismos pueblos del Anáhuac, más numerosos que los grupos de conquistadores que llegaban, pueblos que fueron sojuzgados y perdieron su autonomía.

Budinger sostiene que, de dos nacionalidades en pugna vencerá siempre la que sea superior en número, en riqueza, en poderío político o en su cultura intelectual. El autor a quien comento, le objeta que esa ley es absolutamente vaga (lo indica así la conjunción): porque, si se trata de uno solo de esos elementos, pueden faltar los otros, y cualquiera de éstos puede hacer frustráneo el supuesto; y si se suponen en el pueblo dominador todos esos elementos juntos, el caso no se presenta así nunca en la humanidad.

Por lo expuesto se comprende que sería en vano buscar ley que explique la desnacionalización; ésta sólo puede quedar explicada por medio de los antecedentes históricos, en cada caso. Así, los historiadores, al referirse a la desaparición de los toltecas, y a la incorporación de los que sobrevivieron, a las razas posteriores, la explican como efecto de las hambres, las pestes y las guerras. En el antiguo continente, los asirios, los medos, los fenicios, desaparecieron también, pero fueron las invasiones y el empuje de otros pueblos más poderosos los que contribuyeron a su desaparición.

Xénopol hace notar que en los fenómenos de desnacionalización, lo que se opone más a ésta es la religión, y cita el ejemplo muy elocuente de los judíos, que, habiendo perdido el territorio y aun la lengua, se mantienen aún como una nacionalidad, bajo la influencia de su religión. También en nuestra historia hay un caso que lo comprueba; el de Cosijopii, rey de Tehuantepec, y de sus súbditos que, muchos años después de la conquista, fueron sorprendidos en sus adoratorios ocultos, por los misioneros, los cuales se indignaron al ver que aquellos zapotecas no abandonaban el antiguo culto a sus dioses.

"Acerca de los diferentes modos de producción de las series", el autor entra en consideraciones que no creo necesario transcribir, porque no conducen directamente a mi objeto, que es el de interesar a nuestros amantes de la historia, a fin de que la escriban sobre las bases nuevas, propuestas por el mismo Xénopol.

La última sección del capítulo XI trata de "La afirmación e importancia de las series". El autor indica, en dicha sección, que, para formar las series, se necesita el examen atento de los hechos de sucesión, y el de las causas que los enlazan bajo las relaciones de causa a efecto. He aquí las reflexiones del autor, que servirán para que acabe de comprenderse el concepto que tiene de la historia, y que espero contribuyan a orientar, para trabajos nuevos, a los que desean hacernos conocer nuestro pasado, en el que está la comprensión del presente.

> Los historiadores que han dirigido sus esfuerzos a descubrir las ideas generales que rigen la evolución se han dejado inducir a error por las ciencias de repetición y por las teorías históricas que las toman como base. Llevados, de un lado, por el predominio del espíritu científico de nuestra época; de otro, por el papel, cada vez más considerable, que tienen las masas, en cuyo seno parece desaparecer la energía individual, han pensado que la historia era semejante al campo de la naturaleza, y han tratado de descubrir también leyes en la sucesión de la historia. Hemos visto que esfuerzos tales no pueden conducir más que a falsear la narración del pasado.
>
> Cuando se habla de sucesión, no se trata de leyes universales, en el sentido de las que rigen la repetición, sino de series (ideas generales también), siempre únicas y particulares, que no se repiten jamás de una manera idéntica, que son siempre desemejantes en el espacio, lo mismo que en el tiempo, y que no poseen, por tanto, el carácter de leyes.
>
> Siendo la historia el reflejo de la realidad pasada en el espíritu humano, la fuerza de las cosas obliga a los historiadores a hacer resaltar, más o menos, en sus narraciones, las series históricas, aun cuando no las consideren especialmente. Todos los títulos, más o menos generales, dados a ciertas partes de la historia, abrazan casi siempre series, como, por ejemplo, caída del imperio romano, invasión de los bárbaros, triunfo del cristianismo, conquistas del pasado y el imperio, emancipación de los comunes, establecimiento del régimen feudal, avances de la aristocracia, desarrollo de las repúblicas italianas, cruzadas, etcétera, etcétera. Esos títulos corresponden en todas partes a series históricas, dado que designan los resultados alcanzados por la evolución de esas series. Pero no se sigue esta misma de una manera consciente como serie histórica, es decir, como sucesión de una continuidad de hechos, debida a la repetición del mismo impulso, o el encadenamiento de diferentes hechos por el juego de las fuerzas y de las condiciones exteriores.

Concluye esta sección reclamando el autor dos cosas: primera, que al formar las series se escojan los hechos, no atendiéndose al valor que el criterio del historiógrafo quiera darles, sino a la importancia que tienen, por razón del enlace que muestran en la marcha misma de las cosas; segunda, que para relacionar los hechos no se atenga uno a las opiniones o juicios de los narradores; han de enlazarse los unos con los otros, por razón de las fuerzas y condiciones que les han precedido para producirlos.

Seignobos ha creído que la historia no es más que un encadenamiento evidente e indudable de *accidentes*. Éste es un error, según el profesor rumano, el cual se expresa así, con motivo de ese aserto:

> La lanzada de Montgomery es causa de la muerte de Enrique II, y esa muerte lo es del advenimiento de los Guisas al poder, que acarrea el levantamiento del partido protestante. En la evolución humana se encuentran grandes transformaciones, que no tienen otra causa inteligible que un accidente casual. Es lo que puede presumirse en dos casos: cuando sirve de ejemplo a una masa de hombres y ha creado una tradición; cuando ha podido dar órdenes e imprimir dirección a un conjunto de hombres, como ocurre a los jefes de Estado, del ejército, de la Iglesia. Los episodios de la vida de un individuo son entonces hechos importantes: en cuadro reducido a los hechos generales de la vida, no habría lugar para la victoria de Farsalia o para la toma de la Bastilla, hechos accidentales o pasajeros, pero sin los cuales no podría comprenderse la historia de las instituciones de Roma o de Francia. La misma opinión reproduce Seignobos, no sólo en teoría, sino también cuando explica los hechos históricos. Para él, "la Revolución de 1830 fue obra de un grupo de republicanos oscuros, servidos por la inexperiencia de Carlos X; la Revolución de 1848, obra de unos cuantos agitadores demócratas y socialistas, ayudados por el desaliento súbito de Luis Felipe; la guerra de 1870, obra personal de Napoleón III. No se ve ninguna causa general de esos tres hechos imprevistos en el estado intelectual, político o económico del continente europeo. Esos tres accidentes han determinado la evolución política de la Europa contemporánea". Escribir líneas semejantes es desconocer por completo el influjo recíproco de lo general y de lo individual en la historia, tesis que hemos sostenido en nuestro libro. Así, aprobamos la crítica que Mátter hace del libro de Seignobos. Pero Mátter participa de otra concepción errónea sobre la historia. Dice que "la explicación del desenvolvimiento general de Europa no es científica;

que se basa en una hipótesis y no en documentos, y que, en tanto que no se hayan descubierto los archivos secretos de la Providencia, estaremos reducidos a hacer hipótesis, para dar cuenta de las corrientes históricas". Quizá es cierto que los documentos no indican siempre de manera explícita el sentido de las grandes corrientes históricas; pero su conjunto, sus relaciones, la indicación de los hechos generales que en ellos pueden estudiarse, nos dan materia suficiente para la explicación casual que, por lo mismo, deja de constituir una hipótesis y llega a la certidumbre más o menos determinada. Cuando se ven las causas de la Revolución francesa en la opresión del gobierno y las desigualdades del estado social, así como en las ideas extendidas por los grandes pensadores del siglo XVIII, la explicación de esa gran corriente histórica no es seguramente hipotética, sino todo lo científica posible, dado que se basa en la verdad, afianzada con pruebas.

Se ve cuán necesario es determinar bien el carácter de la historia, puesto que unos la hacen consistir en una sucesión de accidentes; y los que critican esta opinión hacen de ella una ciencia, basada no más que en hipótesis, lo cual no es mucho mejor; y otros quieren que sea ciencia conjetural. Accidentes, hipótesis, conjeturas, son elementos reales o intelectuales que entran en la historia; pero su desenvolvimiento real no es ya una sucesión de accidentes, como su exposición tampoco es una serie de hipótesis o de conjeturas.

CAPÍTULO XIII
El método en la historia

El autor de la *Teoría de la historia* dispuso los capítulos de su obra no según lo exigen la ideología y el orden lógico, sino conforme al plan por él ideado.

Habría yo procedido injustamente si, en vez de aclarar sus conceptos, hubiese condenado, por incomprensibles, no pocos de los párrafos del libro; porque éste no se escribió para el vulgo, ni aun siquiera para los estudiantes; se formó para los hombres de ciencia.

Pero, si no condeno las nebulosidades que para los profanos contiene la obra, sí tengo necesidad de hacer los extractos de ésta, de modo que las ideas se enlacen con claridad y precisión en la mente de los que hayan de honrarme, fijándose en este mi trabajo.

Por ese motivo, reservé el resumen y el comentario del capítulo III para el lugar oportuno, y he invertido la colocación de los

capítulos XII y XIII. Me parece —salvo la mejor opinión del autor y de los inteligentes en la materia— que, para decidir si la historia es o no es ciencia, hay que conocer antes cómo se constituye la historia y con qué elementos se forma; y por lo que toca a los dos últimos capítulos: el XII, que trata de la concepción de la historia; y el XIII, que se contrae al método de ésta, juzgo que primero debe exponerse este método para comprender cómo se enlazan sus verdades, y que después se podrá ya definirla, dándole el lugar y el rango que ocupa entre los ramos del humano saber, y distinguiéndola de las simples narraciones y de la sociología estática. Pero es tiempo ya de entrar a la exposición y examen del capítulo XIII, último de la obra, que debiera haber sido el antepenúltimo, esto es, el XI.

Como, por lo que nos ha enseñado Xénopol, la historia debe, no sólo fijar y ordenar los hechos de sucesión, sino descubrir las causas que van enlazándolos, para que así se formen las series, resulta que el que hoy deba consagrarse a la historia, necesita emplear dos procedimientos intelectuales de índole diversa: el uno, de investigación de los sucesos, distinguiendo lo verdadero de lo falso, en las enseñanzas de las tradiciones, de los monumentos y de los escritos, procedimiento ya antes sistematizado en lo que se ha llamado *crítica histórica;* el otro, que sirve para encontrar las verdaderas causas de los hechos históricos. En ambos modos de proceder es la inducción, esto es, el raciocinio que parte de los hechos y no de los principios, para concluir con algo más general que esos hechos; es la inducción, repito, la base del trabajo del historiógrafo; pero veremos en qué forma se aplica ese modo de raciocinar cuando se trata de trabajos de historia.

Asevera el autor que el método en la historia difiere del de la ciencia en que domina la repetición, porque en la historia hay que comprobar la existencia de los hechos, y esta comprobación no se hace por observación directa de los mismos, con los sentidos, como en física y en química, y se ha menester examinar los medios por los cuales nos viene el conocimiento del pasado.

Considera el autor como fuentes de la historia los monumentos y los documentos. No me explico por qué haya omitido hablar de las tradiciones; y no me lo explico porque Xénopol refuta, y con razón, a los que asientan que sólo hay historia desde la aparición de la escritura. No debió, a mi juicio, dejar de hablar

de las tradiciones, porque de éstas también nos viene el conocimiento de los hechos pasados, y hasta sirven para explicar otros hechos. Por tradición se llegó a fijar en los escritos el origen de la fundación de México en el lugar en que el águila, parada sobre una planta de nopal, devoraba una culebra. Esa tradición sirve, pues, para explicar por qué el águila figura en el escudo nacional de los mexicanos. Pero, prescindiendo de la omisión del autor, veremos lo que objeta a los que juzgan que la historia sólo existe desde el empleo de la escritura.

> Sabido es, en efecto, que la historia de nuestros días no se limita solamente a los documentos escritos para tomar de ellos los hechos que registra. La historia del arte, por ejemplo, y las conclusiones de gran enlace que de ella se derivan, no se basan gran cosa en documentos escritos, sino en los monumentos del arte mismo. Si la historia no ha de recoger sus hechos más que en los documentos escritos es evidente que debería desechar cualquier otra fuente de información, desde que apareció la escritura. Porque si esta condición es indispensable para que la historia pueda existir, sin ella no podría haber historia. Pero ¿qué historiador trataría de historiar el Renacimiento, o la Grecia de los tiempos de Pericles, o el Egipto, sin extender sus estudios a la arquitectura, la escultura y la pintura de aquellas épocas? Si la historia tiene que recurrir a los monumentos, aun en el periodo en que puede basarse en documentos, ¿por qué no utilizar esa fuente de información para los tiempos en que la escritura no existía? Porque, en último término, no podría decirse que la historia de la humanidad no empieza sino con la aparición de la escritura. No es ésta otra cosa que el resultado de una larga evolución anterior, y la historia, que tiene que exponer la evolución del género humano, no puede atender menos a la que precede a la escritura que a lo que la sigue. No vemos las razones que hacen que no se estudien, con ayuda de las lenguas, cuyos restos constituyen también monumentos, es decir, restos materiales, sonidos dejados por los hechos mismos (la lengua hablada en otro tiempo), las emigraciones de las razas; con ayuda de los restos prehistóricos, las etapas sucesivas del progreso realizado por las sociedades humanas; con ayuda de los monumentos, el estado de las ciencias, y así sucesivamente. Parécenos que esas enseñanzas, acerca de la humanidad primitiva, forman tanta parte de la historia como las que se logran más tarde con ayuda de los documentos escritos, y que tienen también por objeto las emigraciones, el estado de la civilización, el progreso realizado, así como el conocimiento de los pro-

ductos de la inteligencia. Por otra parte, es indudable que, respecto a los tiempos primitivos, los datos obtenidos de los monumentos son mucho más ciertos que los que proceden de algunos documentos oscuros y confusos que aquellos tiempos nos han legado. Así, las pomposas inscripciones, que los faraones de Egipto mandaron poner en las paredes de sus templos, encierran un material histórico mucho más pobre que los dibujos y relieves que las adornan; los datos etnográficos de la Biblia son de escasísimo valor, comparados con los que nos ha aportado el estudio de los idiomas hablados por los pueblos. La cuestión del lugar originario de los arios, problema histórico de la mayor importancia, no podría plantearse siquiera sin el estudio de la lingüística comparada.

Todos esos nuevos descubrimientos de la historia, que hacen remontarse más el conocimiento de la evolución humana, se deben al estudio de las lenguas y de los restos enterrados en el suelo, al estudio de los monumentos y no al de los documentos escritos. Todos esos medios de investigación sirven, pues, para determinar la historia de los tiempos que nos los han legado, y no vemos motivo alguno para que no se base también en ellos el conocimiento del pasado.

Los sentidos son indispensables para las ciencias de los hechos de repetición; en historia, apenas pueden emplearse para la fijación de los hechos contemporáneos; pero son de mucha importancia cuando se trata de conocer el pasado, en los monumentos; especialmente en la historia del arte; ellos son en ésta los mejores informantes, puesto que las obras que nos quedan dan en muchos casos más luz que las mejores relaciones. Téngase presente, sin embargo, que las obras de arte no nos dan más que el conocimiento general de las épocas y de las fases evolutivas; pues por lo que toca a los hechos, hay que atenerse siempre a las relaciones escritas, esto es, a los documentos.

Refiriéndose a éstos, el autor los divide en dos clases: los inconscientes y los conscientes, es decir, son inconscientes aquellos en que el autor cuenta el hecho, sin proponerse hacer historia del mismo, como la carta de un soldado a su familia, en que refiere cómo fue un combate, de muy distinto modo de como lo relata un parte oficial; y son conscientes los documentos en que quien los redacta se propone hacer historia, y presentar el hecho como el relatante lo quiere.

Para Xénopol, que, como he dicho, no se ocupa en hablar de las

tradiciones, las fuentes de la historia, en el orden de su importancia para la verdad, son tres: la primera, y más valiosa, es la de los monumentos; en seguida vienen los documentos inconscientes; por último se toman en cuenta los documentos conscientes, que son los menos dignos de fe, precisamente, dice el autor, porque en ellos sus autores se han propuesto presentar el hecho como ellos desean que aparezca.

Yo, sin dejar de lamentar la omisión relativa a las tradiciones, no condeno esa apreciación de Xénopol, que es útil, aunque no es la única enseñanza valiosa que debe guiarnos en la formación de la historia; pues Donou ya estableció las bases para apreciar el valor de los testimonios y para aceptar o desechar los escritos de los narradores. Las enseñanzas de Donou, aun sin las de Xénopol, son valiosísimas para la fijación de los hechos históricos, y podríamos prescindir de las de Xénopol.

Entra el autor en exámenes detallados acerca de cómo los métodos inductivo y deductivo se emplean en historia. No creo que esos exámenes puedan conducir a otra conclusión que a ésta: *el método de investigación de los hechos históricos es inductivo, pero con una forma especial;* es decir, se pasa en él, no de un hecho o de varios a un principio o a una ley, sino de un hecho a otro: por ejemplo, de la aparición de instrumentos de labranza, en una excavación, se infiere que en el lugar del encuentro vivió un pueblo agricultor.

Xénopol propone que a la forma especial de la inducción en la historia se la llame *inferencia,* a fin de que se comprenda que ese raciocinio toma en historia una forma especial. No acepto esa innovación que trastornaría el significado de los vocablos técnicos de la lógica; es mejor decir que se trata del método inductivo, pero de un caso particular a otro.

"Determinación de los hechos y de sus causas, por inferencia". Con este encabezamiento desarrolla Xénopol la última sección del capítulo último de su obra, capítulo en el que intenta innovar el tecnicismo de la lógica.

Expondré sus ideas capitales, para hacer las consideraciones a que se prestan.

¿Cuál es, pregunta, la operación lógica que sirve para reconstruir los hechos desconocidos, por medio de los que conocemos? Y declara que son la inducción y la deducción las que sirven en el caso.

La inducción nos conduce para concluir que lo que hay en una clase entera es lo mismo que hemos hallado en ciertos individuos de esa clase; es una generalización de la experiencia, y se funda en la uniformidad de la naturaleza. La deducción, a la inversa, pasa del principio o de la ley, al hecho.

La inducción es la base de las conclusiones, en las ciencias de los hechos de repetición y aun en la sociología estática; y la deducción servirá para descubrir hechos individuales, y aun hacernos comprender lo que sucedió en tal o cual caso particular.

> Podemos darnos cuenta de la ruina del sistema de Law si le aplicamos los principios generales del crédito. El empobrecimiento de los pequeños propietarios será siempre una consecuencia de las guerras hechas a sus expensas, en todos los tiempos y en todos los pueblos. El nacimiento de la aristocracia, a consecuencia de una diferenciación económica, será la consecuencia universal de una ley de sociología estática, de las más características. Lo mismo ocurrirá con el poder de los sacerdotes, consecuencia de la autoridad de la religión; con la formación de las grandes ciudades, que se derivará siempre de la concentración de los negocios; con la corrupción moral, que seguirá a la acumulación de las riquezas; con la situación del agricultor, que irá siempre unida a la propiedad del subsuelo; con la rivalidad entre los pretendientes al trono, que se mostrará allí donde no exista el principio hereditario; con la presencia de palabras semejantes en idiomas diferentes, que supondrá siempre un desarrollo común de esos idiomas, durante cierto tiempo, y así sucesivamente, en infinidad de casos. Estos principios generales podrán ser siempre formulados inductivamente, y una vez conocidos, servirán para explicar, por vía deductiva, los hechos singulares que presente la evolución.

Mas, fuera de los hechos coexistentes y de las leyes del desenvolvimiento, la inducción y la deducción no pueden aplicarse en historia, porque en ésta los hechos no están sujetos a uniformidades. "Jamás podríamos remontarnos en historia, de un caso singular a todos los de la misma especie, de lo que ha sucedido una vez, a lo que ocurrirá siempre."

Hemos visto que en historia se parte de lo conocido para llegar a lo desconocido, es decir, que se sigue la misma marcha que en la inducción y en la deducción. ¿Cómo puede explicarse esto? Es que en historia, lo desconocido individual se descubre por lo

conocido, también individual. Del descubrimiento de una inscripción, se colige que en tal pueblo y en tal época reinaba un monarca o dominaba una dinastía.

El autor, queriendo modificar, como decía yo, el tecnicismo de la lógica, quiere que se llame a ese modo de proceder, *inferencia*, para distinguirlo de la inducción y de la deducción. El mal está en que el lenguaje lógico no permite esa restricción en el significado de los términos, pues *inferencia* es el género que comprende a las especies *inducción y deducción.* Pero, prescindiendo de esta exigencia inadmisible del autor, véase este párrafo que sí puede aceptarse:

> La inferencia puede ser de tres clases, atendiendo a la posición que el hecho que se busca ocupa con respecto al conocido. Puede ser ascendente, cuando el hecho que hay que determinar precede al que sirve para descubrirle. Por ejemplo, vemos que, a partir de una fecha, ya no sanciona los documentos un rey, sino su hijo. De ello inferimos: que el padre ha muerto, o que ha abdicado, aun cuando no conozcamos directamente su muerte ni su abdicación. O bien, vemos a los bárbaros pidiendo continuamente licencia a los romanos para establecerse en el imperio, e inferimos que la causa es la atracción que la civilización romana ejercía sobre ellos. La inferencia puede ser lateral, cuando el hecho desconocido coexiste con el conocido. Así, la presencia del bronce en un pueblo, cuyo territorio no encierra cobre, nos hará admitir, absolutamente, o que el estaño que se necesita para la aleación se importaba, o que los objetos de bronce eran de procedencia extranjera. O también, la existencia de dos palabras iguales, en dos idiomas diferentes, nos probará que los pueblos que las hablan hubieron de poseer en común, antes de separarse, lo que esas palabras designan. La inferencia puede ser descendente, es decir, que un hecho conocido puede hacernos inducir la existencia de otro posterior. Ejemplo: una inscripción consigna la fecha de la muerte de un personaje. Hay crónicas que refieren hechos que habría realizado con posterioridad a esa fecha. Dedúcese: o que los hechos no son verdaderos, o que son equivocadas las fechas que se les asignan.

Expone el autor, y refuta con razón las aseveraciones de Bernheim, Bain y Stuart Mill, que no se han dado cuenta de cuál es el verdadero método en historia, y después de explicar muy bien lo que es la hipótesis en las ciencias naturales, y hacer ver cómo la hipótesis se convierte en teoría, dice: La hipótesis puede em-

plearse en historia, pero en muy contados casos, y para que nos lleve a la verdad, necesitamos que el supuesto que contiene se confirme por las revelaciones de los monumentos o de los documentos. Por ejemplo, pudiera suponerse —y creo que lo han dicho algunos cronistas— que los aztecas, previendo su ruina, ocultaron sus más valiosos tesoros, a fin de que los conquistadores no se apoderasen de sus riquezas; para que ese supuesto llegase a ser una verdad, sería necesario o que se hallasen esos tesoros, o que apareciese alguna relación fidedigna que confirmara la ocultación. Pero como ni una ni otra cosa han ocurrido, el supuesto no tiene aún valor científico alguno.

Como los hechos históricos tienen varias causas, y como una misma fuerza puede producir diferentes efectos, resulta que el hecho histórico sólo puede admitirse como cierto cuando está comprobado; no pasa en historia lo que, por ejemplo, sucede en astronomía, en la que puede admitirse como indudable un eclipse ya ocurrido, aunque no se haya observado, si ese eclipse correspondió a la marcha de los astros, sujeta a leyes fijas.

Hay casos de otra naturaleza, en los que es preciso hacer inferencias, ya no para fijar los hechos, sino para señalar las causas de los mismos, especialmente cuando se trata de combinaciones de ideas que se muestran al exterior: tal es, por ejemplo, el caso de Aníbal, después de su triunfo en Cannas, y en el cual Xénopol descubre que el motivo que lo impulsó a no marchar sobre Roma fue la indecisión. Esa falta de energía, dice el autor, se apodera algunas veces de las naturalezas más audaces. En otros casos, la inferencia es más difícil, porque las suposiciones son varias, tal es, *v. gr.*, el de la inacción de Hidalgo después del triunfo en el Monte de las Cruces; pues unos la atribuyen a la falta de elementos de guerra; otros, al temor del cura a los desórdenes de los improvisados soldados; y algunos, a la previsión de una resistencia invencible en la guarnición de la capital.

Para encontrar la causa de un hecho histórico, se necesita penetrar a veces en las leyes psíquicas, y hacer aplicación de éstas. Veamos sobre este punto las muy instructivas enseñanzas de Xénopol:

> Fustel de Coulanges encontró, por inferencia, la causa de por qué los merovingios suprimieron los impuestos, en la idea que los reyes de

aquella rama tenían de las contribuciones. Pero sugirióle esa inferencia al gran historiador la lectura de varios pasajes o escritos de la época, que censuraban a los reyes que despojasen al pueblo en provecho propio. No hay ninguna indicación que pruebe que los reyes no dieran por buenos esos reproches, y, para librarse de ellos, abolieran los impuestos. Pero la inferencia tiene tanta fuerza, en ese caso, que sustituye casi al testimonio directo, y así, el espíritu inventivo suple muchas veces la falta de elementos.

No hay que decir que los razonamientos, con ayuda de los cuales se determina la conclusión en la inferencia, se basan también en ideas generales, en premisas universales, y que sólo el resultado último atiende el hecho individual. Así, por ejemplo, cuando se quiere determinar la cuna de los arios, por las palabras comunes recogidas en las distintas lenguas de los pueblos de dicha raza, el razonamiento utiliza también elementos generales, para determinar el juicio individual relativo a dicha cuna. Se halla, por ejemplo, la palabra *mar* en las diferentes lenguas. El razonamiento que se apoya en este hecho es el siguiente: para que la palabra sea común, es preciso que los arios hayan habitado cerca del mar, verdad que, a su vez, se basa en este otro principio más general: que no se pueden designar con una palabra común sino las nociones de que en común se adquiere conocimiento, pero esos elementos generales, sin los que es imposible todo razonamiento, no sirven en la inferencia más que para llegar a una conclusión que atañe a un hecho individual. Así, el razonamiento que ha de llevar a descubrir la cuna de los arios, parte de un dato individual: la presencia de la palabra *mar* en todos los idiomas arios. Por medio de una serie de premisas más o menos generales y hasta universales (para que una palabra se encuentre en varios pueblos, es preciso que la hayan inventado en común; para que la palabra *mar* se encuentre entre los arios, es preciso que, antes de separarse, habitaran en las orillas de ese elemento), se llega a la conclusión individual también; la cuna de los arios debe buscarse en las proximidades del mar; para precisar más esta región, hay que recurrir a otras palabras comunes, que indiquen, de manera cada vez más precisa, cuál de entre las regiones marítimas pudo ser asiento primitivo de dicha raza, y así se llega, por razonamientos que utilizan también ideas generales, a obtener una conclusión absolutamente individual: que la cuna de los arios fue la meseta del Pamir, la Escandinavia o las costas del Mar Negro.

En la transcripción que acabo de hacer hay una declaración que no debe olvidarse, para cuando examinemos la tesis del

autor en la que asevera que la sentencia de Aristóteles: *no hay ciencia de lo particular,* no tiene el alcance que ha querido dársele; Xénopol dice que los razonamientos de que ha hablado se hacen con ayuda de *las ideas generales.* Ya nos ocuparemos en este punto, para oponer este aserto al que habíamos dejado pendiente en otro comentario. Ahora, vamos a referirnos al capítulo en que el autor se propone revelar el carácter científico de la historia, para llegar así al concepto nuevo de ésta, que Xénopol ha traído al debate de los sabios.

CAPÍTULO III
(que debió ser el penúltimo, esto es, el XII)
Carácter científico de la historia

Éste es el más extenso de los capítulos de la obra, por razón del acopio que hace el autor de las opiniones de muchos pensadores acerca del carácter de la historia: pero voy a reducirlo, de modo que no resulte fatigoso.

Xénopol expone y refuta los asertos de los autores que han pretendido negar a la historia el carácter de científica, y hace ver *1º* que lo que da a los conocimientos el carácter de científicos es la prueba, la cual existe en la historia, como en las demás ciencias; *2º* que lo característico en los hechos históricos, es decir, en los de sucesión, es la influencia del tiempo, puesto que en las demás ciencias, el factor tiempo es secundario, en tanto que en historia cada hecho es distinto de los demás, precisamente, porque el tiempo ha contribuido a individualizarlo; *3º* que, a la inversa de lo que piensan otros hombres de ciencia, los hechos más ciertos, en historia, son los más generales, del mismo modo que un panorama se aprecia mejor en el conjunto, que en cualquiera de sus detalles. Tenemos conocimiento más cierto y más claro de la guerra de independencia, que del saqueo del Parián.

A esos conceptos sencillos reduzco las largas consideraciones de Xénopol, en las primeras páginas del capítulo tercero, páginas interesantes, por las réplicas que opone a los que han pretendido desacreditar a la historia, o negarle el carácter de científica. Los que deseen conocer los pormenores, tienen a su disposición la obra.

El conocimiento de los hechos históricos es más difícil que el de los que corresponden a otras ciencias, porque, para ese conocimiento, no aprovechamos la visión directa, la intuición, que nos sirve, por ejemplo, en física, en química, en astronomía. Para conocer el hecho histórico hay que reconstituirlo, con la ayuda de los rastros que ha dejado:

> Estos últimos solamente son percibidos de una manera intuitiva. Por ejemplo la presencia de conchas en la cima de las montañas; la de la hulla, en las profundidades de la tierra; la disposición y la estratificación de las rocas, en geología; la huella de los distintos organismos, impresa en las rocas; los esqueletos de animales en estado fósil, en paleontología; la concordancia entre los organismos vivos, confirmada por los restos que han dejado en las capas terrestres; la serie en la aparición de los seres orgánicos, en la evolución de las formas vivas; los instrumentos primitivos, los kiokenmodingos, los restos de las habitaciones lacustres, respecto al hombre prehistórico; las instituciones de los pueblos salvajes de hoy; las trazas dejadas por las lenguas y, en general, por la vida de las sociedades primitivas, en nuestra civilización actual, para la parte inconsciente de la historia; finalmente, las inscripciones, los monumentos y los diferentes documentos escritos, respecto a la historia propiamente dicha, he aquí los últimos elementos que el espíritu puede percibir de una manera intuitiva y que deben servirle para reconstruir los hechos pasados. Estos últimos, a su vez, sólo pueden ser inferidos, es decir, determinados, por medio de una inducción individual. "Nuestro conocimiento intuitivo —dice Bain, con acierto— está limitado por el tiempo presente, y, por tanto, el conocimiento del pasado y del porvenir es necesariamente mediato." Pero, porque un conocimiento no pueda ser obtenido sino de un modo determinado ¿hay que renunciar a poseerlo, y declarar que todo lo que no se conoce intuitivamente está fuera de las condiciones de la ciencia?

Esta transcripción podría envolver algún concepto modificador de los que, siguiendo a Xénopol, tengo expuestos: porque, como se habrá visto, se habla en ella de hechos que estudian las ciencias naturales, como la geología y la paleontología; pero adviértase que también en éstas puede haber hechos de sucesión, y que no están sujetos a leyes, puesto que son fenómenos que no se repiten ni se repetirán jamás, y que para ser conocidos, reclaman el examen de las huellas que han dejado sobre la tierra. De

paso, diré que no he podido hallar en los diccionarios la significación de la palabra *kiokenmodingo;* pero supongo que se refiere a las construcciones primitivas de los pueblos de civilización incipiente.

Hay, en el curso del capítulo III, un párrafo que necesito copiar, a fin de desvanecer un juicio del autor, con el que no estoy conforme; dice así Xénopol, después de haber hecho notar que en las que él llama ciencias teóricas, esto es, ciencias de los hechos de repetición, los cuadros generales son dados por las leyes:

> Examinaremos más adelante la razón de que la historia y la sucesión en general no puedan formular leyes de producción de los fenómenos. Por el momento, nos contentaremos con observar que, si en historia no pueden exigirse estos marcos generales, deben ser sustituidos por otros equivalentes; porque, aun cuando no podemos admitir el principio de que no hay ciencia más que de lo general, *non est fluxuorum scientia,* puesto que hemos visto que hasta en la ciencia de la repetición el elemento individual desempeña papel importante, no podría ponerse en duda que, sin marcos generales, sin ideas abstractas, no puede haber ciencia.

No estoy conforme con que Xénopol pretenda eliminar el principio de Aristóteles, de que *no hay ciencia más que de lo general;* y no lo estoy: *1º* porque la crítica histórica, base de la fijación de los hechos de sucesión, procede inductivamente cuando establece los principios de interpretación de las tradiciones, los monumentos y los escritos, y, procediendo inductivamente, contiene principios generales; *2º* porque, para que la historia nos guíe a fin de decir cuál, entre las causas que se señalan para un hecho, es la verdadera, necesita también la inducción, y, por tanto, lo general; *3º* porque en la historia, según nos lo enseña el mismo Xénopol, si no pueden predecirse los hechos futuros, sí se alcanza el conocimiento de las tendencias y de la marcha que seguirán los sucesos, lo cual implica ya un conocimiento, aunque vago, de lo general; *4º* porque como el propio autor lo hace notar en el capítulo III, los hechos que mejor se conocen en historia son los más generales; y *5º* porque para Xénopol, el carácter científico de la historia está en la prueba. Los conocimientos empíricos, dice, se distinguen de los científicos precisamente porque éstos tienen

prueba. Ahora bien: no es posible la prueba sin fundarse en principios generales.

Xénopol, sin reflexionar, dejó que se escapara de su pluma su intención de suprimir un principio que yo creo indestructible. Esa supresión no se compadece con las aseveraciones en el libro formuladas y que acabo de apuntar.

Creo que el profesor rumano (lo mismo que el ingeniero don Agustín Aragón, que ha defendido la tesis de que la historia es una ciencia) no tenía necesidad, para fundar esta tesis, de eliminar uno de los principios fundamentales de la filosofía, que me ha guiado en mis estudios de lógica. No tenía esa necesidad, repito, porque, si la historia descubre y enlaza verdades, y si aprovecha la inducción para formar las series, no carece del carácter científico.

Ya se ha visto que Xénopol, a pesar de que no admite el principio de Aristóteles, acaba por declarar que no podría ponerse en duda que, *sin marcos generales, sin ideas abstractas, no puede haber ciencia* (otra prueba más de que no tuvo razón para eliminar la sentencia del filósofo de Estagira). Partiendo de esa idea, y examinando la tendencia de algunos pensadores alemanes que han creído encontrar ese elemento generalizador de la ciencia en el valor de los hechos, por cuanto éstos son más o menos culturales, hace ver que, resulta que, en último análisis, es la moral la base de generalización de los hechos históricos. Pero este criterio, este punto de partida, no es, dice Xénopol, exclusivo de la historia: en todas las ciencias pueden hacerse aplicaciones de los principios de la moral: por tanto, no es el principio ético el que da carácter de generalidad a la historia. El procedimiento para escoger, entre los hechos los que han de servir para formar las teorías, no es exclusivo de la historia; es de todas las ciencias. He aquí cómo concluye sobre este punto el autor:

> El valor, por tanto, en el sentido de *criterio*, para elegir entre los hechos que el espíritu considera importantes y los que no lo son no podría concebirse como noción moral y como elemento particular de la historia humana. No es más que una apreciación del interés que ha de despertar en nosotros todo contacto con la verdad, y se aplica a cualquier conocimiento científico.
>
> No puede basarse la organización de una ciencia en una idea que muestra elasticidad al través de las edades. Los principios morales

varían según los tiempos y lugares, y no pueden servir para un sistema científico que ha de ser fijo e inquebrantable como la verdad. El bien, como lo bello, puede ser sometido al criterio de la verdad: porque el bien no es sino lo que nos parece verdadero, en la esfera moral, y lo bello, lo que creemos verdadero, en la de la estética. La verdad es la noción más comprensible que el espíritu humano puede formar, porque reproduce la conformidad con la realidad y con los postulados de la razón. La trinidad de lo verdadero, de lo bello y del bien semeja, en este respecto, a la trinidad cristiana, en la cual, aun cuando las tres divinidades sean de la misma naturaleza e iguales entre sí, no por eso dejan de estar dominadas por Dios Padre.

Como no todos los pueblos tienen, de lo que en los sucesos se llama valor, el mismo criterio para apreciar éste, resulta que la idea del valor no puede ser base para la historia. El valor cultural, de que hablan algunos autores, al referirse a los hechos históricos, no tiene más que una significación subjetiva, según el criterio del que aplica esta idea.

Todavía, con motivo del concepto del valor, entra Xénopol en otras consideraciones, de las cuales siempre viene a resultar que el valor no es el carácter distintivo de los hechos científicos. Hay, sin embargo, en este estudio del autor, tanta elocuencia, que no resisto al deseo de transcribir lo que dice, al insistir en que no se tome el valor como una base para la ciencia; he aquí los párrafos más luminosos del capítulo III.

Pero la noción del valor no es suficiente para constituir la base científica de la historia, por otro motivo más, que concierne a una cuestión capital de la teoría de esta disciplina.

Según la conciben los autores cuyas opiniones hemos referido, es decir, como valor cultural y moral, es evidente que no puede encontrar aplicación adecuada sino en la historia propiamente dicha, la que expone la evolución del espíritu humano.

Pero esta limitación del estudio de los principios lógicos de la historia sólo al desenvolvimiento del espíritu, no nos parece en modo alguno justificada; porque se trata de formular los principios absolutamente generales que dominan este desenvolvimiento y que no difieren en nada de los que rigen la evolución en general. No se podría discutir que la evolución de la humanidad es sólo la última etapa, ciertamente la más importante, de una evolución anterior, cuyo comienzo se pierde en el infinito de todos los orígenes. No cabría

tampoco dudar del desenvolvimiento orgánico e intelectual continuo de las razas humanas, hasta la aparición de la raza blanca, con la que la naturaleza puso fin a la evolución orgánica, y llevó el progreso a otro terreno, el del espíritu. No cabe poner en duda tampoco la evolución de las formas orgánicas, que las llevó de la materia primitiva hasta el ser humano, y si el hiato del antropopiteco no ha sido llenado aún, no es por eso menos verdad que debe haber una continuidad no interrumpida entre el hombre y las primeras manifestaciones de la vida. No cabe poner en duda, finalmente, la evolución de la Tierra, a partir de la nebulosa de que procedió, hasta que vino a ser el globo con las arrugas de las montañas, surcado por corrientes de agua, bañado por los mares, cubierto de bosques, de yerbas y de flores, en que se agita por todas partes superabundancia de vida que brama, muge, canta y arrulla, en el concierto inmenso de todo lo que se mueve. Y aun cuando la aparición de la vida, del seno de lo inorgánico, pasa por un precipicio tan hondo como el que separa al paso de la facultad de evolucionar, de la materia al espíritu, es indudable la continuidad de la evolución, porque es un postulado de la razón, antes de ser demostración efectiva. Nuestro espíritu debe admitirla, aunque respecto a determinados momentos de ella, hayamos de decir con Du Bois-Raymond: "*ignoramus* y quizá hasta *ignorabimus*".

Pero, por otra parte, ningún hecho permite admitir la generación espontánea, y es cierto que los seres vivos provienen unos de otros. Además, los periodos geológicos se han sucedido de una manera continua, y no los han separado cataclismos universales, según creía Cuvier; finalmente, casi todas las especies que viven actualmente, no existían en otro tiempo. La suma de esas tres condiciones obliga, por tanto, a admitir, como dice Edmundo Perrier, que las formas vivas en la actualidad, por distintas que sean de las antiguas, provienen de ellas, por una serie continuada de generaciones. Herbert Spencer ha determinado que "toda evolución, sea en el gobierno, en la sociedad, en la industria, el comercio, el lenguaje, la literatura, el arte, la ciencia, en el fondo, es siempre la misma, yendo de lo simple a lo complejo, a través de la diferenciación sucesiva".

Gastón Richard observa, a propósito del célebre fundador del evolucionismo, que "nunca se habría discutido acerca de la evolución universal, si los geólogos, al clasificar las rocas y analizar los terrenos, no hubieran buscado y conseguido trazar los orígenes y la formación de la corteza terrestre; si los embriólogos no hubieran seguido, paso tras paso, las transformaciones del huevo en hojitas blastodérmicas, y las de éstas, en aparatos orgánicos; si los paleontólogos no hubieran seguido de igual modo, día por día, la sucesión de las formas de la vida

orgánica y animal; si los palethógrafos [*sic*, paleoetnógrafos] no hubieran recogido los indicios que nos muestran las razas primitivas de la humanidad, creando poco a poco los elementos de una industria y de un arte; si los filólogos no hubieran descubierto una ley de transición de los temas indeterminados a las partes de la oración y las inflexiones verbales; si los historiadores no hubieran estudiado las antiguas formas de la disciplina social y sus relaciones con los grados de civilización".

Pensamos, por tanto, que puede sostenerse, con razón, que el desenvolvimiento no ha comenzado con la humanidad; que el realizado por esta última es sólo el último anillo de una larga cadena anterior.

A continuación de esos párrafos, Xénopol muestra el anhelo de que se cree la lógica de los hechos sucesivos, distinta de la de Aristóteles y de la de Bacon. Yo creo que eso es mucho pedir; lo más que puede concederse es que, al aplicar los principios inductivos de la lógica de Bacon, perfeccionada por Stuart Mill, se tenga en cuenta lo que quiere el mismo Xénopol: la evolución entera del pueblo estudiado, o de la humanidad.

No creo pertinente detenerme en otras extensas réplicas del autor contra otros pensadores, acerca de la necesidad de que la historia abarque toda la cadena de la evolución, porque este tema nos aleja del objeto capital; el de decidir si la historia es o no es ciencia. Todavía, con motivo de la noción del valor, se detiene Xénopol en nuevas objeciones, enderezadas contra los que adoptan esa noción, y concluye así:

La noción del valor no puede servir para la constitución científica de la historia: *1°* porque es extraña al dominio de la lógica, en virtud de su naturaleza moral; *2°* porque no puede ser absoluta, y porque la ciencia no puede basarse en lo relativo; *3°* porque, si le da la acepción de interés científico, pertenece a la esfera toda del conocimiento y no puede así constituir nota distintiva de la historia; *4°* porque, si se la entiende como valor cultural, tendrá que aplicarse a todo el dominio de las ciencias del espíritu, a las de las leyes de este último (psicología), como a la historia; y *5°* porque esa noción se induce solamente de la evolución del espíritu y no puede aplicarse a la evolución entera.

Hemos llegado al punto más importante del capítulo III, en que se trata del "Carácter científico de la historia, y de la serie".

Manifiesta el autor su extrañeza de que, habiendo existido en historia las series, los autores no se hayan preocupado con ellas. Hace notar que la serie no sólo se encuentra en la historia, sino en otras ciencias en que se estudian también fenómenos de sucesión; en geología, en botánica, en zoología, lo mismo que en la época prehistórica de la humanidad, bien que esas series son fragmentarias e incompletas, como las que ofrece también la historia de las primeras civilizaciones.

Para las ciencias teóricas (con las que Xénopol ha formado un grupo, porque en ellas la verdad sólo se aprecia por medio de leyes), el conocimiento se adquiere por estas leyes; en la historia, sólo por medio de las series.

La diferencia entre la serie y la ley consiste en la relación de la primera con el tiempo, puesto que las leyes no toman en consideración este factor, tan valioso para formar las series en la historia. La ley no es más que la generalización del fenómeno observado, y en éste, el tiempo no tiene influencia; es sólo el marco, el vehículo en que se realiza, sin que influya en la realización.

Hay, además, otra cosa que distingue a la serie de la ley; en la serie existe un núcleo, un punto de partida, de donde arranca el encadenamiento de los hechos; en las leyes, no hay tal punto de partida.

Así, la serie de los terrenos primitivos se compone de la sucesión de los terrenos silúrico, devónico, carbonífero y pérmico, constituyendo a su vez cada uno de ellos series de depósitos sucesivos. La serie de transformación de los reptiles en aves se señala por las especies siguientes (al presente, desaparecidas), en cuyo organismo se acentúa el cambio, de manera cada vez más característica; los dinosaurios, reptiles que podían alzarse para caminar con las patas traseras; los ornitococlos, reptiles pequeños que avanzaban dando saltos; los comprognatas, que ya tenían cabeza de pájaro; el kadrosauro, que tenía verdadero pico; el pterodáctilo, en el que se marcan las primeras membranas de las alas; finalmente, el arqueoptérix, en el que, aun cuando persisten algunos caracteres del reptil, se ven ya aparecer las plumas. En el kesperornis se ven predominar los caracteres de las aves, aunque no se hayan borrado del todo los de los reptiles.

La serie de la época prehistórica de la edad de piedra pasa por las formaciones sucesivas de la época cheluna, musteriana, solutreana y magdaleana.

La evolución de las libertades inglesas tiene su origen en la conquista normanda, y se desarrolla a través de gran número de hechos y de peripecias, hasta la Constitución de 1688 que fija, de una manera definitiva, el triunfo del constitucionalismo. La afirmación de poder real en Francia comienza con Luis VI, y entrando en relación con los hechos más diversos, aumenta continuamente hasta que llega con Luis XVI al apogeo de su desarrollo, y hace triunfar por completo el poder absoluto. El renacimiento artístico nace en Italia con Nicolás Pisano, y penetrando cada vez más hondo en los espíritus, hace triunfar definitivamente el retorno de la pintura y de la escultura a las bellas formas de la antigüedad, mientras que, en Flandes, un movimiento análogo lleva a la imitación de las formas de la naturaleza.

Hay otra diferencia entre la serie y la ley; en ésta se rompe el molde de los hechos de que se ha inducido, no dejando subsistente más que el carácter común de esos hechos; la serie deja subsistir por entero los hechos que han servido para formarla. De aquí que, para comprender una ley, basta conocer su fórmula abstracta, en tanto que, para comprender una serie, precisa conocer todos los hechos que la han constituido.

Xénopol, insistiendo aún en que el tiempo es un elemento esencial para la formación de las series, refuta, con abundantes razones, a Munsterberg y a Rickert, que no parecen haberse penetrado del carácter verdadero del hecho histórico, esto es, del que sirve para formar la serie.

Aunque, en lo general, el procedimiento para conocer y apreciar los fenómenos es el mismo, ya se trate de la ley o de la serie, porque ésta y aquélla entran en el mismo molde de las ideas abstractas,

"la serie —dice el autor— no se refiere —es cierto— más que a una continuidad de fenómenos:

Así, la que da origen a la constitución inglesa sólo se compone de hechos que con ésta se relacionan; pero la ley se encuentra absolutamente en el mismo caso. No comprende tampoco más que una sola clase de fenómenos, que encarnan los fenómenos-tipo, generalizados; por ejemplo, la ley que dice que ciertos minerales cristalizan en forma cúbica no rige más que en lo que a dichos cuerpos se refiere; la que dice que el ángulo de reflexión es igual al de incidencia sólo rige en lo que al modo de caminar la luz se refiere. Por tanto, si la serie reproduce el desarrollo de una sucesión parcial, la ley reproduce

también el modo de manifestación de una repetición parcial. Y si las leyes parciales se fusionan en otras más generales, hasta los límites de la abstracción posible, las series menores se incorporan también en otras más comprensivas que desempeñan, respecto a las series componentes, el papel que las leyes más extensas desempeñan con relación a las más restringidas. Así, de un lado, tenemos la ley de ascensión de los globos, dominada por la de la caída de los cuerpos, y ésta última, por la de la gravitación; como, de otro, tenemos la serie de las guerras italianas, de Francia, componente de la serie de las de afirmación del poder real, que es a su vez componente subordinada de la serie histórica de la civilización moderna.

Aparte de esa semejanza que presentan la serie y la ley, existe entre ambas otra: la ley pone en juego la generalización; la serie encadena los hechos diferentes, en el hilo de la causalidad, y de aquí que la historia, como antes se ha dicho, sea una verdadera ciencia. Mientras que los hechos sucesivos se expongan simplemente, a continuación unos de otros, como muchos historiadores han hecho, y hacen todavía hoy, sin preocuparse del lazo causal que los une en las series de la sucesión, podremos tener materiales, pero no ciencia histórica.

No debe pasarse inadvertida una circunstancia, que es ésta; en tanto que en las ciencias en que domina la repetición es la ley, más que la causa, la preocupación del investigador, en la historia, la causa es lo esencial; porque por medio de ella se forma la serie, y ésta es la que en historia hace las veces de la ley. Debe advertirse, sin embargo, que la ciencia de los hechos no prescinde de la averiguación de las causas; pero no es esta investigación el principal objeto de esas ciencias.

Repitámoslo, porque es punto de mucha importancia; sin la averiguación de las causas, no hay historia; referir, por ejemplo, que Madero proclamó el Plan de San Luis; que después vinieron los sucesos de Puebla, con la muerte de Aquiles Serdán, y los de Chihuahua y Pachuca; pasar en seguida a hablar de las estipulaciones de Ciudad Juárez, a la renuncia del general Díaz, a la entrada de Madero y a su exaltación al poder, no es hacer historia. Cada uno de esos hechos debe ir encadenado con la causa o causas productoras, y sólo así se hará alguna vez la verdadera historia de la Revolución de 1910.

Yo escribí en 1915, y publiqué en *El Demócrata* de México, unos 50 artículos, en los que procuraba no hacer precisamente la historia de la citada Revolución, sino señalar las causas que la origi-

naron. Mi estudio puede ayudar en ese punto de las causas a los que, siguiendo al autor, se consagran a la historia.

Lamprecht, según Xénopol, se ha ufanado de haber sido quien introdujo en el campo de la historia el método genético, esto es, el que señala el nexo causal en los sucesos; pero tal sistema se ha usado desde la antigüedad, y lo han empleado los verdaderos historiógrafos.

El autor se detiene, aunque brevemente, explicando cómo en la historia se encierra un sistema de verdades *supra, sub* o *coordinadas,* puesto que hay series que se descomponen en otra, de detalles más particulares; otras que encierran series de menos importancia; y, por último, series paralelas que se encadenan. De eso resulta que, en historia, no faltan la subordinación y la coordinación, que, bajo otras relaciones, se encuentran en las demás ciencias.

Algunos autores han pretendido negar a la historia el carácter de ciencia, porque no formula leyes sobre los hechos. Acerca de esto, véase lo que, con razón, asienta Xénopol:

> Pero se trata de una petición de principio; porque habría que empezar probando que la realidad sólo está compuesta de repeticiones, y que, por consiguiente, su reflejo en nuestro espíritu, que constituye la ciencia, no podría basarse más que en la idea de ley. Ahora bien, prueba tal es imposible de hacer, a menos que se quiera apartar de la esfera del conocimiento la evolución del universo, de nuestro globo, de los organismos, así como la historia humana, evolución que presenta, desde sus orígenes hasta nuestros días, el carácter constante de dar origen de continuo a formaciones nuevas que no se repiten jamás idénticamente en el curso del tiempo.

He aquí las conclusiones contenidas al fin del capítulo III:

1º que la historia es, sí, una ciencia;

2º que la noción del valor es enteramente extraña a ella, y que no hay ninguna necesidad de apoyarse en ella para constituirla;

3º que el verdadero elemento organizador de la ciencia histórica es la serie.

CAPÍTULO XII
(que debió ser el XIII *y último)*
Concepción de la historia

Cuando aprendí lo poco que sé de lógica supe que hay definiciones provisionales, las unas, y fundamentales, las otras; que las primeras son propias de los tratados de simples nociones; que las otras, las fundamentales, han de figurar al fin del estudio; y que, para formar esas definiciones fundamentales, es preciso comparar el objeto que va a definirse con los de su mismo género o especie, a fin de hacer resaltar, en la definición, lo que lo caracteriza.

Como la obra de Xénopol no es un tratado escolar, sino una serie de profundas y luminosas enseñanzas acerca de la naturaleza de la historia, lo conducente habría sido colocar en ella el punto de *la concepción de la historia* al fin, y no antes del capítulo que trata de cómo se procede para formar la historia; éste es el motivo por el que he invertido la colocación de los últimos capítulos. Entro, pues, a compendiar y comentar lo dicho por Xénopol acerca del concepto de la historia.

Dicha ciencia debe extenderse a todos los hechos del espíritu, para hacernos comprender el desenvolvimiento entero de los pueblos.

"Elemento principal de la historia". Acerca de este punto, Xénopol dice substancialmente que, en la historia, debe ser tomado en consideración el elemento que haya favorecido directamente la elevación del hombre por cima de la animalidad; por eso, las relaciones de los pueblos (base que ha servido para cimentar el derecho internacional) y la organización de la autoridad pública son los mejores puntos de partida para desarrollar las enseñanzas de la historia.

Pocos autores, al escribir sobre el pasado de los pueblos, se han preocupado por esos dos puntos; pero los que los han tenido presentes han dado a sus obras una sólida consistencia. Recuerdo que don Julio Zárate, haciendo la historia de nuestra guerra de independencia, tuvo cuidado de hablar, en los trances oportunos, de la marcha del gobierno español y de la influencia de la Constitución de Cádiz en los sucesos de nuestra guerra. El histo-

riador Luis Adolfo Thiers, en la historia del consulado y del imperio, también explica, a veces con detalles minuciosos, la situación de las potencias europeas en relación con Francia. Ni uno ni otro, esto es, ni Zárate ni Thiers presentan en series encadenadas, como quiere Xénopol, los sucesos; pero sí han tomado en cuenta las relaciones de pueblo a pueblo, que son necesarias para comprender y enlazar los fenómenos de sucesión.

Por lo que toca al segundo punto, es decir, a la explicación de la organización de la autoridad pública, me cabe la satisfacción de que un oaxaqueño, el licenciado Ramón Rodríguez, haya preferido, para hacer la historia de México, el estudio de la marcha política de la nación, sin detenerse, como casi todos nuestros historiadores, a describir las batallas, ni a contar, como lo hace Pérez Verdía, sucesos más o menos curiosos, como el de la Monja Alférez, pero que no son del dominio de la historia; porque ni explican la evolución del pueblo ni sirven para la formación de las series. Don Ramón Rodríguez, que hizo nuestra historia política, en su tratado de derecho constitucional se adelantó, pues, a su época, y supo escribir la historia nuestra, sobre el plan de referencia al orden político, que hoy se propone para constituir la historia.

No todos los que se han dedicado a formar la historia proceden como lo exige el profesor rumano, y como lo han hecho don Julio Zárate, Thiers y Rodríguez, aprovechando, ya las relaciones de pueblo a pueblo, o bien el estudio de la organización política; pues unos se han preocupado por la religión; otros por las ciencias y las artes; los de más allá, por la guerra, no faltando los que, menos exclusivistas, hayan escrito acerca del desarrollo de la cultura, en general, pero sin fijarse, de preferencia, en la organización de la autoridad pública, como lo hizo mi ilustre conterráneo, el señor licenciado Rodríguez. Bossuet, por ejemplo, dio preferencia a la religión, y lo mismo hizo —aunque por motivos que ya dejo expuestos— mi otro conterráneo, el presbítero don José Antonio Gay, al escribir sobre historia de Oaxaca. Marx y otros escritores socialistas se han fijado en los hechos de orden económico; Buckle y Dráper, en los acontecimientos científicos, y algunos autores más, en el elemento de la cultura en general, en el desarrollo de las ideas, el cual se subordina a la evolución política. En cambio, Dietrich, Schafer y Ohtócar Lórenz opinan

como Xénopol, y lo mismo creen Elimar Klebs, Lamprecht, Seignobos e Hinze. Aparte de eso, hay que observar, dice el autor, que los mejores historiógrafos son aquellos que se han fijado, de preferencia, en la marcha que han seguido las administraciones públicas. Esto no quiere decir que se prescinda de los otros aspectos de la evolución.

> ¿Cómo comprender —dice la obra que resumo y comento— la corrupción de la sociedad romana, hecho de civilización por excelencia, si no se toman en consideración las conquistas de los romanos, que consisten en una serie de hechos esencialmente políticos, es decir, de fuerza y de poderío? ¿Cómo comprender la transformación del espíritu árabe, hecho de civilización, sin la expansión del Califato, hecho político? ¿Cómo explicar el triunfo de la Reforma, hecho de civilización, sin la rivalidad de Francisco I y Carlos V, y sin los ataques repetidos de Solimán II contra el emperador germano? Y, por el contrario, ¿qué explicación puede darse de la expansión del poderío árabe, hecho esencialmente político, si se hace caso omiso del influjo de la religión de Mahoma, hecho de civilización, o bien, de la unidad política de Italia y de Alemania, si se olvidan las corrientes literarias y artísticas que cimentaron la unidad moral e intelectual de esos pueblos? ¿Cómo podría comprenderse la revolución de los griegos en 1821, si no se toma en cuenta la tradición de cultura que une al mundo griego moderno con el antiguo? ¿Habría tenido lugar jamás la unión de los principados rumanos, si los espíritus no hubieran estado preparados para ella por el poderoso influjo de la cultura francesa, y así sucesivamente?

Hay, sin embargo, algunos hechos de la cultura humana que no se derivan de la vida política, ni se relacionan con ésta; pero eso pasa porque, si todas nuestras resoluciones son resultado de las ideas, no todas las ideas dan origen a resoluciones.

> Así, el descubrimiento del espectroscopio, de Frauenhófer; o del planeta Neptuno, por Le Verrier; o la estética trascendental de Kant, no se resuelven en modo alguno en hechos políticos. Son, sin embargo, hechos de civilización de primer orden. Estos hechos, que no están en relación ninguna con la suerte de las masas, pueden también ser objeto de exposición histórica; pero esa historia revestirá carácter especial, y no será lo que entendemos por dicha palabra, en sentido recto, narración de los destinos de los pueblos o de la humanidad.

No es menos interesante el párrafo que en seguida se verá, y en el que se da fuerza a la tesis, muy valiosa para mí, de que, para comprender la evolución de un pueblo, hay que fijarse, de preferencia, en la organización de la autoridad pública.

Mientras que las otras ramas de la historia pueden limitarse al terreno de sus investigaciones especiales, se puede tratar la historia de las artes solamente desde el punto de vista de la estética; de las religiones, desde el dogma; la de las ciencias, con relación a los progresos realizados por los descubrimientos respectivos; la historia política debe comprender todos los hechos que se refieren a la vida entera de los pueblos de que se ocupa. No puede ser tratada desde el solo punto de vista político, dado que los hechos que la componen son el resultado de todos los demás, y exigen, para ser comprendidos, el estudio entero del desenvolvimiento humano.

Supongamos que se quiere hacer la historia de la decadencia de la república de Venecia, hecho político por excelencia, puesto que se refiere a una cuestión de poder. Para explicar esa decadencia, habrá que remontarse a los descubrimientos marítimos que señalan nuevo derrotero para las Indias, y acarrean un cambio en la dirección del comercio. Pero las cuestiones relativas a los descubrimientos marítimos no pueden comprenderse sin llegar a las ideas científicas de la época, por tanto, a la historia de las ciencias. Para comprender bien el influjo del cambio de la dirección del comercio, hay que examinar las cuestiones económicas de él dependientes. Para caracterizar y exponer los síntomas en que esa decadencia se manifiesta, precisa exponer la de las artes, que fueron una de las glorias de la república. Habremos, pues, de ocuparnos de la historia artística. La literatura ofrece también puntos de vista interesantes, y habrá que llegarse también a su desenvolvimiento.

La historia de la reforma de Lutero, que tuvo como consecuencia política la ruina de Alemania y la elevación de Francia, no puede comprenderse sin conocer el renacimiento artístico, literario y científico de los siglos XV y XVI. Pero el triunfo de la reforma fue también poderosamente ayudado por hechos de orden puramente económico, como la secularización de los bienes del clero.

Hay que tener presente que la historia de la marcha del Estado no puede exponerse de un modo completo y, por lo tanto, provechoso si no se toman en consideración las direcciones de las diversas actividades del espíritu humano, cuando éstas han

tenido influjo en la evolución. ¿Quién negará, por ejemplo, que es preciso conocer los escritos del Pensador Mexicano para comprender cómo se modificaron las ideas de las clases cultas de la Nueva España, durante los años en que se manifestaban ya las aspiraciones a la autonomía? La religión, las artes, las ciencias, las letras, el comercio y las industrias son actividades que cooperan a la evolución; por eso, el historiador no debe desatender el influjo que todas las actividades hayan ejercido en la marcha de las administraciones públicas.

Claro es que la historia política no está en la descripción de las batallas; en este punto, Thiers, tan acertado al explicar el enlace de los sucesos de Francia con los de las demás potencias, abusa de la paciencia del lector, haciendo en muchos casos la narración muy detallada de los combates napoleónicos. Tampoco está en las anécdotas referentes a los hombres de gobierno, sino en la exposición completa, metódica y encadenada sobre todo, por el nexo causal, de la evolución de los pueblos.

Hay todavía otro motivo para preferir en la historia la marcha de las administraciones públicas a la de las otras actividades del espíritu; y ese motivo nos lo explicará este párrafo del autor:

> Es el indicado, el único medio de poner orden en el relato y de enlazar entre sí los hechos de una manera metódica y precisa, de fijar la fecha de los acontecimientos, y de hacer fácil su recuerdo. Sin esa base de la historia política, dividida en reinados, la historia flota a capricho de los vientos. No es ya un punto de mira. Los hechos generales pueden confundirse fácilmente, y en vez de seguir la sucesión real en que se han desarrollado los acontecimientos, se puede, en cualquier momento, cambiar los papeles y falsear, por consiguiente, la explicación causal sucesiva, la esencia misma de la historia.

"El materialismo histórico". Es ésta una escuela que ha tenido no pocos prosélitos, y que aun hoy goza de algún prestigio. Consiste en la tendencia a explicar todo lo que sucede en los pueblos por el factor económico. El autor se extiende considerablemente sobre este punto, a fin de combatir ese criterio exclusivista, que desnaturaliza la historia. No puedo copiar como quisiera, por no cansar a mis oyentes o lectores, todo cuanto acerca de este punto expone Xénopol; pero creo que bastarán algunas transcripciones; he aquí uno de los párrafos más convincentes:

Los teorizadores del materialismo histórico, comprendiendo bien que la parte flaca de su doctrina está en la aplicación de los hechos, evitan en cuanto pueden la explicación materialista de los acontecimientos de la historia. Cuando por casualidad se atreven a ello, se ven obligados a hacer entrar a la fuerza los hechos en su teoría. Así, Gerard Krause explica la caída de Napoleón, "no por el hecho de haber perdido tal o cual batalla, sino porque su política toda contrariaba los intereses de la burguesía de su tiempo. La burguesía francesa, y no las batallas de Leipzig y de Waterloo, derribó al usurpador". Si la burguesía hubiera derribado a Napoleón, habría tenido que hacerlo mediante una revolución en el país y no sabemos que estallara una en París, ni siquiera después de Waterloo, mientras los ejércitos que habían vencido al gran conquistador entraron por dos veces en la capital de Francia. El mismo autor atribuye el nacimiento de la literatura alemana "a la idealización de la necesidad económica de unificar Alemania, suprimiendo las aduanas y los obstáculos que los pequeños Estados en que estaba dividida habían ido poniendo, movimiento que representaba la burguesía". ¿No es curioso que el materialismo histórico recurra a la idealización para aplicar sus principios? En nada contraría a Krause que el movimiento literario haya precedido a la unión aduanera, iniciada en 1818, cuando la literatura alemana estaba en pleno florecimiento. Para él, el movimiento literario es una simple anticipación, en forma bella, de la necesidad económica. Si la hubiera seguido habría sido una consecuencia de ella. Se comprende que todo puede explicarse de esa manera. Resta saber solamente si son comprensibles semejantes explicaciones. Labriola, por otra parte, trata una sola vez, en las 350 páginas de su libro, de la explicación de un hecho histórico, la Reforma. Pero la manera como lo hace prueba que hubiera sido preferible se atuviera a las simples abstracciones, a la teoría del materialismo histórico, sin tratar de ofrecer ejemplos. Su explicación de la Reforma como "una rebelión económica de la nacionalidad alemana (o más bien, del tercer estado, de la burguesía), contra la explotación de la corte pontificia", se asemeja mucho a las explicaciones de los hechos históricos que da Krause. Si la explicación de Labriola fuera verdadera sería preciso que por doquiera que se extendió la Reforma (Francia, Países Bajos, Inglaterra, Dinamarca, Suecia y Noruega, entre los sajones y los húngaros de Transilvania) se hubiera dado la misma circunstancia, la rebelión del tercer estado, es decir, de la burguesía contra la explotación de la curia romana; porque sólo en esta forma podría atribuirse aquel movimiento religioso al factor económico. Ahora bien, no ocurre tal cosa, porque todos los países citados estaban más o menos sometidos

a la autoridad romana, y la Reforma se extendió en ellos solamente a causa de que la doctrina que encerraba se adaptaba mejor al espíritu de toda o de una parte de la población. Los Países Bajos, principalmente, no se rebelaron, como Alemania, para adoptar la nueva doctrina. Una parte de ellos, Holanda, la había aceptado sin ninguna lucha, y sólo la hubo cuando Felipe II quiso introducir en sus dominios el absolutismo administrativo y la intolerancia religiosa. Bélgica, aun cuando católica, se unió a Holanda, para defender sus derechos contra las usurpaciones de España; pero cuando Felipe II se vio obligado a reconocer la autonomía administrativa a las provincias sublevadas, Bélgica se sometió, mientras que Holanda siguió la lucha. El motivo económico, la opresión financiera, había desaparecido no obstante. ¿Por qué Holanda no depuso también las armas? Porque tenía que defender sus doctrinas, la nueva religión que la había llevado a sufrir, primero, las persecuciones más crueles; luego, la guerra más terrible, por no abandonar una creencia que tenía por verdadera, de la que esperaba la salvación. ¿Cómo es posible reducir, en último término, la resistencia de Holanda contra el rey de España, al substracto económico? Es lo que ni Labriola ni los demás partidarios del materialismo histórico han demostrado ni demostrarán probablemente nunca. Lo mismo ocurre con la propagación de la Reforma en Francia, donde una parte solamente de la burguesía la adoptó, viéndose obligada a matarse con la otra, que la rechazaba. ¿Qué motivo económico dividió en dos a la burguesía francesa respecto a la Reforma? ¿Y la matanza de la noche de San Bartolomé se explica, en último término, por motivos de orden económico, o es más bien resultado de la pasión religiosa? Lo mismo podría decirse de la revocación del Edicto de Nantes. ¿Aquella medida, tan desastrosa para el bienestar de Francia, se inspiró en un interés económico, o en escrúpulos religiosos? A todas esas preguntas y a tantas otras sobre la Reforma, la escuela materialista habría debido dar respuestas claras y precisas.

Líneas adelante dice Xénopol también:

Pero volvamos a los hechos. Los protestantes franceses, que a consecuencia de la revocación del Edicto de Nantes se vieron obligados a abandonar posesión, bienes y patria, para poder conservar la fe religiosa, ¿obedecieron también a un impulso de orden económico? La emancipación de los esclavos, en los diferentes países europeos, la guerra de Secesión en los Estados Unidos, la historia de los judíos, en la Edad Media, todos esos hechos ¿se explican con la ayuda de la producción y del cambio de riquezas? No era un interés material el que

impulsaba a los judíos a negarse obstinadamente a cambiar de religión y les exponía a sufrir las más crueles persecuciones por no abandonar las creencias de sus antepasados, creencias que eran, no obstante, causa de todos sus males. "Cuando los ingleses —nos dice Green— se rebelaron contra Carlos, había algo que les era más caro que la libertad de palabra, la seguridad de los bienes y hasta la libertad personal, y era, para usar el lenguaje de la época, el Evangelio". En todos estos casos, y en infinidad de otros, en contra del principio establecido por Marx y que Labriola considera indiscutible, era la conciencia de los hombres (su religión) la que determinaba las condiciones de su existencia, y en modo alguno la existencia material la que determinaba su conciencia. El progreso del derecho romano no se debió a causas de orden económico. La riqueza y el bienestar del pueblo romano iban disminuyendo constantemente, mientras que se profundizaba cada vez más la idea del derecho, del *summ quique.* Los descubrimientos científicos ni tienen todos carácter utilitario, y no todos fueron inspirados por el deseo de explotar mejor las fuerzas naturales, sino también por el de descubrir la verdad, por sí misma, y ciertamente Galileo no proporcionó su *e pur si muove* en nombre del utilitarismo.

Entrando el autor al origen del materialismo histórico, hace notar que la escuela socialista es la que ha tenido verdadero empeño en hacerlo triunfar; porque, extendido ese concepto, las conclusiones a que se llegue serán una victoria para los que persiguen los ideales igualitarios. Pero no están exentos esos pensadores de una réplica que se funda en los hechos.

No se ve —dice Xénopol— la lucha de clases en la evolución de la pintura italiana, ni en la de la música alemana, ni en la de la filosofía positiva, ni en la de la física, la química o la de cualquiera otra ciencia. La historia no es solamente la narración del desenvolvimiento respecto de la lucha de clases; narra también *la lucha del hombre contra la naturaleza,* lucha que tiende a darle cada vez más libertad, a elevarlo por [en]cima de la animalidad de que procede.

Por otra parte, los mismos inventores de esa teoría, que quieren explicar, en último término, el curso entero de la historia mediante la manera de producirse y ser distribuidas las riquezas, se apercibieron de que no era suficiente para sus fines, ni siquiera en lo que respecta a los orígenes de la sociedad. No dejaron de observar los socialistas que, aparte de la necesidad de vivir como individuo, el hombre siente tan imperiosamente la de procrear, la de perpetuar la especie. Pero

esa necesidad, igualmente elemental, tan apremiante, no puede caber dentro de la de proporcionarse los medios de subsistencia. Engels ha dado muy pronto con la fórmula que resuelve la dificultad. Dice que "según la concepción materialista, el elemento determinante, en último término, es la producción y la reproducción de la vida, la cual es de dos clases: de un lado la producción de los medios de subsistencia, materias alimenticias, vestidos, alojamiento; de otro, la producción de los hombres mismos, la perpetuación de la especie". ¡Pero la producción de hijos, dando lugar a bocas que compiten, disminuye los medios de vida! Engels, para salir de la dificultad, sustituye la palabra *vida* a la expresión *medios de vida*, procedimiento digno de los sofistas.

En vano es atenerse sólo a los fenómenos económicos para formar la historia porque las necesidades del hombre, que lo impulsan a obrar, son de muy diversa índole: tiene la de la conservación individual (económica), la de la conservación de la especie (procreación), la de conocer la verdad (tendencia científica), la de penetrar el misterio del universo (tendencia metafísica, religión), la de admirar las bellezas (estética), la de repartir las conquistas logradas sobre la naturaleza, conforme a otro principio que el del más fuerte (moral, justicia); y estas tendencias no se derivan las unas de las otras, aunque sí hay influjo recíproco entre todas. Si la forma económica influye sobre otras, también es verdad que es a su vez influida por éstas: por la ciencia, por la moral, por el derecho, etcétera.

La humanidad, sigue diciendo Xénopol, tiene otros intereses que defender que los del estómago, y afirmar lo contrario es asimilar el hombre con el bruto, reducir la vida humana a la lucha por la existencia, que se libra entre las formas inferiores de las especies.

"Exposición del pasado". En esta sección del capítulo XII, el autor resume así lo que debe hacer la historia, y es esto: *1º* esforzarse en reproducir los hechos, todo lo exactamente posible, y en darnos a conocer lo que existió (para esto, es indispensable que haya crítica histórica, la que, por las inducciones de la experiencia, nos enseña a distinguir lo verdadero de lo falso, en las narraciones); *2º* explicar los hechos, exponiendo su encadenamiento causal, y *3º* señalar, merced a ese encadenamiento causal, las series históricas, y, mediante éstas, encerrar en líneas generales la evolución.

Respecto del primer punto, el autor hace notar que en nuestros tiempos ha avanzado en gran manera la crítica histórica; que hay algo sobrante en las narraciones, y que ha faltado la formación de las series pero que se ha progresado notablemente en la investigación de la verdad, en historia. En efecto, agrego yo: en México, tenemos a un profundo y sagaz investigador, don Fernando Iglesias Calderón, quien siempre escribe probando lo que afirma o niega. De deplorarse es que, a pesar de que sus escritos, y especialmente los que se refieren a la entrega de Querétaro por Maximiliano, no se hayan consultado, escritos que se han extendido por el extranjero y han tenido la aceptación de Emilio Olivier, historiador francés; lo que hay que deplorar, repito, es que la *Historia universal,* de Guillermo Oncken, y la *Historia de las naciones*, de Baladere, todavía pretendan sostener, aunque no con toda la entereza que da la posesión de la verdad, que Maximiliano fue traicionado, y que no fue él quien mandó secretamente que fuese entregada la plaza de Querétaro al general Escobedo. Nosotros tenemos, pues, mucho adelantado para la verdad de nuestra historia, a lo menos en los puntos que ha tratado el ilustre hijo de don José María Iglesias.

Por lo que toca al segundo punto, la historia actual no puede ufanarse mucho de haber avanzado: porque hay no pocos puntos en que no se han precisado las causas de los hechos. Uno de esos puntos, interesante por cierto, es éste: ¿Por qué Enrique IV de Alemania, que primero se sometió y hasta se dejó humillar por el papa Gregorio VII, pudo después perseguir a éste y hasta obligarlo a huir? Entre nosotros también hay sucesos cuya causa no ha sido precisada. Tal es, por ejemplo, la del no avance de Hidalgo sobre México, después de su triunfo en el Monte de las Cruces. Tampoco está aún bien aclarada la verdadera causa de la renuncia al poder del general Porfirio Díaz, en 25 de mayo de 1911; pues unos la atribuyen al impulso generoso de que no se derramara más sangre; otros a las influencias norteamericanas; no falta quien la impute al miedo, ante los gritos de furor (que yo presencié, por cierto) en la plaza de México; y hasta ha habido quien la explique por la neuralgia que atacó al dictador en la cara, en aquellos días. Lo cierto es que aún no se ha dicho la última palabra sobre este asunto, y que habrá de aclararse cuando —como lo espero— se impongan en las clases cultas

las innovaciones que Xénopol propone para constituir la historia.

"Toma en consideración de las series históricas". Es en esta última sección del capítulo XII que el autor se presenta como audaz innovador, y por eso necesitamos penetrar en su pensamiento.

La formación de las series no ha preocupado a los historiadores, pues los que se han interesado por hacer consideraciones generales, en vez de escoger los hechos y encadenarlos, han penetrado al campo de la sociología estática, el único, tratándose de los hechos humanos, en que pueden encontrarse leyes.

Las que se han llamado leyes históricas no constituyen más que uno de los elementos de los hechos históricos y que, actuando en condiciones siempre nuevas, dan, por combinaciones complicadas, origen a las series, siempre diferentes, según los tiempos y lugares. Las series sucesivas y aun las que son paralelas, constituyen la trama de la historia. Ningún historiador debe olvidar que todo hecho sucesivo forma parte de una cadena, y que jamás ha de exponerse un hecho histórico, fuera del marco de la serie a que pertenece, aunque se trate de un hecho aislado, como, *v. gr.*, la monografía acerca del motín de los polkos, o la muerte de Arturo Arroyo.

La verdad es que, para proceder como lo indica Xénopol, se hace necesario, en este procedimiento nuevo, un *modus faciendi*, esto es, ver cómo se escogen los hechos, cómo se enlazan después, y qué raciocinios van empleándose para fijar las causas que encadenan en series los sucesos; pero como eso no es realizable, se haría preciso, por lo menos, que el autor nos descubriera, tomando un punto histórico, cómo procedería para tratarlo. Tal vez lo mejor sea que se anoten en cédulas los sucesos que se han escogido como importantes y que ya están comprobados; después, convendría agruparlos según sus relaciones causales, y formar con las cédulas departamentos que después, ya convertidos en relatos, se conviertan en series.

El trabajo, como nuevo, ofrece dificultades, pero creo que hay que vencerlas: *1º* porque así se logra realizar el verdadero fin científico de la historia; *2º* porque con ese empeño se descartan hechos que no son realmente históricos, como no lo son las notas sobre inundaciones, epidemias y nacimientos de monstruos, de que habla Tácito, al ocuparse en las guerras; o los detalles sobre

la vida de las dos reinas francas: Brunequilda y Fredegunda, en las cuales se entretienen, copiándose unos a otros, no pocos historiadores, sin reflexionar que los detalles de esas vidas no tienen importancia para la historia.

La verdad es que, no sólo la historia de México sino la de todos los pueblos europeos, tal vez con excepción de la de Rumania, escrita por el mismo Xénopol, están por hacerse, si se han de aceptar como norma las enseñanzas que aquí he comentado.

El autor hace notar que en lo que hasta el día se ha escrito sobre la historia, hay mucho aprovechable; pero sin que se hayan formado las series, indispensables para que la historia forme un cuerpo científico, homogéneo.

También se hace preciso, si no formar una lógica especial de los hechos de sucesión, por lo menos comprender en los tratados de esta materia un capítulo especial en que se establezcan los cánones de la inducción, también especial, que se han menester para fijar las causas de los hechos históricos, y para la ordenación de las series.

Yo, en vista de las luminosas revelaciones de Xénopol, me propongo dos cosas: 1ª escribir una historia de México, bajo el plan que propone el sabio profesor rumano; pero eso lo haré cuando vea cómo procedió él mismo al escribir la historia de Rumania; 2ª ampliar un tratado de lógica elemental, de la que se han hecho ya dos ediciones, aumentándole el capítulo de la inducción especial que debe adoptarse para investigar las causas de los hechos de sucesión. Por ahora, doy por concluidas mis exposiciones compendiadas de la teoría de la historia y mis comentarios, y formularé además las conclusiones a que aquéllas y éstos me conducen.

Conclusiones

Primera. La obra *Teoría de la historia* revela una profunda erudición y un espíritu innovador, audaz y experto, para lograr que la historia se constituya como verdadera ciencia, distinta de las simples narraciones y de la sociología estática.

Segunda. Esa obra trae como innovaciones aceptables y hasta dignas de aplauso para la formación de la historia: *a)* La distinción entre los fenómenos de repetición y los de sucesión, lo mis-

mo que entre las leyes naturales y las series. Es aceptable esa distinción, porque el factor tiempo caracteriza y distingue muy bien los fenómenos de la sucesión, entendida esta palabra, no como antes se tomaba, a la manera de simple secuencia, sino como la verificación de fenómenos que naturalmente se enlazan en el tiempo. *b)* Un concepto nuevo de la causa, que no habían expuesto hasta hoy los filósofos; el de que es la energía o la fuerza, la cual obra dentro de determinadas condiciones que pueden variar, y, por tanto, dar origen a efectos distintos. *c)* La necesidad de enlazar los hechos históricos, bajo la relación de causa a efecto, para formar las series explicativas de la evolución. *ch)* La preferencia que siempre debe darse, en la formación de la historia, al aspecto político de los sucesos, puesto que, bajo este aspecto se comprenden los otros, el económico, el religioso, el científico, el literario y el artístico, y *d)* el concepto nuevo de la historia, que puede entenderse según esta definición que encierra las enseñanzas del autor: *la historia es la ciencia que, investigando y comprobando los hechos de sucesión en los pueblos, formula las series que explican la evolución, ya se trate de los Estados, de la humanidad, o de alguna actividad del espíritu.*

Éstas son las conclusiones, inferidas del texto de la obra, con las cuales estoy conforme. He aquí las que se desprenden de mi estudio, en los puntos en que me separo del sentir de Xénopol.

Tercera. Los pueblos sudamericanos no son de raza inferior, aun en el supuesto de que en ellos predomine el elemento étnico americano, es decir, el de la raza cobriza.

Cuarta. No deben excluirse de la historia los juicios sobre la conducta de los personajes; pero esos juicios han de ajustarse estrictamente a lo que esté probado. Cuando, por la influencia del medio, no pueda guardarse el mérito ni el demérito de los personajes, el historiador debe anotar todo lo que pueda servir al lector para que éste decida según sus juicios.

Como advertirán los que conozcan estos mis comentarios, en las conclusiones que acabo de formular no he incluido algunas de mis divergencias respecto de las aseveraciones de Xénopol; pero ello se debe a que no son puntos de importancia en relación con el pensamiento que me ha guiado, y que es el de interesar a los amantes de la historia, para que la escriban sobre las nuevas bases que propone el profesor rumano, en el supuesto de que

se acepten las tesis fundamentales que contiene la teoría de la historia.

Doy por terminada mi labor, esperando oír o leer las observaciones de los entendidos en la materia, si es que me dispensan la honra de juzgar lo que he hecho.

Tacubaya, D. F., marzo de 1926

JOSÉ DE JESÚS NÚÑEZ Y DOMÍNGUEZ

LOS MÉTODOS MODERNOS EN LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA

NO VOY a exponer nada verdaderamente nuevo en este artículo. La novedad en materia de especulaciones intelectuales, cuando lo es efectivamente, se produce sólo muy de tarde en tarde, y lo que se nos presenta como tal no es sino una de tantas modalidades del pensamiento.

En materia de métodos para la enseñanza de la historia, el avance ha sido de los más lentos. La metodología histórica no ha producido a últimas fechas ninguna obra notable. Recientemente, no se ha aumentado esa bibliografía con ningún libro capaz, por ejemplo, de sobrepasar el admirable de Seignobos sobre *El método histórico aplicado a las ciencias sociales*. No existe nada más bella y diáfanamente expuesto, sobre todo ahora que la enseñanza de la historia se encamina por las rutas de la sociología.

Aún recurrimos a la clásica metodología de García Villada y a *La enseñanza de la historia,* de Altamira, y a la de Ernesto Lavisse. Todavía nos proporcionan útiles observaciones que nos facilitan las tareas de la cátedra.

Hinsdale, y sobre todo Xénopol, han sido durante la última década los focos que han atraído la atención de los profesores de la historia. La obra del eminente sabio rumano, que vino a establecer una nueva "teoría de la historia" y a sumar su caudalosa fuerza a los partidarios de la historia, considerada como ciencia, ha constituido un evangelio en que se cree a ciegas y que se propaga sin admitir réplica. Sin embargo, ya en estos tiempos ha aminorado la racha "xenopoliana" y ha declinado su influencia en la enseñanza de la historia, para ceder el puesto a un nuevo astro que se halla en el cenit de la filosofía. Hablo del genial Osvaldo Spengler, en cuya obra, *La decadencia de Occidente,* tan traída y tan llevada por todos aquellos que gustan de ir con la moda li-

teraria, expone su sistema de morfologías históricas comparadas, que "más que una metodología histórica, es un formidable método dentro de la filosofía de la historia, para cuyo manejo se necesita la clarividencia certera del pensador germano y su abrumadora cultura histórica, filosófica y sociológica".

Por lo tanto, el método "spengleriano" podía ser la piedra angular de esta plática, pero no soy yo el indicado para exponerlo y tratarlo, ya que esto requeriría el concurso en varias conferencias de algunos de nuestros más ilustres filósofos.

Dejo consignado el nombre de "este hijo predilecto de Goethe", porque en el primer tomo de la traducción española de su estupenda obra, con su singularísimo criterio a la crítica histórica, abre sendas desconocidas a los catedráticos especialistas.

A este propósito, cabe preguntar si en México hay especialistas en la enseñanza de la historia. Quienes se dedican a ello toman la cátedra como una simple ayuda para la existencia. Su especialización es muy relativa y casi me aventuraría a recordar su utilitarismo. En un tiempo, se establecieron cursos para especialistas en el Museo Nacional de Arqueología e Historia, y sus resultados fueron de los más halagadores, pues allí surgió toda una brillante pléyade de jóvenes educados en disciplinas científicas. Este ensayo fructífero se interrumpió por nuestras conmociones intestinas y ahora de nuevo se han establecido los cursos de especialización, porque los alumnos, sin ninguna perspectiva para el futuro y sin contar con la menor ayuda, prefieren encauzar sus actividades en busca del resultado práctico. No puede, pues, contarse con especialistas, y por ello los métodos de enseñanza de la historia en nuestros planteles de educación superior se hallan en plena anarquía.

Cada profesor emplea el que más se adapta a sus gustos y aficiones, sin importarle lo demás. Algunos aún usan el anacrónico sistema de los catecismos en que había preguntas y respuestas que el alumno debía meterse en el caletre; otros, desconociendo todo método histórico, no llegan jamás a lo que Monod llamaba buscar "la verdad más perfecta posible".

Los métodos de enseñanza de la historia, en nuestras escuelas superiores, están sujetos, lamentablemente, al capricho de los profesores y a sus alcances intelectuales. Por regla general, se enseña la historia dramática como en los antiguos tiempos y sólo se pul-

sa lo que [Teófilo] Sanjuán denomina justamente "el latido patriótico, la cuerda épica", como si la historia no se compusiera también de otras muchas cosas. Porque, como lo asienta un pensador, "la aspiración de cultivar el patriotismo con la enseñanza histórica condujo a todos los países civilizados a excesos lamentables" y fue necesario el más espantoso baño de sangre que ha sufrido la humanidad para que en estos últimos años se operara una saludable reacción contra tales tendencias y contra la "historia de batallas". La hojarasca sentimental en que se ahogan múltiples figuras históricas nuestras, apenas si es apartada por ciertos profesores de historia que creen cometer una profanación al contemplar de cerca a los próceres. Otros, en cambio, desdeñan lo pasado hasta lo increíble, sin recordar esta hermosa enseñanza: "Deseémoslo o no, no podemos ver los hechos históricos del pasado sino a través del conocimiento que tenemos de los hechos históricos del presente".

Por ello los métodos modernos de la enseñanza de la historia indican el acoplamiento de la "tradición y el porvenir". La democratización de la ciencia, de que habla Xénopol, tiene también precisa aplicación en la actualidad, ya que es necesario, como recomienda un autor, no sólo hacer patriotas, sino civiles, y más que civiles, ciudadanos.

Ya en los actuales tiempos parecería ocioso hablar del método "mecánico, memorista y de pura abstracción". No obstante, su afianzamiento es tal en nuestras aulas, que no es inútil rememorar cuántos perjuicios acarrea a los educandos.

Muchos de los autores modernos rechazan que se obligue a los alumnos a usar determinado libro de texto. Altamira, por ejemplo, es uno de los que más ardientemente se pronuncian contra "la idolatría del libro", y otros van más allá: "piden la supresión de las conferencias porque aducen que ellas equivalen a leer un texto".

"La sujeción al libro, en historia, produce así, no sólo un estancamiento en la cultura, sino una desdichada aptitud para la credulidad en el público y una falta de rigor crítico en el profesorado", arguye el propio Altamira, para concluir que con esta "fe en el historiador", el profesor

> falta completamente al verdadero fin de la enseñanza, que es la formación de la personalidad del alumno, el despertamiento de sus

cualidades originales representadas en la historia por el espíritu crítico, el absoluto respeto a la verdad y a lo real, la circunspección en el juicio y en la teoría, el apartamiento de toda anticipación no autorizada por la comprobación de los hechos.

Uno de los más bellos indicadores para la moderna enseñanza de la historia nos lo da Cousinet, citado por Martí Alpera, quien dice: "Se ha pedido que a la historia de los hechos de armas, de tratados, de gestos de los grandes hombres, suceda una historia de las cosas. Las cosas, se ha dicho, son internacionales y establecen lazos entre los diferentes pueblos".

Esta tendencia informa la metodología histórica moderna; por más que se le juzga incompleta, pues que también hechos y personas del pasado "sirven de estímulo a la acción".

Según Ortega y Gasset, la ciencia de la historia es "el intento de comprensión de las variaciones del espíritu humano". Y, por ello, el catedrático debe tener presente ese principio en todos sus análisis.

Otro principio que también se recomienda es aquel de Lavisse que asienta que el profesor "no se contentará con hacer todo su curso; hará un todo de su curso".

En este último habría que insistir en México, en donde el catedrático se ve constreñido a pasar precipitadamente sobre los sucesos para poder terminar en unos meses la historia de cuatro siglos, mientras que en Francia se destinan nueve años para la enseñanza de esa materia, sin contar los de especialización.

La recomendación del mismo Lavisse de que "sobre ninguna cuestión histórica debe un profesor decirlo todo en el colegio", es de una gran importancia para nuestros maestros, que, muchas veces, no poseen el tino de la selección.

Hinsdale, citando al doctor Klemin, acerca de la enseñanza de la historia en Prusia, ofrece esta indicación de principios: "La aspiración deberá ser alimentar y fortalecer todas las potencias del alma, interés, emoción y volición". El intelecto de los discípulos se aumenta familiarizándolos con los hechos históricos, ofreciéndoles comparaciones y haciendo distinciones, determinando la profundidad del juicio y la corrección de las conclusiones. El corazón de los discípulos queda influido por la enseñanza de la historia, porque se presentan muchas acciones y

motivos graves, sublimes, nobles y bellos, que producen placer y llevan al discípulo inconscientemente a la imitación. Como principio fundamental de la pedagogía, en materia histórica, un autor recomienda que se aproveche para la enseñanza acudir a las mismas cosas. "Hoy día —dice— se aprecia y se busca más una inscripción, un resto arqueológico, un pormenor indumentario, una moneda, que los párrafos de Estrabón y de Diodoro." Y a pesar de este consejo elemental, nunca hemos visto por nuestro museo a ninguno de los estimables maestros de escuelas superiores conduciendo a sus alumnos a través de los salones en que nuestra historia conserva sus fuentes más abundosas.

García Villada, al hablar de los distintos métodos para la enseñanza de la historia, cita los siguientes: *1º* el cronológico progresivo; *2º* el regresivo; *3º* el etnográfico; *4º* el sincronístico; *5º* el retrospectivo; *6º* el genético; *7º* el pragmático; *8º* el de agrupación de material; *9º* el biomonográfico; *10º* el progresivo, y *11º* el cíclico.

Como se ve por la anterior enumeración, el catedrático tiene donde escoger y a su buen tino y a su tacto pedagógico queda la elección de varios de esos métodos para no caer en el error de la enseñanza unilateral.

El propio García Villada recomienda para la enseñanza superior el método progresivo unido al etnográfico, al genético y al de agrupación y éste es en verdad el más adecuado a las tendencias actuales del pensamiento humano, porque, por medio de él, se trata la historia progresivamente en las clases, aludiendo primero a una raza o un pueblo determinados y después a los otros sucesivamente, en tanto que se hace ver al alumno "la trabazón de los hechos entre sí y su unión con los factores que los han condicionado y motivado", sin perder de vista la ordenación de los elementos históricos, "teniendo presente su íntimo parentesco".

No quiero tratar aquí lo relativo a las condiciones del maestro, a las que tanta importancia prestan algunos tratadistas, principalmente anglosajones, porque se presupone que los profesores reúnen las condiciones requeridas para impartir una buena enseñanza y que la historia y sus ciencias auxiliares no guardan secretos para ellos.

El maestro, en último caso, no debe olvidar esta atinada recomendación de uno de los más modernos tratadistas: "la didácti-

ca de la historia, como la de toda doctrina, no es un producto del libre arbitrio del maestro; radica en la estructura esencial de la propia doctrina y al mismo tiempo en la limitación del discípulo".

Además, colocándonos en el terreno ya tratado de la falta de especialistas en México, pues que sólo contamos con felices investigadores, hagamos nuestras, en estas circunstancias, las palabras de un maestro tan experimentado como el profesor vallisoletano Teófilo Sanjuán, cuyo pequeño tratado *Cómo se enseña la historia,* es la última palabra en este asunto. Dice el profesor de la Escuela Normal de Maestros de Valladolid:

> Nadie mejor preparado que el investigador de los hechos históricos para maestro de historia; nadie con más perspicacia eliminaría de la multiplicidad y variación de la vida humana los acontecimientos capitales y su curso y relaciones, ni con más tino y claridad mostraría el camino por donde ver y discernir la fluencia innumerable del tiempo pasado.

En resumen: los métodos modernos de la enseñanza de la historia rechazan el fanatismo del libro; condenan la "operación de la memoria", repudian "el dogmatismo patriótico", y "el egoísmo nacional" y se inclinan a recomendar la "mostración gráfica o de visión directa", fundamental para estos estudios. Así se llegará a la "enseñanza total histórica".

ALBERTO BETETA

LA "TEORÍA DE LA HISTORIA" Y LA ESTADÍSTICA, SEGÚN XÉNOPOL

EN 1911 el señor don Domingo Vaca tradujo, en Madrid, la obra trascendental del sabio rumano M. D. Xénopol, intitulada *Teoría de la historia*; y, a últimas fechas, ha circulado en México el libro del distinguido historiador licenciado Manuel Brioso y Candiani, que lleva el título de *Las nuevas orientaciones para la constitución de la historia*, en el cual con erudición, inteligencia y razonamientos convincentes, expone "los pensamientos capitales de la obra del profesor rumano con el fin de juzgarla y de alentar a los que se dedican a escribir sobre los sucesos históricos".

Xénopol da a conocer su teoría sobre la manera como debe hacerse la crítica histórica, y principia, según el ilustrado comentador, por dividir los fenómenos de la naturaleza en los "que son iguales en esencia y que llama *de repetición*, y los que se presentan únicos y con desemejanzas profundas, aunque, desde otros puntos de vista, pueden ser semejantes, a los cuales los denomina *de sucesión*". Los primeros hállanse sujetos a leyes y los segundos forman series, en virtud de su mutuo encadenamiento. En esta distinción de fenómenos *de repetición* y *de sucesión*, se basa Xénopol para clasificar de *ciencias teóricas* a las formadas por los hechos que *se repiten*, y de *ciencias históricas* a aquellas en las que intervienen actos de sucesión. A juicio de Brioso y Candiani, la base adoptada por Xénopol es "valiosísima" para los estudios científicos; pero no puede serlo para los históricos porque "sólo toma en cuenta, para la clasificación de las ciencias, la *repetición* y la *sucesión* sin considerar la naturaleza de los fenómenos, ni las concepciones de nuestro espíritu, al examinarlos y separarlos en grupos, según los caracteres que presentan" (*Las nuevas orientaciones*, p. 8).

Brioso y Candiani juzga que Xénopol, al señalar los dos ele-

mentos de lo que se llama *causa* —la fuerza y las condiciones—, "se presenta como un sabio profundo, como un revelador, pues da una explicación de la *causa* tan acertada, tan elocuente, que en vano buscaríamos otra más satisfactoria en los libros de los filósofos modernos".

Para Xénopol:

> todo fenómeno es siempre producto de una fuerza natural que obra en determinadas condiciones de la existencia. La causa no se debe ni a la fuerza sola, como equivocadamente piensan algunos autores, ni sólo a las condiciones, a las cuales la atribuyen otros muchos. La causa que hace andar a un tren no está sólo en la fuerza expansiva del vapor de agua, ni en el maquinista solamente; la causa de que el tren se mueva está en la fuerza expansiva del vapor de agua, colocado en las condiciones debidas por el maquinista... si la fuerza no existiera, no habría motor; si las condiciones faltaran, la acción de la fuerza se perdería en el vacío... Cuando la fuerza o la energía, en vez de obrar dentro de determinadas condiciones, obra en otras, el fenómeno que produce no es el mismo: esto prueba cuán necesarias son *las condiciones* para que la fuerza actúe... el factor tiempo es necesario para que la causa produzca el efecto...

Y estoy en perfecto acuerdo con el comentador, acerca de que, en los fenómenos de repetición, el tiempo no desempeña un papel "enteramente pasivo". Agrega Xénopol que

> los elementos que dan origen a los fenómenos históricos son múltiples... primero: la acción de los *factores constantes* y de las leyes que la rigen, leyes de repetición, cuya resultante constituye la base eterna sobre la cual la evolución se desarrolla; luego viene la acción de las energías evolutivas, que, ejercida sobre las manifestaciones del espíritu, abre paso, de un lado a los hechos, de otro a las series que los encadenan en la *sucesión*. Veremos que esas fuerzas son múltiples, y que, combinadas diversamente en su juego con la infinita variedad de las manifestaciones del espíritu, hacen que sean también infinitas en número las causas explicativas de los fenómenos históricos.
>
> Es imposible, en absoluto, formular una ley única evolutiva. Cada pueblo sigue una marcha particular. En cada uno de ellos hay series regulares de hechos históricos que explican un momento de su historia; pero no ley sociológica que pueda resumir en una fórmula única la evolución política de todos los pueblos del mundo.

...Para cada país, para cada pueblo, para cada escuela, también hay, sí, una evolución, una dirección marcada en el curso del desenvolvimiento; pero esa dirección es siempre especial, particular del grupo humano que se considera. No hay evoluciones paralelas semejantes. La de la misma forma no se repite jamás en el tiempo de manera idéntica. Cada evolución es una forma única y característica.

Dentro de estas ideas fundamentales, Xénopol define así la historia: "Es la ciencia que investiga y comprueba los hechos de sucesión de los pueblos, y formula las series que explican la evolución, ya se trate de los Estados, de la humanidad o de alguna actividad del espíritu".

En el capítulo IX de *Teoría de la historia,* Xénopol refiérese a *las supuestas leyes de la estadística;* y para aclarar este concepto que tanto vale en boca de un sabio, he traído por adelantado lo que queda expuesto, a fin de comparar la "teoría de la historia" con la de la estadística, y ver hasta qué punto hay analogía, esto es, relación de semejanza, entre ambas teorías.

La nueva teoría estadística se propone reducir a valores *constantes,* en pequeño número, pero eficaces, las grandes masas de observaciones (grupos de individuos, de objetos o de manifestaciones colectivas de un fenómeno) expresadas por cantidades o atributos; y los hechos homogéneos de objetos, o las manifestaciones simultáneas o sucesivas de un mismo fenómeno (Alfredo Nicéforo, *La Méthode Statistique,* París, 1925).

El método estadístico examina, como lo hago notar en mi estudio "La medida del progreso social", los hechos colectivos o atípicos que al producirse *no se repiten* de la misma manera; lo que es típico, lo que se presenta siempre igual en apariencia, no corresponde a la estadística. He dicho en apariencia, porque en el mundo inorgánico lo que ofrece carácter de uniformidad, no lo es en el fondo; y aun en el orgánico, la repetición con idénticas características no se comprueba en la generalidad de los casos. En la *Revue Scientifique* de 15 de febrero de 1902, p. 218, los autores Tyndall y Bentley han comprobado que siempre que se observan cuidadosamente los fenómenos típicos del mundo orgánico se obtiene la seguridad de que la uniformidad aparente, apreciada a la simple vista, no prueba la existencia de igualdad. El pensamiento de Heráclito, interpretado por Aristóteles en el

cap. v, "De Mundo" es verdadero: en la naturaleza todo es armonía de cosas contrarias.

Ahora bien, adviértese perfecta analogía entre la clasificación de Xénopol de hechos de repetición, y de sucesión, y la de la estadística que, como se ha visto, llama típicos a los primeros y atípicos a los segundos.

Además, quiere Xénopol que los hechos de sucesión o atípicos constituyan series, que "son la forma del desenvolvimiento de los pueblos y aun de la humanidad"; series formadas por el enlace de los hechos, "en virtud del nexo de la causa con relación al efecto. Sin este nexo, no habría serie propiamente dicha".

La estadística, ciencia de los hechos sociales según Xénopol, o aplicación de *la ciencia de la cantidad a los hechos,* según Brioso y Candiani, estudia los fenómenos sirviéndose de series numéricas, ligadas por el nexo de que habla Xénopol, o sea, por la relación constante que el método científico de la estadística pone en claro, por medio del descubrimiento de las secuencias o covariaciones de los fenómenos. El empleo de las series, que son agrupamiento científico de los fenómenos de *sucesión o atípicos,* es también prueba inconcusa de la analogía existente entre la teoría de Xénopol y la teoría estadística. Y si se desea hacer tangible dicha analogía, bastará comparar la manera como se forman las series en las respectivas teorías. Xénopol dice que:

> para formar las series históricas, se necesita el examen atento de los hechos de sucesión, y de las causas que los enlazan bajo las relaciones de causa a efecto... Los historiadores que han dirigido sus esfuerzos a descubrir las ideas generales que rigen la evolución, se han dejado inducir a error por las ciencias de *repetición,* por las teorías históricas que las toman como base... han pensado que la historia era semejante al campo de la naturaleza, y han tratado de descubrir también leyes en la sucesión de la historia... esfuerzos tales no pueden conducir más que a falsear la narración del pasado... Cuando se habla de sucesión, no se trata de leyes universales, en el sentido de las que rigen la repetición, sino de *series* (ideas generales también), siempre únicas y particulares, que no se repiten jamás de una manera idéntica, que son siempre desemejantes en el espacio, lo mismo que en el tiempo, y que no poseen, por tanto, el carácter de leyes.

La teoría estadística busca y estudia en los hechos atípicos enlazados por una relación de causa a efecto (covariación) hechos desemejantes, que nunca se repiten de igual manera; busca y estudia, repito, lo que hay en ellos de común, *de constante*, y, al efecto, forma con esos hechos, con los individuos o con las diversas manifestaciones de los fenómenos, la serie ordenada por atributos, que la estadística llama series de *frecuencias*, o bien la serie constituida según los caracteres cuantitativos, denominada entonces *serie de cantidades o de frecuencias de peso y de medida*.

De suerte que en lo que toca a la elección de hechos de sucesión o atípicos, y a la formación de series para su estudio crítico, continúa en pie la analogía observada entre las dos teorías. La historia aprovecha para sus investigaciones el nexo que une a los hechos en una común relación de causa a efecto, analizándolos por medio de *series;* y el método estadístico procede de idéntica manera: recolecta los datos de hechos de sucesión ligados naturalmente entre sí por la *covariación;* nombre con el cual se designa el concepto de *causa* en estadística; el método científico, y, por consecuencia, la investigación científica, la ciencia misma, se propone descubrir las secuencias y las correlaciones o covariaciones de los fenómenos, lo cual, como muy bien lo hace notar Nicéforo, en la obra citada, conduce a establecer *la relación de causa a efecto.*

La identidad de doctrina y de procedimientos demostrada entre la "teoría de la historia" y la "teoría de la estadística", y el hecho consentido de que ambas estudian los fenómenos sujetos a *series* y a *leyes,* bastan, a mi juicio, para colocar en su sitio lo relativo a las *supuestas leyes* de la estadística, que bien con números, o bien con líneas, pero siempre matemática y gráficamente, estudia los fenómenos de la vida colectiva.

El profesor rumano y el atildado comentador tratan de comprobar la tesis contraria a las verdades estadísticas, impugnando algunas afirmaciones aducidas por Kant y por Buckle, acerca de la concomitancia o covariación que existe, por ejemplo, entre el grado de riqueza y el de la mortalidad, la natalidad y la nupcialidad. Los tratadistas de la materia han estudiado los coeficientes respectivos, cuyos cálculos depurados de errores demuestran la regularidad de los resultados. Las colectividades que disponen de riqueza son las más sanas; en ellas aumentan los matrimo-

nios y los nacimientos y disminuyen las defunciones por razón natural.

El movimiento de población es fenómeno que en grado sumo interesa al historiador, al sociólogo, al estadista; los tres estudian la manera como crecen los pueblos, y, cuando se trata de levantar el censo de habitantes, se penetran ante todo de la importancia de la familia y de la del individuo. Con excepción de las personas que se limitan, exclusivamente, a la estadística de concentración, las que hacen verdadera estadística principian, como es de rigor, por estudiar los hechos sociales; ellos saben que "la sociedad, como lo dice Augusto Comte, se compone de familias y no de individuos" (*Système de philosophie positive,* I, p. 122); saben que la unidad social no es el individuo aislado, sino que lo es la familia. Hay que darse cuenta del significado de esta fórmula: "*La familia es el hombre completo*". El profesor A. D. Sertillanges, en su obra *La familia y el Estado en la educación*, t. I, pp. 26 y 27, explica dicha fórmula en estos términos:

> El hombre es la unidad de la especie humana, pero la unidad plena, en que se encierra todo aquello que, para un espíritu reflexivo, puede servir para integrar verdaderamente la idea del hombre; aquello que, multiplicado, es suficiente para formar el cuerpo social. Y bien, ¿es el individuo, hombre o mujer, adulto o niño, quien puede llenar semejantes condiciones? Evidentemente que no. Ni intelectual, ni moralmente, como tampoco fisiológicamente, el individuo es el hombre... el hombre y la mujer forman una unidad funcional;

la cédula social, la familia, la unidad estadística que, con verdadero agravio para la ciencia, y en aras de supina impreparación, ha sido olvidada, y restringida su importancia, en la "boleta mixta para 100 individuos".

Los pueblos crecen por la familia y por el inmigrante, el recuento de pobladores debe hacerse, por lo tanto, en dos cédulas especiales, para que sea preciso y exacto; una cédula para la familia y el boletín para el individuo; comparables el uno con la otra. De esta suerte, se evitarán confusiones, nombres duplicados o supuestos, y la demografía dispondrá de datos con los cuales se conteste a las dudas del sabio Xénopol: a mayor número de habitantes corresponde siempre, por razón demográfica, mayor número de matrimonios, de nacimientos, de inmigrantes

y menor número de defunciones. La relación o covariación entre estos fenómenos es marcada y directa.

Los resultados regulares, armónicos, que dan a conocer las aplicaciones de la covariación son prueba concluyente de la ley de interdependencia que gobierna las cosas del mundo.

Con todo el respeto muy bien ganado por Xénopol entre los doctos, la estadística muestra, con hechos, las leyes de que se sirve en el estudio de la antropología criminal, de la biología, etcétera, etcétera. Goring, Yule, Topinard y tantos otros autores han demostrado la constante relación que liga a los fenómenos atípicos.

¿Pueden negarse, por ejemplo, las leyes de tendencia? Desde 1916, J. Kitchin, W. L. Crum, A. Aftalion y otros muchos han venido haciendo constantes trabajos sobre la previsión, en materia de crisis económicas, que se hallan ligadas a ciertos procesos de producción, de los cuales son característica especial y elemento orgánico; habiéndose comprobado, por trabajos concienzudos y serios, que las crisis se reproducen a intervalos de tiempo suficientemente regulares, que permiten que se las clasifique de crisis periódicas.

En Francia, Inglaterra, Suecia y los Estados Unidos, desde antes de la guerra europea se formalizaron importantes trabajos encaminados a indicar las regularidades estadísticas susceptibles de servir de base a las leyes de tendencia. La Universidad de Harvard creó un Comité de Estudios Científicos de Estadística Económica, y algún tiempo después se fundó en Londres un comité análogo, para estudiar las mismas cuestiones con datos relativos a la Gran Bretaña. Las leyes estadísticas, primitivamente enunciadas por el comité de Harvard, resultaron idénticas a las obtenidas por el comité británico. En Suecia, la misma investigación demostró la presencia constante de las leyes. Los métodos de previsión se fundan en la experiencia y en la inducción, no en deducciones de un postulado; de manera que constituyen una aplicación muy interesante de procedimientos económicos a las cuestiones de estadística. (*La prévision en matière de crisis économiques*, ed. Lacombe, París, 1926, pp. 2-4.)

No obstante su rotunda negativa, el mismo profesor Xénopol declara que: "si la estadística puede algunas veces dar leyes de simple manifestación de los fenómenos, nunca podrá darlas

de los que sè llaman *hechos de sucesión,* es decir, de *los hechos históricos".* Esta atenuación adquiere todo su valor si se reflexiona en que la estadística usa, en sus cálculos, de fenómenos de sucesión, llamados atípicos, y descubre en ellos el nexo o liga que los une, y que es para la historia la clave de sus investigaciones. Pero aún hay más. Si la estadística es ciencia, ello quiere decir que puede formular leyes; no, naturalmente, imperativas, como las que emanan de la voluntad del legislador, sino condicionales, derivadas del conocimiento de los hechos cuantitativos o cualitativos, reducidos a números. De las leyes estadísticas cabe decir lo mismo que de las históricas y de las económicas, puesto que todas emanan del estudio de fenómenos.

> Apenas si hay necesidad de demostrar, consigna un tratadista, la existencia de leyes económicas (o estadísticas). Desde el momento que la económica (o la estadística) se ocupa en fenómenos, *dudar de que ellos obedezcan a leyes,* es tanto como imaginar que pueda haber efectos sin causas, o que los fenómenos puedan ocurrir caprichosamente. Cosa muy distinta es el decir que el descubrimiento de semejantes leyes no es fácil, y que muchas de las que por tales pasan no son tales leyes. Pero esto ha sucedido y sucede en todas las ramas del conocimiento humano (Enrique M[artínez] Sobral, *Principios de económica,* t. I, p. 19).

A esta importante y concluyente consideración, el buen raciocinio agrega: que la ciencia estadística, al examinar los hechos y formular las leyes que los rigen, comprueba la verdad de los postulados de las ciencias sociales, de la historia misma que les sirve de base, y soluciona los problemas prácticos, estrechamente relacionados con las necesidades humanas. Nadie pone hoy en duda que la económica *[sic]* es historia, ciencia y arte; y que de las tres ramas participa también la estadística. Y como quiera que, según lo explican Luis Bordeau en el capítulo de su obra *La historia y los historiadores,* intitulado "La renovación de la historia por la estadística", y R. Worms en su *Filosofía de las ciencias sociales,* el arte económico y estadístico tiene por objeto la resolución de problemas prácticos:

> la ciencia cuya base es la historia nos ilumina acerca de la solución que más conviene para semejantes problemas... Todo problema de

arte puede compararse con un silogismo, cuya premisa mayor sería un ideal previamente comprobado como bueno, cuya premisa menor sería una verdad científica aplicable al caso y cuya conclusión vendría a ser una regla práctica, enderezada a la realización del ideal... Adviértase que hay una relación muy estrecha entre la historia, la ciencia y el arte; relación por tal manera reducible, que ella ha originado la acumulación de estos tres órdenes de estudios en una sola disciplina. Es la historia el acervo de hechos, en cuyo examen la ciencia encuentra materiales que le permiten formar leyes merced a las cuales pueden resolverse los problemas que plantea el arte.

La estadística, a la vez, ocupa su lugar escogiendo los hechos que, de acuerdo con la verdad científica, son el reflejo de lo ideal, y lo hace práctico y tangible valiéndose, al efecto, de los números y de la línea. Historia, ciencia y arte tienen de aliada inseparable a la estadística, que con su método científico, que es ciencia, clasifica los fenómenos, descubre las ligas que los unen, establece las leyes del caso y resuelve los problemas objetivamente.

De todo lo dicho se infiere que, para concluir si son reales o supuestas las leyes estadísticas, es preciso fijar estos dos puntos: primero, si la estadística es ciencia; y segundo, cuáles son las leyes de esa disciplina.

La estadística es ciencia, Xénopol no le niega tal carácter; la llama la "ciencia de los hechos sociales"; y, en consecuencia, puede y debe formular leyes, que podrán ser más o menos exactas; pero que son reales y no supuestas.

La observación de los hechos económicos y sociales la juzga Gide muy superior a las fuerzas individuales; debe ser obra, declara, de un conjunto de hombres: "es toda una ciencia nueva que se llama *la estadística*" (*Cours d'Économie Politique,* 1909, p. 15).

Knies, Sumelin, Wagner, Lexis, Ferrais, tratadistas citados por Virgilü en su *Manual*, sostienen la tesis de la unidad y del concepto científico de la estadística: "Es ciencia autónoma, independiente, unitaria, de caracteres bien marcados y cada vez más reconocida por los maestros especialistas" (obra citada, p. 17).

Respecto de leyes, la universal de interdependencia, que pone de manifiesto la covariación, y las importantísimas *de tendencia,* que enseñan el movimiento cíclico de las crisis, bastan a mi juicio para establecer esta verdad: "las leyes estadísticas existen positivamente, no son supuestas".

La estadística es a la ciencia, al progreso y a la civilización lo que el esqueleto es al cuerpo humano y el cimiento al edificio: no se ve, no luce, no deleita, pero sostiene y consolida.

El notable historiador rumano afirma que los *promedios estadísticos* son muy útiles, pero falsos. Examinaré esta rotunda afirmación en otro estudio.

México, octubre 29 de 1929

GILBERTO LOYO

SOBRE LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA

Los aspectos de la evolución económica y la enseñanza de la historia en las escuelas secundarias de México

> La mirada histórica puede rastrear impulsos raciales oscuros que actúan en los seres económicos para dar a la actuación exterior —a la "materia" económica— una figura que corresponda simbólicamente a la propia forma interior. *Toda vida económica es la expresión de una vida psíquica.*
>
> OSWALD SPENGLER

SEÑORES ACADÉMICOS:

He aceptado el honor que se me ha conferido al designarme miembro de número de la Academia Nacional de Geografía e Historia sólo como un estímulo.

Entre los temas que, en relación con la enseñanza de la historia, presentó el director de Enseñanza Secundaria al grupo de profesores de la materia que asistió en la Escuela Normal Superior a la cátedra de Técnica de la Historia, hallamos tres cuestiones íntimamente conectadas.

1. EL ASPECTO DE LA HISTORIA PREFERIBLE EN LA ENSEÑANZA SECUNDARIA

¿Cuál de los aspectos de la historia, el cultural, el político, el institucional, etcétera, es preferible para la enseñanza en la escuela secundaria?

Opinamos que el político, porque éste debe constituir la estructura del curso de historia general, y también la del de México, en las escuelas secundarias. La necesidad de escoger el aspecto

político como armadura metálica, como médula de estos cursos escolares, ha sido señalada y razonada por varios escritores y sentida entre los maestros. Esta función (de estructura, de esqueleto, de soporte), dada en textos y programas, en obras sobre enseñanza de la asignatura y en la cátedra, al aspecto político, significa preferencia, pues habrá partes del curso en que desaparezca el aspecto religioso, por ejemplo, o bien el institucional; en cambio, el político se mantiene siempre presente, inalterable, como el fino hilo de acero que conecta, como la línea delgada, pero precisa, que marca el proceso evolutivo. En cursos como los secundarios, algún aspecto debe desempeñar este papel estructural, y es obvio que las dificultades e inconvenientes que presenta la adopción del aspecto político son menores que los de cualquier otro. Mas si la cuestión planteada significa que hay que escoger, entre los aspectos históricos, uno, para presentarlo con invariable supremacía en los cursos, de modo que los demás sólo aparezcan como referencias, débil y esporádicamente: contestamos que sería erróneo dar preferencia a cualquier aspecto, porque en realidad lo que se enseñaría en los cursos sería historia religiosa, historia de la civilización o historia política, según el caso; y esta especialización sería estéril, o más bien perjudicial tratándose de historia política, la cual es la que se ha enseñado en México, y en gran parte conserva todavía su preeminencia; sería imposible tratándose de historia de la civilización, que supone el previo conocimiento de la historia política e institucional; y sería también casi imposible tratándose de la historia económica, y además empujaría a los jóvenes hacia el materialismo histórico, originándoles prejuicios intelectuales y morales. De hecho, en México, los cursos secundarios se han formado cubriendo la columna vertebral de historia política, con diversos aspectos, según la época, el pueblo, el carácter predominante del suceso o personaje. Por ejemplo, se ha preferido, tratándose de Egipto, la influencia del medio físico, las ideas religiosas, la arquitectura y las dinastías; las ideas religiosas sobre todo; se ha preferido la actividad comercial respecto a los fenicios; se ha preferido el aspecto cultural al tratar de los helenos; el político o institucional respecto a los romanos, etcétera.

Conclusiones

Primera: En la escuela secundaria, tanto en los cursos de historia general como en los de historia patria, el aspecto político debe constituir un fino y fuerte esqueleto que sirva de sostén a los otros aspectos.

Segunda: Ninguno de los aspectos debe prevalecer sobre los demás, suprimiéndolos o haciéndolos insignificantes.

Tercera: Los aspectos históricos que se escojan deben ser distintos al ocuparse de los diferentes pueblos, épocas, sucesos, personajes, etcétera, de modo de presentar, en cada caso, el aspecto o los aspectos del hecho, personaje o pueblo que mejor los caractericen.

Cuarta: Escogiendo los aspectos según la conclusión precedente, sin duda predominará el aspecto cultural (comprendiendo en él el religioso, el institucional, el artístico, el de la evolución científica y filosófica, el educativo, etcétera). Si la misión de las secundarias fuera formar hombres instruidos, nada tendríamos que añadir; pero en vista de su finalidad (preparar para la vida), y de que la llamada cuestión social nos envuelve a todos, nos afecta hondamente, tenemos la convicción de que el perfil, la silueta, las líneas externas del edificio del curso, deben formarse con el aspecto económico de la historia.

2. Relaciones entre el estudio de la historia de México y el de los problemas económicos del país

Otro de los temas íntimamente ligados entre sí dice: ¿Qué relaciones deberían o podrían establecerse entre el estudio de la historia de México y el de sus problemas económicos?

En las secundarias no debe perderse de vista el valor de la historia para enriquecer la experiencia de los alumnos y determinar en ellos la base de una actitud frente a la vida social y frente a los grandes problemas nacionales. Con este criterio llegamos a las siguientes

Conclusiones

Primera. El estudio de la historia de México debe ser una de las bases para el estudio de los problemas económicos nacionales, que haga el alumno más tarde como hombre y ciudadano.

Segunda: El estudio de la historia de México debe ser la base del estudio de los problemas económicos mexicanos que haga el alumno más tarde, en sus cursos preparatorios especializados, o en las facultades universitarias.

Tercera: El estudio de la historia de México debe ser una de las bases para la enseñanza del civismo, por lo cual esta asignatura debe estar cuando menos en el mismo año en que se estudie la historia patria.

Cuarta: Además de estas relaciones (de base, de antecedente), el estudio de la historia patria y el de nuestros problemas, debe relacionarse por medio de la curiosidad y de la simpatía hacia estos últimos estudios, que el curso de historia nacional debe provocar en el alumno.

Quinta: En el curso de historia patria debe subrayarse todo aquello que facilite realmente el estudio de los problemas económicos de México.

Sexta: Por medio de claras explicaciones es preciso demostrar a los alumnos que el estudio de los problemas económicos debe basarse necesariamente, para ser serio, en sus antecedentes y transformaciones, es decir, en sus causas diversas y casi siempre complejas, y en su evolución, de modo que aquellos alumnos que se inclinen a los estudios económicos salgan de la secundaria con la orientación definida hacia la historia.

Séptima: En los cursos de historia patria debe seleccionarse, de preferencia, aquello que sirva de base al estudio de los problemas fundamentales del país, es decir, de aquellos que hayan influido decisivamente en su evolución, así como de los actuales.

Octava: La historia de México, en las secundarias, puede constituir un estudio fecundo y atractivo de la evolución económica de México, a través de las principales cuestiones.

Novena: El curso de historia patria debe conceder especial atención al desarrollo de nuestro problema agrario.

Décima: Explicando la evolución económica de México, el curso de historia patria debe hacer inteligible a los alumnos la actual sociedad mexicana en su organización económica; debe explicarles, por sus causas, la actual situación del país, después de presentar el aspecto económico de la Revolución.

3. Qué aspectos de los problemas económicos pueden enseñarse en relación con la historia en las escuelas secundarias

Un problema económico tiene diversos aspectos (el propiamente económico, el legal, el político, etc.). Todo problema económico tiene también un aspecto histórico. El aspecto histórico de los problemas económicos es el que debe enseñarse en las secundarias en relación con la historia. ¿Qué es este aspecto histórico de los problemas económicos? Es el problema en su desarrollo, en su evolución, en tanto que se traduce en hechos históricos, es decir, pasados, importantes en mayor o menor grado, pero siempre trascendiendo a la vida social humana.

Por otra parte, el problema económico puede ser de producción, de circulación, de distribución o de consumo, o tener un carácter mixto. En este sentido, en nuestros cursos de historia, los problemas de producción, como problemas de técnica, han encontrado lugar en el aspecto de la historia llamado de la civilización, y no pocas veces se les relaciona hábilmente con los caracteres de la raza, del medio físico, con la herencia, con la guerra, con la división del trabajo, con los recursos naturales, con el progreso científico traducido en progreso mecánico, con las emigraciones, la colonización, la esclavitud, la servidumbre, la competencia, las crisis, la evolución industrial, las asociaciones para la producción, las empresas de Estado, etcétera. Los problemas de producción se pueden estudiar fácilmente en cuanto es posible hacerlo con ayuda de la geografía. También son fáciles cuando se refieren a la evolución de la industria; pero se tropieza con serias dificultades cuando es necesario contar previamente con la base de conocimientos de principios económicos, como al tratar de las crisis o de la división del trabajo, por ejemplo. De los problemas de circulación, diremos que se facilita su presentación en los cursos de historia, cuando se relacionan con la compraventa, los transportes y el comercio; pero que presentan dificultades los que conciernen a la moneda y sistemas monetarios, cambio internacional, política comercial y de crédito.

Son los problemas del reparto, los que constituyen la cuestión social por excelencia, los problemas económicos por antonomasia. Que la ambición del profesor de enseñar mucho no produzca

vaguedad, confusión, pedantería en el alumno. Enseñar poco, preciso y sólido, para no contribuir a aumentar el número de los desorientados, que a la postre son los insinceros; no todos los insinceros, sin duda. El profesor tendrá que hacer explicaciones breves, pero precisas, acerca del fundamento del derecho de propiedad y de la injusta repartición de la riqueza, lo mismo que respecto a los modos socialistas de reparto, a la propiedad de la tierra, minas, selvas, etcétera, a la usura, al salariado, al patronato y a los impuestos. Los problemas del reparto son los que le proporcionan el mejor material, siempre que se evite el peligro de caer en una actitud declamatoria. Respecto al consumo, tendrá que referirse a las leyes de Malthus, a las cooperativas, al lujo, al alcoholismo, al absentismo, al ahorro, a los seguros y a los gastos públicos. Para que las explicaciones del profesor sean comprendidas, tendrá éste que dar siempre previamente, si no definiciones, puesto que esto en la mayor parte de los casos no es posible, cuando menos explicaciones precisas. Si no, los alumnos saldrán con vagos conceptos y hablando de cosas de las cuales sólo tienen nociones gelatinosas.

Consideramos como básicos los siguientes puntos en los programas de las secundarias, para hacer comprensible al alumno la evolución de la sociedad, y la realidad actual: El medio físico y la actividad económica, lo cual permitirá destruir ante el alumno algunas de las llamadas leyes históricas, tan perjudiciales sobre todo para los jóvenes. La influencia del progreso mecánico sobre la clase obrera. La influencia de la emigración y de la colonización en los pueblos. El desarrollo de las ideas relativas a la productividad del trabajo. La importancia de la división del trabajo. Las etapas de la evolución industrial. La evolución del cambio, de los transportes, de las comunicaciones, de la moneda, del comercio internacional y del crédito. El derecho de propiedad. Las escuelas socialistas. La propiedad de los recursos naturales. La evolución del asalariado y del patronato.

Ya dijimos que es el aspecto histórico de los problemas económicos el único que puede enseñarse en relación con la historia. Ya establecimos que unas veces se presentarán los problemas económicos en su aspecto de problemas de producción, de problemas de consumo, etcétera, y otras mixto. Cuando un asunto tenga dos o más aspectos, como por ejemplo, el de la cooperación,

que es de circulación y es de reparto también, ¿cuál debe prevalecer? Aquel aspecto que sea más característico para explicar la evolución del pueblo, época o suceso de que se trate, aquel que haga más fácilmente inteligible el pasado a los alumnos.

El gran problema del profesor de historia es el de selección de los hechos. Pues bien, en cada caso, con su experiencia, su cultura, su tendencia, el profesor deberá seleccionar el aspecto de un problema económico que mejor muestre al alumno la evolución histórica, que mejor le haga comprender el pasado, que mejor lo oriente, que más útilmente le permita en sus futuros cursos y en su vida práctica hacer nuevos estudios, adquirir una actitud racional frente a las cuestiones sociales y actuar conscientemente como un hombre de determinada época, como un elemento de la colectividad en un momento histórico dado.

Hemos visto en varios programas alemanes de cursos de historia la importancia que se concede a la evolución económica aun en los primeros años. Y no pocos interesantes programas de las escuelas actuales de la URSS son modelos de enseñanza histórica de problemas económicos. Algunos, en medio de su belleza, tienen el defecto de ser demasiado unilaterales, como formados por quienes profesan con entusiasmo la teoría del materialismo histórico.

Es obvio que los aspectos de los problemas económicos que se enseñen en la secundaria, en la clase de historia, deben tener en cuenta la mentalidad y los conocimientos del alumno. Es obvio también que, siendo la simpatía y la preferencia características psíquicas del adolescente, es decir, del alumno de estas escuelas, la clase de historia que exponga la evolución económica, podrá hacer posible que esa simpatía y esa preferencia se orienten en el sentido de las masas explotadas, de las clases trabajadoras y de las tendencias de justicia social. Es obvio que la sociabilidad del adolescente debe aprovecharse en los trabajos colectivos fuera o dentro de clase, sobre tópicos relativos a los grandes problemas económicos, de preferencia.

Los problemas económicos dentro del organismo de la historia, sobre todo en las clases de la materia, se reducen a aspectos de la evolución económica. Y no podría ser de otro modo en los cursos de esta especie, pues de no hacerlo así, se enseñaría economía política o historia económica. Por esto, además de las soluciones

que hemos dado al tema, con carácter provisional, en el sentido de que anticipadamente aceptamos supresiones o aumentos, ya que no nos hemos propuesto hacer un estudio detenido en esta parte, presentamos un programa de los puntos que creemos básicos relativos a la evolución económica, que deben contener tanto los programas de historia general como los de México, de las escuelas secundarias.

1. Aparición del hombre. Importancia económica (y espiritual) de la invención de la mano.
2. Edad primitiva de la piedra. La economía primitiva de la caza y de la guerra.
3. Edad neolítica. La economía del pastoreo. La economía agrícola rudimentaria. Nacimiento de la esclavitud. La propiedad mobiliaria individual. La propiedad inmueble comunal.
4. La edad de los metales. Importancia de la invención de la metalúrgica. Época del bronce. Época del hierro.
5. Los egipcios. El feudalismo de los jefes hereditarios de los nomos y los sacerdocios de los grandes santuarios, como factores de la decadencia del Egipto. La dominación económica como una causa de la índole pasiva de los habitantes. La vida económica (agrícola, industrial y comercial) del pueblo egipcio.
6. La vida económica del imperio babilónico, según el código de Hammurabi.
7. Los judíos, pueblo agrario. La condonación de las deudas, ideal social y económico del judaísmo.
8. Los fenicios. Su actividad industrial y comercial.
9. Los persas. Los impuestos y la ruina de los agricultores.
10. Los helenos. Diferencia económico-social entre la "polis" y las poblaciones orientales. Influjo de la propiedad sobre la evolución de la familia. Actividad marítima e industrial. La colonización. Propiedad del Estado espartano. Los ilotas y el cultivo agrícola. Propiedad individual de las mujeres y de los periecos. Cómo el comercio enriquece a las familias; éstas destruyen las monarquías patriarcales y fundan aristocracias privilegiadas. La política económica de Solón. Reformas económicas en Atenas después de las guerras médicas. El comercio ateniense. Las causas económicas de la guerra del Peloponeso. Aspecto económico de la obra de Alejandro. La aplicación de la ciencia helena a la industria.

11. Roma. Los etruscos y sus aportaciones económicas (cultivos, irrigación). La primitiva familia romana y la propiedad del padre. La situación económica de la plebe en la época de los reyes, y al principio del Consulado. Las conquistas económicas de la plebe. Causas económicas de las guerras púnicas. Los impuestos en Roma y la expoliación de las provincias. Desarrollo del *ager publicus* y monopolio de él por los ricos. Desaparición de la pequeña propiedad. El latifundismo como un factor de la decadencia romana. Los remedios económicos propuestos contra la injusticia social. Los aristócratas y la propiedad del *ager* usurpado. Las rebeliones de esclavos. Mario y la reforma agraria. La obra agraria de Julio César. Política económica de éste. Estado económico de Roma a principios del Imperio. La obra económica de Trajano. Antonino y la legislación de esclavos. Situación económica bajo los Antoninos. Por qué se difundió el cristianismo entre las clases pobres. El cristianismo como crítica de la organización económica. Influencia de la filosofía griega sobre la jurisprudencia romana, respecto a los esclavos y a la propiedad. Situación económica a fines del Imperio.
12. Origen del feudalismo en las concesiones vitalicias de tierras. El carácter feudal de la propiedad territorial. Los diversos grupos sociales y la propiedad. Evolución de la propiedad feudal. El poder del clero y su creciente riqueza. Aspecto económico de la Querella de las Investiduras, de las Cruzadas, del desarrollo de las comunas y del primer Renacimiento.
13. La revolución económica causada por el descubrimiento de América. Principales causas económicas del Renacimiento y de la Reforma. Situación económica de España durante el gobierno de Felipe II. Causas económicas de la Revolución inglesa. Política económica de Richelieu y sus sucesores. La política económica colonial de España. Causas económicas de la prosperidad de las colonias inglesas de América. Evolución económica de Inglaterra durante el siglo XVIII. El pretexto económico de la revolución de independencia de los Estados Unidos.
14. Causas económicas de la disolución del absolutismo. Precursores y fundadores de la economía política. Factores y resultados económicos de la Revolución francesa.

15. Significado económico de la Revolución mecánica y de la Revolución industrial. El problema agrario en los principales países del mundo. Las escuelas socialistas. El imperialismo de las grandes potencias. Factores y efectos económicos de la Guerra Mundial y de la Revolución rusa. Características económicas de los tiempos modernos.

En las escuelas secundarias deben enseñarse a los alumnos los siguientes aspectos de la evolución económica del país, en el curso de Historia de México.

1. Relacionar los principales caracteres del territorio, con los grandes problemas económicos de México, en una explicación sintética.

2. Causas de la revolución social en el Estado náhoa-olmeca. Actividades económicas de los principales pueblos precortesianos. Organización agraria de los aztecas.

3. Situación económica de España en la época de la Conquista. La bula de Alejandro VI. Los rescates de oro y objetos preciosos. El reparto del botín después de la caída de Tenochtitlán y sus resultados. Las encomiendas y los repartimientos. En qué condiciones económicas se emprendió la reedificación de México. Condiciones económicas en que se hizo la fundación de poblaciones. Actividad económica de la Casa de Contratación de Sevilla y del Consejo de Indias. Las facultades económicas del virrey. Las ciudades, los presidios y la explotación minera. La situación económica de los indios. Las Nuevas Leyes. Aspecto económico de la obra de don Vasco de Quiroga. Don Luis de Velasco y los mineros. La situación económica de los indios según las leyes, y de hecho. La situación económica de los diversos grupos sociales, durante la colonia. Organización agraria de la Nueva España. La agricultura. La minería. La industria. El comercio. Los gremios. La Real Hacienda. La Casa de Moneda. Presupuestos. Aspecto económico de las reformas de Carlos III.

4. Causas económicas de la revolución de Independencia. La desigualdad económica de los grupos del clero, y su influencia en la guerra de Independencia. El bando de Hidalgo aboliendo la esclavitud. El aspecto económico de la gran obra de Morelos. La revolución, negocio de los jefes realistas y de los comandantes de guerrillas. El factor económico en las juntas de la

Profesa. Significado económico del plan de Iguala. Situación económica del país durante el imperio de Iturbide. La Constitución de 24 y los problemas económicos. Aspecto económico de la obra de Gómez Farías. Causa económica de la corrupción militar.

Causas económicas de la pérdida de Texas. Causas económicas de la revuelta contra el centralismo. Situación del país inmediatamente antes de la guerra con los EUA. Aspecto económico de la revuelta separatista de Yucatán. Causas económicas del fracaso mexicano en la guerra con los Estados Unidos. Costo de la guerra y ventajas económicas que obtuvieron los Estados Unidos. El factor económico en la guerra de castas, en Yucatán. Aspecto económico de la Reforma. Intentos del imperialismo estadunidense durante la guerra de Reforma. La suspensión de pagos de la deuda exterior y la intervención extranjera. Actitud de Maximiliano ante los problemas económicos.

5. Principales aspectos económicos del gobierno del general Porfirio Díaz (política ferrocarrilera y de colonización; deuda extranjera; compañías deslindadoras; ley minera, el equilibrio de los presupuestos en 1894-1895. La conversión de la deuda. Las instituciones de crédito. El desarrollo industrial. La reforma monetaria).
6. Causas económicas de la Revolución mexicana. La cuestión agraria en el Plan de San Luis y en el Plan de Ayala. La ley de 6 de enero de 1915. El artículo 27 y el 123 de la Constitución de 1917. La cuestión del petróleo. Política económica del gobierno de Obregón.
7. Subrayar las condiciones del territorio y el problema agrario, como factores de nuestra evolución histórica, y señalar nuestros principales problemas económicos actuales.

En realidad, los textos de historia general poco ayudan al profesor en la enseñanza, desde el punto de vista de la evolución económica. La *Historia general* de don Justo Sierra (escrita "por un profesor genial que adoraba a la juventud mexicana") no descuida ningún aspecto importante de dicha evolución, y mucho podrían aprender en esa obra los autores extranjeros de textos. Por lo que se refiere a historia de México, ya han pasado los

tiempos de los textos o compendios de historia unilaterales en el sentido político, y don Carlos Pereyra en el bello tomo de su *Historia de la América española*, sobre México, hace profundo y admirable estudio de los problemas económicos principales, y don Alfonso Toro, en su *Compendio de historia de México*, se ha preocupado también por los aspectos económicos; con ayuda de su libro será posible aun a los profesores menos hábiles orientar su enseñanza para hacer comprensible a los jóvenes mexicanos la situación del país, por sus problemas, las causas de sus fracasos y de sus revoluciones.

No queremos sostener la importancia que debe concederse a la evolución económica en la enseñanza de la historia de las escuelas secundarias, con argumentos extraídos de nuestra literatura revolucionaria, ni tampoco con razones dictadas por nuestra convicción socialista. Por una parte, hace varios años que venimos sosteniendo que las conquistas de la Revolución están en peligro, como todas las reformas planteadas o a medio realizar, y que para que nuestras luchas no sean estériles debemos formar una fuerte conciencia colectiva de simpatía a base de conocimiento y, por lo mismo, de responsabilidad. Por otra parte, el revolucionarismo mexicano, que en verdad no es ni ligeramente radical, no tiene críticos serios, ni en su contra grandes grupos de la población, sino resistencias subterráneas e internas. Pero puesto que la enseñanza secundaria debe inspirarse en exigencias de carácter nacional, económico, social, político, queda justificada plenamente la importancia que en nuestra opinión debe concederse a la evolución económica en la enseñanza.

Opinamos, respecto a la enseñanza de la historia en relación con los problemas económicos:

1. Que la historia debe enseñarse desde el punto de vista de su uso. El estudio de la evolución económica permitirá al alumno emplear sus conocimientos, sea en futuros estudios de cuestiones sociales, sea como miembro de una sociedad afectada por problemas económicos diversos.
2. La historia debe enseñarse teniendo en cuenta su significado en la vida diaria, y este significado es la comprensión del pasado y la comprensión del presente. Sin la evolución económica esta comprensión será errónea, como ha sido entre las gentes llamadas ilustradas de México; será deficiente, como

lo prueba la falta de una ideología revolucionaria al principiar la Revolución en 1910, ideología que se ha ido formando en la lucha, ideología paupérrima frente al instinto certero de Emiliano Zapata y sus hombres.

3. La historia debe enseñarse en las secundarias teniendo en cuenta su valor para fortificar la experiencia, y nada lo hace mejor que el conocimiento del desarrollo económico, porque en otra forma la experiencia es inútil en los tiempos actuales, puesto que no se traduce en actividad consciente, en orientación, en convicciones.
4. Es fácil adaptar la historia, en su aspecto económico, a la habilidad individual de los alumnos (pequeñas monografías, dibujos, encuestas, etcétera), y más lo es relacionarlos con los problemas de la vida real (e importantes son entre éstos los económicos).
5. El aspecto económico de la historia no conduce a la memorización. Es excelente para inculcar hábitos de estudio e investigación, fomenta el intercambio de ideas, provoca curiosidad y deseos de investigar e interrogar.
6. Los conocimientos histórico-económicos son indispensables para la vida moderna, y cuando se traducen en orientaciones, jamás se olvidan.
7. Una época de magnas cuestiones económicas, un país abrumado por estos problemas, justifican plenamente el aspecto de la enseñanza de la historia a que nos venimos refiriendo.
8. Si el atraso comercial e industrial de un país puede atribuirse en ciertos casos y con razón a las escuelas secundarias, la trayectoria, las condiciones de desarrollo y los resultados de la Revolución mexicana pueden cargarse en buena parte a la pésima enseñanza de la historia en las escuelas secundarias, sobre todo antes de 1910 y de esta fecha a la presente; enseñanza pésima desde el punto de vista de la evolución económica, sobre todo, la de la historia de México, que era exclusivamente política y predominantemente narrativa.
9. La escuela secundaria pugna por un mayor contacto entre la educación y la vida económica del país; hallamos en esto otro argumento en apoyo de nuestra tesis.
10. Si la escuela secundaria se propone preparar al alumno, como hombre, como ciudadano para ejercer y desarrollar sus

actividades, y estas actividades en gran parte son económicas, otra razón más presentamos en favor de nuestras opiniones.

11. Si vivimos en una época industrial y comercial regida por factores económicos de modo decisivo, la escuela secundaria no debe descuidar el aspecto de la enseñanza histórica que estudiamos. Hasta los países capitalistas más conservadores reconocen que un plan de justicia social es benéfico en las escuelas.

12. En esta época la enseñanza histórica no puede pretender dar un sentido realmente humano a los alumnos descuidando el aspecto económico. Hasta las lenguas clásicas se estudian ahora por su valor para el desarrollo social humano.

13. No es posible que el alumno adquiera una actitud social encaminada al mejoramiento colectivo, si se menosprecia el aspecto económico de la historia.

14. En realidad, las tendencias (el programa) de las escuelas secundarias se quedarán escritas, si la historia se enseña deficientemente desde el punto de vista que nos ocupa.

15. Debe organizarse una sociedad nacional de profesores de historia, entre otros fines, con el de orientar la enseñanza del aspecto económico de la materia, para formar una conciencia colectiva mexicana sobre la base de conocimientos comunes y de ideales realmente nacionales. Así se podrá algún día homogeneizar a México.

Si es necesario que el profesor de historia tenga un concepto acerca de esta rama de los conocimientos humanos, la cuestión del concepto de la historia (ciencia, arte, conocimiento irreducible, *sui generis*, etcétera), carece de importancia concreta en re-lación con la enseñanza de la materia en las escuelas secundarias. En cambio, la teoría del materialismo histórico, por la actitud del profesor frente a ella, sí afecta directamente la enseñanza, desde la formación de programas y la selección de los hechos, hasta los métodos y la tendencia y finalidades del curso.

El hombre se halla impulsado a la satisfacción de varias necesidades: *a)* la de conservación individual (económica); *b)* la de conservación de la especie (procreación); *c)* la de conocer la verdad (tendencia científica); *d)* la de hurgar en el misterio del universo (metafísica y religiosa); *e)* la de admirar la belleza (estética); *f)* la del reparto de la riqueza sobre un principio de equidad

(moral, justicia). Estos instintos primordiales no se producen unos de otros, ni explican unos a los otros; todos son inexplicables. Los animales, que también tienen la necesidad económica, deberían tener las formas superiores de vida y de inteligencia, si la necesidad económica fuera la causa productora de las demás. No se discute siquiera el influjo recíproco de las diversas necesidades humanas. La forma económica influye sin duda sobre las demás, y sobre ella la moral, el derecho, la ciencia, etcétera. La ne-cesidad económica es la fundamental, pero no la única. Ella existe en el hombre, pero formando parte de un conjunto de necesida-des más elevadas.

La teoría socialista está plenamente justificada por la realidad de la organización social. Para fundarla no es necesario proyec-tarla sobre el pasado. Aun aceptando que el factor económico sea hoy el determinante, esto no significa que lo haya sido en la evo-lución entera de la humanidad. Y no falta quien afirme que la evolución que ha mejorado la situación de los trabajadores tiene una causa moral. La historia es lucha de clases; pero es también mucho más que lucha de clases. En cambio, se ha proclamado que la historia de cualquiera sociedad no ha constituido, hasta hoy, más que en la lucha de clases. Se ha dicho que el factor económico es el único que explica la historia, y que todos los fac-tores de ésta (religión, arte, ciencia, derecho, etcétera) pueden reducirse al económico. Se pretende reducir, en realidad, todos los aspectos de la vida humana a la economía.

Las condiciones en que se produce la vida material, influyen sin duda, generalmente, en la evolución social, política, intelectual, etcétera. Según Engels, "la concepción materialista de la historia parte del principio de que la producción, y con ella el cambio de productos, es la base de todo el orden social; que toda sociedad en que se manifiesta de una manera histórica la distribución de los productos, y con ella la separación de la sociedad en clases, está regida por el modo y la naturaleza de la producción y por el cambio a que da origen". Según Labriola, "el materialismo histórico no pretende traducir en categorías económicas todas las manifestaciones complicadas de la historia, sino sólo explicar, en último término, todos los hechos históricos por medio de la estructura económica subyacente". Xénopol afirma que los socialistas inventaron la teoría del materialismo histórico

para servir las necesidades de su causa. También observa que los partidarios de la teoría huyen de las explicaciones de los hechos históricos, y que, cuando explican, lo hacen nebulosamente o forzando la verdad. En resumen, el punto de vista unilateral del materialismo histórico, que en la cátedra se traduciría en vaguedad, en inexactitud, en sectarismo estéril, pretende explicar el desarrollo histórico por la lucha de clases, sistemáticamente; caracteriza el socialismo como un devenir fatal y quiere explicar toda la evolución humana por sus principales causas actuales. Desde nuestro punto de vista de hombres modernos, que vivimos en México, es sin duda fecundo el empleo de la clave de la lucha de clases para la inteligencia del pasado; pero esto no quiere decir que el profesor caiga en el error de considerar esta clave como única. En nuestras escuelas secundarias es útil, mientras su exclusivo empleo no la haga infecunda y perjudicial.

En el cuadro sumario de Langlois y Seignobos, relativo a las ramas de la historia,[1] la evolución económica comprende las llamadas "costumbres económicas", y está relacionada con parte de la primera sección (demografía), y con las secciones tercera (costumbres materiales), quinta (instituciones sociales) y sexta (instituciones públicas). Comprende también parte de la segun-da (doctrinas económicas).

La historia que Seignobos denomina historia social, no sólo comprende la evolución económica, sino que aspira a ser la historia de los hechos económicos y demográficos. Por esto, el citado autor, al aplicar su historia social al cuadro anterior, dice que ésta comprende también trozos de la primera división (demografía).

Aunque en los últimos tiempos ha progresado la historia económica, este adelanto poco se ha manifestado en los manuales, compendios y textos escolares. Esto aumenta los problemas de la enseñanza. En cambio, da a los investigadores un campo inmenso de exploración. Apenas se han hecho algunos ensayos

[1] *1.* Condiciones materiales. Antropología, demografía. Estudio del medio natural y artificial, geografía física y económica (antropogeografía). *2.* Hábitos intelectuales. Lengua. Artes. Ciencias. Filosofía y moral. Doctrinas económicas. Religión. Creencias, prácticas. *3.* Costumbres materiales. Vida privada. *4.* Costumbres económicas. Producción agrícola. Transportes e industria. Comercio. Distribución de las cosas. *5.* Instituciones sociales. Familia. Organización de la propiedad y de la transmisión de bienes. Educación e instrucción. Clases socia-les. *6.* Instituciones públicas. Instituciones políticas, eclesiásticas, internacionales.

de historia estadística aplicada a fenómenos económicos. La inci-piente especialización, división de trabajo, mejor dicho, en la his-toria económica es prueba del estado en que se halla. Si hasta hace muy poco tiempo, los textos escolares ignoraban casi por com-pleto los fenómenos económicos, en cambio, últimamente se ad-vierte, aunque no traducida en grandes resultados, la tendencia a exponer la evolución económica. Abundan las monografías y esto prueba la intensa elaboración. Ya han aparecido manuales generales de historia económica. Paradójicamente, el conoci-miento histórico de los hechos está más expuesto a errores que el de las concepciones (porque éste se alcanza más directamente). Esto explica el progreso de la historia de las doctrinas económi-cas. En cambio, la historia de los hechos económicos carece de suficientes documentos.

Siguiendo la división conocida de la económica, en producción, circulación, distribución y consumo, hicimos, de primera intención, una lista de temas de historia económica, no en vista de investigaciones sino de la enseñanza de la materia. Ese cuadro, subdividido hasta donde sea necesario, puede dar una base firme para la clasificación de los hechos de la historia económica, o para la formación de un programa de integración de esta fase de la historia. Seignobos presenta un cuadro dividido en tres partes: producción, transferencia y distribución. La primera sección (pro-ducción), la subdivide en: producción directa e industria. La se-gunda (transferencia), en transportes y comercio, y la tercera (distribución), en apropiación, goce de las cosas y transmisión de los derechos.

El cuadro cuyo bosquejo hemos presentado, nos parece que tiene sobre el de Seignobos la ventaja de ser más claro y de corresponder a la división que podríamos llamar clásica, de la económica, en cuatro órdenes de fenómenos.

La división de la obra de Supino, *Principios de economía política*, puede dar otra base para un programa de hechos, con finalidad docente o de elaboración histórica:

I. la organización económica (comprendiendo en ella la producción y el consumo);
II. la circulación, y
III. la distribución.

La ventaja que creemos tiene la división que escogimos para la

formación del cuadro, respecto a la muy estimable de Seignobos, consideramos que da lugar a estudiar, en la formación de un cuadro de hechos económicos, trazado con finalidades de investigación, de elaboración histórica y de exposición en tratados, compendios, etcétera, si es más racional, más cómodo escoger la división tripartita del distinguido autor francés, o la otra, que podría llamarse común.

Por lo demás, queremos aclarar que, en nuestra opinión, la evolución económica dentro de los cursos de historia general o de México, en las secundarias, no da lugar a un problema de hacer una división para formar cuadros detallados, sino que debe reducirse, se reduce, a un problema de selección de hechos. Es decir, ¿qué hechos económicos deben enseñarse en nuestros cursos de historia general y de México? Hemos contestado ya la cuestión concretamente, cuando señalamos los temas que creemos deben contener los programas de historia general y de México en las secundarias, relativos al devenir económico. Esa lista de temas es susceptible de ser aumentada o disminuida, alegando razones buenas en cada caso. Todo dependerá de criterios personales.

Creemos que para resolver la cuestión: ¿qué hechos económicos deben enseñarse en los cursos de historia general y de México en las escuelas secundarias?, se debe ante todo estudiar un criterio para la selección, y en seguida, hacer ésta bajo ese criterio. Además de éste, al hacer la selección, deberán tenerse en cuenta, tanto las bases y finalidades de la escuela secundaria, como las condiciones especiales del grupo de alumnos y del curso. Esto último constituirá una última selección, no hecha en los programas, sino al desarrollar éstos en la cátedra.

Un criterio podría tener estas bases:

I. Enseñar pocos hechos, pero bien seleccionados: calidad, no cantidad.

II. Sólo hechos que de modo fundamental hayan ejercido influencia en el desarrollo de la humanidad.

III. Mostrar los hechos económicos, hasta donde sea posible, como causas de otros hechos históricos, o como resultados de ellos.

IV. Entre los hechos mencionados en el inciso II, preferir ante todo los que hagan comprensible el presente, los que se rela-

cionen con grandes sucesos y los que faciliten el estudio de la historia patria y de los problemas actuales, sobre todo, de México.

V. Escoger los hechos que mejor presenten la lucha entre los grupos sociales y la injusticia social.

Como puede advertirse, el criterio señalado no es sino la aplicación de nuestra tesis ya conocida: enseñanza tendenciosa de la historia; tendencia nacional y revolucionaria.

Esto en relación con la historia general. Respecto a la de México, presentamos el criterio siguiente:

A. Porque el curso de historia patria en las secundarias está limitado por el número de clases en el año, así como por las condiciones mentales y los conocimientos de los alumnos; no menos que por el material de enseñanza, los libros de texto y los recursos para excursiones, certámenes, etcétera, la enseñanza de esta materia significa, ante todo, un problema de selección de hechos. Por esto, es preciso enseñar, no sólo tratándose de hechos históricos económicos, sino de cualquiera otra clase, pocos hechos, pero bien seleccionados. Por esto insistimos: calidad, no cantidad. También por razones elementales de método, que rechazan los hechos de asimilación dudosa.

B. La selección a que antes nos referimos debe hacerse sobre esta base: sólo los hechos que de modo fundamental hayan ejercido influencia en la evolución de México. De modo básico, porque en este curso no es posible pretender otra cosa que presentar los aspectos fundamentales del desarrollo nacional.

C. La tendencia geneticista, en la enseñanza de la historia, debe traducirse en presentar los hechos económicos en la historia nacional, como causas de otros hechos históricos, o como productos de ellos.

D. Constituyendo, en general, los grandes sucesos, centros en torno de los cuales se facilita tanto la exposición como el aprendizaje, deben preferirse los hechos económicos relacionados con los grandes acontecimientos.

E. Preferir los aspectos económicos que mejor caractericen y expliquen la evolución de México.

F. Preferir los aspectos de la evolución económica que más útiles sean para el estudio de los problemas económicos y sociales de México.

G. Preferir los aspectos económicos que mejor expliquen la anarquía mexicana y la Revolución.

H. Preferir los aspectos económicos que mejor expliquen la situación social del país y su probable desarrollo inmediato.

I. Asumir, ante los hechos económicos, una actitud de crítica, no de optimismo ni de pesimismo.

J. Escoger los aspectos que mejor den a los alumnos la noción de evolución, de cambio; sobre todo, de que la actual organización social-económica no es algo definitivo ni natural, fatal o ineludible. En su lugar, omitimos que la historia general es más adecuada para este propósito.

K. Preferir los hechos que formen en el alumno un sentimiento de responsabilidad social.

L. Escoger los hechos que puedan producir una actitud de simpatía hacia las masas indígenas del país, y fomentar un patriotismo elevado y consciente.

M. Escoger los hechos que fomenten en el alumno sentimientos e ideas de justicia social.

Con estos criterios, y sólo como un primer ensayo, seleccionamos temas de evolución económica, para las clases de historia de las escuelas secundarias. Estos criterios, aplicados ahora de primer intento en la formación de las listas de temas, más tarde con estudios detenidos y la experiencia de las cátedras, permitirán hacer una detallada selección, con lo cual podrá realizarse plenamente la tendencia nacional y revolucionaria.

La evolución económica en la enseñanza de la historia presenta el peligro de generalizaciones erróneas.

Subrayamos: sólo en su aspecto histórico caben los problemas económicos en los cursos de historia. Deben seleccionarse los aspectos de la evolución económica que hagan más fácilmente inteligible el pasado y comprensible el presente. Deben seleccionarse los aspectos que concuerden con las bases y finalidades propias de las escuelas secundarias. Los problemas económicos, dentro de los cursos de historia, se reducen a la evolución económica y a la historia de las doctrinas. Los programas de cursos deben contener los puntos irreductibles de la evolución económica. Seleccionar los aspectos en vista de las condiciones mentales y de los conocimientos de los alumnos. Tener presente, al enseñar la evolución económica y organizar respecto de ella el

trabajo dentro y fuera de clase, los elementos de la psiquis del adolescente. Aprovechar los elementos de la evolución económica para enseñar la historia con tendencia nacional y revolucionaria. No caer en el punto de vista unilateral del materialismo histórico. Orientar y organizar mejor la enseñanza de la historia en las escuelas secundarias del país, no sólo en vista de la tendencia ya señalada, sino en todos sentidos, por medio de una sociedad nacional de profesores de historia.

En general, los programas de las escuelas de los estados apenas si tienen algunas referencias al devenir económico. Los de las secundarias de la capital tienen algo más en ese sentido. Los de la Nacional Preparatoria han mejorado desde este punto de vista. En los de la Escuela Nacional de Agricultura, la tendencia es más franca y muchos problemas de selección ya están resueltos.

Hacemos notar que los planes de estudios secundarios y preparatorios de los planteles de los estados acusan una tendencia marcada hacia los estudios económicos y sociales, y en muchos de esos establecimientos se han implantado cursos de economía política y sociología. La creación de las carreras de licenciado en ciencias sociales y en economía en la Universidad Nacional, la tendencia que hay, en estos momentos, al formar el nuevo plan de la Escuela Nacional Preparatoria, de establecer cursos de historia económica, de historia de problemas económicos mexicanos y otros; los libros de Pereyra y Toro, de Mendieta y Núñez y González Roa, que vienen a unirse a las tres monografías de Macedo y a la *Económica* de Martínez Sobral, artículos, conferencias, etcétera, así como el actual plan de estudios de la Escuela Nacional de Agricultura y la atención que la Dirección de Escuelas Secundarias se propone prestar a los problemas económicos dentro de la enseñanza de la historia, y otros hechos que sería largo señalar, demuestran que la historia económica, como investigación, como conocimiento, como enseñanza y como tendencia, nos interesa en México, y revela la importancia concedida a los estudios económicos más allá de los pequeños grupos de especialistas; todo lo cual tiene, sin duda, íntima relación con el cambio ideológico realizado por las luchas revolucionarias.

A continuación insertamos lo que hemos encontrado en los programas de historia de las escuelas secundarias de los estados de la república, en relación con el tema que nos ocupa.

Programa detallado (1928) de historia general, de la Escuela Preparatoria y Normal para Profesores (Chiapas), en la parte sobre Roma: las luchas sociales y la caída de la República.

Programa de la clase de historia universal de la Escuela Normal para Profesores, Aguascalientes, agosto de 1928: Regiones sin historia y regiones históricas. Las luchas civiles en Roma. La sociedad romana durante el Imperio.

Escuela Preparatoria y de Comercio del Estado de Aguascalientes: julio 12 de 1928. Primer curso de historia general. Luchas entre los plebeyos y los patricios. Las clases sociales y las instituciones gubernativas. Las guerras civiles. Los Gracos. Las costumbres de la Edad Media. Los campesinos, los caballeros y los guerreros.

En el segundo curso de historia general de la misma escuela: Orígenes políticos y sociales del Renacimiento. Generalidades acerca de la vida y costumbres del siglo XVI. Las diferentes clases sociales y sus costumbres en los diversos países de Europa. Economistas y enciclopedistas. Reforma y agitaciones sociales. Orígenes del socialismo. Socialistas franceses y alemanes. Transformaciones económicas. Economistas modernos. Las crisis.

Cátedra de historia de la patria, de la misma escuela. Organización social y política de los aztecas. La sociedad colonial a principios del siglo XIX. El desarrollo económico y comercial (al hablar del gobierno del general Díaz). Estudio especial de las últimas revoluciones de México, desde 1910.

Escuela Preparatoria para Varones, Saltillo, Coahuila. Programas de historia patria: Civilización azteca. Instituciones, usos y costumbres. Condición de los indios, agricultura, minería, industria y comercio de la Nueva España. El clero durante la Colonia. Apreciación de la independencia de México, sus causas y sus consecuencias.

El programa de historia general, de la misma escuela, de 1928, dice: "Se dará importancia al método filosófico para la explicación de la historia, haciendo especial énfasis en el origen de los pueblos, su política, el desarrollo de su civilización, las ciencias y las artes".

Programa de historia general de las escuelas secundarias del Distrito Federal (1928): El suelo de Egipto como principal factor determinante de las actividades de sus habitantes. Las industrias

en el mundo egipcio. Colonias, comercio e industrias de los fenicios. Organización política y social de Esparta y Atenas. La familia romana. La sociedad romana después de las guerras púnicas. Los Gracos. Las leyes agrarias. Actitud con que el mundo recibió el cristianismo. El feudalismo. Emancipación de las ciudades medievales. Las colonias (al principio de los tiempos modernos). La sociedad en el siglo XVII. Colonización europea en América. Antecedentes de la Revolución francesa. Desarrollo de las industrias y transformaciones económicas inherentes. Los problemas sociales.

Al final de este programa hallamos una serie de cuestiones, con el fin "tanto de revisar conocimientos, motivar las investigaciones personales, como ejercitar el juicio de los alumnos y cultivar el desarrollo de la expresión oral y escrita". En este cuestionario hallamos muchas preguntas relativas a los aspectos de la evolución económica. Analizarlo nos llevaría lejos del asunto que tratamos. Nos limitamos a afirmar que, cualesquiera que sean las deficiencias de él, nos parece plausible el propósito de escoger en apreciable proporción los temas relacionados con la evolución económica (relacionándolos con México) al formularlo.

En el programa de historia patria de las mismas escuelas secundarias, entre las finalidades, encontramos: Crear una actitud de simpatía hacia el estudio de los problemas de México. Además: Organización social de los tarascos. Alimentación, indumentaria, habitación, ocupación habitual, agricultura, industrias de los maya-quichés. Ocupación habitual de los toltecas. Ocupación habitual, comercio, esclavitud, distribución de la tierra, títulos de posesión y propiedad, en relación con los aztecas. Estado social que prevalecía en España al finalizar el siglo XV. Consecuencias del descubrimiento de América. Razas y castas. Riquezas, comercio interior y exterior. Cómo se hallaba distribuida la propiedad territorial al finalizar el siglo XVIII. Industria de la colonia. Causas de orden económico y social que determinaron la independencia. Consecuencias de la independencia. La influencia económico-política de la expedición de las leyes contra los jesuitas. La república después de la intervención: situación de la hacienda pública, principales obras públicas, el ferrocarril de Veracruz y la marina nacional. Causas de orden económico que determinaron la revolución.

Programa de historia patria de la Escuela Nacional Preparatoria, en 1916. Los aztecas. Sus instituciones económicas. La sociedad colonial. Causas internas y externas de la independencia.

Programa del primer año de historia patria, en la Escuela Nacional Preparatoria, de 20 de enero de 1914, suscrito por N. García Naranjo, Carlos Noriega y A. Esteva Ruiz. Organización social y doméstica de los aztecas. Constitución de la propiedad en la época virreinal. Causas internas e influencias externas que producían el anhelo de independencia. "Sin descuidar la historia externa de México, el profesor concederá mayor atención a la interna, o sea a la de las instituciones, las ideas, las costumbres, los movimientos económicos y sociales y, en general, todo lo que signifique evolución y cultura."

Programa de historia general, en la Escuela Nacional Preparatoria, de 20 de enero de 1914, suscrito por don Miguel E. Schultz y don Miguel V. Ávalos: "...no deberán hacerse por el profesor explicaciones de pormenor ni de índole aislada, sino las de comprensión y de carácter general y sintético que se juzguen suficientes para que los alumnos se penetren, cuanto más sea posible, de la gran labor realizada por el hombre en el siglo que acaba de pasar, bien sea en el sentido político o social, o en el intelectual y económico, en su afán de progreso que es el ideal eterno de la aspiración humana".

Programa del tercer curso de historia general (contemporánea), en la Escuela Nacional Preparatoria: (El siglo XVIII) "El profesor hará una reseña tan minuciosa, tan comprensiva y animada cuanto lo permita el tiempo, de la organización social, política y económica de las monarquías absolutas..." "Al poner de relieve los defectos de tan marcada división social, se hará palpable la inmensa injusticia que entrañaba." "Se ponderará la transformación de las ideas económicas que sucedió tanto al colbertismo como al estridente fracaso de Law; obra de renovación debida especialmente a Quesnay..." En relación con el tema: la independencia de los Estados Unidos: "Finalmente se hablará del fenómeno expansivo de los Estados Unidos..." Sobre el tema: América y Asia contemporáneas: "Se tratará asimismo del progreso y prosperidad económica de la Argentina y de Chile..." "Por otra parte, se estudiará lo relativo a la evolución política, económica y cultural del Japón..." En el tema: propagación del régimen

democrático: "...en la esfera económica el trabajo lucha contra el capital y va emancipándose paulatinamente de la tiranía de aquél, por la legislación obrera". Sobre el tema: La Guerra Mundial y sus consecuencias: "Al dar comienzo a este suceso, el profesor hará una síntesis sobre el estado social, político, económico e intelectual del mundo, al principiar el siglo XX. En seguida, del fondo de los problemas económicos de los principales pueblos industriales de la tierra..." "Capítulo aparte merecerá la transformación social, política, económica, cultural que súbitamente ha venido a señalar nuevo derrotero al presente así como los grandes problemas contemporáneos que la humanidad de hoy ha visto surgir..."

Por lo que se refiere a la Escuela Nacional de Agricultura, diremos, por una parte, que desde la reforma del plan de estudios en 1924, se estableció, para la especialidad de servicios agrícolas, un curso sobre el problema agrario del país, con el nombre de "Evolución social agraria del pueblo mexicano", el cual ha sido dictado por el autor de estos apuntes. Y por otra parte que, en vista de las finalidades especiales que persigue dicha escuela, desde que en 1923 fue nombrado el autor catedrático de historia, entre las bases de la enseñanza, tanto en el curso de historia general, como en el de México, figura ésta: Preponderancia del aspecto social. Además, la lista de temas sobre evolución económica que se ha propuesto, en general, equivale a los aspectos del desarrollo económico que comprenden las clases de historia en el plantel de Chapingo. Cuando, después de 1924, se reformó el plan de estudios, la historia estuvo a punto de desaparecer de él, y precisamente lo que salvó la asignatura, según declaración de la autoridad que había decidido la supresión, fue la lectura del programa del curso de historia general, en el cual se daba un lugar importante al devenir económico.

Terminaremos estos apuntes con algunas consideraciones que omitimos en sus lugares respectivos.

Ya no se discute que es innecesario utilizar el complicado aparato de la historia para enseñar civismo, el cual bien puede enseñarse de otro modo; pero en las escuelas secundarias ninguna materia puede substituir a la historia en su labor de hacer inteligible el pasado y comprensible la realidad actual con sus problemas.

Seguramente que la historia no debe ser pretexto para las luchas actuales, ni instrumento de sectarismo. No debe ser campo de batalla. Esto es aceptable tratándose de lo que llaman la historia ciencia; pero en nuestra opinión no lo es tratándose de la enseñanza de la historia en las escuelas primarias y en el ciclo secundario. Sin duda que no se debe poner la enseñanza histórica al servicio del sectarismo de las luchas políticas del día; pero es preciso que, así como las sociedades modernas se han servido de la enseñanza histórica para determinados fines, sin decirlo, nosotros nos sirvamos de ella, diciéndolo, para que este criterio tenga más aplicación, para los altos y nobles fines de nacionalismo y de justicia social.

Se dice que hay que dejar a los hechos y causas que hablen. Para esto hay que presentar esos hechos y sus causas. El profesor de historia no debe falsear la verdad, pero debe marcar fuertemente e insistir en todo aquello que contribuya a dar a su curso una orientación que responda a los postulados de la moderna enseñanza secundaria y a las necesidades del momento social.

Distinguiendo, con Seignobos, entre las condiciones o causas pasivas, negativas, permanentes, necesarias pero insuficientes para producir el efecto, y la causa o condición positiva, activa, momentánea, que precede inmediatamente a la producción del fenómeno, los hechos económicos pueden ser considerados como causas pasivas (condiciones) y los de las otras especies como causas activas. Con esto encontrará el profesor una línea que lo salve de caer en los excesos del materialismo histórico, y un criterio para la selección de los aspectos económicos en sus cátedras.

En este momento, la interpretación económica de la historia es una moda muy generalizada entre los grupos intelectuales que se llaman revolucionarios. La interpretación es cómoda, atrayente y no carece de valor oratorio. Sería lamentable que la moda hubiera afectado hondamente a los profesores de historia en general. Ignoramos hasta qué grado haya hecho estragos. La curación del materialismo histórico es fácil: estudiar honradamente algunos sucesos históricos, para convencerse de que los hechos económicos influyen en los otros fenómenos mucho menos de lo que se cree, y no olvidar que la historia económica es sólo un aspecto o una parte de la historia general.

Si la enseñanza de la historia debe ser un factor importante

para el progreso del país, es necesario introducir, franca y racionalmente, el estudio de los aspectos de la evolución económica en los cursos de historia de las escuelas secundarias.

Señores académicos:

En la historia de México, desde los días del imperio náhoa-olmeca, hasta los tiempos modernos, ha pesado como una maldición el error de que los grupos de cultura superior sólo han exigido de las grandes masas del pueblo su colaboración material. La Revolución ha procurado librarse de este error, y en el momento la Universidad Nacional inicia su lucha contra él. Nuestra Academia debe contribuir a extirpar este error, orientando debidamente la enseñanza de la geografía y de la historia.

Las clases intelectuales de México han sido acusadas, con justicia, de asumir frente a la vida nacional una actitud absurda y mítica; mas es debido aclarar que las actividades de los grupos intelectuales mexicanos, en la hora presente, son un síntoma de que estos grupos están a punto de dejar de ser como aquel astrónomo hindú, de que habla Hermann Keiserling, que poseía una impecable preparación científica, calculaba con precisión los eclipses de sol y, no obstante, cuando el fenómeno se producía, echaba mano del tambor para ahuyentar al demonio que quería tragarse al astro.

México, D. F., enero de 1930

EL CINE Y LA HISTORIA

TANTO en las obras de técnica de la historia, como en los programas de la materia, en escuelas primarias y secundarias, es cosa corriente, desde hace cinco años, hallar, entre los medios de enseñanza, la exhibición de películas de ambiente y verdad históricos.

Han pasado algunos años desde que Ortega y Gasset subrayó el ideal cinematografista de la historia: reconstruir en la serie de los tiempos la vida integral de la humanidad.

Que respecto a las novelas históricas filmadas, los historiadores se encarguen de suministrar a los autores, en ciertos casos, la documentación necesaria; que se pida a los historiadores redactar los escenarios históricos, uniendo a la redacción la bibliografía respectiva; que se establezca una comisión internacional de peritaje de las películas históricas; que se recomiende a los autores de filmes respetar con la mayor conciencia la verdad histórica, y sobre todo no dar a las películas un carácter tendencioso que podría perjudicar al pueblo, a cuya historia pertenece el tema del film, y rodearse, para los asuntos históricos, de colaboradores competentes de la nacionalidad de los países interesados, para evitar errores con sus consejos. Estos puntos y otros relativos se han estudiado y discutido en congresos científicos europeos, en el último quinquenio.

Algunos sabios se han pronunciado francamente contra las llamadas reconstrucciones históricas del cine, pero no sin subrayar el interés que el cinema puede tener para los historiadores, al fijar escenas históricas actuales; otros han pedido que se tomen medidas para asegurar la conservación de las cintas documentarias; se ha pedido realizar una encuesta sobre el modo de conservar y clasificar las películas documentarias; se ha señalado la necesidad de que historiadores y sociedades científicas no dejen la oportunidad de ejercer una influencia de corrección sobre las pretendidas reconstrucciones históricas muy groseras, y, hace dos años, se creó una comisión internacional del cinematógrafo de enseñanza y de educación social, conectada con la Liga de las

Naciones, y encargada de investigar los mejores métodos de organización de la cinematografía escolar o aplicada a la educación.

Es indiscutible que los historiadores y los profesores de historia deben interesarse por el cinematógrafo; lo es también que éste puede servir ampliamente a la documentación histórica. El cine puede servir para fijar numerosas escenas dignas de ocupar un sitio en lo histórico: los sucesos oficialmente históricos (fiestas nacionales, actos solemnes, etcétera); también los diversos acontecimientos variados e imprevistos cuya síntesis constituye la vida moderna (manifestaciones, asambleas, huelgas, etcétera); las escenas de costumbres que nos muestran la vida de lejanos pueblos; los espectáculos diarios que ofrece la actividad humana (industrial, comercial, agrícola, intelectual, etcétera); así como los espectáculos que los fenómenos naturales ofrecen (mareas, terremotos, inundaciones, erupciones, etcétera). Durante la Guerra se tomaron abundantes cintas documentarias de inapreciable valor, por los servicios cinematográficos de los ejércitos contendientes.

Mr. Lhéritier, secretario general del Comité Internacional de Ciencias Históricas, afirmaba, en mayo de 1928, que la comisión iconográfica especial que se pensaba crear, y que se creó después, debería ocuparse particularmente de las películas, estableciendo una lista, lo más completa posible, de las cintas que pueden ser útiles para los trabajos históricos, así como tomar todas las iniciativas convenientes para encauzar en este sentido la actividad del cinematógrafo.

Es evidente la utilidad del cine para la enseñanza de la historia dentro y fuera de la escuela. Que el cine contribuya a la enseñanza de la verdadera historia; que no sea un difusor, consciente o inconsciente, del error o de la mentira. El eminente Lhéritier, en un informe, afirmó que para que el cine contribuya a la enseñanza de la verdadera historia es suficiente mostrar a escolares y adultos una buena selección de películas documentarias, hecha sin intención de propaganda, capaces no sólo de instruir sino también de interesar; que se pueden añadir cintas demostrativas o explicativas, presentadas en forma de abstracciones: de síntesis, proyecciones de gráficas que muestran la marcha general de los fenómenos económicos, y de análisis, que descomponen los movimientos que en realidad han sido muy rápidos. El informe de Mr. Lhéritier es de 1928, pero hasta principios de este año fue

publicado. En 1927 nosotros presentamos al Departamento de la Estadística Nacional un proyecto, que fue aprobado y que por falta de recursos no se realizó, relativo a la propaganda estadística y a la exposición de los resultados estadísticos por medio del cinematógrafo.

Cuando el cine hace estas pretendidas reconstrucciones históricas es divulgador de errores o mentiras históricas. Si el cine se abstiene de estas llamadas reconstrucciones, y se limita a hechos posteriores a la fecha de su invención, renunciando a las películas históricas y a escenarios históricos anteriores al siglo XX, dejará de ser difusor de lo falso y lo erróneo. Por más cuidados que se tengan, la historia se falsea en el cine que pretende reconstruir; por más esfuerzos que se hagan, la resurrección es imposible. Es diferente si se trata de colocar una novela, una ficción en un escenario de época pasada; en este caso es deseable la cooperación de los historiadores con los autores cinematográficos.

Las colecciones de cintas documentarias que se están formando constituirán preciosa fuente de la historia contemporánea. Muy pronto algunas empresas se dedicarán a imprimir filmes en que se coleccionen, con criterio histórico, películas documentarias. En las cátedras de historia de un mañana muy próximo, el profesor mostrará la evolución del siglo con la inmensa ayuda de películas mudas y sonoras. Ya el cine taumaturgo está realizando la definición de Michelet: la historia es la resurrección del pasado.

INTERÉS POR LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA

SIN duda que la enseñanza de la historia en México ha progresado, como es fácil comprobarlo siguiendo su evolución desde el Bando de 26 de octubre de 1833. En el capítulo primero titulado "De los establecimientos de instrucción", en el Segundo Establecimiento (dedicado éste a estudios ideológicos y de humanidades), entre las cátedras había una de economía política y estadística del país; otra de historia antigua y moderna. Entre las cátedras del Sexto Establecimiento (ciencias eclesiásticas), se cita una de historia sagrada del Antiguo y Nuevo Testamento. El Decreto de 7 de diciembre de 1842 (Reglamento de la Dirección de Instrucción Primaria, confiada a la Compañía Lancasteriana), al referirse al establecimiento de la Escuela Normal de Profesores, así como a las oposiciones que se deberían llevar a efecto para cubrir las plazas del profesorado de la Escuela Normal, indica las materias de la oposición, entre ellas la historia sagrada. (El mismo decreto fija el sueldo de los profesores de la Escuela Normal en 200 pesos mensuales.)

Decreto del Gobierno, de 3 de abril de 1856, que establece un colegio de educación secundaria para niñas. "Artículo 4º. En este colegio habrá las cátedras siguientes: ...Cuarta. De historia general antigua y moderna, historia particular del país y principios generales de historia natural."

Ley Orgánica de Instrucción Pública en el Distrito Federal, de 15 de mayo de 1869. Se establecen clases de cronología, historia universal y especialmente de México, en la Escuela Preparatoria. En la Escuela de Bellas Artes: historia general y particular de las bellas artes, en los estudios comunes para escultores, pintores y grabadores; la historia de las Bellas Artes, en los estudios para profesor de arquitectura. En la Escuela de Comercio y Administración, historia del comercio, y en la Escuela de sordomudos, elementos de historia general y nacional.

Decreto estableciendo la Escuela Normal de Sordomudos,

de 28 de noviembre de 1867. Entre los cursos de aspirantes al profesorado figuran elementos de historia universal y de historia natural.

Reglamento para la enseñanza en el Colegio de La Paz, de 24 de enero de 1878. Enseñanza secundaria. Cuarto año. Historia. Ojeada sobre la historia de los griegos y de los romanos. Nociones de cronología. Quinto año. Historia de México. Sexto año. Historia de los gobiernos mexicanos; repetición de la geografía de México. Séptimo año. Historia antigua de los principales pueblos de oriente e historia griega. Geografía de los países correspondientes. Octavo año. Historia romana e historia universal, hasta la Edad Media. Geografía de la Italia antigua. Noveno año. Curso de historia universal, desde el principio de la Edad Media hasta nuestros días.

Cámara de Diputados, sesión de 17 de noviembre de 1880. A las comisiones unidas Primera de Justicia y Primera de Instrucción Pública, pasó la iniciativa del secretario de Justicia a efecto de que supriman en el Conservatorio de Música y Declamación varias clases, entre ellas la de historia de México.

Decreto del Congreso de 20 de abril de 1886, sobre establecimiento de nuevas clases en la Escuela Nacional Preparatoria, entre ellas una clase especial de historia del país, "quedando consagrada la que existe actualmente de historia general y del país, a la primera materia exclusivamente".

Reglamento para la Escuela Normal de Profesores de Instrucción Primaria (octubre 2 de 1886). El curso normal duraría cuatro años. En el primer año se estudiaría historia de México; en el segundo, historia general; en el cuarto, historia de la pedagogía.

Ley de 25 de mayo de 1888, sobre la enseñanza primaria en el distrito y territorios. Entre las materias que comprendería la instrucción primaria elemental, se hallan "nociones elementales de geografía e historia nacionales".

Programa para la escuela de párvulos anexa a la Escuela Normal, aprobado en 24 de enero de 1888. Segundo año. "Historia patria. Lecciones orales. Conversaciones familiares sobre los hechos más culminantes de la historia moderna de México y biografías de los hombres ilustres de esta época; en cuanto fuere posible los relatos se harán con presencia de una estampa que represente exactamente el hecho o personaje que se describe." Ter-

cer año. "Historia universal. Lecciones orales. Conferencias familiares sobre los hechos más notables que desde la Revolución francesa hasta los tiempos presentes se han efectuado en las re-públicas modernas."

Ley reglamentaria de la instrucción primaria superior en el Distrito Federal y territorios de Tepic y Baja California, de 7 de no-viembre de 1896. Primer año, primer semestre, historia general. Segundo semestre, historia universal. Segundo año, primer se-mestre, historia de México. Segundo semestre, historia patria.

Ley de enseñanza primaria superior, de 12 de diciembre de 1901. Enseñanza primaria superior para varones: en los dos años de la enseñanza general, está la historia. En los dos años que com-prende la enseñanza especial, y en las cuatro secciones que ésta comprende (industrial y de artes mecánicas, comercial, agrícola y minera), figura la historia entre las asignaturas. Era idéntico lo que se establecía para la enseñanza primaria superior para niñas.

Ley constitutiva de las escuelas normales primarias (12 de noviembre de 1908). Entre las materias, se encuentran historia patria e historia general.

Restablecimiento del Internado Nacional. Decreto de 12 de enero de 1916. Estudios preparatorios. Segundo año: historia patria. Estudios comerciales. Segundo año: conferencias sobre historia de México.

Reglamento a que se sujetarán los maestros ambulantes (19 de noviembre de 1921). Programa:

> D) Historia e instrucción cívica. Esta asignatura la desarrollará en pláticas semanarias a las que invitará a los vecinos de la población. En estas pláticas no se pretenderá dar un curso de historia, sino sólo despertar en el pueblo sentimientos de admiración por nuestros héroes y deseos de imitar sus virtudes; y hacer comprender a los pueblos que nuestra raza tiene un pasado glorioso y que esto debe inspirar-nos gran confianza para triunfar en el porvenir. Tales pláticas tendrán el carácter de pequeñas biografías de los personajes más notables de nuestra historia, muy especialmente los de la raza indígena. El maes-tro no perderá oportunidad de explicar a sus alumnos el deseo de cumplir con sus deberes cívicos y el peligro que hay cuando los pue- blos olvidan sus derechos. Las pláticas históricas alternarán con temas higiénicos...

Las notas anteriores revelan la marcha progresiva de la enseñanza de la historia en México, desde el Bando de 1833, hasta estos momentos, en que las escuelas secundarias tienen, en sus tres años, sólo uno en que la materia no se estudia, pues se hace un curso anual de historia general, y otro, anual también, de historia nacional. Además, en la Escuela Normal Superior, un grupo de profesores de historia de estas escuelas, hizo el año pasado un curso de técnica de la historia. Se observa que, en las escuelas citadas, se procura mejorar la enseñanza de esta materia. Por otra parte, en el plan de estudios de los diversos bachilleratos, en la Escuela Nacional Preparatoria, que se ha estudiado y discutido en días pasados, se concede a la historia la debida importancia, y se advierte una marcada tendencia hacia la historia patria y de los problemas de México. Este interés por la enseñanza histórica en las secundarias de la capital y en la Escuela Nacional Preparatoria, influye y seguirá influyendo en los planteles similares de los estados. Por otra parte, es notoria la tendencia a la formación de un cuerpo docente de carácter profesional, sobre todo en esta rama del conocimiento. Por otra parte, cursos de historia económica general, de la historia de la agricultura, de la historia económica nacional, de historia del problema agrario mexicano, aparecen en el interesante anteproyecto de plan de estudios de la Escuela Nacional de Agricultura, que se formuló el año anterior.

A todo esto, aumentemos la excelente acogida que, entre los profesores de historia del Distrito Federal, ha tenido nuestra iniciativa para la constitución de una sociedad nacional de profesores de historia, con un programa modesto y realizable, exclusivamente dedicada a orientar y mejorar la técnica de la enseñanza histórica en el país. Además, en reputadas instituciones científicas se estudian los problemas de esta enseñanza, como en la Academia Nacional de Geografía e Historia, en la cual, integrada por personas bien preparadas, existe una comisión de investigaciones históricas y de enseñanza de la historia.

No importa cuál sea el concepto que se tenga del problema mexicano. Colocando la cuestión de la enseñanza de la historia frente a diferentes conceptos del problema nacional (Esquivel Obregón, Caso, Vasconcelos, Pereyra, Chico Goerne), siempre resultará afirmada y razonada la importancia de la enseñanza de la

historia como integradora, como unificadora de la nacionalidad, como homogeneizadora y como orientadora insustituible.

El interés por la enseñanza histórica es un fenómeno general a todos los pueblos modernos. Entre las siete comisiones primordiales del Comité Internacional de Ciencias Históricas, cuyo Secretariado General está en París (Comisión de bibliografía, Comisión para la compilación de constituciones, Comisión para una bibliografía retrospectiva de la prensa, para la revisión de las listas cronológicas, etcétera), la de enseñanza de la historia figura como primera. Su secretario es el doctor Otto Brandt, de la Universidad de Erlangen, Alemania. Integran esa comisión, como propietarios, G. Glots (Francia), Otto Brandt (Alemania), R. Altamira (España), Edv Bull (Noruega), Galisse (Italia), Carlgren (Suecia), conde de Alffonso Celso (Brasil), Domanovsky (Hungría), A. Edwars (Chile), M. Handelsman (Polonia), Mme. de Heerdt-Quarles (Holanda), Van Kalken (Bélgica), A. Krey (Estados Unidos), Marinescu (Rumania), Naboholz (Suiza), Mme. Marie Nielsen (Dinamarca), Pokrovsky (URSS) y Josef Susta (Checoslovaquia). En la asamblea celebrada en Venecia, en mayo del año pasado, se acordó proseguir la encuesta sobre la enseñanza de la historia en las escuelas primarias de los diferentes países. Hasta entonces se habían suministrado a la comisión 11 informes sobre el asunto; acordó elaborar un informe de conjunto cuando la mayor parte de los informes parciales hubiera sido suministrado. Resolvió iniciar una encuesta sobre enseñanza de la historia en las escuelas secundarias del mundo, que deberá realizarse paralelamente a la relativa a las primarias. La comisión respondió también al cuestionario dirigido al Comité por la Comission Internationale du Films d'Éducation, respecto a las películas históricas; se pronunció unánimemente contra las pretendidas reconstrucciones históricas, reconociendo sin embargo la importancia y utilidad de las películas documentarias. Oyó una proposición de la condesa de Heerdt, para que se constituya una colección de grabados que permita colocar, para los niños, la historia nacional en el cuadro de la historia mundial. Se presentó la cuestión de un manual internacional, y la comisión se mostró contraria a este proyecto, reservando, sin embargo, para más tarde la cuestión de un libro de texto histórico. Lo anterior no es un hecho aislado, pero sí elocuente.

TEXTOS DE HISTORIA

El problema de los textos, que se puede considerar ajeno a la enseñanza universitaria de la historia, es importante en la enseñanza primaria; y en la secundaria es fundamental.

En las escuelas primarias y en las secundarias, la historia debe enseñarse tendenciosamente.

En la segunda enseñanza (escuelas secundarias, preparatorias y profesionales con secundaria especial), el carácter tendencioso debe ir disminuyendo a medida que se acerca el término de ella.

En México la tendencia debe ser nacional y revolucionaria. La tendencia nacional es vital. La tendencia revolucionaria se debe integrar con el corto número de postulados que sirvieron de bandera en la lucha y que han sido elevados a preceptos constitucionales. Estos postulados, contra los cuales no existe una apreciable corriente de opinión, están aceptados prácticamente por todo el país, y, en conjunto, se hallan sostenidos por todos los grupos políticos.

La realización del modesto programa de la Revolución es fundamental para el verdadero progreso del país. La enseñanza de la historia, bien organizada y dirigida, puede ser un factor efectivo que impida que, una vez más, un programa de reformas quede escrito y los problemas enormes de México se acumulen más.

La enseñanza de la historia en el país ha sido muy deficiente y, en general, lo sigue siendo, más que por la falta de buenos textos y de adecuado material de clase, más que por la impreparación del profesorado, sobre todo desde el punto de vista de la técnica, más que por la mala organización de la materia y por su situación en los planes de estudios, por su alejamiento de las necesidades de la realidad mexicana. La historia debe, con otras asignaturas como la lengua nacional, constituir la médula de la enseñanza primaria y secundaria. La historia debe ocupar un lugar preeminente en los programas de las escuelas normales; en éstas los exámenes de la materia deben ser muy estrictos, así como los pro-

fesionales respecto a los conocimientos y criterio históricos que se deban exigir al candidato.

La orientación nacional y revolucionaria, que en nuestra opinión se debe imprimir a la enseñanza de la historia, en las escuelas primarias y secundarias de la República, es tema fecundo para discusiones en nombre de la verdad histórica, del desinterés científico, etcétera.

La enseñanza de la historia en nuestras universidades debe evolucionar (ya se ha iniciado la evolución) de los cursos de conferencias a los proseminarios y seminarios. Debe ser imparcial, desinteresada: científica. Investigaciones y cursos deben hacerse, principalmente, sobre historia de México.

Para cada clase de la segunda enseñanza se necesita un libro de texto. Necesitamos con urgencia textos verdaderos, que respondan ampliamente a las necesidades de la enseñanza en el país.

Ahora será preciso seleccionar los textos entre los nacionales y extranjeros existentes. No faltan algunos distinguidos profesores, con práctica docente, con amor a la materia, con suficientes conocimientos, que puedan escribir buenos textos. Deben hacerlo. Las autoridades de educación deben dar facilidades. Posiblemente la mayoría de los autores aceptará la tendencia nacional y revolucionaria, y en vista de ella formará los textos. Mas será muy útil la aparición de textos libres de esta tendencia.

Los textos deben mantenerse estrictamente dentro de ciertos límites. No deben pretender reemplazar al maestro, porque son sólo auxiliares. No se pierde de vista que los beneficios de los buenos textos se pueden hacer imposibles por la labor de un maestro malo o mediano; pero con frecuencia olvidan las autoridades que dichos beneficios se nulifican con un deficiente material de enseñanza (cuadros murales, atlas, mapas, bibliotecas, películas cinematográficas, aparatos de proyección de cuerpos opacos, etcétera).

El texto debe exponer la materia del año en forma completa, desdeñando todo lo no indispensable, clara y concisamente. La exposición debe ser en orden perfecto, y en forma fácil de abarcar y comprender, haciendo innecesaria la tabla histórica. Para facilitar el estudio, debe subrayar el texto, palabras y frases. No debe contener discursos disfrazados. No debe perder de vista en ningún momento la mentalidad del alumno. No debe tener partes

vacías y otras sobrecargadas. Debe presentarse la materia disuelta, con la misma densidad, podríamos decir, en todo el libro, excepto en las páginas culminantes, las cuales deben tener mayor densidad. Esto requiere el empleo de dos o tres tipos distintos de letra. El texto debe estar bien ilustrado con mapas, fotografías y dibujos, y contener bibliografía para maestros y alumnos. La ventaja que de esto último se derive podrá resultar estéril en nuestras bibliotecas, cuya principal enfermedad es la falta de recursos pecuniarios. Un texto es la base para las explicaciones del maestro.

Cada escuela debe escoger libremente sus textos. No importa la anarquía. Así se hace la elección y se fomenta la competencia que obliga a autores y editores de textos a mejorarlos constantemente. La libre opinión, manifestada en juntas académicas, congresos de educación, revistas especialistas y periódicos, facilitará la selección y servirá de estímulo. Los textos escritos según diversos métodos permiten aplicar éstos, experimentarlos y seleccionar uno o dos para formar programas y organizar la materia. Escribir un texto es resolver, con más o menos acierto, un problema de selección de hechos, de nombres y fechas; es aplicar un método o varios combinados; es ayudar al maestro a cumplir realmente con el programa del curso, porque así puede hacer aquél su plan de exposición oral sabiendo qué es lo que debe detallar, qué lo que debe omitir, y en qué puede permitirse alguna brevedad para emplear el tiempo en explicaciones útiles. La diversidad de textos permite que cada profesor adopte uno con el que esté de acuerdo, cuando menos en lo fundamental; así se evitan continuas rectificaciones que producen en el ánimo de los alumnos una impresión de desconcierto. Un texto demasiado ambicioso no es un buen auxiliar: el maestro puede transformarse en repetidor, en tomador de clases, o hacer explicaciones de excesiva amplitud, que producen vaguedad, cuando no pedantismo también. Un buen texto permite al maestro ocuparse de puntos omitidos, ampliar otros y establecer relaciones. Además, otras importantes condiciones son: división racional de la materia, precisión en los conceptos, redacción adecuada de los títulos y subtítulos, neta explicación de los grabados, inserción completa o fragmentaria de documentos históricos originales, cuadros sinópticos, tablas cronológicas claras y resúmenes que subrayen conceptos básicos, visiones de conjunto, criterios generales; pero que no

hagan imposibles los verdaderos resúmenes hechos por los alumnos, ni las síntesis formadas por el profesor con finalidad geneticista, para remarcar ciertos aspectos, o facilitar los repasos.

No han faltado en México algunos textos estimables, con tendencia nacional, y aun revolucionaria. Pero necesitamos, no obstante, textos.

EL NACIONALISMO EN LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA

En la feria occidental de nacionalismos, la enseñanza de la historia se ha cotizado como valioso instrumento al servicio de ellos. Maestros y autores de textos de historia participaron en la complicidad productora de la guerra. Antes de ésta, la tendencia nacionalista se traducía en loar lo propio y vituperar lo extraño, en denigrar al vecino y dignificar lo de casa, en culpar al rival y exaltar el egocentrismo nacional, en presentar al propio país como sol de cultura, y en obsequiar a pueblos extraños con el marbete de la barbarie. El nacionalismo de la posguerra está adquiriendo en sus diversos aspectos —entre ellos el de la enseñanza histórica— modalidades nuevas.

En México, la enseñanza de la historia, desde la escuela primaria hasta el ciclo secundario, debe ser tendenciosa en dos sentidos: nacional —más bien que nacionalista— y revolucionaria.

El VI Congreso Internacional de Ciencias Históricas, reunido en Oslo, en agosto pasado, con sus 1 000 delegados representando 40 países, con sus 400 informes y sus 15 comisiones principales, integradas todas por eminencias mundiales, tuvo importancia inusitada desde el punto de vista de la enseñanza de la historia. Al estudio de esta enseñanza se dedicó la XVI Comisión, y sus problemas interesaron de modo especial al Congreso. Esto revela que no estamos equivocados los que hemos hecho de la enseñanza de la historia una profesión, a la que amamos, y que nos sirve en cierto modo de oportunidad para colaborar en la gran obra de organizar al país sobre el plano trazado en las luchas internas. Es preciso arrojar de nuestras escuelas el error —imperante antaño entre las masas estudiantiles por la deficiencia misma de la enseñanza, y entre las autoridades educativas en general— de que la historia es sólo una asignatura que debe conservarse en los programas para llenar el expediente de decencia docente, nada más. Conceder las clases de historia a literatos o políticos cuaternarios, a personas calificadas sólo como "instrui-

das" o a quienes sólo aspiran a redondear un presupuesto familiar con una clase, no importa de qué sea; confundir al historiador o al historiógrafo con el profesor de historia; y creer que la enseñanza histórica es cuestión de erudición, de entusiasmos desorganizados o de oratoria patriótica o socialista, son errores que ya debemos extirpar. La enseñanza de la historia en México exige una reforma radical. No aceptamos reformas parciales o superficiales, cosas "que visten", actitudes de exhibición, motivos de literatura revolucionarista. Para nuestra revolución ya debe terminar, en esto como en todo, la época de las soluciones prendidas con alfileres.

La Revolución mexicana, en algunos de sus aspectos, es incomprensible para quien no tiene en cuenta la deficiente enseñanza de la historia, sobre todo antes de 1910. Lo mismo que el fatal y absurdo conservatismo de nuestras clases medias.

En los países en que la fuerte nacionalidad propia amenaza a otras tan fuertes como ella, y lo es a su vez por éstas, hallamos el nacionalismo en la enseñanza histórica, como en todo. Otro es el caso de México —integración patria—. Por esto las tendencias nacionalistas, agresivas, egocentristas, acusadoras, etcétera, de otros países, en el nuestro no tienen razón de ser.

Un informe presentado al Congreso de Oslo recomendó que los textos de historia deben evitar todos los datos inciertos acerca de terceras naciones, alejarse de toda opinión moral sobre otras razas, no querer caracterizar a la propia nación como civilizada y a otras como medio civilizadas o bárbaras, y evitar conceptos que puedan resultar ofensivos para otros países. En cambio, es conveniente despertar el interés por el estudio de la historia de las otras naciones. Se consiguió la opinión de algunas organizaciones eclesiásticas de que el internacionalismo nacido después de la guerra puede ser estrecho y hasta fatal. Se hizo notar que si sólo las hazañas de héroes, reyes o ciudadanos se mencionan en los textos, lógicamente se fomentará una corriente de nacionalismo reaccionario. Los profesores de historia deben estar al servicio de la idea de paz; pero no predicando la guerra contra la guerra. También se afirmó que los escritores debieran examinar imparcialmente las causas de las luchas entre los diferentes países, a fin de que cada uno llegue a comprender el punto de vista verdadero y moral de sus adversarios. El informe a que nos referimos

abarcó 16 países, y en la parte relativa a Suecia se hace hincapié en la versión sobre la unión entre Suecia y Noruega y los sucesos de 1905 en los textos de historia, sosteniendo que éstos, sin excepción, no hacen comentarios sobre el desarrollo nacionalista noruego, y mencionan, de la manera más suave, la ruptura de la unión de ambos países. Por otra parte, se planteó la cuestión, por distinguidos profesores, de si los pueblos antiguos conocieron de hecho verdaderas naciones en el sentido que hoy damos a esta palabra. Se estudió el factor nacional en la historia antigua, en la medieval y en los tiempos modernos; mas no al modo erudito, sino por síntesis y conclusiones. Se procuró determinar científicamente el hecho "nación", como realidad histórica positiva o ideal, esencial o pasajera, común a todos los pueblos en sus elementos esenciales o diferentes en cada uno, dejando a un lado todo interés político. Este Congreso de Oslo, el más importante congreso de ciencias históricas que hasta hoy se ha reunido, aprobó 22 resoluciones, de las cuales las dos más importantes se refieren a la enseñanza de la historia. El hecho es elocuente. Una de las resoluciones expresa la conveniencia de que dicha enseñanza contribuya a mejorar la buena comprensión y a procurar la reconciliación entre los diversos pueblos. La otra, de interés para nosotros (y de paso diremos que la representación latinoamericana en ese Congreso fue muy reducida), subraya la necesidad de dar mayor importancia y extensión en las escuelas a la enseñanza de la historia de América Latina. Sólo la primera de las resoluciones que hemos mencionado puede considerarse con cierto carácter político. Las 21 restantes están inspiradas exclusivamente en fines científicos. Parece que la delegación alemana oficial trató, en una de las reuniones parciales, de evocar el problema de las responsabilidades de la guerra. La insinuación fue rechazada.

Lo escrito es suficiente para dar una idea general, pero clara, de la evolución del nacionalismo occidental en la enseñanza de la historia.

RAFAEL RAMOS PEDRUEZA

SUGERENCIAS REVOLUCIONARIAS PARA LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA

La importancia del estudio de la historia crece a medida que la evolución social se acelera. Influye extraordinariamente en la concepción del mundo y de la estructura social. El movimiento más profundo que ha sacudido a la humanidad es la revolución rusa, generada por la teoría económica de Carlos Marx, que tiene por médula el materialismo histórico. Las agitaciones que provocan las revoluciones de Inglaterra a fines del siglo XVII, de Francia a fines del XVIII, y de la independencia de América a principios del XIX tuvieron su génesis en los antecedentes históricos de grupos oprimidos y explotados, ávidos de emancipación.

La historia ejerce una acción cultural profunda, con el doble carácter de ciencia y de arte; ciencia, porque está construida con un conjunto de verdades coordinadas, cuya finalidad es exponer el pasado. La construcción histórica, con ciencias y elementos auxiliares, más eficientes a medida que avanza el progreso industrial, se depura de falsedades y adquiere la categoría de ciencia positiva.

La geografía, arqueología, paleografía, numismática, heráldica, epigrafía (actualmente cinematografía), son crisoles de donde surgen las verdades históricas, exentas de sospechas. Por esto deben complementarse las cátedras en las aulas, con proyecciones y visitas a museos y lugares históricos. (Las polémicas entre alumnos son de grande utilidad.)

La historia es el prólogo de las ciencias sociales y jurídicas, que no pueden asimilarse sin su conocimiento.

Su estudio constituye una fecunda disciplina educativa: orienta el criterio, rectifica o afirma la vocación, fortifica la voluntad, desarrolla la conciencia individual en su función de célula de la conciencia colectiva. Sabios y artistas encontraron su verdadera

vocación, gracias al conocimiento de la historia. Estadistas ilustres realizaron altas misiones y pudieron gobernar eficientemente por su erudición histórica. Pensadores y filósofos debieron al estudio de la historia la autorrevelación de su potencia intelectual.

Arte porque toda exposición histórica requiere diafanidad que transparente su perspectiva. Imposible evocar epopeyas y tragedias en estilo deforme carente de colorido y pureza. El artista es creador. El historiógrafo, reconstructor. La exposición histórica constituye uno de los aspectos más interesantes del arte literario.

El conocimiento del pasado es manantial de inspiración artística; estimula temperamentos sensitivos y emociones estéticas. Los arquitectos han construido bellos monumentos rememorando personajes y hechos históricos. Los escultores y pintores han reconstruido, con relieve y color, cuerpos humanos y escenas acaecidas a través de los años y los siglos. El arte cinematográfico plasma, frecuentemente, asuntos históricos. Los músicos han perpetuado, con ritmos y melodías, cantos populares, himnos nacionales, resonancias de acciones y épocas pretéritas. Los poetas y prosadores han resucitado seres y reconstruido acontecimientos extraídos de la historia. Los poemas homéricos, las tragedias helénicas y shakespearianas, los versos y novelas de Hugo, Gautier, Flaubert, Pierre Louis, Walter Scott, Tolstoi, reconstruyen pueblos y naciones que sólo viven en la historia.

La imparcialidad absoluta en esta ciencia es imposible. La adhesión, revolucionaria o conservadora, se manifiesta no solamente en la interpretación de los hechos, sino en su selección. Puede, sin alterarse una parte de la verdad histórica, descubrirse uno o varios acontecimientos, cuya exposición favorece determinada finalidad, ocultándose otros contrarios a ella. La selección de los hechos históricos no altera la historia, pero influye poderosamente en su interpretación.

En estos tiempos, en que agoniza el régimen capitalista y nace el sistema socialista, la imparcialidad histórica es una utopía. Al interpretar la historia se retiene el pasado o se plasma el porvenir. Se está con la reacción o con la revolución. Si se quiere colaborar en la obra revolucionaria, precisa sustentar la enseñanza de la historia basada en su interpretación económica (materialismo histórico). En este caso se deberá expresar, con audacia y resolución, la finalidad económica como principal origen y realización de

los más trascendentes acontecimientos, aun cuando esa finalidad se disfrace bajo la apariencia de ideales desinteresados.

Es indispensable prologar un texto, curso o estudio de historia evocando los cuatro grandes periodos por los que atravesó la humanidad en el viejo mundo (cavernario, pastoril, agrícola, industrial), refiriéndose esencialmente al modo de producción y a sus consecuencias filosóficas, religiosas, políticas y sociales.

Complementando el postulado anterior, se hará referencia a la producción durante las edades de la piedra y de los metales. Tratándose de la historia de América, se hará resaltar la circunstancia de que sus pueblos, durante el periodo prehispánico, saltaron del primer al tercer periodo, sin pasar por el segundo, porque no había ganados y los hombres realizaban las faenas de las bestias de carga y de tiro, careciendo de su carne y leche para nutrirse y de sus pieles para abrigarse, demostrándose que esta carencia obstaculizó la producción y facilitó la conquista española. (Los conquistadores usaron caballería en sus maniobras militares, causando sorpresa y terror en los indios.)

Enorme influencia ejerció en la conquista la circunstancia de encontrarse los conquistadores en la edad de los metales, y los conquistados en la de la piedra labrada; éstos no aplicaron los metales a la industria, sino a la orfebrería.

Entre los postulados históricos de mayor trascendencia se hará resaltar el fracaso de las religiones respecto al progreso moral de los pueblos. Odios, codicias, crímenes y explotaciones no han disminuido con los cultos religiosos; han aumentado; en las épocas de intenso misticismo la intransigencia y las pasiones han sido más crueles y las guerras religiosas más sanguinarias. A la vez, la alianza entre las castas sacerdotales y las otras explotadoras se afirma, encontrándose las masas productoras en angustiosas condiciones económicas. Los procedimientos represores han variado; su potencialidad se ha multiplicado. Las guerras contemporáneas comprueban la enormidad de las fuerzas homicidas. Las religiones exaltan el anhelo de un goce infinito y eterno y el terror por un sufrimiento infinito y eterno también. No impulsan hacia el bien por el bien mismo, desinteresadamente. No previenen rechazar el mal por la sola finalidad de cumplir con el deber. Ese anhelo y ese terror han provocado desequilibrios, histerias, demencias, causando graves males a las sociedades. Entre los

preceptos religiosos y los actos de quienes profesan esas religiones, el contraste es inmenso y decepcionante. Por excepción (confirmando la generalidad), el acto y el pensamiento se acercan alguna vez.

El ansia de rebeldía de los pueblos destrozados, torturados, explotados, no puede satisfacerse mientras existan religiones que confieran a sus sacerdotes jerarquía superior y carácter parasitario sobre las multitudes productoras, basándose tales privilegios en la infalibilidad de los dogmas. La rebeldía heroica, lúcida, definitiva, no llegará mientras la vida se considere como lugar de prueba perentoria, que habrá de conducir al eterno paraíso o al infierno eterno. Por lo mismo, la virtud más alta para llegar al primero, o salvarse del segundo, será la resignación ante todas las injusticias y todas las iniquidades, renunciando al derecho de aniquilarlas. Para que la rebelión proletaria estalle, precisa la convicción de que esa vida es la única y de que es un derecho y un deber vivirla plenamente, con la mayor libertad y felicidad posibles, sin más limitación que el daño a la colectividad. Cuando lo anterior se asimile a la conciencia proletaria, los crímenes del capitalismo internacional serán castigados con el aniquilamiento de ese régimen, basado en la explotación del hombre por el hombre y que condena al martirio a enormes masas laboriosas, para proporcionar opulencia a una minoría insignificante y parasitaria.

Al evocar el pasado se debe exhibir la verdad absoluta, sin timideces ni disfraces, sobre los orígenes de movimientos trascendentales que han sido velados o callados por la historia teocrática, feudal y burguesa. En la Edad Antigua se exhibía la espantosa crueldad del régimen de la esclavitud, comprobándose que inmensas multitudes trabajaban en las ciudades y en los campos, material e intelectualmente, para que grupos muy pequeños gozaran de una vida suntuosa, gobernando, combatiendo, saboreando placeres científicos y artísticos, entregándose a los deportes, a las orgías y a los refinamientos, en tanto que toda la producción material y mental se realizaba por los esclavos, a quienes se martirizaba y asesinaba, sin contraer responsabilidad ante la moral y la ley. Se debe también exponer la médula de la Edad Antigua en el Viejo Mundo. Esclavitud, desde el punto de vista de la economía. Politeísmo, desde el punto de vista religioso. Teocracia, desde

el punto de vista político. (Seis milenios de mentira y de iniquidad.) Las formidables guerras entre pobres y ricos acaecidas en Grecia. La situación de los ilotas en Esparta, explotados por el pequeño grupo de ciudadanos. Las leyes de liberación económica de Licurgo, falseadas por los historiadores burgueses. La ferocidad del imperio romano; su militarismo brutal; su imperialismo insaciable; la vanidad y corrupción de sus directores, la degeneración de las masas; el derecho inicuo de los padres para disponer de la vida, de la inteligencia y de los sentimientos de sus hijos. Deben reconstruirse las heroicas rebeliones de los esclavos, particularmente las de Euno y Espartaco. La revolución agraria, dirigida por los hermanos Graco. La decadencia de Roma por los latifundios. La desmembración de su imperio al choque de los pueblos que lo sostenían.

En la Edad Media deberá exponerse, en toda su rudeza, el régimen feudal; la brutalidad e ignorancia de los señores; su absoluta falta de escrúpulos para golpear, mutilar, torturar y asesinar a sus vasallos por causas insignificantes; el infame derecho de pernada, la explotación continua de los siervos y villanos; la resistencia criminal a todo progreso político y social dentro de los feudos; la oposición tenaz a la liberación de las ciudades; el falso concepto del honor; la tiranía sobre la mujer y los hijos; la codicia insaciable; la falta absoluta de todo sentimiento de justicia. La producción en la Edad Media fue realizada por siervos y villanos. Los señores jamás trabajaron. La economía fue feudataria. El aspecto religioso fue el monoteísmo (cristianismo en Occidente; islamismo en Oriente). El aspecto político fue el régimen feudal, apoyado por las bandas armadas (bandoleros) de los nobles, luchando constantemente por el predominio de tierras y castillos, aunque a veces se reunieron para disputar honores y riquezas a los reyes emperadores.

La verdadera finalidad de las Cruzadas fue apoderarse de las riquezas y del comercio del Oriente, consumándose saqueos, incendios y matanzas de pueblos musulmanes y encubriéndose esos crímenes con el ideal de conquistar el Santo Sepulcro.

La Edad Moderna se abre con el Renacimiento; florecer intelectual de admirable fecundidad. La toma de Constantinopla (Bizancio) por los turcos es una de las primeras manifestaciones del Renacimiento, por el visible cambio de las fuerzas que lucharon

entre el Oriente y el Occidente y por la influencia histórica extraordinaria que esa ciudad y el poderío turco ejercieron en los límites de Asia y de Europa. Los descubrimientos científicos y geográficos, entre éstos el de América y del verdadero camino para las Indias Orientales, son frutos del árbol renacentista. La transformación de la filosofía, particularmente de Bacon y Descartes, es floración del Renacimiento. El ensanchamiento del mundo físico que se conocía y del pensamiento antes cercado por errores y prejuicios, son resultados de ese gran movimiento iniciado en el siglo XV. El desarrollo rápido de las ciencias y de las artes fue inmenso. Las verdades científicas al servicio de la humanidad, despedazando dogmas, crearon la ciencia positiva, la experimental, cuyos postulados pueden comprobarse en los laboratorios. El arte, palpitante de realismo, comenzó a reflejar la vida de las multitudes, con sus angustias y sus aspiraciones. El descubrimiento de la imprenta, multiplicando ediciones de la Biblia, puso ésta al alcance de las muchedumbres, cuando su lectura sólo era patrimonio de iniciados. De esa prodigalidad surgió la reforma religiosa, que a su vez tuvo por repercusión la revolución de 1648 en Inglaterra, la que inició el ascenso al poder de la burguesía, después de la ejecución de Carlos I. Ese movimiento revolucionario tuvo a su vez como consecuencias el nacimiento del proletariado inglés y la incubación, por contagio, de la Revolución francesa, que, aunque nacional, contribuyó al decaimiento de la realeza y de la nobleza en todas las naciones.

La reforma religiosa, la toma del poder por la burguesía revolucionaria, la libertad de pensamiento y de conciencia, el predominio de la razón sobre dogmas y fanatismos, han sido los gérmenes de las grandes ideas revolucionarias contemporáneas, por lo que no es aventurado afirmar que las democracias del siglo XIX, el liberalismo clásico y posteriormente las doctrinas sociales, anarquistas y comunistas, son también frutos del Renacimiento. La agitación actual que en el mundo entero se observa, las formidables crisis económicas, el fuerte impulso antirreligioso, el nacimiento de una nueva conciencia y de una nueva moral, tienen sus raíces en el gran movimiento renacentista.

En todo estudio histórico contemporáneo deben hacerse resaltar esas tendencias y circunstancias, demostrándose que, debido a la producción y organización realizadas por el proletariado

—aspecto económico—, se debilitan las creencias místicas —aspecto religioso— y el viejo y tenaz ideal monárquico es sustituido por el republicano —aspecto político—.

Toda elaboración de historia moderna debe diseccionar la inquietud presente: la condición dramática de los países coloniales y semicoloniales explotados inicuamente; las contradicciones incesantes entre las literaturas oficiales y las realidades cotidianas; la mentira de la llamada civilización occidental y cristiana; los crímenes del capitalismo, torturando y asesinando en masa al proletariado cada vez que se resiste a la esclavitud moderna del salario miserable y de la falta de trabajo. La renuencia a poner en vigor descubrimientos científicos que benefician a la humanidad, pero que restan ganancias a los industriales. La destrucción de artículos alimenticios, para sostener su alto precio, provocando el hambre de millones de desocupados, por superproducción. Todo el histrionismo, que caracteriza a la burguesía en el poder durante nuestros días, debe exhibirse valerosamente, presentándose en toda su desnudez y barbarie los grandes crímenes que perpetra en nombre de las patrias, particularmente la Guerra Mundial de 1914-1918, que costó diez millones de vidas sacrificadas, veinte millones de mutilados, ciegos y enfermos, y cifras astronómicas de industrias destruidas, enriqueciendo, en cambio, fabulosamente a los industriales de la guerra. Las traiciones a sus propias nacionalidades, encubiertas por gobiernos espléndidamente gratificados, deberán también exhibirse, como la Internacional Sangrienta de los Armamentos, o sea la venta, a gobiernos enemigos, de armas y municiones de guerra, por conducto de países neutrales, sacrificándose a millones de combatientes y obteniéndose fabulosas ganancias, de las que se reserva una parte para propinas a funcionarios que imponen condecoraciones (la Cruz de la Legión de Honor, la Cruz de Hierro, del Mérito Militar, etcétera) a traidores y asesinos de pueblos, enriquecidos a costa de cataratas de sangre de sus compatriotas.

La caída de los grandes imperios, de Rusia, de Alemania y de Austria, se expondrá como consecuencia de la rebelión de las masas y la transformación de esas monarquías en repúblicas. La injusticia del Tratado de Versalles, elaborado para el reparto del mundo entre las grandes potencias, debe también expresarse. La gran rebelión rusa, iniciando la transformación del régi-

men capitalista en socialista, bajo la dictadura del proletariado, sustituyendo la explotación del hombre por el hombre, por la explotación de las máquinas por la humanidad, se expondrá y comentará, comprobándose que la Unión Soviética es actualmente el baluarte del socialismo y la muralla inconmovible contra los imperialismos capitalistas. Se debe comentar la Constitución Política de la Unión Soviética, comparándola con la de los países burgueses, estudiándose las condiciones en que se encuentran las clases productoras de ambos regímenes. Sólo existen dictaduras en el mundo: la recia del proletariado en la Unión Soviética y las capitalistas con los nombres de monarquías constitucionales y repúblicas en las naciones imperialistas, cuyo verdadero poder invisible está integrado por los terratenientes, industriales y banqueros, a cuyo servicio fingen gobernar los funcionarios de alta categoría (reyes, presidentes, ministros, diputados y magistrados). Fuera de la Unión Soviética y de las naciones imperialistas, quedan colonias y semicolonias, por carecer de propia economía.

En los textos de historia general no se expone (o se pasa sobre ascuas) la historia del movimiento obrero internacional. Es un deber exponerlo con claridad, particularmente la actuación obrera, apoyando a la pequeña contra la grande burguesía en la Revolución francesa. Sus jornadas durante la revolución de 1848, en varios países (Francia con especialidad). Su labor en la Primera Internacional de trabajadores. Su heroísmo en la Comuna de París. Su situación durante el desarrollo del capitalismo industrial y la penetración imperialista. Su martirio en la Guerra Mundial. Su participación en la Segunda y Tercera Internacionales y su obra gigantesca en las revoluciones de Alemania, Hungría y Rusia soviética. Las luchas de clases contemporáneas y sus resultados deben expresarse y comentarse con precisión. Las internacionales sindicales de Amsterdam y Moscú; los movimientos revolucionarios de China, India y de los países coloniales de América. En general, las condiciones de las masas obreras en el mundo (actividades económicas —sindicatos, cooperativas— y partidos políticos) deben ser ampliamente conocidas por los alumnos.

La historia de México debe enseñarse con un criterio fuertemente revolucionario. Igual influencia que la existente en el viejo

mundo, ejercida por el modo de producción sobre las instituciones. En la Edad Antigua la producción se realiza por los esclavos (aspecto económico). Las creencias son politeístas (aspecto religioso). Los gobiernos son teocráticos (aspecto político).

En la Edad Media la producción es realizada por los peones, barreteros y artesanos, encontrándose en condiciones semejantes a los siervos y villanos (aspecto económico). La creencia es monoteísta, cristiana (aspecto religioso). El gobierno virreinal, con oidores, intendentes y alcaldes, al servicio oficial del rey, pero de una manera real y efectiva, al de latifundistas y dueños de minas (peninsulares), tiene grandes afinidades con el feudalismo europeo (aspecto político).

En la Edad Moderna la producción se efectúa por los asalariados (aspecto económico). Las creencias místicas decaen, sustituidas por la libertad del pensamiento (aspecto religioso). El gobierno es republicano (aspecto político). Allá, como aquí, las leyes históricas son las mismas. La modalidad de la producción regula las instituciones económicas, religiosas y políticas. Las edades varían en extensión y fechas, pero la médula de cada una tiene semejanzas indiscutibles entre el Viejo y el Nuevo Mundo.

Las primitivas culturas deben ser exhibidas en todo el esplendor que historiadores partidarios de la conquista española han velado. El poderoso dominio de las artes plásticas, arquitectura, escultura y pintura de los pueblos mayaquichés, que dejaron ruinas de magníficos templos, soberbios palacios y bellos edificios, comparables a las del mundo antiguo, descuidadas por el desprecio con que los mexicanos vemos nuestras grandezas, deben mostrarse a los estudiantes de esta materia, prodigando la impresión gráfica, por medio de joyas arqueológicas y grandes fotografías, existentes en el Museo Nacional de Historia. La sabia legislación del pueblo tolteca, plena de sabiduría y justicia, debe también pormenorizarse y comentarse, poniéndose de relieve la misión de ese pueblo educador de todos los del Anáhuac. La austeridad y laboriosidad de los toltecas, que dieron a esa palabra el valor de grandes virtudes y merecimientos, será objeto de interés en un texto de historia de México. La rápida transformación del pueblo chichimeca, de nómada o bárbaro en fijo y civilizado, deberá expresarse, admirándose su rapidez y flexibilidad para adaptarse, sin gran esfuerzo, a una cultura superior, cambiando

sus costumbres, su indumentaria, su capital y hasta su idioma, construyendo ciudades tan cultas y bellas como Texcoco, llamada por los conquistadores la Atenas de Anáhuac. Las personalidades de sus reyes, especialmente Nezahualcóyotl y Nezahualpilli, sabios, prudentes y justicieros, debe ser motivo de amplia exposición. Las leyes del primero, que ordenaban, entre otras cosas, no sentarse a comer los soberanos e intendentes hasta que los pobres, carentes de trabajo, les acompañasen a la mesa, deben ser conocidas. La organización de los trabajadores —por oficios y profesiones— demuestra la atención y estimación que Nezahualcóyotl prodigó a la clase productora.

En general, las facultades y cualidades de los pueblos prehispánicos deben ser ampliamente expuestas, y de un modo particularísimo la austeridad y elevación moral del pueblo azteca; su ausencia de vicios, su extraordinaria limpieza, su honradez absoluta, su desprecio por las riquezas, la circunstancia de ser excepcionales el robo, el asesinato y el suicidio, y de imponerse en la mayoría de esos pueblos un castigo mucho mayor, por igual delito, cuando el culpable era un alto personaje (príncipe, sacerdote, magistrado o jefe militar) que cuando era un humilde trabajador, considerándosele más responsable por tener mayor conciencia y ser más perjudicial su ejemplo, así como no considerarse hurto el tomar una cuantas mazorcas de maíz o un puñado de frijol para aplacar el hambre, castigándose, en cambio, con gran severidad el robo de objetos sagrados y joyas, para satisfacer ambiciones y vanidades, podrán comprobar que la cultura de esos pueblos, desde el punto de vista moral, era superior a la traída por los conquistadores, porque ésta conservaba el carácter semibárbaro del feudalismo. (En la legislación hispánica se autorizaban la muerte, tortura, mutilación, azotes y penas infamantes, aplicándose con gran severidad.)

Al exponerse el descubrimiento de América y sus consecuencias, las exploraciones y conquistas, se hará un juicio sobre las responsabilidades y crímenes cometidos en nombre del cristianismo, para satisfacer codicias y lujurias. El asesinato de 15 millones de indios, entre ellos mujeres y niños, en sólo 40 años, perpetrado fríamente por los conquistadores, según afirma fray Bartolomé de las Casas; los martirios y atropellos de que fueron víctimas los pobladores de estas tierras, y las crueldades y ambi-

ciones de los conquistadores, deben ponerse de relieve sin por ello atacar al pueblo español, integrado por explotados trabajadores, que ninguna responsabilidad tuvieron en la barbarie conquistadora y que en nada se beneficiaron con el oro de la Nueva España, ni del Perú, que hizo más esplendorosa la vida de los reyes, de los nobles y de los grandes comerciantes peninsulares.

En la conquista tuvieron participación importante los caballos, desconocidos por los indios, quienes juzgaban un solo ser sobrehumano al caballo y al jinete, admirándose al verlos separarse por el desmonte, volviendo a constituir una sola pieza cuando el jinete montaba nuevamente. La producción industrial influyó decisivamente en la conquista; las armas de fuego herían la imaginación indígena, sobrecogiendo de pavor a los combatientes, particularmente en las noches, cuando el fogonazo semejaba el relámpago; la detonación, el trueno, y los daños causados por cañones y arcabuces evocaban la destructora fuerza del rayo. Las armaduras y cascos inmunizaban a los guerreros castellanos, a quienes llegaban sin herir las piedras y las flechas. Los aztecas creían combatir con semidioses; por esto su grandeza moral es ejemplificadora; no les importó nunca que los combates fuesen de hombres contra dioses, sino la justicia de la causa que defendían.

En tanto que los castellanos se encontraban en plena edad de hierro y usaban armas de fuego, los aborígenes se encontraban en la edad de la piedra labrada, estando más atrasados desde el punto de vista industrial; conocían los metales, aunque aplicados únicamente a la orfebrería, nunca a las herramientas y armas. Si la conquista se hubiese retardado, quizás hubiera sido imposible consumarla, porque los habitantes de América, conocedores de los metales aplicados a la industria, habrían sido invencibles; comenzaban a manejar el cobre y es muy probable que conociesen el estaño, y aliando ambos, el bronce. También es de advertirse que los aztecas, dominando a todos los pueblos vecinos, marchaban de norte a sur y que las avanzadas del ejército de Moctezuma II habían llegado hasta Guatemala y exploraban las selvas de Nicaragua; un poco más de tiempo y habrían llegado hasta el Istmo de Panamá. Por otra parte, los incas avanzaban de sur a norte; dominaban el reino de Quito y sus exploradores se internaban en Colombia; con el transcurso de algunos años los dos grandes imperios del Continente Americano, el azteca y el inca,

se habrían encontrado y uno de los dos habría dominado, realizando la unidad continental, o bien las fuerzas se habrían equilibrado y el continente habría quedado dividido en dos grandes imperios, entre los que habría habido intercambio de ideas, instituciones y comercio, engrandeciéndose, en todo caso, haciendo imposible, o por lo menos muy difícil, la conquista europea.

Es indispensable hacer un juicio sobre los conquistadores, recordando que Cortés es el único que tenía cierta cultura, pues Pizarro, "el Porquerizo de Trujillo", no sabía leer y, en general, todos ellos eran hombres rudos, crueles, viciosos y de insaciable codicia.

La conquista española en América, como todas las conquistas, fue un espléndido negocio para los reyes y los nobles de la metrópoli, a quienes las riquezas del Nuevo Mundo proporcionaban vida magnífica; fue también de resultados productivos para los comerciantes que traficaban con las colonias. Fue muy especialmente medio de lucro en alta escala para los peninsulares venidos a América y para sus descendientes, vinculados por mayorazgos. El pueblo español, formado por trabajadores, gañanes y artesanos, vivió tan pobremente como los indios y los mestizos de América. La propiedad de la tierra siguió algunas modalidades semejantes a la que tenía antes de la conquista: el rey de España, semejante al emperador azteca, era el propietario de los territorios conquistados, entregando, como suntuosas limosnas, las mercedes reales o tierras realengas, para sus servidores, obsequiándolas unas veces y concediéndolas otras, mediante sumas relativamente insignificantes y a plazos prolongados. Donaba también los ejidos y los fundos legales para los pueblos; pero conservó siempre el derecho de primer propietario con facultades para castigar a quienes en su concepto lo merecían, quitándoles las tierras con cuyo cultivo se enriquecían los grandes latifundistas o vivían humildemente los habitantes de pueblecillos y rancherías. Antes de la conquista las tierras pertenecían, en primer término, al rey, y, posteriormente, al ejército, a los sacerdotes, a la nobleza en general, quedando las raquíticas porciones de los *calpulli* y *calpulalli* para los más humildes campesinos. Durante el coloniaje, en lugar del ejército armado, las tierras fueron para el ejército de peninsulares, y en vez de pertenecer a los sacerdotes paganos, pertenecieron al clero católico, acaparador

principal de haciendas y edificios. Los *calpulli* y *calpulalli* tenían semejanza con los fundos legales y ejidos. La llamada civilización, cristiano-hispánica, no llegó a las capas inferiores de los pueblos coloniales. Las ciencias y las artes sólo desarrollaron la intelectualidad de peninsulares y criollos ricos. Los "civilizadores" ni siquiera enseñaron a leer a los indios y mestizos en los 300 años que dominaron la América española. La pena de muerte para los hombres, mujeres y adolescentes y las matanzas de indios y negros fueron procedimientos usuales. El tormento, los azotes, las confiscaciones de bienes también se prodigaron copiosamente. Las víctimas quemadas vivas o en efigie por la Santa Inquisición, martirizadas en sus prisiones o condenadas en alguna forma, quedaban infamadas y la infamia caía hasta la quinta generación.

Los indios, afables y confiados, fueron aniquilados en 20 años en las islas antillanas, de tal manera que la nueva población se hizo con españoles y negros. En el continente la población disminuyó en gran escala y sucumbieron moralmente los que sobrevivieron a la muerte material. Ya hemos visto cuán sabia era la legislación tolteca y los códigos de Nezahualcóyotl y Nezahualpilli y de la mayoría de los monarcas de Anáhuac. Las víctimas de los sacrificios a los dioses morían rápidamente pues estaba prohibido el tormento; ellas y sus descendientes, por varias generaciones, quedaban honrados. El homicidio y el suicidio eran excepcionales, así como el hurto y los vicios; sólo se permitía apurar pulque de 60 años en adelante, siendo castigados con severísimas penas aquellos que lo tomaban en demasía. Los indios (afirman los mismos conquistadores en sus relaciones) eran hombres honrados, sobrios y limpios, en grado superlativo. Los encomenderos y, en general, los señores y sus capataces, obligáronlos a robar para vivir, les prohibieron el bañarse, con el pretexto de que les dañaba, y los degeneraron prodigándoles pulque y alcohol para olvidar su triste condición. La organización traída por los españoles fue francamente feudal. Aún no llegaba la corriente purificadora del Renacimiento, que vivificó a España hasta el siglo XVII y que, hasta fines del siglo XVIII, vino a América, despertando conciencias y encrespando voluntades, que iniciaron la emancipación de las colonias.

La organización de los gremios de la Nueva España y de las

colonias españolas en América podría haber creado un embrión de conciencia de clase, preparando a los explotados a la lucha contra sus explotadores, pero el fanatismo religioso abortó esa gestación, pues cada gremio tenía por patrón algún santo y las prédicas de los sacerdotes, exaltando el sentimiento religioso, hundieron a las masas en la pasividad, en la renunciación a sus derechos y en la resignación a su trágico destino. Los indios se tornaron fatalistas, melancólicos, desconfiados y huraños. Todavía estas características se manifiestan dolorosamente en sus tribus exentas de sangre criolla. Aprender a rezar, a sufrir y a soportar las tiranías de los encomenderos, hacendados y dueños de minas, cuya crueldad frecuentemente era sobrepasada por capataces, fue durante tres siglos la única cátedra de los aborígenes. Los alimenticios cereales traídos por los españoles, trigo y arroz, no estuvieron al alcance de los indios. Continuaron siendo bestias de carga, pues de los caballos sólo conocieron el golpe de sus cascos, abriéndoles el cráneo o destrozándoles el pecho, cuando los conquistadores, enarbolando la cruz, galopaban sobre las masas palpitantes.

Tampoco gozaron de abrigo, hecho con lanas de las ovejas, ni se nutrieron con la leche de los ganados, ni pudieron usar armas de fuego para su defensa, ni realizar negocios cuyas escrituras consignasen un precio mayor de cinco pesos. Sus miserables jornales se escamotearon, por medio de tributos a las cajas reales y limosnas a la iglesia. El testimonio de un solo blanco equivalía al de cinco individuos de color. Las castas, mestizos, negros, mulatos, y sus múltiples subdivisiones, estuvieron siempre infamadas, prohibiéndoseles usar alhajas y ropas de damas y caballeros. El dolor envolvió a estas castas tenazmente durante los tres siglos del virreinato. El bronce y el cobre del indio, desteñido en el mestizo, y el ébano de la raza negra, estuvieron perennemente constelados de sangre. Las puertas de las escuelas superiores, de las universidades, las manifestaciones científicas y artísticas, los teatros y diversiones culturales, jamás abrieron sus puertas para las castas infamadas ni para las masas indígenas.

Los partidarios del régimen colonial afirman que, en sus tres siglos, la paz derramó gran bienestar sobre los habitantes de la Nueva España. La paz, cuando no está basada en la equidad, es de sepulcro, y así fue en la Colonia. La aspiración hacia la inde-

pendencia y hacia una organización social menos inicua, estuvo siempre latente. Afirman algunos historiadores que el primer conspirador fue el mismo Hernán Cortés, quien intentó levantarse con estas tierras, aunque en una época de su vida en que ya no tenía las energías que en su juventud. Está probada la conspiración del marqués del Valle, hijo del conquistador, a quien costó prisión y envío a España; tortura del hijo de don Hernando y de la Malinche; ejecución de los hermanos Alonso y Gil González de Ávila y otras muchas víctimas del intento de hacer independiente a la colonia desde el año de 1566. En el siglo XVII, las conspiraciones del virrey, duque de Escalona, y del genial aventurero don Lombardo de Guzmán, comprueban la tendencia para separar a la Nueva España de su metrópoli. La conspiración encabezada por don Pedro de la Portilla, recaudador de rentas de la ciudad de México, en 1799, aduce nuevo argumento. La conspiración descubierta en septiembre de 1808, apoyada por el virrey Iturrigaray, en la que tomaron parte el licenciado Verdad y fray Melchor de Talamantes, acumula nuevas pruebas. La conspiración descubierta en septiembre de 1809, en Valladolid, encabezada por personas de cierta representación social, como el capitán García Obeso, Quevedo y Michelena y el sacerdote Ruiz de Chávez, y la encabezada por Hidalgo y Allende, un año después, demuestran la tendencia a la emancipación, apoyada hasta por virreyes y criollos. No solamente hubo conspiraciones, sino insurrecciones violentas, que estallaron impulsadas por la desesperación de las masas explotadas. Hubo tribus que de generación en generación permanecieron rebeldes en selvas y serranías, prefiriendo la vida peligrosa de las fieras a la paz de la tiranía. Los negros, acaudillados por Yanga, en los bosques veracruzanos, y los indios en la Nueva Galicia, en distintas regiones de Oaxaca, en las minas de Topia y en varios lugares de la Nueva Vizcaya; en dos extremos de la Nueva España, en Nayarit, acaudillados por el indio Mariano, y en Yucatán, por el panadero Jacinto Canek, y los numerosos motines por hambre y malos tratos, como el acaecido en la ciudad de México, en 1697, comprueban plenamente que en la casi totalidad de la Nueva España, durante el prolongado periodo virreinal, no solamente los criollos se sublevaron, sino los mestizos, los indios y los negros. Las rebeliones se ahogaron en sangre, asesinándose y torturándose a millares de aborígenes.

Los historiadores y sociólogos reaccionarios afirman que la independencia era prematura y que el haberse consumado antes de que el pueblo mexicano estuviese en condiciones de gobernarse por sí mismo ha sido la causa de las continuas luchas fratricidas. Tal afirmación constituye un error. Jamás el pueblo mexicano habría adquirido una amplia cultura, porque no convenía a los gobiernos conquistadores que los pueblos coloniales salieran de la ignorancia, que es siempre aliada fiel de la explotación. La aspiración hacia la independencia estuvo siempre latente; pero a principios del siglo XIX concurrieron causas externas e internas que hubiera sido muy difícil reunir por segunda vez en la historia, para hacerla una realidad. El ejemplo dado por los Estados Unidos al emanciparse del yugo de Inglaterra. Las ideas libertarias propagadas por la Revolución francesa. La prisión de la familia real en Bayona, Francia, que hizo desaparecer la autoridad legal en España, gobernada por juntas que frecuentemente dictaban órdenes contradictorias, como las de Aranjuez, Oviedo y Cádiz, y por el usurpador del trono, José Bonaparte, destruyendo en los pueblos de América el terror que inspiraba la rebelión contra los reyes, representantes del derecho divino, constituyeron los orígenes exteriores de la emancipación de la América española. Las causas internas en la Nueva España fueron también de gran fuerza. Económicas, por el disgusto que causaba el que la mitad de los ingresos saliese de la colonia dejándose de realizar mejoras y servicios urgentes (caminos, escuelas, hospitales, etcétera). El pésimo estado de la agricultura, de la industria y del comercio, exclusivamente en provecho de los capitalistas iberos, de España y de la colonia. Políticas, por los altos puestos públicos exclusivamente en manos de españoles y algunos otros secundarios en poder de criollos españolizados, quedando las castas e indígenas fuera de toda participación. Sociales, porque existían diferencias y jerarquías humillantes como las que se han mencionado al tratar de las castas, contándose también la esclavitud de los negros, oficialmente decretada, y la esclavitud, hipócrita pero indiscutible, de los indios. Este conjunto determinó la explosión revolucionaria de 1810.

La guerra de independencia tuvo, desde el principio hasta el asesinato de Morelos, un carácter de lucha de clases, de rebelión agraria y de reivindicaciones sociales. Tierras e independencia.

Confiscación de las riquezas de la Nueva España, en manos de españoles y criollos españolizados, para repartirlas entre las masas laboriosas, destruyéndose las haciendas para crear la pequeña propiedad, en condiciones tales que todos los trabajadores se beneficiaran, fueron promesas de los primeros insurgentes. Los decretos expedidos por Morelos, y sus puntos dados para la Constitución de Apatzingán, constituyen gérmenes del agrarismo y de un intenso mejoramiento de los obreros, que actualmente son aspiraciones nacionales. Morelos ansiaba abolir el lujo y la miseria, la esclavitud y todo lo que a ella se pareciese, mejorando el jornal de los trabajadores de tal manera que los libertase de la miseria y de la ignorancia.

Desde 1816 la unidad revolucionaria, la lucha de clases y la rebeldía agraria perdieron sus caracteres hasta que Guerrero, heroico pero ingenuo, se entregó a Iturbide, quien realizó la independencia en favor de los españoles y de los criollos ricos, quedando las masas en peores condiciones que antes de la emancipación política, porque ni las protegía la Constitución de Cádiz, que otorgaba iguales derechos a españoles y colonos, puesta en vigor en el año de 1820 por la presión del pueblo español, ni las leyes de Indias que, al menos, consideraban a los aborígenes como menores de edad, previniendo la dotación de ejidos a los pueblos.

Postergados los insurgentes, explotadas más inicuamente que antes las masas productoras, para sostener la vida suntuosa y parasitaria de la corte de Agustín I, la protesta armada turbó el éxtasis de la camarilla imperial. El trono se transformó en patíbulo y la república derrocó al imperio.

No fue la circunstancia de que el pueblo mexicano no estaba apto para gobernarse la que originó las guerras civiles que han ensangrentado constantemente a la nación mexicana. En la colonia había un grupo respetable de hombres cultos, sabios y artistas, pensadores y políticos, capaces de gobernar. Era verdad que las masas eran incultas, pero en iguales condiciones se encontraba la nación española, pues la pequeña capa de privilegiados que había en la cima de la sociedad era insignificante en relación con las compactas muchedumbres de gañanes y artesanos, hundidos, como los indios, en la miseria, la ignorancia y la superstición. La causa verdadera de las guerras continuas es la lucha de clases, franca a veces, velada en ocasiones, pero real, dolorosa, implacable

siempre. Lucha de explotados contra explotadores: lucha del pueblo contra sus tiranos.

A raíz de la independencia de México estalló la primera guerra civil. El hambre, la desesperación, el engaño infame de que había sido víctima el pueblo al esperar que su condición económica sería menos dura que durante el coloniaje, fueron los orígenes de esta contienda.

La Junta Provisional asignó a Iturbide un sueldo de 120 000 pesos anuales y un millón de pesos de capital propio, regalándosele, además, un terreno de 20 leguas en cuadro en la provincia de Texas. Cuando se coronó emperador, con el nombre de Agustín I, el Congreso asignó para gastos de la Casa Real un millón y medio de pesos cada año. Tales opulencias insultaban la trágica miseria de las masas trabajadoras.

La lucha terminó con la Constitución federal de 1824 y un alivio, aunque pequeño, por el gobierno honesto y sobrio del presidente Guadalupe Victoria.

La reacción no se dio por vencida: las intrigas fueron constantes, ya con la conspiración del padre Arenas, ya con el plan de Montaño.

El general Vicente Guerrero, al tomar posesión de la presidencia de la república, para el segundo periodo constitucional, desgarró la ley, pero salvó la nación, amenazada por el intento de reconquista que poco después fue realidad con el desembarco del general Barradas al frente de un ejército en Tampico. Si el presidente legalmente electo, general Gómez Pedraza, hubiese tomado posesión del Ejecutivo de la república, quién sabe si México hubiera salvado su independencia amenazada por el partido español, al que Gómez Pedraza pertenecía; tal vez no hubiese obrado con la actividad y energía que caracterizaron a Guerrero, quien consumó, por medio de los generales Mier y Terán y Santa Anna, la derrota y alejamiento de las costas mexicanas del ejército reconquistador. Es lógico inferir que Gómez Pedraza, antiguo realista fuertemente vinculado a la clase explotadora, hubiese visto con lenidad el intento de reconquista, en cuyo caso la guerra habría continuado ensangrentando al país con un resultado dudoso, porque, aunque la masa popular se hubiese opuesto a volver al coloniaje, el partido español tenía todavía una enorme fuerza económica y política que hubiese hecho muy reñida la contienda.

El asesinato del general Guerrero es un exponente de la ferocidad reaccionaria. El general Bustamante, intensamente religioso y austero, no tuvo escrúpulos para traicionar y ofrecer la suma de 50 000 pesos al bandolero Francisco Picaluga para que entregase a uno de los hombres más heroicos de la guerra de independencia. En el proceso y en el acta levantada para testimoniar su fusilamiento, ni siquiera se le da el título de general, ganado en 11 años de lucha por la libertad de México; se le llama el faccioso Vicente Guerrero y se le acusa de crimen de lesa patria, sin explicar ni comprobar cuál fue ese crimen. Prosiguió la rebeldía del pueblo mexicano, vibrante de indignación, y renació la calma ante el derrocamiento de Bustamante y la promesa de que serían castigados los autores del asesinato de Guerrero.

Electo presidente, Santa Anna conspiró en su hacienda, Manga de Clavo, para precipitar la caída del partido liberal-federalista, substituyéndolo en el poder el reaccionario-centralista. Las iniciativas reformistas de Gómez Farías fueron ahogadas por el alarido de la compacta masa fanática, que clamaba por la religión y los fueros, llamando al precursor de la Reforma "Gómez Furias" y pidiendo su exterminio.

Santa Anna representó hábil y pérfidamente la comedia de la defensa de las tendencias reformistas; pero, arrancándose la máscara, pareció como lo que fue desde entonces, un traidor, al servicio del clero y de la clase privilegiada. El centralismo se implantó en México, entregando el poder al partido reaccionario. El asesinato de Guerrero no sólo quedó impune, sino que el principal responsable, general Bustamante, ocupó, en vez del cadalso, el sillón presidencial por ocho años, que asignaba la Constitución centralista.

Desde que los precursores de la reforma fueron desterrados y se acordó la impunidad del asesinato del general Guerrero y la explotación del pueblo por la clase privilegiada, se inició la provocación de la guerra de Texas, obligando a los laboriosos colonos de aquel vasto territorio a insurreccionarse de veras, desesperados por los continuos ultrajes y atentados de la soldadesca, lanzada por el grupo a quien convenía desviar la indignación y las energías del pueblo, esgrimiendo, para su domesticación, el peligro de una guerra en la que México perdiese una gran parte de su territorio.

También a los esclavistas del sur de los Estados Unidos les convenía provocar la segregación de Texas, a fin de anexarla más tarde a la Unión Americana y contar en el Senado con el voto de los representantes de Texas para continuar el infame sistema esclavista, visto con disgusto por los estados del norte, quienes tenían igual número de votos que los del sur en el Senado de la república [norte]americana. Las clases privilegiadas de México —aristocracia, clerecía y militarismo— se entendieron con los señores feudales, negreros, esclavistas, de los Estados Unidos, para fomentar la guerra de Texas.

Santa Anna, al frente de 6 000 hombres, invadió aquel territorio a principios de 1836, obteniendo algunos triunfos militares, cayendo prisionero poco después en las riberas del río San Jacinto, consumando una gran traición al reconocer la independencia de Texas, sin facultades para ello, con el pretexto de salvar su vida amenazada por encontrarse en poder del ejército enemigo.

La guerra de Texas no pudo sostenerse y la efervescencia de las masas laboriosas se manifestó con aspectos imponentes. Entonces se recurrió a la provocación de una nueva guerra, con Francia, en 1838, negándose en términos violentos el gobierno de México a pagar la suma de 600 000 pesos reclamada por el gobierno francés. Pudo y debió tratarse ese asunto con ánimo sereno. Es verdad que la reclamación era injustificada y la suma enorme en relación con los insignificantes perjuicios sufridos por súbditos franceses en disturbios civiles en México; pero es verdad también que pudo llegarse a un acuerdo, reduciéndose la cantidad exigida, obteniéndose condiciones ventajosas para su pago, lo que ni siquiera intentó hacerse. La prensa oficial declaró, enfáticamente, que antes pasarían las tropas francesas sobre los cadáveres de los ciudadanos mexicanos, y los escombros de nuestras ciudades, que reconocer ese crédito infame. El bloqueo de los puertos mexicanos y el bombardeo de Veracruz (en el que el general Santa Anna perdió una pierna, volviéndosele a considerar héroe, con enorme perjuicio para la nación), abatieron la altiva actitud del gobierno mexicano. La deuda fue reconocida y pagada, perdiéndose grandes sumas por la interrupción de las operaciones mercantiles, debido al prolongado bloqueo de nuestros puertos por la escuadra francesa.

La agitación popular continuó, particularmente en Yucatán y

Campeche, en donde los indios, explotados inicuamente por los blancos, iniciaron una sangrienta guerra de castas.

La invasión [norte]americana fue el epílogo del desorden, de la inmoralidad y de la miseria en que se debatió el pueblo mexicano. La anexión de Texas, decretada en 1845, fue a su vez el epílogo de la guerra de Texas. La invasión convenía también a los esclavistas negreros del sur de los Estados Unidos. La guerra internacional era vista con indiferencia por los magnates mexicanos, particularmente el clero. La prueba fue el levantamiento del general Mariano Paredes Arrillaga, quien al frente de 6 000 hombres fue a batir al ejército norteamericano, que se preparaba a pasar la frontera, comisionado por el austero presidente, general José Joaquín Herrera; pero en vez de cumplir su honrosa comisión, se sublevó contra el gobierno legal, hasta derrocarlo, regando de sangre el camino de San Luis Potosí a la capital de la república, con el intento de constituir una monarquía católica, ofreciendo el trono al infante don Enrique, de la familia real española. El proyecto era tan absurdo, que la mayoría de los católicos cesó de apoyarlo; pero el presidente legal había caído y la lucha fratricida abría a los invasores el camino hacia el corazón de la república.

Prueba también fue la negativa de la clase privilegiada para ayudar a la defensa nacional. El clero negó toda colaboración a este respecto, influenciando a los batallones polkos para sublevarse en la capital de la república contra el presidente Gómez Farías, porque le pidió contribución para sostener la guerra contra los invasores, amenazando con la confiscación si no se le proporcionaban elementos. Una vez más, al grito de religión y fueros, los elementos fanáticos ensangrentaron la capital de la república, en tanto que los invasores, desembarcando en Veracruz, avanzaban hacia el interior del país.

La traición de Santa Anna, vendiéndose a los invasores y a la reacción, está en el corazón del pueblo mexicano; no necesita comprobarse; palpita dolorosamente. La rivalidad entre los jefes del ejército nacional, por ambiciones económicas y vanidades militares, también vibra en medio de la indignación en la conciencia nacional. El resultado del egoísmo de la aristocracia, del clero y de los jefes militares, así como de la miseria, pésimo armamento y falta de transporte, provocaron derrotas continuas (todas las batallas se perdieron por el ejército mexicano, con excep-

ción de la librada en la Angostura, que, aunque ganada, no dio el fruto de la victoria) y la pérdida de más de la mitad del territorio nacional.

Las guerras de independencia, república contra el imperio, derrocamiento de Guerrero, sublevaciones por su asesinato, y contra Gómez Farías, en 1833, por iniciar reformas, fueron —como se ha comprobado— luchas de clases.

La guerra de Texas, prólogo de la tragedia de la invasión [norte]americana, tuvo perfectamente definido ese mismo carácter clasista: la aristocracia, el clero y el ejército la provocaron para desviar la desesperación de las masas, impidiendo la revolución y transformando en guerra extranjera la guerra civil, que lógicamente hubiera estallado, de no haberse efectuado la primera.

Las tropas, oficiales jóvenes; algunos coroneles: Gelati, Balderas, Xicoténcatl; pocos generales: Nicolás Bravo, José María Anaya, Antonio de León; los cadetes de Chapultepec, constituyen la epopeya frente a la tragedia; representan a las masas populares, destrozadas y sangrantes por la codicia de la clase privilegiada durante la invasión [norte]americana.

Después de la mutilación del territorio nacional y cuando el pueblo mexicano convalecía de sus heridas, bajo los gobiernos de Arista y de Ceballos, la reacción, cada vez más intransigente, cada vez más pérfida, impulsada por una ambición insaciable, volvió a traer a Santa Anna del destierro, apoyando una dictadura que, en poco más de dos años, succionó las últimas fuerzas de resistencia y de paciencia de las masas populares, sostenedora y sostenida de un ejército enorme para aquellas condiciones (60 000 hombres), convirtiendo la república en monarquía con el título de Alteza Serenísima, prodigado al traidor y dictador general Santa Anna, oprimiendo a las clases productoras con enormes y ridículos impuestos y llegando a la ignominia de vender al gobierno de los Estados Unidos el territorio de La Mesilla, al norte de la república, en 10 millones de pesos, que fueron distribuidos entre el alto clero y los políticos civiles y militares, quienes comparaban a Santa Anna con Washington y Bolívar.

La revolución de Ayutla también tiene un marcado carácter de lucha de clases. Por una parte, los parásitos explotadores: terratenientes, almacenistas, aristócratas y altos dignatarios de la Iglesia y del ejército. Por la otra, civiles transformados en militares

por lo apremiante de las circunstancias, modestos profesionistas, estudiantes, pequeños agricultores, peones y artesanos, empuñando el fusil para conquistar la liberación de las masas productoras. Después de breve lucha en que el pueblo armado venció al ejército pretoriano, tomó el poder el partido liberal, que elaboró la Constitución de 1857, con postulados palpitantes de idealidad, pero faltos de reglamentación y de aplicación prácticas. Este código se inspiró en las finalidades de la Revolución francesa. Los constituyentes, liberales exaltados, tuvieron una actitud romántica y generosa, pero carecieron de una doctrina emancipadora de los explotados, basada en la ciencia. Ésta es una utopía, porque la igualdad de derechos políticos no puede efectuarse cuando las condiciones económicas de los ciudadanos difieren. Los constituyentes de 1857 fueron liberales, pero no socialistas.

Los civiles y los militares de aquella época manejaron grandes caudales y murieron pobres. El oro que corrompe no amenguó su honestidad; los éxitos y los infortunios no alteraron su heroica impasibilidad. En esa Constitución alientan los gérmenes de futuras libertades. Las tendencias agraristas, expuestas brillantemente por don Ponciano Arriaga. La garantía de que ninguno estará obligado a trabajar sin recibir la justa remuneración de su esfuerzo. El derecho al producto íntegro del trabajo, sin usarse por aquellos hombres, entre los que había grandes economistas, las palabras jornal, salario o sueldo. La libertad de pensamiento, de palabra, de imprenta y de tránsito, para toda la república. El derecho del pueblo mexicano de armarse para defender las conquistas revolucionarias, transformadas en leyes. La abolición de la prisión por deudas, de la tortura y de las penas infamantes. La tendencia a la separación de la Iglesia y el Estado y a la supresión de fueros y privilegios. La educación laica, bajo una avanzada ideología, y otras muchas finalidades libertarias que se esterilizaron por la sangrienta y prolongada intervención francesa y más tarde por la opresora y monstruosa dictadura porfirista.

La lucha de clases continuó latente entre los defensores y los enemigos de la Constitución. El golpe de Estado de Comonfort, desconociendo esa Constitución, que era el justo orgullo de nuestro pueblo, originó la enconada y sangrienta guerra de Reforma, durante la que los postulados constitucionales se concretaron en su tendencia más revolucionaria, expidiéndose las Leyes de Re-

forma, cuyo cumplimiento encuentra grandes obstáculos aun en nuestros días. Precisa, sin embargo, afirmar que los reformistas cometieron error gravísimo al prohibir que todas las comunidades tuviesen bienes raíces, porque los ejidatarios fueron despojados de sus ejidos y grandes masas de indígenas quedaron en la miseria, por lo que el problema agrario se agudizó en vez de solucionarse. La esplendorosa epopeya de la Reforma, que libertaba al pueblo del régimen colonial, continuado a pesar de la independencia política de España, culminó con el triunfo de los rojos, chinacos o puros (así se llamaba a los liberales definidos y enérgicos), representativos de la clase oprimida, que se había rebelado y arrancaba el poder político a la clase opresora.

La intervención francesa comprueba el mismo carácter de lucha de clases. El imperialismo galo, iniciado desde 1854, con la aventura romántico-trágica del conde Ráousset de Boulbon (quien soñándose un nuevo Hernán Cortés, al frente de 400 filibusteros, fue fusilado en Guaymas por el general Yañes), hirió al pueblo mexicano con el zarpazo de su codicia al apoyar el infame negocio del banquero suizo Jecker, quien interesó con el 30% al duque de Morny, medio hermano, favorito y ministro de Napoleón III, negocio que consistía en prestar 15 000 000 de pesos que el gobierno de Juárez se negó a reconocer, siendo una de las finalidades verdaderas de la intervención, y la principal, convertir a la República Mexicana en una semicolonia francesa, gobernada por Maximiliano de Habsburgo, servidor incondicional del emperador francés, con la mira de que México fuese la avanzada de aquel imperialismo en la América Latina. Por una parte, decíamos, el imperialismo galo y los traidores mexicanos, representativos de los eternos privilegiados, los señores feudales, grandes terratenientes, extranjeros enriquecidos, opulento clero y militares de profesión, servidores de la tiranía; parasitismo explotador en su conjunto. Por la otra parte, los republicanos, defensores heroicos de las clases productoras. Cinco años de lucha, 1 200 acciones de guerra, 73 000 republicanos, 12 000 traidores y 25 000 franceses muertos fueron el saldo de esa intervención formidable, de la que salieron victoriosas la república contra la monarquía y la justicia contra el crimen. El triunfo contra la intervención francesa tuvo repercusión internacional. El pueblo mexicano se salvó de adeudar 402 931 351 pesos —más de 2 000 millones

ahora, en relación con el poder adquisitivo de la moneda en aquella época— que el voraz imperialismo francés le habría exigido por indemnización de guerra. La fundación de la Primera Internacional en Londres, en 1865, porque varios gobiernos de Europa consideraron político no obstruccionarla, debido en parte a la guerra con México, en la que Francia, Austria, Bélgica y el Vaticano estaban interesados. La unificación de los Estados Unidos y la abolición de la esclavitud en esa nación, porque Napoleón III se proponía, después de triunfar en México, reforzar el ejército de los esclavistas del sur, poniendo parte de la marina francesa al servicio de ese régimen ignominioso. La caída del mismo Napoleón III por el desprestigio que le trajo el fracaso de la intervención en México y, en consecuencia, la transformación de ese imperio en república francesa. La Comuna de París —gobernando por vez primera en la historia del mundo los trabajadores armados—, cuyas enseñanzas aprovecharon los obreros soviéticos. La difusión de las ideas políticas emancipadoras, que influyeron en la unificación de Italia y Alemania. La solución del problema religioso en varios países de Europa, particularmente en Francia. Castelar, Victor Hugo, Garibaldi, Cavour, Mazzini, Combés, llamaron hermanos de ideales a Juárez y a sus colaboradores y glorificaron su obra.

Los gobiernos de Juárez y de Lerdo apoyaron a las clases populares, aunque interrumpidas constantemente sus labores por los cuartelazos reaccionarios. Juárez pacificó al país con esfuerzos inmensos, redujo el ejército, dio potente impulso a la educación pública, creando importantes planteles (preparatoria, comercio, artes y oficios para señoritas y varones), colocando al ilustre doctor Gabino Barreda como uno de los consejeros más honorables y cultos de la educación pública. La niñez y la juventud fueron libertadas de la clerecía; la ideología liberal fue la guía de la nueva educación. La escuela positivista, que produjo hombres eminentes, educó con fecunda prodigalidad a las generaciones de aquella época.

El gobierno de Lerdo se distinguió por su resistencia a la penetración económica del imperialismo norteamericano. "Entre la fuerza y la debilidad, el desierto", repetía cuando se le pedían concesiones a favor de los magnates ferrocarrileros yanquis. Su finalidad era que las vías de comunicación se construyesen, de

preferencia, con capital mexicano y, en segundo término, con capitales europeos, no de una sola nación, para evitar su influencia económica, tras la que viene la influencia política. Lerdo siguió y extremó la política jacobina de Juárez. Las Leyes de Reforma tuvieron carácter constitucional, incorporándose a la Carta Magna de la república, y se cumplieron plenamente, contra la oposición y las calumnias de los fanáticos.

Es curioso anotar que Jecker, criminal usurero y traficante de la intervención francesa en México, murió fusilado por los trabajadores durante el movimiento de la Comuna de París, en 1871.

Durante la dictadura porfirista la lucha de clases se agudizó intensamente. Esa dictadura tuvo sólidos cimientos: primero, aumento fraudulento de la deuda extranjera y su consolidación en deuda nacional (sesión del Congreso, 22 de junio de 1885), aumentándose de 81 632 657.81 a 191 385 781.59 pesos, lo que produjo grandes ganancias al grupo dirigente del gobierno federal.

Segundo, destrucción de la democracia agraria. Las compañías deslindadoras de terrenos, integradas en su mayoría por extranjeros, recibieron 72 millones de hectáreas de magníficas tierras (la hectárea se vendía a siete, cinco y tres centavos, según su calidad), y con los bonos de la deuda consolidada se podían adquirir terrenos al 35% de su valor catastral. Los grandes latifundios, característicos del porfirismo, se formaron con la expropiación de innumerables pequeñas parcelas. Un millón, aproximadamente, de pequeños campesinos, quienes vivían humilde, pero libremente, del cultivo de sus tierras, fue condenado, con sus familias, a la esclavitud del peonaje, al arrebatárseles sus pequeñas propiedades, para integrar las enormes haciendas continuadoras del feudalismo. Toda resistencia a las órdenes del gobierno era quebrantada por la fuerza. En Papantla, Veracruz, 20 000 personas vivían del producto de sus parcelas. Cuerpos rurales, en combinación con tropas de la federación, asesinaron a cerca de 5 000 campesinos que se oponían al inicuo despojo; un corto número de familias aristócratas se apoderó de esa rica región. En el pueblo de Tomochic, Chihuahua, se provocaron deliberadamente desórdenes para tener pretexto de destruirlo. Los valientes montañeses de aquella región resistieron heroicamente el asalto de varios miles de soldados federales, hasta que, agobiados por el número, sucumbieron, prefiriendo su muerte y la de sus

familiares antes que caer en poder de sus enemigos. El pueblo de Tomochic fue incendiado por las tropas federales para ejemplo de campesinos reacios al cumplimiento de las órdenes del dictador.

La guerra del Yaqui tuvo por origen el inicuo despojo de tierras de los indios de aquella región, de las que se posesionaron varios magnates de Sonora. Los infelices yaquis eran vendidos a los hacendados de Yucatán, produciendo grandes rendimientos esas operaciones a los gobernantes de ambos estados. La guerra contra los mayas en Yucatán y la segregación de Quintana Roo también tuvieron por origen el apoyo a los terratenientes de aquellos lugares, reprimiéndose sanguinariamente toda resistencia.

Tercero, destrucción de la democracia industrial. Todo intento de huelga o de rebeldía a la explotación de los patrones de minas y fábricas era ahogado en sangre. En Cananea los barreteros mexicanos, realizando las faenas más peligrosas y fatigosas durante 12 horas, ganaban la mitad del jornal asignado a los extranjeros, por igual tiempo de trabajo. Organizaron una pacífica huelga y fueron tiroteados por los dirigentes de la compañía minera. Exasperados por la impotencia frente a las balas, quemaron un depósito de madera de dicha compañía. No había fuerzas militares en aquel mineral, y el principal accionista de la compañía minera, William Green, atravesó la frontera al frente de 300 soldados rurales yanquis, quienes asesinaron en masa a los mineros mexicanos. La violación al territorio nacional se hizo de acuerdo con el gobernador de Sonora, y éste, a su vez, tuvo la autorización del gobierno federal. Los intereses de la compañía [norte]americana se garantizaron con vidas y sangre de los trabajadores mexicanos. El general Díaz envió un fuerte contingente militar para sostener al gobierno de aquella entidad federativa (30 de junio de 1906). En Río Blanco los trabajadores pidieron una disminución de dos horas de la jornada diaria, prolongada hasta 14, y un aumento de jornal, de cinco centavos para las mujeres y niños, y de 10 centavos para los hombres. Toda mejoría para los trabajadores estaba severamente prohibida. Un agente provocador, bien retribuido por los industriales de aquella región, originó violencias que dieron pretexto al envío de una poderosa columna militar que tomó posesión durante la alta noche de las alturas de la fábrica. Al día siguiente se engañó a los obreros, asegurándoles que les serían concedidas sus peticiones. Y una gran masa,

comprendiéndose en ella mujeres y niños, entró para dedicarse a sus faenas. Los actos de provocación se repitieron por agentes de los propietarios de la fábrica y las tropas abrieron sus fuegos sobre la masa inerme, asesinándose hombres, mujeres y niños, *para escarmiento de obreros altaneros y rebeldes*. Sobre la sangre fresca se sirvió un *lunch champagne,* brindándose a la salud del héroe de la paz. Dos trenes repletos de cadáveres salieron, al atardecer, de Orizaba, y arrojaron al mar, unas horas después, su fúnebre cargamento (7 de enero de 1907). Las huelgas disueltas por matanzas, en Velardeña y otros lugares, repitieron la misma trágica historia. La dictadura garantizaba sin vacilar los intereses del capitalismo extranjero, sacrificando las vidas y el bienestar de millones de trabajadores mexicanos.

Cuarto, corrupción o aniquilamiento de los intelectuales, de los periodistas, de todos los pensadores (política de pan y palo), prodigándose el oro que soborna o la prisión y la muerte. Muchos jóvenes de elevada idealidad, de generoso corazón y de luminosa inteligencia, fueron arrastrados a la ignominia por el régimen porfirista. Los ímpetus viriles del pueblo mexicano, estoico, aguerrido, indomable, se destruían lenta y progresivamente. Se esgrimía como arma formidable la amenaza de la intervención [norte]americana en caso de una nueva revolución. Se exaltaba constantemente un mal entendido amor a la nacionalidad, haciéndose creer que se encontraba en peligro. La prensa, amordazada, sólo adulaba al dictador. Los periodistas de oposición eran torturados y asesinados. Ordóñez fue arrojado vivo a un horno candente, por haber censurado al gobernador del estado de Hidalgo. Olmos y Contreras, asesinados por igual delito contra el gobernador del estado de Puebla. Otros muchos pagaron con su vida, o sufriendo lo indecible en los calabozos de San Juan de Ulúa, el crimen de atreverse a decir la verdad sobre algunos actos de los gobiernos federal y de los estados. Aquella dictadura, sólida en sus cimientos, se petrificó como los ídolos siniestros de las antiguas religiones, ávidos de sacrificios y de sangre. Los hombres del poder se anquilosaron. La atrofia oficial era palpable, agravándose cada día. El postulado "renovarse o morir" condenaba a muerte a aquella dictadura, incapaz de la más insignificante renovación. En el apogeo del porfirismo desde 1906, un grupo de precursores combatió heroicamente esa dictadura. Dos

mártires se destacan gloriosamente: Ricardo Flores Magón, asesinado en una prisión yanqui, prefiriendo la muerte a la retractación de su doctrina, y Praxedis Guerrero, joven y rico, despreciando la opulencia para vivir como un obrero en los Estados Unidos, integrando la junta revolucionaria, muerto en Janos, Chihuahua, en los primeros combates contra el gobierno del general Díaz. Ambos, anarquistas, defensores inteligentes y cultos del proletariado. Otros compañeros suyos sufrieron prisiones y miserias en el extranjero y en las tinajas de San Juan de Ulúa. Enrique Flores Magón, Librado Rivera, Anselmo Figueroa, Juan Sarabia, Juan José Ríos, Esteban B. Calderón, Lázaro Gutiérrez de Lara, Antonio I. Villarreal, Manuel M. Diéguez y otros indomables paladines libertarios. Este periodo, romántico y glorioso, es poco conocido; no se menciona en los textos, pero posee inmensa trascendencia histórica.

La lucha de clases culminó en la gigantesca revolución de fines de 1910. Una vez más, la masa popular, integrada por trabajadores de las ciudades y de los campos, que sufrían y producían, se levantó contra el pequeño grupo oligárquico que se apoderaba de toda la riqueza nacional. El Partido Científico, compuesto de hombres inteligentes y cultos, pero exentos de generosidad, succionaba todas las energías y todo el bienestar del pueblo mexicano. (El gobierno de Juárez sólo debía 63 032 518 pesos, después de su victoria sobre la intervención francesa y el imperio. La dictadura porfirista, después de 35 años de *paz y prosperidad*, debía 576 000 000 de pesos. Deudas exteriores.) La Revolución de 1910 fue intensamente nacionalista. El pueblo se dio cuenta de que con el transcurso de unos cuantos lustros más, bajo la dictadura porfirista, la república mexicana se convertiría en una colonia extranjera. Los imperialismos inglés y estadunidense poseían una influencia política extraordinaria. Los españoles eran dueños de grandes fortunas, haciendas, fábricas, almacenes, y llegaban a México como a tierra de conquista, tratando a latigazos a los indios que los enriquecían. Todos los extranjeros recibían consideraciones y cortesías del gobierno porfirista. En cambio, para los mexicanos, con excepción de la aristocracia, sólo había hambre y miseria, y en caso de rebelión, prisiones y asesinatos. El centenario de la iniciación de la independencia nacional exasperó aun a los más resignados. En aquellas fiestas esplendorosas y

monárquicas, para el pueblo mexicano hambriento y harapiento (heredero de la gloriosa epopeya de la emancipación) no hubo ni humildes manjares, ni distracciones, ni siquiera sonrisas y flores. Se le cerraban las puertas del legendario bosque de Chapultepec y de las principales avenidas de la capital, efectuándose algo semejante en las más importantes ciudades de la república, en tanto que la aristocracia se embriagaba de champagne en espléndidos banquetes y asistía a soberbios espectáculos, evocadores de las cortes más altivas y suntuosas.

Un hombre, humilde por el corazón, magnate por la fortuna, Francisco I. Madero, reflejó la opinión pública, levantando a las masas contra aquella dictadura caduca y en plena descomposición y más por el sentir nacional que por combates (relativamente insignificantes), arrojaron al destierro al dictador, después de unos meses de lucha. Aquella dictadura, que se creía inconmovible, fue derrocada con una facilidad increíble. En la lucha de clases, los humildes, los despojados, los que todo lo producen y de todo carecen, vencieron al ejército federal que sostenía la dictadura áurea y deslumbradora, de la que gozaban los eternos privilegiados: el alto clero y la aristocracia integrada por políticos insaciables y altos jefes militares.

Los tratados de Ciudad Juárez constituyeron una contrarrevolución, porque dejaron a los tres poderes en manos enemigas. Las cámaras, la Suprema Corte de Justicia y el ejército porfirista subsistieron. El interinato presidencial del licenciado Francisco León de la Barra fue un sedante traidor en la lucha de clases, debilitando, hábilmente, las fuerzas revolucionarias. El gobierno de Madero, bien intencionado, con hombres honrados, exentos de ambiciones, fue, sin embargo, débil para con los enemigos y no pudo oponerse a la contrarrevolución que minaba la victoria revolucionaria. El Plan de San Luis Potosí, bandera del maderismo, que levantó a muchos peones de grandes haciendas, esclavos transfigurados en vengadores, siguiendo aquel emblema que prometía tierras a los pueblos, no se cumplió. La reacción explotó aquella situación, levantando masas de rebeldes en Chihuahua, aunque financiados sus jefes por el banco minero, baluarte económico de la aristocracia capitalista del norte del país. En el sur la revolución fue franca, altiva, generosa. Emiliano Zapata y su ejército de campesinos armados hicieron huir a los hacendados

en la región suriana, derramándose en oleadas imponentes en las selvas y serranías al grito estentóreo de ¡tierra y libertad! El maderismo, estrangulado entre el ejército pretoriano de Porfirio Díaz y los revolucionarios desilusionados, se desplomó trágicamente. El presidente Madero, el vicepresidente Pino Suárez y prominentes personalidades de aquel régimen fueron asesinados por Victoriano Huerta, el traidor, quien engañó a Madero y le usurpó la presidencia de la República, cimentando su poderío en medio de una orgía de lodo, de alcohol y de sangre. La lucha de clases renacía. La aristocracia, el clero y el militarismo, integraron a la privilegiada, que sostuvo la usurpación de Victoriano Huerta. Los campesinos, los obreros, los artesanos, los profesionistas y estudiantes pobres empuñaron las armas para derrocarlo. Año y medio después de formidables combates y de victorias resplandecientes, conquistadas por los civiles armados, sobre el ejército profesional, Victoriano Huerta huía al extranjero y aquel régimen criminal y siniestro caía estrepitosamente. En esta nueva faz de la lucha de clases, la oprimida venció a la opresora.

El capitalismo internacional, aparentemente vencido, acechaba el momento oportuno, que no tardó en llegar. De nuevo el clero, apoyado por la burguesía nacional y por los imperialismos criminales, dividió a los revolucionarios mexicanos en los momentos en que la imponente pujanza de la Revolución era indiscutible.

Venustiano Carranza, sostenido por las fuerzas constitucionalistas, formó un frente, exigiendo un periodo prolongado de régimen preconstitucional para efectuar las reformas revolucionarias que debían garantizar los nuevos derechos del pueblo.

Francisco Villa y Emiliano Zapata, sostenidos a su vez por fuertes contingentes armados, exigían el retorno al régimen constitucional, afirmando que las reformas podrían y deberían hacerse dentro de ese régimen, por modificaciones a la Carta Magna. Las más grandes y sangrientas batallas de la historia moderna mexicana se verificaron en aquel breve e intenso periodo (fines de 1914 a principios de 1915). La imponente División del Norte fue destruida. El general Obregón había marchado desde Sonora hasta la capital de la república, de victoria en victoria, sobre el usurpador Huerta. Realizó marcha triunfal en sentido contrario: de la capital de la república al estado de Sonora, sobre las fuerzas villistas.

El ejército de Zapata, que sostenía la revolución agraria en el sur (teniendo por bandera el Plan de Ayala, que prevenía el reparto de la tercera parte de los latifundios y la entrega de las tierras a todos los campesinos que las cultivaran con sus manos), fue detenido en aquella región, permaneciendo invencible en sus baluartes, abruptas montañas, pero sin poder difundirse en el centro y el norte de la república. La Revolución perdió su enorme fuerza, desangrada por tremendas campañas libradas en varios estados del país.

La revolución agraria combatió al feudalismo rural, pero el Plan de Ayala no consignó reivindicaciones obreras, ni lucha contra el capitalismo industrial, ni contra el imperialismo, lo que fue de graves consecuencias para el proletariado, que no se habría dividido, integrando los batallones rojos de obreros, sostenedores del carrancismo, si el expresado Plan de Ayala hubiese tomado en cuenta los problemas de los trabajadores de las fábricas. Por otra parte, si varios miles de estos trabajadores, armados en defensa del constitucionalismo, hubiesen tenido en cuenta las necesidades revolucionarias de los campesinos, exigiendo el reparto de tierras, firmándose compromisos serios con el gobierno constitucionalista en vez de vanas promesas, es muy probable que los esclavos del surco no hubiesen empuñado las armas contra sus hermanos obreros. El choque proletario se verificó por el antagonismo entre las ciudades y los campos, característico dentro del sistema capitalista, explotado pérfidamente por el feudalismo terrateniente, por el imperialismo yanqui, por la burguesía nacional.

La Revolución mexicana habría sido mucho más radical y definitiva; estaba sostenida por varios cientos de miles de trabajadores armados. Los gobiernos de los Estados Unidos y Europa tenían el enorme problema de la guerra mundial.

En el año de 1916 se elaboró la nueva Constitución política, proclamándose el 5 de febrero de 1917, debiendo entrar en vigencia el primero de mayo siguiente. Esta Constitución tiene algunos postulados de ideología revolucionaria, como la libertad municipal y la prohibición al clero para desempeñar las direcciones de planteles educativos, pero especialmente deben citarse, por su carácter de emancipación económica, los artículos 27 y 123 constitucionales. El 27, porque declara a la nación propietaria

originaria de todo su territorio, previendo el fraccionamiento de los grandes latifundios y prohibiendo a los extranjeros adquirir propiedades territoriales sin el requisito de renunciar a sus nacionalidades y a reclamaciones, y en ningún caso, en las zonas de 100 y 50 kilómetros de fronteras y costas.

Ese artículo, de hecho, nacionaliza las riquezas del suelo y del subsuelo y erige fortificaciones inexpugnables, desde el punto de vista legal, en fronteras y puertos, contra los voraces imperialismos. Reglamentado por un congreso fuertemente izquierdista, representaría una gran conquista revolucionaria. El 123 previene la jornada de ocho horas, las indemnizaciones por accidentes de trabajo y una participación moral y material de los trabajadores en las empresas capitalistas. Reglamentado en las condiciones expuestas, complementaría la conquista revolucionaria, pues el 27 garantizaría a los campesinos, y el 123 a los obreros, una relativa emancipación económica, libertándolos, si no en absoluto, sí en un grado considerable, de la explotación de hacendados y patrones.

El gobierno de Carranza no tomó en consideración el problema agrario ni las necesidades obreras. Los artículos 27 y 123 quedaron escritos, así como la ley de enero de 1915, que previene el reparto de las tierras a los pueblos. Fueron armas políticas, pero no actos revolucionarios. No se repartieron tierras a los campesinos, ni se mejoraron las condiciones de los obreros, sino en parte tan insignificante, que constituye excepción a la generalidad de esa política. Por otra parte, la educación pública fue restringida. La Constitución política previno la desaparición de esa secretaría, por lo que los planteles dependieron de diversas secretarías y departamentos, provocándose un estado educacional anárquico. Los maestros estaban en la miseria. Sus raquíticos sueldos no eran pagados, debiéndoseles durante muchos meses. El asesinato de Zapata, perpetrado con todos los agravantes y por medio de una traición repugnante, por el coronel Jesús Guajardo, ascendido a general y premiado con $50 000.00 por el gobierno de Carranza, restó prestigio a quien fue el primer jefe de la Revolución, olvidándose su gran merecimiento: principal justiciero contra Victoriano Huerta. La imposición del ingeniero Ignacio Bonillas para presidente de la república, que descaradamente se intentaba consumar, acabó con el prestigio de la política interior del presidente Carranza. En cambio, su política exterior fue digna de

admiración. Con heroica firmeza se negó a que el pueblo mexicano se mezclara en la carnicería de la guerra mundial. Ni el oro ni las amenazas de Wall Street quebrantaron su broncínea voluntad. Su altiva actitud frente al imperialismo estadunidense fue ejemplificadora. Su tendencia de unificación de los pueblos indoamericanos (doctrina Carranza) digna es de apoyo y realización. Muchos de los aspectos de su política internacional merecieron cálidos aplausos.

La lucha de clases volvió a presentarse en el escenario nacional. La privilegiada adulaba al gobernante menos revolucionario, al ingeniero Ignacio Bonillas, candidato a presidente de la república, sostenido por el partido civilista. Esa candidatura era impopular, porque la personalidad del candidato, débil e incolora, era desconocida por las masas. Frente al candidato civilista se erguía la recia silueta de Álvaro Obregón, potente y enérgica personalidad, que representaba las tendencias revolucionarias de las masas productoras. Del choque de esa lucha de clases sobrevino la catástrofe de Tlaxcalaltongo. El general Obregón fue electo presidente constitucional. Su gobierno unificó a los elementos revolucionarios, terminándose el ciclo de escisión. Realizó, en parte, las aspiraciones de los revolucionarios agraristas surianos, llevando a la realidad la dotación y restitución de ejidos y el reparto de tierras entre los pueblos, mejorando las condiciones de los campesinos. La Secretaría de Educación Pública volvió a la vida. El personal y los sueldos de los educadores aumentaron extraordinariamente. Se edificaron numerosas escuelas rurales. La unificación revolucionaria, el reparto de tierras a los pueblos y la cultura indígena, gastándose en la educación, en un solo año, cantidad mayor que la invertida en esos presupuestos durante el siglo anterior, fueron actos revolucionarios del gobierno del general Obregón. Su personalidad se caracterizó por un vehemente anhelo de poder, quizás para realizar con amplitud todas sus aspiraciones. Los gobiernos contemporáneos han continuado la política obregonista. Las escuelas rurales se multiplicaron, la lucha contra el clero se intensificó, la resistencia al imperialismo estadunidense tuvo caracteres definidos. La obra revolucionaria culminó en los años de 1925 y 1926.

Los últimos acontecimientos comprueban la potencia del capitalismo internacional.

En estos días se discute cálidamente la Revolución mexicana. Unos afirman que vive triunfalmente y que ha sido éxito inmenso para el pueblo. Otros, que ha terminado, constituyendo rotundo fracaso por la corrupción de los hombres que la representan en el poder. La Revolución mexicana es de ideología y contextura pequeñoburguesas; pero al apoyarse en el proletariado, ha iniciado su organización y mejoramiento. La Revolución mexicana no ha fracasado; vive con una vida intensa, profunda, dolorosa y excelsa (me refiero a la ideología de las masas, no a la obra de los magnates). No hay que buscarla en el poder, que marca, ni en los palacios, ni en las suntuosidades. Sus representativos viven humildemente, fecundando los campos con su honrado trabajo. Son los campesinos; dejaron el arado por la carabina libertaria, para derrocar las dictaduras y usurpaciones; vuelven a sus sementeras, dejándola para empuñar el arado nuevamente. Hay que buscarla en las fábricas y en los talleres, de donde salieron miles de obreros que empuñaron rifles vengadores; han vuelto después de luchas sangrientas a esos talleres y a esas fábricas. Hay que admirarla en los cuarteles, entre las clases de tropa, integradas por ex campesinos, ex obreros y ex artesanos, ostentando mutilaciones y cicatrices gloriosas. Hay que palparla en algunos oficiales jóvenes que viven pobremente, compartiendo con sus subordinados las faenas militares. Hay que aclamarla en la juventud inquieta, rebelde, heroica, que realizó una revolución esmaltada con su cálida sangre, para la conquista de la autonomía universitaria, compartiendo estudiantes y profesores la dirección y la responsabilidad de sus planteles. Debe buscársela en los maestros, en los profesionistas, en los escritores, modestos, sencillos, austeros, incorruptibles, que la han defendido con las armas, con la pluma, con la palabra, tornando a sus labores y continuando su defensa, sacrificándose por su prestigio, soportando humillaciones, injusticias, miserias.

La Revolución mexicana vive, pero en peligro; arrostra la intensa crisis, moral y económica, que en el mundo entero se está efectuando. Aquí, como en todos los otros países, la lucha de clases asume proporciones gigantescas. No es una lucha armada; es una lucha sorda, silenciosa, profunda, incesante y formidable. La delincuente fuerza capitalista, hipócrita y rutinaria, plena de contradicciones, choca con la nueva moral y la nueva conciencia de

las clases productoras. Es un deber orientar a la juventud, hoy más que nunca, alejándola de las aspiraciones hacia el privilegio, el abolengo y la insolencia del capitalismo, impulsándola hacia sus hermanos de clase, los trabajadores de ciudades y campos. Los estudiantes son campesinos y obreros también; fecundan las sementeras de la ciencia y forjan la nacionalidad en el yunque de la educación. Es un crimen empujarlos hacia el pasado, preparándoles vida estéril y muerte ignominiosa, arrollados por las multitudes proletarias, que lentamente ascienden al poder y que demolerán cuanto a su paso se oponga.

Un maestro revolucionario, en sus cátedras y conferencias, en la prensa y en sus libros, en todas sus actividades intelectuales, debe sostener que la Revolución mexicana vive y triunfa, a pesar de los revolucionarios que se han corrompido, a pesar de los traficantes que la explotan, a pesar de todas las claudicaciones y todas las traiciones.

La Revolución mexicana convirtió en leyes emancipadoras sus victorias contra la reacción, en los combates. La Revolución ha conquistado algo mucho más valioso: ha creado germen de conciencia de clase y organización proletaria (sindicatos y comunidades agrarias). El proletariado mexicano empieza a adquirir idea de su derecho, de su fuerza, de su misión histórica. Nada ni nadie podrá arrancársela. Esa conciencia, desarrollada, lo impulsará hacia su definitiva emancipación económica.

Los estudiantes de historia de México deben conocer nuestro movimiento obrero. Primeras sociedades ferrocarrileras y círculos obreros. Creación del Departamento del Trabajo. Fundaciones: Casa del Obrero Mundial, Confederación Regional Obrera Mexicana, Confederación General de Trabajadores, Confederación Sindical Unitaria, organización de partidos políticos obreros y campesinos, ligas de resistencia, huelgas importantes, congresos obreros. Funcionamiento de la Liga Nacional Campesina, comunidades agrarias, bancos ejidales, Juntas de Conciliación y Arbitraje, sociedades cooperativas. Los artículos más trascendentales de la Ley del Trabajo y, en general, las actuaciones culminantes de las luchas de clases productoras mexicanas.

En esta hora suprema la lucha de clases internacional se verifica, minuto a minuto, tenaz, implacablemente, disputándose la creación de un mundo nuevo.

La interpretación económica de la historia es el único medio para crear y desarrollar esa conciencia en los discípulos a quienes debe demostrarse que "la historia de la humanidad es la historia de una lucha de clases".

Es deber nacional, ineludible, de los maestros verdaderamente revolucionarios, elaborar y fortalecer la conciencia de clase de los estudiantes mexicanos. Solamente adquiriéndola podrán realizar obra de nacionalismo revolucionario, presentando —con todos los trabajadores— un frente único socialista contra todos los imperialismos capitalistas, que oprimen, explotan y convierten en colonias a los pueblos libres.

La enseñanza de la historia, para obtener su finalidad educativa revolucionaria, debe efectuarse regida por la ética y la pedagogía proletarias, únicas eficientes y fecundas, capaces de constituir a la juventud intelectual en guía y compañera de las masas productoras.

México, D. F., 26 de noviembre de 1931

ALFONSO TEJA ZABRE

HISTORIA DE MÉXICO
Introducción y sinopsis
La biografía de México

I
La renovación constante de la historia

1

La necesidad de renovar los métodos y las formas de estudios históricos se justifica por las razones siguientes:

I. La constante tarea de investigación aporta hechos nuevos y rectifica antiguos errores. Se encuentran documentos, se descifran códices, jeroglíficos, manuscritos o inscripciones.

II. Las ciencias sociales abren nuevos caminos de interpretación y destruyen sistemas y escuelas. A la ingenuidad y a los prejuicios religiosos de los cronistas primitivos, sucede la tendencia crítica rigurosa. Se reducen al mínimo la idealización clásica y la exaltación romántica y se aprovecha, en cambio, la orientación de las doctrinas actuales.

III. El transcurso del tiempo borra y suaviza las pasiones políticas que han deformado la historia.

IV. A cada época corresponden una moral, una sensibilidad, un estado de espíritu distintos. En la narración histórica, principalmente con fines educativos, se siente la urgencia de preferir el estudio de la cultura, de la economía, del arte y de las costumbres, a la tradicional relación de hazañas guerreras y agitaciones políticas, que no tienen significación profunda si no se relacionan con los datos económicos y sociales.

V. Los métodos particulares de la enseñanza histórica obligan a modificar el antiguo sistema de narración cronológica, para buscar el análisis de causas, consecuencias y relaciones, la inter-

pretación y la síntesis, dejando solamente a la parte anecdótica y dramática su carácter auxiliar, por el atractivo y el gusto estético.

VI. Es necesario también renovar la forma. Cambian con el tiempo el estilo literario, las modalidades retóricas, la terminología de las ciencias y hasta el valor y la fuerza de las palabras en el lenguaje usual.

VII. Cada generación, dice José Ingenieros, debe "repensar" la historia. Los hombres envejecidos se la entregan corrompida, acomodando los valores históricos al régimen de los intereses creados: es obra de los jóvenes trasfundirle su sangre nueva, sacudiendo el yugo de las malas idolatrías. La historia que de tiempo en tiempo no se repiensa, va convirtiéndose de viva en muerta, reemplazando el zigzagueo dramático del devenir social en un quieto panorama de leyendas convencionales.

2

Por otra parte, la historia debe renovarse, en su fase didáctica o escolar, porque también cambian las normas esenciales de la pedagogía y los requerimientos de la enseñanza histórica como fuente de civismo. En este sentido, la obra corresponde directamente a los maestros. Los libros de lectura o de texto para los niños y aun para los jóvenes no son más que guías o fuentes de consulta.

La pedagogía establecida, originada por un movimiento reformista en sentido individualista y democrático, atacó los sistemas antiguos de enseñanza religiosa, no sólo en su fondo, sino en su forma. Entre otras cosas, se quiso imponer como regla esencial que los conocimientos sólo se adquieren por rigurosa comprensión, desdeñando lo que entra únicamente por la memoria. En realidad, este principio se llevó a la exageración, porque la comprensión y la conciencia son mucho más lentas y retrasadas de lo que oficialmente se supone, y si en verdad fuera preciso esperar a que las nociones lleguen por la inteligencia y mediante asimilación completa por el entendimiento, se perderían los mejores años de la vida sin poder enseñar más que datos escasísimos y elementales. La memoria debe aprovecharse para sembrar.

Con la misma tendencia se quiso dar únicamente a los espíri-

tus infantiles una enseñanza atractiva, fácil, grata, divertida, procurando reducir su esfuerzo al mínimo. Por lo que se refiere a la historia, esto explica la persistencia en dar cuentos, anécdotas, leyendas, aventuras, vidas de personajes notables, reyes, guerreros, sacerdotes, dominadores de hombres, empresarios de fortuna y hombres de acción, elevados por encima de las masas incoloras por la audacia, la casualidad, la fuerza, la violencia, la riqueza o los privilegios de sangre y, en menor escala, de inteligencia o de cultura.

3

Al pasar de una época a otra con nuevas fórmulas de civismo, de moral y de arte, la pedagogía tiene también que sufrir su correspondiente mutación. Hemos dicho que cambia hasta el lenguaje usual y, en consecuencia, parecen como difíciles de comprensión términos que corresponden a otros ya juzgados como usuales. Por ejemplo, las palabras de soberanía popular, libertad, igualdad, fraternidad, justicia, presidentes, ejército, se juzgan como accesibles y fáciles. Pero en realidad, su comprensión efectiva para los niños fue tan remota como pueden ser ahora los términos de reparto de riquezas, igualdad económica, solidaridad social, fuentes de trabajo, derechos del proletariado, etcétera. Los términos que corresponden a fórmulas de la nueva época deben comenzar a ser incrustados por la memoria, para fructificar o desarrollarse con el tiempo. De otro modo, la mayoría de los niños quedarían privados de la instrucción cívica elemental.

4

Por esto mismo, al pasar a segundo plano las narraciones pintorescas, las leyendas y las aventuras militares y políticas, la historia pierde en parte sus posibilidades de ser una materia divertida y agradable. Lo mismo pasó con la astronomía, al transformarse de fantástica en científica. Y sin embargo, no es posible pretender que se sigan enseñando a los niños las fábulas de los antiguos respecto a la construcción de las esferas celestes, llenas de música, o los símbolos de la religión que corresponden a las realida-

des de la naturaleza. Enseñar leyendas y cuentos juntamente con hechos históricos, a título de dar preferencia a los sucesos militares, políticos y aun de pura cultura superior o decorativa, es seguir fomentando algo peor que la ignorancia, como es el conocimiento deformado y falsificado.

II
Los nuevos aspectos de la historia de México

1

Tal vez sea la historia de México una de las ramas de la historia universal que más necesita y merece esta renovación. Por tratarse de una nacionalidad joven, intensamente agitada por convulsiones políticas y sociales, con el pasado histórico más extenso y cargado de sucesos vitales que se encuentra en América, y más aún, con los datos de una gran cultura original que todavía se están desenterrando y descifrando, la historia de nuestro país constituye un campo inmenso que reclama todavía exploradores.

La mayor parte de nuestras fuentes históricas ha sido de tendencias políticas, con fines de propaganda o de partidarismo. O simplemente con propósitos de pura narración y enseñanza por la memoria, sin sentido profundo ni orientación definida. Y no es por falta de capacidad. Al contrario, nuestros historiadores han sido los más altos intérpretes del espíritu y del arte, y las mejores inteligencias de la Nueva España y de la república.

2

Pero no puede pedirse que la *Historia* de Fray Bernardino de Sahagún se guíe por los trabajos realizados en Yucatán desde Maudsley hasta Morley y Spinden, o que las obras de Clavijero tengan inspiraciones de Spengler.

La historia apenas comienza ahora a tratarse en parte como ciencia, o como ciencia en formación. Las ciencias auxiliares del conocimiento histórico han progresado aceleradamente. Una clave para entender la cronología maya transforma en terreno histórico lo que era pura arqueología, y a la inversa, la comproba-

ción de que la cronología tolteca es en gran parte fantástica devuelve todo un gran periodo que se creía histórico a la obscuridad de las leyendas o de los mitos.

3

Pero, sobre todo, es necesario renovar el estudio de nuestra historia usando un sistema de ideas más apropiado a nuestro tiempo. Aun con los mismos hechos, es indispensable una nueva interpretación.

Escribe Azorín, gran removedor de ideas, refiriéndose a España:

> La historia literaria está todavía por construir; ha habido entre nosotros grandes eruditos, grandes acopiadores, grandes rebuscadores; ha faltado el crítico. Decimos crítico refiriéndonos a un hombre que, dotado de la precisa cultura literaria, tenga a la vez una idea central, un sistema, en virtud del cual, contrayéndolo todo a esta visión suya de la producción estética, explique lógicamente las obras, haga vivir todo un periodo literario, convierta, en fin, en un todo orgánico, vivo, lógico, lo que sin esa idea central, sin ese sistema, serían fragmentos dispersos, acarreos más o menos útiles, acopios de materiales más o menos preciosos. Es decir, que lo que nosotros pedimos y lo que no se ha hecho todavía en España —a no ser parcialmente, acá y allá— es, no una crítica erudita, sino una crítica psicológica; no una enumeración, sino una interpretación.

Lo mismo puede afirmarse para toda la historia, en general, y para la nuestra en particular. Y en esa dirección apunta este ensayo, que, cuando menos, puede valer por la altura de la intención y por haberse formado después de atender y meditar las lecciones de grandes maestros.

Ya se comprende que donde Azorín escribe "un crítico", nosotros debemos decir "una generación". Y donde expresa: "producción estética", más bien querríamos poner simplemente "producción". O mejor aún, técnica de la producción.

4

Usando las palabras para sugerir y no para definir diremos que nuestra tendencia de interpretación quiere ser económica, realista, humana, vitalista, lógica, racional, pragmática, dialéctica. Y no quiere ser teológica, idealizada, romántica, jacobina, positivista, sectaria o intolerante.

A cada época corresponde una filosofía, no porque la filosofía sea limitada y mudable como las costumbres y las modas, sino porque en un periodo determinado se ponen de relieve, se destacan, ciertos aspectos y problemas que interesan al movimiento social de la misma época. La filosofía es en cierto sentido eterna, y tiene proporciones infinitas en más de cuatro dimensiones. Pero hay algo como una filosofía oficial de cada época, porque la investigación filosófica se afoca hacia un sector determinado. Por la selección de los temas, por la manera de estudiar y de discernir, se fija el acento de cada filosofía. En la época moderna (en que) vimos a la filosofía, impregnada de teología y de monarquismo, pasar a la filosofía individualista y democrática. Fue todavía una continuación de las mismas tendencias, con formas y apariencias de retroceso teológico, el espiritualismo exagerado. Tiene que venir ahora la filosofía social, proletaria, de masas y colectivismo, la filosofía de la acción con pragmatismo y relatividad.

Algo semejante pasa en la historia.

5

Así como la filosofía general tiene sus problemas fundamentales que cambian según las épocas, la filosofía de la historia tiene los suyos especiales. Es problema de la época teológica el tema de la gracia o de la predestinación, de la supremacía de las obras sobre la fe o la infalibilidad papal.

Aparecen después las cuestiones de la ortodoxia, del libre examen de los textos sagrados, el deísmo y el ateísmo. Más tarde surgen los problemas de libre albedrío, la esencia del ser, las controversias de la materia y el espíritu, el determinismo y el origen de las especies. Estos problemas han sido superados, o abandonados, o resueltos, y casi quedan como ejercicios de es-

peculación escolástica. Resueltos, o irresolubles o declarados estériles, pertenecen a la historia de la filosofía. De modo semejante en la filosofía de la historia, importan ya poco las disputas sobre el carácter científico de los estudios históricos, porque ciencia o no ciencia, la historia es conocimiento. La antigua distinción entre ciencias, con sus leyes, y artes, con sus reglas, viene a ser cuestión de palabras como la diferencia entre heurística y hermenéutica, entre etnología y etnografía, prehistoria y protohistoria, arqueología y paleontología. Todo esto es convencional. La clasificación de las ciencias es asunto de planes escolares o de catálogos de bibliotecas. El conocimiento es uno, y las leyes o reglas sólo son instrumentos de trabajo, hipótesis, o indicaciones. La ley estelar es ilusión, la ley natural es un mito, la ley humana una norma mudable. Lo que era sistema es apenas un método, y lo que se tenía por regla es apenas indicación, actitud, posición, orientación, dirección.

6

Tampoco es ya problema vital resolver si hay o no progreso, si el progreso es dudoso en moral y relativo en técnica industrial. Las ontologías y las teleologías, la obsesión de la norma universal y eterna, y de la finalidad o destino del hombre, se quedan en los limbos de la metafísica y del sentido religioso, es decir, como problemas ignotos, íntimos, personales y esotéricos, fuera de la dialéctica. La vitalidad de escuelas como el enciclopedismo o el cartesianismo consiste en que los filósofos salieron a la plaza pública y atacaron los problemas que reclamaban las necesidades sociales urgentes de su tiempo. Las antiguas cuestiones se vuelven temas de gabinete o de academia, asuntos abstractos y a veces verbalistas, conceptuosos o retóricos. Los nuevos problemas son los que la filosofía debe atacar, precisamente, para no ser *ancilla theologiae*, sierva retrasada, sino fuente de acción y de vida.

La filosofía es sierva, como es sierva la historia, cuando en vez de coger a la realidad y revestirla con sus fórmulas actuales, sigue trabajando sobre ideas y conflictos que ya no son actuales, que nunca lo han sido o que han dejado de serlo, porque ya no responden a necesidades del presente, comenzando por el vocabulario. Ideas inactuales son puras palabras, y palabras sin eficacia

viviente son retórica o fraude. Sólo es verdadero lo que es fecundo, actual es lo que actúa.

El problema del intelectual, del aprendiz de filósofo, o del obrero en ideas, es descubrir los nuevos valores, cristalizar las nuevas inquietudes, plasmar las necesidades sociales y fincar las conquistas del movimiento vital en fórmulas eficaces de carácter político, espiritual, ético y estético. Así el pensamiento no es siervo, sino parte integrante del equipo, de la utilería, del instrumental que se aprovecha en consolidar las nuevas estructuras.

Por eso los intelectuales, los profesionistas que son intelectuales militantes, los técnicos de la ideología, serán vistos como meros ideólogos, con desconfianza o desdén, mientras quieran seguir usando fórmulas sacerdotales, de magia superior, de pretendida superioridad, en vez de hacerse obreros en espíritu, en el mismo sentido que el Evangelio dice pobres en espíritu.

7

En la imposibilidad de exponer la totalidad de los hechos humanos, la historia tiene que sujetarse a seleccionar cierto género de sucesos. Y esta selección no se hace por la calidad intrínseca de los mismos sucesos, sino en cada época por los requerimientos, las necesidades o las simpatías de las clases dominantes. Así es la historia, como la filosofía y el arte, como la moral y el derecho, una disciplina relacionada con las transformaciones sociales, aun cuando esto parezca darle una posición subalterna. Es imposible negar que cada época tiene sus problemas históricos, que se modifican, evolucionan y son superados o relegados. Por eso se sobrepone al concepto prelógico y bárbaro de la historia primitiva, la interpretación sacerdotal, providencial y teológica. A éstos se agrega más tarde la historia monárquica y aristocrática, feudal y militar, luego la historia política de los grandes estadistas, de los parlamentos, las constituciones y la ideología burguesa. Y en cada época también hay una curva de evolución, un movimiento en ondas que asciende y desciende: así como las clases sociales suben, crecen, llegan a su apogeo y después se estancan y descienden, la historia sigue ese movimiento ondulatorio. Se hace una historia conservadora y una historia insurgente, historia de dere-

cha e historia de izquierda, historia revolucionaria e historia reaccionaria.

8

Por eso, al pasar del periodo individualista y burgués a la época socialista y proletaria, hay también una historia insurgente y una historia rezagada, que sigue sin poder librarse de los sedimentos primitivos, teológicos, feudales, idealistas, jacobinos, románticos o positivistas. Después del positivismo se inició un movimiento de reacción espiritualista y metafísico, con tendencias teológicas y religiosas. Pero esa reacción no corresponde a un movimiento paralelo de las transformaciones sociales y económicas. Si la revolución proletaria hubiera sido aplastada, como parecía, por el auge del capitalismo, tal vez el espiritualismo habría podido arraigar o darle nuevos matices a la filosofía contemporánea. Pero la transformación, derrota o renovación de los sistemas capitalistas, permitieron la rehabilitación de lo que se ha llamado, indebidamente, materialismo histórico o interpretación económica de la historia. Sobre el fundamento de las doctrinas expuestas por Marx y Engels, contando con las aparentes disidencias de revisionistas, neomarxistas y aun pensadores que se tiene por renegados o herejes del marxismo, ha evolucionado la interpretación materialista de la historia, hasta llegar a la interpretación humanista, biológica y realista. El nombre no importa. Lo que importa es que la selección de los hechos y su encadenamiento se hagan de acuerdo con el movimiento social del presente, para crear obra viva y eficaz.

III
Los creadores de la historia moderna

1

Dice Keyserling: "Los espíritus que han comunicado a esta época impulsos vitales históricos (Spengler, Freud, Bergson, Lenin, Einstein, Sombart) representan por separado, en formas distintas, algo común y conexo". Es porque también representan corrientes

de ideas colectivas. Son intérpretes de un sentir multánime *[sic]* que aflora por sus bocas. Cada uno de ellos supera o rectifica al otro, pero al mismo tiempo lo confirma. Y todos ellos tendrán que seguir la misma suerte de toda manifestación vital; quedarán inscritos en el tiempo, pero tendrán que perder su carácter de actualidad.

Podrá ser o no una desgracia para la filosofía moderna la destrucción de las interpretaciones sistemáticas, pero, seguramente, para la historia, el fracaso de los sistemas cerrados y exclusivos, es una verdadera liberación.

Veamos cómo se completan, se combinan y se superan unos a otros esos factores históricos que señala Keyserling.

Después de la idealización clásica, y la exaltación romántica, sobrevino la escuela positivista, caracterizada principalmente por la ley de los tres estados de Comte y la teoría del medio físico de Taine.

Al derrumbarse la construcción positivista, la historiografía dio una especie de salto mortal en el vacío. De la creencia en el progreso indefinido y la interpretación puramente física y mecánica del mundo, se pasó a la confusión de un providencialismo nebuloso. Algunos creyeron que era preciso retroceder hasta la teología en vez de avanzar por el pragmatismo hacia la biología.

Los espíritus de tendencia reaccionaria creyeron que había llegado la oportunidad de confesar la bancarrota irremediable de la ciencia. Según matices, hubo partidarios del estancamiento doctrinal aferrado al positivismo por rutina, amigos del retorno al romanticismo, al liberalismo clásico, a la teología, a los espiritualismos disfrazados de teosofía, de budismo, de cristianismo evangélico, o por el rumbo de la política militante, hasta la teocracia y el absolutismo.

2

Se llegó a decir, recordando a Rousseau, que la historia es el arte de escoger entre varias mentiras, la que más se parece a la verdad. O el otro extremo, una experiencia infinitamente complicada y misteriosa, como la vida, de la cual tomamos las enseñanzas que buenamente se puede.

Se repitieron las palabras de Bolingbroke: "la erudición histó-

rica es una ignorancia fastuosa. Todas las disquisiciones sobre historia antigua o primitiva son como esos preludios o ensayos de afinación que solamente los obtusos de oído confunden en los conciertos con la verdadera armonía".

La ley de los tres estados de Comte había sido la consagración de las teorías lineales de interpretación histórica, o sea, las que consideran la marcha de la humanidad en una línea no interrumpida. Según Comte, el hombre pasa del estado teológico al metafísico y finalmente al positivo. En el primero, principalmente es el hombre que quiere saber, que busca, que investiga, que duda. En el segundo, es el hombre que cree *(homo credulus)*. En el tercer estado es el hombre que sabe, el *homo sapiens*, coronamiento y fin de la especie.

Puede decirse que la biología vino a señalar la nueva ruta. En vez de ser humildemente una disciplina descriptiva de los seres vivos, la biología se enderezó y se extendió para hacerse vitalismo, y para estudiar los fenómenos de la vida con método científico. El "impulso vital" de Bergson comenzó su carrera en el mundo de las ideas. Y después vinieron, como auxiliares, la geografía humana y la ecología.

El positivismo había forjado un dilema para el conocimiento histórico: era éste una simple colección de datos sin sentido y narraciones estimables según su valor artístico solamente, o era una rama de la ciencia, y en tal caso debería estar sujeta a leyes universales. Se intentó en vano formular la ley histórica inmutable y total. El positivismo oscilaba en movimientos desesperados para reducir la vida entera a fórmulas y clasificaciones estrictas, o dejar a la historia entre la novela y la fábula, y a la filosofía de la historia junto a la metafísica.

En lugar de la filosofía de la historia se empezó a formar una nueva rama del conocimiento, que se ha llamado morfología de la historia, o historiología o doctrina de la historia. En este campo no es preciso retroceder a Kant, sino más bien a Juan Bautista Vico, rehabilitando el linaje de pensadores que arranca del enigmático y mal conocido napolitano, y se prolonga después a través de Hegel y de Marx. Vuelve a hablarse de una interpretación económica, de una interpretación cíclica y de una interpretación biológica, es decir, vital, radical, pluralista.

IV
La influencia de Bergson

1

Con el método de Bergson se pudo comprender que el hombre que sabe apenas es el hombre que cree saber, y, además, que hay una entidad humana que es el *homo faber*, el hombre que fabrica y que trabaja.

Ésta es la primera aportación de Bergson a la historiografía moderna. El viejo materialismo histórico parece renovado y ennoblecido cuando se expresa lo siguiente:

> En cuanto a la inteligencia humana, no se ha fijado bastante la atención en que su acto esencial es la invención mecánica, y que hoy todavía nuestra vida social gravita alrededor de la fabricación y utilización de instrumentos artificiales. Nos cuesta trabajo verlo porque las modificaciones de la humanidad van siempre retrasadas respecto de las transformaciones de su maquinaria o instrumental. Un siglo ha transcurrido desde la invención de la máquina de vapor, y estamos empezando a sentir la sacudida profunda que nos ha dado; la revolución que operó en la industria ha trastornado las relaciones entre los hombres; surgen ideas nuevas; nuevos sentimientos están a punto de brotar. Dentro de millares de años, cuando el lejano pasado sólo deje ver sus grandes líneas, nuestras guerras y revoluciones pesarán poco, si hay memoria de ellas; pero de la máquina de vapor, con su séquito de invenciones variadas, se hablará quizás como hablamos de las edades del bronce o de la piedra tallada; servirá para definir una era.

2

Y esto es tan cierto que, al estudiar con criterio moderno la historia mexicana, podrá encontrarse que los hechos de más trascendencia, apenas notados hasta ahora, son modestas invenciones como el beneficio de metales por amalgamación de mercurio, implantado en México por Bartolomé de Medina, a mediados del siglo XVI, la máquina despepitadora de algodón, inventada en 1793 por Eli Whitney, y más tarde, el uso de maquinaria en

las minas, el sistema de beneficio de metales por cianuración y el motor Diesel de combustión interna. Cada una de estas reformas en el régimen de producción puede marcar una época entera, mejor que las innumerables mutaciones dinásticas o políticas.

Y de modo semejante, se descubrirá que la influencia de los caminos, del maíz, de la sal, de los animales domésticos de alimentación o de transporte, constituyen verdaderos factores históricos, y que, para la existencia colectiva o la redención nacional, importan, en primer término, los procedimientos industriales que faciliten el regadío, el saneamiento de las regiones tropicales y la alimentación o higiene del pueblo.

3

Igual importancia debe concederse a los conceptos bergsonianos de la duración. Uno de los fundamentos de la historia moderna tiene su origen en estas breves líneas:

> El organismo viviente es cosa que dura. Su pasado se prolonga totalmente en su presente y ahí permanece actual y activo. Si así no fuere, ¿se podría comprender que atravesara por fases definidas y cambiara de edad; que tuviera, en suma, historia? Donde quiera que algo vive, existe abierto, en alguna parte, un registro en que se inscribe el tiempo.

También es aportación de Bergson, aunque sea indirecta, la aplicación a la historia de la ley de Carnot y Clausius, según la cual toda energía tiende a degradarse en calor y el calor a repartirse uniformemente entre los cuerpos. Esta fórmula cosmológica (entropía), juntamente con el "impulso vital", debe formar ya parte de la terminología usual en los estudios históricos.

Y, finalmente, a Bergson se debe también la explicación biológica de las migraciones, los descubrimientos, las conquistas, las luchas de clases y las revoluciones, que son las fuentes más vivas y fecundas de la historia humana. La diferencia de la vida vegetativa y la actividad animal arranca desde las funciones primarias y esboza los grandes sucesos históricos en humildes orígenes de biología. Como el animal no puede fijar directamente el carbono y el ázoe se ve obligado, para alimentarse, a buscar los vegetales

que ya han fijado estos elementos o los animales que los han tomado prestados al mundo vegetal. Por esto, el animal es necesariamente móvil, desde el infusorio hasta el conquistador.

El vegetal fabrica directamente substancias orgánicas con subs-tancias minerales y esta aptitud lo dispensa, en general, de mo-verse, y por lo tanto, de sentir. Los animales, obligados a ir en busca de alimento, han evolucionado en el sentido de la actividad locomotriz y, por tanto, de una conciencia cada vez más amplia y distinta.

Cada especie, en el acto por el cual se constituye, va a lo que le es más cómodo. Del mismo modo que los organismos primitivos se orientan hacia la animalidad, renunciando a fabricar "orgáni-co con orgánico", para tomar prestadas las substancias orgánicas hechas a los organismos ya encaminados hacia lo vegetal, otras especies animales se arreglaron para vivir a expensas de los de-más animales. Efectivamente, un organismo animal, es decir, mó-vil, puede utilizar esta movilidad para alimentarse, o bien con vegetales o bien con animales indefensos, por lo cual cuanto más móviles son las especies, se hacen más voraces y peligrosas. Se adivinan aquí los antecedentes de la lucha de clases: tribus erran-tes contra tribus sedentarias, cazadores contra agricultores, emi-grantes contra vegetativos, cristianos contra fariseos, cristianos contra gentiles, luteranos contra papistas, proletarios contra propietarios, rebeldes contra conservadores.

> En la evolución del armamento humano, el primer movimiento es guarecerse, parapetarse; el segundo, que es el mejor, hacerse lo más flexible que cabe para la fuga y también para el ataque, que es la más eficaz manera de defenderse; así el pesado hoplita griego fue substituido por el legionario romano; el caballero cubierto de hierro debió ceder ante el infante, libre de moverse como quiere. De un modo general, en la evolución del conjunto de la vida, como la de las sociedades humanas —y como en los destinos individuales—los mayores éxitos han sido para los que han corrido los riesgos mayores.

Es decir, los emigrantes, los exploradores, los revolucionarios, los herejes, los dinámicos y los inconformes.

4

La historia trata de fenómenos complicados, llenos de obscuridades y misterios, que la historia moderna apenas empieza a revelar y que la historia antigua no ha tratado sino ocasionalmente y sin método. No es raro que las cruzadas aparezcan como un movimiento colectivo de fe cristiana contra impiedad musulmana. Pero se necesita muy poca penetración para no adivinar que junto al impetuoso empuje de las huestes de Godofredo o de san Luis, hubo también mucho de tendencia expansiva de la Europa mediterránea hacia el extremo asiático productor de innumerables mercaderías. La Europa feudal tenía hambre, y las rutas comerciales, cerradas por el dominio turco, tenían que provocar un impulso de expansión que tomó aspecto religioso en la liberación del sepulcro de Cristo, se desarrolló en las guerras civiles de España contra los árabes, y en las enormes aventuras de la exploración de rutas oceánicas hacia la India y el descubrimiento y la conquista de América. La historia clásica, romántica o idealizada no ha concedido atención a este género de investigaciones, en parte por falta de documentación, y en parte porque ha sido casi siempre una especie de crónica impregnada con el espíritu de las clases dominantes, que fueron durante siglos precisamente las que menos participación tomaron en el trabajo inmediato de la producción de riquezas. La historia moderna aún tiene mucho de estos obstáculos, pero al menos procura acercarse a la verdadera raíz de la realidad social.

5

La forma de las instituciones, la organización política, las manifestaciones de la moral, de la religión y del arte, obedecen a un ritmo universal, aunque los detalles de la decoración o los sucesos episódicos tengan variedad infinita. Las apariencias ofrecen una maravillosa diversidad de matices, pero la profunda realidad mantiene rigurosa cohesión y los más diversos factores de la vida histórica se condicionan mutuamente, se ligan en una estrecha unidad cósmica, cambian influencias, se combinan, chocan, se mezclan o se entrelazan, y forman la estructura viviente y

cambiante de las sociedades sobre la base de las posibilidades económicas, geográficas y biológicas.

No es que la línea de la evolución tenga trazada su trayectoria en forma geométrica. No hay una ruta precisa de la vida cavernaria a la organización de la familia y del clan, de la tribu errante, cazadora o pescadora, al pueblo embrionario de agricultura eventual, a la comunidad agraria, a las villas burguesas, los centros comerciales y las metrópolis industriales. Todas estas formas se sobreponen unas a otras y se producen de acuerdo con la marcha de los sistemas de producción, de los desplazamientos de actividades económicas, de los grandes cambios de rutas mundiales, de las guerras y las emigraciones.

6

Por eso, la línea directriz sólo puede fijarse en cuanto a la orientación y marcha de conjunto, no como si se tratara de un organismo individual, de una planta o de un ser vivo informe y enorme. Y esa orientación general, para el hecho histórico, para los efectos de exploración de causas y explicación o aclaración para fines didácticos, se encuentra principalmente en la constante fermentación, en el flujo y reflujo perpetuo de los grupos humanos que tienden a reunirse en clases según las necesidades imperiosas del régimen de producción económica, en el movimiento vital de los hombres que se esfuerzan por lograr su sustento y su mejoramiento material y espiritual, sus apetitos y sus ambiciones. Sin que la división de clases sea tan neta como lo quieren suponer los fanáticos de la izquierda o de la derecha, y sin que la lucha de clases sea el único factor de actividad social, es necesario reconocer que la raíz efectiva de la energía histórica se caracteriza por el empuje constante de los que tienen sus necesidades y sus deseos más despiertos y la resistencia de los que quieren conservar su posición privilegiada.

7

Los choques y conflictos de clases, que constituyen factores históricos de primera importancia, no se producen solamente entre

capitalistas y proletarios, o empresarios y obreros. La misma clase capitalista se desgarra en contiendas intestinas, llegando a provocar las guerras internacionales por el dominio de los mercados y la explotación colonial de las materias. En otros tiempos, esto mismo se disfrazaba de contiendas dinásticas en la disputa de los instrumentos de producción: la tierra y los siervos. Y antes aún se presentaba el propio fenómeno en las luchas tribales por la adquisición de esclavos.

La misma división que hay entre capitalista y proletario se aparece en las formas políticas de opresión colonial, protectorado, mandato, zona de influencia o territorios sujetos a dominación imperialista. La lucha entre naciones o culturas fuertes y débiles y la explotación colonial, levantan hostilidades y querellas tan fecundas en agitación histórica como los conflictos entre explotados y explotadores.

V
Spengler y las culturas

1

Así comenzó a renacer el sistema de las interpretaciones circulares o cíclicas derrotando a la interpretación lineal. El mérito de Spengler consiste en haber resucitado con resonancias poéticas y proféticas la idea de los ciclos históricos. Pero, como sucede con frecuencia, como ha sucedido con Marx, las fórmulas de Spengler tienen menos valor en aquello que pretende imponerse con rigor científico, que en lo puramente explorado por la intuición.

La idea de los ciclos históricos ya está, en cierto sentido, en la misma ley de los tres estados. Está igualmente en la teoría de la evolución de Spencer, que considera a la sociedad como un organismo vivo. Estaba ya en Vico, que describió el movimiento histórico como si fuera un recorrido astronómico y la humanidad se moviera corriendo y recorriendo indefinidamente por una órbita *(corsi ricorsi).*

2

La misma idea fue expresada por Saavedra Fajardo:

> No son las monarquías diferentes de los vivientes o vegetales. Nacen, viven y mueren, como ellos, sin edad firme de consistencia, y así son naturales sus caídas. En no creciendo, decrecen. Nada interviene en la declinación de la mayor fortuna. El detenerla en empezando a caer, es imposible.

Y más lejos aún. La teoría de los ciclos viene desde Heráclito hasta Frobenius. La doctrina de la antigüedad (Antonio Caso, *El concepto de la historia universal)* sobre el movimiento de las sociedades se resume en este trozo del libro *Sobre la naturaleza del universo*, de Ocellus Lucanus: "Cuanto a este mundo concierne movedizo es y cambiante. Las sociedades nacen, crecen y mueren como los hombres, para ser reemplazadas por otras sociedades, como nosotros mismos lo seremos por otros hombres". O como dice Marco Aurelio: "Las cosas del mundo son siempre las mismas en sus vueltas orbiculares de arriba a abajo, de siglo en siglo".

Spengler había usado el término "ciclo" en su significación original. El "círculo" era para su teoría casi una forma geométrica, que hasta se podía medir, señalando dos milenios, aproximadamente, a cada rotación de una gran cultura. Cada ciclo se le aparecía como un organismo, y el signo de la fatalidad, la nota fúnebre, del destino irremediable, se convertía casi en obsesión. La cultura occidental, condenada a muerte, pareció reaccionar y se ha defendido de la maldición spengleriana, encerrando a Spengler dentro de los límites dialécticos de sus propios círculos.

3

La palabra *cultura*, según su origen latino, durante mucho tiempo se empleó como sinónimo de cultivo del campo, o en su sentido figurado, como elegancia de estilo, finura, urbanidad.

Después se ha tratado de oponer a la concepción teológica del mundo, una concepción natural e intelectual que siga tradiciones de la filosofía griega. "Según la concepción teológica hay que buscar el sentido y la razón de la vida fuera de ella; según el concepto cultural, la vida tiene su razón y su sentido dentro de sí misma. La cultura viene a ser una reacción de la inteligencia sobre

lo espontáneo de la naturaleza viva." Y la cultura humana es el cultivo o fomento de ciertas funciones del hombre que se consideran de máximo valor.

Pero corresponde a Spengler el honor de haber resucitado y dado nuevas formas a la teoría de los ciclos históricos, recreando el término especial y la idea de las "culturas". Dice Ortega y Gasset: "Spengler cree descubrir la verdadera substancia, el verdadero 'objeto' histórico en la cultura", esto es, un cierto modo orgánico de pensar y sentir. Hasta ahora han aparecido sobre la tierra varios de estos seres propiamente históricos. Spengler enumera hasta nueve culturas (entre las cuales está la cultura mexicana), cuya existencia ha ido sucesivamente llenando el tiempo histórico. Las "culturas" tienen una vida independiente de las razas que las llevan en sí. Son individuos biológicos aparte. Son como plantas y tienen su carrera vital predeterminada. Atraviesan la juventud y la madurez para caer inexorablemente en decrepitud. Y el propio Spengler se expresa así: "la historia humana no es sino el conjunto de enormes ciclos vitales, cada cual con un yo y una personalidad, que el mismo lenguaje usual concibe indeliberadamente como individuos de orden superior, activos y pensantes y llama 'la antigüedad china' o 'la civilización moderna'. *Las culturas son organismos.* La historia universal es su biografía".

La historia de la cultura mexicana debe ser la biografía de México.

4

Busquemos la médula de *La decadencia de Occidente.*

Una masa inabarcable de seres humanos, un torrente sin orillas que nace en el pasado sombrío, allá donde nuestro sentimiento del tiempo pierde su eficacia ordenativa y la fantasía inquieta —o el terror— evoca la imagen de los periodos geológicos, para ocultar tras ella un enigma indescifrable; un torrente que va a perderse en un futuro tan negro e intemporal como el pasado; tal es el fondo sobre el que se destaca la imagen fáustica de la historia humana.

Sobre esta superficie escriben las grandes culturas sus círculos majestuosos. Emergen de pronto, extienden a lo lejos sus magníficas curvas, debilítanse luego y desaparecen. Una cultura nace

cuando un alma grande despierta de su estado primario y se desprende del eterno infantilismo humano; cuando una forma surge de lo informe; cuando algo limitado y efímero emerge de lo limitado y perdurable. Florece entonces sobre el suelo de una comarca, a la cual permanece adherida como una planta. Una cultura muere cuando su alma ha realizado la suma de sus posibilidades, en forma de pueblos, lenguas, dogmas, artes, estados, ciencias, y torna a sumergirse en la espiritualidad primitiva.

Cuando el término ha sido alcanzado, cuando la idea, la muchedumbre de las posibilidades interiores se ha cumplido y realizado exteriormente, entonces, de pronto, la cultura se *anquilosa* y muere; su sangre se cuaja, sus fuerzas se agotan; se transforma en civilización. Esto es lo que sentimos y comprendemos en las palabras egipticismo, bizantinismo, mandarinismo. Y el cadáver gigantesco, tronco reseco y sin savia, puede permanecer erecto en el bosque siglos y siglos, alzando sus ramas muertas al cielo. Tal es el caso de China, de la India, del mundo del Islam.

Esto es la esencia de la doctrina spengleriana, que su propio creador juzga de este modo orgullosamente:

> Considero como el *descubrimiento copernicano*, en el terreno de la historia, el nuevo sistema que este libro propone, sistema en el cual la Antigüedad y el Occidente aparecen junto a la India, Babilonia, China, Egipto, la cultura árabe y la cultura mexicana, sin adoptar en modo alguno una posición privilegiada.

Pero tal vez la ambición de elevar demasiado su doctrina, hasta igualarse con Copérnico, y darle al mismo tiempo un carácter estricto de exactitud fue lo que provocó las críticas y trajo las indispensables rectificaciones y limitaciones.

5

El historiador mexicano Ricardo García Granados ya nos había expuesto bien anticipadamente orígenes y analogías de las ideas de Spengler. Sigamos su lección.

Montesquieu estableció por primera vez el principio de que, en las sociedades humanas, las instituciones y leyes no son un

agregado sin cohesión, formado por el acaso o conforme al capricho de los hombres, sino un conjunto armónico, en el cual las partes están relacionadas entre sí, de tal manera, que no se puede alterar ninguna sin que sufran las otras; a lo cual se debe agregar que las instituciones se forman bajo la influencia de la naturaleza del país en que se desarrolla la sociedad.

6

Conforme a Buckle, las civilizaciones primitivas aparecieron primero en los países cálidos, pero también permanecieron estacionarias, a causa del estado de miseria a que se ha sujetado en esos países a las clases inferiores. En efecto, en donde los jornales son invariablemente bajos, la distribución de la riqueza, del poder político y de la influencia social tiene que ser muy desigual, mientras que en los países fríos, el clima que vigoriza el cuerpo, así como el trabajo más activo y más bien remunerado, trae consigo una mejor repartición de los productos, creadora de una civilización superior, quedando así demostrado que las relaciones entre las clases superiores y las inferiores dependen, como se decía antes, de las peculiaridades de la naturaleza del país.

Pero no solamente respecto a la creación y repartición de la riqueza, y, en consecuencia, respecto a la constitución política y social de las naciones, descubre Buckle la influencia de la naturaleza exterior, sino también en cuanto a la manera de pensar, dando un carácter especial a la religión, las artes y la literatura.

Se puede hacer mención de la teoría de Feuerbach, conforme a la cual el genio de un pueblo depende de la clase de su alimentación, es decir, que el hombre "es lo que come", o como se dijo en Alemania con un juego de palabras "ist was er isst".

7

Entre los historiadores que adoptaron el punto de vista psicológico-social, el profesor alemán Lamprecht expone, en un interesante estudio, titulado *Moderne Geschichswissenschaft*, la manera como los pueblos van pasando en su desarrollo por lo que él llama

"edades de cultura" (*Kulturzeitalter*) sucesivas, caracterizadas por sus manifestaciones psíquicas. Por carecer de datos suficientes, se limita Lamprecht, según dice, a exponer en todas sus fases, únicamente, el desarrollo del pueblo alemán, pero ilustrando su teoría con ejemplos de otros pueblos.

En las épocas más remotas de que nos habla la historia, vivía el pueblo alemán en un estado mental de simple contemplación de la naturaleza. Sin sospechar y mucho menos pretender penetrar sus misterios, la religión era una mitología simbólica, los principales actos de la vida iban acompañados de ceremonias simbólicas, y el único arte era la ornamentación, que consistía en simples líneas curvas, que simbolizaban el movimiento y el ritmo. Por todos estos motivos, el mencionado historiador designa esa remota edad que se extiende hasta el siglo III con el nombre de "simbólica".

A esa edad sigue la que el mismo autor designa con el nombre de "típica", que se desarrolló bajo la influencia del cristianismo y de la cultura romana, y que abarca, aproximadamente, los dos últimos siglos del imperio romano y la primera mitad de la Edad Media. Caracteriza esta época la creciente conciencia de la personalidad nacional, que hace surgir el poema épico, destinado a ensalzar las hazañas de los héroes populares, y que trae consigo en el arte decorativo, la producción de caracteres típicos sin alcanzar todavía a lo individual.

8

Sigue a la "edad típica" la designada con el nombre de "convencional", que corresponde a la segunda mitad de la Edad Media, y cuyo nombre se debe a que en ella estaban sujetas las manifestaciones de la vida a la más estricta disciplina e incluso las producciones del arte. Es la época del feudalismo, del predominio de la Iglesia y de la escolástica, en que desaparece la organización semicomunista de los pueblos, cuyos terrenos fueron absorbidos por la caballería feudal y por los conventos, que convirtieron en siervos a los labradores de la tierra. Los nuevos propietarios del terreno, es decir, la Iglesia y la nobleza se constituyeron también en soberanos, no dejando al rey más que el carácter de jefe supremo de los contingentes armados en caso de

guerra. Ese sistema político social fue transformándose a causa de la fundación de ciudades fortificadas, más o menos libres, generalmente protegidas por los reyes o la Iglesia para quebrantar el poder de los grandes señores. La importancia y poder de las ciudades fue creciendo rápidamente, y cuando se hubo formado una burguesía rica e ilustrada que, bajo el amparo de sus Cartas de Privilegios, se gobernaba a sí misma, se desarrolló una nueva cultura, que, con la introducción del régimen monetario, en substitución del cambio de productos acabó por destruir el régimen feudal, dando así fin a la edad llamada "convencional".

Con el creciente poder y desarrollo intelectual de la burguesía se inició la "edad individualista", que duró, según Lamprecht, hasta mediados del siglo XVIII. Consistió el movimiento intelectual en una reacción contra la tiranía de la Iglesia, la filosofía escolástica y los abusos del clero y de la nobleza. No se ponían todavía en duda los dogmas cristianos, pero los hombres aspiraban a comunicarse directamente con Dios, sin intervención de los sacerdotes, a interpretar y explicar la doctrina cristiana y a investigar sus fundamentos. En filosofía, la inducción y las leyes de causalidad reemplazaron al milagro; en pintura, escultura y decoración, lo individual sustituyó a lo típico, y en política, los reyes y las ciudades se sobrepusieron a la aristocracia, la cual se vio obligada a bajar de sus castillos para convertirse de brutal y guerrera en refinada y cortesana. Este movimiento de individualismo fue más acentuado en unos países que en otros, conduciendo en algunos de ellos a una reforma de la Iglesia y separación de Roma, conocida con el nombre de "protestantismo".

El desarrollo natural de las ideas, bajo la influencia de los nuevos descubrimientos e invenciones, condujo de la "edad individualista" a la edad en que hoy vivimos y que Lamprecht llama "subjetivista", sin explicar bien el motivo, pero se infiere que el nombre se debe a que el ideal de los pueblos civilizados era la exaltación y el libre desarrollo del sujeto, o sea una especie de ultraindividualismo. Está caracterizada, en efecto, esta época, por la tendencia a destruir todo dogma o tradición que entorpezca la acción individual en sus legítimas aspiraciones; la libertad en política, la libre competencia en la producción de bienes materiales, el realismo en el arte y la literatura, y en filosofía la tendencia a desligar la psicología de la metafísica.

Después de haber explicado los motivos que justifican esa división de la historia en "edades de cultura" y de haber hecho resaltar los rasgos característicos de cada una de ellas, procura Lamprecht describir el proceso psicológico de las épocas de transición de una "edad de cultura" a la otra. Cuando una edad de cultura, que llamaremos mejor "edad histórica", toca a su fin, aparecen, con ciertos signos característicos, como son la petrificación de las ideas hasta entonces predominantes, el pedantismo intolerante y el mayor apego a la tradición en ciertas clases sociales; pero las nuevas ideas y tendencias, que se mezclan a las doctrinas caducas, son más fuertes que las fuerzas de inercia, produciendo una desasociación de ideas y un desequilibrio mental, que temporalmente desencadenan los instintos egoístas y que producen una crisis, que no todos los pueblos resisten.

Pero ¿de dónde brotan estas ideas y tendencias, que producen tales transformaciones? ¿Surgen esas ideas espontáneamente o son el producto de circunstancias especiales? A esto contesta Lamprecht diciendo que la evolución económica es la que trae consigo "en primer término" la evolución de las ideas y que sus edades de cultura coinciden, aproximadamente, con las de los economistas, correspondiendo la "simbólica" a la "pastoril", la "típica" y la "convencional" a la "mercantil con régimen monetario", y, en fin, la "subjetiva" a la "industrial moderna".

Esto parece una combinación de Marx y de Spengler.

VI
La influencia de Einstein

Las teorías de Einstein, según la interpretación popular, tienen que restar fuerza dogmática a los círculos cerrados y perfectos de Spengler. El sentido histórico de la teoría de la relatividad ha sido expuesto por José Ortega y Gasset *(El tema de nuestro tiempo)* recordando, una vez más, que un edificio científico de esa importancia no es obra de un solo hombre, sino resultado de la colaboración indeliberada de muchos, precisamente de los mejores, y que la orientación que revelan esas tendencias marcará el rumbo de la historia occidental. Para la física de Einstein, el conocimiento humano es absoluto; la realidad es la relativa. Los

viejos absolutistas cometieron en todos los órdenes la misma ingenuidad. Parten de una excesiva estimación del hombre. Hacen de él un centro del universo. La geometría euclidiana, que sólo es aplicable a lo cercano, era proyectada sobre el universo. Esto es lo que puede llamarse "perspectivismo".

La teoría de Einstein es una maravillosa justificación de la multiplicidad armónica de todos los puntos de vista. Amplíese esa idea a lo moral y a lo estético y se tendrá una nueva manera de sentir la historia y la vida. El individuo, para conquistar el *maximum* posible de verdad, no deberá, como durante centurias se le ha predicado, suplantar su espontáneo punto de vista por otro ejemplar y normativo, que solía llamarse visión de las cosas *sub speciae eternitatis*. El punto de vista de la eternidad es ciego, no ve nada, no existe. En vez de esto, procurará ser fiel al imperativo unipersonal que representa su individualidad. Lo propio acontece con los pueblos. "En lugar de tener por bárbaras las culturas no europeas, empezaremos a respetarlas como estilos de enfrentamiento con el cosmos equivalentes al nuestro. Hay una perspectiva china tan justificada como la perspectiva occidental."

Y nosotros repetimos: una perspectiva mexicana, o si se quiere, iberoamericana o criolla.

VII
La superposición de formas económicas

1

A Werner Sombart le debe la historia moderna una interesante perspectiva, a la vez psicológica y económica, de los antecedentes del capitalismo y la formación de clases sociales que han precedido a la burguesía industrial. En particular, la historia de España, en el punto que a nosotros nos atañe de modo fundamental, o sea la tremenda crisis de la decadencia iniciada desde el siglo XVI, ha sido estudiada en *El burgués*. Ahí también se encuentran apuntes certeros sobre la importancia y el carácter de las migraciones. Dice:

> Sería una tarea por demás atrayente escribir una historia universal de la humanidad, colocándose desde el punto de vista de las influencias

que "el extranjero" ha podido ejercer sobre los acontecimientos del país en el que ha sido lanzado por las vicisitudes étnicas se ha efectuado en gran parte a favor de las influencias exteriores *[sic]*. Que se trate del sistema religioso o de inventos técnicos, de formas de la vida cotidiana, de modas o de costumbres, de revoluciones políticas o de prácticas financieras se comprueba que se trata siempre, o casi siempre, de estímulos impresos por los "extranjeros". Y algo semejante cabe decir de los herejes. [Es decir, un nuevo y más amplio aspecto de la lucha de clases.] Vemos así al "extranjero" revelarse en todo y siempre como el precursor; el iniciador del capitalismo más avanzado y esto en cualquier país al que se hubiera trasplantado [Estado civilizado de Europa o colonia de ultramar]. El espíritu capitalista debe su sello moderno a la "falta de escrúpulos" con respecto al "extranjero". [Y a la inversa, a la falta de escrúpulos del extranjero en el país donde prospera sin arraigar.]

2

Pero la tesis más interesante de Sombart, que constituye una verdadera clave de la ciencia y de la vida, se encuentra en esta sencilla conclusión, formulada en la parte final de *El capitalismo:* "En el curso de la historia aumenta el número de los sistemas de economía que se practican en la misma época... surgen nuevas voces sin que las antiguas dejen de sonar... Sin duda en el porvenir subsistirán:

Capitalismo. Cooperativismo. Economía comunal. Economía personal. Artesanado. (Sindicalismo.) Pequeña agricultura. (Y cada vez más remotos, peonaje, servidumbre, esclavitud.)"

Lo que afirma de la economía puede extenderse a la mayor parte de las actividades humanas. En el mundo modernísimo comprobamos la supervivencia de rasgos cavernarios y trogloditas, sepultados bajo los aluviones no sólo de una cultura, sino de varias culturas. Lo mismo sucede en arte, en costumbres domésticas, en religión, en política. Sombart ha pretendido modificar de esta manera la visión marxista, porque "Marx no quiso realmente escribir historia, sino hacerla", y vio el problema como táctico, analizando la lucha de clases en un momento dado, y preparando el advenimiento de una nueva época como si fuera la última y definitiva de la civilización. Sombart ha tenido más intención histórica, y se ha asomado como "un profeta al revés",

para descubrir los antecedentes del capitalismo en la cultura europea y para vaticinar el porvenir inmediato.

3

El mismo Sombart explica, en la introducción de su obra *El apogeo del capitalismo*, que aun cuando rechaza lo que en síntesis se llama actualmente "marxismo", admira en Marx sin reserva al historiador y al teórico del capitalismo. Si la ciencia económica ha podido llegar en sus investigaciones a resultados fecundos, es por haber seguido durante un siglo los caminos abiertos por Marx. Pero Marx estudió el capitalismo naciente, y quiso edificar un sistema científico que sirviera al mismo tiempo como recurso práctico y político para la lucha de libertad proletaria.

Si tratamos de comprender, dice Sombart, el encadenamiento de los hechos históricos según la razón y los instintos humanos y tal como se aparecen ante nuestra conciencia, debemos eliminar toda consideración metafísica. Y es cuestión metafísica saber si la fuerza motriz de la actividad humana (que unos llaman espíritu y otros materia) funciona independientemente de nuestra voluntad. La filosofía social sólo se ocupa de las manifestaciones humanas que toman forma concreta, es decir, que reciben la huella de la vida física del hombre.

4

Y agrega:

> Aunque el marxismo haya buscado y muchas veces encontrado las fuerzas motrices de la historia en la esfera vital, ha sufrido también el error de los espiritualismos que conceden carácter de fuerza motriz a simples fenómenos de correlación. Así es la plusvalía del capital. El capital mismo es solamente una relación social, que no puede estimarse sino con todo su conjunto de anillos intermediarios. Lo mismo puede decirse de la "división del trabajo" y de la "concurrencia", que son efectos y no causas. Hasta las instituciones jurídicas, la técnica industrial o los factores demográficos no son propiamente fuerzas activas, motrices y determinantes, porque para producir efectos necesitan apoyarse sobre algo que funcione con energía vital.

El sistema jurídico no formula reglas de conducta más que cuando ya se ha realizado un estado de cosas. Es como un conjunto de placas indicadoras y cuadros de avisos, que señalan a los viajeros el camino que deben seguir. (Algo así como un código de señales y reglas de tránsito.) Sabemos por experiencia que el sistema jurídico como tal, por sí mismo, es impotente. Una organización profesional es letra muerta si no se cuenta con hombres capaces de crear y desarrollar un sistema económico.

En cuanto a la técnica, ninguna posibilidad de este orden puede realizarse si no es por otra fuerza auxiliar distinta de la técnica. Antes de usar la máquina de vapor se necesita haberla inventado y después se necesitan los trabajos y los medios de aplicación. La técnica puede existir en potencia solamente, como se dice de algunas invenciones de los chinos. En resumen, la fuerza motriz de la historia no es más que el hombre viviente, con sus aspiraciones, sus finalidades, sus impulsos voluntarios, sus pensamientos y sus pasiones.

Pero hay que decir más bien: el hombre y la tierra; el hombre y la ciudad; el hombre y la máquina.

VIII
Marx-Lenin y el materialismo histórico

1

Por otra parte, Spengler creyó haber eliminado a Marx de la historiografía. El materialismo histórico parecía enterrado por la ciencia experimental, puesto que los hechos no habían confirmado las profecías marxistas. El libro de Spengler, escrito por el año de 1914, negó, una vez más, en nombre de la experiencia y de la lógica todo valor científico a las doctrinas marxistas. Pero vino la extraordinaria experiencia o aventura de Lenin. Y el marxismo reapareció reclamando una revisión. En este sentido es seguramente como Keyserling considera a Lenin como factor histórico. No importa que el marxismo fracase o no como fuerza puramente política. Se ha demostrado que es algo más lleno de vitalidad que una simple doctrina económica, porque es también una gran fuerza de mística social.

2

La mística revolucionaria es una continuación lógica de la mística democrática. Este rasgo se revela con la siguiente frase de Sorel, escrita en *El sindicalismo revolucionario:*

> El socialismo es necesariamente una cosa muy obscura, puesto que trata de la producción, esto es, de lo que existe de más misterioso en la actividad humana, y se propone aportar una transformación radical en esta región, que no es posible describir con la claridad que se encuentra en las regiones superficiales del mundo.

Sin embargo, esta indicación no significa que todas las doctrinas socialistas tengan tal significación puramente mística. Max Eastman, Benedetto Croce, Henri de Man y Werner Sombart nos enseñan cuál es la fuerza real del marxismo ante la ciencia. Y Lenin llegó a resultados semejantes por la experiencia política y social. Así es discutido el marxismo como sistema y como dogma, pero sin quedar totalmente anulado. Se demuestra que "no es todo, pero que es mucho". Y debe ser más aún como hipótesis científica, como alta escuela de economía y como idea fuerza, o potencia histórica, impregnada de sentido mágico y místico. *El capital* de Marx ha sido lo que fue el *Contrato social* de Juan Jacobo Rousseau para la revolución democrática.

IX
La importancia del factor económico

1

El factor económico no es todo, desde luego, porque cualquier impulso económico (inventos, reformas, leyes, etcétera) es a su vez creado y dirigido por el espíritu. Pero en la historia debe de todos modos darse sitio más amplio a las causas económicas porque son más próximas, visibles, explicables y precisas que los impulsos remotos del espíritu, del instinto, de la fatalidad, o del azar o de la subconsciencia. La concepción marxista de la historia tiene en cuenta, en primer término, lo más primitivo y lo más racio-

nal. Es decir, lo más explicable, próximo y sólido. Mientras los conceptos se van haciendo menos materiales y precisos (política, religión, arte, moral, espíritu) se hacen también menos explicables y definibles, hasta subir al concepto ideal, metafísico, cósmico y divino en busca de la causa final y del origen de la vida.

Dejando fuera de estas anotaciones la parte netamente política del marxismo, que constituye un problema aparte, puede decirse con Henri de Man *(Más allá del marxismo)* que es necesario reconocer sin reservas que las hipótesis marxistas han contribuido a hacer más fáciles las investigaciones históricas, porque fijaron la atención sobre un factor esencial de la historia, el económico, que, aunque no fue descubierto por Marx, estuvo antes muy abandonado.

2

Así es que la doctrina marxista, en cuanto idea-fuerza y como hipótesis y explicación de la historia humana, tiene que ocupar un sector de primera importancia. No puede ser una explicación total o una filosofía de la historia. Esto sólo parecen creerlo los llamados "marxistas ortodoxos" que el propio Marx desconocería, puesto que, en este sentido, afirmó a Sombart que él mismo no era "marxista".

En el discurso que pronunció ante la tumba de Marx, Engels explicó su teoría de la historia diciendo que era el descubrimiento

> de uno de los hechos más simples, pero que, hasta entonces, había permanecido enterrado debajo de un cúmulo de excrecencias ideológicas, a saber: que los hombres tienen ante todo necesidad de comer, de beber, de vivir y de vestirse y que no es sino hasta después de haber satisfecho todas estas necesidades cuando pueden pensar en ocuparse de política, de ciencia, de arte y de religión.

3

La fase más corriente de la interpretación marxista de la historia puede condensarse como sigue: en la producción social de sus medios de subsistencia, los hombres contraen entre sí relaciones

necesarias, independientes de su voluntad. Estas relaciones de producción forman la estructura económica de la sociedad: la base real sobre la cual se eleva una superestructura jurídica y política y a la cual corresponden formas definidas de conciencia. El modo de producción de los medios de subsistencia materiales condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual. No es la conciencia de los hombres la que determina su manera de ser, sino su manera de ser social lo que determina su conciencia. En cierta fase de su desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad se manifiestan en oposición con las relaciones de producción existentes, o para decirlo en términos jurídicos, se manifiestan en oposición con las formas de propiedad dentro de las cuales había operado hasta entonces. Después de haber favorecido el desarrollo de fuerzas productivas, estas formas de propiedad se convierten, en un momento dado, en un obstáculo para su desarrollo ulterior. Y en este momento es cuando se produce la revolución social. En consecuencia, el desarrollo de las fuerzas de producción engendra un conflicto de clases, y la clase explotadora, para preservar su supremacía, crea o se apropia el Estado, codifica las costumbres, así como las ideas y tendencias morales favorables a su supremacía. Este Estado, estas ideas y tendencias, no son unos reflejos del proceso económico, sino los efectos de este proceso. Y cuando se trata de esferas más alejadas de la base económica, como la religión y el arte, el marxismo afirma que se trata entonces de imágenes simbólicas de las condiciones económicas.

Los críticos superficiales y la propaganda capitalista tomaron solamente la expresión de "comer y beber" y condenaron la interpretación económica de la historia por su bajeza y su brutalidad. Por eso ha sido necesario explicar que los móviles orgánicos y biológicos no se refieren exclusivamente a la satisfacción de las necesidades animales.

X
Evolución del marxismo

1

Uno de los errores más frecuentes en la crítica del marxismo es considerar la llamada teoría del materialismo histórico como una

interpretación económica simplista. Se pretende tomar el concepto de la economía clásica en vez de la visión económica iniciada por Marx, que es mucho más amplia. La economía clásica es a la economía moderna lo que la gramática escolar a la ciencia del lenguaje, lo que la geografía descriptiva a la geografía humana.

Es verdad que Marx deriva la historia principalmente de la economía; pero entiende a su vez el hecho económico derivado de la geografía, o sea la relación del hombre y la tierra, por medio de factores materiales y espirituales. De esta manera el marxismo no sólo se hace humano, sino profundamente espiritual y aun místico.

El camino para llegar a la humanización del marxismo empieza por un trabajo de comprensión y depuración. Las doctrinas de Marx no deben entenderse como dogmas ni como interpretaciones aisladas. Son solamente un eslabón en la cadena del conocimiento y de la historia. Se debe discernir lo que en ellas hay de relativo, de rectificado, de falsificado o de extraviado. Debe juzgarse lo que es propaganda, lo que es literatura de combate, lo que se ha usado como bandera o como pretexto de combinaciones temporales y de estrategia política o facciosa.

2

Con razón puede afirmarse que todo lo que ha sido dicho, hasta por los discípulos de Marx, sobre el pretendido carácter unilateral del marxismo y su llamado desprecio por todos los "factores" de la evolución social que no sea el factor económico, proviene simplemente de la incomprensión de aquéllos sobre el papel que Marx y Engels reservan a la acción y a la reacción recíproca entre la "base" y la "*superestructura*".

Los textos del marxismo auténtico son perfectamente claros. *El manifiesto de 1847 [sic]* demuestra que sus autores habían comprendido bien el valor del "factor" ideológico. Si el "factor" ideológico desempeña un papel importante en el desarrollo de la sociedad, "*él mismo es previamente creado por este desarrollo*".

3

> El desarrollo político, jurídico, filosófico, literario, artístico, etcétera, reposa sobre el desarrollo económico. Pero todos reaccionan, conjunta y separadamente, uno sobre el otro y sobre la base económica... No hay, pues, un efecto automático de la situación económica como algunos quieren figurárselo por comodidad. Son los hombres los que hacen su propia historia, pero en un medio dado que los condiciona sobre la base de relaciones efectivas determinadas. Entre estas últimas son, sin embargo, aquellas de orden económico las que tienen, al fin y al cabo, cualquiera que sea la influencia ejercida sobre ellas por las de orden político e ideológico, una acción decisiva, y constituyen el hilo conductor que permite comprender el conjunto del sistema.

El desarrollo de las fuerzas productivas, que, en definitiva, determina el de todas las relaciones sociales, depende de las propiedades del medio geográfico. Pero una vez que ciertas relaciones sociales han surgido, ejercen, a su vez, una gran influencia sobre el desarrollo de las fuerzas productivas. De manera que lo que primitivamente es una consecuencia, se convierte a su turno en una causa; entre la evolución de las fuerzas productivas y el régimen social se producen una acción y una reacción recíprocas que toman en diferentes épocas las formas más variadas.

La influencia del medio geográfico sobre el medio social representa una cantidad variable. La evolución de las fuerzas productivas, condicionada por las propiedades de este medio, aumenta el poder del hombre sobre la naturaleza y, por tanto, crea una relación nueva entre el hombre y el medio geográfico ambiente.

En su libro titulado *The economic interpretation of history*, Seligman reconoce abiertamente que lo que ha hecho retroceder a los sabios delante de la teoría del materialismo histórico son las deducciones socialistas que se han derivado de ella. Pero encuentra que se puede obviar el inconveniente "siendo partidario del materialismo económico" y permaneciendo, sin embargo, adversario del socialismo. "El hecho de que las concepciones económicas de Marx sean erróneas, dice, no tiene ninguna relación con la verdad o falsedad de su filosofía de la historia." Ésta es la transacción del pragmatismo anglosajón frente al marxismo.

Más ampliamente aún se expresa Rosa Luxemburgo:

> Sólo en las cuestiones económicas cabe afirmar que la concepción marxista representa una elaboración acabada y completa. La interpretación materialista y dialéctica de la historia, parte magistral de la actividad marxista, ofrece, en cambio, un método abierto a la investigación, un conjunto de directivas generales que permiten entrever un mundo nuevo y ofrecen perspectivas infinitas a la iniciativa individual, como si facilitara alas a los espíritus audaces para explorar terrenos desconocidos.

Esto es lo que podríamos llamar modernización o humanización del marxismo. O más directamente, por lo que a nosotros se refiere, latinización, traducción al romance de la ideología marxista.

4

El postulado marxista de que el trabajo es la medida del valor, podrá seguir como tema de disputas por siglos enteros en cuanto a su exactitud científica. Pero basta con reconocer que "muchas veces el trabajo es medida aproximada del valor" para que se forme un concepto moral y sentimental, más poderoso que el concepto científico. Y lo mismo puede decirse de la plusvalía o de la lucha de clases, aunque el paso del capitalismo a la socialización se haga por caminos tan diversos como el *police power* de los Estados Unidos, o la dictadura del proletariado en Rusia, o la sorda y lenta mutación de los dominios británicos.

La lucha de clases, dice Antonio Caso, que para Marx constituye la ley de la evolución, es hija de la dialéctica hegeliana, y expresa, indudablemente, un aspecto muy verdadero de la vida superorgánica.

La asociación realizada por la máquina vino a derrumbar las superestructuras sociales, como dicen los marxistas, y ha dado a las clases proletarias la conciencia de su fuerza, que es el número. De aquí la serie de grandes movimientos sinérgicos intersociales e intrasociales, que escalonan y ordenan la historia: la constitución de la esclavitud; la transformación del esclavo en siervo del terruño; la ascensión lenta de la burguesía, desde el movimiento comunal de la Edad Media hasta su triunfo en la Revolución francesa, y, por último, la revolución social contemporánea, que es la última erupción habida en la geología de la historia,

porque trata de poner en la cúspide de la pirámide social a las clases que siempre le sirvieron de cimiento. Y agrega:

> La noción de grupo antropológico se relaciona, íntimamente, en nuestro sentir, con la clase social. En los pueblos hispanoamericanos, los mestizos y los criollos ocupan los primeros puestos de la actividad social, en cada nación, y relegan sobre los indígenas todo el peso de las más penosas y difíciles tareas sociales. La raza vencida se ha convertido en la clase proletaria; más aún, en los trabajadores campesinos que, referidos a la gleba, han vivido, desde la conquista española, en estado de esclavitud o servidumbre apenas mitigada.
>
> La etnología del mundo entero, así en Inglaterra como en México, y en la India como en Egipto, comprueba que la noción de la clase social debe sustituirse, como concepto sociológico, a la de raza. Nosotros decimos, a la vez, lucha de razas y lucha de clases, como dijeron Gumplowicz y Karl Marx; y pensamos que la guerra y la diferenciación económica han cambiado totalmente el sentido de la palabra raza en sociología. No se trata de grupos antropológicos superiores o inferiores, sino, más bien, elementos diversos de las construcciones sociales, que se han sumado, en el curso de la evolución, dentro de la complicada organización sinérgica, etnográfica y económica del Estado moderno.
>
> Los factores geográficos y etnológicos transfórmanse en causas más íntimamente relacionadas con la convivencia, las causas económicas. Entre ellas influye también, por modo preponderante, además de la cifra demográfica, la inteligencia inventora de útiles y la división del trabajo, que sustituye a la diferenciación fundada en la fuerza la selección basada en la ocupación. Con razón pensó Marx que la lucha de clases constituye la ley de la historia.

El mismo maestro Caso escribe en su última edición de *El concepto de la historia universal:*

> El materialismo es un subjetivismo falso; mas, claro está, sólo parcialmente falso. ¿Quién negará jamás, sobre todo en el mundo contemporáneo, la influencia de la técnica en la obra cultural?... No sólo de pan vive el hombre, pero principalmente de pan. (Y sin pan no puede vivir.)

Estas concesiones son de extraordinaria importancia. Desde luego, el buen método científico impone buscar en una doctrina lo que tiene de verdad. Y por esto debe comenzarse.

5

Y es fácil comprobar que la noción de lucha de clases se encuentra clásicamente consagrada desde Platón hasta Lester F. Ward, pasando por Vico.

> Ya en la *República* se encuentran estas ideas: los hombres no se conforman con una vida sencilla; los mueven ambiciones, deseos de adquirir, rivalidades y envidias. Por eso se producen choques de grupos humanos que invaden o defienden territorios, o que luchan dentro del mismo territorio por disfrutar los recursos del suelo. Al desarrollarse el comercio y la economía se engendran nuevas divisiones de clases. "En toda ciudad hay realmente dos ciudades: pobres y ricos en hostilidad." Y en cada grupo se encuentran subdivisiones. Los cambios en la distribución de la riqueza producen cambios políticos. Todas las formas de gobierno tienden a perecer por exceso de sus principios básicos: aristocracia, oligarquía, imperialismo, concentración de poder: revolución.

En la *Scienza Nuova* de Vico ya se expresa que de la concentración del poder de los padres-reyes en el poder e imperio del orden nobiliario, resultan las luchas de clase de la nobleza contra la plebe sublevada, por no poder ser sometida. Estas luchas de clase dan a toda la época el nombre de "heroica" y acaban finalmente en la victoria de la plebe, con la cual queda superada la época heroica y se verifica la transición a la humana. La época heroica arranca del nacimiento del Estado, en su forma aristocrática, y abarca las largas luchas que giran en torno a la transformación de esta primera forma de Estado en la segunda, la de la libertad popular.

Y este párrafo, según Richard Peters (*La estructura de la historia universal en Juan Bautista Vico*), en pocas palabras comprende la historia entera de la época heroica, y casi pudiera decirse, la historia universal:

> Las primeras ciudades se encontraron fundadas sobre clases de nobles y catervas de plebeyos, con dos propiedades eternas contrarias, que brotan de la naturaleza de las cosas humanas, civiles, tal como lo hemos explicado: los plebeyos quieren siempre cambiar los estados (*stati*, también en sentido de Estados, constituciones), y, en efecto, los mudan; y los nobles quieren siempre conservarse.

Y el inventor de la sinergética, Lester F. Ward, escribe:

La remoción de obstáculos para la satisfacción del deseo es la causa íntima de todo progreso social: transforma el medio; modifica las estructuras sociales existentes y produce otras nuevas; establece instituciones; resiste las tendencias opresoras de los códigos y costumbres anticuadas; inicia reformas que son en el fondo una especie de muda social. Si las estructuras viejas y perjudiciales oponen demasiada resistencia, a la larga se produce una revolución. Constituye esto, en suma, el proceso dinámico de la sociedad.

6

José Vasconcelos se expresa en este punto así:

digamos que por desgracia se salió del positivismo; pero se ha caído en dos extremos igualmente funestos: en la reacción ciega hacia el pasado, por una parte, y por la otra, por la parte de las izquierdas, en un materialismo social, que es reflejo del materialismo económico y filosófico de la mayor parte de las escuelas socialistas europeas y norteamericanas.

El pensamiento cultivado, el pensamiento universitario, al separarse del positivismo, al desentenderse del spencerianismo, cayó en la boga muy pasajera de Bergson. Pero en la actualidad, en los centros más importantes, como en Lima y en Buenos Aires, La Plata, etcétera, parece operarse una revolución de conceptos que fatalmente nos ha llevado al estudio de Kant, punto de partida todavía indispensable de toda especulación profunda.

Pero él mismo nos indica una solución mejor, que no es el retorno a la metafísica. Dice:

Un caso muy significativo y que casi marca un periodo en la historia de nuestro pensamiento lo hallo en los libros del profesor Nicolai, que nos ha traído nuevos conceptos biológicos y sociales.

Enfrente del darwinismo que, como una ponzoña destructora, nos dieron los filósofos de las naciones imperialistas, las doctrinas de cooperación y auxilio mutuo, que antes que nadie Nicolai ha propagado en nuestros medios, responden exactamente a la condición social de la América Latina y a la misión histórica que nos está encomendada.

7

El propio Nicolai describe la lucha de clases al decir que la guerra no es más que una de las innumerables consecuencias que ha traído consigo, en un cierto estado de la evolución, el establecimiento de la propiedad. Cualquiera que sea la finalidad confesada de la guerra, se trata siempre de despojar al hombre de su trabajo, o del fruto de su trabajo.

Dice también Nicolai:

> Una contribución de guerra no es otra cosa más que una parte del trabajo del enemigo vencido. La guerra pretende hipócritamente proteger la propiedad individual; pero atentando al conjunto del pueblo vencido, atenta indirectamente contra los derechos de cada individuo.
>
> La propiedad ha creado la guerra y ella la mantiene; no es una fuente de virtud más que para los débiles, que necesitan de este estimulante para ser excitados al esfuerzo. En todos los tiempos la lucha ha tenido por objeto la posesión.
>
> Y lo que se afirma de las guerras extranjeras puede comprobarse igualmente en las luchas civiles y en las agitaciones revolucionarias. [*Biología de la guerra.*]

No hay, pues, en el caso de Bergson, una moda pasajera, sino la orientación hacia la biología moderna que resuelve la vieja lucha dualista del espíritu y la materia, "espiritualizando el materialismo". Y quitando al marxismo la ponzoña de odio que le han puesto la incomprensión, la mala fe, la ignorancia y la política.

8

Vasconcelos rechaza el marxismo ortodoxo pero, lo mismo que Antonio Caso, tiene que ceder en algunos puntos esenciales. Y su actitud resulta al fin inclinada en el sentido de una composición o transacción con el llamado materialismo histórico, como puede verse en los siguientes extractos:

> El socialismo es un humanismo aplicado a lo económico; un esfuerzo noble y necesario para corregir las iniquidades de la desigualdad; un entusiasmo fundado en los nuevos medios que ha ido acumulando la

ciencia para el servicio del hombre y una reacción contra la hipocresía; el fariseísmo de los que han estado usando el nombre de los valores más altos, religión, arte, filosofía, para encubrir la codicia y la corrupción de un régimen económico que ha llegado a la monstruosidad con el capitalismo. Las conquistas teóricas o prácticas del socialismo, tales como la secularización de la tierra y de todas las fuentes de riqueza, la jornada legal de trabajo, el salario mínimo y la protección del valor humano sin atender al prejuicio de casta, son conquistas indiscutibles.

El marxismo resulta entonces, si se quiere, una fantasía genial, obra de un poeta de la economía, pero no una tesis fundada en la ciencia.

Con más eficacia que el mero ideólogo Marx, los inventores, los que adaptan el motor a la industria, el abono a la tierra, han ido transformando la economía del mundo.

La economía es una práctica, no una ciencia. Todas las leyes económicas se quebrantan después de cada invento de importancia; nuestra economía ha ido dependiendo de los aciertos y desaciertos del ingenio humano. La palanca, la máquina, la química significan más en economía que cualquiera ley histórica o geográfica.

9

A pesar de que no constituye una doctrina cabal, sino sólo una tesis económica, el marxismo ha ido tomando en la América española proporciones de religión.

Inglaterra no cuenta en la fama, ni por inventiva religiosa —que en eso es sordomuda—, ni por descubrimientos que marcan épocas —la navegación de vapor que ella aprovecha se practicó por primera vez en Barcelona, y Papin, francés, descubrió el principio de la caldera—, ni por creaciones artísticas imponentes. Y las extraordinarias proezas de navegantes y de colonos hubiesen sido imposibles sin el genio universal de un Vasco de Gama o de un Colón. Pero a pesar de que en todo llegaron tarde, les cupo la suerte de quedarse con unos derechos de reparto, que, después, a la hora de aplicar la máquina a la producción en grande, resultaron provistos de lo que reclamaba el instante: hierro y carbón de piedra. Cesó, de pronto, el auge del oro y las plumas pintadas y la nueva bonanza hullera les dio el monopolio para la explotación de la tierra y mar. Y como ocurre con todo pueblo apto en el

instante de su acceso a una misión importante, las virtudes necesarias para cumplirla aparecen en brote generalizado. La actividad, la formalidad en las citas y los tratos se hicieron pronto rasgos del carácter inglés; pero ya lo habían sido del carácter español en el periodo de la conquista. ¿Y para qué quiere tesón en el esfuerzo, método y horario quien vive, por ejemplo, de cosechas subordinadas al curso de las estaciones? En cambio, el comercio, la rapidez de las comunicaciones, trajeron disciplinas derivadas naturalmente de la exigencia capital de la tarea.

Hoy vemos claro que la supremacía inglesa de los últimos tiempos se explica perfectamente por razones de orden material y accidental y no prejuzga nada acerca de la capacidad de otros pueblos.

10

La Edad Media vivió encerrada dentro de sí hasta que empezaron a romper la incomunicación Marco Polo y Vasco de Gama. China inventó la pólvora y el Occidente tuvo que inventarla de nuevo, y así en muchos aspectos la humanidad, recogida en zonas amuralladas, ha estado repitiendo, derrochando su esfuerzo. La causa esencial de este aislamiento está en la pobreza de los medios de vencer la distancia. Por allí hablo, en la "Metafísica", de periodos humanos según el factor velocidad; la época del paso, acrecentada apenas por el caballo, dinámica en línea recta; después el periodo que se abre con la invención de la rueda, prolongado con el motor, y, finalmente, el periodo novísimo de la hélice, que se desplaza sobre los elementos impulsando navíos y aviones.

11

La rueda apresura emigraciones y conquistas, consolida los grandes imperios. Alejandro y César se transportan en carros a la victoria; sus emblemas no debieron ser flecha ni lanza, puesto que el sistema dinámico de la horizontal en movimiento estaba ya superado; pero la heráldica se atrasa a menudo toda una época. El signo técnico de la antigüedad grecorromana, persa, es la rueda, y su geometría, su filosofía, hasta en el propio Dante, es cosa

de círculos. Después, los círculos se vuelven, en Laplace, elipses, y hoy, que la hélice altera valores, modifica conceptos, el espacio se acorta en lo material, pero la visión espiritual se agranda. Y aun en lo político, a pesar de un recrudecimiento del momentáneo patriotismo nacionalista, se adivina próxima una organización mundial a base de continentes y culturas en substitución del régimen de dinastías o de alianzas económico-políticas.

12

Ya don Francisco Bulnes se escapaba del positivismo para escribir:

> El alma de la evolución política es, como dijo Marx, el factor económico, y lo que la experiencia enseña en los pueblos latinoamericanos es: cuando el factor económico produce miseria pública, el periodo de anarquía es largo y parece no tener fin. Cuando el factor económico obra rápidamente en el sentido progresivo, desarrollando la riqueza de los pueblos, entonces los periodos de dictadura inteligentes y liberales aumentan y son rápidos y poco dolorosos los de anarquía; y llega un momento en que, debido al desenvolvimiento económico se cumple el político, se cumple el jurídico, se cumple el religioso, se cumple el literario, se cumple el artístico, y entonces, la sociedad va entrando poco a poco en formas nuevas de gobierno regidas por leyes que no admiten marchas violentamente convulsivas *[La guerra de independencia]*.

> Estudiando, no leyendo, la historia de México, se nota que en el torbellino de la anarquía se desenvuelve, enérgico e imperturbable, un fenómeno: la lucha por el poder, de las clases sociales, llegando la mesocrática a una victoria completa al caer en el cerro de las Campanas, fusilado, el archiduque Maximiliano: desde esa fecha, la clase media, dominando en ella el elemento mestizo, o sea el popular, adquirió el *control* del país, acaudillado por el proletariado profesional. El general Díaz, sin meditarlo, y el señor Limantour, por sus inclinaciones plutocráticas y aristocráticas, se propusieron, y lograron, arrebatar el poder a la mesocracia y fincarlo en las clases ricas *[El verdadero Díaz]*.

Y antes que Bulnes, don Ignacio Ramírez, uno de los cerebros más poderosos de la Reforma en México, ya vislumbraba los pro-

blemas económicos, entre sus exaltaciones todavía caldeadas por el jacobinismo:

> La España perdió sus colonias porque no quiso tener en ellas sino recaudadores, sacerdotes y mineros. Naciones más industriosas también han desaparecido por haber concentrado sus esfuerzos en la explotación de un aislado monopolio. No puede impunemente una sociedad ser sólo transportadora de efectos ajenos, sólo productora de trigos o sólo productora de metales preciosos. Ante las ruinas de Babilonia, Nínive, Troya, Atenas, Alejandría y Cartago; ante la resurrección del canal de Suez; ante la humillación de los venecianos, de los portugueses, de los españoles, admirando a esa China crisófaga, devoradora de oro sin producirlo, grabemos en nuestra inteligencia esta salvadora verdad: en todas las revoluciones sociales, cuando no domina un cambio geológico, flota como bandera una cuestión económico-política.

13

Lo que provoca la lucha de clases es el fenómeno más complicado y más profundamente arraigado en la vida afectiva, que la psicología moderna llama un complejo de inferioridad social. El hombre primitivo, forzado a luchar con los animales o con otros hombres, obedecía al hambre u otro móvil de carácter físico; nuestro contemporáneo intelectualizado, por el contrario, no lucha —trátese de una competencia mercantil o una discusión— sino movido por el sentimiento de autovaloración que nace en él gracias a la representación de un riesgo o un perjuicio vencidos. Las satisfacciones del amor propio, en formas diversas de "voluntad de poder", placer del riesgo, deseo de la voluntad, etcétera, constituyen un móvil de actividad tan importante como el instinto adquisitivo. El instinto sexual del hombre no intelectualizado sólo busca satisfacciones de carácter físico; pero a medida que en él se desarrolla la conciencia del yo, ese instinto se completa con móviles del instinto de autovaloración, llegando algunas veces, como en el amor romántico, a buscar sobre todo las satisfacciones del amor propio (Henri de Man).

Y hasta el factor moral aparece al fin de la causalidad económica como el resultado del desequilibrio de clases. El sentimiento de justicia se rebela contra las consecuencias de un exceso de

poder social que no corresponde a la antigua responsabilidad de las clases directoras ante la colectividad.

Los pueblos, dice Marañón, necesitan de vez en cuando rejuvenecerse, limpiándose del exceso de reliquias, y éste es uno de los aspectos de las revoluciones. Pero, sobre todo, en su aspecto biológico, las renovaciones sociales aparecen como un constante proceso de asimilación y de eliminación. Esta rebeldía instintiva procede de un sentimiento de justicia, más que de un instinto de adquisición. Por ejemplo, antiguamente, la autoridad del señor feudal y del maestro artesano se refrenaba y justificaba con la responsabilidad correspondiente; todo el sistema social se basaba en la responsabilidad caritativa de los privilegios respecto de los desheredados. Y lo mismo puede decirse más tarde de la nobleza, de la Iglesia y de la burguesía.

14

Ampliando así generosamente los conceptos, sin propósito de actualismo o de sectarismo, parecidos antecedentes pueden hallarse desde los orígenes del cristianismo. Es claro que la investigación en este sentido apenas se ha intentado, por el deslumbramiento secular que produce la estructura superior de la teología cristiana y católica. Pero ya se encuentran, aun en escritores perfectamente ortodoxos como el R. P. Grandmaison, indicaciones que tienen carácter revelador.

Ya estamos muy lejos de los puros arrebatos místicos de san Juan de la Cruz y de santa Teresa. En la obra de Grandmaison, titulada *Jesucristo, su persona, su mensaje y sus pruebas*, se usa la forma expositiva y crítica de la historia moderna. Se estudian los orígenes y las fuentes de información, se aquilatan los documentos, las tradiciones y "la economía" del mensaje de Jesús, y se analiza el medio social y político donde comenzó a propagarse el Evangelio. Y se presenta al Mesías como una "figura popular, que conmovía todo lo que un israelita juzgaba como sagrado: la ley, la ciudad de David, el templo —el orgullo de raza, el espíritu de lucro, el instinto de justicia y el resentimiento contra el yugo extranjero—".

Y esos sedimentos de importancia social, económica y política,

sobre los cuales se levantaría más tarde la prodigiosa edificación espiritual, se acusan más netamente al descubrir en los enemigos de Jesús a las castas privilegiadas, a los fariseos y los escribas, que se indignaban contra el Profeta porque tenía la pretensión de separar la Ley de Dios de las tradiciones humanas en que los "puros" (los "separados", los fariseos, los ricos, los dueños del poder y de la ley) querían encerrarla, y dirigir su llamamiento a todos los hombres de buena voluntad, aunque no tuvieran cultura legal, aunque fueran pecadores y no israelitas de raza.

En el mundo judío de entonces, expresa Grandmaison, había como en todas partes pobres y ricos. Los fariseos eran de las familias sacerdotales, especializados en la interpretación de la Ley y formaban con los partidarios de Herodes y todos los protegidos por la dominación romana el conjunto de resistencia frente a las incitaciones de Juan *el Bautista* y Jesús de Nazareth. El Evangelio atacaba el régimen farisaico al atraerse a los dispersos, a los artesanos, a los pescadores, publicanos y vagabundos.

Los fariseos se amurallaban dentro de la interpretación estricta, literal y exclusiva de la Ley, en las prohibiciones matrimoniales y la pureza de estirpe, como un verdadero grupo aristocrático. Por eso la esperanza en el Mesías significaba para muchos oprimidos o descontentos confusión de anhelos materiales y espirituales que se definían en la fórmula eterna: hambre y sed de justicia.

Esta aproximación no es aventurada ni arbitraria. En la misma obra de Grandmaison pueden leerse estas líneas bien significativas: "¿Qué pensamientos, qué esperanzas, qué sueños engendraba en el alma de los oyentes de Jesús el tema de sus primeros discursos: Haced penitencia, porque el reino de los cielos está próximo?" Este reino de los cielos era esperado por todos los israelitas fervientes, y hasta los judíos, impregnados de preocupaciones profanas, o los gentiles, acampados en Judea, algo habían oído hablar de ello. Pero como todas las fórmulas de este género que son a la vez programas de acción y de ideales, la promesa del reino de los cielos sugería visiones diversas con orientación común. El "gobierno de las luces" en el siglo XVIII, el advenimiento de la Democracia en el XIX, la "dictadura del proletariado en el XX, son otras tantas fórmulas impresionantes que envuelven realidades muy diferentes para aquellos mismos que las aceptan de buena fe..."

Y la "dictadura del proletariado" es la derivación política, la fórmula extremista y radical de la lucha de clases, por transformación de las ideas filosóficas y las doctrinas sociales y económicas en armas para la conquista y la conservación del poder.

15

En resumen, la labor principal de Marx consistió en demostrar que el interés de clase del proletariado nacía del antagonismo de intereses que oponen los vendedores de la fuerza del trabajo productores de la plusvalía, a los que compren esa fuerza y gozan de la plusvalía. Como todos los sabios preocupados de la filosofía de la historia previó muchas cosas, aunque se equivocara en otras. Donde vio tendencias de evolución real, que en su tiempo se hallaban ya en camino de realización, previó, mediante una sencilla prolongación de la línea de la evolución, muchos fenómenos que el porvenir confirmó como "tendencias generales de la evolución": la concentración capitalista, el aumento del proletariado, el progreso de su conciencia de la clase y de su poder político, etcétera.

Pero los principios marxistas que se refieren más directamente a la historia son: la transformación del concepto de trabajo, como creador y medida de riqueza y no como pura mercancía, la relación entre la lucha de clases y las revoluciones y el carácter expoliador de las deudas de Estado, el régimen colonial, los errores fiscales y las guerras comerciales.

Los conceptos que siguen parecen formulados para explicar gran parte de la historia moderna de México:

El sistema de las deudas públicas, cuya aplicación, iniciada en la Edad Veneciana y Génova, invadió definitivamente a Europa durante la época manufacturera. La deuda pública, de otro modo, la enajenación del Estado, sea éste despótico, constitucional o republicano, es lo que da carácter a la era capitalista. La única parte de la llamada riqueza nacional que entra efectivamente en la posesión colectiva de los pueblos modernos en su deuda pública. La deuda pública obra como uno de los agentes más enérgicos de la acumulación primitiva. Con facilidad mágica dota al dinero de la virtud procreadora, transformándolo de este modo

en capital, y sin que por esto se halle expuesto a sufrir los riesgos inesperables de su empleo industrial y aun de la usura privada.

Los que prestan al Estado no dan nada, pues su capital, transformado en efectos públicos de fácil circulación, continúa funcionando entre sus manos como si fuese numerario. Pero dejando a un lado la clase de rentistas ociosos creada de este modo y la fortuna improvisada de los hacendistas intermediarios entre el gobierno y la nación, la deuda pública ha dado impulso a las sociedades por acciones, al comercio de toda clase de papeles negociables, a las operaciones dudosas, al agiotaje *[sic],* en suma, a los juegos de bolsa y a la soberanía moderna de la banca.

Como la deuda pública está basada sobre la renta pública, la cual tiene que satisfacer los intereses anuales de aquélla, el sistema moderno de las contribuciones es la consecuencia obligada de los empréstitos nacionales. Los empréstitos, que permiten a los gobiernos atender a los gastos extraordinarios sin que los contribuyentes se resientan de ellos inmediatamente, producen al cabo una elevación en las contribuciones; por otra parte, el recargo de impuestos, causado por la acumulación de las deudas sucesivamente contraídas, obliga a los gobiernos, en caso de nuevos gastos extraordinarios, a recurrir a nuevos empréstitos. El sistema fiscal moderno, que descansa ante todo sobre la contribución de los artículos de primera necesidad y produce, por lo tanto, la elevación de su precio, se ve arrastrado por su propio mecanismo y se hace cada vez más pesado e insoportable. El recargo excesivo de las cuotas es el principio, no un incidente, de dicho sistema, el cual ejerce una acción expropiadora sobre el labrador, el artesano y demás elementos de la clase media.

16

El régimen capitalista brota de una subversión radical del viejo sistema de producción y de las relaciones sociales antiguas. Esta subversión ocurre en distintas épocas, según los diversos países. En Inglaterra, el moderno sistema capitalista surge antes que en los demás pueblos y cobra formas más violentas que en parte alguna. La gran industria capitalista se desarrolla en Inglaterra ya a fines del siglo XVIII: la máquina empieza a triunfar sobre la

mano de obra, la agricultura va cediendo terreno a la industria, se forma una clase de proletarios, brotan ciudades nuevas y grandes y se crean nuevos medios de comunicaciones.

Mas no se crea que este proceso de acumulación originaria fue ningún proceso evolutivo liso, pacífico y puramente económico, como lo presentan la mayoría de los historiadores burgueses. Nada de eso. Los orígenes del capitalismo fueron obra de una revolución social, "la revolución más sangrienta que conoce la historia humana".

17

Estudiando la significación de la conquista y saqueo de las colonias en la acumulación originaria del capital, escribe Marx:

> El descubrimiento de las tierras auríferas y argentíferas de América, la exterminación, el esclavizamiento y enterramiento de la población nativa en las minas, los comienzos de la conquista y saqueo de las Indias orientales, la transformación de África en un cercado de batida comercial contra los negros, tales son los destellos que marcan la aurora de la era capitalista de producción. Estos procesos idílicos son otros tantos jalones cardinales de la acumulación originaria... En Inglaterra se compendian todos sistemáticamente, a fines del siglo XVIII, en el sistema colonial, en el sistema de la deuda pública, en el sistema fiscal moderno y en el sistema de protección. (Llámase "sistema de protección" al conjunto de medidas dictadas por el gobierno para proteger al capitalismo incipiente.) Estos métodos descansan, no pocas veces, como ocurre con el sistema colonial, en la fuerza bruta. Pero todos ellos se sirven del poder público, del poder concentrado y organizado de la sociedad, para fomentar intensivamente el proceso de transformación del régimen de producción feudal en el régimen capitalista y acortar los periodos de transición.

Werner Sombart se ve obligado a reconocer que el capitalismo pudo instaurarse en el occidente de Europa a fuerza de saquear las tres cuartas partes del mundo.

18

La desaparición de la clase de los "labriegos de posición media", su expropiación violenta, imprime, por tanto, gran impulso y

fortalecimiento al mercado interior, a la par que provoca una demanda en masa de mercancías, contribuyendo así a desarrollar la división del trabajo y preparando el triunfo de la gran industria y de la técnica maquinista. Fruto de todos estos procesos es el gran incremento que toma el comercio de exportación y la importancia que adquieren los mercados exteriores.

La revolución operada en el campo de la técnica —toda una serie de inventos en los ramos de hilados y tejidos, y, sobre todo, la invención de la máquina de vapor— determinó el tránsito a la producción por medio de máquinas.

Los historiadores burgueses ven en los inventos de la obra causal de personalidades aisladas dotadas de gran talento, de genios individuales. No hay tal cosa. Los inventos brotan casi siempre por imperio de la necesidad económica y social.

19

En Europa había, en los siglos XVI y XVII, países mucho más ricos que Inglaterra, que además abrazó la senda de la política colonial cuando ya se le habían adelantado otras naciones europeas; España y Portugal, por ejemplo, fueron, durante los siglos XVI y XVII, formidables potencias coloniales. ¿Por qué, entonces, no surgió la revolución industrial dentro de sus fronteras? La razón de esto está en que el desarrollo del comercio colonial y del capital comercial no basta para que se forme el capitalismo industrial.

Las colonias no contribuyen siempre al desarrollo capitalista de la metrópoli. El incremento del capital comercial puede socavar el viejo régimen de producción, pero no basta para crear un régimen nuevo. El sistema económico concreto que surja bajo la influencia del capital comercial depende del régimen de producción existente en el momento en que ese capital comercial se forma. Así, por ejemplo, las formidables riquezas coloniales de España embarazaron su desarrollo capitalista, pues no hicieron más que consolidar el régimen feudal, que en rigor ya se había sobrevivido. Las grandes riquezas de las colonias españolas y portuguesas no sirvieron más que para alimentar al feudalismo, a la monarquía, a la Iglesia católica, a toda la burocracia feudal del Estado que mantenía contacto con las colonias. Los elemen-

tos feudales españoles dieron, a las grandes facilidades que para enriquecerse les brindaban las colonias, preferencia sobre el desarrollo de la economía de su país, considerando el trabajo productivo como ocupación digna de desprecio. En una palabra, el incremento del capital comercial condujo en España, por paradójico que esto parezca, al fortalecimiento del feudalismo agonizante y no a la creación de un orden nuevo, del orden capitalista. Otro ejemplo nos lo ofrece Holanda. Holanda fue el país que heredó el puesto de primera potencia colonial, al sobrevenir la decadencia de España y Portugal como potencias coloniales y comerciales. Añádase que, en sus comienzos, la política colonial holandesa fue estrechamente unida al desarrollo de la manufactura dentro del país. Pues bien, a pesar de esto, Holanda no experimentó una revolución industrial. ¿Por qué? Porque la política colonial holandesa perdió en seguida su enlace con la primitiva base de producción. A la rica Holanda le parecieron más beneficiosos el mero papel comercial de intermediario y la usura. De aquí que el desarrollo sustantivo y unilateral del capital comercial holandés no coincidiese con el desarrollo de su producción capitalista, sino, por el contrario, se alzase ante ella como un obstáculo.

20

No deben perderse de vista, además, las condiciones geográficas. La situación insular de Inglaterra, las condiciones propicias de su línea costera, el clima moderado, las fáciles comunicaciones en el interior del país y, finalmente, los yacimientos de carbón y de hierro descubiertos en su territorio antes que en ningún otro país: todo contribuía a fomentar notablemente el desarrollo económico de Inglaterra. Estas ventajas naturales favorecieron también, evidentemente, la supremacía puramente militar de este pueblo. Al derrumbarse el imperio colonial italiano y el de España y Portugal, y al desarrollarse la importancia marítima de Francia y Holanda, la situación de Inglaterra se vio extraordinariamente favorecida, dominando como dominaba las rutas marítimas de los puertos de sus competidores, Holanda y Francia. Inexpugnable por tierra, no necesitaba, a diferencia de estos dos países, invertir grandes sumas en sostener un ejército, y esto per-

mitíale concentrar todas sus fuerzas en la creación de una flota potente, que es el arma militar y comercial más eficaz para toda política colonial.

21

En resumen, quitando al marxismo el carácter de dogma o de tabú que se le atribuye alternativamente desde los campos extremistas —extrema derecha o senilidad y extrema izquierda o infantilismo— se le devuelve su sentido humano. En primer lugar, se define la distinción entre la doctrina de combate, de partido y de pura política, y la doctrina que tiene por objeto explicar la historia de la humanidad. Después, se insiste sobre su esencia intelectual, porque no es obra limitada y aislada de un solo hombre. Marx, como se ha dicho con frecuencia, agregó la filosofía alemana al idealismo francés y a la sabiduría práctica de Inglaterra, es decir, aprovechó las múltiples corrientes de la economía política clásica, del enciclopedismo francés, de la filosofía de Kant y Hegel, y del socialismo utópico de ascendencia cristiana primitiva, para intentar por medios eclécticos una síntesis genial. Negarla simplemente o tomarla con ceguedad de sectario, creer que ya murió o que es obra perfecta, es ofender a la cultura del mundo moderno. Lo racional es reconocer sus antecedentes y sus consecuentes, entroncarla con la vida anterior y posterior, sujetarla a rectificación, depuración y deslinde, y comprenderla en su evolución, aunque sea envuelta por las enseñanzas nuevas de la realidad experimentada y de las nuevas doctrinas. Así pierde el edificio marxista tal vez su carácter dramático, y su solidez aparente, pero también pierde ángulos agresivos, escorias y asperezas. Y a pesar de todas las rectificaciones y limitaciones, puede ganar en vitalidad y servir para la complicada empresa *de reconstrucción y la verdadera paz del mundo.*

XI
Freud: los impulsos reprimidos y las simulaciones

1

Las doctrinas de Sigmund Freud, desde el punto de vista histórico, apuntan la significación de los impulsos reprimidos y la in-

terpretación psicológica de la historia, de consecuencias apenas esbozadas, pero con perspectivas infinitas. Entre otras cosas, del mismo modo que, en la vida privada, hacemos una distinción entre lo que el hombre dice y piensa acerca de sí, lo que es y lo que hace realmente, así también, y con mayor motivo, debemos, cuando se trata de luchas históricas, establecer una distinción entre las fases y las construcciones ideológicas de los partidos, su organismo real y sus intereses reales.

Las ideas que llevan el nombre de Freud han corrido suerte semejante a las que se incubaron bajo los signos de Spengler, Bergson o Marx: no son íntegramente nuevas ni íntegramente exactas. Han evolucionado y revolucionado. El freudismo inicial queda casi como terapéutica que sólo tuvo instantes de apogeo por curiosidad morbosa y ansias de neuróticos. Pero el freudismo transformado, hasta llegar a la metapsicología, la psicología del inconsciente y el inconsciente colectivo, abre nuevas rutas en el arte y en la ciencia.

2

La influencia de la "libido", que fue como monomanía para Freud y sus discípulos ortodoxos, se estudia en el conjunto de los instintos fundamentales que incluyen, con el apetito erótico, los deseos primordiales de nutrición, de conservación y de gregarismo. Las confusiones de impulsos reprimidos, desde la lactancia hasta el canibalismo, se hacen más complicadas todavía al desarrollarse en psicoanálisis de las masas y de las corporaciones.

El complejo de Edipo puede ser también el complejo de Otelo, de don Quijote o de don Juan. La historia se despliega en maravillosos horizontes originales. Las naciones engendradas por el ímpetu vital español en América, proyectado sobre la materia y las razas adheridas al suelo de esta parte del mundo, pueden realmente investigar su obscura psicología como si estuvieran frente a la Esfinge. El complejo de Edipo, sublimado y acentuado, podría estudiarse en la vida de nuestros pueblos que han tenido tierra maternal en América y sangre paterna por su linaje europeo. Y la psicología de don Juan y de don Quijote en conquistadores y misioneros.

3

Sobre el freudismo relacionado con la historia, expone Max Eastman lo que sigue:

> La importancia terapéutica del hecho según el cual los estados mentales inconscientes son, en ciertas condiciones, susceptibles de *volverse conscientes*, es el descubrimiento esencial de Sigmundo Freud, en la esfera de las enfermedades mentales y nerviosas funcionales. Según Freud, estas enfermedades son engendradas por conflictos surgidos entre diferentes motivos poderosos de nuestra naturaleza, relacionándose muy a menudo los motivos sexuales con el egoísmo primitivo, de una parte, y con los motivos dictados por nuestra conciencia social, de otra.

4

Y el tratamiento freudiano, el psicoanálisis, consiste en un esfuerzo variado y prolongado, pero en el fondo muy simple y natural, para que el enfermo adquiera la conciencia de sus deseos reales. En ausencia de un esfuerzo preciso en sentido contrario, debemos suponer que cada uno de nuestros pensamientos es un medio disimulado con ayuda del cual tratamos de realizar ciertos fines de los que no tenemos conciencia.

5

La obra realizada por Darwin ha consistido en proscribir de la biología toda consideración moral y religiosa, en asentar el hecho de la evolución sobre una base científica, y en formular el principio esencial en el cual deben inspirarse las investigaciones orientadas hacia los hechos concretos. Marx hizo aproximadamente lo mismo en la ciencia general de la historia. Substituyó las parrafadas elocuentes inspiradas en la moral, en la religión, en la poesía y en el patriotismo, por un principio de explicación realista que no tardó en convertirse en un principio director para todos los espíritus amantes de la investigación libre, y estableció, o por lo menos subrayó por primera vez el hecho de que no solamente evolucionan las formas políticas, sino también la estructura económica de la sociedad.

6

Si se quiere llegar a una definición adecuada de la ideología, comprender en qué sentido difiere de la ciencia, y asegurarse de que esta distinción entre la ciencia y la ideología forma la esencia misma de la sabiduría histórica de Marx, basta renunciar a los misterios y a los restos de misterios e introducir en el marxismo los simples rudimentos de una verdadera ciencia del pensamiento. Esta distinción constituye una de las intuiciones más profundas y más vastas que un hombre de genio haya concebido nunca. La vida está hecha de impulsiones, y el pensamiento no es más que una definición de las impulsiones y de los medios de satisfacerlas. Pero en la vida de las sociedades humanas las impulsiones más fuertes y más universales se disimulan detrás de una cierta norma de idealidad y respetable virtud.

7

Los hombres se imaginan que defienden y persiguen objetivos tales como la libertad, la igualdad, la fraternidad, cuando en realidad, como dice Marx con razón, se interesan por la infantería, la caballería, la artillería. Su objetivo consiste en defender su situación privilegiada dentro de una clase que, en sus motivaciones inconscientes, no se preocupan de lo más mínimo del mundo de la libertad, de la igualdad, de la fraternidad. Es esto lo que constituye una ideología.

Ahora bien; es evidente que la mayor parte de lo que se ha escrito sobre la historia, la mayoría de las teorías políticas y sociológicas formuladas con anterioridad a la época de Marx, han sido deformadas por ese pensamiento ideológico de gentes que obedecían inconscientemente a sus intereses de clase.

Para curar los trastornos individuales, el psicoanalista presta una atención particular a las deformaciones de la conciencia producidas por los móviles sexuales comprimidos. El marxista, que trata de curar los trastornos de la sociedad, presta una atención particular a las deformaciones engendradas por el hambre y el egoísmo.

8

El vocablo *ideología* es simplemente un nombre que sirve para designar las deformaciones del pensamiento social y político producidas por los móviles comprimidos. Este vocablo traduce la idea de los freudianos, cuando hablan de *racionalización*, de *substitución*, de *traspaso*, de *desplazamiento*, de *sublimación*. La interpretación económica de la historia no es más que un psicoanálisis generalizado del espíritu social y político. De ello tenemos una prueba en la resistencia espasmódica e irrazonada que opone el paciente. La diagnosis marxista es considerada como un ultraje más bien que como una constatación científica. En vez de ser acogida con espíritu crítico, verdaderamente comprensivo, tropieza con racionalizaciones y "reacciones de defensa" del carácter más violento e infantil.

En su libro sobre *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, en el cual aplica su teoría a un hecho histórico concreto, Marx habla constantemente de los "intereses" de clases y de partidos. Interpreta sus ideas políticas considerándolas, no como reflejos inconscientes de su situación económica, sino como un plan inconscientemente concebido en vista de la realización de sus deseos económicos.

Esto podría llamarse combinación de Freud y de Marx.

XII
La interpretación biológica

1

Desde hace tiempo, dice Spengler, se aspira a una interpretación histórica de la historia. Durante el siglo XIX se seguía una propensión inversa: parecía obligatorio deducir lo histórico de lo que no es histórico. Así Hegel describe el desarrollo de los sucesos humanos como resultado automático de la dialéctica abstracta de los conceptos; Buckle, Taine, Ratzel, derivan la historia de la geografía; Chamberlain, de la antropología; Marx, de la economía; Engels, de la mecánica.

Y aun podemos aumentar la serie. Para Heródoto la historia es una bella narración. Para Bossuet, el factor histórico esencial

es la Providencia. Los volterianos ponen a la casualidad en el lugar de Dios. Vico trata el conocimiento histórico como astronomía y Huxley como química. Gracián, Carlyle y Emerson sobrestiman el factor individual y atribuyen la dirección de la historia al genio y al héroe. Gobineau encuentra la clave histórica en las diferencias de razas. Tarde en las leyes de la imitación y Le Bon en la psicología de las multitudes. En cambio, el mismo Spengler deriva la historia del desarrollo cíclico de las culturas, consideradas como organismos incomunicados.

2

En realidad, esto es solamente un procedimiento de simplificación, porque ningún creador o inventor de sistemas llega al extremo de forjar sus doctrinas como normas de hierro y en moldes estrictamente cerrados. Por ejemplo, Emerson es tenido como sacerdote máximo del héroe hacedor de la historia. Pero es el propio Emerson quien agrega:

> junto a la historia civil y metafísica del hombre, otra historia se desarrolla, la del mundo exterior, en la cual el hombre no está menos complicado. El hombre es un compendio del tiempo, pero también es correlativo de la naturaleza. Su poder consiste en la multitud de sus afinidades, en el hecho de que su vida está entrelazada con todo el conjunto de los seres orgánicos e inorgánicos. El hombre es un haz de relaciones, un nudo de raíces… [o condensación de influencias sociales, como dice Bujarin.]

Debemos aprovechar las doctrinas históricas no como dogmas ni sistemas escolásticos, sino como elementos de un método o como testimonios parciales que producen evidencia en aquello que puede deducirse de todos ellos de manera uniforme, por un esfuerzo de selección y de síntesis para llegar así a la raíz de la vida, al concepto biológico.

Cada filosofía de la historia, lo mismo que cada filosofía, tiene mucho de personal y biográfico. Hemos anotado solamente las interpretaciones que por sí mismas son factores históricos, es decir, con influencia en la vida. Si nos dejamos llevar por una sola

de ellas, correríamos el riesgo de adoptar una posición parcial, unilateral y limitada. Las órbitas astrales de Vico, lo mismo que los paralelogramos de Engels y los círculos de Spengler, tienen más bien valor de alegorías, metáforas o simbolismos sugerentes. La relatividad de Einstein y la complicación de la vida transforman las líneas geométricas más rigurosas en una superposición de curvas y de planos donde la inteli...*

La vida no tiene un ritmo que puede medirse por números humanos. Los círculos de Vico o de Spengler, por influjo del genio de Einstein, pueden convertirse en espirales infinitas, como la órbita lunar trazada imaginariamente en el espacio, o en un delirio de parábolas irregulares.

3

Hegel señala ya en su *Filosofía de la historia* el papel importante de la "base geográfica de la historia universal". Pero como, según él, la causa de toda evolución es, en fin de cuentas, la Idea, y como no recurría a la *explicación materialista de los fenómenos* sino de pasada y en casos de secundaria importancia, su concepción extremadamente justa sobre la importancia histórica del medio geográfico no podía conducirle a las fecundas conclusiones que de ella se desprenden. Ellas no han podido ser establecidas en toda su amplitud sino por el materialista Marx. Anotaremos lo que nos toca más de cerca.

4

Las propiedades del medio geográfico determinan tanto el carácter de los productos de la naturaleza que sirven a las necesidades del hombre, como los objetos que este mismo produce con el mismo fin. En donde no existieron metales, las tribus aborígenes no pudieron pasar, con sus propios medios, de los límites de lo que llamamos la "edad de piedra". Asimismo, para que los *pescadores y cazadores primitivos* pudieran pasar a la *crianza de ganado*

* En el original se interrumpe la línea y continúa el párrafo siguiente, por evidente error tipográfico. *Cf.* p. 54 de la edición en uso.

y a la agricultura, eran necesarias condiciones geográficas apropiadas, es decir, una flora y una fauna correspondientes. L. G. Morgan hace notar que, en el hemisferio occidental, la ausencia de animales susceptibles de ser domesticados, así como las diferencias que existen entre las floras de los dos hemisferios, explican el recorrido muy diferente de la evolución social de sus habitantes.

Waitz dice, a propósito de los pieles rojas de la América del Norte: "Entre ellos hay ausencia completa de animales domésticos. Este hecho es muy importante, porque constituye la razón principal que los mantiene en un bajo nivel de desenvolvimiento".

5

Desde los grados más bajos de la evolución humana, las tribus entran en relación unas con otras, cambiando entre ellas algunos de sus productos. Ello tiene por resultado ampliar los límites del medio geográfico, el cual influye, a su vez, sobre el desarrollo de las fuerzas productivas de cada una de estas tribus, acelerando así la marcha de este desarrollo. Como se comprende, la facilidad más o menos grande, con que parecidas relaciones se realizan y se desarrollan depende de las propiedades del medio geográfico. Hegel decía ya que los mares y los ríos aproximan a los hombres cuando el desarrollo de las fuerzas productivas ha alcanzado ya un nivel relativamente elevado. Cuando este nivel es bajo, el mar —como lo ha dicho tan justamente Ratzel- - *obstaculiza* frecuentemente las relaciones entre las razas que separa.

6

No es la fertilidad absoluta del suelo —dice Marx— sino la diferenciación de este último, la variedad de sus productos naturales, las que constituyen la base natural de la división social del trabajo y las que empujan al hombre, en virtud de la variedad de las condiciones naturales en medio de las cuales vive, a variar sus necesidades y capacidades, sus medios y modos de producción.

Casi en los mismos términos que Marx, Ratzel dice: "Lo que importa, sobre todo, no es una mayor facilidad para procurarse

el alimento, sino que ciertas inclinaciones, ciertas costumbres y, finalmente, ciertas necesidades sean despertadas en el hombre mismo". Así, pues, las propiedades del medio geográfico determinan el desarrollo de las fuerzas económicas, y con ellas el de todas las otras relaciones sociales. Marx explica esto en los siguientes términos: "Las relaciones sociales que los productores contraen entre sí, las condiciones de su actividad recíproca y su participación en el conjunto de la producción difieren igualmente según el carácter de las fuerzas productivas".

7

Los masai, en África oriental, matan a sus prisioneros, porque —como dice Ratzel— este pueblo de pastores no tiene todavía la *posibilidad técnica* de extraer provecho de su trabajo de esclavos. Pero los wakamba, que son *agricultores*, y que viven en la vecindad de los *pastores*, tienen el medio de explotar este trabajo, y por eso dejan con vida a sus prisioneros, *a quienes hacen esclavos*. La aparición de la esclavitud supone de este modo el hecho de que las fuerzas sociales han alcanzado un grado de desarrollo que permite *explotar* el trabajo de los cautivos.

La esclavitud es una *relación de producción* cuya aparición señala el comienzo de la división en *clases* en una sociedad que no conocía hasta entonces otras divisiones que las que correspondían al *sexo* y a la *edad*.

8

Sabemos ahora que el desarrollo de las fuerzas productivas, que, en definitiva, determina el de todas las relaciones sociales, depende de las *propiedades del medio geográfico*. Pero, una vez que ciertas relaciones sociales han surgido, *ejercen, a su vez, una gran influencia sobre el desarrollo de las fuerzas productivas*. De manera que *lo que primitivamente es una consecuencia se convierte, a su turno, en una causa*; entre la evolución de las fuerzas productivas y el régimen social se producen una *acción y una reacción recíprocas*, que toman, en diferentes épocas, las formas más variadas.

Ratzel considera como probable que en Nueva Zelanda las

guerras entre los indígenas no tuvieran otro móvil que el deseo de regalarse de carne humana. Mas tal inclinación marcada de los indígenas a la antropofagia se *explica* por la pobreza de la fauna neozelandesa.

Todos saben que la marcha de una guerra depende del armamento de las partes beligerantes. Pero el armamento se encuentra determinado por el estado de sus fuerzas productivas, por su economía y las relaciones sociales que se han constituido sobre la base de esta economía.

9

Decir que tales pueblos o tribus han sido *conquistados* por otros pueblos no es, sin embargo, explicar por qué las repercusiones sociales de su servidumbre han sido precisamente éstas y no otras. Las consecuencias sociales de la conquista de las Galias por los romanos no fueron, en modo alguno, las mismas que las de la conquista del mismo país por los germanos. Las consecuencias sociales de la conquista de Inglaterra por los normandos no fueron las mismas que las que trajo consigo la de la Rusia por los mongoles. En todos estos casos la diferencia fue determinada, en último análisis, por la que existía entre el *régimen económico* de la sociedad sometida y la de la sociedad que la había conquistado.

10

El medio geográfico ejerce una gran influencia, no solamente sobre las tribus primitivas, sino también sobre lo que se llama *pueblos civilizados*. Marx dice:

> La necesidad de establecer un control social sobre determinada fuerza natural, de explotarla de una manera económica, de captarla, primero, y de dominarla, después, por medio de obras considerables, elevadas por el esfuerzo humano organizado, desempeña un papel muy importante en la historia de la industria. Tal fue el significado de la reglamentación de las aguas en Egipto, en la Lombardía, los Países Bajos, Persia y las Indias, donde la irrigación por medio de canales artificiales trae al suelo no solamente el agua indispensable, sino también, y al mismo tiempo, con el limo de ésta arrastra el abono mineral de las

montañas. El secreto del desarrollo de la industria en España y en Sicilia, bajo la dominación árabe, residía en la canalización.

Y el medio geográfico actúa sobre el hombre *por intermedio de las relaciones de producción* que nacen en un medio determinado, sobre la base de fuerzas de producción determinadas, cuya primera condición de desarrollo está precisamente *representada por las propiedades de dicho medio.*

La influencia del medio geográfico sobre el hombre social representa una *cantidad variable.* La evolución de las fuerzas productivas, condicionada por las propiedades de este medio, aumenta el poder del hombre sobre la naturaleza y, por ende, crea una relación nueva entre el hombre y el medio geográfico ambiente.

11

La llamada interpretación materialista de la historia vino a corregir dos defectos principales de las teorías históricas primitivas. En primer lugar, se estudiaba de preferencia el motivo ideológico o idealista de la actividad humana, sin buscar el origen o la causa anterior de tal actividad, ni sus relaciones y desarrollo de acuerdo con las instituciones sociales y la producción de los elementos necesarios para la vida. En segundo lugar, se ignoraba o se descuidaba la actividad de las masas, sus condiciones de vida y su participación en las funciones sociales. Sólo se presentaban hechos desnudos, sin ilación, o aspectos parciales, incompletos, o sin movimiento. Las teorías de orientación llamada materialista o marxista procuran examinar la totalidad de las fuerzas históricas y, especialmente, las tendencias en lucha o en contradicción, llegando hasta la raíz de las fuerzas materiales de producción económica y organización social. Y la evolución científica de tales teorías en dirección progresista y dialéctica lleva más profundamente aún a las fuentes donde se prepara el proceso vital y se elabora la savia que después nutre a las plantas por conducto de las raíces.

12

Las dos corrientes más poderosas del siglo XIX fueron coronadas por las ciencias naturales con el darwinismo y las ciencias econó-

micas con el socialismo. ¿En qué posición deja a estas dos fortalezas del siglo pasado la ciencia de hoy?

El libro de Jacob von Uexkull, *Ideas para una concepción biológica del mundo*, marca de modo plenario la realización de una de las tendencias más características de las ideas que podemos llamar "siglo XX", o sea la elevación cenital de las ciencias naturales que pretenden informar casi todas las esferas del conocimiento, y, especialmente, lo que se había llamado ciencia social.

Debe advertirse que, al tomar como punto de referencia las *Ideas para una concepción biológica del mundo*, no es porque Von Uexkull tenga la más alta representación de la biología moderna. Detrás de Von Uexkull están los investigadores y sabios que han hecho la obra de fondo, pero que tal vez se habrían quedado rezagados o con menos influencia si no tuvieran un intérprete elocuente. Las voces de Von Baer, Driesch, Mendel, Jennings, De Vries; se deben escuchar respetuosamente a través de Von Uexkull.

Así como Werner Sombart encuentra la superposición de sistemas económicos en mezclas, estructuras o combinaciones sucesivas, pero no total eliminación de un régimen por otro, en la evolución del pensamiento científico se descubre un fenómeno semejante, pero infinitamente más delicado y complejo. Por eso hallamos que la interpretación providencial de la historia humana subsiste cambiando términos y llega hasta la "regulación fisiológica" de Jennings o la "conformidad al plan y la coordinación biológica" de Von Uexkull.

13

Y no es que la primera ni la última sean verdaderas o falsas en sentido absoluto. De un modo indirecto, la relatividad se impone sobre todas las nociones del conocimiento humano. O más bien dicho sobre la realidad de la vida misma. Por eso se reconoce que la misma filosofía escolástica, que hacía sonreír a los positivistas, cumplió su gran misión en el momento oportuno.

La escolástica de la Edad Media, dice Pierre Laserre, fue un eslabón necesario en la historia del espíritu, prolongación de la filosofía antigua y en gran parte preparación de la filosofía moderna, principalmente por haber creado un vocabulario abstracto de precisión admirable y por haber perfeccionado el arte del

razonamiento. Con ese vocabulario exacto y sólido y con la dialéctica, la filosofía moderna pudo desarrollar sus propias doctrinas. Y los artistas superiores tuvieron así un instrumento para sus creaciones de poesía mística y de arte clásico. Algo semejante puede decirse del positivismo.

14

Por su parte, Von Uexkull cree haber dispuesto definitivamente de Darwin, y, con mayor razón, de Spencer y Haeckel. Pero así como el marxismo no fue sepultado totalmente por los economistas clásicos ni por Spengler, los vitalistas tampoco acaban con Darwin. En primer lugar porque el combate científico no está rigurosamente saldado. Y luego, porque una doctrina no sólo vale por su exactitud científica, sino por su influencia en la vida y en el pensamiento. El darwinismo no queda aniquilado, porque todavía hay muchas gentes que creen en él. Por inercia o por obcecación, o por simulación que se convierte en autosugestión, se seguirá creyendo, por algún tiempo, en la selección natural de la lucha por la existencia y en las leyes de la evolución. Lo que hace la biología moderna con el darwinismo es ponerlo en segunda fila, dejándolo atrás como ideología conservadora o reaccionaria. Las doctrinas nuevas son la ideología de la revolución. Las doctrinas rezagadas son la doctrina de las clases conservadoras, que ayer fueron a su vez revolucionarias. Con Darwin y Spencer están los imperialismos, el dogma de la supervivencia del fuerte, la evolución espontánea y natural, el "natura non facit saltus". Con los renovadores está el "natura facit saltus" de De Vries y la supervivencia del marxismo, ampliado, ennoblecido, transformado por la nueva biología. Pero no debe desconocerse que así como hay una mística y una ideología revolucionarias, hay una mística y una ideología de la tendencia conservadora o contrarrevolucionaria.

15

Dice la nueva biología:

De Vries ha demostrado que algunas especies vegetales en un periodo de mutación producen repentinamente nuevos indivi-

duos cuya estructura se ha transformado hasta en lo más nimio. Estas experiencias, plenamente auténticas, han probado que pueden originarse nuevas especies por repentinos e inmediatos tránsitos. "Natura facit saltus" puede tenerse ahora como demostrado.

Driesch logró demostrar que la célula germinal no poseía ni huella de una estructura mecánica.

Cayó con ello el dogma: el ser vivo sólo es una máquina.

Jennings negó la existencia del reflejo de toda estructura en el sistema nervioso central. En lugar de la estructura mecánica puso la *regulación fisiológica*.

Lo esencial en el animal no es su forma, sino la transformación; no la estructura, sino el proceso vital. "El animal es un puro proceso." Lo mismo puede decirse de una cultura que si no es un organismo, se parece mucho a un organismo.

Cada animal, sea sencillo o complicado, está acomodado a su mundo circundante con igual perfección. El mundo circundante de los animales sencillos, es sencillo, y el de los animales complejos, complejo. Mundo circundante y animal se condicionan mutuamente. Existen reunidos, y el uno sólo adquiere sentido por el otro. La piel del oso blanco sólo tiene sentido en la nieve de Groenlandia, y las patas saltadoras del canguro corresponden a las estepas de Australia.

Tan indisolublemente enlazada está, por acción recíproca, la amiba con la gota de agua, como la trucha con el río y el tiburón con el mar. Ninguna es mejor y ninguno peor.

Cada animal, cada planta, es sólo un fenómeno de la substancia viviente. Y estos fenómenos forman en común el gran fenómeno total que llamamos Naturaleza.

La doctrina del medio geográfico de Taine se transforma en la idea del "mundo circundante". Para Taine la geografía era como una esfinge fatal, por encima de la fuerza del hombre. El mundo circundante no es sólo un concepto objetivo sino también subjetivo. Los seres se acomodan al medio que les debe ser más favorable en vez de que siempre la tierra se imponga sobre los seres. Y aun el hombre puede cambiar su "mundo circundante", ya sea modificando la propia condición o transformando las condiciones del suelo, como los holandeses luchando y triunfando contra el mar, o los españoles descubriendo el Nuevo Mundo, o los criollos de América cuando puedan suprimir las fiebres del

trópico y aumentar la fuerza motriz para mejorar la producción agrícola.

16

En la narración pura, sin motivos ni causalidad, el hombre parece un pelele grotesco, trágico, o cuando menos, personaje de una comedia universal. La interpretación teológica encuentra en Júpiter o Jehová el misterio de los hilos que mueven a los mortales. El materialista calcula como si tratara puras fuerzas físicas y químicas que mueven la maquinaria social. El marxista estricto, reduciendo a su apóstol al papel de un hombre de acción, un gran agitador o *meneur* de multitudes obreras, avanza con gesto radical hasta sostener la primacía del factor económico. Pero se detiene ahí. La biología supera al marxismo y a todas las interpretaciones unilaterales o parciales, porque las comprende a todas, limitándolas, reduciéndolas o ampliándolas. Donde los marxistas, llamados ortodoxos, sólo ven la lucha de la clase proletaria con la clase burguesa, como principio y fin del movimiento social, la interpretación biológica encuentra el descubrimiento genial de un fenómeno permanente; Sombart retrocedió hasta explorar los antecedentes inmediatos del capitalismo industrial moderno en el Estado, la Iglesia y los hombres de armas de la época feudal. La biología penetra hasta arrancar los mismos antecedentes desde el contraste entre la vida vegetativa y la vida animal. Los hombres o las tribus de tendencia sedentaria son los precursores de la burguesía, mientras que los hombres o las tribus errantes, nómadas, guerreras, con hambre y furor, son los antepasados del proletariado mundial. Los que comen demasiado y los que comen demasiado poco, según la fórmula en bruto.

Y estas indicaciones se pueden estimar mejor con ejemplos de nuestra historia hispánica.

XIII
La decadencia del Imperio español

1

Sin hablar de las interpretaciones teológicas o románticas o idealizadas, que pueden decirse ya agotadas por haber vivido su

ciclo, pero de todos modos aún inscritas en la memoria humana, podemos ver cómo se juzgan los hechos más importantes de la historia de España y de América.

El descubrimiento, conquista y colonización de América se presentan en su antiguo aspecto de lucha de razas, de pueblos o de gobiernos. El Estado y la Iglesia, como instituciones aliadas, realizaron la inmensa obra para suplantar en el Nuevo Mundo a los estados y a las iglesias en embrión que disfrutaban el privilegio de la explotación social.

En cambio, la interpretación biológica pretende avanzar más lejos aún. La conquista de América, incluyendo exploración previa y colonización posterior, es el trasplante de la cultura hispánica. Es el movimiento de expansión, de ascenso vital, de desbordamiento de energías.

2

La independencia de América no es nada más una crisis política ni solamente una lucha económica por eliminar al español (Estado e Iglesia) y substituirlo por el criollo. Es el fenómeno inverso de contracción, de desintegración o decadencia del Imperio hispánico, sometido a las múltiples presiones de las culturas externas, desbordantes a su vez de energía expansiva, al desgaste interior por el esfuerzo desplegado, y, sobre todo, al trabajo de adaptación que significa la influencia recíproca de la tierra sobre el hombre y al contrario, o sea, la estabilización del mundo circundante. Un rasgo revelador para la historia hispánica se descubre como un rayo de luz entre las sátiras de don Francisco de Quevedo. Este genio desorbitado y ambicioso de sabiduría, monumento vivo del estilo barroco español, entrevió en la obra de los holandeses uno de los grandes peligros para la vida económica de España. En *La hora de todos y la fortuna con seso* (párrafo XXVIII), escribió estos renglones trascendentes:

> Los holandeses... presumiendo de hijos primogénitos del Océano, se determinaron, escondiéndole en naves y poblándole de corsarios, a pellizcar y roer por diferentes partes el occidente y el oriente. Van por oro y plata a nuestras flotas como nuestras flotas van por él a las Indias... Para esto los ha sido aplauso, confederación y socorro la

envidia que todos los reyes de Europa tienen a la suprema grandeza de la monarquía de España.

Luego hace que un prudente cortesano aconseje al príncipe de Orange: "los glotones de provincias siempre han muerto de ahíto: no hay peor repleción que la de dominios. Trajano Bocalino apuntó este secreto en el peso de su Piedra del Paragón, verificándose en la monarquía de España, de quien pretendemos quitar peso".

Y la cita de Boccalini es justa: el peligro de España estaba en su propia fuerza, en su imperialismo, en la multitud de los pueblos que soportaban de mala gana el dominio exterior y orgulloso como todo desbordamiento de poder.

3

La llamada maldición del oro, que se ha tenido como una de las causas de la decadencia hispánica, debe estudiarse más de cerca. Efectivamente, España fue sólo un puente para conducir las riquezas del Nuevo Mundo hacia otros pueblos. Pero no fue un conducto gratuito. Las mercancías que llegaron a la península de todo el resto de Europa significaron trabajo de multitud de operarios. Y con esos elementos se pudo crear en España una forma de cultura lujosa, opulenta y superior. Indirectamente, se repitió el fenómeno del milagro griego, sustentado sobre la esclavitud. El Siglo de Oro ofrece en España la aparente paradoja de florecer cuando ya está muy adelantada la decadencia económica y social. Porque la riqueza ganada por los conquistadores y colonizadores la estaban disfrutando y consumiendo sus herederos. Una selecta aristocracia de vida y de pensamiento a la sombra de la corte y de la Iglesia pudo construir las maravillas de la cultura española de los siglos XVI y XVII, gracias a los recursos obtenidos sin trabajo personal por la explotación de las colonias. Con ello se hicieron las guerras defensivas de carácter externo religioso y las obras de arte que cuajaron en la belleza perenne de las catedrales, las pinturas, la vida refinada y cortesana y los prodigios de la mística y la poesía que son gloria del Imperio español.

4

En "El Solitario y su tiempo", don Antonio Cánovas del Castillo se acerca como pocos a la solución del problema:

> ...no cabe positiva y duradera grandeza militar y nacional donde hay pobreza e impotencia económica. Toda la historia de España está en este hecho al parecer insignificante: los soldados que el Gran Capitán llevó de Málaga para conquistar a Nápoles iban ya descalzos y hambrientos. Así se corren aventuras a las veces gloriosísimas; mas no se fundan permanentes imperios. En vano se busca en la Inquisición, en la amortización, en la exageración del principio monárquico, en los defectos de los reyes, en la incapacidad de sus privados o ministros, la causa única de nuestras desgracias... Nuestras instituciones antiguas no fueron perfectas... ni han sido grandes ni honrados políticos todos los que nos han gobernado, que tamaña dicha no la ha alcanzado nación jamás. Pero el pecado, el gran pecado de nuestra historia, no es individual sino nacional, y eso se ve en que desdichadamente existe aún, y ha sobrevivido a tantísimas mudanzas o revoluciones. Sepámoslo de una vez: nuestra en gran parte nativa pobreza, nuestra falta de espíritu de economía, nuestro desorden administrativo así en lo público como en lo particular, nuestra prodigalidad viciosa, la desproporción entre nuestras fuerzas y nuestros intentos, bastarían por sí solos para explicar los fracasos del sagaz y concienzudo Felipe II, la inercia de Felipe III y el de Lerma, las catástrofes que padecimos con Felipe IV y su privado el Conde-Duque, el cual no cometió falta más grave que no resignarse con tiempo a renunciar a la gran posición que artificialmente mantenía España en Europa. En harto menores intentos sucumbió con Felipe V. Alberoni: tan sólo en empresas proporcionadas a nuestro tesoro y nuestra población Felipe V y Carlos III triunfaron. Pero sobrevino la revolución moderna y... entonces fue cuando nos salimos ya del todo, no sé si para siempre, del cauce universal del progreso, porque ella no ha sido entre nosotros pasajero fenómeno, sino el estado normal de tres cuartos de siglo.

5

Así es como se explica la decadencia de España, después de la grandeza militar y política producida por azares dinásticos gracias a los matrimonios de los Reyes Católicos y su hija doña Juana

la Loca, que permitieron a Carlos V reunir las coronas de Castilla, Aragón y Navarra, formando la nacionalidad española y agregándola sin cohesión al desmesurado cuerpo de su imperio.

Pero esto no es sino explicación política, que apunta la causa económica sin definirla. Fuera de la grandeza militar, también alcanzó España grandeza industrial y económica, desvanecida después junto con el poderío marítimo y guerrero. Y también tuvo su Siglo de Oro por la grandeza espiritual y ha sido su fortuna que en este sentido no haya cambiado en la misma proporción por el camino de la decadencia, porque sus timbres de arte y pensamiento se han podido conservar enteros y brillantes, no con la misma gloria, porque no es posible engendrar a cada paso un Cervantes ni un Velázquez, pero siempre con poderosa personalidad colectiva y étnica. El mundo que ganaron los conquistadores de hierro, esos soldados pobres y descalzos como los que salieron de Málaga mandados por el Gran Capitán, se perdió materialmente para España, pero las comarcas y repúblicas que se sujetaron al idioma creado por los escritores del Siglo de Oro, se conservan todavía unidas no bajo una dominación dinástica, sino por el espíritu de la cultura grecolatina trasplantada por los pueblos ibéricos a la tierra americana.

6

El propio don Carlos Pereyra, intérprete mayor del hispanismo en estos tiempos, todavía presenta invertido el concepto en algunas ocasiones. Dice, por ejemplo:

> La independencia de los pueblos de la América española no se asemejó a la independencia norteamericana, pues el movimiento no fue sino una mera disolución de la monarquía española, y, simultáneamente, una disolución interna de cada uno de los países independientes. La ruina de la guerra civil no se compensó con una transformación económica de orden expansivo, como en el caso de las antiguas colonias inglesas. Lejos de ello, la guerra civil persistió y perduró, precisamente, como signo de estancamiento económico, causado por el proceso disolutivo. Durante el siglo que siguió a la separación, España, por una parte, y sus provincias por la otra, estuvieron sometidas a una condición de insuficiencia económica, de incoherencia

política y de influencia internacional, que no hacían sino traducir el carácter negativo de la lucha de separación.

En realidad, debe decirse en este caso que el estancamiento económico fue la causa del proceso disolutivo, y que el carácter informe, destructor y negativo de la lucha de separación y las etapas posteriores, lo mismo que la incoherencia política y la ineficacia internacional, son igualmente resultados de la insuficiencia económica, entroncada a su vez con el problema social, geográfico y mundial.

Werner Sombart se sitúa, en cambio, al estudiar las causas de la decadencia española en el antiguo terreno de la "leyenda negra". Atribuye la ruina del imperio hispánico a la incompatibilidad del catolicismo, el ideal caballeresco y la psicología de los pueblos celtas, con las nuevas formas del capitalismo industrial. En la península ibérica, los celtas y los godos detuvieron el desarrollo del capitalismo, para entregarse a empresas de rapiña, de heroísmo y de aventura, mientras que los judíos y los moros (y más tarde los protestantes, extranjeros y herejes) fueron los continuadores del régimen capitalista iniciado en la Italia del Renacimiento.

Pero aquí encontramos la misma inversión de términos que se repite en muchos historiadores, obcecados contra la religión, o contra los malos gobernantes, o contra la psicología de grupos selectos que producen místicos, inquisidores, misioneros o conquistadores. Los síntomas y las consecuencias se confunden con las causas.

7

Es la misma actitud, de transición entre el romanticismo y la ciencia moderna, que se deja llevar por los prejuicios de raza y las generalizaciones de psicología, pero ya con nueva orientación, como se encuentra en R[ufino] Blanco Fombona, cuando escribe en *El conquistador español del siglo XVI:*

...Culminó este espíritu de intransigencia, aliado a un sueño utópico de hegemonía universal, precisamente en los días en que alboreaba para el resto de Europa el espíritu de los tiempos modernos. Y a Es-

paña le tocó luchar contra el Libre Examen, contra la Reforma, contra la libertad o aspiración de cada pueblo a gobernarse por sí propio, contra el análisis y los descubrimientos científicos, contra la propia libertad interior de España; en una palabra, contra el espíritu moderno que en el Renacimiento se inicia. Fue el campeón del pasado. Representó lo que iba a morir. Y la fidelidad a esas tradiciones ha sido el largo y silencioso drama de España, país lleno de aptitudes y de energías, frente al resto del mundo que se iba reformando e iba creando nuevos tipos de civilización.

8

Dice Ludwig Pfandl, refiriéndose al tema, que la única manera de tolerar la salida de oro y plata era para los gastos de guerras extranjeras, o sea, la más desventajosa porque no reportaba ninguna clase de valores utilizables en cambio. En España los metales preciosos perdieron rápidamente su poder adquisitivo, provocando los aumentos de precios y los trastornos monetarios que se pretendían evitar por medio de disposiciones autoritarias. A esto siguió la decadencia de la industria española, la ruina de la agricultura, la acción de la soldadesca y de los mercenarios y la concentración de las riquezas en manos de los moriscos, de los judíos y de la burguesía extranjera formada por industriales y obreros calificados italianos, franceses del sur, flamencos y alemanes, que ya representaban un poder en gestación frente a las antiguas potencias feudales: la corona, la Iglesia y la nobleza. En esta complicación, las consecuencias y las medidas defensivas se confunden con los intentos de reforma y los síntomas externos. La pesadumbre de los impuestos es sólo desproporción entre las necesidades de los servicios públicos y los rendimientos del trabajo nacional. Las actividades de la Inquisición convertida en instrumento político y económico, procuran inútilmente combatir el mal profundo con represiones o intolerancias en contra de los judíos, moriscos y luteranos, y tanto las confiscaciones como las expulsiones no son más que recursos estériles o contraproducentes.

9

Según Francisco Silvela, las causas de la decadencia arrancan desde 1615, por los contratos matrimoniales concertados en favor de

la dinastía francesa. Pero esto es notoriamente un síntoma, y no explicaría la profunda postración subsecuente, pues que los enlaces matrimoniales en la Europa monárquica han sido costumbres de política secular, y en España puede considerarse igualmente inclinada al descastamiento la substitución de la casa de Aragón por la casa de Austria como la herencia de ésta en favor de los Borbones. Martínez Marina toma por causa de la decadencia el absolutismo de los Austrias y la nulificación de las cortes, que, con los ayuntamientos, tenían caracteres de representación democrática. Ferrer del Río se fija, de preferencia, en la política europea de Carlos V, que atendió a los conflictos medievales religiosos y dinásticos y descuidó los problemas atlánticos y americanos; Hoebler carga la responsabilidad a Felipe II; Brentano alude casi exclusivamente a la expulsión de los moriscos. M. I. Bonn señala como causa la incapacidad de la economía política española para adaptarse a la revolución internacional de valores del siglo XVI.

Así nos vamos acercando a la fórmula más apropiada a la terminología moderna. Ya está casi olvidada la famosa "leyenda negra de la España fanática". Los efectos no se confunden con las causas. Las soluciones simplistas que pretenden fundarse en una psicología del pueblo español, en la influencia de la mística o en el carácter de los conquistadores o de los eclesiásticos, o en la grandeza o deficiencia de los reyes y los ministros, se han quedado para la historia romántica o puramente positivista.

10

Este esbozo geográfico de Hinsdale nos ofrece profundas sugestiones para la historia de la independencia de México y su evolución posterior.

El lado oriental de Norteamérica se halla abierto y practicable. El Atlántico, comparado con el Pacífico, es un océano estrecho. Además, cerca de la costa hay numerosas islas que no solamente atraen a los navegantes y emigrantes desde hace dos siglos y medio, sino que ofrecen también puerta de paso en el camino al continente: Terranova, las Bermudas, las Bahamas y las Antillas.

Sería difícil exagerar las consecuencias históricas de los hechos

asentados. Ofrecen una explicación hasta donde los hechos naturales explican nunca tales cosas, de muchas materias interesantes de la historia. Ayudan a explicar el hecho capital de que Norte-américa llegase a ser una dependencia histórica de Europa y no de Asia. Arrojan gran luz sobre la primera división del continente entre España, Inglaterra y Francia, sobre el curso y orden de los descubrimientos y exploraciones y sobre las luchas de aquellas potencias por el dominio territorial. Ellos explican la extraordinaria expansión territorial de los Estados Unidos y su unidad política.

En el siglo XVIII España se encontraba en las mejores condiciones que se habían ofrecido hasta entonces a ninguna nación para tomar posesión y dominar el valle del Mississippi. Tenía las llaves del Golfo, del cual procuraba excluir a todas las demás potencias. Por haber descubierto las bocas de los ríos que desembocaban en el Golfo, y especialmente la del Mississippi, tenía un título respecto de la vasta región situada entre los Apalaches y el sistema de montañas de la cordillera. Las puertas del Mississippi estaban siempre abiertas para sus navíos y no había poder europeo que pudiese evitar, ni sentir, por entonces, el deseo de impedir que completase su título por la ocupación. El lago y la región de San Lorenzo eran más accesibles desde el sur que el valle del Mississippi desde el norte, porque el Mississippi tenía menos obstáculos de hielo. Y sin embargo, España no aprovechó la gran ocasión que se le ofreció; de hecho, hasta 1682 no había hecho nada por tomar posesión del país situado entre el Atlántico y el río Grande, salvo la fundación de Santa Agustina, en 1565, y Santa Fe en 1582.

11

El principal motivo de errores o extravíos en este punto, lo mismo que en la mayor parte de los problemas sociales y filosóficos, ha sido la exageración simplista o sectaria que pretende señalar preponderancia a un solo factor, desconociendo el pluralismo de la vida.

También contribuye a la confusión la tendencia mezquina que por pereza de espíritu o por mala fe de propaganda toma los conceptos en forma restringida o rigurosamente literal. Casi siem-

pre los que exponen una interpretación de estos hechos históricos no hacen sino ofrecer un punto de vista propio, y los que presentan una perspectiva distinta no deben suponer que a ellos toca exclusivamente la verdad.

La comprensión estrecha y literal se atiene a los términos escuetos, cuando toma, por ejemplo, la cruz y la espada como representaciones exclusivas de la influencia religiosa y la acción conquistadora. Espada y cruz, misioneros y conquistadores, virreyes y arzobispos, encomenderos y evangelizadores son a la vez signos de personas y de corrientes culturales; representan la influencia del idioma, de la moral, de las costumbres y del arte y de la ciencia. La inclinación idealista y romántica prefería lo alto y sublime. Pero el realismo, las ciencias naturales y sociales y la visión más terrenal de los estudios modernos se preocupa también por lo que viene detrás de los símbolos y de las representaciones superiores, como son los elementos de vida, la importación de nuevas especies vegetales, instrumentos de trabajo y animales domésticos.

Lo mismo puede decirse del oro y la plata y las tierras vírgenes de América. No solamente metales preciosos y comarcas inexploradas ha ofrecido el Nuevo Mundo al antiguo. Bajo el signo de plata y oro debe comprenderse además de otras especies preciosas por su utilidad, como el cobre y la quina, o de lujo y refinamiento, como el cacao y el pavo de América, las producciones más modestas que, como el maíz y la patata, fueron tal vez más importantes para contribuir a la revolución industrial del mundo. Porque a ellas se debe en parte la sobrepoblación y la emigración de europeos, la formación de grandes centros fabriles y urbanos y la integración de una nueva clase social que ha crecido transformando las instituciones feudales, monárquicas y más tarde individualistas y burguesas.

12

En esta rápida exposición no debe omitirse un juicio triplemente valioso, por su originalidad, por la simpatía que demuestra hacia el espíritu hispánico y por venir de quien ha estudiado como pocos, en archivos y fuentes de primera mano, la historia de estas

épocas. Al relatar las expediciones de Juan Bautista de Anza en 1774-1776, Herbert E. Bolton ofrece un cuadro sugestivo de la colonización española en América. Aunque sea en ligero extracto, vale la pena descubrir cómo Bolton aprecia la magnitud y la importancia para la civilización humana de la obra de España en este continente, con más elocuencia que la desplegada en arrebatos líricos del hispanoamericanismo al uso, y como una rectificación a los excesos de la crítica sectaria. En el volumen que sirve de introducción a la obra citada *(An Outpost of Empire)* puede verse cómo juzga Bolton las expediciones de De Anza y de sus compañeros Font y Garcés, que dieron por resultado la fundación de San Francisco, y sirvieron así para completar la obra del padre Kino, el heroico jesuita misionero, y de fray Junípero Serra, el glorioso franciscano, trasplantadores de la cultura hispánica al noroeste de la Nueva España. Bolton rechaza la vulgar afirmación de que España fuera mejor exploradora que colonizadora, puesto que el número de los exploradores fue sobrepasado por el de mineros, rancheros, sacerdotes, soldados, comerciantes y agricultores. La mejor justificación de la obra de España es la independencia de sus colonias. No fue un desgarramiento, sino la separación de los hijos mayores de edad que han fundado sus hogares.

Lo cual, si se analiza, no es más que una forma simpática de expresar la idea de una mutación en el régimen del imperio hispánico. La emancipación del hijo de mayor edad tiene profundas trascendencias económicas y sociales, y es tanto una obra del tiempo como de las necesidades afectivas, psicológicas, de nutrición y de reproducción. El crecimiento de los hijos es proporcional a la vejez de los padres. Pero las explicaciones de este género tienen más bien un valor metafórico, de modo semejante a las que comparan a un pueblo con un organismo. Y no debe confundirse su poder de sugestión con la realidad áspera y desnuda.

13

Todo lo que se ha querido presentar como causas de la decadencia española es casi siempre una serie de síntomas o de concausas, de consecuencias o de reflejos. El origen radical del he-

cho se ha ocultado, en la historia y en la sociología, sin llegar a la esencia del complejo económico y biológico. Casi siempre las explicaciones son parciales y pecan por restricción simplista.

Desde luego, no debe afirmarse que la decadencia hispánica sea producto de una sola causa ni mucho menos de un factor individual, o deliberado y consciente. Más bien que decadencia hispánica o ibérica, o caída o derrumbamiento de España, sería más exacto decir caída del imperio español o del imperialismo español. Y mas exactamente aún transformación del régimen feudal que llegó a su apogeo con la hegemonía de Castilla.

La ruina del imperio español es la ruina de todo un sistema mundial de producción económica. La grandeza y el poderío de los pueblos ibéricos puede decirse que coincidió con el aspecto mediterráneo occidental de la civilización, mientras que su decadencia sobrevino al cambiarse la forma geográfica de la alta cultura europea, abriéndose por el Atlántico hacia el Nuevo Mundo.

La posición de España dominando la salida del mar Mediterráneo, en un sitio de confluencia para las rutas de la circulación mundial entonces conocida, hizo que las energías de la civilización se concentraran en su territorio. Las actividades que antes se dirigían desde Italia hacia el mundo asiático y que facilitaron el poderío de Venecia, cambiaron de dirección por la resistencia y el empuje del Islam, y tuvieron que abrirse paso a través de los mares desconocidos. Esta obra de la civilización correspondía, por destino natural, a los pueblos ibéricos, y la realizaron prodigiosamente.

14

La apertura de los caminos oceánicos para las Indias y el descubrimiento de América cambiaron la forma y la técnica de la producción de riquezas. La cultura hispánica se enriqueció con las aportaciones del mundo grecolatino, con el desarrollo de sus posibilidades propias, con el contacto de las culturas orientales a través de los árabes y después con la enorme influencia material y espiritual que significaban la conquista y la colonización del Nuevo Mundo.

Pero el imperio español llevaba en su propia grandeza el germen de su transformación y de su acabamiento.

Así lo entiende, en cierto modo, el padre Félix García, en el prólogo de la obra de Ludwig Pfandl titulada: *Introducción al Siglo de Oro. Cultura y costumbres del pueblo español en los siglos XVI y XVII.*

> España... fue el eje de Europa, a pesar de su escasa tangente natural, y el punto de intersección de culturas diversas que aquí encontraron una fusión armónica... España, a pesar de su desviación geográfica, ha sido el punto de cruzamiento biológico de razas, de interferencia entre las más diversas corrientes, pero asimilándose e inyectándolas un elemento étnico indestructible.

Precisamente, la desviación geográfica de España dejó de existir cuando el descubrimiento de la ruta del Cabo produjo la ruina de Venecia y el auge de los pueblos ibéricos. Con mayor razón pudo ser España un gran centro de actividad económica mundial, y, en consecuencia, de fusión y entroncamiento de corrientes humanas, cuando la civilización se volvió hacia el Atlántico.

Pero la misma obra hispánica causó una nueva transformación del sistema universal de comunicaciones, de industrias y comercio.

La propia España abrió a los franceses, los holandeses y los ingleses la ruta del Atlántico. Y los países mejor situados recogieron el fruto maduro de la revolución económica provocada por el descubrimiento y la conquista de América.

15

Desde que Cabot descubrió por cuenta de Inglaterra la vía corta del mundo europeo al mundo americano, anticipándose aun a Colón en tocar tierra continental, el lazo de unión entre España y sus futuras colonias estaba amenazado. Y este peligro de tan remoto origen tuvo que aumentar por las condiciones de la obra colonizadora que cada país emprendió.

España se lanzó en prodigiosas aventuras por las comarcas tropicales, y su invencible clima tórrido, mientras los ingleses caminaron con lentitud y pudieron conquistar paso a paso tierras frías o templadas, abiertas y conexas, adaptables a los procedimientos de la nueva era industrial de maquinismo. España en-

contró los problemas complicados de una cultura indígena arraigada tenazmente a la tierra, que no podía ni evitar ni destruir, y que, a cambio de trabajo barato, tuvo que ocasionar los conflictos de castas y de clases exacerbados por la deficiente producción de riquezas de consumo vital.

Y la abundancia de oro y de plata fue un complemento de la apariencia seductora de los trópicos, porque la riqueza minera, aunque sirva para refaccionar a la precaria agricultura, no puede sustituir a la más indispensable riqueza de la producción agrícola.

XIV
Biología y revolución

1

Otro ejemplo de renovación histórica se encuentra en el diverso modo de afocar el suceso más destacado de la época moderna: la revolución. No las revoluciones, revueltas, motines, pronunciamientos o cuartelazos, que son más bien síntomas, o abortos, o partos retrasados, o simples manifestaciones morbosas, sino la revolución, en su sentido técnico, más aún que político y social, y en su aspecto biológico.

Un nuevo panorama de la ideología revolucionaria se descubre al expresar que la causa íntima de la revolución no es un simple anhelo político, lo cual por lo demás ya está dicho de sobra. Pero también es necesario ampliar la visión del concepto económico. Y así, hay que ver en la tenencia permanente y renovadora de la revolución, en primer lugar, el movimiento incesante de las corrientes vitales, y después los fenómenos de integración y desintegración, de reajustes y desequilibrios causados por el simple hecho de que "en la vida civilizada, las convenciones y las instituciones se levantan o se mantienen olvidando las leyes de la biología, porque el hombre crea sus leyes sin acomodarlas a sus conveniencias naturales". Y por ello se hace indispensable el trabajo lento, brusco o intermitente de reajustar la civilización a la naturaleza.

Las revoluciones convertidas en estado crónico, en forma violenta y puramente destructiva, son síntomas de desequilibrio

económico, debilidad y descomposición, más bien que indicios de energía en movimiento, porque significan que ni el Estado puede reprimir el desorden ni el desorden puede derrocar al Estado antiguo y crear un nuevo orden con un nuevo Estado. Las revoluciones que sólo se fundan en querellas por el mal gobierno y que se reducen a cambios de personal burocrático, son puramente maniobras de política para conquistar el poder. La situación económica y social de un pueblo sólo se atribuye al mal gobierno o a la pura política por impotencia funcional: un pueblo en condiciones de vitalidad ascendente modifica la conducta del gobierno cuando éste estorba el desarrollo económico, y si no puede rectificar a su propio gobierno, lo derriba, o progresa a pesar de la mala administración, que es lo más frecuente. Las agitaciones políticas o sociales que toman la forma de revolución, sin serlo realmente, son un problema de policía. Lo que una verdadera revolución ataca no es la forma o el personal del gobierno, que sólo es una representación o mandato, sino las formas de la producción, que son las que interesan de veras a la vida colectiva.

2

Y así tendrá que buscarse en la historia de México, detrás de las guerras de independencia, el movimiento social, y, más en lo hondo, el impulso emanado de las causas biológicas. No sólo se encontrará la insurgencia de las castas oprimidas, que se rebelan al signo mágico de las fórmulas de la Revolución francesa, sino la obra de una necesidad vital. La separación política, envuelta en ideología y retórica de clubes jacobinos y logias de masones, no es sino consecuencia de los fenómenos complicados de un desequilibrio en el régimen económico, y principalmente de la nueva era industrial caracterizada por la depreciación de la plata, el aumento en el costo de su producción a causa del agotamiento de los yacimientos próximos a la superficie, los incendios y las inundaciones de las minas y el triunfo del *[sic]* navalismo inglés sobre las comunicaciones marítimas de España y sus colonias.

Herbert Ingram Prestley hace notar que el impulso colonizador de España se desarrolló no sólo en la enorme extensión de América, hacia los cuatro rumbos cardinales, sino también más

allá del Pacífico en las islas Filipinas. Según la opinión de este distinguido profesor de historia de México en la Universidad de California, expresada en su obra *The Coming of the White Man*, para España fue una desgracia que las bulas papales le concedieran dominios más extensos de lo que podía cubrir con su fuerza colonizadora. En realidad las bulas o concesiones papales no eran sino envoltura y fórmula del movimiento expansivo. Más bien deben estudiarse los factores que señala el mismo Prestley al calificar el ciclo de las últimas expediciones hechas por fray Marcos de Niza, Hernando de Soto y Coronado, como la representación trágica y heroica de un imperialismo que no quería aceptar las limitaciones impuestas a la expansión hispánica "por las distancias, los indios salvajes y las inhospitalarias condiciones geográficas". La necesidad de seguir las líneas de los yacimientos mineros, separados en zonas aisladas, la formación de centros poblados en regiones mal distribuidas para la industria agrícola, y, más tarde, las luchas de la frontera norte, donde los indios comenzaron a recibir armas europeas por conducto de los franceses y de los ingleses, pueden servir mejor para explicarse la evolución histórica de la Nueva España.

3

El beneficio de los minerales de plata por el sistema de patio fue para México de extraordinarias consecuencias. En los reales de minas se establecieron haciendas de beneficio y se fundaron poblaciones que llegaron a ser centros de importancia. Los mineros afortunados formaron una clase privilegiada por su riqueza, suficientemente provista en ocasiones para refaccionar a la agricultura y contribuir para los gastos de la Iglesia, de las instituciones públicas locales y de otras colonias, y hasta de la corona de España directamente.

Pero la opulencia de la explotación minera en la Nueva España tenía que producir al mismo tiempo la disminución lenta y constante del precio del producto, la formación de una clase proletaria esquilmada en los trabajos de extracción, acarreo y beneficio de los minerales y la insuficiencia de los métodos y de los instrumentos de trabajo al agotarse los yacimientos más ricos y más próximos a la superficie.

4

Al mediar el siglo XVIII, los pesos mexicanos eran la moneda preferida en todo el mundo. Por los años de 1800 ya se comenzaron a sentir los efectos de las inundaciones en las minas y de la inferioridad industrial de la explotación, comparada con la técnica europea que lograba disminuir el precio de costo con las bombas de vapor y los procedimientos más eficaces de beneficio. Cuando Humboldt visitó la Nueva España por el año de 1803, aunque admiró las obras subterráneas de ingeniería y la riqueza potencial de los yacimientos, advirtió también graves signos de atraso en los túneles incomunicados y las bombas de desagüe movidas por mulas.

Entre los factores de la guerra de independencia debe anotarse el desequilibrio de la industria minera y la consiguiente impulsión del proletariado de las minas. Las haciendas fueron destruidas y las obras interiores muchas veces incendiadas. El botín preferido eran los cargamentos de plata. Y la presión anglosajona, aparentemente favorable a la independencia, no era, con seguridad, extraña al hecho de que, alrededor de 1820, los sindicatos ingleses compraron por sumas irrisorias las antiguas minas famosas por sus bonanzas.

5

Sin embargo, ni la industria inglesa logró rehabilitar a la minería mexicana. Los ingenieros ingleses tropezaron con enormes dificultades para adaptar su técnica a los métodos tradicionales de trabajo de los operarios mexicanos y para subir las calderas y máquinas de vapor a la altiplanicie. Tuvieron que sufrir, igualmente, las consecuencias de la guerra de emancipación y de la crisis económica y social manifestada en forma de revolución incesante, y más tarde una nueva depresión de la plata producida por el exceso de producción en los Estados Unidos después de la guerra de secesión. Por último, los capitales ingleses cedieron la mayor parte del terreno a las empresas norteamericanas, cuando la expansión de los Estados Unidos se hizo sentir con más fuerza en México gracias a los ferrocarriles y a los nuevos sistemas de explotación de minerales, especialmente el proce-

dimiento de cianuración que se comenzó a usar a fines del siglo XIX.

Y del mismo modo que en las revoluciones de independencia y de reforma deben investigarse los factores profundos relacionados con la producción minera, ligada, a su vez, con la agricultura y la economía general, en los movimientos revolucionarios modernos deberán estudiarse las incidencias de nuevas transformaciones industriales, que incluyen problemas de maquinaria, de cultivos, de combustible y de transportes. A la producción de plata y oro debe agregarse, en las últimas épocas, la influencia política y social de la producción de petróleo y de energía eléctrica.

6

En resumen, será preciso investigar las causas profundas y hasta ahora poco estudiadas, en los trabajos de la integración nacional, en sus gobiernos incipientes y sus instituciones desgarradas por la bancarrota que incuba la guerra civil y en la miseria que produce el bandolerismo; la mutilación territorial y los problemas internos condicionados por la geografía y las transformaciones de la industria; las guerras y los movimientos sociales de la Reforma como continuación del empuje revolucionario y las luchas de clases iniciadas en la conflagración de independencia; la marcha por etapas hasta la difícil introducción de los nuevos sistemas de comunicaciones y producción por medio de la maquinaria del siglo XIX. Luego, las mismas influencias contribuyendo a la restauración republicana, fomentando la corriente de prosperidad material que a su vez sustentó el régimen pacífico de la época Díaz-Limantour. Y las mismas causas y problemas trabajando para producir otra vez los fenómenos de la revolución y las transformaciones industriales en este siglo, con nuevas fórmulas y modernas ideologías envolviendo semejantes enigmas geográficos y vitales.

Hasta llegar a la época contemporánea, no deslumbrados o confundidos por la historia, sino guiados por ella para comprender mejor el presente y preparar el porvenir. Guiados por la historia, que ya no es la sierva de la teología, de la metafísica, de la literatura o de la política militante, sino uno de los auxiliares más poderosos en la lucha del hombre con la naturaleza.

7

Don Carlos Pereyra puso como epígrafe de su obra, *El mito de Monroe*, estas palabras de A. R. Randall: "Cuando Marx inventó la interpretación económica de la historia, forjó una arma que, si se usa con habilidad, puede destruir la mayoría de las reputaciones históricas..." Pero si se usa la orientación científica que Marx desarrolló, no como instrumento agresivo, ni dogma unilateral, ni recurso de política militante, sino como elemento de investigación y de estudio, depurado y encadenado con todos los demás eslabones del conocimiento, no hay motivo para que sirva como disolvente y corrosivo de reputaciones históricas.

Al contrario, el trabajo de hacer y destruir reputaciones de héroes y caudillos queda en segundo plano. La historia de curiosidad y de peleas partidaristas se debe superar igualmente. Se alejan las biografías de recámara y de intrigas cortesanas o parlamentarias para buscar más hondamente las causas y los hechos radicales.

De este modo la historia abrirá nuevas perspectivas en un ambiente más lleno de luz y de serenidad. En vez de empequeñecer las figuras reducidas a sus puros lineamientos humanos, se tendrán que esbozar en sus relaciones con el medio circundante. Así crecerá la significación y se tocará más de cerca la verdad profunda, lo mismo al desentrañar el mito de Quetzalcóatl que al analizar las grandes personalidades ya rodeadas por una aureola mística, o los grandes hechos que tienen casi rasgos personales y se convierten en cierta forma en figuras de contornos definibles: no sólo el mito prehistórico, sino lo que hay de mito en las personalidades de Cortés y el régimen colonial, de Hidalgo y la guerra de Independencia. Y el mito del federalismo, el de la Reforma, y los de Santa Anna, Juárez, Porfirio Díaz, Limantour, la paz y la revolución.

El criterio pluralista y ecléctico nos enseñará que la mayor parte de nuestras querellas se han hecho alrededor de ficciones, fantasmas, prejuicios y pasiones. Por empeñarse en visiones unilaterales se perpetúan las disputas de partidos y de sectas. Cuando se escribe la historia de la conquista, o de la Iglesia, o de la dominación española, de la Independencia, de la Reforma o de la Revolución tomando sólo un punto de vista limitado y parcial, aunque

se diga la verdad, se comete un error creyendo que es toda la verdad. Las crueldades de los conquistadores y los defectos económicos de la organización eclesiástica son tan ciertos como la difusión de la cultura hispánica y la obra heroica de los misioneros. En las mismas misiones hay no sólo heroísmo sagrado, sino afán de dominación. Cortés, Hidalgo, Juárez, Porfirio Díaz y Madero no son figuras para un trazo estático. Se desarrollaron en el tiempo como los hechos históricos son envueltos por la leyenda y tienen como todo lo que es humano la mezcla eterna del bien y del mal. Por eso la historia procura sobreponerse a la medida actualista de la moral corriente. Trata de asomarse por encima del bien y del mal.

Así adquiere la visión de una biografía de México aspectos nuevos que merecen ser explorados, no sólo en ensayos como éste, que apenas alcanza los primeros atisbos. La obra debe ser emprendida y realizada por toda una generación. Porque de su difusión y conocimiento puede resultar una visión más generosa y humana de nuestra realidad nacional y nuevas orientaciones para plantear y resolver los problemas vitales de nuestra vida política, económica y social, la comprensión y la integración de la verdadera cultura mexicana.

XV
La nueva definición de la historia

1

Una historia que pretende ser moderna no debe limitarse a seguir las doctrinas de la última hora, que en ocasiones son nada más las de última moda. Tiene que sustentarse sobre el orden cronológico y la narración sin suprimir del todo el atractivo de la anécdota y del drama, ni desconocer las influencias del clima y del suelo. Aunque cambien los nombres de la interpretación providencial, no puede negarse que una de las más poderosas fuerzas históricas, por ignorancia o por esencia, es la que se encuentra por encima de la voluntad y del conocimiento de los hombres, vagamente señalada con los términos de divinidad, predestinación, némesis, fatum, azar, kismet, ananké, fatalidad o sino. Hasta la rígida construcción del materialismo histórico, en

su forma extrema del marxismo integral, admite lo imprevisto o imprevisible en los "factores de perturbación". Igualmente, el factor individual no puede ser limitado, porque no sólo héroes y genios hacen la historia, sino también, por desgracia, tiranos, imbéciles, fanáticos o criminales.

2

Si se olvidara totalmente el factor individual, pretendiendo confinar la historia al análisis de los movimientos de masas y de muchedumbres, de instituciones y entidades abstractas, se haría del estudio histórico una oceanografía del tedio. Los grandes hombres, como expresa el doctor Gregorio Marañón, son índices del empuje espontáneo de los pueblos. Por ello mismo tienen gran importancia histórica. También debe limitarse la tendencia que se inclina exageradamente en contra de las narraciones mezcladas con acontecimientos políticos y militares. Éstos son hechos indispensables para la cronología, por ser los más aparentes y accesibles, que graban con sangre y fuego las etapas de una nacionalidad. Aunque se tome de preferencia el camino de la interpretación económica, no puede negarse que las guerras y las mutaciones políticas son causas o consecuencias de fenómenos económicos. Las guerras dinásticas o civiles, de invasión o de defensa, lo mismo que los años de inundación, de terremotos, de peste o de hambre, son como índices implacables de la historia humana, y lo serán mientras subsista el instinto depredatorio, arraigado hasta la subconsciencia, y organizado como régimen social. Y todavía quedan grandes perspectivas por explorar en el campo de la interpretación psicológica pasional, sexual o estética, comprendiendo el conjunto de los fenómenos vitales.

3

Conceder mayor importancia al factor económico no es derivar estrictamente la historia del puro móvil de adquisición material, sino porque ha sido hasta ahora el menos estudiado, sobre todo en la historia de México, y porque es preciso reconocer que el signo de los tiempos, o el acento de esta época, se distingue en las fuerzas del trabajo. Así como una edad entera puede llamarse

aticismo y otra cristianismo, o renacimiento, o reforma o capitalismo, para nosotros la tendencia más visible de la cultura está en "el aprovechamiento de todas las energías de la tierra y del hombre", haciendo que la pérdida de impulsos vitales se reduzca al mínimo. Aunque no se tomen los postulados de Marx sino como "tendencias", es indispensable completar la obra de interpretación histórica tomando como instrumento de estudio la doctrina de la lucha de clases. Y ahondando un poco, y ampliando al mismo tiempo el concepto, salvando los límites de la intención pragmática y política, se encuentran profundas relaciones entre la ideología marxista y las más autorizadas versiones de filosofía histórica. Las luchas provocadas por las diferencias de clase, lo mismo dentro de las mismas clases en su trabajo de formación o de desintegración, que las luchas entre una clase y otra por alcanzar el predominio en el manejo del Estado, pueden encontrarse igualmente esbozadas en los prejuicios raciales de Gobineau como en la importancia de las migraciones y la influencia de los extranjeros y los herejes en la vida económica que ha descubierto Sombart.

No debe pensarse que la preferencia de atención para el dato económico implica reducir la historia a los números de estadística fiscal. En vez de simplificar las perspectivas, se amplían y se abren otras nuevas, sin borrar las que ya se han explorado y trazado. No es un ahorro de trabajo el que se ofrece, como sucedería con una interpretación mecánica o puramente física. Este materialismo histórico es lo menos materialista posible, en el sentido que el vulgo semiletrado le atribuye.

Desde luego, los datos económicos importantes para la historia, además de todo el sistema fiscal, incluyen el crédito y los cambios, los procedimientos técnicos de producción y transporte, las formas de la división del trabajo, el régimen legal y el efectivo de la propiedad, de los contratos, de los salarios, las utilidades y la renta y la formación de clases según su parte en la producción y el consumo. Después vienen las relaciones entre la economía y la geografía, y, por lo tanto, las acciones y reacciones de la naturaleza y el hombre. Es decir, de las fuerzas naturales, en su infinita complicación, y de las fuerzas humanas en su eterna y misteriosa influencia de energías que abarcan desde el movimiento instintivo hasta la suma sabiduría.

El movimiento general de la historia va de la interpretación puramente teológica al idealismo clásico, el romanticismo, el materialismo y, finalmente, la interpretación que busca el apoyo de la biología.

4

Si se permite aventurar una interpretación propia, diríamos que la ficción de culturas y ciclos como organismos separados y movimientos de evolución individual en el tiempo y el espacio tiene caracteres demasiado rígidos y dogmáticos en la doctrina de Spengler para poder admitirse íntegramente. La interpretación biológica es más amplia. Las llamadas culturas se mezclan, se confunden, se prolongan a veces unas sobre otras, en ocasiones parecen retroceder o se estancan por siglos. Casi nunca desaparecen de un modo total, y de pronto se anotan casos de resurrección imprevista. Los términos de ciclo y cultura, lo mismo que antes los "ricorsi" de Vico parecen indicar mejor esos movimientos de razas y de pueblos que adquieren rasgos especiales y casi personales, en gran parte por la necesidad de establecer signos y fijar épocas para ayudar a la cronología y a la memoria y para ofrecer materiales a la moral y al arte. Así se distinguen la cultura griega y la cultura egipcia, como se descubre la época de las cruzadas, o la Reforma, el Renacimiento y la Revolución. Más que como organismos aislados se podría figurar el curso de la existencia colectiva como un gran cuerpo, animado por una corriente de energía vital, que fluye sin cesar, y donde la materia y el espíritu se desplazan, se combinan, se entrecruzan y se compenetran en varias y obscuras corrientes, con fenómenos de química y física, modificaciones de color y densidad, de temperatura y de volumen.

Una cultura es un estado de conciencia colectiva, una unidad vital, un organismo espiritual. Es una época con calma, con individualidad histórica. El hombre comienza formando familias y tribus. Cuando se forma una ciudad puede comenzar una cultura. El principio de individuación o individualización crea costumbres, instituciones, personas morales, y luego las formas de sociedad, Estado, pueblo, nación y raza. El principio de individuación se inicia dando nombre y límite a las cosas, y trae consigo la sujeción a la norma de todo lo que recibe un soplo vital,

es decir, la necesidad de transformarse, de devenir, de crecer y de acabar.

5

En consecuencia, nos atrevemos a expresar que el desarrollo de una cultura en el tiempo no sólo debe calcularse por su duración, comenzando desde que un grupo humano sale del estado errante, inventa la agricultura, forma ciudades y tiene conciencia colectiva, más o menos bien registrada en sus anales y efemérides. La medida de una cultura sólo se percibe tomando también en consideración los recursos naturales del medio en que ella se desarrolla, la técnica de la producción, y la posibilidad de utilizar las enseñanzas y aportaciones de culturas anteriores o próximas. Una cultura es más rica mientras mejor asimila los elementos vitales que ha heredado o que puede recibir por contactos raciales, y elimina los desechos o toxinas. Y este metabolismo depende de las comunicaciones y de la vitalidad necesaria para aprovechar los ejemplos extraños sin sufrir descastamientos o pérdidas de soberanía y para apropiarse lo que es favorable mediante una selección instintiva o consciente.

6

La admisión de doctrinas nuevas impone una nueva definición. La historia en sentido estricto es sencillamente una narración. Pero no es sólo narración sistemática de los sucesos pasados, según la antigua definición elemental.

Con el propósito de clasificarla entre las ciencias sociológicas y descubrir leyes históricas se llegó a definir la historia como la ciencia del desarrollo progresivo de la sociedad humana. Pero el criterio moderno ya no admite una evolución de conjunto para toda la humanidad, ni un progreso indefinido y constante. Forman parte de la terminología histórica y deben ser tenidas en cuenta para los nuevos estudios de esa rama del conocimiento, las ideas sobre el desarrollo de las culturas y civilizaciones, no precisamente con sujeción a las doctrinas de Spengler, pero sí admitiendo en parte sus conceptos y términos y recogiendo la

conveniencia de interpretar la vida del mundo según el desarrollo cíclico de las grandes organizaciones humanas. No es preciso tomar cada cultura como un organismo separado, sino advertir el movimiento ascendente y descendente de las épocas, el nacimiento, apogeo y decadencia de las sociedades y las instituciones que llegan a constituir una civilización y luego se debilitan y desaparecen.

La historia no es propiamente una ciencia, como la matemática o la química, porque no ha podido formular leyes. Se le puede llamar cuando mucho una ciencia en formación, o una ciencia en parte. O uno de los modos universales del conocimiento, como expresa Xénopol, el modo de sucesión frente al de repetición. Hay en cambio ciencias preparatorias y ciencias auxiliares de la historia. Por esto mismo y por la amplitud del conocimiento histórico que sólo es comparable por su extensión con el conocimiento filosófico, una definición perfecta es imposible. Es preciso fijar previamente el punto de vista del espectador.

Porque según la fórmula de Gabriel Alomar, la historia debería, en realidad, estudiarse bajo diferentes *grados.* Examinemos el valor de la palabra *historia* como noción. ¿Qué es historia? ¿Es la mera narración de los hechos humanos como objetividad, como *visión*, en su sentido directo? ¿O ha de comprender también su lenta y progresiva transfiguración, su trasunto literario y artístico, su leyenda, su santificación positiva y negativa, y el valor de esas transformaciones y deformaciones como agentes en el desarrollo de la historia posterior, en un encadenamiento de causas a efectos paralelo a la mera casualidad objetiva?

7

Alomar ha formado este cuadro explicativo de los diferentes grados de la historia:

1. Visión. Efeméride. Dietario. Anales. Crónica.
2. Percepción. La historia pragmática. Narración histórica. *Esprit de suite* histórico.
3. Ponderación. Filosofía de la historia. La historia política. La historia como ciencia. Crítica histórica.
4. Poetización. Transfiguración legendaria del hecho.

La historia poética. La poesía como caudal histórico.
La historia como arte. El mito. El ciclo.
5. Divinización. Epopeya. Tragedia. La historia divina.

Para evitar confusiones, necesitamos fijar nuestra atención en el grado de la historia que pretendemos estudiar. No puede definirse lo mismo la parte de la Historia que se ocupa de investigación y formación de anales que la obra de crítica o de interpretación. Pero si pretendemos realizar un ensayo de historia escolar y educativa, tendremos que partir de la narración sencilla y llegar, cuando menos, hasta la historia como arte y la transfiguración legendaria. Y más especialmente, buscar la interpretación, la ejemplaridad moral, las causas y los orígenes. Es decir, la percepción y la ponderación, tocando solamente los límites de la poetización al llegar al estudio de los ciclos y las culturas.

8

Usando la nueva terminología podemos decir que *la historia se ocupa del estudio de las culturas humanas*.

Y que la historia de México debe estudiar el desarrollo de las culturas en esta parte de la tierra, o sea, los orígenes y la formación de la cultura mexicana, su fusión con la rama hispánica de la cultura occidental o europea y la influencia de la rama angloamericana de la misma cultura occidental. Es decir, un ensayo de biografía de México.

Las claves o guías fundamentales de un estudio semejante deberán ser:

I. Considerar como hechos históricos todos los que tienen influencia en la vida humana, o sea, lo que se realiza, lo que tiene duración, o lo que ha sido originado por el principio de individualización que viene de un impulso vital: el hombre mismo y lo que el hombre crea con vitalidad, personas morales, costumbres, corporaciones, instituciones, generaciones, sociedades, razas, naciones, culturas.

II. Estudiar el fenómeno histórico ya no en perspectivas estáticas, o cortes transversales, que reproducen épocas o momentos aislados como si fueran permanentes, sino en cortes longi-

tudinales, como una serie de fuerzas, grupos de instituciones, ideas y edificaciones en constante trabajo de renovación.

III. La ley de Carnot y Clausius, la entropía o degradación de la energía en calor que se reparte uniformemente entre los cuerpos.

IV. La importancia del fenómeno económico, engendrado por el móvil biológico, porque las relaciones de producción condicionan o modifican la estructura de las sociedades.

V. La tendencia de la lucha de clases, que puede comprender la mayor parte de las diferencias sociales, inclusive los conflictos de razas, las guerras civiles, o internacionales y revoluciones políticas o industriales.

VI. La formación de clases caracterizada esencialmente por la posesión de los medios de producción, el aprovechamiento de la plusvalía y la explotación del trabajo humano.

VII. Acción y reacción en los desequilibrios de clase, provocados por la tendencia de concentración o centralización del poder, del dinero y del crédito.

VIII. Y finalmente, como explicación y solución del fenómeno histórico, la supervivencia, la superposición, penetración o mezcla sinergética de las diversas formas de economía, lo mismo que de los ciclos o épocas de la política, la ciencia, la ideología social, la religión, el arte y las costumbres.

XVI
Sinopsis
El contenido de la historia

Para esbozar la magnitud y complicaciones de los datos y hechos que deben ser en materia de la historia, se ofrece la adjunta sinopsis.

Debe tenerse en cuenta que cada renglón podría subdividirse indefinidamente y combinarse con otros por afinidad o contigüidad. Y su estudio debería emprenderse a la manera de un análisis químico o por medio del espectroscopio. Y ello, en este caso, sin más fines que la investigación y la explicación.

Ecología. Recursos naturales

Posición geográfica
Extensión territorial
Relieve del suelo
Clima. Sol y lluvia
Agua potable
Caza. Pesca. Tules. Madera. Animales útiles, etcétera

Demografía. Material humano

Densidad y distribución de la población
Centros urbanos. Población rural
Centros industriales y mineros
Regiones agrícolas
Zonas desérticas. Sierras y costas
Glebas y nomadismo
Caracteres somáticos
Calidades étnicas. Idioma, etcétera

Sociología. Instituciones y funciones sociales

Familia. Tribu. Ciudad
Clases. Estado. Nación
Técnica de la producción
Industrias
Agricultura. Minería
Comercio. Comunicaciones
Gobierno. Instituciones políticas
Política y policía. Defensa nacional
Control económico
Servicios públicos. Justicia. Educación. Salubridad. Beneficencia
Normas
Costumbres. Ética. Legislación. Derecho
Arte
Recreación. Emoción. Belleza. Estética
Ciencia
Investigación. Interpretación. Práctica: Método. Técnica
Religión
Mística. Sentido de lo sobrenatural. Misterio. Sentido común. Infinito
Divinidad

BIBLIOGRAFÍA

"Apertura de las clases de Historia y Arqueología", en *Boletín del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología*, t. I, núm. 2, agosto de 1911, pp. 22-28.

Adorno, Theodor W. y Max Horkheimer, *La sociedad. Lecciones de sociología*, traducción de Floreal Mazía e Irene Cusien, Proteo, Buenos Aires, 1969, 205 pp.

Beller, Walter *et al.*, *El positivismo mexicano*, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, México, 1985, 383 pp.

Bulnes, Francisco, *Juárez y las revoluciones de Ayutla y de Reforma*, Eusebio Gómez de la Puente, México, 1905.

Caso, Antonio, *Obras completas, I. Polémicas*, prólogo de Juan Hernández Luna, compilación de Rosa Krauze de Kolteniuk, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1971, 687 pp. (Nueva Biblioteca Mexicana, 13).

———, *Obras completas*, X. *El concepto de la historia universal y la filosofía de los valores. La filosofía de la cultura y el materialismo histórico*, prólogo de Margarita Vera Cuspinera, compilación de Rosa Krauze de Kolteniuk, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1985, 315 pp.

Chávez Orozco, Luis, *Historia de México*, 2 vols., Patria, México, 1934.

Croce, Benedetto, *Teoría e historia de la historiografía*, traducción de Eduardo J. Prieto, Escuela, Buenos Aires, 1955, 300 pp.

Dilthey, Wilhelm, *Introducción a las ciencias del espíritu. Ensayo de una fundamentación del estudio de la sociedad y de la historia*, traducción de Julián Marías, prólogo de José Ortega y Gasset, Revista de Occidente, Madrid, 1966, 584 pp.

Droysen, Johann Gustav, *Histórica. Lecciones sobre la Enciclopedia y metodología de la historia*, traducción de Ernesto Garzón Valdés y Rafael Gutiérrez Girardot, Alfa, Barcelona, 1983, 390 pp.

Florescano, Enrique, "Antonio Caso y la historia", en *Historia Mexicana*, vol. XII, núm. 3 (47), enero-marzo de 1963, pp. 358-378.

Gadamer, Hans Georg, *Verdad y método. Fundamentos de una hermenéutica filosófica*, traducción de Ana Agud Aparicio y Rafael de Agapito, Sígueme, Salamanca, 1991, 687 pp.

Galindo y Villa, Jesús, *Documentos relativos a la traslación de clases que actualmente se cursan en el Museo, a la Escuela Nacional de Altos Estudios...*, Imprenta del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, México, 1915.

Garciadiego, Javier, *Rudos contra científicos. La Universidad Nacional durante la Revolución mexicana*, El Colegio de México, México, 1996, 455 pp.

González Navarro, Moisés, *Sociología e historia en México*, El Colegio de México, México, 1970, 89 pp. (Jornadas, 67).

Hale, Charles A., *La transformación del liberalismo en la segunda mitad del siglo XIX*, traducción de Purificación Jiménez, Vuelta, México, 1991, 453 pp.

Henríquez Ureña, Pedro, *Memorias. Diario*, introducción y notas de Enrique Zuleta Álvarez, Academia Argentina de Letras, Buenos Aires, 1989, 226 pp.

Hernández Luna, Juan (comp.), *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1962, 215 pp. (Nueva Biblioteca Mexicana, 5).

———, *José Torres Orozco, el último positivista mexicano*, edición del autor, México, 1970, 151 pp.

Hernández Prado, José, "El replanteamiento de la sociología profunda de Antonio Caso", en *Sociológica*, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, año 9, núm. 24, enero-abril de 1994, pp. 33-50.

Iggers, Georg G., *The German Conception of History*, edición revisada, Wesleyan University Press, [Middletown], 1983, 388 pp.

Kant, Immanuel, *Filosofía de la historia*, traducción de Emilio Estiú, Nova, Buenos Aires, 1958, 198 pp.

Krauze de Kolteniuk, Rosa, *La filosofía de Antonio Caso*, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, México, 1985, 286 pp.

Langlois, C.V. y C. Seignobos, *Introducción a los estudios históricos*, traducción de Domingo Vaca, La Pléyade, Buenos Aires, 1972, 237 pp.

Malagón, Javier, y Silvio Zavala, *Rafael Altamira y Crevea. El historiador y el hombre*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 1971, 120 pp.

Matute, Álvaro, "La Revolución y la enseñanza de la historia: dos actitudes", en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México,* vol. v, 1976, pp. 119-131.

———, "Notas sobre la historiografía positivista mexicana", en *Secuencia. Revista de historia y ciencias sociales,* núm. 21, septiembre-diciembre de 1991, pp. 49-64.

———, *La teoría de la historia en México (1940-1973),* Secretaría de Educación Pública, México, 1974, 202 pp. (SepSetentas, 126).

Moya López, Laura A., "Historia y sociología en la obra de Ricardo García Granados", en *Sociológica,* Universidad Autónoma Metropolitana, Universidad Azcapotzalco, año 9, núm. 24, enero-abril de 1994, pp. 13-31.

Ortega y Medina, Juan A., *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la Historia,* 2ª ed., Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 1992, 479 pp.

———, *Teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana,* Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 1980, 269 pp.

Parra, Porfirio, *Estudio histórico-sociológico sobre la Reforma en México,* s. e., México, 1906, 163 pp. [Hay reedición con el título de *Sociología de la Reforma,* Empresas Editoriales, México, 1948, 244 pp. (El liberalismo mexicano en pensamiento y acción, 8)].

———, *Plan de una historia general de Chihuahua o índice razonado de los capítulos que deben formarla,* Tipografía de la viuda de F. Díaz de León, México, 1911, 39 pp.

Pasamar, Gonzalo e Ignacio Peiró, *Historiografía y práctica social en España,* Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 1987, XI-92 pp.

Raat, William D., *El positivismo durante el porfiriato (1876-1910),* traducción de Andrés Lira, Secretaría de Educación Pública, México, 1975, 175 pp. (SepSetentas, 228).

Rickert, Enrique, *Ciencia cultural y ciencia natural,* traducción de M. García Morente, prólogo de J. Ortega y Gasset y F. Romero, Espasa Calpe, Madrid, 1965, 211 pp. (Colección Austral, 347).

———, *Introducción a los problemas de la Filosofía de la Historia,* traducción de Walter Liebling, Nova, Buenos Aires, 1961, 158 pp.

Roggiano, Alfredo A., *Pedro Henríquez Ureña en México,* Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, México, 1989, 302 pp.

Rojas Garcidueñas, José, *El Ateneo de la Juventud y la Revolución*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1979, 155 pp.

Sánchez Quintanar, Andrea, "El pensamiento histórico de Alfonso Teja Zabre", en *Anuario de Historia*, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, México, años VI y VII, 1966-1967, pp. 65-90.

———, *Tres socialistas frente a la Revolución mexicana. José Mancisidor, Rafael Ramos Pedrueza, Alfonso Teja Zabre*, estudio introductorio y selección de textos de Andrea Sánchez Quintanar, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1994, 480 pp.

Sierra, Justo, "México social y político. Apuntes para un libro", en *Obras completas del maestro Justo Sierra*. IX. *Ensayos y textos elementales de historia*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1948, 517 pp.

Tavera Alfaro, Xavier, "La carrera de Historia en México", en *Historia Mexicana*, vol. IV, núm. 4 (16), pp. 624-636.

Teja Zabre, Alfonso, *Dinámica de la historia y frontera interamericana*, Botas, México, 1947.

———, *Historia de México. Introducción y sinopsis. La biografía de México*, 2ª ed., Universidad Nacional de México, México, 1933, 105 pp.

———, *Teoría de la revolución*, Botas, México, 1936, 179 pp.

Valverde Téllez, Emeterio, *Bibliografía filosófica mexicana*, edición facsimilar, 2 vols., estudio introductorio de Herón Pérez Martínez, El Colegio de Michoacán, Zamora, 1989.

Villegas, Gloria, *Asedio a Teja Zabre*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, s. f., 54 pp. (Cuadernos de Becarios, Facultad de Filosofía y Letras, 4).

Villoro, Luis, "La tarea del historiador desde la perspectiva mexicana", en *Historia Mexicana*, vol. XI, núm. 3, enero-marzo de 1960, 339 pp.

Volney, *Lecciones de Historia, pronunciadas en la Escuela Normal*, 2 vols., Imprenta de David, París, 1827.

White, Hayden, *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth Century Europe*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1973. [Hay traducción al español por Stella Mastrangelo, FCE, 1992.]

White, Hayden, *The Content of the Form. Narrative Discourse and Historical Representation*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore y Londres, 1987, 244 pp. [Hay traducción al español.]

Windelband, Wilhelm, *La Filosofía de la Historia*, traducción y prólogo de F. Larroyo, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, México, 1958, 65 pp.

Xénopol, Alexandru Dimitriu, *Teoría de la Historia. Segunda edición de "Los principios fundamentales de la Historia"*, traducción de Domingo Vaca, Daniel Jorro Editor, Madrid, 1911, xv-550 pp.

Zavala, Lorenzo de, "Programa, objeto, plan y distribución del estudio de la Historia", en Juan A. Ortega y Medina, Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia, 2a. ed., Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 1992, pp. 25-69.

Zea, Leopoldo, *El positivismo en México. Nacimiento, apogeo y decadencia*, 2ª ed., México, FCE, 1968, 481 pp.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

ÍNDICE

JOSÉ DE JESÚS NÚÑEZ Y DOMÍNGUEZ

ALBERTO BETETA

GILBERTO LOYO

RAFAEL RAMOS PEDRUEZA

ALFONSO TEJA ZABRE

Este libro se terminó de imprimir en abril de 1999 en los talleres de Impresora y Encuadernadora Progreso, S. A. de C. V. (IEPSA), Calz. de San Lorenzo, 244; 09830 México, D. F. En su composición, parada en el Taller de Composición del FCE, se emplearon tipos Palatino de 12, 10:12, 9:11 y 8:9 puntos. La edición, de 2 000 ejemplares, estuvo al cuidado de *Rubén Hurtado López.*